
TRILOGÍA LAS CONTRATADAS 1
CONTRATO DE
Placer
autora best seller de amazon
LOLA BELLUCI

TRILOGÍA LAS **CONTRATADAS** 1

CONTRATO DE Placer

autora best seller de amazon

LOLA BELLUCI

Copyright © 2025 Lola Belluci

CONTRATO DE PLACER

1ª Edición

Publicado anteriormente bajo el título de Contrato de prazer.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Revisión y Traducción: Matías San Miguel

Maquetación: Lola Belluci

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal. ¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora!

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

RESUMEN

SINOPSIS
DEDICATORIA
1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
24.

25.
26.
27.
28.
29.
30.
31.
32.
33.
34.
35.
36.
37.
38.
39.
40.
41.
42.
43.
44.
45.
46.
47.
48.
49.
50.
51.
52.
53.

54.
55.
56.
57.
58.
59.
60.
61.
62.
63.
64.
65.
66.
67.
68.
69.
70.
71.
72.
EPÍLOGO I
EPÍLOGO II
EPÍLOGO III
AMOSTRA DO SEGUNDO LIVRO DA SÉRIE
PRÓLOGO
1.
2.
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Eliza Porto está en la ruina.

En realidad, nació en la ruina. Pero ahora, a los 22 años, ha llegado a un punto crítico.

Desempleada desde hace nueve meses, con el alquiler atrasado, la nevera vacía y a un paso de terminar durmiendo debajo de un puente… Eliza haría cualquier cosa por un trabajo.

Cada día envía decenas de currículums por correo. Todo lo que quiere es una oportunidad. Un día, su mejor amiga bromea diciendo que debería convertirse en *sugar baby*. Pero a sus veintidós, Eliza se siente demasiado "vieja" para competir con chicas de dieciocho.

Así que, riéndose de su propia desgracia, decide enviarle a su amiga un currículum sexual y un contrato de placer. Solo por diversión.

Pero un error de dedo lo cambia todo.
El correo termina en la bandeja de entrada de João Pedro Govêa,
un CEO paulistano, poderoso, estresado y siempre en busca de nuevos desafíos.

João Pedro está acostumbrado a conseguir todo lo que quiere.
Lo que comienza como simple curiosidad se transforma en una necesidad cuando ve por primera vez a la mujer pequeña, de ojos claros y mirada honesta.

João decide que la quiere. Y si la quiere… será suya.

En su cabeza, era solo una broma.

En manos de él, se convirtió en una propuesta indecente.

Un contrato de placer que va a enloquecerte.

DEDICATORIA

A las estrellas que escuchan,

por los sueños que se cumplen.

Segundas oportunidades,

por los nuevos comienzos.

A ti.

1.

ELIZA PORTO

Las piernas me duelen de tanto caminar, los pies laten dentro de las viejas y duras zapatillas, la cabeza me va a explotar por haber estado todo el día bajo el sol, la boca está seca de sed y el cuerpo agotado: así puedo resumir mi día.

Con los ojos pesados y la piel pegajosa de sudor seco, giro la llave en la cerradura. Finalmente, en casa. Pero lo que veo es tan desalentador, o incluso más, que la imagen que, a mi pesar, soy obligada a mirar en el espejo colgado frente a la puerta. Esa imagen me llama la atención porque es aterradora: soy yo misma.

Mi piel pálida podría asustar hasta a extraterrestres de planetas sin Sol. Mi largo cabello castaño oscuro parece paja, ya que hace semanas no sé lo que es un acondicionador y he estado lavándolo con detergente para platos.

Descalza, me quito la bolsa desgastada del hombro y la dejo sobre la silla junto a la puerta. Niego con la cabeza, tratando de apartar el desagrado que siento hacia mí misma.

No es tu culpa, Eliza. No es tu culpa. Mañana será mejor que hoy y pasado mañana mejor que mañana. Solo necesitas fe.

Mi estómago ruge y hago una mueca, anticipando lo que encontraré en la cocina. Me bastan cinco pasos para cruzar la corta distancia entre la puerta de entrada y el refrigerador.

Todo mi glorioso espacio es solo una habitación que, al final, abarca todo: cuarto, sala, cocina, baño y área de servicio. Es casi como volver a la infancia, cuando imaginaba que una caja de cartón

era el castillo de Barbie, solo que ahora me toca imaginar que este cubículo es el hogar de mis sueños.

Vivir en São Paulo cuesta una pequeña fortuna, una que yo no puedo pagar. ¿El secreto peor guardado de la historia? Estoy en la quiebra. Absoluta y completamente. Ni un centavo en el bolsillo, nada en la cuenta, bajo el colchón o en el fondo del armario.

En realidad, ya ni siquiera tengo un armario, lo vendí hace dos meses y ahora guardo mis pocos trapos en cajas de cartón. ¿Deudas? Ah, esas sí tengo. Muchas, muchas deudas. En el sobregiro del banco, en no sé cuántas tarjetas de crédito, en la panadería de la esquina y en la tienda del barrio. ¡Ah! Y no podemos olvidar el bar de don Luis, el último recurso de los desesperados.

La cama, hecha de dos tarimas y unos colchones delgados, me llama. Es casi como el canto de una sirena, pero no puedo solo escucharla y lanzarme en ella, a menos que quiera romperme entera o romper la cama.

Suspiro, derrotada, y abro el refrigerador. Una docena de huevos, media caja de leche, tres botellas de agua y dos plátanos. Es todo lo que hay.

Inclino la cabeza, preguntándome qué hacer, pero no es como si tuviera muchas opciones. Licuado de plátano, otra vez, igual que casi todos los días en los últimos dos meses.

A veces logro comprar otras frutas, pero, en general, el plátano es lo más barato. Y, aunque parezca poca cosa, la diferencia entre un plátano y una papaya -la segunda fruta más barata—muchas veces es el precio de una papa.

Mientras preparo mi última y única comida del día, la cama sigue con su canto encantado. Necesito un baño para borrar este día de derrota. Ocho horas caminando, entregando currículums.

Gasté mis últimos centavos en imprimirlos y caminé hasta donde mi cuerpo aguantó, repartiéndolos en todos los lugares que vi: tiendas, restaurantes, cafeterías, bares, cualquier lugar donde pudiera haber una vacante. En ninguno, ni en uno solo, alguien me dio esperanzas de conseguir algo.

Sirvo el licuado en un vaso y, apenas lo llevo a la boca, el sabor dulzón me hace cerrar los ojos. Empalagoso, eso es lo que es, al menos después de más de un mes tomando lo mismo todos los días.

Mientras trago el espeso líquido, pienso en una lasaña, ¡sí! Definitivamente, una lasaña; casi puedo oler las capas de pasta con carne molida bien sazonada, todo cubierto de queso derretido. Salivo, saboreando el plátano y la leche en la lengua y, sin darme cuenta, una lágrima cae.

Nueve meses. Nueve meses desde el último "Está despedida". Tres meses desde la última cuota del seguro de desempleo. Y diez reales. Estoy a solo diez reales de pasar hambre. Reclino la cabeza, apoyándola en el refrigerador detrás de mí, y dejo que más lágrimas recorran mi rostro.

Cuando salí de São Roque, mi ciudad natal en el interior del estado, fue porque la vida que veía llevar a las personas ahí no era la que yo quería para mí. Hombres trabajando fuera mientras las mujeres se quedaban en casa, cuidando el hogar y cocinando. Cuatro de mis compañeras de clase terminaron la preparatoria en diciembre y se casaron en enero. Y lo que era fácil pronosticar: en abril ya estaban embarazadas.

Pero yo no, yo no sería una más. La verdad es que no tenía ni idea de lo que quería ser, pero tenía clarísimo lo que no quería.

Y así fue que cumplí dieciocho años un día y, al siguiente, ya estaba en un autobús, con una mochila a la espalda, cargando no solo ropa, sino mil y un planes de futuro y todo el dinero que ahorré

desde que cumplí quince años, ya fuera vendiendo dulces en la escuela, cuidando niños los fines de semana o haciendo cualquier actividad que me dejara unos cuantos pesos.

Pasé los primeros días en la casa de una prima lejana que nunca había visto antes, pero pronto me di cuenta de que su esposo no estaba muy contento con mi presencia. Dos semanas después de mi llegada, él dijo que debía mostrar gratitud por lo que estaban haciendo por mí, y aquello no me sonó bien.

Al día siguiente, comencé a buscar un lugar para vivir, lo que me hizo descubrir rápidamente que el dinero que tenía, que aunque no era mucho, para mí lo era todo, en realidad no alcanzaba para nada. El dinero duró dos meses, y la mayor parte se fue en el depósito del alquiler.

Cuando pisé por primera vez mi casa en esa pequeña villa, sonreía de oreja a oreja; el primero de mis sueños se había cumplido, y solo me faltaban mil más. Hoy, cuatro años después, sigue faltando el mismo número, si no contamos los nuevos que he añadido, y eso duele, duele demasiado. A veces, más de lo que creo poder soportar.

Con una última exhalación profunda, me aparto de la nevera y, dejando el vaso sucio en el fregadero, me dirijo al baño. El pequeño espacio de un metro cuadrado tiene un inodoro percudido, un lavamanos colgante y una zona para la ducha, separada del resto del espacio por una cortina plástica con dibujos de pececitos.

Las paredes, cubiertas de azulejos marrón oscuro, hacen que todo se vea aún peor, y el suelo frío me pellizca los pies, pero mis últimas alfombras se rompieron hace meses y no he tenido dinero para comprar otras nuevas.

Lo primero en salir es la camiseta negra descolorida que llevaba puesta. Después, el pantalón de jean, quedando solo en sostén y

tanga, y obligándome a enfrentar la imagen que, una vez más, me mira desde el espejo. Delgada, pálida y cansada. Solía sentirme bonita, y por eso solía ser bonita. Ahora, hay momentos en los que ni siquiera sé si siento algo más que soledad.

Podría volver a casa. ¿Pero volver para qué? ¿Para ser empleada doméstica en una casa de campo? No es que eso sea un problema, pero no es lo que quiero, nunca lo fue. ¿No deberían los hijos recorrer más caminos que sus padres a lo largo de sus vidas?

Repetir los pasos de mi madre siempre ha sido precisamente lo que he evitado. Por más que la ame, no quiero su vida para mí. O, tal vez, podría regresar para casarme; no sería exactamente igual a mi madre, pero tampoco sería muy diferente, ¿verdad?

Dormir, solo necesito dormir, y mañana será un día mucho mejor que hoy. Aprieto los ojos con fuerza, despojándome también del viejo sostén y de la tanga de algodón gris.

La llave de la ducha está dura y hago fuerza para abrirla. Cuando el agua fría finalmente cae sobre mi cuerpo, siento el primer placer de todo el día: su toque en mi piel.

Metiendo la cabeza bajo el agua, dejo que moje mi cabello, pegándolo a mi frente, hombros y espalda, y paso las manos por los mechones, intentando peinarlos con los dedos.

El baño limpia mi cuerpo y alivia la fatiga de mis músculos, pero no hace nada por mi ánimo decaído ni por mi alma herida. Me quedo ahí, sintiendo el chorro de agua golpear mi cuerpo como un látigo helado, por mucho más tiempo del que debería, y mucho menos del que quisiera.

Pero, sabiendo que no puedo abusar del agua, o el dueño de la casa se quejará de la factura, y no puedo darle motivos para eso, ya que debo dos meses de renta, cierro la ducha y salgo del pequeño

espacio, envolviéndome en la toalla y secándome el cabello como puedo.

Miro las cajas de cartón llenas de ropa, pero las ganas de buscar cualquier cosa en ellas desaparecen en cuanto lo pienso.

Ansiando que el día termine, me dejo caer en la cama aún envuelta en la toalla y con el cabello húmedo, aun sabiendo que al despertar tendré un verdadero nido de pájaros en la cabeza.

Cierro los ojos y me estiro, esperando que el sueño me adormezca, pero antes de que me alcance, suena mi celular. Gimo, frustrada, ya que está en la bolsa que dejé sobre la silla junto a la puerta. De mala gana, me levanto y arrastro los pies hasta allí.

El nombre en la pantalla multiplica mi desánimo por mil. Mamá. Me encantaría hablar con ella, Dios sabe cuánto necesito un consuelo, pero no tengo ánimo para fingir hoy. Hoy no.

El timbre del celular, una canción que adoro pero que últimamente dice poco sobre mí, "Dona de mim" de Iza, va apagándose a medida que la llamada se desvía al buzón de voz, pero enseguida vuelve a sonar, haciendo que el aparato vuelva a vibrar en mi mano. Dejo que suene hasta que, una vez más, el tono disminuye y se detiene, solo para comenzar de nuevo una tercera vez.

Dividida entre el agotamiento y la preocupación, miro el teléfono en mis manos y decido que, si vuelve a llamar una cuarta vez, atenderé. La canción suena, se repite y, finalmente, se apaga.

Espero ansiosa los siguientes segundos y, para mi desesperación, el celular vuelve a sonar. Respiro hondo y cambio el peso de un pie al otro. Con los ojos cerrados, toco el ícono verde en la pantalla y acerco el teléfono al oído.

—Hola, mami. ¿Todo bien? —digo alto y enérgico, fingiendo una alegría que estoy muy lejos de sentir.

—Ay, hija. ¡Qué susto! ¿Por qué tardaste tanto en contestar?

—Estaba en la ducha, mamá —miento.

—Ah, claro. ¿Cómo van las cosas por allá? Ni el sábado ni ayer me llamaste. ¿Pasaste el fin de semana estudiando?

Aprieto los ojos y llevo la mano al puente de mi nariz, presionando también allí. Suspiro, intentando no hacer ruido y buscando el valor para no desmoronarme, sintiéndome al borde de hacerlo.

—Perdón, mami. Es que estoy en semana de exámenes en la universidad y me desconecté del mundo estudiando el fin de semana. Pero debí al menos mandar un mensaje, lo siento mucho.

Agrego más mentiras a la red que tejo semanalmente para mi madre durante nuestras llamadas de los sábados por la mañana.

Pero la última semana fue tan horrible que simplemente no pude llamarla y fingir que todo está bien. Fingir que tengo una casa que no es una ruina. Fingir que tengo un trabajo con buenos colegas y un jefe muy pesado en una tienda de ropa.

Fingir que estoy en el tercer semestre de la carrera de Nutrición. El sábado en la mañana, me sentí tan abrumada por mi realidad que preferí renunciar al único momento en la semana en que no me siento sola últimamente, la llamada a mi mamá, en lugar de tener que fingir cualquier cosa.

Parada, envuelta en la toalla, con el cabello húmedo cayendo sobre los hombros, los pies descalzos, la mente agotada y el cuerpo exhausto, haciendo un enorme esfuerzo por mantenerme en pie

frente a la puerta marrón y despintada de mi casa, me pregunto por milésima vez si no sería mejor decirle la verdad.

Pero la simple idea de decepcionarla, de quitarle la alegría de la voz cada vez que habla conmigo sobre mi vida increíble en la ciudad, me hace preferir mi sufrimiento al suyo. Mil veces el mío que el suyo, mil veces.

Escucho todo lo que me dice, pero no oigo absolutamente nada. Asiento cuando noto que el silencio se ha prolongado demasiado y, de vez en cuando, digo cualquier cosa para mantenerla satisfecha.

Después de unos veinte minutos, me dice que tiene que colgar porque me está llamando desde la casa de sus patrones. Nos despedimos y, cuando dice que me ama, me pongo el puño en la boca, mordiéndolo para evitar que un sollozo se escape, pero cuando la llamada finalmente termina, me arrastro hasta la cama y ahí lloro, sola; completa y absolutamente sola.

2.
JOÃO PEDRO GOVÊA

Desde el entrepiso, observo la fiesta desarrollándose en el piso inferior. El Hotel Fazenda Belanucci fue una buena elección; aunque está algo alejado del centro de la ciudad, es espacioso y ha logrado ofrecer exactamente lo que planeamos para el lanzamiento de ArquiCasa, la nueva revista de arquitectura y diseño de interiores del grupo editorial Govêa.

Los distintos estilos de muebles distribuidos en el salón cumplen su función, dándole a la fiesta la identidad perfecta para la ocasión. Apoyado en la barandilla, llevo mi copa a la boca, disfrutando el sabor del *Macallan 18*[1]. Carajo, no podría ser pobre. Hay gente que no puede vivir sin café; yo, sin un whisky lo suficientemente añejo.

Aun así, esta noche ni siquiera mi bebida favorita logra disipar el aburrimiento. La fiesta está perfecta, exactamente como debería estar: aburrida. Indiscutiblemente aburrida. Mientras observo todo desde arriba, siento el teléfono vibrar en el bolsillo del traje. Al tomarlo, una sonrisa se dibuja en mi rostro automáticamente; ya era hora.

—Espero que hayas traído algo de diversión contigo, porque esta mierda está insoportable. —El cabrón al otro lado de la línea suelta una carcajada.

—Claro que sí. Sabes que soy el alma de la fiesta; sin mí, cualquier lugar está muerto. Pero tranquilo, ya llegué. —Esa es la respuesta que escucho, y la sonrisa en la voz de mi amigo es tan clara como cada vocal y consonante que pronuncia.

—Si logras animar esta fiesta, Marcos, serías mucho más que el alma de la fiesta; podrías ser declarado oficialmente un maldito

santo.

Una risa efusiva inunda mis oídos, y tengo que apartar el teléfono para no quedarme sordo.

—¿Sabes que tú fuiste quien organizó esta fiesta, verdad?

—¡Para nada! Fue el departamento de eventos, y han hecho un trabajo excelente… para el público de la revista. Pero, definitivamente, yo no formo parte de ese grupo.

—Yo tampoco. Llegué hace cinco minutos y ya esta música me está irritando.

—Amigo, yo llevo aquí horas. ¡Horas!

—¿Dónde estás?

—En el entrepiso.

—Perfecto. Llego ahí en veinte minutos.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto, Marcos?

—Saludar a la gente, ¿qué crees? Mi mamá me enseñó modales.

—Vete al diablo, cabrón —digo finalmente y cuelgo el teléfono.

Con el celular en mano y sin nada mejor que hacer, aprovecho para revisar mis mensajes: mamá, trabajo, trabajo, trabajo, mujer, trabajo, trabajo, trabajo, mujer, trabajo, mujer, mujer, mujer, trabajo… nada importante. Dejo para responderle a mi mamá cuando me suba al avión más tarde.

El siguiente en la lista es el correo electrónico; el de trabajo está, como siempre, saturado, mientras que el personal, vacío. Nadie me manda un correo personal. Para esa dirección, es como si mi número de identificación ni existiera. Luego paso al Instagram, reviso algunos perfiles de arquitectos y empresas del sector que están

presentes en la fiesta, viendo la cobertura del evento en sus páginas.

Leo comentarios, veo la repercusión y el número de personas siguiendo la transmisión en vivo del evento, perdiéndome, como siempre, en el trabajo.

—¡Quien vive siempre aparece!

La voz de Marcos resuena fuerte en medio de la música ambiental, aburrida como la mierda, que suena a mi alrededor.

Me giro, mirando a mi amigo. ¡El hijo de puta es un descarado! Con un traje azul marino y camisa blanca, el rubio barbudo camina hacia mí con los brazos abiertos para un abrazo que recibo y devuelvo con gusto.

—Sabes que tú eres el que acaba de llegar, ¿verdad? —le pregunto, alzando las cejas.

—Y solo vine porque, últimamente, la única forma de verte es en tu trabajo. Al menos hoy es en una fiesta, aunque esté aburrida como la mierda —responde Marcos, alargando la frase al final.

—Desde que el viejo se jubiló, esto se ha puesto más difícil.

—Sabías que no iba a ser fácil —dice, caminando hacia un conjunto de sofás cerca de la barandilla, mirando cómo la fiesta sigue abajo.

Desabrochando el botón del traje, me siento y coloco mi copa sobre la mesa mientras Marcos se acomoda en el sofá frente a mí.

—No quería que fuera fácil, pero un poco más de tiempo no me vendría mal. Llevo meses sin una noche libre. Además, todo parece tan igual últimamente… el trabajo es agotador, pero constante. Demasiado constante para mi gusto.

—¿Necesitas echarte un polvo o qué? —se burla, arqueando una ceja y cruzando una pierna sobre la otra, recostándose en el sofá.

—Marcos, siempre necesito echarme un polvo, pero últimamente me estoy preguntando si no debería dársela a mi secretaria; al fin y al cabo, pasa más tiempo conmigo que con cualquiera.

—¿Pero no es una señora mayor?

—Ahí está el problema, amigo. Ahí está el problema.

Me paso las manos por el pelo, y Marcos se ríe a carcajadas, llamando la atención de algunas personas alrededor. Entrecierro los ojos hacia él, solo para ser completamente ignorado.

—Sabes, Marcos, llegará el día en que te toque asumir la presidencia de tu oficina y, cuando ese momento llegue, puedes estar seguro de que me reiré de lo jodido que quedarás.

—Ah, pero para eso falta mucho. A diferencia de tu padre, el mío no quiere soltar el mando. Y yo no tengo problema con eso. Mientras él siga ahí, yo soy libre para…

—Vaguear —corto su frase, y esta vez soy yo quien suelta una carcajada, aunque él no me contradice.

—Ríete, sé que es envidia. Solo extrañas la vida que llevabas y que yo sigo llevando.

—¿Extrañar? Quizás. ¿Envidia? Definitivamente no. Sabes que me preparé toda la vida para estar donde estoy ahora. Ser el CEO del Grupo Govêa siempre fue mi objetivo. Pero realmente extraño tener compañía fuera del trabajo constante.

Recuesto mi espalda y hago crujir mi cuello. No voy a decírselo, porque entonces se pondría aún más convencido de lo que ya es, pero incluso de conversaciones simples como esta, cara a cara y sin que se trate de trabajo, estoy empezando a sentir falta.

—Si el problema es la compañía, la solución tiene casi el mismo nombre: acompañante.

Miro a Marcos con las cejas arqueadas, preguntando en silencio, y él se defiende a medias, respondiendo una pregunta que ni siquiera hice.

—¿Qué? Necesitas a alguien que esté disponible para ti 24/7, porque su excelencia tiene una agenda infernal. La única otra solución que puedo imaginar para eso se llama relación, y no creo que te interese.

Lo miro incrédulo antes de soltar una risa amarga.

—¡Por supuesto que no quiero una maldita relación, Marcos! Si te digo que no tengo tiempo ni para encontrar con quién echarme un polvo, aunque quisiera algo así, que definitivamente no es el caso, ¿cómo crees que podría llevar una relación? Ni mis noches son mías. Estoy aquí en este evento aburrido, y en cuatro horas estaré en un avión rumbo a Nueva York.

—Entonces la solución sigue en pie: una acompañante. Puedo recomendarte una agencia muy buena.

—¿Estás usando esos servicios, Marcos? —le pregunto, esbozando una sonrisa y echándome el cabello hacia atrás.

—A veces, sí. Y *Blaséè* ofrece un servicio como ningún otro. Te juro, esas mujeres parecen estar entrenadas para esto.

—¿*Blaséè*? No sé, Marcos, una cosa es hacerlo de vez en cuando. Pero la idea de convertirlo en un hábito, que es lo que pasaría... no me convence mucho.

—Entonces, tal vez deberías acostarte con tu secretaria —dice, justo cuando llevo un nuevo sorbo de whisky a la boca y tengo que hacer un gran esfuerzo para no atragantarme con su comentario.

Tosiendo, coloco el vaso sobre la mesa entre nosotros y jalo aire con fuerza mientras el desgraciado se ríe.

—¡Qué demonios, Marcos! ¡Doña Norma tiene sesenta años, maldita sea!

—Podrías haber desarrollado un deseo prohibido por las *MILF*[2] —comienza, y le lanzo una mirada mucho más significativa que cualquier cosa que podría decir. Marcos levanta las manos y, aún sonriendo, continúa.

—Me refería a que deberías contratar a una secretaria con ese propósito específico.

—¿Y luego terminar siendo demandado por acoso? ¿Te has vuelto loco, Marcos?

—Déjalo claro en la entrevista de trabajo, es simple.

—¡Claro! Ya puedo imaginar el anuncio que enviaré a las agencias de empleo que usamos en Govêa: "Se busca secretaria para servicio de sexo 24/7. Salario, PPR y otros beneficios."

Marcos se ríe con sorna y niega con la cabeza.

—Está bien, si no quieres, no quieres. Pero es una buena idea. Hay formas de hacerlo funcionar. En fin, dijiste que tu vuelo sale en cuatro horas, ¿verdad?

Miro mi reloj para verificar la hora.

—Aproximadamente.

—Perfecto. Eso significa que tienes tres horas para mejorar tu humor.

—Marcos, ni en broma voy a buscar a alguien en una fiesta organizada por mi propia empresa. Lo último que necesito es acabar

en la cama con alguna empleada que no conozca.

—Entonces, qué suerte que te topaste con tu gran amigo Marcos, ¿no? —Lo miro con una sonrisa de lado y frunzo el ceño, intrigado. Él se levanta de los sofás y camina hacia la baranda del mezzanine. Sin opciones, lo sigo—. Gran amigo, no; mejor amigo, Marcos —afirma, con tono burlón.

—¿Qué? ¿Ahora quieres que nos peinemos el cabello mutuamente y pintemos las uñas?

Me mira con una sonrisa enorme.

—Si no tuvieras un vuelo que tomar, podríamos hacer algo mucho mejor juntos. Algo que no incluye que me toques ni yo a ti, pero sí que ambos toquemos muchas partes de una tercera y cuarta persona. Pero ya que tienes prisa, aprovecharé mi tiempo mucho mejor sin ti. Mira, a tu derecha, junto a la barra —me dice Marcos, señalando con la cabeza.

Al voltear, veo a dos mujeres paradas frente a una mesa de cócteles. La primera es rubia y alta, con el cabello corto a la altura del mentón y un vestido rojo ajustado que destaca sus caderas y un escote generoso que deja ver sus pequeños pechos. Es bonita, pero las rubias no son lo mío.

Es la segunda quien llama mi atención. Una morena un poco más baja y curvilínea. Su cuerpo no es delgado, tiene curvas en los lugares adecuados, y su vestido azul oscuro, entallado hasta la cintura, resalta sus pechos, dejando claro lo voluminosos que son.

La imagen de ellos desnudos en mi boca hace que mi verga dé señales de vida. El vestido sería recatado, si no fuera por una abertura un poco debajo de las caderas, a través de la cual, desde mi posición, puedo ver perfectamente su deliciosa y torneada pierna. ¿Y eso de ahí... es una liga? Maldita sea.

Recorro su cuerpo con la mirada mientras ella sigue sin verme. Estamos lejos, y está distraída hablando con su amiga. Inclino un poco la cabeza, haciendo cálculos mentales sobre cuánto tiempo tengo, pero cuando la mujer muerde su labio, mando mis cálculos al diablo.

—Realmente no tengo mucho tiempo —murmuro en voz alta.

—Entonces, qué bien que ya nos están esperando —me dice Marcos, y al girarme hacia él, me encuentro con una sonrisa de gato de Cheshire en su rostro.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Te dije que iba a saludar a algunas personas cuando llegué —responde, simple, y entrecierro los ojos hacia él, pero no puedo evitar sonreír mientras murmuro.

—Hijo de puta.

—No, no. Mejor dime: el mejor amigo del mundo. ¡Vamos! Ahora solo te quedan dos horas y cincuenta y cinco minutos.

—Marcos, dime que tienes la maldita...

—¿Una habitación en el hotel? —me interrumpe, sacando una tarjeta magnética del bolsillo de su saco oscuro.

—¡Maldita sea, Marcos! Te daría un beso ahora mismo.

Tomo la llave de su mano y la guardo en el bolsillo de mi pantalón mientras bajamos al primer piso de la fiesta.

3.

ELIZA PORTO

La pantalla encendida frente a mí parece burlarse, igual que las decenas de facturas esparcidas sobre la mesa, metidas en los cajones, en las bolsas y en mi bandeja de correo. Todas vencidas, todas rogando ser pagadas, y yo aquí, sin un peso roto en el bolsillo. Como decía mi abuela, más pobre que un perro callejero. La laptop prestada es lenta, pero cumple su propósito.

Después de dormir más de doce horas seguidas, el martes desperté con la cara hinchada de tanto llorar y dormir, aunque sintiéndome mejor que el lunes.

Lo que me sacó de mi sueño de ignorancia fue una llamada. Esta vez, no era mi madre, sino Sheilla, una compañera de mi último trabajo con quien a veces hablo por Facebook. La última vez que hablamos, le conté que las cosas estaban difíciles y que buscaba cualquier empleo, siempre que fuera decente.

El celular sonó bajo la almohada y contesté sin abrir los ojos, recibiendo un "Buenas tardes" animado de Sheilla, que me decía que había encontrado un trabajo de limpieza para mí. En ese momento, casi me arrodillé para dar gracias.

Puede que un trabajo de limpieza no pague las facturas ni me compre la lasaña de mis sueños, pero evitaría que pasara hambre. Y aunque deseo desesperadamente un empleo fijo, y ser empleada doméstica no sea mi gran objetivo en la vida, no le temo al trabajo honesto, especialmente si eso pondrá comida en mi refrigerador.

Desde que llegué a São Paulo, he hecho casi de todo lo que se me podía ocurrir. Intenté ser manicurista, pero mis clientas no estuvieron de acuerdo con eso de que la práctica hace al maestro;

por más uñas que hacía, seguía sacándoles pellejitos, y al final me quedé sin clientas.

Trabajé en telemarketing, pero, aparentemente, soy pésima para cobrar dinero. Aunque tenía un guion para seguir, me daba lástima y nunca alcanzaba la meta. ¿El resultado? Me despidieron de cuatro empresas distintas, y luego ya nadie del sector me quiso contratar.

También trabajé en un fast food, pero por más que necesite el empleo y el sueldo mínimo miserable, ¿sabes lo que es el karma? Eso que te persigue sin importar cuánto corras.

Mi karma son los jefes prepotentes y arrogantes. Y, ¿quién puede soportar a un gerente de comida rápida que se cree CEO? Yo, desde luego, no. Así que ahí está: cinco despidos en cinco cadenas distintas, y ¡boom! Marcada como una mala profesional, como si la problemática fuera yo.

Con los ojos cansados y el cuerpo entumecido por estar en la misma posición los últimos veinte minutos, reviso el milésimo correo que envío esta semana. ¿El asunto? Postulación para vendedora. En esto, aún no tengo despidos suficientes para ser descartada, tampoco experiencia para ser considerada una buena candidata, pero la verdad es que estoy disparando a todos lados.

No podía elegir el trabajo que quiero. Veo la vacante y reviso los requisitos; si encajo, envío el currículum. Si no, paso a la siguiente.

Con la vista ya entrenada de tanto hacer lo mismo, reviso en la pantalla la dirección de destino y el archivo adjunto, mi largo currículum de apenas una página, el breve mensaje de presentación en el cuerpo del correo y, entonces, le doy a Enviar. La página se actualiza, pero me cuesta creer que alguno de estos correos vaya a dar fruto; los envío solo porque no tengo nada mejor que hacer. Mi lista de la quiebra está completísima:

Despensa y refrigerador casi vacíos. Presente.
Casa sucia y sin material de limpieza. También presente.
Ningún lugar mejor donde estar. Presente.
Celular sin saldo para internet ni llamadas. Desde que desperté el martes.

Puedo enviar los correos porque a esta hora me robo el wifi del vecino, mientras él va a recoger a su hijo a la escuela. Pero la conexión es tan lenta que si la uso cuando él está en casa, ambos nos quedamos sin señal. Así que solo me quedan diez minutos de señal, ya que él se tarda treinta en ir y volver, y ya lleva veinte afuera.

Jamás he recibido algún tipo de respuesta. Ninguna llamada, ni siquiera para decir: gracias, no estamos interesados. Ningún correo, ni siquiera algo absurdo u ofensivo como: recibimos tu solicitud, pero tu currículum es pésimo. No queremos contratarte.

Entrecierro los ojos frente a la pantalla, impulsada por pensamientos que alimentan una rabia de la que nadie, excepto la vida misma, es culpable. Pero cuando mi estómago gruñe y recuerdo que lo único que tengo para comer son fideos instantáneos, que debo preparar en el microondas porque se acabó el gas la semana pasada, y que estoy racionando los 120 reales que gané por la limpieza que hice el miércoles, la rabia crece.

Afortunadamente, el sentimiento no dura mucho, porque desde anoche mi resignación se volvió agridulce. Aunque me entristece, ahora también me hace sonreír al recordar que, aparte de mi madre, hay alguien más en este mundo que se preocupa por mí. Alguien que lo hace desde hace tiempo: mi mejor amiga, Joana Pietra Goulart.

Anoche hablábamos por teléfono y yo me enorgullecía de esa tonta competencia que hago conmigo misma, tratando de enviar más correos que el día anterior, y le agradecía, porque sin su laptop

jamás podría superar mis propios récords ni enviar currículums para intentar salir de esta miseria en la que estoy. En ese momento, superar mis propios récords parecía más importante.

En fin, durante la llamada, ella me dijo que comiera los fideos y me imaginara que era un espagueti con salsa de cuatro quesos. Le respondí que lo intentaría, porque si soy capaz de imaginar lasaña mientras tomo un batido de plátano, seguro puedo imaginar espagueti con salsa de cuatro quesos mientras como fideos. La verdad es que, si no fuera por ella, quizás mis días más duros ya se habrían vuelto insoportables. Son sus mensajes y llamadas los que, aun en la distancia, evitan que la sensación de soledad sea absoluta algunos días, aunque no todos.

La hermosa mujer rubia de ojos azules y cuerpo esbelto alguna vez fue una niña, y fue en esa etapa de nuestras vidas que nos conocimos, en la escuela. Pero su padre fue transferido a São Paulo cuando estábamos en segundo año de la secundaria, y por eso nos separamos. Aquí, su papá mejoró su situación económica, y ahora Jô estudia en una universidad privada mientras vive con sus padres, quienes pueden mantenerla. En cuanto me mudé aquí, nos reencontramos, porque, a pesar de la distancia, nunca perdimos el contacto.

En la infancia jugábamos con muñecas. En la adolescencia hablábamos de chicos. En la secundaria, hicimos planes para el futuro. Desde entonces, nos apoyamos en la búsqueda de esos sueños. Los de Jô están mucho más encaminados que los míos, pero, aun así, ella siempre encuentra tiempo para estar conmigo. Es a ella a quien le lloro mis penas, a quien le cuento mis verdades, y es solo con ella también que, últimamente, tengo razones para sonreír.

Ayer, cuando me llamó, me hizo una broma sobre registrarme en un sitio para ser *Sugar Baby*. Le dije que ya estaba demasiado vieja

para ser la "baby" de alguien. No es que me considere vieja a los veintidós, pero para "competir" con chicas de dieciocho…

Después de eso, me preguntó si esa era realmente la única razón por la que no haría algo así, y entonces las dos estallamos en carcajadas. Luego comenzamos a hablar sobre posibilidades reales de trabajo.

Logramos pensar en varias ideas, como, por ejemplo, vender brigadeiros en la calle. El problema es que, para todas, necesito invertir algo de dinero, aunque sea poco. Por eso, decidí racionar el dinero que gano limpiando y Joana se comprometió a ver si podía conseguirme más clientes entre las tías y amigas de su mamá. La conversación fue un paso más en la reconstrucción de mi ánimo. Siempre es así. Hablar con ella siempre mejora mis días.

Pero la vida adulta es muy distinta de la infancia y la adolescencia; alejarse de los amigos es inevitable, simplemente no hay suficiente tiempo para vivir tu propia vida y mantener una frecuencia de encuentros con ellos.

Joana hace lo que puede; me llama al menos dos veces por semana y, siempre que puede, viene a visitarme o me invita a su casa. Sus padres siempre me han tratado muy bien, pero últimamente he evitado ir a su casa. La mirada de lástima en sus ojos no ayuda en nada a encontrar el consuelo que suelo buscar en Joana.

La alegría que siento al pensar en mi amiga casi me hace olvidar el detestable fideo instantáneo. Solo recordar su sugerencia de conseguir un *Sugar Daddy* me hace reír a carcajadas. Decido mejorar la broma, ya que estoy "vieja" para eso. Con la cabeza llena de ideas locas suplicando ser compartidas con alguien, hago clic en "enviar nuevo correo" y escribo el título: "Solicitud para asistente personal".

Esta vez no adjunto mi currículum, pero, decidida a darle a mi amiga al menos unas cuantas risas, escribo toda mi información y las cosas más absurdas que se me ocurren en el cuerpo del correo:

Eliza Salvador Porto

Brasileña - soltera - 22 años

Rua Juvêncio Mariápolis, número 87, traseira, Paraisópolis, São Paulo – SP

+55 22 987655666 / elizasalporto@gipsymail.com

Objetivo:
Ocupar el cargo de asistente personal, atendiendo todos los deseos personales de mi empleador.

Formación académica:

- 2015 - Curso de informática básica
- 2016 - Escuela secundaria - Escuela Estatal Mariângela Belize
- 2014 hasta la fecha - Amplia formación en el Arte del Placer, adquirida en novelas románticas y literatura gratuita en internet.

Experiencia profesional:

Ninguna en el área mencionada, pero estoy más que dispuesta a aprender a satisfacer todos los deseos de mi empleador, exactamente como él me lo enseñe. Aprendo rápido y que me pongan a prueba es algo que me resulta bastante… excitante.

Premios y reconocimientos:

- Cabello largo, excelente para ser jalado;

- Piel clara, ideal para recibir marcas de suaves nalgadas;
- Mejor beso de la ciudad;
- Mejor sexo oral del estado;
- Vagina virgen, lista para un cambio de estado.

La última frase me sorprende y me hace reír al mismo tiempo. Miro las puntas de mis dedos, sin poder creer que realmente escribí eso. ¿Vagina?

La pantalla de la computadora me juzgaría si pudiera y, mientras me río, otra idea toma forma en mi mente. Bueno, si vamos a ser absurdas, que sea en serio, ¿verdad? Entre risas, en el espacio debajo de mi "currículum", transfiero al computador las palabras que surgen en mi cabeza:

CONTRATO DE PLACER

El presente documento busca formalizar un acuerdo laboral entre las partes contratante y contratada. Su único objetivo es asegurar el compromiso de la contratada con su tarea y, como consecuencia, garantizar también la satisfacción del contratante.

De esta forma, la Contratada se compromete a esforzarse en cumplir todas las tareas que le sean asignadas, así como a aprender y practicar todo lo que se le enseñe.

São Paulo, _____ de 2021.

Firma de la contratada

Firma del contratante

La risa me invade de nuevo y solo vuelvo a mí cuando escucho pasos en el pasillo; es mi vecino llegando. Rápidamente, escribo el destinatario del correo: *jpgov.pessoal@gipsymail.com.*

Repaso la dirección, confirmando que es realmente lo que ya sé de memoria, y hago clic en enviar, lamentando solo el hecho de que me quedaré sin internet y, si Joana me manda un mensaje, no podremos reírnos juntas de mi idiotez.

4.
JOÃO PEDRO GOVÊA

El segundero del reloj me desafía, girando sin descanso como si no importara que sea viernes por la noche y que yo siga aquí en la oficina, frente a un escritorio lleno de papeles y con una bandeja de correos saturada, sin la menor idea de a qué hora podré salir. Afuera, la ciudad de São Paulo cobra vida: la famosa jungla de cemento se convierte en un espectáculo de luces y movimiento.

Me giro en la silla, estiro las piernas hacia el borde del escritorio, y no estoy seguro de si soy yo quien contempla la ciudad, cuarenta y dos pisos abajo a través de estas ventanas del suelo al techo, o si es ella la que me traga mientras me pierdo en pensamientos y cansancio.

Hace seis meses, a esta hora, estaría camino a casa para arreglarme para una noche de fiesta, o ya estaría en una. Es curioso cómo una sola decisión lo cambia todo. Maldita sea, yo solía ser el tipo divertido del grupo. ¡Yo! Ahora solo soy el gruñón, el que siempre está trabajando o hablando de trabajo.

Suspiro y desvío la mirada de las ventanas hacia el espacio en el que estoy. La oficina es amplia, con suelo y paredes de mármol oscuro. Está rodeada de vidrio, excepto por la pared de enfrente, la que me separa del resto de la firma, para que nadie vea lo que sucede aquí dentro.

Hay obras de arte, muebles firmados por diseñadores de renombre, una barra con las bebidas más caras que el dinero puede comprar y, claro, la joya de la corona: una vitrina que muestra todos los productos actuales del Grupo Editorial Govêa, desde revistas y periódicos hasta folletines. Todo lo que producimos y distribuimos al

exterior. Durante años, estar en esta oficina fue mi meta, y ahora que estoy aquí, mirándola, me lo cuestiono.

No tengo dudas de que todo vale la pena, pero, definitivamente, esperaba que fuera diferente. Quiero decir, tuve un padre presente, así que, ¿por qué demonios no puedo hacerme presente en mi propia vida? Eran otros tiempos. El tiempo parecía rendir más que ahora.

Aun así, esa reflexión solo me trae de vuelta la pregunta que llevo haciéndome al menos desde hace dos meses: ¿qué estoy haciendo mal? Porque algo, sin duda, no está bien.

Resignado, sacudo la cabeza, apartando esos pensamientos y decidiendo volver al trabajo. Cuando bajo la mirada hacia las planillas en la pantalla de la computadora, siento un leve temblor en la mesa y escucho el zumbido de la vibración. Al ver la pantalla del celular, noto una notificación de nuevo correo, pero la ignoro. Norma se encargará de filtrar y, cuando responda a todos los que ya están en la bandeja, eventualmente, llegará a ese correo.

Es el suave tono del teléfono de escritorio y la luz roja parpadeante, señal de una llamada de mi secretaria, lo que me saca de mis pensamientos.

—¿Necesita algo más esta noche, señor Govêa?

—No, Norma. Está todo bien por hoy. Que tengas un buen fin de semana.

—Muy bien, hijo. Pedí a *Fazzano's* que envíe tu cena a las 9.

Todo en su frase me hace sonreír. Desde ese "hijo" familiar ahora que oficialmente terminó su horario, hasta la manera en que se aseguró de que cenara, aunque yo no se lo pidiera. Ella nunca se va sin antes confirmar que comeré algo decente, como si aún tuviera diez años y no pudiera cuidar de mí mismo.

Norma ha sido parte de la familia Govêa por casi cuarenta años. Llegó aquí a los veinte, como mecanógrafa, cuando aún existía esa profesión. Luego fue secretaria de mi padre durante todo el tiempo que él dirigió el grupo, y ahora es la mía.

Conoce el funcionamiento de la empresa mejor que muchos de los nuevos profesionales que llegan con sus diplomas y MBAs relucientes. Ninguna universidad enseña lo que ella sabe; ningún curso de grado, posgrado o especialización enseña lo que ha aprendido con los años.

La pequeña mujer de cabello corto y cuerpo redondeado me vio crecer, literal y figurativamente. Me vio en el vientre de mi madre, luego como un niño, recorriendo estos pasillos con asombro.

También me vio en esa etapa en que creí ser el dueño del mundo, caminando por aquí con la nariz en alto y el pecho inflado, convencido de que era mejor que los empleados, porque sabía que algún día sería quien soy hoy: el que controla todo esto.

Solo la traté mal una vez. De adolescente, la menosprecié. Le dije que debía hacer lo que yo mandara, porque yo era el dueño de todo esto. Mi padre se enteró; otro empleado lo vio y le contó.

Él me llamó para hablar, y aunque en ese entonces no cambió mucho mi forma de pensar, me hizo pedirle disculpas a Norma. Esa fue la primera lección de negocios que me enseñó explícitamente: "Ningún empleado respeta a un jefe que no los respeta", dijo. Y, aunque pedí disculpas, no entendí realmente el significado de esas palabras hasta años después.

Fue entonces cuando le pregunté a la misma Norma por qué no le había contado a mi padre lo que hice, por qué tuvo que ser alguien más quien lo contara. Yo estaba empezando la universidad en esa época, y ella me dijo que no importa qué vistan, cómo huelan o qué coman; los niños son solo niños.

—No tenías que preocuparte por alimentarme, Norma. Ya no soy un niño —murmuro en tono de broma.

—No importa lo que vistan, cómo huelan o qué coman, los niños siempre serán niños, mi niño —recita la frase que dijo hace años y ha repetido muchas veces después, haciéndome sonreír y asentir con la cabeza.

—Gracias, Norma. Nos vemos el lunes.

—Nos vemos. Los correos recibidos hasta las 18:30 ya están separados y organizados en carpetas según la prioridad. Suspendí la recepción de notificaciones hasta el lunes. También actualicé tu agenda para el lunes, ya está disponible —dice mientras camina hacia el aparador frente a la mesa redonda de ocho lugares, que ocupa parte del lado izquierdo de la sala, y coloca un plato y cubiertos sobre la mesa.

—Eficiente hasta la última cana —bromeo, ya que ella es una señora de piel morena y con todos sus cabellos blancos.

—Es la única forma de hacer las cosas. —Me sonríe, guiña un ojo y se gira, saliendo de la oficina.

Cuando escucho el pitido del elevador, indicando que Norma ya no está en el piso, el rastro de su sonrisa sigue en mi rostro. La vida puede que no esté exactamente como me gustaría, pero no está mal, y en algún momento llegará a donde debe.

Con eso en mente, dejo las reflexiones de lado, me quito el reloj y lo coloco boca abajo en el escritorio, dispuesto a sumergirme en el trabajo. Comparo hojas de cálculo, apruebo comunicados y reportes, pido la programación de reuniones, reviso balances y planes de negocios.

—¿Señor Govêa? —Sorprendido por el sonido repentino después de tanto silencio, levanto la cabeza y veo a Jhonatan, uno de los

guardias del piso, parado en la puerta de mi oficina, sosteniendo una bolsa de papel en señal de entrega. Me doy cuenta de que probablemente ya pasó de las 9 de la noche y llevo las manos al rostro, frotándolo para ahuyentar el cansancio—. Perdón, señor. Toqué la puerta, pero creo que no me escuchó.

—Todo bien, Jhonatan. No hay problema. Puedes dejarlo en la mesa, por favor. Esto es cosa de Norma —respondo, cansado, deseando una ducha y mi cama.

—¿Es la única manera de hacer las cosas? —Entra en la oficina, dejando la bolsa sobre la mesa, mientras hace la pregunta y yo sonrío.

—Exactamente, mi amigo.

—Buenas noches, señor Govêa.

—Buenas noches, Jhonatan. Gracias.

Lo observo cerrar la puerta y después me recuesto en la silla, cerrando los ojos. Aún con ellos cerrados, veo números y más números.

—Maldita sea.

De un impulso, me levanto y voy hacia el bar. Sirvo un trago doble de Macallan y lo giro en el vaso varias veces antes de dar el primer sorbo. El aroma fuerte me embriaga antes que el sabor, relajándome. El gusto amargo, seco y con un toque afrutado se despliega en mi lengua, y disfruto cada gota que baja por mi garganta.

Afuera, la alta noche de São Paulo transcurre, con las calles comerciales alrededor de la sede de Govêa desiertas y en silencio. De vez en cuando, algunos autos pasan, pero el vacío predomina.

Mientras miro hacia la nada por la ventana, veo caer las primeras gotas de lluvia, al principio finas y esporádicas, pero, en cuestión de minutos, se vuelven gruesas y rápidas, en una tormenta cada vez más intensa. Sin embargo, como una típica lluvia de verano, antes de que vacíe mi vaso, ya ha pasado.

5.
JOÃO PEDRO GOVÊA

El coche desliza por las avenidas de São Paulo, saliendo de la Avenida Paulista y dirigiéndose hacia el barrio de los Jardins. Dejo mi cabeza caer hacia atrás y mantengo los ojos cerrados. Con las mangas de la camisa dobladas, los primeros botones abiertos y el saco y la corbata tirados a un lado del asiento, respiro hondo, deseando con todas mis fuerzas mi cama.

El celular vibra en mi bolsillo, despertándome. Pienso en ignorarlo, pero recuerdo que mi mamá me envió un mensaje esta mañana y aún no le he contestado. Al desbloquear la pantalla, una notificación de un nuevo correo me llama la atención. Después de todo, Norma me dijo que había bloqueado las notificaciones de correo. Frunzo el ceño, confundido. No tiene sentido. Si ella hubiese olvidado hacerlo, seguro tendría más de una notificación. Al abrir el correo, me sorprendo al ver la bandeja de entrada vacía.

¿Es posible? Nadie nunca me envía correos a mi cuenta personal. Basta con deslizar el dedo por la barra de notificaciones para darme cuenta de que estaba equivocado. Aparentemente, alguien me mandó un correo, sí, pero lo más sorprendente no es eso. Lo que realmente me hace arquear una ceja y sentirme aún más confundido es el título del mensaje: Vacante para asistente personal. ¿Qué carajo?

Curioso por esta situación tan inesperada después de tanto tiempo, abro el correo. Porque últimamente, todas las sorpresas que he recibido son una pesadilla. Fallas de proveedores, contratos vencidos, cuentas desordenadas.

Basura tras basura. Mis ojos siguen las palabras y mis cejas se fruncen. Es un currículum, de verdad. Leo la primera parte, con los

datos personales de la remitente. ¡Qué peligro! Eso podría haber caído en manos de un psicópata, en lugar de en las mías. La mujer vive en Paraisópolis. Qué mierda.

Veintidós años, Eliza Porto, objetivo… espera, ¿qué? Leo el texto al menos tres veces para asegurarme de que no estoy viendo cosas o imaginando ambigüedades, y casi me convenzo de que no es nada raro, cuando llego al último punto en la sección de Formación y me echo a reír. ¿Qué diablos es esto?

Si el primer párrafo dejaba dudas sobre un posible doble sentido, el tercero no deja ninguna. Está literalmente diciendo que la mujer haría cualquier cosa que le enseñaran. Una risa baja me escapa y mis cejas se fruncen nuevamente mientras niego con la cabeza. ¿De dónde salió esto?

Finalmente, llego a la última sección del currículum. El primer ítem me hace abrir los ojos de sorpresa, el último me hace perder completamente el control y me echo a reír.

La risa brota desde lo más profundo de mi garganta, descontrolada, haciendo que me retuerza y que mis ojos se llenen de lágrimas. Río como no lo hacía desde hace tiempo. Río hasta quedarme sin aire, hasta empezar a sollozar y necesitar obligarme a calmarme.

—¡Marcos, hijo de puta!

Lo tengo que decir en voz alta, aunque solo sea para mí mismo. Miro el celular en mis manos, enciendo la pantalla y releo la última frase: "Vagina virgen, lista para un cambio de estado".

Y cuando leo las últimas líneas, un "contrato de placer" ridículamente escrito, pierdo la batalla interna que estaba librando. La risa vuelve a salir de mi boca, hasta que me duele el estómago de nuevo. Me lleva varios minutos darme cuenta de que el coche

está parado y que mi puerta está abierta, mientras Luiz, mi chofer, me mira con una expresión divertida en el rostro.

Respiro hondo varias veces, esforzándome por recuperar el control por segunda vez. Ni siquiera me molesto en juntar mis cosas esparcidas por el coche. Solo me doy vuelta, paso por la puerta y hago un gesto a Luiz, porque si tengo que explicar lo que está pasando, probablemente tendré otra crisis de risa.

Hago el camino hasta la entrada de la casa, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, incrédulo. El maldito hizo un correo falso solo para fastidiarme. Debe tener demasiado tiempo libre.

Aunque sé que la zorra de Marcos seguramente está en la calle a esta hora y no me va a responder, le mando un mensaje:

João Pedro: ¿Asistente personal? ¡Eres un hijo de puta! Jajajaja

6.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Frente a una mesa distinta de la que ocupaba la noche anterior, pero igual de llena de papeles dispersos, paso la tarde del sábado encerrado en la oficina de mi casa, resolviendo un pendiente tras otro.

Es solo por la noche, cuando estoy a punto de salir hacia una cena de negocios con un cliente que solo estará en São Paulo este fin de semana, que recibo un mensaje de Marcos. Un mensaje que me hace entrecerrar los ojos al leerlo.

Marcos: No sé de qué estás hablando, pero me alegra ser tu payaso a cualquier hora. Y en cuanto a la edad, la misma que la tuya, imbécil. ¡Aunque soy más guapo e inteligente!

Detengo mis pasos al ver el mensaje, arqueando una ceja hacia el celular en mi mano. ¡Hijo de puta, maldito! ¿Va a negar esto? No, no lo va a hacer. Así que hago lo único que puedo: abro de nuevo el correo, tomo una captura de pantalla y se la envío. Luego continúo caminando.

Me meto al coche y me acomodo. El teléfono en mi mano vibra y suena, mientras una foto de Marcos sonriendo, sin camiseta, con el mar al fondo, aparece en la pantalla. Inclino la cabeza hacia un lado, probablemente quiera jactarse de la broma que me hizo.

Suelto un bufido, entre indignado y divertido, y toco el ícono verde para contestar.

—Está bien, debo admitirlo. ¡Esa idea de adolescente me hizo casi rodar por el suelo de la risa! —reconozco a regañadientes.

Él tarda varios segundos en dejar de reírse y responder, y yo mismo me sorprendo sonriendo al recordar todos los absurdos escritos en ese correo. Escucho a Marcos respirar hondo varias veces, el sonido bajo de un silbido, como si tratara de controlar su respiración antes de que finalmente escuchara su voz en una frase completa.

—¡Por favor, João! ¿Es en serio? ¿Alguien realmente te mandó ese correo? —pregunta, con la voz aún ahogada por los intentos de controlar su risa. No lo logra, y vuelve a estallar en carcajadas. Yo aparto el teléfono de mi oreja, también riendo.

—Marcos, ¡deja de ser imbécil! ¡Sé que fuiste tú el que me envió esa mierda!

—Me encantaría llevarme el crédito, porque en serio, ¡la idea es genial! Te lo dije, deberías contratar a una secretaria para echarte unos buenos polvos, ¡y mira! Ese currículum sería perfecto. ¿Piel clara para marcas de leves nalgadas? ¡Carajo, João! Si eso fuera verdad y no lo contrataras, lo haría yo… —dice después de varias respiraciones profundas. Su última frase hace que los dos volvamos a reír.

—No me jodas, Marcos. Pareces un adolescente, te sobra el tiempo para hacer correos aleatorios solo para joderme. ¿Quieres que procese a alguien para que tengas algo de trabajo? —pregunto, irónico. En cuestión de segundos, aparentemente recuperado de la crisis de risa, me responde.

—João, de verdad no creo que esta genialidad sea un desperdicio de tiempo, pero no tuve nada que ver con esto.

Su tono es ligero y divertido, pero yo frunzo el ceño.

—¿No? —pregunto, serio.

—No, amigo. Lamentablemente, alguien fue más rápido que yo esta vez.

—¡Pero qué mierda!

Las palabras salen sin darme cuenta de que las estoy diciendo en voz alta.

—¿Qué pasó?

—¿Qué pasó? ¿Qué qué pasó, Marcos? Si no fuiste tú, ¿quién fue?

—¿Algún amigo?

—¿Por qué algún amigo, aparte de ti, que eres un imbécil por naturaleza, me enviaría algo así?

—Por hacerte una broma, idiota.

—Marcos, esa broma solo tiene gracia con contexto. Sin contexto, no tiene el menor sentido.

—Creo que estás sobrepensando esto, fue solo una broma de algún idiota.

—Tal vez.

—Seguro. Escucha, voy para Biach, ¿qué te parece? ¿Vamos?

—No, voy a una reunión, no sé a qué hora saldré de allí y todavía tengo un montón de cosas que hacer en la oficina cuando regrese.

—¿Trabajando el fin de semana, João? ¡Por Dios!

—La cabeza que lleva la corona es la que pesa, amigo. ¡Y algún día será la tuya! —respondo, sonriendo con la perspectiva.

—Tú te lo pierdes, nerd. —Es la respuesta infantil que recibo y que me hace reír a carcajadas—. Deja de ser un cobarde, ¡desde

cuándo es un problema trasnochar? —cuestiona mi negativa.

—¿Y quién dijo que no voy a trasnochar? Solo que no va a ser vagando, carajo.

—Bueno, el exceso de peso puede causar decapitación. Cuidado con esa corona, cariño.

Su tono es burlón y yo solo le repito lo que siempre funciona con sus provocaciones.

—Un día será la tuya.

—¡Jamás!

—Adiós, Marquitos. Buenas noches.

Me despido, pero él no tiene la misma cortesía y simplemente cuelga el teléfono. Cuando miro el aparato con la intención de confirmar que la llamada terminó, la pantalla se ilumina, y la imagen de la captura del correo hace que todos mis pensamientos se enfoquen en una sola pregunta: ¿de dónde vino esto?

Durante el resto de la noche y todo el domingo, esa duda me atormenta. Podría simplemente preguntar quién es, pero realmente no creo que haya sido una broma de alguien conocido. Y si es un desconocido que sabe quién soy, como un periodista, por ejemplo, una respuesta solo crearía confusión.

El problema es que, no importa cuántas veces trate de desviar mis pensamientos, siempre vuelven al mismo punto. ¿De dónde vino esa mierda de correo? ¿Quién lo envió? ¿Cómo tenían mi dirección personal?

7.
JOÃO PEDRO GOVÊA

Después de que la mañana del lunes pasa sin que haya producido ni la mitad de lo que debía, tomo una decisión. Abro nuevamente el correo electrónico, que ya he leído al menos cincuenta veces desde que lo recibí, apunto en un pedazo de papel el nombre y el teléfono registrados, y luego hago una llamada a mi secretaria.

—Norma, ¿puedes venir aquí, por favor? —digo.

—Claro, señor Govêa —responde al entrar en la sala.

—Norma, necesito que intentes agendar una entrevista de trabajo con esta persona para mí —le digo, extendiéndole el papel con los datos, y Norma frunce el ceño.

—Disculpe, señor. ¿Estamos contratando? ¿No es el departamento de recursos humanos el que lleva los procesos de selección? —pregunta, como siempre muy atenta a todo lo que ocurre en la empresa.

—No es para la empresa, Norma. Es para un cargo personal. ¿Puedes hacerlo, por favor? Trata de contactar a esa persona y, si puedes, agéndala para mañana en la oficina a las -hago una pausa, pensando en cuál sería el mejor horario para recibir a esa persona, que podría ser un amigo idiota, un periodista tramando algo contra mí o una prostituta probando nuevos métodos para captar clientes. Después de la jornada laboral, entonces. Definitivamente, después de la jornada laboral-. A las diecinueve treinta. Avísame en cuanto tengas una respuesta.

—Está bien, ¿y cuál es el puesto? —pregunta, y arqueo las cejas en una pregunta silenciosa. Ella se explica—: Señor, ¿debo decir que

es una entrevista para qué?

—La candidata ya sabe, solo hazlo lo más rápido posible y avísame cuando tengas una respuesta.

—Está bien.

Norma asiente con la cabeza y se retira.

Me quedo mirando la puerta durante varios minutos, pensando en las posibilidades: ¿será un periodista? ¿Un error? ¿O ni siquiera existe el teléfono? Paso bastante tiempo mirando la pantalla de la computadora frente a mí, sin que mi mente procese realmente la información que está ahí.

Pero cuando la luz roja del teléfono de la oficina se enciende por primera vez, antes de que siquiera suene, ya he atendido la llamada de Norma.

—Sí —digo rápido, sin recordar esconder la ansiedad.

—Está todo listo, señor. Mañana a las diecinueve treinta. ¿Necesita que prepare algo?

Solo presto atención a la primera parte. ¿Cómo que ya está todo listo? ¡La puta madre! ¡Era una prostituta! ¿Pero cómo diablos consiguió una prostituta mi correo personal? O tal vez no, quizá aún sea un periodista esperando que caiga en su trampa.

—¿Señor? —Norma me llama y me despierta de mis propios pensamientos.

—Sí, Norma. Disculpa, ¿qué dijiste?

—Le pregunté si necesita que prepare algo para la entrevista.

—No, solo necesito que te quedes hasta la hora para recibir a la candidata. ¿Está bien?

—Perfecto. ¿Algo más, señor?

—Por ahora no, Norma, gracias.

Cuelgo la llamada atónito. Pensé que la llamada sería la prueba definitiva que me devolvería la paz que perdí desde que Marcos me dijo que no fue él quien envió el correo, pero parece que el universo tenía otros planes.

—¡Qué mierda!

8.

ELIZA PORTO

El altísimo edificio en medio de la Avenida Paulista me aterra. Reviso por enésima vez el papel donde anoté la dirección de la entrevista: Avenida Paulista, número 1928. Está correcto. Entonces, ¿por qué demonios me siento tan fuera de lugar aquí?

Cuando atendí el teléfono ayer, casi no podía creer lo que escuchaba, ¡una entrevista! Finalmente uno de los miles de correos que envié me dio algún resultado, pero me quedé tan atónita que olvidé preguntar para qué puesto era el proceso de selección.

Para ser honesta, tampoco sé si hubiese sido una buena idea hacer esa pregunta. Después de todo, no debe ser un buen signo que un candidato haya enviado tantos currículums a tantas vacantes en la empresa que tenga que preguntar cuál es el puesto al que está siendo convocado.

Así que traté de no obsesionarme con eso, al menos hasta llegar a la dirección que anoté y encontrarme con un edificio de más de cuarenta pisos, todo de acero y vidrio.

Quiero decir, esperaba llegar a una tienda para una entrevista para alguna de las vacantes de vendedora a las que me postulé, o a un café para otra de las tantas vacantes de camarera a las que también envié mi currículum. Pero nunca, en ningún momento, imaginé que me encontraría con un edificio como este.

Es tan alto, tan hermoso, tan imponente, que no logro pensar en ninguna vacante a la que yo, posiblemente, me haya postulado aquí. Por eso llevo casi diez minutos parada en la acera, mirando el edificio y maldiciéndome, porque después de tanto esperar, cuando

finalmente recibo una oportunidad, tal vez haya arruinado todo al anotar la dirección equivocada.

Y, para empeorar las cosas, otra de las acciones que no hice entre la euforia de recibir una respuesta, fue preguntar el nombre de la empresa. O, de haberlo hecho, con la dirección equivocada, podría haberla buscado. Salí de casa bien temprano para no llegar tarde, así que, aunque me perdiera, tendría tiempo de encontrar el lugar correcto si tuviera el maldito nombre.

Pero fui estúpida, un millón de veces estúpida, y no anoté. Las únicas cosas que anoté fueron la dirección, posiblemente equivocada, y el nombre de la persona con la que debía contactar: Norma, en el piso 42.

El ruido constante del tráfico de São Paulo no ayuda. Después de un día caluroso, la noche está pesada y seca. Exhalo con fuerza, miro a un lado, luego al otro, y resignada, decido entrar al edificio.

Si de verdad voy a perder esta oportunidad por culpa de mi propia estupidez, es mejor saberlo cuanto antes. Respiro hondo, buscando coraje, porque la idea de realmente haberlo arruinado me aterrorizaba.

Sé que es solo una entrevista, pero aun así, fue la primera chispa de luz que vi al final del largo túnel en que mi vida se convirtió en los últimos meses.

Con pasos firmes, me acerco a las puertas del edificio. Se abren automáticamente para mí, y en el momento en que piso el interior, mis ojos se abren desmesuradamente y abro la boca, impactada por el tamaño del lugar.

Es grande, inmenso, enorme. El piso y las paredes son claros y brillantes, recubiertos con algo que parece mármol blanco con vetas multicolores, pero la idea de que todo eso sea realmente mármol es

absurda, costaría una fortuna, y nadie gastaría tanto en el suelo, ¿cierto?

A los costados, cerca de las paredes, hay algunos hombres de traje, creo que son guardias de seguridad, que me miran con desconfianza. Está bien, es comprensible, yo también estoy desconfiada de que mi presencia aquí sea un completo error.

Es todo tan bonito, definitivamente mis jeans viejos, las zapatillas negras desgastadas y la blusa negra, desteñida y con botones, no combinan con este lugar, aunque sean las mejores prendas que tengo y que solo uso para entrevistas de trabajo.

Lo mismo pasa con mi bolso y la poca maquila de calidad media que tengo, ambos regalos de Joana hace algún tiempo. Mi amiga estaba tan feliz como yo cuando le conté que me habían llamado para una entrevista. ¡Dios mío! ¡Ella va a estar tan decepcionada de mí! ¡Tonta, tonta, tonta!

Cuando vi su foto en la pantalla de mi celular el lunes, pensé que me llamaba para hablar del correo, pero resulta que nunca lo recibió. Probablemente la conexión lenta del vecino se cortó cuando hice clic en "enviar". No sería la primera vez y seguro no será la última.

Pero me llamó solo para decirme que mi horóscopo del día prometía grandes cambios. No soy tan creyente en esoterismo como mi amiga, pero ayer tuve que admitir que la predicción se cumplió, o al menos yo pensaba que se había cumplido hasta ahora.

Camino hacia el fondo del gran piso, donde hay mesas de recepción y algunas torniquetes que dan acceso a los ascensores. Me acerco al mostrador con una sonrisa amable en el rostro, pero la recepcionista me lanza una mirada despectiva de arriba a abajo, antes incluso de que pueda saludarla.

Su actitud me molesta, pero no es como si pudiera culparla. Ella lleva un uniforme elegante, gris oscuro, tiene el rostro perfectamente maquillado y los labios pintados de rojo.

Sus cabellos están atados en una coleta alta con un copete en la parte delantera que, junto con su rostro bonito, la hace parecer una artista. Bajo la cabeza, avergonzada por mi propia apariencia, y respiro hondo, repitiendo en mi mente mi mantra multifuncional, porque sirve para casi todas las situaciones en las que tengo ganas de encogerme y llorar hasta quedarme dormida o de salir corriendo: *no es tu culpa, Eliza. No es tu culpa. Todo estará bien, solo tienes que tener fe.*

Con la cabeza aún agachada, aprieto los ojos y respiro hondo después de unos segundos, y finalmente vuelvo a mirar a la mujer bonita en la recepción.

—Hola, buenas noches. ¿Todo bien? Y…

—¿En qué puedo ayudarte? —me interrumpe antes de que pueda hacer mi pregunta, mirándome con cara de pocos amigos y desviando la mirada hacia los guardias a nuestro alrededor varias veces, sin siquiera la decencia de disimularlo.

Frunzo el ceño, sintiéndome ahora más molesta. Porque entiendo que me juzgue como inapropiada y que mire mis ropas viejas con desdén cuando ella está infinitamente mejor arreglada que yo, pero la forma en que me mira dice mucho más que eso.

¿Qué piensa que voy a hacer? ¿Robarla? ¿Agredirla? Qué locura.

—Me están esperando en el piso 42 —digo, ya sin la sonrisa en el rostro y eligiendo no preguntar, sino afirmar.

Así, si estoy en la dirección equivocada, ella puede simplemente decirme que nadie está esperando a nadie en el piso que anoté y listo. Me voy de aquí.

Sin embargo, cuando la mujer reacciona a lo que dije, me doy cuenta de que tal vez tomé una mala decisión, porque sus facciones cambian, dejando de mostrar desconfianza para dar paso a algo que parece puro sarcasmo, lo que empieza a molestarme.

—¿En el piso 42? —pregunta, levantando una ceja.

—Sí, señorita. En el 42. Eso fue lo que dije —respondo, perdiendo la paciencia con la forma en que me está tratando.

—A menos que seas la señorita Eliza Salvador Porto, no te están esperando en el 42, querida.

Arrogante, la mujer me responde con un tono que casi desborda sarcasmo, elevando la voz en el "querida" y sonriendo al terminar de hablar. Por unos segundos, me quedo sin reacción, porque si sabe mi nombre, no importa si cree o no que soy yo, lo que importa es que no anoté la dirección equivocada.

Siento una enorme sensación de alivio y suelto el aire con fuerza, involuntariamente, una sonrisa se forma en mi rostro y, por alguna razón, la suya se apaga.

—En realidad, sí soy —digo, aún sonriendo, y la mujer inclina la cabeza y me mira con seriedad e incredulidad evidentes.

—¿Y tendrías algún documento que lo compruebe?

Frunce los labios al final de la pregunta.

—Sí, claro.

Abro la bolsa y saco mi identificación de la cartera, entregándosela.

La mujer parpadea algunas veces por una razón que desconozco, sin poder creer que soy la mujer que están esperando en el piso. Toma mi documento, lo saca de su funda plástica, lo gira de un lado

a otro, lo pone contra la luz, hace varios movimientos intentando verificar si es verdadero, y yo espero, tan feliz de no haber anotado la dirección equivocada, que toda su actitud extraña y antipática simplemente pierde importancia.

Finalmente satisfecha, la recepcionista empieza a escribir una serie de cosas en el computador frente a ella, luego me entrega una tarjeta que dice "visitante" y me pide que la sujete a la ropa. Lo hago, me dice que recoja mi documento de identidad a la salida, me permite pasar por la barrera de seguridad y me acompaña al elevador en silencio.

Mi oportunidad, esta es mi oportunidad. Las puertas se cierran y dejo atrás a la mujer malhumorada mientras el elevador sube como ningún otro en el que haya estado antes, apenas se siente, no me mareo y, en segundos, se detiene. Miro el visor, pensando que aún no es mi piso, pero para mi sorpresa, sí lo es. El último piso del edificio, las puertas se abren.

—¡Qué carajo! —susurro en voz baja, sin poder controlarme.

El elevador suena, anunciando que las puertas se cerrarán nuevamente y me obligo a salir, pero me detengo justo en el umbral entre el elevador y el enorme vestíbulo que se extiende ante mis ojos. Ahora la incredulidad de la recepcionista tiene todo el sentido del mundo.

Si pensaba que la planta baja era bonita, esto es otro universo. ¿Será que envié mi currículum para trabajar como auxiliar de servicios generales aquí? Es el único puesto posible para alguien que solo tiene estudios secundarios en un lugar como este.

Fuerzo mi memoria, pero realmente no logro recordar haber enviado ni siquiera un currículum para un puesto de limpieza, había estado pensando en hacerlo la próxima semana.

Pero si realmente no lo envié, entonces ¿qué demonios estoy haciendo aquí? El olor de algo delicioso que no consigo identificar se infiltra en mi nariz con cada respiración. No huele a producto de limpieza perfumado, sino a perfume. Es fuerte y huele a hojas y madera al mismo tiempo.

El salón está lleno de muebles finos y sofisticados. Sofás y sillones suaves, mesas de centro de distintas alturas con libros de tapas duras y coloridas, y objetos decorativos de un vidrio que parece cristal, de tan bonito. También hay aparadores con jarrones de flores de colores vivos. Hermosas orquídeas. Hay jarrones por todo el lugar.

A unos veinte pasos del elevador, se encuentra un largo mostrador de recepción, hecho de madera clara, que no tiene el color típico de la madera, sino un tono pastel suave, combinando con las vetas de colores que atraviesan el piso y las paredes.

Sobre él, hay un logo de acero inoxidable donde se lee "Grupo Govêa Editorial". El ambiente me hace sentir frío, y un frío que no tiene nada que ver con el viento helado que entra por algunas rendijas en el techo.

—¿Señorita Eliza Porto? —Escucho que llaman mi nombre y busco la voz, sorprendida al darme cuenta de que la señora bajita, gordita y de cabello completamente blanco está a solo un brazo de distancia de mí.

—Pe-perdón. —Me tropiezo con las palabras y ella me sonríe dulcemente, sin apartar los ojos de los míos ni parecer molestarse por mi ropa gastada, lo que hace que el frío helado que me había rodeado desde que salí del elevador se aleje, aunque sea solo un poco.

—Está bien, niña. Yo soy Norma. ¿Puedes venir conmigo? —pregunta con las manos juntas frente al cuerpo y yo asiento con la

cabeza.

Pasamos por el mostrador donde deberían estar los recepcionistas, pero no hay nadie, y entramos en un amplio pasillo detrás de él. Al llegar al final, giramos a la derecha, donde pronto vemos una puerta negra y ancha, pasamos por ella y nos detenemos frente a una mesa larga y bien organizada de madera oscura.

Norma da la vuelta a la mesa, se sienta en ella.

—Puedes esperar allí, en un momento te recibirán —dice, señalando un conjunto de sofá y sillones a su izquierda—. ¿Quieres algo para beber? ¿Agua, café, jugo? —Me sorprende la oferta.

No por el hecho de que un lugar como este ofrezca esas cosas a un candidato de empleo, sino porque lo sorprendente es que yo esté aquí. Y cada vez más la pregunta "¿por qué?" resuena en mi mente. No tengo idea de qué puesto se trata.

Mientras miro a Norma, pienso en preguntarle, pero la vergüenza me gana, decido que lo descubriré cuando entre, después de todo, la persona tendrá que decirme para qué me están entrevistando, ¿verdad?

Con eso en mente, simplemente acepto el jugo. Si no consigo el trabajo, lo que es muy probable, después de todo, no hay nada que yo pueda hacer en un lugar como este, al menos el dinero del pasaje me pagó un jugo que seguro está delicioso.

Norma asiente con la cabeza, camino hacia los sillones señalados y me siento. Ella hace una llamada breve, luego se levanta, desapareciendo por la punta opuesta del pasillo por donde llegamos.

Unos minutos después, regresa. En sus manos lleva una pequeña bandeja con dos botellas de vidrio, dos vasos altos, también de vidrio, y un recipiente parecido a una bombonera. Se detiene frente a mí y deja todo sobre la mesita.

—También traigo agua y unas galletas —dice, con la misma sonrisa acogedora que me dio en la puerta del elevador—. No te preocupes, estás adelantada, puedes comer, cuando estés lista, yo te aviso que llegaste —declara, y mis ojos arden, con lágrimas pidiendo salir.

¿Cómo supo que no había comido nada hoy? ¿Por qué está haciendo esto por mí? Abro la boca, pero antes de que tenga la oportunidad de decir algo, ella me guiña el ojo, se da la vuelta y vuelve a sentarse frente a lo que aparentemente es su mesa.

Vuelvo a mirar la bandeja y observo el bocadillo inesperado, pero completamente necesario. Empiezo con el agua. Sirvo medio vaso, lo llevo a la boca y quedo completamente sorprendida.

Quién sea que haya dicho que el agua es igual en todos lados, estaba equivocado, y no tenía idea de esto hasta este momento de mi vida. El líquido frío baja refrescante por mi garganta seca, ligero y delicioso, como no tenía ni idea de que podía ser algo insípido.

Abro la bombonera, que en realidad es un frasco de galletas de mantequilla y, usando el pequeño tenedor también colocado sobre la bandeja, tomo una galleta. Al probarla, tengo ganas de gemir, pero por razones diferentes. Primero, porque tengo hambre, aunque ya estoy acostumbrada a lidiar con ella, comer siempre es un evento. Pero, principalmente, porque el dulce se derrite en mi lengua, dejando una fiesta de mantequilla explotando en mi boca.

Después de comer unas diez galletas, abro el jugo de uva y mi paladar da el tercer salto mortal celebratorio de la noche. Tan pronto como lo vertí en el vaso, supe que beber eso sería una experiencia completamente nueva. El líquido es espeso, denso, de un color vibrante y profundo, y bastó con destapar la botella para que el aroma de uvas frescas llegara a mi nariz.

Y no me decepcioné, el jugo envuelve mi lengua, expandiéndose por toda ella. Cierro los ojos de nuevo, siento que arden por las ganas de llorar, y agradezco este pequeño momento: un agua fría, unas galletas de mantequilla y un jugo de uva.

Aprieto los ojos con fuerza, controlando mis emociones, evitando las lágrimas, y me concentro en terminar de comer lo que doña Norma me trajo con tanto cuidado. Cuando las dos botellas están vacías, mi estómago está lleno y siento una satisfacción que hacía tiempo no experimentaba. Giro el rostro, preparándome para levantarme y hablar con la señora, pero me encuentro con sus ojos fijos en mí y, de nuevo, con su sonrisa amable.

—¿Lista? —pregunta, y yo asiento con la cabeza.

Ella toma el teléfono sobre la mesa y escucho cómo le dice a la persona al otro lado que la señorita Porto ha llegado. Después de escuchar atentamente durante unos segundos, cuelga el teléfono, se levanta de la mesa y me lanza una mirada significativa.

Me levanto y camino hacia ella. Mi corazón retumba en mi pecho, como si fuera una batería de escuela de samba. Mis piernas tiemblan y mi piel se eriza de pies a cabeza. Me esfuerzo por mostrar serenidad en mi rostro, en lugar de ansiedad o cualquier otro sentimiento.

Doña Norma y yo caminamos lado a lado hasta la gran puerta negra por la que pasamos cuando llegué. Cuando paramos, ella toma mi mano y me mira profundamente a los ojos antes de sonreír, como si quisiera darme confianza.

Aprecio el gesto, pero no creo que haya nada que me haga sentir segura ahora. Ella me suelta para girar el picaporte de la puerta, y siento la ausencia de su toque reconfortante inmediatamente.

En el momento en que se abre una pequeña rendija, doña Norma se da la vuelta y regresa a su mesa, dejándome sola para enfrentar mis propios problemas.

Es solo una entrevista, Eliza. Todo va a estar bien. Si no sale bien aquí, saldrá en otro lado. *No es culpa tuya, Eliza. No es culpa tuya. Todo va a salir bien, solo necesitas tener fe.*

Respiro profundamente y, haciendo un puchero, expulso todo el aire de mis pulmones. Luego empujo la puerta con delicadeza y, con toda la valentía que puedo reunir, entro a la sala. Cuando la cierro y me giro hacia quien me espera adentro, lo que veo me quita el aire, el suelo e incluso la conciencia de que soy capaz de moverme.

Un hombre. "El" hombre.

No era otra señora simpática, responsable de recursos humanos, ni un viejo barrigón, calvo y sudoroso. ¡No! Nada de un hombre flaco como un palillo, con olor a cigarro y el cabello grasoso de aceite. Ni una mujer de mediana edad rubia, intentando esconder los cabellos grises.

Quien me espera al otro lado de la sala, con paredes y suelo oscuros como la noche, es el hombre más hermoso que he visto en toda mi vida.

Su cuerpo es alto, fuerte. El pantalón azul marino, probablemente parte de un traje hecho a medida, se ajusta a sus muslos, marcándolos con un corte perfecto.

La cintura está delineada por un cinturón negro, que atrae mis ojos hacia su abdomen, que se alza esbelto, ensanchándose hasta el pecho, luego por los hombros.

La camisa blanca tiene las mangas dobladas hasta los codos, dejando al descubierto los antebrazos de venas prominentes y los

primeros botones abiertos, prácticamente desafiando a mis ojos a espiar la piel clara que queda expuesta ahí.

Y luego está su rostro. Quien dijo que los ángeles se parecen con esas pinturas en los techos de las iglesias claramente nunca vio a este hombre en su vida, porque es imposible que exista un rostro más bello.

La mandíbula cuadrada está cubierta por una barba espesa y oscura, al igual que su cabello, corto para que no caiga sobre sus hombros, pero lo suficientemente largo como para que alguien pueda tirar de él.

La boca es un par de finos cojines rosados en medio de esa densa selva oscura de vellos. El nariz delgada es recta, perfectamente alineada con los pómulos, completamente proporcionada con todo, pero fueron los ojos los que me atraparon desde el momento en que los encontré.

Azules. Azules y brillantes como las estrellas, que resplandecen en el cielo nocturno, absorbiendo la oscuridad y al mismo tiempo iluminándola. Devastadores, como el fuego, que consume el gas y lo incendia.

Y fue eso. La comprensión vino como un golpe físico provocado por un viento invisible. Atada en ese instante, completamente despojada de cordura, suelo y aire, lo supe. Allí, en ese momento, en esa sala, tuve más certeza de eso que de cualquier otra cosa en mi vida. Me quemaría.

—¿Eliza Porto?

La voz grave y aterciopelada rompió el silencio, arrancando mi consciencia del letargo en el que estaba, pero sin tener la misma consideración por mi cuerpo, encendido como un árbol de Navidad.

El viento frío del aire acondicionado azota mi piel solo por tocarla, mis piernas pierden la firmeza y se aferran a espasmos sutiles como si de eso dependiera su existencia.

Gotas de sudor brotan en mi nuca y bajan por mi espalda, bajo la tela oscura de la blusa de botones. Mi respiración insiste en no encontrar ritmo, obligándome a mantener los labios entreabiertos en un intento de no ahogarme.

La postura del hombre muestra cierto tipo de sorpresa, pero sus ojos… sus ojos son como prisiones y decido que prefiero evitarlos. Me esfuerzo por hacerlo sutilmente, desviando la mirada hacia su nariz.

—Buenas noches.

Mi voz sale más firme de lo que esperaba y mucho más baja de lo que me gustaría.

Él frunce el ceño, sus ojos recorren todo mi cuerpo en una fracción de segundo, me analizan de pies a cabeza, pero noto, como si realmente estuviera atrapada en cada movimiento de esa mirada, aunque no esté enfocada en ella.

Trago en seco bajo su análisis, mis nervios más sensibles reaccionan, como si respondieran a una llamada y no entiendo, simplemente no entiendo qué está pasando aquí. Nunca he estado ebria, pero tengo la sensación de que es exactamente esa la sensación que tengo.

—Siéntate, por favor.

9.

ELIZA PORTO

—Me llamo João Pedro Govêa.

Mis ojos se abren de par en par. ¿Govêa, como el logo de la recepción? ¿Él es el dueño de la empresa? ¿Por qué el dueño de la empresa está entrevistándome?

—¿No lo sabías? —susurra muy bajo, pero lo escucho igual y sigo callada, sin tener idea de qué decir.

¡Claro que no lo sabía! ¿Cómo iba a saber algo así? Todo lo que hice fue enviar un correo y ni siquiera sé para qué puesto estoy aplicando.

—Recibí tu currículum.

Esa es su siguiente afirmación y su tono no pasa desapercibido, no sé qué tiene, pero sé que hay algo en él.

—Imagino que sí, envié muchos —respondo, con honestidad.

Me gustaría decir más cosas, mostrar que soy comunicativa, que me llevo bien con la gente, incluso con desconocidos. Pero su presencia es agobiante.

Aunque sé que mi respuesta fue demasiado corta, su reacción es muy distinta de cualquier cosa que hubiera esperado.

Sus cejas se levantan, no sé si de sorpresa o de duda. Pero me pregunto qué esperaba él, si que hablara más o que no mencionara que había enviado currículums a otras personas.

Mi última experiencia laboral fue hace nueve meses, si él tiene mi currículum, sabe eso. Mi búsqueda de trabajo no debería

sorprenderlo.

—¿Todos iguales?

Esta vez, el tono es claro como el día: una reprimenda. El por qué, realmente no lo sé.

—Básicamente, sí.

Intento sonreír amigablemente, si al menos me dijera cuál es el maldito puesto, tal vez tendría algo más que decir sobre eso. Qué carajo. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Cinco minutos? ¿Veinte? ¿Una hora? Una risa seca y corta escapa de sus labios y frunzo el ceño involuntariamente. ¿Qué tiene de gracioso?

—No eres lo que yo esperaba —comenta con desdén, algo que me hiere en lo más profundo, y entonces, contra todo mi buen juicio, hago lo que ya estaba más que claro que no debía hacer: lo miro a los ojos. Nos enfrentamos.

Nadie desvía la mirada, nadie dice nada por, quién sabe, cuánto tiempo, pero al mismo tiempo que me siento atrapada, también me siento tan distante de él, que siento la necesidad de devolverle la agresión, aunque sé que para él no significará nada.

—Tú tampoco —declaro con firmeza en la voz y en los ojos, todavía fijos en los suyos. Esta vez, su respuesta es inmediata.

—¿Y qué esperabas, Eliza? —Su voz, baja y aterciopelada, me llega a la piel antes de a mis oídos, haciendo que me erice entera y me asuste.

¿Pero qué es esto? Frunzo el ceño hacia él, cuando finalmente pongo atención a la pregunta que me hizo. Esta batalla ya está perdida, ¿verdad? No tengo idea de qué puesto estoy solicitando, este hombre claramente no me gusta, no soy lo que él esperaba.

Intercambiamos unas pocas palabras y nada bueno ni productivo salió de eso y, siendo honesta, si sé lo que es mejor para mí, voy a mantenerme lo más lejos posible de él. Me tocó a mí reírme secamente.

—¿Un viejo gordo, calvo y barrigudo? ¿Un hombre flaco, oliendo a cigarro y con el cabello sucio? O tal vez, ¿una mujer rubia de mediana edad tratando de ocultar los cabellos blancos con tintura barata?

Al escuchar mis expectativas, sus ojos se abren más y una arruga aparece en su frente antes de reafirmar la pregunta que ya me hizo y que ya había respondido.

—¿Eso es lo que esperabas?

—¿Y no es así como suelen ser?

—Pensé que era tu primera vez, eso es lo que decía en tu currículum.

—¿En algo así? —pregunto, refiriéndome a una empresa como esa—. Sí. Pero ya he hecho otras cosas, así que sabía lo que podía esperar.

Él asiente con la cabeza.

—¿Y te habrías quedado satisfecha con cualquiera de esas opciones que describiste?

—Por supuesto. Con cualquiera que me contratara. ¡Estoy dispuesta a todo! —respondo con firmeza. Tal vez aún haya una oportunidad, después de todo.

Si logro mostrar que soy buena trabajando, que estoy dispuesta a aprender, tal vez pueda hacer que cambie de opinión. Los mejores empleados son aquellos que realmente necesitan el trabajo, y en este momento no conozco a nadie que lo necesite más que yo.

—Sé que tal vez no tengo la experiencia que necesitas, pero aprendo muy rápido. ¡Te lo aseguro! Todo lo que hace falta es que me digas exactamente lo que quieres que haga y lo haré mejor de lo que nadie lo ha hecho antes.

Él me escucha y mueve la cabeza, de nuevo una expresión de incredulidad cruza su rostro y siento que he dicho algo mal.

El señor Govêa desvía la mirada de la mía y observa la calle a través de las ventanas a su lado. Permanecemos en silencio por varios segundos y, cuando vuelve a mirarme, lo que veo me asusta.

—Sí, ya sé —dice, asintiendo con la cabeza—. Es exactamente lo que dice en tu currículum —afirma, dejándome confundida, porque no recuerdo haber puesto algo así en mi currículum.

Estoy desesperada, pero no tanto como para escribir eso para gente que no conozco; podrían interpretarlo mal o, peor aún, podrían interpretarlo correctamente y usar mis propias palabras en mi contra.

—¿Esto es normal para ti? —pregunta, con un tono de voz lleno de ira.

¡Qué carajo! Pensé que venía a una entrevista de trabajo, ¡no a una montaña rusa! Irritada, dejo que las palabras salgan de mis labios sin pasar antes por el filtro de la cortesía o el sentido común. ¡Que se joda!

—¡Sí! ¡Es normal para todo el mundo que no nació en cuna de oro! ¡Así gira el mundo cuando no tienes a nadie que lo maneje por ti!

El hombre se levanta y todas las máscaras de educación, paciencia y buenos modales caen. Estira los brazos sobre la mesa y se apoya en ella, mirándome desde arriba, en una posición que deja clara la superioridad que acabo de escupirle en la cara.

—¿Sabes qué, Eliza? Si estás tan desesperada, puedo darte un trabajo. Pero necesito saber dos cosas: primero, ¿aceptas trabajar por día o solo contratos a largo plazo?

La pregunta me toma desprevenida, dejándome en una posición incómoda, sin saber si ceder a mi necesidad de dinero y tragarme mi orgullo, o mandar todo al carajo.

Respiro hondo y la respuesta obvia brilla en mi mente. Paso la lengua por mis labios, intentando, necesitando humedecerlos, pero la sensación es como la de una lija pasando sobre mi piel sensible. Sentada debajo de él, tomo coraje para mirarlo, inclinando la cabeza hacia atrás.

—No es lo ideal, pero dependiendo de lo que quieras, puedo trabajar por día.

La sonrisa arrogante y el aire despectivo que se apoderan de su rostro me revuelven el estómago, haciéndome creer que no hay forma de que me humille más en mi vida que con su actitud y sus sonrisas críticas en los últimos minutos.

—Está bien, Eliza. Ahora, el segundo punto: para contratarte, necesito estar seguro de que no mentiste en tu currículum.

Su mirada es dura y condenatoria, su voz áspera pronuncia las palabras lentamente.

Eso cae como la última gota en un vaso que ya está desbordando. ¿Quién se cree este tipo para tratarme así? ¡Puedo estar pasando hambre, pero no soporto este tipo de cosas!

Imitando su postura, me levanto de un salto y estiro los brazos sobre la mesa. Nuestros cuerpos están ahora más cerca que nunca, desde el momento en que nuestros ojos se cruzaron por primera vez, Dios sabe cuánto tiempo atrás, cuando aún estaba en la puerta de la sala.

Contra todo mi sentido común y la sensación de urgencia que exige mi rabia, mi piel se eriza por la cercanía, mis piernas tiemblan, obligándome a apoyarme con fuerza sobre los brazos, y distintas partes de mi cuerpo palpitan, irritándome por esta reacción tan involuntaria.

A pesar de nuestra posición similar, su altura, mucho mayor que la mía, me obliga a mantener la cabeza inclinada para mirarlo a los ojos.

El problema es que parece que estoy perdiendo el control sobre mi propio cuerpo, que se acerca como si hubiera un imán, atrayéndome cada vez más cerca de él, hasta que las laterales de nuestras manos se tocan y un rayo me atraviesa, haciéndome sentir completamente viva y energizada.

Con la cabeza a solo unos milímetros de distancia, susurro entre dientes por rabia y miedo. Rabia por lo que dijo y miedo por lo que podría pasar si abro la boca estando tan cerca de él.

—¡Nunca mentiría en mi currículum!

Él entrecierra los ojos y mueve ligeramente la cabeza.

—¿Ni en la última frase? —pregunta, claramente desafiante.

Tardo un momento en procesarlo, porque su aliento me envuelve, dominando mis sentidos y pensamientos todo a la vez. El olor a fruta es fuerte, amargo y alcohólico, pero, por alguna razón, esas sensaciones solo pasan por mi cabeza y lo que realmente se queda es, si tiene ese olor, ¿cómo será su sabor?

10.

JOÃO PEDRO GOVÊA

¡Maldita mujer! ¡Puta! ¡La maldita puta sin conciencia que anda repartiendo currículums por ahí, pero qué carajo! ¿Qué tiene en la cabeza? ¿Y por qué esto me está volviendo loco a tal punto de gritarle a una desconocida por hacer lo que le da la gana con su vida?

Cuando se dio vuelta para mirarme después de abrir la puerta de mi oficina, casi no podía creer lo que estaba viendo. La ropa gastada, el cabello hecho un desastre, recogido para esconderlo, la piel pálida y la delgadez al borde de la desnutrición, definitivamente no era lo que esperaba de alguien que manda un correo como ese. Pero mi reacción hacia ella fue completamente inesperada.

Porque, a pesar de su apariencia descuidada, en lugar de recriminarla, despertó en mí un deseo completamente diferente: el de conocerla, saber por lo que estaba pasando, ayudarla.

Porque, a pesar de todo, incluso con el aspecto maltrecho, esa persona era la maldita mujer más hermosa que he visto en mi vida, y me hizo pensar seriamente en contratarla, solo por una noche, claro. Aun así, ¡qué carajo! Pero antes, necesitaba saber cómo llegó hasta mí.

Desde que supe que Norma había conseguido la entrevista, me armé mil teorías de cómo todo esto había pasado, en todas las que involucraba a una profesional del sexo, la tal mujer era una prostituta de lujo con contactos y uno de esos contactos, un colega o hasta un amigo idiota, le pasó mi correo personal.

Nunca, ni por un segundo, se me ocurrió que podría ser solo una chica pobre y desesperada por dinero. Y ahora era más que

curiosidad, era necesidad.

Eliza se sentó frente a mí con una postura perdida, y me pregunté si no sería eso, solo desesperación. Tal vez era eso, su apariencia dejaba claro que venía pasando por malos momentos.

Decidí no abordarla directamente, pensé que si tenía razón y aquello era solo una medida impaciente en una situación desesperada, podría asustarla o hacerla sentirse mal, y ese no era mi objetivo.

Me acerqué un poco y tuve ganas de acercarme más, de dejar de lado la distancia que imponía la mesa entre nosotros y sentarme a su lado. Pero esa era una idea estúpida, sin sentido, después de todo, esto aún era una entrevista de trabajo, yo lo sabía.

Aun así, a pesar del enorme mueble entre nosotros, me sentía atraído, como si me empujara algo hacia sus ojos, tan jodidamente inocentes pero, a la vez, contradictoriamente desafiantes, que me estaban sacando de quicio, pero ella seguía negándome el acceso, centrando su mirada en mi nariz.

Sus labios rosados, perfectamente delineados, con un arco de cupido perfecto, eran tan tentadores como su mirada.

La contradicción estaba en que si la mirada despertaba en mí un deseo inexplicable de cuidarla, esos labios me provocaban algo completamente diferente, algo que definitivamente no se podía describir como ternura. Si ese currículum fuera legítimo, debería agregar una boca hecha para el pecado.

Luchando contra el impulso magnético de acercarme, aunque solo fuera con la mirada, me presenté y, una vez más, la mujer me sorprendió. Sus ojos desorbitados, labios entreabiertos y mejillas ligeramente sonrojadas dejaban claro que no tenía idea de quién era. Eso solo me intrigó más.

¿Cómo había llegado hasta aquí?

¿Delante de mí? Con esa postura que era, al mismo tiempo, asustada y decidida? Necesitaba respuestas, así que comenté algo sobre su currículum y la maldita respuesta me voló la cabeza.

"Envié muchos", dijo. Y, como un castillo de naipes, todo lo que había pensado sobre ella se desmoronó.

No queriendo creer lo que oía, traté de preguntar otras cosas, pero mientras más hablaba, más se alejaba de la niña inocente que parecía ser, y más surgía la mujer que había escrito un currículum sexual y me lo había enviado por correo. Esta percepción me volvió loco, porque algo dentro de mí quería cuidar de la niña inocente que no era.

Ese currículum no fue una medida desesperada, sino una jugada fría y calculada. Ella estaba dispuesta a aceptar la propuesta de quien fuera que la contactara primero.

Con cada palabra que salía de su boca, mi cuerpo se tensaba más y mis pensamientos se desordenaban. La necesidad repentina de protegerla luchaba contra el juicio que jamás dejaría de hacer, después de todo, ella estaba eligiendo hacer esto consigo misma.

Y lo peor de todo era esto: a pesar de que el motivo de todo esto seguía siendo un misterio, solo me preocupaba ella, me irritaba y me consumía el odio.

Lo que realmente me molestaba era no poder protegerla de sí misma, más que la pregunta sin respuesta: *¿cómo había llegado hasta mí?*

Perdí el control. Simplemente, necesitaba decir algo que la volviera loca, al mismo nivel que yo me sentía.

Cualquier cosa.

Le pregunté sobre un trabajo puntual, tanto para irritarla como porque, a pesar de todo, una parte enferma de mí quería saber. Pero no sirvió de nada, como todas las preguntas que le hice antes, ella respondió con firmeza y autoridad, negándome lo que más quería: verla descontrolada.

Pero necesitaba eso.

Necesitaba verla caer de ese pedestal de seguridad absurdo tanto como necesitaba aire para respirar y agua para vivir.

Examiné su rostro, invadí esa mirada que tanto me había negado, investigué cada uno de los pensamientos que me entregaba, y, al darme cuenta de lo orgullosa que parecía de su maldito currículum, ataqué. Cuestioné su veracidad, lo cual, considerando nuestra conversación hasta ese punto, ni siquiera fue sorprendente, pero fue suficiente. Finalmente, ella tuvo el valor de mirarme, y pude verla por completo.

Eliza explotó. Perdió el control. Se sintió ofendida. Y, en ningún otro momento, la maldita estuvo tan increíblemente hermosa.

Sus labios están entreabiertos y sus ojos arden de rabia. *¿Está bien, Eliza? ¿Está bien perder el control?*

—¿Por qué tanta rabia, Eliza? Solo quiero asegurarme de que recibiré lo que voy a pagar por esto.

Mi rostro se acerca al suyo sin que pueda evitarlo, quedamos tan cerca que respiramos el mismo aire. Siento mi pantalón ajustarse más y más. Ella, una vez más, respira profundamente, embriagándose con mi aliento. Sus ojos se cierran y yo también lo hago, bebiéndome su imagen, fijándome en pequeñas pecas alrededor de su nariz, mal cubiertas por el maquillaje, ahora que estamos tan cerca.

Mis ojos recorren sus largos pestañas, las mejillas marcadas de su rostro, la curva deliciosa de sus labios y me acerco, dejando mi boca tan cerca de la suya que, al lamer mis propios labios, siento que podría lamer los suyos también. La atracción por ella es insoportable.

La quiero. La quiero como hacía mucho que no recordaba desear algo o a alguien.

—¡Ya te dije que nunca mentí en mi currículum! —Esta vez su voz sale como un susurro, afectada por la proximidad inevitable entre nosotros, tanto como yo.

—¿Ni sobre tu *"vagina virgen, lista para un cambio de estado",* Eliza? —pregunto, casi pegando mi boca a la suya, y ella abre los ojos.

Una expresión de horror se apodera de su rostro, se impulsa hacia atrás y tropieza, choca con la silla, se enreda con la alfombra, sacude los brazos con desesperación, y todo eso me arranca del éxtasis del deseo solo para lanzarme en uno completamente distinto, uno que no reconozco, pero que ya no me gusta.

Frunzo el ceño y doy un paso hacia adelante, con la intención de alcanzarla, pero ella finalmente deja de moverse cuando su espalda choca con la pared, extendiendo los brazos con las palmas hacia mí, señalando de forma universal que me detenga, y lo hago.

—¿Q-q-qué dijiste? —Su voz, tan orgullosa hace segundos, ahora, al igual que su cuerpo y mirada, está temblorosa.

Eliza se agarra a su bolso, que, ahora que lo noto, ha estado colgado de su muñeca todo este tiempo. Oigo su pregunta, sé la respuesta, pero ahora, con la niebla de deseo y rabia disipadas, solo con la preocupación por ella flotando sobre mí, me doy cuenta de

que repetir las palabras que dije con la única intención de descontrolarla es muy difícil.

—Yo... —empiezo, pero no sé cómo seguir, así que me detengo.

Me llevo las manos al cabello, tirando de él hacia atrás.

—¿Qué dijiste? —pregunta de nuevo, esta vez su voz es firme, gritada.

Abro la boca y la cierro varias veces antes de encontrar algo que decir.

—En tu currículum... en tu currículum decía que tenías una "*vagina virgen, lista para un cambio de estado"*.

—¡Dios mío! —balbucea, sus ojos se agrandan, completamente sorprendidos, llenándose de lágrimas brillantes, lo que me deja totalmente confundido.

Intento dar un paso hacia ella, pero mueve la cabeza frenéticamente, diciendo que no. Su cuello y rostro se ponen rojos, está llorando, dejándome completamente perdido.

—¡Dios mío! ¡Internet no se había caído! —grita, pero su voz suena vacía, hueca, como un susurro fantasmagórico, antes de salir corriendo y atravesar la puerta de mi oficina como un rayo.

Ni siquiera me doy cuenta de lo que estoy haciendo, ya estoy en movimiento, persiguiendo a la mujer que ha provocado más sensaciones en mí en los últimos veinte minutos que cualquier otra en mis treinta años de vida, pero al llegar al ascensor y ver las puertas cerrándose con ella dentro, me doy cuenta de que no corrí por mí, corrí por ella.

Intento llegar a las puertas, pero el ascensor ya comienza a moverse y me encuentro perdido en medio del hall vacío, sin empleados, por el horario. Jhonatan aparece corriendo y lo despido

con la mano antes de tomar las escaleras y bajar 42 pisos a toda velocidad, en total desesperación.

¡Qué mierda!

¡Debería haber invertido en tecnología de ascensores más rápidos para esta maldita torre, carajo!

¡No va a dar tiempo! ¡No va a dar tiempo!

Llego al primer piso jadeante, sudoroso, empujo la puerta de emergencia y los guardias del vestíbulo vienen todos hacia mí, pero el ascensor sigue abierto, detenido y vacío.

—¿La mujer que bajó, dónde está? —grito, mientras corro hacia la salida del edificio, atravesando las puertas automáticas y siendo golpeado por el aire cálido de la noche de la Avenida Paulista.

Los guardias, todos, me siguen corriendo, probablemente sin saber qué está pasando.

—Fue para la derecha —responde el que está más cerca de mí.

Mientras corro más rápido que en cualquier carrera matutina, ellos siguen mi rastro. Juntos, debemos formar una imagen bastante interesante, porque varios autos reducen la velocidad para mirarnos. Varios transeúntes también interrumpen su camino para hacer lo mismo.

Ignoro a todos, cruzo las calles iluminadas por luces blancas y fluorescentes, buscando ese cuerpo pequeño, esos jeans gastados, su cabello atado en una coleta alta, pero nada, ni rastro de ella.

Unas calles después, mis ojos finalmente se detienen en algo que los hace quedarse quietos, pero no es ella.

Es una parada de autobús. Un autobús acelera su marcha para salir, despejando mi vista hacia lo que estaba detrás de él. Una

marquesina vacía, y eso basta para saber que la perdí.

11.
JOÃO PEDRO GOVÊA

El documento de identidad sobre mi mesa me mira fijamente, mientras me pregunto qué hacer.

Cinco días.
Cinco días desde que recibí ese maldito correo, tres días desde que la mujer entró a mi oficina, me irritó, me provocó, me dejó con la verga dura, me sacó de quicio y luego salió corriendo como una loca, dejando su documento de identidad en la recepción del edificio.

Eliza Salvador Porto, veintidós años, nacida en São Roque, lleva cuatro años en São Paulo. Está desempleada desde hace nueve meses, ha estado buscando trabajo desde entonces, pero su historial en los trabajos que ha tenido no facilita su contratación en ninguna empresa de los rubros en los que ya ha trabajado. Aparentemente, no fui el único al que le dio esa impresión de que ella no se achica nada. Sonrío al pensarlo, la maldita mujer es pequeña, pero jodidamente valiente.

No es una puta. Lo que me lleva a la pregunta que me está volviendo loco desde esta mañana, cuando recibí el producto de algo que debí haber hecho cuando Norma me dijo que había logrado agendar la entrevista: mandar investigar a la dueña del currículum.

Mi investigador me llamó hace casi diez horas, lo que hizo que mi día fuera oficialmente una mierda, porque no importaba lo que intentara, el final siempre era el mismo, mis pensamientos regresando una y otra vez a Eliza en mi oficina, tan cerca de mí que su perfume me envolvía y podía contar las pecas sobre su nariz.

O, peor aún, la pregunta de un millón de dólares: si no es una puta, ¿qué demonios estaba pensando al enviarme un correo como

ese?

Y algo que dijo no me sale de la cabeza. Desde que me di cuenta de que la había perdido, ya he repasado los eventos de esa noche mil veces en mi mente. Dijo que "Internet no se había caído", ¿qué diablos significaba eso? Mierda. Además, mintió. ¿O no mintió? Depende de cómo lo veas.

El hecho es que realmente envió muchos currículums, pero solo uno como el que yo recibí, el mío. ¿Por qué? ¿Por qué quiero saber tanto sobre eso? ¿Por qué no mandé ese maldito documento por un cadete de mensajería, si ya tengo la dirección de esa maldita?

Esa pregunta me hace bufar indignado, otra cosa más en mi cabeza, esa mujer, con su tamaño, vive en el peor lugar posible. Justo en medio de Paraisópolis, la mayor favela del estado, ¡carajo!

¡Quiere volverme loco! ¿No podía vivir en un barrio normal, tranquilo, que no me trajera problemas?

—¡Qué mierda! —digo en voz alta, como si eso fuera a hacer alguna diferencia. No la hace. ¿Por qué demonios me importa?

Mis ojos vuelven a buscar la imagen que me atormenta día y noche y encuentran el rostro delgado, de piel clara y pecas dispersas, impreso en una foto en el documento de identidad sobre la mesa.

Tenía diecisiete años cuando se tomó esa foto. Ya era hermosa. ¿Será que decidió prostituirse? ¿Se cansó de buscar trabajo? Con esa belleza, no sería de sorprenderse, pero entonces, ¿por qué lo único que hizo en ese sentido fue el maldito correo?

Son demasiadas preguntas y pocas respuestas. Mirando el documento, tomo una decisión, es hora de buscar respuestas, y solo hay un lugar donde puedo encontrarlas.

12.

ELIZA PORTO

Despierto sobresaltada con los golpes insistentes en la puerta.

—¡Mierda, mierda, mierda! —digo entre dientes—. Solo puede ser mi casero. Ay, Dios, no puede echarme esta semana. Esta semana, no.

Hago un cálculo rápido, intentando recordar cuánto del dinero de la limpieza he gastado y cuánto me queda. Poco, muy poco, y definitivamente insuficiente para rogarle que me perdone por los tres meses de alquiler atrasado.

Si tan solo hubiera conseguido ese maldito trabajo…

El solo recuerdo me hace agarrar una almohada y presionarla contra mi cara para sofocar mi grito de frustración. No fue que la conexión se cayó; simplemente envié el correo a la persona equivocada. ¿Qué probabilidades había? He escrito esa dirección tantas veces, pero esta vez olvidé poner la condenada "U". Una letra, una sola letra, y una broma inocente terminó en las manos de un desconocido. Y no cualquier persona, ¡precisamente él!

Nunca me he sentido tan humillada en mi vida como cuando soltó aquellas palabras preguntándome por mi virginidad. Dios, no puedo ni siquiera recordarlas sin sentir vergüenza. Pensó que yo era una puta.

Y las cosas que le respondí… Le dije que esperaba a un hombre viejo y calvo o, quizás, a una mujer. ¡Dios mío! Dije que no importaba, que aceptaría cualquier opción.

Aprovecho que aún tengo la almohada en mi cara para soltar otro grito, aunque nada de eso alivia mi vergüenza ni la indignación. Al

menos hay una cosa que hace todo esto un poco menos insoportable: la certeza de que nunca más lo veré en mi vida.

Los golpes en la puerta suenan más fuertes, y me doy cuenta de que he perdido tiempo precioso pensando en ese maldito hombre en lugar de inventar una excusa convincente para el señor Josias, que está afuera, listo para echarme.

¿En qué diablos estoy pensando?

En ese hombre, que puede ser un desgraciado, pero es un desgraciado guapo. Mi propia mente responde a mi pregunta silenciosa, y hago una mueca para mí misma. Porque es un arrogante y prepotente que me citó para una entrevista aun creyendo que yo era una puta, y luego me juzgó por eso.

He tenido mucho tiempo para repasar cada palabra dicha en esa sala, una y otra vez, y llegué a dos posibles conclusiones: o recibió el correo y le pareció divertido humillarme por eso, o le gustaron las barbaridades que escribí y quería que hiciera lo que dije que haría, pero algo, probablemente mi apariencia, lo hizo cambiar de idea.

Sin embargo, considerando que realmente no creo que un hombre como él, rico, poderoso, increíblemente guapo y con esos ojos, necesite de una prostituta, lo más probable es que sea la primera opción, lo que me irrita aún más porque, para mi desgracia, le di exactamente lo que quería: mi humillación.

—¡Ya voy! —grito hacia la puerta, donde los golpes insistentes continúan, obligándome a levantarme de la cama.

Dado que la táctica de fingir que no estoy en casa claramente no está funcionando, arrastro mi cuerpo fuera de mi improvisado colchón. Las cajas de ropa justo frente a mí son mi primer destino; después de todo, a diferencia de lo que ese imbécil cree, no soy una prostituta y no voy a recibir a mi casero en ropa interior.

Idiota. Aunque, si no hubiera mencionado el correo, probablemente lo habría besado, incluso estando furiosa. ¿Será verdad lo que dicen? Que con ira es mejor…

—Cállate, Eliza —murmuro para mí misma mientras me pongo una camiseta y un short de jean—. ¡Ya voy!

Mientras giro la llave, comienzo a disculparme, esperando que eso me ayude a convencerlo.

—Mire, señor Josias, sé que ayer se cumplió el tercer mes de alqui…

La palabra muere en mis labios cuando abro la puerta y, en lugar del señor Josias, me encuentro de frente con el maldito João Pedro Govêa.

Parpadeo varias veces para asegurarme de que no estoy alucinando, pero luego me doy cuenta de algo obvio y comienzo a reírme. Estoy soñando. Sigo dormida. Dios, esto se siente tan real. Inclino la cabeza para mirarlo. Es tan condenadamente guapo. ¿Por qué?!

—Sabes, este es diferente —comento, y él levanta una ceja, como si no supiera de qué hablo. Decido explicarle—. ¿Te cansaste de acostarte conmigo en mis sueños? Sé que hemos hecho mucho de eso desde el lunes en la noche. Hummm, hueles tan rico. —Aspiro profundamente su aroma—. Me gustaría saber qué perfume usas, aunque sé que no tendría dinero para siquiera acercarme a un frasco que debe costar al menos tres meses de despensa, pero solo quería saber. Ahora que lo pienso, es curioso que, aunque no sepa tu nombre, cada vez que sueño contigo, siento tu aroma como si fueras real.

El João de mi imaginación permanece parado en la puerta de mi casa, mirándome ahora con ambas cejas levantadas, mostrando una

genuina sorpresa por lo que acabo de decir.

—¿Qué? No me mires así. Tú estabas ahí. Puede haber sido un sueño, pero yo no hice todo eso sola. Ni siquiera cuando tuvimos sexo en tu escritorio o luego en el sofá de tu oficina o luego en la alfombra o luego en la pared de vidrio... Esa en la pared fue la mejor. Quiero decir, si el sexo es como creo, entonces, sí, fue lo mejor. Por cierto, ¿qué haces aquí? Este lugar no va contigo, ¿por qué soñaría que estás en mi ca…

—¿Realmente no tienes idea de que esto es real, verdad? —me interrumpe, entrecerrando los ojos, y mi sonrisa se borra de inmediato.

—¿Qué? —pregunto alarmada, dando un paso atrás, parpadeando y comenzando a arrepentirme de haber hablado de más. ¡Ay, Dios mío, no!

—Esto es real. No estás soñando. Estoy aquí de verdad. Yo, el verdadero. No el de tus sueños. Aunque quiero saber más sobre eso después.

Doy dos pasos más hacia atrás, giro la cabeza, desconfiada. Pero no, ¡definitivamente no! Esto es mi mente jugando conmigo, quizás mi subconsciente diciéndome que debo dejar de tener sueños eróticos con el hombre que me humilló. ¡Pero, carajo, hasta en mis sueños tiene que venir a molestarme y humillarme!

Puedo soñar que estoy teniendo sexo con él todas las veces que quiera; la realidad siempre será esa mirada de superioridad.

Está bien, cerebro, ¡mensaje recibido! Pero si no pude actuar como quería el lunes, en mis sueños puedo hacer lo que me dé la gana. Y digo basta. Se pasó de la raya viniendo a mi casa para humillarme otra vez. Así que hago lo único que puede acabar con esto: me pellizco con fuerza.

El dolor atraviesa mi piel como una flecha y casi pierdo el equilibrio, no por la punzada, sino por la constatación.

—¡Ay, Dios mío! —susurro bajito—. ¡Ay, Dios mío!

—¿Puedo pasar?

La pregunta me saca de mis pensamientos y miro al hombre frente a mí, de verdad, por primera vez desde que abrí la puerta. El traje oscuro, el cabello ligeramente despeinado, la barba bien recortada.

Es tan imponente que parece fuera de lugar aquí, parado en mi puerta. Su presencia simplemente no encaja.

—¡No! ¡Claro que no! ¿Qué haces aquí? —pregunto indignada, y él mete la mano en el bolsillo, sacando mis documentos. Cierro los ojos.

¡Maldita sea! Ni siquiera me había acordado de ello hasta ahora. Cuando vuelvo a mirarlo, mi documento sigue en sus manos, pero él no hace ningún movimiento para devolvérmelo.

—¿Puedo entrar? —repite, y niego con la cabeza, sin poder creer la desfachatez del idiota.

—¡No! Porque sea lo que sea que pienses lograr aquí, no lo conseguirás. Si no quedó claro antes, déjame aclararlo ahora.

Doy unos pasos hacia él, dejando nuestros cuerpos peligrosamente cerca, y me arrepiento de inmediato, porque es todo lo que necesito para que mi mente se aturda con su aroma y el calor de su cuerpo.

Esa sensación de atracción regresa con todo, y lucho contra ella para poder decir las palabras que hace segundos estaban tan claras en mi mente.

—¡No soy una puta! ¡Y no voy a ser tu puta! Ni por un día, ni por una semana, ni por un mes ni por un año. ¡No voy a ser tu puta de mascota!

—Eres una atrevida, ¿verdad? Definitivamente, esa fue la mayor cantidad de veces que he oído a una mujer decir la palabra "puta" en una sola conversación —se burla, y, como una niña, me siento provocada.

—¡Puta, puta, puta, puta, puta, puta…!

Soy interrumpida por su risa fuerte y cruzo los brazos frente a mi pecho, mirándolo con seriedad. Él sigue riendo sin apuro, y cuando finalmente se calma, me observa aún con una sonrisa descarada en el rostro.

—Ahora que ya dejaste claro que puedes decir la palabra "puta" muchas veces seguidas y que no lo eres, ¿puedo entrar?

Me rasco una ceja sin saber cómo reaccionar ante él. ¿En serio? ¿Cuál es el problema de este hombre, además de su evidente habilidad para sacarme de quicio? ¿Qué puede querer en mi casa?

—¡No! Si viniste a devolver mis documentos, no tienes que entrar para eso.

Extiendo la mano hacia él, y él solo la observa por un instante antes de devolverme la mirada y agitar el documento frente a mis ojos.

—Creo que no. Si quieres recuperarla, tendrás que dejarme entrar.

Una risa seca escapa de mi garganta.

—¿Me estás diciendo que si no te dejo entrar en mi casa, no me vas a devolver mi identificación? —pregunto, incrédula.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo —responde con la mayor desfachatez del mundo, mientras guarda el documento, protegido en un plástico transparente, en su bolsillo y sigue mirándome.

—¡Tienes que estar bromeando! ¿Y qué vas a hacer con ella si aún así digo que no?

—Probablemente tirarla —responde con simpleza, y no puedo creerlo.

—¡Eres increíble! Tú… tú… tú…

—¿Podrías dejarme entrar y seguir insultándome mientras estamos ahí dentro? No estoy muy cómodo parado aquí afuera.

—¿Estás muy lejos de casa, no? —me burlo, y él suspira como si estuviera cansado.

—Sabes, Eliza, realmente no quería hacer esto, pero eres la maldita cosa más terca que he conocido en mi vida.

Antes de que pueda preguntar "¿hacer qué?", sus brazos ya están alrededor de mi cintura, mis pies fuera del suelo, y él dentro de mi casa, cerrando la puerta detrás de mí y dejándome atrapada entre la puerta y su cuerpo.

Tiemblo entera con el contacto, la cercanía, su aroma, todo él tan cerca. Siento su mirada sobre mí, pero no tengo el valor de levantar la mía, porque sé lo que pasará en el instante en que lo mire a los ojos. Su respiración cálida roza mi nariz, mis labios, sus manos me sujetan firmemente, su cuerpo grande se presiona contra el mío y no tengo ni fuerzas para intentar salir de esta prisión física en la que me encuentro.

—¿El gato te comió la lengua? —pregunta, y caigo en la trampa, levantando los ojos para mirarlo.

Esa profundidad azul me absorbe entera, pero esta vez, con su cuerpo pegado al mío, con su boca tan cerca de la mía. Una de sus manos se desliza por mi costado hasta alcanzar mi rostro, y sus dedos acarician lentamente mi mejilla.

—No puedes mirarme así y esperar que me aparte, Eliza.

Su dedo baja por la curva de mi mandíbula hasta encontrar mis labios. Siento su contacto y cierro los ojos, mi cuerpo vibrando con un deseo imposible de negar; quiero que me bese, lo quiero tanto que casi duele. La sensación de su piel en mi boca es cálida, suave y, a la vez, aterradora.

—Al diablo.

Su voz baja y ronca suena segundos antes de que sienta su boca en la mía, y si su dedo fue cálido, sus labios son como fuego.

Empieza como un roce, pero él encierra mi labio inferior entre los suyos y lo chupa, siento su lengua deslizándose, humedeciéndome ahí, y no resisto, dejo escapar un gemido, sus brazos a mi alrededor se aprietan, uniendo aún más nuestros cuerpos, él tira de mi labio con los dientes, estirándolo y prolongando el contacto lo más posible antes de soltarlo.

—Deliciosa —murmura en voz baja y empieza a explorar mi rostro con el suyo. Siento la punta de su nariz provocando mi piel, encendiéndome por completo, haciéndome querer pedir, rogar por más.

Fue poco, demasiado poco. Quiero resistirme, quiero empujarlo, recordarme cómo me trató en la oficina, pero no puedo; lo único que puedo hacer es desear más.

Él baja la cabeza, volviendo a juntar nuestros labios, luego pasa su lengua sobre ambos y abro la boca en una invitación clara, casi desesperada.

Siento su sonrisa cuando apenas roza sus labios con los míos, sin profundizar el contacto. Su mano en mi cuello se mueve hasta mi nuca, aferrándome allí y haciendo que abra los ojos.

—Voy a darte lo que quieres, lo que ambos queremos —dice, mientras sus dedos suben y bajan lentamente por mi piel, jugando con mi cabello, haciéndome estremecer de pies a cabeza—. Pero antes, vamos a conversar.

13.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Eliza me mira con los ojos nublados, todavía procesando mis palabras. Dios sabe cuánto me estoy esforzando para no arrancarle la ropa y hacer con ella todo lo que dijo que hacíamos en sus sueños.

Qué mujer tan jodidamente loca.

El hecho es que quiero a esta mujer. La quise desde el primer momento en que la vi. Intenté ignorarlo, lo intenté en serio. Pero, ¿por qué debería hacerlo? En el camino de la oficina hasta aquí, traté de listar razones para no reclamarla, y, bueno, no encontré ninguna que realmente valiera la pena.

Aun así, no tenía la intención de hacer ningún movimiento hasta que abrió la puerta. Bastó con verla para que esa sensación de ser atraído como por un imán despertara en mí como un dragón dormido.

La quiero, y va a ser mía. Sí, lo será.

Quizás no estoy cansado de no tener tiempo para algo. Quizás estoy cansado de no querer algo. Pasé tanto tiempo deseando y luchando por la presidencia del Grupo Govêa que, ahora que la conseguí, la vida parece vacía, sin propósito. O al menos parecía, hasta que esta pequeña mujer descarada irrumpió en mi puerta.

Su cuerpo pequeño encajado en mis brazos parece perfecto contra el mío. Siento su piel suave bajo mis dedos, su respiración cálida sobre mis labios, su cabello rozando mi brazo, sus pechos presionados contra mi torso.

Ella entera es una delicia, pero su boca... Esa boca perfecta es demasiado tentadora, y no la he tomado del todo aún porque, cuando lo haga, quiero que sepa exactamente lo que eso significa.

Paso mi nariz por su rostro, aspirando su aroma delicioso y provocándola con el roce suave. Eliza tiembla en mis brazos una vez más, y mi verga se endurece aún más, intensamente, con la forma en que responde a mis caricias.

Respiro profundamente y me aparto, dejando su cuerpo libre de mis brazos, del calor, del contacto. Como si hubiera recibido una descarga, Eliza pierde el equilibrio y tiene que apoyarse en la puerta para mantenerse en pie. Le tiendo la mano, y ella la mira, desconfiada, como si, ahora que ya no estamos pegados, hubiera vuelto a pensar y recordara que soy el enemigo.

—Eliza, no soy tu enemigo —digo, bajo y calmado. Sé que irritarla será inevitable, pero si puedo posponerlo, lo haré.

—¿Y qué eres, João? Porque, desde luego, no eres mi amigo.

Su respuesta me hace sonreír, primero porque simplemente decidió llamarme solo por mi nombre de pila, algo que solo hacen mis padres, y luego, por su sagacidad para notar algo tan evidente.

—No, no lo soy. Y tampoco quiero serlo. Voy a ser otra cosa, Eliza. Pero primero, tenemos que hablar, y necesito entender qué fue lo que pasó.

—¿En la entrevista?

—También. ¿Hay algún lugar aquí donde podamos sentarnos, o tendremos que hacer esto de pie? —pregunto, y ella desvía la mirada hacia un banco de plástico apoyado junto a la pequeña nevera.

Aprovecho que ya no soy el foco de su atención para observar el lugar donde vive. El exterior es lamentable. La calle es oscura y estrecha, apenas cabe un auto. La casa está apretujada entre otras dos y tiene la fachada pintada de un horroroso verde lima, si es que se le puede llamar casa; probablemente tiene otro nombre, es demasiado pequeña.

Las paredes están descascaradas, y la falta de una protección entre ella y la calle es inaceptable. Excepto por un balcón que, en realidad, no es más que un pequeño corredor, la puerta de su casa abre prácticamente sobre la acera.

Y ahora, mirando con atención, el interior no es mejor. Horrible no empieza a describirlo. Minúsculo, apretado, oscuro, caliente… espera, ¿eso de allí, qué es?

—¿Eso de ahí es tu cama? —pregunto, sin poder creer que duerma sobre palets y colchones.

—Si vas a empezar a juzgarme, puedes salir por donde entraste. —Es la respuesta ácida que recibo, y suelto un bufido. Maldita mujer obstinada.

—Un lugar para sentarnos, Eliza. Es todo lo que necesitamos. —Me mira con los ojos entrecerrados y camina hacia el banquito de plástico. Creo que con diez pasos se puede recorrer todo este cubículo al que llama casa. Sonrío, pensando en lo mucho que va a patalear cuando le diga que se va a mudar.

—¿De qué te ríes? —pregunta, arqueando una ceja, y mi sonrisa se ensancha.

—De nada, Eliza. De nada. ¿Podemos? —Eliza lleva el banquito y lo coloca frente a la atrocidad que llama cama, sentándose en ella y dejándome el banquito a mí. Ahora, más cerca, repaso la improvisación con la mirada, y saber que ha estado durmiendo sobre

eso durante sabe Dios cuánto tiempo empieza a irritarme tanto que tengo que desviar la vista.

—¿Por qué no tienes una cama, Eliza? —No puedo evitar la pregunta mientras me quito el saco, lo doblo y me remango la camisa hasta los codos, aflojándome la corbata. Con las piernas abiertas, me siento en el banquito de plástico barato, frente a ella.

—Tengo una cama —responde desafiante. Alzo una ceja e inclino la cabeza, y ella capta mi silencioso cuestionamiento. Bufando, como si realmente tuviera derecho a estar indignada, se da cuenta de que no voy a hablar hasta que me dé una mejor respuesta—. Solía tener una cama, pero cuando dejaron de darme el subsidio de desempleo, tuve que venderla para pagar el alquiler. Vendí la cama y el armario; fue necesario.

—Entiendo —digo, mirando alrededor y viendo sus ropas dentro de cajas de cartón—. ¿Y hace cuánto fue eso? —pregunto, aunque sé que odiaré la respuesta.

—Tres meses. ¿Pero por qué te importa, João? No eres mi amigo, y ya quedamos en que no quieres serlo. ¿Entonces por qué estamos hablando de esto?

Le sonrío.

—También quedamos en otras cosas, Eliza. Saber de ti es parte de eso.

—Yo no quedé en nada —afirma categórica. Inclino la cabeza y levanto las cejas hacia ella.

—Tus gemidos decían otra cosa, cariño. Pero ya llegaremos a eso. —Mis palabras hacen que el rubor cubra su cuello y rostro expuestos —. No tienes por qué avergonzarte. Somos adultos; ambos queríamos esto, sabíamos lo que estábamos haciendo, y no fue gran cosa.

—Me llamaste puta —me acusa, con la herida reflejada en su voz. Responde a una de mis preguntas. No, no decidió convertirse en eso, entonces, ¿cómo demonios ese correo terminó en mi bandeja de entrada?

—Sí. Hablemos de eso. Recibí un correo tuyo —digo, y su cuello y rostro se tornan aún más rojos.

—Lo sé. No era para ti.

Esa declaración me irrita, porque implica que era para alguien. Aprieto los dientes, y mis próximas palabras salen entre dientes.

—¿Entonces para quién era, Eliza?

—Para mi amiga.

Eso me descoloca por completo. ¿Por qué demonios esta mujer enviaría un correo así a una amiga?

—¿Te gustaría explicarlo? —sugiero, y ella pone los ojos en blanco.

—Eres increíblemente mandón.

No tienes ni idea, Eliza… No tienes ni idea, pero pronto la tendrás. La sigo mirando, dejando claro que aún espero una respuesta, y ella bufa, pero empieza a hablar.

—Era una broma. Solo una maldita broma. ¡Nada más!

—¿Cómo algo como eso podría ser una broma?

—Bueno, mi amiga hizo un chiste sobre que debería convertirme en una "sugar baby". Le dije que estaba demasiado vieja para eso. ¡Esa era la broma! Estoy demasiado vieja para ser "sugar baby", pero no para ser asistente personal. Era una maldita broma. Pero escribí mal la dirección de correo.

—¿Por qué tu amiga sugeriría que te convirtieras en una "sugar baby"? —pregunto, curioso, y ella responde con su usual acidez.

—Por si no lo has notado —dice, haciendo un gesto con los brazos hacia su alrededor—, no estoy nadando en dinero, precisamente.

—Sí, eso es evidente, Eliza. Pero buscar un trabajo normal es lo que un amigo de verdad sugeriría, ¿no?

—No te atrevas a insinuar nada de eso. No sabes nada de mí ni de Joana. No tienes ese derecho —explota, elevando la voz y levantándose de esa trampa que llama cama.

Coloca las manos en la cintura, en una clara pose de combate, sus labios hacen un puchero deliciosamente ridículo, y quiero morderlos. *Ah, Eliza Porto… Voy a disfrutar mucho sacándote de tus casillas.* Permanezco sentado e impasible, solo observándola, lo que parece irritarla aún más. Eliza quiere pelear, me doy cuenta.

—¿Quieres pelear, Eliza? Porque si quieres, podemos hacerlo. Pero luego nos vamos a sentar y a hablar. ¿Eso es lo que quieres?

—¿Sabes qué? Quiero que te largues. ¡Quiero que salgas de mi casa!

Eliza se mueve, y sus pequeñas tetas se balancean bajo la camiseta ajustada, provocándome, mientras extiende el brazo apuntando a la puerta. Exhalo con fuerza y desvío la mirada, necesitando unos segundos para concentrarme, para pensar con la cabeza y no con mi miembro erecto.

Si no, voy a apretarla contra una de estas paredes y meterle mi verga hasta que no pueda hablar y se vea obligada a escucharme. Maldita sea.

—Eso no va a pasar, Eliza. Definitivamente no va a pasar. Así que puedes elegir. Podemos sentarnos y hablar como personas

civilizadas, o podemos pelear primero. Puedes intentar usar eso para echarme de tu casa, y yo te puedo repetir todas las veces que quieras que eso no va a pasar, y después volvemos a lo que quiero: conversar como dos personas civilizadas.

Permanezco sentado en el mismo lugar, con un enorme ejercicio de autocontrol. Eliza me mira y parpadea sus grandes ojos azules varias veces, como si no pudiera creer mi descaro.

No puedo culparla. Todavía no me conoce. Pero, carajo, esto es bueno. Esto es muy bueno. Por primera vez en mucho tiempo siento que tengo control sobre algo, precisamente porque aún no la controlo a ella. Todo finalmente parece estar en su lugar.

Eliza me da la espalda y camina unos pasos hasta el refrigerador, y presto atención. Abre y cierra el electrodoméstico a una velocidad sorprendente, saca una botella de agua, pero eso no impide que vea lo que hay dentro. ¡La puta madre!

Me levanto del banco de un salto, y en dos zancadas estoy junto al refrigerador blanco y percudido. Eliza me mira con los ojos asustados, y llevo la mano hacia la puerta. Ella se apoya en la nevera, tratando de impedir que la abra, y bajo el brazo.

Suspira aliviada, pero solo hasta que sujeto sus caderas delgadas y la muevo sin esfuerzo alguno. Genial, otra preocupación más: si hago con ella lo que quiero, de la forma en que quiero, probablemente la voy a romper. Esto solo mejora.

—¡Suéltame! ¡João, no! ¡No puedes hacer esto!

Se retuerce y patea mientras la sujeto, colocándome entre ella y el refrigerador.

—Hay pocas cosas que no pueda hacer, Eliza. Y abrir tu refrigerador no es una de ellas —le digo, soltándola y girándome.

Cuando abro la puerta, no me sorprendo al encontrar lo que ya esperaba, un vacío absoluto. Pero me enoja, y necesito respirar hondo para no explotar. Lentamente, vuelvo a mirarla.

—¿Tu mamá no te enseñó modales? ¿No te dijo que no se abre el refrigerador en casa ajena? —dice, lanzándome esa frase.

—Sí, claro que me enseñó, pero en este momento no me importa nada mi madre, Eliza. Me importa la tuya. ¿Dónde está? Tienes veintidós años, ¡carajo! ¿Por qué demonios estás sola en São Paulo, sin poder pagar el alquiler? ¿O llenar tu refrigerador, si tu madre está viva, sana y trabajando en São Roque?

Sus ojos se agrandan y lanza un suspiro de sorpresa.

—¿Có… cómo sabes dónde y cómo está mi madre? —pregunta en voz baja.

—Sé muchas cosas, Eliza. Pero lo que no sé es la respuesta a la pregunta que te hice, y espero que me la des.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes saber lo de mi madre? —repite la pregunta, y me paso la mano por los ojos, perdiendo la paciencia.

—Te investigué, Eliza. Ahora puedes decirme por qué ella está allá, bien, y tú aquí.

—¿Qué hiciste qué? —Su voz suena nuevamente baja, casi en un susurro. Parpadea varias veces y lleva la mano a la boca.

—Lo que debí haber hecho antes. Nos habría ahorrado un gran evento. Ahora, respóndeme. ¿Dónde está tu madre?

Eliza sacude la cabeza de un lado a otro, y luego chasquea la lengua mientras endereza los hombros. Veo el momento exacto en que ocurre, y no puedo evitar sonreír. El momento en que la rabia y la indignación sustituyen su asombro.

—¿Te parece gracioso? ¡Sal de mi casa! ¡Sal de mi casa, ahora! —grita las últimas palabras, con una fiereza que me cuesta creer que pueda caber en un cuerpo tan pequeño.

Me apoyo en el electrodoméstico detrás de mí, con calma, mientras ella exhala con fuerza, y su rostro y cuello vuelven a teñirse de rojo. Esta vez no es vergüenza, sino furia.

De pie, frente a ella, sujeto su mentón entre mi pulgar y mi índice. Ella golpea mi mano, apartando mi toque de su piel. Me acerco a su cuerpo, pasando un brazo por debajo del suyo y tomando la raíz de su cabello en la nuca, obligándola a mirarme. Vuelvo a sujetar su mentón entre mis dedos.

—Entonces, ¿decidiste pelear, no? —pregunto, y veo cómo sus fosas nasales se ensanchan.

Sonrío aún más; hay algo que decir sobre esta mujer, me hace sonreír mucho. La miro a los ojos, disfrutando ver toda esa rabia, y la beso. Sin pudor ni delicadeza. Le muerdo el labio y cuando abre la boca, invado su boca con mi lengua. ¡Maldita sea! ¡Es deliciosa, la puta madre!

La beso con intensidad. Al principio, Eliza se resiste, pero en solo unos segundos cede, y su lengua baila con la mía en un ritmo rápido y exquisito. Es cálida y delicada, pero responde a mi urgencia con la misma intensidad y placer. Suelta gemidos suaves y se impulsa hacia mí; recorro su cuerpo con una mano, acariciando sus tetas, su cintura, su espalda, sus caderas, hasta que agarro su culo y la atraigo aún más hacia mí.

Desciendo por su mandíbula, lamiendo, deslizando mi lengua por su piel caliente y suave; ella gime bajo, y me doy cuenta de que quiero verla perder el control. Paso mis dientes por su cuello y su mandíbula hasta llegar a su oreja, mordisqueo y lamo su lóbulo antes de susurrarle.

—¿Quieres pelear, Eliza? ¡Podemos pelear! Pero será así. Entonces, voy a preguntar otra vez, ¿quieres pelear ahora y hablar civilizadamente después, o prefieres hablar primero? Porque, independientemente de tu respuesta, no voy a irme a ningún lado.

Gime bajo mis caricias y se frota contra mí; lamo sus labios con los ojos abiertos, mirándola.

—¿Pelear o hablar, Eliza? —le pregunto en su boca, y ella se muerde el labio. Lamo y muerdo su labio entre sus propios dientes. Cierra los ojos, inhala profundamente, y solo luego exhala con lentitud.

—Hablar —murmura.

—Está bien, hablar entonces —confirmo, dejando un beso en la punta de su nariz antes de soltarla y recostarme de nuevo contra la puerta del refrigerador, alejándome un paso. Sus ojos recorren mi cuerpo, y cuando su mirada llega a la evidente erección en mis pantalones, abre los ojos con sorpresa, jadea y se lame los labios.

—Si no dejas de mirarme así y de lamerte los labios de esa maldita manera, quien va a querer pelear aquí soy yo, Eliza —le advierto, y rápidamente su mirada regresa a mi rostro—. ¿Tu madre?

—¡No puedes pretender que me parezca normal que me hayas investigado!

—Eliza, ¿me buscaste en Google? —pregunto, y al instante se pone roja.

—¡Es diferente!

—¿En qué es diferente? Yo solo tengo más recursos que tú, pero la intención fue la misma. No es mi culpa que tú solo tuvieras Google y yo un buen investigador privado.

—Eres increíblemente repugnante.

—Y tú te estás volviendo repetitiva —respondo con ironía—. ¿Podemos hablar de tu madre ahora?

Eliza abre y cierra la boca varias veces, como si quisiera discutir. Pero tras varios intentos fallidos, finalmente se rinde.

—Ella no lo sabe —murmura, y debería ponerse roja de una vez y quedarse así durante toda la conversación, le ahorraría el esfuerzo a su cuerpo de estar cambiando de color.

—¿Cómo que no lo sabe? —pregunto arqueando una ceja—. ¡Hablan cada fin de semana, religiosamente! ¿Cómo es que no lo sabe, Eliza?

—Tú...

Empieza a decir, pero la interrumpo.

—Google, ¿recuerdas? Es lo mismo. Enfócate, Eliza. Enfócate.

—Le miento, ¡maldición! ¡Le miento a mi madre! —dice al fin, escondiendo el rostro entre sus manos, un gesto que deja en claro, más que el rubor que se extiende por toda su piel, lo mucho que le avergüenza hacer esto. Y aunque es evidente, frunzo el ceño, confundido sobre por qué haría algo así.

—¿Exactamente sobre qué le mientes?

—Ella cree que tengo un empleo, que vivo en un departamento increíble y que estoy en el tercer semestre de la universidad. Me sorprende que tu detective no haya descubierto eso también. Es más, ¿crees que si le preguntas, te dirá de qué color es mi tanga ahora?

No pierde la oportunidad de hacer un puchero con la boca, pero la ignoro, sobre todo porque el simple pensamiento de que alguien sepa el color de su ropa interior me molesta.

Cruzo los brazos frente al pecho e inclino la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué, Eliza? ¿Por qué haces esto? Ella podría ayudarte. No entiendo.

—No aquí —responde, gesticulando con los brazos—. Aquí no podría ayudarme. Tendría que regresar a São Roque, o vivir con su frustración, sabiendo que estoy aquí en esta situación. No quería ninguna de esas opciones, así que creé una tercera.

—¿Por qué la idea de volver a São Roque te parece tan mala?

—No entiendes. No hay nada para mí allá, nada. Como mucho, un matrimonio o un trabajo de limpiadora para alguien, eternamente. No quiero eso para mí. Quiero más. Solo que…

—Aún no ha funcionado —completo, y ella asiente con la cabeza.

Suspiro con fuerza, entendiendo mejor la situación. Su madre no tiene culpa de lo que pasa, ni imagina que su hija vive en este sitio y que no tiene ni una cama decente donde dormir.

—Entiendo. Y dime, ¿has comido hoy, Eliza?

Le hago la pregunta que me consume desde que abrí el refrigerador, pero sabía que si la soltaba de inmediato, ella esquivaría la respuesta. Ahora, distraída por lo de su madre, no necesita ni palabras para darme la respuesta que busco. Sus ojos se abren, y cuando empieza a hablar, la detengo.

—¡Mierda, Eliza, ni intentes negarlo! Se te nota en la cara. ¿Por eso estabas dormida tan temprano, no? ¿Para evitar comer? ¡La puta madre!

Es mi turno de gesticular con los brazos. Me aparto del refrigerador y camino hacia mi saco, cerca de la pila de tablas donde duerme. Busco mi celular mientras bufo de rabia y pienso en pedir

comida de mi restaurante habitual, pero, claro, no hacen entregas aquí.

Abro una aplicación de delivery, encuentro una casa de pastas y reviso las opciones de pizza, pero termino pidiendo una lasaña. Necesita una comida de verdad, y estoy seguro de que tampoco almorzó hoy. Su situación financiera es un caos, y aunque ya sabía que estaba en graves dificultades, ¡carajo! No estaba preparado para algo así. Hago el pedido sin preguntarle qué prefiere, aprovechando el momento para calmarme.

Sé que no es su culpa, y lo tengo claro. Pero, ¡maldita sea! Esta mujer despierta en mí un instinto de protección exagerado, y cada vez que noto que está sufriendo de alguna forma, me enoja muchísimo.

Paso las manos por mi cara, empujando el cabello hacia atrás, y cuando la miro de nuevo, lo que veo me desarma: lágrimas.

—No, Eliza. No. —Camino hacia ella y la abrazo—. Está bien —le digo mientras le seco las lágrimas con los dedos.

—No tengo dinero, así que tengo que comer menos. Quería comer, pero no podía.

Quiero golpearme por haber estallado contra ella. No es su culpa, ¡maldita sea! Beso su frente, aspirando su aroma, luego bajo la mirada a sus ojos y rozo mi nariz con la suya.

—Perdón, sé que no es culpa tuya. —Le acaricio el rostro suavemente—. Ya lo resolví. La comida llega en cuarenta minutos.

—¿Pediste comida para mí? —pregunta, y sus ojos reflejan una mezcla de emociones: vergüenza, esperanza, ansiedad y, la peor de todas, gratitud. Por un plato de comida. Está agradecida por un maldito plato de comida—. No tenías que hacer eso.

—Sí tenía. Nada de lo que necesites es innecesario —digo con firmeza, y sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas contenidas.

—Ven, vamos a sentarnos.

La tomo de la mano y regresamos a su "cama", esa trampa disfrazada de cama. La miro y tuerzo los labios antes de soltar un suspiro y sentarme. La maldita cosa es dura como el infierno, y una astilla se clava en mi pantalón cuando me recuesto contra la pared, jalando un hilo y arruinando la tela.

—¡Ay, Dios mío! ¡Tu pantalón! ¡Ay, Dios mío!

Eliza exclama con genuino pánico, lo cual me hace reír.

—Está bien, es solo un pantalón —la tranquilizo.

—¿Solo un pantalón? Ese pantalón debe costar lo que pago de renta en un año y ahora está arruinado por culpa de mi cama. ¡Ay, Dios mío! —replica, como si realmente el cielo pudiera solucionar este problema que la tiene tan alterada.

—Pero sigue siendo solo un pantalón —respondo, sin mencionar que, en realidad, la prenda cubriría al menos tres años de su alquiler —. Ven acá —la llamo, palmeando el espacio a mi lado en esa trampa donde duerme.

Se arrodilla y gatea hasta recostarse contra la pared, y la vista me saca de orbita por unos segundos.

La imagen de ella haciendo lo mismo, en mi cama, me hace sentir una presión incómoda en mis pantalones, y suelto el aire con fuerza. Cuando finalmente se sienta a mi lado con las piernas cruzadas, giro mi rostro hacia ella y veo la pregunta en sus ojos.

—Pregúntame, Eliza —dije. Ella me mira sorprendida, pero la curiosidad vence su deseo de discutir.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Porque soy un tipo simpático? —pregunto, arqueando una ceja, y ella inclina la cabeza hacia un lado, mostrándome con su expresión que esa no es una respuesta creíble—. ¡Ay! Esa dolió. Pero tienes razón. No lo hago porque sea simpático. Lo hago porque te deseo —respondí con simplicidad, y ella se quedó sin palabras, abriendo la boca y frunciendo el entrecejo.

—¿Me deseas? ¿Qué quieres decir con que me deseas?

La pregunta me hace soltar una risa. Eliza es tantas personas en una sola que podría volver loco a cualquiera. ¿Cómo es posible que la misma mujer que escribió ese correo esté aquí, frente a mí, con los ojos brillando por el hecho de que le haya comprado comida, preguntando "¿Qué quieres decir con que me deseas?"?

Me acerco a ella, llevo mi mano a su cuello, acariciándola mientras la miro a los ojos. Ella tarda tres segundos en cerrar los ojos, y entonces acerco mi boca a la suya, rozando sus labios.

—De la única manera posible, Eliza —susurré, y ella vuelve a abrir los ojos. Nos miramos en silencio durante varios segundos, hasta que la solté y me aparté un poco.

—¿Quieres ser mi pareja? —Sonreí, sabiendo que lo interpretaría de manera equivocada.

—Vamos a llegar a lo que quiero, pero necesitamos terminar nuestra conversación. Aún no me has explicado cómo, exactamente, tu correo llegó a mi bandeja de entrada.

—Ya te lo dije. Me equivoqué al escribir. Resulta que tu correo es exactamente igual al de Joana, solo que el de ella tiene una "u" después del "go", el tuyo no. Me olvidé de poner la "u" y, ¡listo! Se armó todo el lío. Pensaste que era otra cosa y decidiste llamarme para una entrevista solo para humillarme...

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—De la entrevista en la que me dijiste que no era lo que esperabas, que me podrías contratar si aceptaba trabajar con un salario bajo, y la mejor parte, cuando me preguntaste... —comienza con una actitud desafiante, pero se enreda al final y, mientras la observo confundido, me doy cuenta de qué está pasando.

Ella no puede decir ciertas palabras sexuales.

No puedo evitar reír. Eliza me mira furiosa y noto que se prepara para levantarse. Antes de que pueda hacerlo, la agarro suavemente y la hago sentar en mi regazo, con sus piernas rodeando las mías. Siguiendo con mi sonrisa, pregunto.

—No puedes decirlo, ¿verdad? —Ella se pone roja, resopla y me mira fijamente—. ¿Te da miedo decir que eres virgen?

Suspiro suavemente y acaricio su cuello, notando que se estremece ligeramente bajo mi caricia.

—Me gusta cómo reaccionas —susurré de nuevo, deslizando mi lengua hasta su cuello, tocando su piel suavemente.

Ella deja escapar un pequeño gemido, yo deposito un beso allí y subo mi lengua por su garganta, su mentón, hasta llegar a su boca.

No puedo resistirme y la beso, tomándola por la cintura, hundiendo mi lengua en su boca y disfrutando del momento mientras exploro su boca. El beso se extiende por una eternidad, solo termina porque ambos necesitamos respirar.

Acaricio su rostro y ella me mira con sus ojos azules, llenos de deseo. Puedo ver lo que siente, está claramente reflejado en su mirada.

—No quería humillarte, Eliza. Solo quería entenderte, pero esas respuestas tuyas me frustraron tanto que llegué a un punto en que

solo quería ver cómo perdías el control.

—¿Entenderme?

—No es común que reciba un correo como ese en mi dirección personal. De hecho, fue el primero desde que creé la cuenta. Tenía que saber de qué se trataba. Cuando le pedí a Norma que organizara una entrevista, no imaginé que lo conseguiría, y cuando me dijo que sí, pensé que era una situación completamente diferente. Tú me enviaste algo que no esperaba.

—Era solo una broma —susurra, mirándome a los ojos, y yo beso sus labios con suavidad.

—Pero yo no lo sabía. ¿No te diste cuenta de que tu amiga no recibió el mismo correo? Quiero decir, seguro te lo habría comentado si hubiera recibido algo así, ¿no?

Su rostro se pone rojo nuevamente y arqueo una ceja, esperando, porque ya sé que sus próximas palabras la avergonzarán.

—Estaba usando la internet del vecino, y es algo lenta, a veces se cae. Cuando Jô dijo que no recibió nada...

—Supusiste que internet se había caído, pero ¿no te diste cuenta en ese momento? ¿No sentiste que algo faltaba mientras la usabas?

Su rostro se enrojeció un par de tonos más, y yo me quedé esperando lo que iba a decir.

—No es que estuviera exactamente usando internet... más bien, estaba... robando internet del vecino mientras él fue a recoger a su hijo a la escuela. Envié el correo cuando lo escuché en el pasillo, entonces tuve que desconectarme, porque si no la internet se pondría aún más lenta, él podría sospechar y cambiar la contraseña.

—Y usabas su internet para enviar los currículums —dije, completando lo que ella había omitido. Su rostro alcanzó, lo que

creo, el nivel máximo de color rojo, y asintió con la cabeza—. Está bien, entonces ahora es momento de que hablemos sobre lo que seré para ti.

14.

ELIZA PORTO

Siento cómo mi corazón late más rápido. Pero, al contrario de lo que esperaba, João no dice nada. En lugar de eso, me besa con más intensidad que las veces anteriores. Su boca baja sobre la mía con ansias, y yo me dejo llevar por el momento.

El beso despierta todo mi cuerpo, ya sensible, y siento una presión constante entre mis piernas. ¡Cielos! ¡Esto es increíble!

João desliza sus manos por mi piel, toca mis brazos, mi cintura, agarra mis caderas y luego mi culo, mientras me atrae hacia su cuerpo, aplastándome contra él.

Es como si una corriente eléctrica se extendiera por mi piel, electrificándola. Apoyo mis manos en sus hombros, necesitando algo en lo que aferrarme.

El movimiento hace que mi pecho se roce con su torso y me provoca oleadas de placer cuando mis piernas rozan su erección, y yo suelto un gemido bajo. Sus manos se deslizan bajo mi camiseta, el contacto de nuestra piel me eriza, me vuelve loca.

Mi respiración se acelera, mi corazón late con fuerza, meto mis manos en su cabello, tirando de él hacia mí, profundizando el beso, pidiendo, implorando por más.

—Necesito saber si todo lo que estaba en el correo era una broma —susurra, aún contra mis labios, entre beso y beso. Aunque estoy completamente pegada a su cuerpo, la pregunta me hace sonrojar, y siento que mis mejillas se calientan.

Cuando no respondo, João abre los ojos y se ríe al ver mi rostro rojo.

—¿En serio? Estás en mi regazo, frotándote contra mí, pero es esta pregunta la que te pone roja? —pregunta, y me muevo incómoda sobre su regazo, avergonzada, pero al hacerlo, sin querer, lo hago gemir y morder su propio labio al presionar mis muslos contra su erección—. Necesito saberlo, Eliza. No quiero hacerte daño por accidente —dice, y esa idea me pone nerviosa, porque si está preocupado por herirme, eso me hace sentir vulnerable—. ¿Tienes miedo? —João parece leer mi preocupación, porque una de sus cejas se levanta.

Respiro hondo, luchando contra el vergüenza de hablar de esto, y finalmente respondo.

—No, es solo que… bueno, obviamente no tengo esos títulos, pero la última parte es verdad —digo, balbuceando un poco, sintiendo mi rostro arder.

—¿La parte en la que dice que tu vagina está lista para un cambio de estado? —pregunta con una sonrisa de medio lado y yo siento que mi rostro, cuello y pecho se calientan aún más—. ¿Esa? —insiste, buscando mi confirmación, y asiento con la cabeza.

Él sonríe ampliamente y murmura que por ahora está bien, antes de volver a besarme de una forma tan deliciosa que me hace sentir que mi cuerpo se calienta de una manera completamente distinta a la incomodidad de segundos antes.

Siento cómo me levanta la blusa y casi agradezco que no esté usando un sujetador viejo, sino un top de gimnasio algo gastado, pero no roto ni manchado.

Interrumpimos el beso solo para que la blusa pase por mi cabeza, y al instante, sus labios están en los míos y sus manos agarran mis pechos con una destreza que demuestra que conoce mi cuerpo desde hace tiempo.

Pierdo el control y, desesperada por encontrar algo de alivio a esas sensaciones tan intensas, me muevo sobre su regazo. El gemido que escapa de mis labios es fuerte y sin vergüenza cuando su erección, firme y grande, presiona contra mi short en el lugar exacto de mi desesperación, y sus manos levantan mi top, dejando mis tetas completamente al descubierto. João interrumpe nuestro beso y baja la vista hacia ellas.

—Eres hermosa —susurra con los labios cerca de los míos, y su aliento cálido, combinado con esas palabras dichas de una manera tan íntima y sensual, me hace sentir aún más deseosa.

Llevo mi nariz hacia su cuello, oliéndolo y deslizando la punta ligeramente por su piel.

João muerde el lóbulo de mi oreja, juega con los pezones entre sus dedos, provocando temblores por todo mi cuerpo, haciéndome moverme más sobre su regazo.

Mis dedos alcanzan su corbata, y aparto mi rostro para concentrarme en lo que estoy haciendo, no quiero dañar ninguna otra prenda cara. Paso la corbata por su cuello y comienzo a desabotonar su camisa, mientras él me observa con una intensidad que me deja sin aliento.

Finalmente, mis dedos tocan su piel desnuda, me derrito con la sensación de su torso caliente y firme bajo mis manos, muerdo mi labio al ver su abdomen musculoso y lleno de marcas. Cuando baja la cabeza y lleva sus labios hacia uno de mis pechos, tiro la cabeza hacia atrás, gemiendo fuerte y moviéndome más rápido en su regazo, pero él agarra mis caderas, deteniéndome.

—No hay ninguna posibilidad de que te deje acabar así.

Envuelta en la bruma de placer que liberan sus labios y su lengua, que se alternan entre mis duros pezones, no comprendo hasta que

siento que sus manos rodean mi cintura y buscan la cremallera de mis shorts de jeans.

Debería detenerlo, pero no lo haré, porque lo único que quiero es sentirlo, desesperada y ansiosamente. Las manos se deslizan suavemente sobre mi piel expuesta, burlándose de mí, haciéndome casi suplicar, pero me cuesta pensar, y mucho más hablar.

Son tantas las sensaciones, sus dedos sobre mi piel caliente, su boca en mis pechos sensibles, su verga en mi abertura. Siento que la humedad de mis piernas crece por momentos, me acalora, me hace palpitar y me pone dolorosamente deseosa.

—Vas a tener que pedírmelo —susurra, mientras su lengua realiza un enloquecedor viaje por mi cuerpo, pasando por mis pechos, el exterior, las clavículas, el cuello, el mentón, hasta llegar a mi boca. Allí repite las palabras que ya ha dicho y utiliza otras nuevas para burlarse de mí.

—Si quieres llegar al orgasmo, tendrás que pedírmelo. —João acerca su boca a mi oreja y la muerde—. Pídemelo, Eliza. —Su aliento calienta mi piel, hace vibrar todo mi cuerpo—. Pídeme que haga que tu clítoris acabe en mis dedos.

Las palabras son como látigos que azotan mi deseo y lo multiplican por mil.

El olor de João mezclado con la lujuria desbordante y las palabras pronunciadas me embriagan, me dejan completamente alucinada de lujuria.

—Pide —susurra de nuevo y me rindo.

—Hazme acabar, João… Haz que mi clítoris acabe en tus dedos, por favor… —suplico y mi voz sale temblorosa, gimiendo y arrastrando las palabras. Tiro a João del pelo y acerco su boca a la mía, hambrienta de sus besos.

Nuestras lenguas vuelven a encontrarse y se consumen mutuamente como si no hubieran estado en contacto en toda una vida. Noto cómo el sudor se acumula en mi piel mientras mis pechos resbalan, ligeramente húmedos, por el pecho suyo.

Las manos de João vuelven a explorar el lateral de mis shorts, colándose dentro, una deslizándose hacia abajo y acariciándome el culo, la otra jugando con el elástico de mi tanga por delante, y me dan ganas de rogarle que pare, por Dios, pero no se detiene. Desciende y, cuando siento su ligero roce en mi abertura, empujo mis caderas contra su dedo, completamente rendida.

—Tu tanga está tan mojada, nena. Maldita sea, eres deliciosa. ¡Eres deliciosa! —me dice en voz baja en la boca, interrumpiendo nuestro beso segundos antes de presionar con el dedo entre mis labios vaginales mayores, aún bajo la lencería, y hacerme jadear.

Abro los ojos y me encuentro con mares tormentosos, embravecidos e incontrolados mirándome fijamente y, justo cuando pienso que no puede ser más delicioso, João desliza sus dedos dentro de mi tanga y me toca piel con piel.

Es inmediato, sus dedos se deslizan en mi raja y gimo deliciosamente, enloquecida por la sensación.

Me lame la boca y desliza lentamente su lengua dentro de ella, la combinación de movimientos me saca de mis órbitas, me hace gemir fuerte, rodar sobre sus dedos, cerrar los ojos y perderme en un mundo donde sólo existe el placer y nada más.

—Todo meloso —gruñe, haciendo movimientos circulares en mi clítoris antes de dejar que su dedo mayor se deslice entre los labios y llegue a mi entrada, lo desliza allí también, moviéndolo en círculos por toda la entrada de mi vagina. Siento la punta de su dedo penetrarme y luego girar dentro de mí.

El sonido que sale de mi boca es mitad gemido, mitad grito, y él lo hace otra vez, y otra, y otra, hasta que tengo lo que pedí, exploto en un glorioso orgasmo sobre sus dedos, mientras mi boca está abierta, pegada a la suya, y mis pechos se aprietan contra su pecho, resbalando con el sudor de nuestras pieles.

Mi cabeza cae hacia atrás mientras intensos temblores recorren mi cuerpo, consumiéndome y reduciéndome a una masa inerte sobre el regazo de João.

Me aferro a la sensación mientras dura, manteniendo los ojos cerrados, disfrutando de cada segundo, sintiendo besos y lametones en la garganta y sonriendo, aliviada, saciada, ligera. ¡Dios! Nunca me he acercado a esto por mí misma, ni siquiera de cerca.

Cuando mi cuerpo se recupera de la abrumadora acabada, nos besamos mientras sus manos se deslizan por mi espalda hasta que nos quedamos sin aire.

João arrastra sus dedos por mi vulva, labios y clítoris, muy despacio, haciéndome estremecer de sensibilidad. Se lleva la mano que me ha quitado a la nariz e inhala profundamente, aspirando mi aroma, y siento que mi cara se pone roja de inmediato.

Luego, sin dejar de mirarme, se mete los dedos en la boca y los chupa, dejándome a la vez sorprendida, excitada y ligeramente curiosa por saber a qué sabía.

De nuevo parece leer mis deseos en mis ojos, porque se saca los dedos de la boca y me los pone en los labios.

—¿Estuvo bueno? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—Muy —susurro—. Muy bueno.

—Chúpalo —ordena y yo saco la lengua tímidamente. Siento más el olor que el sabor, pero igual envuelvo los dos dedos con mi lengua

y João gime, antes de sacarlos de mí.

—Me preguntaste cómo te quería y es exactamente así: desnuda, sudada, gimiendo y acabando para mí, solo para mí.

—Vamos a…

—¿Tener sexo? —me interrumpe con aire de diversión.

—Sí.

—No, hoy no, por dos razones. La primera es que eres virgen, y eso tiene que hacerse con calma para que sea bueno para ti —dice, mientras sus manos acarician mi cabello y mi cuello—. Y la segunda es que no hay forma de que te meta la verga en un lugar que no tenga una cama donde pueda disfrutar de ti toda la noche.

Una vez más, sus palabras tienen un efecto inmediato en mi sexo, que palpita solo de oírlas saliendo de su voz grave y suave.

—¿Y tú? Quiero decir, tú no…

—¿Mi orgasmo? —De nuevo, me ahorra la vergüenza de decirlo en voz alta.

—Sí.

—Hoy solo quería verte acabar, pero cuando llegue a casa, me voy a masturbar pensando en ti, y voy a eyacular imaginando que estoy penetrando esa vaginita apretada y deliciosa. Voy a acabar mientras tu sabor aún está en mi boca, Eliza.

¡Madre mía! Este hombre va a destruir mi capacidad de mantener mi piel blanca y voy a vivir en un estado de rubor constante. Pero, es innegable, sus palabras me afectan, haciéndome sentir los efectos en mi clítoris hinchado, sensible y palpitante. Muerdo mi labio, queriendo deshacerme de la sensación, pero se niega a irse.

—¿Te excita eso, Eliza? —susurra con la boca tan cerca de mi rostro que su aliento recorre mi piel—. ¿Saber que me voy a masturbar pensando en ti? ¿Saber que voy a correr imaginando cómo se siente tu coño viniendo en mi boca? —Muevo la cabeza lentamente, confirmando—. Genial —João deja besos suaves sobre mi rostro—. Te voy a enseñar muchas cosas, cariño. Empezando por el hecho de que las palabras pueden ser tan excitantes como los tacto.

—Pero dijiste que no querías ser mi novio.

—Y no quiero, Eliza. Yo no hago eso, no soy un hombre de tener novia.

La declaración me frustra, me confunde y me molesta al mismo tiempo.

—¿Y de qué eres hombre exactamente, João?

—Soy de coger duro, de hacerte acabar varias veces, una detrás de otra, de abrirte las piernas, chupar y lamer tu vulva hasta que acabes en mi lengua una y otra vez, de dejarte agotada y bien penetrada, de cogerte toda la noche y al día siguiente no poder levantarte de la cama.

Las imágenes que evocan sus palabras me hacen gemir bajo, y él se ríe de mi reacción. Tardo varios segundos en dejar de imaginar su boca entre mis piernas y lo delicioso que debe ser, solo entonces puedo hablar de nuevo.

—Pero no quieres ser mi novio.

—No.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Sexo casual? —me atrevo a preguntar, levantando una ceja, y siento de inmediato cómo mi piel

se calienta. ¡Maldita sea! João se ríe abiertamente, luego besa la punta de mi nariz y mis labios.

—No, Eliza. Lo que quiero es contratarte.

15.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Eliza me encara como si le hubiera dado una bofetada en la cara. Lo esperaba. Desde el momento en que tomé la decisión de lo que iba a hacer, estaba seguro de cuál sería su reacción. Por eso, quise tocarla primero, dejar que sintiera lo que esa química y magnetismo tan intensos entre nosotros podían llegar a provocar. Y no me equivoqué, ni un poco. Fue increíble, y solo la toqué, sólo de imaginarme cerca de ella, me siento completamente excitado.

Si no fuera virgen, ya estaría metiéndosela bien adentro, con ella apoyada en cualquier pared. Eliza frunce el ceño y mueve la cabeza.

—¿Qué dijiste? —pregunta.

Respiro su piel y beso su rostro, acaricio su cintura, siembro besos en su cuello y pecho. Ella reacciona, gemiendo suavemente, derritiéndose bajo mis caricias.

—Te dije que quiero contratarte.

La repetición de mis palabras la despierta, sacándola de la niebla de excitación en la que estaba, y sus ojos se abren de par en par mientras mueve la cabeza en señal de negativa. Comienza a moverse, tratando de salir de mi regazo, pero no la dejo. La abrazo fuertemente.

—¡Suéltame! —exige, con el ceño fruncido, su rostro serio y las fosas nasales dilatándose con cada respiración.

—No, porque vamos a discutir ahora. Y ya te expliqué cómo van a ser nuestras discusiones —respondo con calma, y sus ojos brillan con una mezcla de aprecio y desdén.

—Dijiste que habías entendido que no soy una prostituta, y que nunca lo sería.

—Lo entiendo. Y no es eso lo que estoy pidiendo.

Vuelvo a acariciar su cuerpo lentamente, a besarla suavemente y a provocarla con mis caricias. Eliza se retuerce en mi regazo, su piel se eriza, sus ojos se cierran brevemente, luego se abren de nuevo.

—¿Entonces, no quieres estar conmigo?

Su mirada se mantiene firme en la mía y lo que veo casi me hace reír.

—Oh, claro que quiero, Eliza. Hasta dejarte agotada, solo para empezar de nuevo —susurro en su oído y ella tiembla.

—¿Y quieres pagarme por eso?

—Sí.

—Eso suena a lo que podría considerar prostitución, João —dice, sujetando mis manos en su cintura para intentar detener mis movimientos, claramente tratando de interrumpir las sensaciones que estoy provocando a propósito, para desconcentrarla.

—No, no es eso. —Eliza resopla, pero sigo—. La prostitución es pagar por sexo, por el cuerpo de alguien. Y yo no quiero pagar por tu cuerpo, ese lo vas a entregar porque tú lo deseas, y aunque intentaras resistirte, no podrías. La prueba de ello es que, si yo quisiera, ya habría estado contigo aquí, hoy, en esta cama improvisada que tienes, y habrías dicho que sí. En cualquier momento, habrías dicho que sí, Eliza. Lo que quiero es pagar por tu tiempo, porque voy a ocupar todo ese tiempo. Quiero que estés disponible para mí las 24 horas, los 7 días a la semana. No tengo tiempo para citas, así que, para que esto funcione, necesitarás estar conmigo todo el tiempo.

Ella abre y cierra la boca varias veces, buscando sin éxito argumentos para contradecirme, porque no los tiene.

—¡No voy a ser tu puta, João!

La elección de palabras me hace sonreír y su expresión se vuelve aún más seria, ofendida y molesta. Presiono mis dedos contra su cintura, la atraigo hacia mí, colocando sus piernas sobre mi cuerpo de manera que pueda sentir mi erección. En un momento de debilidad, cierra los ojos brevemente, solo para volver a abrirlos inmediatamente.

—¿Sientes esto? —le pregunto, y muevo mis caderas, frotándome contra sus piernas, ella jadea, pero mantiene la mirada fija—. Esto es para ti, Eliza. Fuiste tú quien me puso en esta situación, así que no te engañes, ya estás completamente involucrada. Y no porque vaya a pagarte, sino porque tú lo deseas. Y yo trato muy bien a las personas que deciden estar conmigo, acabas de sentirlo.

Mis palabras la sacan de su estado de éxtasis y comienza a moverse en mi regazo, buscando una forma de liberarse. Su cadera se mueve sobre la mía, provocando más excitación, y ella usa sus manos para intentar apartar mis brazos de su cintura, buscando una salida. Antes de conseguirlo, finalmente dice lo que me esperaba.

—¿Tus putas?

Su voz sale temblorosa, y yo sonrío ampliamente porque es exactamente la reacción que esperaba. Lo que le molesta no es que la haya llamado de esa forma, sino el hecho de que utilicé el plural.

—Sí, Eliza. Mis putas.

—¡Vete al diablo! —gruñe y empieza a forcejear con fuerza, obligándome a soltarla para evitar que se lastime.

Cruzo los brazos frente a mi pecho y me quedo sentado, con las piernas extendidas sobre la cama improvisada. Eliza se baja de la cama y rápidamente se acomoda el top que lleva, como si pudiera ocultar sus sentimientos de esta manera, creando distancia entre nosotros con pasos rápidos.

La miro con una sonrisa, que ella devuelve con una mirada furiosa, completamente diferente a la expresión de placer que me dedicaba hace unos minutos. Mujer tan impredecible. Ese pensamiento me hace sonreír, y ella, al notar mi gesto, explota en ira.

—¡Vete al infierno! ¡Sal de mi casa! Dios mío, soy una idiota. ¡Una idiota, maldita sea!

—¿Así que dices groserías? —Levanto una ceja al mirarla.

—Solo cuando estoy muy enojada, y si quieres saberlo, me hiciste superar todos los límites de la irritación. ¡Quiero que te vayas de mi casa! ¡Fuera de mi casa, fuera de mi vida! —grita, y yo me quedo en mi lugar.

El hecho de que no tenga la menor intención de levantarme la pone aún más furiosa.

—João, si no te levantas voy a llamar a la policía.

La amenaza me hace reír.

—¿Vas a llamar a la policía y decir qué? ¿Que abriste la puerta a un hombre que solo has visto una vez, lo dejaste entrar en tu casa, le rogaste que te hiciera acabar con sus dedos y ahora no quiere irse? —pregunto, y la poca piel que tiene expuesta y que aún no estaba roja empieza a sonrojarse—. Te lo he dicho varias veces, Eliza, pero lo repetiré, porque parece que aún no lo entiendes.

Me levanto de la cama como un felino acechando a su presa, lenta y calmadamente. Doy un pequeño paso hacia ella, y ella reacciona retrocediendo rápidamente.

—No voy a ir a ningún lado, Eliza.

Doy dos pequeños pasos más y ella da dos pasos grandes hacia atrás, chocando con la pared y abriendo los ojos al darse cuenta de lo que acaba de hacer.

Sonrío, y ella mira hacia un lado, intentando escapar de mí, pero en un solo paso ya la alcanzo y coloco mis manos abiertas en la pared detrás de ella, atrapando su cabeza entre mis brazos.

—No quiero —dice con la voz temblorosa.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué tu cuerpo está temblando, tu piel está erizada y me estás mirando con esa maldita mirada que me suplica que te meta la verga, Eliza?

—¡Mi mirada no está suplicando nada!

—¿De verdad? Entonces, ¿quiere decir que si meto mi mano en tu ropa interior no te voy a encontrar empapada de deseo otra vez?

Acercó mi rostro al suyo, dejando nuestras bocas tan cerca que, cuando mueve la cabeza, sus labios rozan suavemente los míos. Ella jadea y gira el rostro, desviando la mirada, pero no lo niega.

—¡No voy a ser una de tus putas! —dice con rabia.

—No, no lo serás. Ya eres mi puta —susurro, acercando mi boca a su oído, enfatizando el "mi" y ni siquiera necesito mirar para saber que está mordiendo el labio.

Rozo mi nariz por el lateral de su rostro, dejo un beso en la punta de su oreja y sujeto su mentón entre el pulgar y el índice antes de volver a mirarla a los ojos.

—¿Algo más te molesta además de que te haya dicho que hubo otras antes que tú? —pregunto, mirándola fijamente.

—¡No voy a ser pagada para acostarme contigo!

—No, no lo serás. Ya te lo dije y lo repito. Eso lo vas a hacer gratis. No voy a pagar por sexo, Eliza. Voy a pagar por tu tiempo. Soy un hombre ocupado y voy a necesitar tu total disponibilidad. No puedo depender de tu horario de trabajo si llegas a tener uno.

Me observa durante largos minutos, considerando lo que acabo de decir. Finalmente, niega con la cabeza y exhala con fuerza.

—No. ¡No quiero! ¡Esto no va a funcionar, no quiero esto!

Ahora su mirada está fija en mi nariz en lugar de en mis ojos.

—¡Mentira! —sonrío y ella vuelve a mirar hacia mis ojos.

—No estoy mintiendo, pero esto es puro bla bla bla. No voy a ser tu puta, João. ¡No voy a serlo! Lo que quieres, no puedo dártelo.

Sonrío, respondiendo a sus palabras sin decir nada. Ella entiende exactamente lo que quiero decir, porque me empuja, intentando liberarse de la prisión que mi cuerpo representa para el suyo.

—¡Vete de aquí, João, y quita ese maldito sonrisa de la cara, porque ya me cansé de verla! Ya me cansé de que te parezca divertido que quiera contradecirte. ¿Sabes qué más? Estoy harta de la persona en la que me convierto cuando estoy contigo, y eso solo ha pasado dos veces. ¡Dos veces! Ni siquiera quiero imaginar cómo será estar contigo veinticuatro horas al día, siete días a la semana. No me gusta esta montaña rusa de emociones, no quiero ser tu puta, y definitivamente, ¡no voy a ser tu puta! No voy a dejar que me hagas sentir mal conmigo misma otra vez. ¡Nunca más! ¡Basta! Todo esto fue un error y no va a volver a pasar —afirma con

palabras atropelladas, moviendo todo su cuerpo como si necesitara algo más para que sus palabras tuvieran peso.

La observo mientras deja que sus palabras estallen de su boca, y no necesito ser un experto para darme cuenta de que Eliza no cree ni la mitad de lo que está diciendo.

Le encanta esta montaña rusa que vivimos cuando estamos juntos, quiere ser mi puta, le gustó todo lo que pasó, y si tiene alguna reserva, es sobre el dinero, pero eso no es negociable. Me acerco a su rostro y ella retrocede, temerosa de que la toque.

—Mentirosa —dije, y me aparté.

Comencé a recoger las pocas prendas de ropa que habían quedado tiradas por su casa, si es que se le podía llamar así. Cuando ya tenía todo en mis manos, me giro hacia ella, que me observaba con desconfianza, como si no creyera que realmente estaba cediendo a sus peticiones y órdenes.

Meto la mano en el bolsillo de los pantalones y saco su identificación y mi billetera. Extiendo mi mano, ofreciéndole junto con su documento una tarjeta con mi número de teléfono. Ella se queda mirando mi mano por varios segundos antes de extender la suya y tomar lo que le ofrecía.

—Llámame cuando estés lista para aceptar lo que realmente quieres. Puede ser llamada a cobro revertido.

Me giro y comienzo a caminar hacia la puerta sin esperar una respuesta. Al abrirla, me detengo y miro atrás al recordarlo.

—¡Y come! ¡Eso no se negocia!

Cierro la puerta, dejando a Eliza con la boca abierta, lista para replicar.

16.

ELIZA PORTO

La puerta se cierra y sigo parada, mirándola, preguntándome si realmente no era un sueño. Ira, irritación, gratitud, un deseo incontrolable y otro sentimiento que se parece mucho al miedo, pero que estoy segura de que es sensatez, giran dentro de mí.

Echarlo fuera era la única respuesta posible, ¿no? No soy una prostituta y no dejaré que me traten como tal. No importa lo mucho que mi cuerpo parezca disfrutar de ese trato.

¿Cómo fue que todo esto pasó? Quiero decir, esto no pasa en la vida real, ¿verdad? Los hombres gloriosamente guapos no entran en la vida de mujeres pobres, desesperadas y vírgenes por un correo sexual.

Esas palabras sucias y terriblemente excitantes, la forma en que me besó, me tocó, me provocó. ¡Dios mío!

João Pedro Govêa dijo que me quiere. Sacudo la cabeza de un lado a otro, pero una risa surge desde lo más profundo de mi garganta y escapa por mi boca.

El hombre tocó mi puerta, invadió mi casa, dijo que me había investigado, compró comida para mí, y luego hizo que le suplicara que me penetrara con los dedos. ¡Madre de Dios! Y yo le supliqué, ¿no es así?

Escondo mis ojos en mi brazo, huyendo de mi propia vergüenza. Pero fue tan, tan bueno. El olor, el sabor, el tacto, el calor, todo en él es bueno.

Bueno, todo no. ¿No podría tener el pene pequeño? Ese sería un defecto con el que sería mucho más fácil lidiar, ya que nunca he

sentido uno dentro de mí, podría acostumbrarme a lo que viniera.

¿En serio, Eliza? Hace unas horas casi no podías ni pensar en decir la palabra "vagina" y ahora estás pensando que el tipo podría tener el pene pequeño. Sí, lo estoy. Porque todo sería absurdamente más simple, fácil.

Pero no. El desgraciado tenía que ser mandón y arrogante. Un macho pedante, ridículo, que dice que trata bien a sus putas. ¡Ay, qué ganas de golpearle la cara! Pero luego dijo que yo era "la" puta.

¿Eso significa que no habrá otras? ¿Solo yo? ¡Ay, Cristo!

¿Hasta qué punto llegué? Declararme puta no me molesta, pero el hecho de que pueda tener otras, sí. ¡Qué maldito correo! Qué idea tan estúpida, Eliza. ¡Dios mío!

El hijo de puta salió de aquí sin ocultar la certeza de que yo iba a dar marcha atrás. Y yo quería tanto decirle que estaba equivocado, tanto, pero no puedo. Cierro los ojos y casi puedo sentir su sabor en mi lengua, su olor en mi nariz. Mi piel se eriza y gimo, frustrada. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

No mentí. No me gusta la montaña rusa que es estar a su lado, pero al mismo tiempo, en dos encuentros con él, me sentí más viva que en toda mi vida.

Ni siquiera me resistí, no quise resistir. Y eso no es algo que haría, si lo hiciera, una virgen de veintidós años. Mi estómago ruge y pongo mi mano sobre mi barriga aún descubierta.

—Tranquila, la comida que el idiota pidió debe estar por llegar —me hablo a mí misma, y una sensación desagradable me golpea junto con un pensamiento amargo. Ya me está pagando.

Respiro hondo, tratando de apartar la emoción que empieza a querer apoderarse de mi pecho, pero no lo logro. No quiero que me

pague.

No importa lo que diga, eso me convertiría en una prostituta. Sí, me acostaría con João Pedro gratis y en segundos, entonces ¿por qué diablos necesita pagarme? ¿Y todo ese cuento de que no tiene novia?

Ah, claro que no tiene novia. Los hombres como él nunca lo hacen. Eso me lo enseñaron los libros. Porque en las novelas románticas, las tontas se enamoran de los hombres fríos que solo quieren sexo con ellas, y como consecuencia terminan sufriendo horrores.

Pero luego ellos se dan cuenta de que también se enamoraron de ellas… Una vocecita susurra en mi cabeza y quiero golpearla con un martillo para que nunca más diga algo así.

No necesito eso. Definitivamente no lo necesito. De hecho, merezco más que eso. ¿No fue lo que le dije? Entonces ¿por qué demonios estoy aquí pensando en lo bien que estuvo estar a su merced y en las posibilidades de un futuro?

¡Pero qué diablos, Eliza! ¡No hay futuro! ¡No va a pasar! ¡No quieres eso! ¡Hijo de puta!

Quería sentir rabia, y solo rabia. Sabía cómo lidiar con ella. Pero desde que él cerró la puerta, la rabia es lo menos que siento. Porque no quiero todo lo que él tiene para ofrecer, pero al mismo tiempo, lo que me ofrece es todo lo que quiero, él mismo.

Suenan en la puerta golpes, sacándome de mis pensamientos. Al abrirla, me encuentro con el repartidor, un chico delgado, de piel morena y cabello oscuro y desordenado, probablemente por el casco de la moto, que ahora está abandonado sobre el asiento.

Lo miro y me parece tan... normal. ¡Oh, Dios! Claro que es normal, Eliza. La gente es normal. A pesar de saberlo, no puedo

evitar llevar la mirada hacia sus ojos, que no me afectan en lo más mínimo, no me atraen ni me aprisionan.

Genial, João. Me arruinaste para el resto de los hombres que no seas tú. ¡Maldita sea!

Con las cejas fruncidas, respiro profundamente, indignada, y el repartidor me observa con una pregunta silenciosa.

Solo entonces me doy cuenta de lo maleducada que debo estar pareciendo, mirándolo sin razón y ni siquiera le he dicho "buenas noches".

—¡Perdón! Buenas noches, es que me recordaste a alguien que conozco, de verdad, perdón, no soy maleducada, solo me distraje.

Intento sonreír un poco, para que vea que no tengo nada contra él.

—Alguien que no te gusta mucho, por lo que parece.

Su comentario me hace sonreír genuinamente.

—Ni te imaginas, amigo.

Él responde con una sonrisa amplia, mostrando sus dientes ligeramente amarillentos.

—Está bien.

Abre su mochila cuadrada, enorme y roja, la apoya en la pared y saca la comida.

El olor que sale de allí hace que mi estómago dé vueltas y mi boca se llene de saliva. ¿Cuándo fue la última vez que pude darme el lujo de pedir algo así? Hace tanto tiempo. Cierro los ojos con fuerza, agradecida por el detalle.

Y es esa gratitud la que me obliga a reconocerlo. Él no me pagó, podría haberme dejado dinero, pero en lugar de eso, se preocupó por mí, se encargó de elegir la comida y hacer el pedido.

¡Maldita sea, João!

Está bien, entonces, un idiota, deshonesto, pero cuidadoso. Aun así, un idiota deshonesto. Lo reafirmo para mí misma, negándome a dejar que mi mente lo vea como un príncipe encantado.

Él no es ningún príncipe.

No quiere salir conmigo y dejó claro que tampoco quiere ser mi amigo, solo me quiere para acostarse conmigo y quiere pagar por mi "tiempo" mientras dure eso.

El chico me extiende una bolsa de papel y sonríe, cerrando su mochila tan pronto como tomo el paquete.

—Gracias.

—De nada. Gracias a ti por elegirnos. Buenas noches.

El hombre se da la vuelta y camina hacia la moto estacionada en la acera. Lo observo hasta que se pierde en la esquina de la calle, y solo entonces vuelvo adentro y cierro la puerta.

En la pequeña mesa de la cocina, coloco la bolsa y mis manos tiemblan mientras intento abrirla.

Tengo tanta hambre, tanta hambre. Después de tomar cubiertos y un plato y ponerlos sobre la mesa, finalmente abro el paquete. Al soltar los ganchos del cierre, el olor se intensifica y llena toda mi pequeña casa.

Metí las manos ahí, sintiendo el plástico caliente y una botellita fría, saco primero la comida y, cuando por fin la coloco frente a mí, descubro lo que es.

No puedo evitar que lágrimas silenciosas resbalen por mi rostro.

Una lasaña. Una lasaña a la boloñesa, como llevo soñando días, meses. ¿Cómo pudo saberlo? No podría. Pero el universo tiene la mala costumbre de patear al perro muerto, ¿verdad? Porque si hubiera pedido algo que odio o que no me importa, mi cordura seguiría intacta, preservada. ¡Maldito hombre!

17.

ELIZA PORTO

Por segunda vez en menos de veinticuatro horas, me despiertan con golpes en la puerta.

—Ya voy —trato de gritar, pero mi voz, rasposa por el sueño, sale baja y decido que es suficiente. El señor Josías puede esperar cinco minutos más para darme su ultimátum sobre el pago del alquiler. Me arrastro fuera de la cama y me dirijo al baño.

El espejo me devuelve una imagen pálida, el cabello despeinado y... ¡hijo de puta! ¡Una marca morada y fuerte en mi cuello, el desgraciado me marcó!

¡Qué hombre tan miserable!

Y sabroso.

¡Miserable, Eliza! ¡Miserable!

¡Te marcó como al ganado, no seas tonta!

Demasiado tarde, después de todo, lo soñaste. Otra vez. Y, esta vez, aunque sabes lo que es capaz de hacer, no fue sexo lo que imaginaste en tu momento de mayor vulnerabilidad, sino un abrazo, un cuidado mientras dormían acurrucados. Revuelvo los ojos hacia mí misma.

Con los dientes cepillados y el cabello peinado hacia un lado, todo reunido sobre el cuello para esconder el chupón, abro la puerta. Para mi sorpresa, no es el señor Josías, sino un hombre de piel negra, vestido con traje y corbata, rodeado de bolsas, de esas reutilizables de supermercado.

El hombre parece tener unos cuarenta y tantos años y me sonríe amablemente, lo que resulta aún más extraño porque estoy segura de que, en este momento, no parezco muy amigable.

Esto parece un sueño, pero al mismo tiempo, ¿por qué soñaría con un hombre desconocido cargado de bolsas de compras? Bueno, la respuesta a esa pregunta es, definitivamente, obvia. ¡Ay, Dios! No me voy a pellizcar otra vez. Dos marcas moradas es mi límite y João se encargó de asegurar que lo alcanzara.

—Buenos días —dice su voz calmada y pausada, sacándome de mis pensamientos.

—Buenos días —respondo, esperando que me dé alguna explicación o pista sobre si esto es real o no.

—¿Señora Eliza? —Levanto las cejas, sorprendida.

—Lo de "señora" no sé, pero Eliza soy yo.

—Me llamo Luiz. Trabajo para el señor Govêa, él me pidió que trajera estas compras para usted.

—¿Son compras? ¿Compras de supermercado? —pregunto, forzándome a dudar de que él haya hecho eso.

—Sí, señora. Él me dio una lista, pero me dijo que le pidiera que revisara si necesitaba algo más antes de irme. Si falta algo, puedo ir a buscarlo.

Una vez más, paso mis ojos por todas las enormes bolsas, esta vez las cuento. Doce. Hay doce bolsas gigantes llenas de compras.

Increíble. Es imposible que falte algo allí, pero seguro sobra algo.

Luiz espera mi respuesta mientras parpadeo, confundida. Aunque no puedo negar que el gesto fue atento, tengo que obligar a mi cerebro a entender que no pedí la caridad de João, y si esto no es

caridad, es un mensaje alto y claro frotado en mi cara, uno que dice en voz alta que, sin importar lo que dije anoche, soy su puta y él hará lo que le dé la gana. Por lo poco que lo conozco, apuesto por la segunda opción.

Cierro los ojos y respiro con fuerza, presionando mis dedos sobre el puente de la nariz. ¿Por qué tiene que complicarlo todo? *Estás pasando hambre, te mandó comida, tal vez tus definiciones de complicar las cosas estén algo distorsionadas.*

Ignorando completamente las partes de mí que quieren aceptar el gesto, la hambrienta, la agradecida y la que tiene sentido común para elegir qué batallas librar, decido usar la situación para mandar mi propio mensaje.

—La "señora" está en el cielo, Luiz. —Le sonrío con la misma amabilidad con la que él me trata—. Muchas gracias por venir hasta aquí. Pero creo que su jefe se ha equivocado. Estas compras no son para mí y no las voy a aceptar.

Luiz pone la bolsa que tenía en las manos en el suelo, luego mete una mano en el bolsillo del pantalón, saca un pequeño papel doblado y me lo extiende.

—Él dijo que, disculpe —sonríe—, que tú podrías decir eso, me pidió que, si sucedía, te entregara este papel.

Miro el papel con desconfianza, pero, sin opciones, lo tomo de las manos oscuras de dedos largos que me lo extienden. Cuando lo abro, encuentro una caligrafía sorprendentemente bonita. Las letras redondeadas y alineadas forman en el papel el mensaje:

"No es negociable. Si es necesario, Luiz pasará la noche frente a tu puerta, hasta que lo dejes entrar y aceptes las compras. Si no tienes consideración por ti misma, tenla por él. Él no merece pasar por esto. J.P.G.".

Apreté los dientes y sentí cómo mis fosas nasales se expandían mientras leía el mensaje por cuarta vez. ¡Maldito hijo de puta! El desgraciado lo hizo a propósito. Mandó al pobre tipo que no tiene nada que ver con esto, sabiendo que jamás lo dejaría afuera, solo por una rabieta. Sonrío a Luiz y le doy paso para que entre.

La sonrisa que me devuelve es enorme y radiante, como si la oportunidad de hacer su trabajo realmente lo hiciera feliz. Rápidamente, toma tres de las bolsas por las asas y entra a mi casa.

—¿Dónde las dejo? —pregunta al no encontrar un lugar obvio.

—Puedes dejarlas en el suelo, ya voy a ordenar todo —le digo, saliendo hacia el pequeño balcón de la entrada y tomando dos de las bolsas.

Luiz intenta convencerme de no ayudar, pero no cedo, y cuando todas las bolsas están adentro, se despide satisfecho. Lo observo desde la puerta, hasta que el coche, que parecía no caber ni siquiera en la calle, después de salir lentamente de allí, desaparece de mi vista.

Dentro de la casa, ya con la puerta cerrada, miro el suelo casi completamente cubierto por bolsas de compras. Ni siquiera sé si tengo espacio para guardar todo eso.

Me froto la cara con fuerza, luego recojo el cabello y me lo ato en un moño. La imagen en el espejo me llama la atención de inmediato cuando la marca morada aparece, grande y fuerte en mi cuello. Respiro profundamente, tomo la bolsa más cercana y la coloco sobre la mesa.

Lo primero que saco de dentro me hace que la parte malhumorada y grosera de mí ruede los ojos y tuerza la boca, como alguien que sabe que está equivocada, pero no quiere admitirlo. Una lata de leche condensada. Hace al menos tres meses que no puedo

comprar una, y conforme voy vaciando la bolsa, encuentro tres más. Y eso ni siquiera es el artículo más lujoso de las compras.

Requesón, jugos, refrescos, mermeladas, yogures, panes, pasteles, frutas, verduras, hortalizas, dos tipos diferentes de quesos, arroz, frijoles, pasta, carnes de res, pollo, pescado, hasta camarones encontré en una de las bolsas. Pero lo que realmente pasó los límites fue la cantidad absurda de galletas, creo que hay más galletas en esta casa hoy que las que hubo en todo el tiempo que viví aquí.

Dulces, salados, rellenos y no rellenos. Todos los tipos posibles. Algunos, incluso, que nunca había visto en mi vida, pero con empaques tan bonitos que me hacen estar segura de que deben ser caros.

Sentada en la mesa, mirando los platos sucios después de desayunar y comer unas tostadas con queso y mermelada, miro mi celular mientras escucho las carcajadas de mi nevera, que finalmente tiene algo que hacer además de enfriar agua, y realmente no sé qué sentir, aparte de gratitud.

Después de guardar todo, me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no solo tenía qué comer en el desayuno, sino que podía elegir lo que quería. Me fue muy difícil sentir algo que no fuera gratitud.

El teléfono frente a mí me reta a hacer la llamada, pero no puedo. Simplemente no puedo. No importa cuánto desee esto para mí, no debería quererlo, no puedo quererlo.

18.

JOÃO PEDRO GOVÊA

—Tenía razón, señor. Ella realmente intentó rechazarlo, pero la nota funcionó.

—¿Faltó algo, Luiz? —pregunto mientras firmo algunos documentos.

—No, señor. Ella no quiso abrir las compras antes de que yo me fuera. Dijo que con tanta cantidad de cosas, era imposible que faltara algo y que no debía preocuparme por nada.

Sonrío. ¡Mujer terca! Sabía que se iba a resistir. Pero entre muertos y heridos, todos salvan, y también sabía que la amenaza de dejar a Luiz afuera el tiempo que fuera necesario hasta que me dejara hacer mi trabajo, funcionaría. Eliza es de las personas que se preocupan por los demás más que por sí mismas. El hecho de mentirle a su madre para que no sufra con la realidad deplorable que está viviendo desde hace meses es prueba irrefutable de ello, al igual que su defensa inmediata de esa tal Joana cuando cuestioné su amistad.

—Está bien, Luiz. Gracias.

Lo libero y él sale de la sala después de despedirse.

Un problema menos. Ahora solo necesito que ella acepte lo que le estoy ofreciendo para poder sacarla de esa pocilga que llama hogar. Sonrío porque, la verdad, me encanta su forma irritantemente terca. Lo que le falta en altura lo tiene de sobra en determinación.

La imagen de su rostro se enciende en mi mente como una lámpara fluorescente, iluminando todo. Su piel clara, sus pecas, esos labios tentadores, su cabello oscuro, su cuello fino y altivo. Sonrío al

recordar el regalo que dejé sobre su piel. Eliza se va a volver loca cuando lo vea.

El teléfono de la oficina suena y la luz roja indica que es Norma.

—Sí, Norma.

—El señor Laguna está aquí para la reunión.

—Déjalo pasar. Y, Norma, por favor, contacta a Caroline Zabur. Quiero hablar con ella después de esta reunión.

—Está bien, señor. ¿Algo más?

—Sí, de hecho, sí. Necesito que contactes a la arquitecta que reformó mi oficina el año pasado. Si es posible, quiero hablar con ella hoy también.

—Ok. El señor Laguna ya está en camino.

—Gracias, Norma.

Me levanto, llevo conmigo las carpetas separadas para la reunión y me siento en el sofá negro a la derecha de la sala, cerca de la barra, dejando sobre la mesa de centro la pila de documentos seleccionados.

Unos minutos después, la puerta de la oficina se abre y Rafael, el director operativo del Grupo Govêa, entra.

—Buenos días, João Pedro.

—Buenos días, Rafael. ¿Cómo va todo? ¿Talita? ¿Las niñas? —Cruzo una pierna sobre la otra y me recuesto en el sofá.

—Todo bien. Todos están bien. ¿Y tú?

—Perfecto. Todo está en orden. Bueno, no te quitaré mucho tiempo. —Cambio de posición y le empujo las carpetas—. Estas son

algunas tareas que me gustaría redistribuir, delegar a partir de ahora. Como hablamos cuando asumí el control de la empresa, quiero hacer un intercambio de sectores, de modo que pueda estar presente en todos.

Rafael me mira con una expresión de acuerdo y toma la primera carpeta de la pila, la mira, pasa a la siguiente y repite este proceso hasta que la pila original se transforma en otra, que ocupa el lugar de la anterior.

—Son las actividades que estaban a cargo de otros sectores, pero que quisiste asumir cuando te convertiste en CEO —comenta.

—Sí, esas mismas. Son etapas y procesos clave para nuestro funcionamiento y sobre los cuales quería tener total control por un tiempo, pero creo que ya ha sido suficiente.

—Sin problemas, solo las devolveré a sus orígenes. ¿Debo entender que necesitas que reorganice otros procesos para ti, cierto? ¿O solo te quedarás con los planes de adquisiciones externas?

—En las próximas semanas iré a Río. Como sabes, estamos absorbiendo una editorial allí, pero aún así, quiero que definas algunas cuestiones en las que mi mirada pueda ser útil. Sustituye las que te estoy devolviendo por otras, preferentemente en sectores diferentes a los que estuve en los últimos seis meses.

—¿Estás seguro de que quieres seguir con la misma carga, João Pedro? La transición de Janeiro Editorial, cuando la adquisición se complete, no será fácil. Las transiciones nunca lo son, y has estado manejándola desde el principio. No creo que quieras abandonarla ahora. Tal vez lo mejor sea no asumir ningún sector en lugar de esos hasta que la adquisición esté finalizada y la transición hecha. ¿No lo crees? —sugiere, y lo miro con seriedad. Me apoyo en mis codos

sobre las rodillas y le doy algunos segundos, esperando que se dé cuenta de que está cruzando un límite, pero no lo hace.

—Rafael, ¿acaso estás sugiriendo que no soy capaz de manejar mi carga de trabajo? —Levanta las cejas, finalmente dándose cuenta de que sus comentarios no fueron bien recibidos.

—De ninguna manera, João Pedro. Estoy seguro de que eres más que capaz, o no ocuparías el puesto en el que estás, y tampoco nuestros resultados del último semestre serían tan positivos. Por favor, no me malinterpretes. Nunca fue mi intención, solo quiero decir que no hay una demanda real para tu supervisión. Todos los departamentos están funcionando bien con sus propios gerentes y directores. Si quieres involucrarte, puedo incluirte sin problema, pero considerando las perspectivas futuras sobre tu carga de trabajo, solo quería dejar claro que, si quisieras reconsiderarlo, no sería perjudicial en lo más mínimo.

—Gracias, Rafael. Por favor, envía a Norma las nuevas actividades que deben ser monitoreadas hasta el final de la semana —digo, ya poniéndome de pie y cerrando la reunión. Abrocho mi traje y extiendo la mano hacia él, quien entiende la señal y sale de la oficina tras despedirse.

En el momento en que me siento frente a mi escritorio, la alerta de Norma parpadea en mi teléfono.

—Sí.

—Tengo a la señorita Zabur en la línea. ¿Puedo transferir la llamada?

—Adelante, Norma. Gracias.

—João Pedro Govêa. Pensé que me habías olvidado.

Su voz es melódica y suave.

—Nunca me olvido de mis amigos, Carol.

Ella se ríe, satisfecha con mi respuesta.

—Está bien, eres buen halagador. ¿Qué necesitas? ¿Tom Ford[3], Ermenegildo[4], un Bespoke[5], o finalmente me vas a dejar vestirte con un Kiton[6]?

—Carol, el día que gaste doscientos mil reales en un traje, internenme, porque habré perdido la cabeza. Pero, esta vez, no es para mí que necesito tus servicios.

—Una mujer puede soñar, ¿no? ¿Y para quién es? ¿Un amigo? ¿Lo conozco?

—Una amiga. De hecho, necesito pocas piezas, básicas para el día a día y el trabajo, solo para algunas semanas. Después ella hará sus propias elecciones.

—¡Vaya! Esta es la primera vez —Carol chasquea los dedos, haciendo un sonido dramático como si acabara de recibir una información valiosísima.

—¿Que vistes a la amiga de un cliente? —Hago como si no entendiera.

—Que visto a una amiga tuya —responde directamente, y yo sonrío. No estoy dispuesto a darle más detalles que eso—. Te pones duro, ¿eh? Está bien. ¿Cuándo la conoceré? Necesito medidas, conocer sus gustos, saber su paleta de colores, esas cosas.

—No la vas a conocer, Carol. Te voy a enviar fotos y estoy seguro de que eres perfectamente capaz de trabajar con eso. Necesito que las piezas lleguen a mi casa antes del fin de semana. Quiero que ya estén allí cuando mi amiga llegue.

—Estás quitándome toda la diversión, João. ¿Qué pasa?

—No es así. Te estoy dando carta blanca, estoy seguro de que te divertirás mucho gastando mi dinero y, mejor aún, ganándotelo para hacerlo.

—Ah, lo haré. ¡Lo haré mucho! —Ríe a carcajadas. —¿Algo específico? ¿Tengo un presupuesto límite?

—Sin límites. Y sobre lo específico, lencería negra. No toda, pero haz buenas elecciones con ese color.

—¿Quiere decir que no puedo vestirte con un Kiton, pero para tu amiga no hay límite de gasto? Cuidado, João Pedro, o van a empezar a decir que estás enamorado.

El comentario me hace reír.

—Que digan lo que quieran, Carol. No me importa. Pero nadie va a poder decir que no trato bien a mis amigas.

—Bueno, es una pena que esta sea la primera que voy a vestir. Me habrían encantado más comisiones como las que esta compra me generará.

—No seas codiciosa, Carol.

—Bueno, no todos nacemos herederos, señor Govêa —dice con tono divertido. —Está bien. Las piezas estarán en tu closet antes del fin de semana.

—No es que te importe, pero como estoy seguro de que no hiciste ese comentario sin esperar una respuesta, te la voy a dar: no será en mi closet. Mi próxima llamada es para la arquitecta. Buen día, Carol. —La llamada se queda en silencio por algunos segundos, suficientes para hacerme fruncir el ceño, hasta que finalmente escucho la voz del otro lado.

—Sabes, João, tal vez deberías llamarme cuando tu amiga se haya ido, no para comprar trajes.

La respuesta me hace sonreír.

—Lo recordaré, Carol.

—Espero que sí.

El día avanzó tranquilo entre reuniones, llamadas y videoconferencias. De vez en cuando, mi mente se distraía pensando en Eliza, pero ahora, con respuestas en lugar de preguntas y el recuerdo de su cuerpo caliente sobre el mío, su olor y sabor, pensar en ella ya no era una tortura, sino un verdadero oasis en medio del desierto, una suave caricia en la espera de todo lo que aún haría con esa mujer.

El segundo día después de dejarla en casa pasó bien, y el tercero también. Al cuarto, empecé a sentirme impaciente, porque esa maldita mujer aún no me había enviado ni un mensaje, mucho menos me había llamado.

19.

ELIZA PORTO

—A ver si entendí bien: el correo que me mandaste, pero que nunca recibí, en realidad llegó a la bandeja de entrada de un empresario aquí en São Paulo, un tipo súper rico, que te llamó para una entrevista de trabajo y tú fuiste, sin saber que el puesto era para ser su puta. Cuando te diste cuenta, saliste corriendo, pero en vez de dejar el zapatito de cristal atrás, dejaste tu cédula de identidad, porque, claro, somos pobres y, si dejabas el zapato, el príncipe nunca vendría tras de ti, el olor a sudor lo espantaría —explica, haciendo una pausa en su discurso para reírse de la broma que acaba de contar—. Entonces el tipo te encontró, fue a tu casa, te compró comida cuando vio que habías estado todo el día sin comer, te hizo implorar para que él te penetrara con los dedos, te dijo que eres su puta y que lo llames cuando aceptes eso, ¿es así? —pregunta Joana, levantando las cejas y con una expresión tan divertida en su rostro que me hace poner los ojos en blanco.

—Básicamente —reconozco, derrotada, porque su absurda descripción de los hechos tiene demasiados detalles exactos que son perturbadores. Y para ella es más que suficiente.

Su risa resuena en toda la casa y yo muevo la cabeza de un lado a otro.

Hoy es el quinto día del programa de rehabilitación de João Pedro Govêa y tuve que pedir ayuda o habría hecho una locura.

El hombre simplemente se niega a abandonar mis pensamientos. Aunque desde el día en que Luiz estuvo aquí para dejar las compras no he tenido noticias suyas, sigo viéndolo en mis sueños, y más que eso, lo siento. Su olor, su sabor, su toque. Un infierno que me está

volviendo loca y dejándome al borde de tomar una decisión completamente absurda.

Eso fue lo que me hizo correr hasta la panadería frente a mi casa ayer, poner crédito en mi celular y llamar a Joana, suplicándole que viniera a almorzar conmigo hoy.

Necesitaba contarle todo lo que estaba pasando en mi vida o explotaría. Y aunque realmente no quería decirle, porque sabía que esta sería exactamente la reacción que tendría, no es que tuviera muchas opciones.

Una semana desde que lo vi por primera vez, ¡y Dios! ¡Cómo quiero verlo de nuevo! Sospecho que lo extraño. ¿Pero cómo es posible? ¿Cómo puedo estar sintiendo que lo extraño después de que me dijo claramente que soy su puta? No su novia, alguien de quien se preocupa, ni siquiera su amiga, sino su puta.

Me froto las manos por la cara, tratando de despejar mi mente de toda esta confusión. La pequeña mesa entre Joana y yo, aún con el almuerzo servido, me confronta, diciéndome que, si no fuera por él, a esta hora probablemente estaría dormida para evitar sentir hambre, como en tantos otros días. Al notar mi seriedad, Joana finalmente deja de reír.

—¿Cuál es el gran problema, Eliza?

—¿Me estás preguntando en serio, Jo?

—Sí, porque se te nota en la cara que quieres saltar sobre el teléfono y llamarlo. Entonces, ¿qué te está deteniendo?

—No soy una prostituta, Joana.

—Pero ¿quién dijo que lo eres? —me pregunta, y yo hago un gesto con los ojos, preguntándome en silencio "¡¿en serio?!".

—¿Qué tal el hecho de que él se niega a estar conmigo si no me paga, no lo entendiste?

—Pero él no te va a pagar por sexo, lo dejó claro.

—Eso fue solo él tratando de convencerme de hacer lo que él quería. ¡Joana! Esto es absurdo. No puedo ceder. Es absurdo, simplemente absurdo.

Joana me mira con ojos analíticos, el silencio se alarga entre nosotras durante varios segundos hasta que finalmente lo rompe.

—Estás desesperada por hacer esa llamada, ¿verdad?

—Muy —murmuro, casi a punto de llorar.

—Entonces hazla, Eliza. Sólo se vive una vez. Esto no es lo mismo que prostituirse y, aunque lo fuera, si eso es lo que quieres, ¿cuál es el problema?

—No es tan fácil, Jo. ¡Esto está mal!

—¿Mal por qué? ¿Mal para quién?

—¿Para el mundo entero? No puedo, simplemente no puedo.

—Claramente, estás tratando de convencerte a ti misma de eso y no a mí, pero si mi opinión te sirve de algo, creo que estás siendo tonta. Es tu vida, y sólo tienes una. Aunque sea para perder la virginidad de una vez, ya que ese hombre te tiene que tener subida por las paredes, pero si lo quieres, hazlo.

—¿Y qué le voy a decir a mi mamá, por ejemplo, Joana?

—Amiga, le mentiste a tu mamá por tanto tiempo sobre cosas de tu vida que pensabas que la iban a lastimar. ¿Por qué hacer un escándalo ahora y ser honesta justo ahora?

—Guau, gracias. Ahora me siento realmente mucho mejor.

Muevo la cabeza de un lado a otro, entreabro los labios y frunzo el ceño.

—Sólo estoy siendo práctica, Eliza. Quieres estar con el tipo, pero ahí estás, con toda esa falsa moral.

Abro los ojos, sorprendida por la palabra que usó.

—¿Falsa moral?

—Sí, hipócrita. Porque lo deseas, y ninguna justificación que uses para decir que no deberías cambiará tu deseo, entonces, ¿para qué tener pudor al hacerlo si no tienes pudor al desearlo? Es un pudor hipócrita, con dos medidas diferentes.

—Pero todo en la vida tiene dos medidas cuando se trata de desear y tener. Una cosa es querer matar a alguien, otra muy distinta es cometer un asesinato. Y desear la muerte de alguien despreciable, pero no matar a esa persona, no me hace hipócrita, me hace un ser humano que sabe vivir de acuerdo con las reglas.

—¿Y para qué sirven esas reglas, Eliza?

—Para que la vida en sociedad funcione.

—Exacto. Y ¿puedes decirme, exactamente, cómo tener sexo con el tipo por el que estás loca de deseo va a perjudicar el funcionamiento de la sociedad?

Abro la boca para responder, pero me doy cuenta de que no tengo respuesta para eso. Porque no la tendré. Aceptar o no la propuesta de João no cambia la vida de nadie más que la mía, así que ¿por qué debería importarme cómo verían los demás esa "relación"?

—Exacto —declara Joana al darse cuenta de que no tengo respuesta a su pregunta—. Es tu vida, Eliza. Y tu voluntad es lo único que importa. Si tienes alguna preocupación de que esto de

alguna manera te perjudique, te escucharé y podemos hablar sobre ello, pero si no, creo que solo estás tratando de convencerte de no hacer algo que, obviamente, estás desesperada por hacer.

Escucho sus palabras y suspiro, derrotada.

—Sabes, Joana, no era exactamente esto lo que esperaba escuchar cuando te llamé y pedí este almuerzo.

—Esperabas que te pusiera algo de sentido común en la cabeza, y créeme, eso es lo que estoy haciendo.

Muevo los labios pensativa y muevo la cabeza lentamente hacia arriba y hacia abajo. Las palabras de mi amiga son como el último golpe de una bola de demolición en el muro de protección que construí entre yo y mi deseo de decirle que sí a João Pedro.

Al final, me veo obligada a reconocer, él tenía razón todo el tiempo, ya soy su puta.

El resto de la tarde avanza lentamente mientras Joana y yo hablamos de mil otros temas. Hablamos de su universidad, de un chico con el que ella ha estado intercambiando miradas y aprovecho la oportunidad para lanzarle su propio consejo en la cara, al fin y al cabo, eso es lo que hacen las amigas, ¿no?

—¿Y todavía no has ido a verlo? ¿Por qué?

—¡Porque no me siento cómoda siendo yo quien lo corteje! —responde como si estuviera diciendo lo obvio y, para quien conoce su personalidad como yo, de hecho, lo es.

—¿Y no te sientes cómoda, por qué…?

—¡Porque la gente va a hablar! —afirma, y yo sonrío ampliamente, diciendo solo con mi sonrisa un "te pillé" que Joana comprende de inmediato. Estrechando los ojos hacia mí, ella mueve la cabeza de un lado a otro, negando—. ¡No sirves para nada, Eliza!

—Un día es de la caza, otro del cazador —digo, mientras ella pone los ojos en blanco—. Está bien —digo, ya con una idea de cómo hacerla sucumbir, porque si yo voy a hacer esto, ella también lo hará —. Yo lo hago, si tú lo haces.

—Ya no somos adolescentes, Eliza. No vamos a hacer eso de "solo voy si tú vas".

—Está bien, entonces. Yo voy a seguir aquí, sola, subiendo por las paredes, loca por tomar el teléfono y llamar a mi príncipe desencantado que me llama puta. ¿Qué puedo hacer? No se puede ganar siempre, ¿no?

Miro mis uñas dramáticamente, pero me doy cuenta de que realmente necesitan atención.

—¡No puedes estar hablando en serio! —protesta Joana, indignada.

—Ah, sí puedo. Puedo y lo estoy. No puedes predicar una cosa y vivir otra. Si quieres que te escuche, vas a tener que hacer lo mismo.

—Pero son situaciones completamente diferentes.

—Sí, lo son, pero el principio es el mismo. ¿Y entonces? ¿Cómo va a ser? ¿Mi virginidad va a seguir viviendo algunos días, meses, o tal vez años, o vas a hacer lo que quieres y vas a llamar a ese chico para salir?

Joana pone los ojos en blanco y suelta un bufido.

—Esto va a tener consecuencias.

—Ya las está teniendo. Créeme, hacer esta llamada parece que me va a costar un pedazo de mi alma.

—¡Qué mujer tan dramática! —dice, y me encojo de hombros, sin poder negarlo.

20.

ELIZA PORTO

En la cama, miro el celular en una de mis manos y el tarjeta negra con el número en la otra. Mi corazón late acelerado, como un tambor de escuela de samba. Siento el revuelco en mi estómago y muerdo mi labio.

¡Oh, Dios!

—Vamos, Eliza. Tú puedes. No es nada, solo es una llamada.

Nunca he hecho nada loco en mi vida, ¿y dónde me ha traído eso? No muy lejos, ¿verdad? Respiro profundamente y cierro los ojos, tomando coraje, porque sé tan bien como sé que me llamo Eliza que, sin importar cuánto dure esto, es un paso sin retorno que cambiará mi vida.

Aunque solo sea para mí, aunque solo cambie la forma en que me veo.

Decir sí a João es decir sí a una vida que nunca había imaginado vivir, hasta que él apareció.

Exhalo el aire de mis pulmones y abro los ojos, digito la otra mitad del número y pongo el dedo sobre la tecla verde, pero antes de que pueda presionarla y comenzar la llamada, escucho golpes en la puerta.

Genial, Joana olvidó algo. ¿Justo ahora que me armé de valor, me interrumpes?

En un salto me pongo de pie, doy unos pocos pasos y mi mano ya está en el picaporte de la puerta. Pero en lugar de Joana, me

encuentro con el señor Josias, con una expresión que demuestra que tiene pocos amigos.

Parpadeo, realmente sorprendida, aunque no debería estarlo. Después de todo, debo tres meses de alquiler, sabía que aparecería aquí, pero en los últimos días, el dilema de llamar o no llamar apagó todos los otros problemas de mi mente, incluso los más importantes, como encontrar una excusa para que el señor Josias no me eche de aquí.

—Buenas noches, señor Josias —digo y sonrío amablemente, intentando suavizar su evidente mal humor, aunque siento cómo toda la humedad en mi boca desaparece al instante.

—Buenas noches, Eliza —responde de forma seca y trago en seco.

—¿Quiere entrar? —pregunto, ya apartando la puerta para que pase, pero el hombre permanece inmóvil en el umbral.

Cambio el peso de mi cuerpo de pierna, incómoda con su postura rígida. Nunca me había tratado así. Nunca habías debido tanto antes.

—No, no quiero. Vine solo a decirte que tienes hasta mañana al mediodía para vaciar la casa, o voy a conseguir a alguien que lo haga por ti.

Mis ojos se abren de par en par, completamente sorprendida.

—¿Q-qu-qué? —Es lo único que soy capaz de decir.

—Exactamente eso, niña. Tienes hasta mañana al mediodía para sacar tus cosas de la casa, o alguien vendrá a hacerlo por ti —reafirma, y me asusto porque sé que esto es perfectamente posible. La policía no va a entrar aquí, así que sé muy bien qué tipo de "ayuda" está mencionando para sacar mis cosas.

—¡Señor Josias, por el amor de Dios! Yo, yo...

—Ni lo intentes, niña —me interrumpe—. Fui paciente contigo, ¡muy paciente! Ya son tres meses de alquiler atrasado, pero fui paciente porque pensé que eras una buena chica pasando por un mal momento. Pero no es el caso, y no voy a tolerarlo en mi casa. — Sus últimas palabras salen más fuertes y su rostro se pone rojo, contorsionado en una mueca de desprecio que ni en mis peores días alguien me había dirigido.

—¡Señor Josias, por favor! ¡No entiendo!

Me agarro a la puerta abierta, necesitando algo en qué apoyarme para no desplomarme en el suelo. Dios, si tengo que salir de aquí mañana, ¿a dónde voy?

No tengo a dónde ir, no tengo ningún lugar. Tal vez los padres de Joana me dejen quedarme en su casa unos días, pero ¿y después? La angustia me invade y las lágrimas comienzan a caer.

—¿No lo entiendes? ¿Vas a negar que un hombre estuvo aquí el jueves por la noche y salió con la camisa aún abierta y el resto de la ropa en los brazos, niña? ¿Vas a negar que al día siguiente llegó un coche elegante y dejó un montón de compras para ti? ¿Vas a negar?

Mi boca se abre de horror absoluto. Miro al hombre frente a mí, tomada por el completo desespero. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? Pero, ¡Dios! ¿Cómo sabría él algo así?

—Señor Josias...

—¿Lo niegas, niña? —me interrumpe antes de que pueda terminar de pensar y convertirlo en palabras.

—No, pero señor Josias...

—¡Entonces no hay conversación! —me corta de nuevo—. Toda la calle está hablando de eso, pero en mi casa no. ¡Yo no acepto

prostitutas en mi casa! ¿No tienes vergüenza, niña? ¡Pobrecita tu madre si está viva! ¡Qué desgracia tener una hija que haga algo así! —corta mis palabras y su agresión injustificada y gratuita rompe las últimas barreras que mantenían mi dignidad intacta desde que empezó a acusarme.

Escuchar las palabras que me han estado acechando durante días, saliendo de la boca de otra persona, especialmente con ese tono, convirtiendo todos mis temores en realidad, mencionar a mi madre, la vergüenza que sentiría de mí si supiera que hice algo así...

Pierdo la capacidad de hablar y el llanto surge de mí como una cascada. Las lágrimas son tantas que mi visión se nubla y lo único que puedo hacer es abrazar mi propio cuerpo.

—¡Hasta mañana al mediodía! ¡Ni un minuto más! —me susurra antes de darme la espalda, cruzar los pocos pasos hasta la acera, entrar en su coche y desaparecer en la oscuridad de la noche.

Dejo que las lágrimas sigan saliendo hasta que mi rostro está hinchado, mi nariz roja y tapada, y mi cabeza me duele. Sacudo la cabeza, negando, incrédula, perdida, y el llanto vuelve a rodar por mi rostro.

No sé cuánto tiempo paso en el suelo, si minutos u horas, pero cuando me siento seca, sin una sola lágrima más que derramar, finalmente me levanto. El celular bloqueado sobre la cama llama mi atención y solo una cosa me viene a la mente.

Lo tomo después de desbloquearlo, presiono el 3 durante varios segundos, activando la marcación rápida para Joana. La llamada suena varias veces antes de ir al buzón de voz. Intento muchas veces más hasta que el teléfono se descarga y se apaga solo, obligándome a conectarlo al cargador y a aceptar el hecho de que no me va a atender.

Giro sobre mí misma, pensando qué hacer, perdida, completamente perdida. Mis ojos arden por el sueño y por el llanto abundante, mi cabeza me duele de una manera alucinante y no hay nada que pueda hacer, porque ni siquiera tengo dipirona en casa.

Pienso en llamar a la farmacia y pedir que me lo entreguen, pero las palabras del señor Josias siguen brillando en mi mente como un letrero de neón: "Toda la calle está comentando".

Todo el mundo cree que soy una prostituta, todo el mundo. Las personas que trabajan en la farmacia viven por aquí, ellos también deben pensar lo mismo.

Me siento en mi cama, escondiendo mi rostro entre las manos, y mi cuerpo se va cediendo a la agotadora fatiga causada por lo que acaba de suceder, inclinándome hasta quedar acostada.

Acerco mis piernas hasta el pecho, me abrazo a ellas y descubro que estaba equivocada, no estoy seca, aún tengo lágrimas, porque vuelven a rodar por mis mejillas. Cierro los ojos, tratando de escapar de la luz, de la realidad, del mundo, de mi vida, y por algunas horas lo consigo. Sueño con él.

21.

ELIZA PORTO

El tono de llamada del celular va sacándome poco a poco del sueño. Intento resistir, pero el sonido insistente me despierta. Con los ojos todavía cerrados, busco el teléfono a tientas; cuando lo alcanzo, deja de sonar.

Respiro hondo, sintiendo cómo la necesidad de llorar vuelve con fuerza, pero me niego a ceder. Abro los ojos, y la vergüenza y el sentimiento de humillación me aplastan por completo. Miro el techo en mal estado, las paredes a mi alrededor, me giro en la cama y dejo que mi mirada recorra todo el espacio que he llamado hogar durante casi tres años.

Han sido tantos momentos aquí. Tantas noches sola, sintiéndome vacía, tantas conversaciones con Joana, días y noches de películas, fiestas de pijama. Puede parecer el peor lugar del mundo para los demás, pero es mi lugar. O al menos lo fue.

Ahora solo es el lugar del que me están echando por algo que no hice, por una persona que no sabe nada de mí ni de mi vida. Ese pensamiento es como una bocanada de fuerza dentro de mí. Un vistazo rápido a la pantalla del teléfono me dice que la llamada perdida era una más de las muchas que recibo por cobranzas; después de todo, el prefijo era del estado de Pará, aquí en Brasil.

Me levanto de la cama y planto los pies en el suelo frío. El baño es mi primer destino, y me doy una ducha fría y larga. Bajo el chorro de agua, dejo que mi mente explore todos sus rincones más oscuros en busca de una solución, de alguna posibilidad, y también dejo que se lamente por lo que no será.

João Pedro. Estuvimos tan cerca. Pero ahora no hay la más mínima posibilidad de que algo entre nosotros ocurra. Si antes, cuando tenía mi casa, luchaba con el sentimiento de que él me estaba pagando por sexo, ahora, cuando dependería de su dinero para tener un techo sobre la cabeza, no hay la menor posibilidad de que eso suceda.

No cuando lo que pensaron de mí fue justamente lo que me puso en esta situación en la que me encuentro ahora, despojada.

Con la piel roja y los dedos de las manos y los pies arrugados, salgo del baño envuelta en una toalla. En las cajas, encuentro un par de jeans viejos y una camiseta sin mangas. Después de vestirme, comienzo a juntar las cosas importantes para mí en el pequeño espacio. Aprovecho las maletas que hacía tiempo no usaba para guardar mi poca ropa, vaciando las cajas de cartón.

En algunas bolsas, reúno mis libros y objetos pequeños. Usando las bolsas reutilizables en las que llegaron las compras de João Pedro, guardo mis objetos personales de decoración y mis zapatos. Pero cuando llego al armario donde guardo los víveres y me encuentro con que está lleno, es imposible no sentir dolor por tener que dejar todo eso atrás.

No tengo cómo cargar ni a dónde llevar lo que estoy reuniendo, y menos toda esa comida. Mientras miro todo eso, con los ojos ardiendo por las lágrimas que no puedo dejar de contener, tomo una decisión.

Separo todos los víveres que estaban en el armario y en la nevera en tres bolsas de basura negras. Son pesadas, pero las bolsas son resistentes, así que solo necesito poder cargarlas unos minutos.

Después de ponerme las chanclas, salgo de casa con las bolsas colgadas de los hombros. Mi primera parada es una mini casa tan

pequeña como la mía, que está separada de mi casi ex-hogar por otras dos casas más grandes.

Toco la puerta y espero. Oigo voces de niños adentro y pasos, antes de escuchar un "ya voy" que resuena fuerte en mis oídos. Segundos después, una mujer alta, muy delgada, con la piel oscura y sudorosa y el cuerpo casi esquelético aparece en la puerta, mirándome con desconfianza y casi miedo.

Detrás de ella, tres niños estaban sentados en el suelo, mirando una televisión diminuta que estaba sobre una mesa vieja y oxidada, colocada frente a una cuna.

—Hola, Jaqueline, ¿cómo estás?

—Hola, Eliza. ¡Todo bien! ¿Y tú?

Muevo la cabeza levemente, porque no quiero mentir diciendo que también estoy bien.

—Mira, me estoy mudando hoy y no puedo llevar todo lo que tengo, así que quería saber si aceptas algunos alimentos. Tengo arroz, frijoles, leche, galletas para los niños, también algunas carnes.

Al escuchar mis palabras, los ojos de la mujer brillan y se agrandan.

—¿En serio? —pregunta, necesitando una confirmación.

Su reacción me hace sonreír, porque reconozco el desesperado deseo de comer en su mirada. Después de todo, yo estuve en esa situación hasta hace poco y muy probablemente volveré a ella pronto, quizás hoy mismo.

—¡En serio! ¿Las aceptas?

—¡Claro que sí! ¡Sí! ¡Gracias, Eliza! ¡Gracias de verdad!

Le entrego una de las bolsas negras y me despido con un gesto de la mano antes de girarme para salir, pero antes de alejarme mucho, ella grita mi nombre y me doy vuelta.

—Lo siento mucho por ese viejo que te echó. Ellos no saben lo que es pasar hambre, Eliza. Esta gente que habla no entiende que, cuando el estómago duele, hacer lo correcto no hace que el dolor se detenga.

No puedo decir nada, ¿qué diría? ¿Me defendería? ¿Diría que están todos equivocados? Aunque no haya hecho lo que dicen que hice, ella no está equivocada, solo que no tuve que llegar a este punto donde mi sentido de moral, de lo correcto y lo incorrecto, se abandona por necesidad, al menos no todavía.

Mi siguiente parada es unas casas más adelante, al otro lado de la calle. Juliana abre la puerta con su bebé llorando en brazos.

—Hola, Juliana. ¿Todo bien?

—¿Te parezco que estoy bien? —responde sin rodeos y abro la boca, pero desisto de ser amable.

—Ok. Me estoy mudando hoy y no puedo llevar todo. Quiero saber si aceptas algunos alimentos.

Ella inclina la cabeza hacia un lado y entrecierra los ojos al mirarme, luego, al retirar uno de los brazos del bebé, me extiende la mano. Coloco la bolsa negra y pesada en su mano, y ella asiente en señal de agradecimiento, o al menos eso es lo que creo que es, antes de cerrar la puerta prácticamente en mi cara.

En mi última parada antes de regresar a casa, no hay adultos. La habitante más grande de la casa, que no debe tener más de dieciséis años, abre la puerta y puedo ver el espacio casi vacío de muebles detrás de ella.

Son tres hermanos, dos niñas y un niño. Ya hacía tiempo que la niña mayor había dejado la escuela para cuidar a los hermanos; ella hace limpiezas aquí y en Morumbi. Este tipo de cosas me hace preguntarme cómo es posible que nadie vea esto, a una niña que se convierte en responsable de otras dos.

—Eres Juliette, ¿verdad? —pregunto, y la niña asiente—. Juliette, vivo en el departamento de Josias y me estoy mudando hoy, pero no puedo llevar todo lo que tenía allá, así que quería saber si aceptan algunos alimentos. Tengo lo básico: arroz, sal, azúcar, aceite, algunas galletas, yogures y pan.

La expresión de la niña cambia a sorpresa y, una vez más, la sensación de reconocimiento me golpea. Le sonrío y extiendo el brazo, entregándole la última bolsa con todo lo que tenía en mi despensa y en la nevera.

A diferencia de lo que pensé que pasaría, no me duele saber que soy responsable de que ella y sus hermanos sientan el alivio de tener comida para los próximos días, así como yo lo sentí hace poco. Esto hace que el dolor por todo lo que está pasando se suavice, al menos un poco.

La niña, de piel morena y cabello oscuro, me mira a los ojos y mantiene la mirada durante varios minutos, hasta que finalmente dice algo completamente inesperado.

—Lo siento mucho.

—Está bien —respondo, encogiéndome de hombros.

—No, no está bien. Sé que no hiciste lo que dicen por ahí, y no es justo.

Miro a la chica, asimilando sus palabras, absorbiendo el hecho de que alguien cree en mí. La sensación de alivio me llena de una manera indescriptible, porque me importa.

Realmente me importa, no tener una casa, comida o cama. Me importa quién soy y, por más odioso que sea, la forma en que las personas me ven termina siendo una gran parte de lo que realmente soy. Porque son lo que creen de mí lo que moldea mis oportunidades, no lo que haga o deje de hacer.

—¿Cómo sabes eso?

Ella se encoge de hombros.

—Simplemente lo sé.

Es suficiente para mí. Me despido y, en silencio, regreso a mi casa.

22.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Las maletas y las bolsas están organizadas sobre la acera frente a la pocilga que Eliza llama casa. Al otro lado de la calle, sentada en una silla de plástico rojo, frente a una mesa con el nombre de una cerveza estampado, la pequeña revoltosa mira su celular con una expresión perdida en el rostro.

Desde dentro del coche, la observo por varios minutos, tratando de decidir cuál es la mejor manera de acercarme.

Mi impulso es exigirle que me diga de inmediato qué está pasando aquí, pero lo que sea que esté ocurriendo, está claro que la está consumiendo. Con una respiración profunda, abro la puerta y bajo al pavimento.

Eliza está tan distraída que ni siquiera nota el gran coche a su lado ni los ruidos de mi llegada. La última vez que estuve aquí, llegué en Uber, y cuando Luiz vino, condujo su propio auto porque sería menos llamativo, pero hoy, después de la llamada que recibí, no hubo tiempo para esos detalles. Solo subí al coche y le ordené a Luiz que viniera hasta aquí, sin preocuparme por el tipo de problemas que pudiera generar entrar a Paraisópolis en una Land Rover.

La verdad es que cuando el vecino de Eliza me dijo que ella estaba saliendo de su casa con maletas y bolsas, lo primero que pensé fue que estaba huyendo de mí. Después de darle seis días para pensar por su cuenta, era el momento de mostrarle que lo que le ofrecí fue la sensación de que tenía una elección, pero no una elección real. Pero entonces llego y me encuentro con esta escena.

La pequeña testaruda está vestida con su ropa de siempre, rota y sucia, tiene el cabello recogido en un mal moño en lo alto de la cabeza y una expresión tan desolada en el rostro que es difícil creer que no esté caminando hacia la muerte o algo por el estilo.

Me detengo junto a ella y espero que note mi presencia, pero después de varios minutos me doy cuenta de que eso no va a suceder.

—¿Voy a saber qué está pasando aquí? —pregunto.

Mi voz parece despertarla de su letargo.

Ella gira la cabeza lentamente hacia mí y parpadea sus ojos azules, llenos de dolor y miedo. Lo percibo. Luego, hace lo que mejor sabe hacer: me sorprende, saltando de la silla y lanzándose contra mi pecho.

Más rápido de lo que soy capaz de procesar, su llanto comienza a ser audible, y atónito, todo lo que puedo hacer es rodearla con mis brazos y dejar que llore.

Beso suavemente su cabello, Eliza me aprieta con fuerza, con una desesperación palpable, y siento mi pecho apretarse porque, sea lo que sea que esté pasando, es serio. Si la dejó en este estado... ¡Carajo! Quiero acabar con eso, más que nada, solo quiero acabar con eso.

—Shh, todo va a estar bien —susurro sobre su cabeza, pero la única respuesta que obtengo es más llanto.

Permanecemos así por varios minutos, ella llora y yo la abrazo, beso su cabeza, paso mis manos por su espalda, intentando consolarla. No hay a dónde huir, me doy cuenta. El tiempo que ella tuvo para llegar sola a la conclusión de que es mía se terminó, y me aseguraré de que lo entienda.

Llevo mis manos hasta sus mejillas y levanto su rostro, obligándola a mirarme. Sus ojos y la punta de su nariz están rojos e hinchados. Paso mis dedos suavemente por sus mejillas y no resisto la tentación.

Dejo que mis labios toquen los suyos con cuidado, necesitando ese contacto para saber que va a estar bien, que yo puedo hacer que esté bien, porque, de repente, eso se ha vuelto una necesidad.

Con el rostro pegado al suyo, la veo cerrar los ojos, no para escapar de los míos, como siempre hace, sino como si estuviera disfrutando el momento, como si lo necesitara.

Toco nuestras narices pacientemente, ignorando las miradas de las otras personas en la panadería que nos observan como si fuéramos parte de una telenovela. Algunos transeúntes hasta se detienen para mirarnos, y en varias puertas, portones y ventanas, la gente se junta para ver cómo se desarrolla lo que parece ser un espectáculo muy esperado: nosotros dos.

—Necesito saber qué pasó —susurro en su rostro y ella niega con la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, aún con los ojos cerrados.

—Respuesta incorrecta, Eliza —le aviso y beso la punta de su nariz, lo que la hace abrir los ojos.

—Me estoy mudando.

Su voz es baja, casi un susurro. Y no para mantener a los curiosos alejados de nuestra conversación, como yo, sino porque parece no tener fuerzas para hacer otra cosa.

La respuesta me hace levantar las cejas. Eliza estaba muy orgullosa de su pocilga, no saldría de allí de esa forma, tan repentinamente.

—No pudiste pagar el alquiler, ¿verdad?

Tarda más de lo necesario para responderme, eligiendo lo que decir, me doy cuenta, y al final solo asiente con la cabeza, confirmando mis sospechas de que me está ocultando algo. Pero no sería el hombre que soy si no supiera cuándo avanzar y cuándo retroceder, así que, por ahora, acepto lo que me da.

—Bueno, eso facilita las cosas —digo.

Ella frunce el ceño. Acaricio su rostro con las manos y vuelvo a besar sus labios suavemente. Percibo a los curiosos cuchicheando a nuestro alrededor y me pregunto qué carajo está pasando aquí.

—¿Facilita qué cosas? —dice finalmente, y yo sostengo su rostro, manteniendo su mirada a la altura de la mía.

—Te vas a mudar conmigo, Eliza. Iba a pasar de todos modos, pero esto lo hizo todo más fácil.

Sus ojos se abren de par en par y parpadea. Afloja su abrazo a mi alrededor, pero yo no suelto su rostro. Su expresión empieza a cambiar y el hecho de que está a punto de oponerse es evidente, así que le advierto.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto aquí, Eliza? ¿Quieres pelear justo aquí? —le pregunto, mirando alrededor, y ella me sigue con la mirada, dándose cuenta de la cantidad de gente observando nuestra interacción. Se mueve, intentando zafarse de mi contacto—. No te voy a soltar, Eliza —susurro en su rostro, solo para que me oiga, antes de deslizar mis brazos de nuevo a su cintura—. ¿Qué te parece si vamos al coche a hablar?

—¡No voy a vivir contigo! —responde en un susurro y yo sonrío antes de pegar mi frente a la suya.

—Vamos, Eliza. Vamos a pelear dentro del coche .

La suelto y extiendo mi mano hacia ella.

Eliza sacude la cabeza y se frota la cara con las manos, dejándola aún más roja. Luego mira a su alrededor, estudiando nuestra audiencia, y finalmente acepta mi mano. Su tacto es suave, y su mano pequeña dentro de la mía despierta una sensación desconocida en mí, y no sé si me gusta o no.

Abro la puerta del coche, pero ella abre la boca para protestar.

—Eliza, Luiz va a poner tus cosas en el maletero del coche. Tranquila. Ahora entra, por favor.

Sus ojos se mueven entre mi rostro, el interior del coche y el otro lado de la acera, donde están sus pertenencias, dudando qué hacer.

—¿Quieres seguir alimentando la curiosidad del público, Eliza? Porque podemos hacer eso.

Las palabras son suficientes, finalmente se da por vencida y hace lo que le pido. Cierro la puerta, doy la vuelta al coche y entro por el otro lado, dejando los mirones atrás, tras los vidrios oscuros.

—Luiz, ¿puedes recoger las cosas de Eliza, por favor? Todo lo que está ahí en la acera.

—Claro, señor Govêa —responde, ya abriendo la puerta y dirigiéndose a las pertenencias, dejándonos finalmente a Eliza y a mí solos.

Subo la ventana divisoria para que no nos interrumpan cuando Luiz regrese y me giro hacia Eliza, ansioso por satisfacer la necesidad que me atormenta desde hace días: besarla.

Acercando mi rostro al suyo, huelo su piel y ella cierra los ojos, afectada por nuestra proximidad.

—¿Me extrañaste? —susurro sobre sus labios, y su cuerpo tiembla junto al mío.

Pongo mi brazo alrededor de su cintura y dejo que mi mano libre deslice por su mejilla. Ella permanece en silencio, recibiendo mi cariño como si lo necesitara, y en realidad, lo necesita, me doy cuenta.

Con mi nariz pegada a la suya, deslizo mi lengua por sus labios, luego succiono su labio inferior, embriagándome con su sabor. Eliza abre la boca, encajando nuestros labios, y yo meto mi lengua en ella. Su boca se acerca, no con sutileza ni timidez, sino tan hambrienta como la mía.

Su sabor se extiende por mi lengua, incitándome a buscar más de él, desafiándome a dejarlo, solo para verme perder el desafío. Respiro profundamente, dividido entre dejar sus labios para respirar o ahogarme en ellos. Pero es la necesidad de aire de ella la que gana la batalla y detiene el beso extático al que nos estábamos entregando.

—Creo que eso es un sí —digo, antes de besar sus mejillas, justo al lado de su nariz. Su exhalación me hace buscar sus ojos, tristes, tan tristes, que quiero matar a quien sea que haya puesto esa tristeza en ellos.

—No puedo ir a vivir contigo —dice en voz baja.

—No creo que hayas entendido, Eliza. —Aparto mi rostro del suyo, tomo su mano y la levanto hasta mis labios, depositando besos en su dorso—. Esto no es negociable.

—Nada que esté en contra de tu voluntad es negociable para ti —comenta, negando con la cabeza.

—Parece que estaba equivocado, ¡sí entendiste! —Sonrío antes de guiñarle un ojo, y ella pone los ojos en blanco, los cuales ahora

están rojos por la irritación.

—Es en serio, João. No puedo vivir contigo.

—¿Y dónde vas a vivir?

—¡Eso es precisamente lo que estoy diciendo, João! ¡No puedo depender de ti para tener un techo sobre mi cabeza! Si antes pensar en ti pagándome algo me parecía malo, ahora solo confirma lo que la gente piensa de mí.

—¿Qué dijiste? —Frunzo el ceño—. ¿De qué personas hablas?

Eliza abre los ojos, dándose cuenta de lo que acaba de decir. Abre la boca varias veces y la cierra, antes de poder formar una frase coherente.

—Quise decir que la gente va a pensar que soy tu prostituta si dependo de ti para tener dónde vivir. Además, ¿y cuando esto se acabe? ¿Cuándo decidas que ya estás cansado de mí, que ya no quieres lo que me estás proponiendo? No puedo, João. Antes sí podía, quería, pero ahora ya no puedo más, no puedo.

Entrecierro los ojos, absorbiendo sus palabras y buscando entre todo lo que dijo lo que no dijo. Justo en ese momento, Luiz entra al coche y su voz suena a través de los altavoces del asiento trasero, haciendo que Eliza se asuste con la interrupción repentina del silencio que se había instalado entre nosotros.

—¿A dónde, señor Govêa?

—A casa, Luiz.

Presiono el botón de comunicación y Eliza se prepara para protestar, pero levanto la mano, pidiéndole que espere.

—Está bien, señor.

Suelto el botón y regreso mi atención a la mujer pequeña y con expresión molesta a mi lado.

—Quiero mostrarte algo, Eliza. Solo eso.

Cuando me oye, la desconfianza se apodera de su rostro.

—¿Y después podré irme?

—Te dejo donde quieras, incluso en São Roque, si es necesario.

El solo mencionar el nombre de la ciudad hace que su rostro se contorsione de disgusto. Lo que solo me confirma que estoy en lo correcto. Eliza no quiere regresar a su casa.

—¿Qué pasó?

—Ya lo dije. No pude pagar el alquiler —responde demasiado rápido, y muevo la cabeza, negando.

—Eso no es todo, Eliza. Que yo recuerde, no planeabas mudarte la semana pasada, y si el dueño de la casa te hubiera dado una orden de desalojo, no habrías salido tan rápido de allí. ¿Adónde planeas ir?

Traga saliva y sus ojos claros me dicen que no le gusta para nada su próximo destino.

—Voy a pasar unos días en casa de una prima, vive en la Zona Este. Solo es esta semana, después iré a casa de Joana hasta que tenga adónde ir. No puedo ir hoy porque ella viajó. No pude hablar con ella antes, como solo vuelve el fin de semana, tengo que esperar a que regrese.

—¿No pudiste hablar con ella desde la semana pasada? —pregunto, con naturalidad, disimulando la importancia real de la respuesta a esa pregunta.

—No, desde ayer, después de que salió de mi casa, su celular debe haberse descargado y, hoy, cuando me desperté, ya no servía de nada, ella ya está lejos, y hablar solo la pondría preocupada.

Sus palabras me dan las piezas que faltaban del rompecabezas. Pero, ¿qué carajo?

—¿Entonces me estás diciendo que recién ayer supiste que tenías que irte de la casa? —Eliza parpadea con los ojos grandes y azules, mordiendo su labio cuando se da cuenta de que ha revelado más de lo que quería. Cuando vuelvo a hablar, mi voz suena engañosamente calmada—. Te voy a preguntar solo una vez más, y si no me respondes lo que quiero saber, voy a buscar a alguien que me lo diga. Y a estas alturas, ya debes imaginar que lo voy a encontrar. ¿Qué carajo pasó?

Pierdo el control sobre mi propio tono en la última frase, y Eliza esconde su rostro entre las manos, aspirando fuerte. Algunos segundos después, cuando baja las manos, su rostro está mojado por el rastro de algunas lágrimas.

Esa imagen me aprieta el pecho, pero no me muevo. Si hago cualquier movimiento, no sabré qué carajos causó toda esta mierda.

—Debía tres meses de alquiler, pero no fue por eso que me echaron.

Espero que siga hablando, pero no es lo que pasa. Me veo obligado a preguntar.

—¿Te echaron? —Eliza mueve la cabeza, confirmando—. ¿Por qué?

Ojos brillantes y húmedos por lágrimas no derramadas me miran fijamente. La lengua rosada lame lentamente sus labios y yo, una vez más, espero. Sin embargo, en lugar de hablar, Eliza niega con la

cabeza, pidiéndome que no la obligue a decirlo, lo que solo me vuelve más loco.

—¿Por qué? —dije, lento, con rabia.

Ella cierra los ojos y deja que las palabras escapen, suaves, de su boca.

—Los vecinos le dijeron a mi casero que estaba recibiendo hombres en la casa. Y entonces, me echó. Dijeron... dijeron que un hombre fue y... salió con la camisa abierta, y que... que al día siguiente... al día siguiente un coche caro fue a dejarme bolsas de compras.

Finalmente, lo revela entre tartamudeos y pausas, y yo la miro atónito, sin saber si entendí bien.

—¿Le dijeron a tu casero que estabas haciendo citas con hombres? —pregunto para confirmar lo que entendí, y solo cuando veo todo su rostro perder color, me doy cuenta de que mi elección de palabras y enfoque fueron un error.

¡Qué mierda!

Cuando vuelvo a mirarla, ella tiene la mirada baja y los hombros encogidos, claramente avergonzada.

—¿Por qué no me llamaste? —le pregunto y ella levanta la mirada, encontrando la mía.

—Iba a hacerlo, tenía el teléfono en la mano cuando el señor Josías llegó y me dijo que tenía hasta el mediodía de hoy para irme de la casa.

—¡Después de eso, Eliza! ¿Por qué carajos no me llamaste después de eso? —pregunto, subiendo el tono, molesto, haciendo que ella se encogiera en el asiento, poniendo aún más distancia entre nosotros. Me arrepiento al instante y trato de tomar sus manos

con las mías, repitiendo la pregunta con voz más suave—. ¿Por qué no me llamaste?

—¿Y qué iba a decir? ¿Que me estaban echando de la casa porque todos los vecinos estaban diciendo que estaba haciendo justo lo que me pediste que hiciera?

Eliza tiene los hombros encogidos y, a pesar de las palabras duras, su postura no demuestra ira ni desafío, solo vergüenza.

—Nunca te pedí que te prostituyeras, Eliza. Nunca haría eso contigo.

Ella niega con la cabeza.

—No importa las palabras que uses, João. Querías pagarme para tener sexo contigo, no importa cuántos nombres uses, las personas solo conocen uno: ¡prostitución!

—Eliza, lo que las personas piensen no importa. Lo que importa es lo que tú pienses, lo que tú quieras, y tú dijiste que me ibas a llamar.

—¡Porque fui lo suficientemente estúpida para creerlo, João! ¡Para creer que cómo las personas me ven no importa! ¡Pero sí importa! ¡Mucho! Porque fue el hecho de que me vieran como una puta, aunque no lo fuera, lo que hizo que me echaran de la casa. ¡No tienes idea de lo que me dijo! —empieza a hablar alto, pero su voz va bajando conforme llega a las últimas palabras, perdiendo la ira y volviéndose llorosa—. No tienes idea de lo horrible que fue estar allí y saber que él tenía razón cuando dijo que mi madre se avergonzaría de mí. Porque podría no haber sido una prostituta ese día, pero si me hubiera hecho la maldita visita un día después, ¡ya lo habría sido! Tu puta, ¿no fue eso lo que me llamaste? —susurra las palabras—. Yo sería tu puta.

Verla así me desestabiliza completamente, y la jalo hacia mí, poniéndola en mi regazo. Eliza mete la cara en mi cuello y llora.

La abrazo con fuerza, beso su cuello, froto su espalda, la toco de todas las maneras que puedo, intentando calmarla, desesperado para que todo salga bien.

Su temblor va disminuyendo poco a poco, y los sonidos de su llanto se van sustituyendo por pequeños sollozos. Cuando levanta el rostro, mis manos se mueven automáticamente hacia él y seco sus lágrimas con los dedos. Ella cierra los ojos hinchados, y espero hasta que se sienta lista para abrirlos nuevamente antes de hablar.

—Escucha bien lo que te voy a decir, Eliza. ¡No eres la puta de nadie! Y cuando te dije que serías mi puta no tiene nada que ver con la venta de tu cuerpo, porque si no fui claro antes, lo seré ahora: ¡no quiero ni voy a comprar sexo contigo!

Sus ojos rojos de tanto llorar me miran serios, y ella aspira por la nariz. Su fragilidad me asusta de una manera que no esperaba. Porque, en lugar de querer poner un océano de distancia entre nosotros después de semejante muestra de vulnerabilidad, quiero abrazarla, protegerla y, ¡por Dios! ¡Quiero acabar con la vida de quien la haya tocado! ¡Como lo deseo!

Los sollozos de Eliza, cada vez más bajos, son los únicos sonidos que se escuchan en el asiento trasero del coche por varios minutos. Después de lo que parece un buen rato procesando mis palabras, finalmente me responde.

—Pero...

—¡Pero nada! —la interrumpo—. No voy a permitir que pongas en duda esto, Eliza. Ser mi puta en la cama es algo que vamos a hacer porque los dos lo queremos. Si quieres una explicación formal, ahí va: tiene que ver con cómo vamos a llevar nuestras interacciones

sexuales, sin pudores, sin tonterías, sin límites convencionales, ¡solo los nuestros! Si quieres gritar, gritas, si yo quiero decirte un diccionario entero de perversiones, lo diré, si queremos probar todas las posiciones del Kama Sutra, las probamos, y, ¡mierda! Si queremos ir a un club swinger a coger en público, lo haremos. Pero ninguna de esas cosas está ni cerca de definirte como prostituta. Y no porque esté mal, sino porque no quieres serlo, ¡y no lo vas a ser, carajo! ¿Me entendiste? —pregunto, serio, y ella me mira por unos segundos antes de asentir con la cabeza—. Perfecto, porque ya llegamos.

23.

ELIZA PORTO

Las palabras de João me hicieron girar el rostro hacia la ventana del coche y, aunque tenía la cabeza dolorida, la nariz algo tapada y los ojos ardiendo de tanto llorar, la vista me quitó el aliento. La casa enorme no tiene una pared separando su entrada de la calle, parece que hemos entrado en un condominio privado, y ni me di cuenta.

Frente a un extenso jardín, la fachada blanca se complementa con un muro verde vibrante que hace resaltar la enorme, realmente inmensa, puerta de acceso a la casa.

Dos pisos, enormes ventanas de vidrio en la planta superior y una belleza increíble elevan la construcción de forma majestuosa frente a mis ojos, y ni me doy cuenta de que mi boca está abierta hasta que siento los dedos de João en mi mentón. Desvío la mirada de la casa hacia su rostro, más que impresionada, realmente sorprendida.

—¿Vives aquí? —Necesito preguntarlo, y él sonríe, dándome solo un leve asentimiento como respuesta.

Parpadeo varias veces, procesando la información sin moverme, ahora tiene todo el sentido que me haya menospreciado mi casa. Frente a un lugar como ese, mi pequeño departamento parece un baño de bar.

—Tenemos que entrar —susurra muy cerca de mi rostro, despertándome, y empiezo a moverme, bajando de su regazo y acomodándome en el asiento.

Levanto la mano hacia la manija de la puerta, pero João me detiene a medio camino, pidiéndome que espere. Frunzo el ceño y observo mientras abre la otra puerta y sale del coche. Al poco

tiempo, mi puerta se abre desde fuera, y él extiende la mano para ayudarme a bajar.

—¿No me dejaste abrir la puerta porque querías abrirla tú mismo? —pregunto.

—Exactamente.

Deja un suave beso en mi frente.

La respuesta, junto con las acciones desde que se dejó abrazar por mí con desesperación, aún en la panadería frente a lo que fue mi casa hasta esta mañana, hace que mi corazón dé un salto en mi pecho. No debería sentirme así, pero no puedo evitarlo, ni hacer nada para detenerlo.

No tengo certeza de nada, solo sé que antes de cualquier cosa no esperaba todos los sucesos que me trajeron hasta este momento.

No quería hacer esa llamada, no quería tener que regresar a la casa de mi prima cuatro años después de haberme ido. La idea de decir que no tenía a dónde ir me apretaba el estómago, pero el simple recuerdo de las miradas lujuriosas que su marido me dirigía años atrás, cuando llegué a São Paulo como una niña llena de sueños y sin ninguna idea de cuál era la realidad, me causaba arcadas.

No quería llamar. No quería pedir. No quería ir allí. Pero no veía ninguna otra opción, excepto dormir bajo uno de los muchos viaductos o puentes de São Paulo.

Si Joana no hubiera viajado, podría pedir ayuda, pero ¿cómo lo haría sin que ella estuviera cerca? No podía simplemente llamar a su casa y pedir refugio a sus padres mientras mi amiga ni siquiera estaba allí.

Necesitaba una solución temporal. Solo hasta que mi amiga regresara de su viaje. Pero ninguna otra opción, excepto la casa en la Zona Este de São Paulo, surgía en mi mente.

Tal vez estaría bien por unos días allí. Tal vez él había cambiado, tanto tiempo había pasado, él ni siquiera intentaría nada. Cerré los ojos, completamente perdida en mis propios pensamientos.

Fue entonces cuando escuché su voz y, aunque sabía que no había la menor posibilidad de que existiera algo entre nosotros en el presente o en el futuro, en ese momento no había nada que deseara o necesitara más que un abrazo, ni siquiera una solución a mis problemas.

Me lancé a su pecho y lo abracé.

No esperaba sentirme cuidada en sus brazos, no esperaba sentirme protegida, ni que la creencia de que había alguien en el mundo que se preocupaba por mí tomara control de mí al escuchar sus preguntas, su tono de voz y ver en sus ojos azules, tan llenos de complejidad, una preocupación genuina.

No esperaba que allí, frágil, afectada, completamente ahogada por mis propios sentimientos, deseara estar en sus brazos más que cuando mi cuerpo ardía de deseo y excitación, suplicando por su tacto, por el calor de su piel y su boca en la mía.

No lo esperaba y no pude hacer nada más que ser invadida por la avalancha emocional que me dominó. Obligándome a sentir todo y a desear más, incluso sabiendo que no podía tenerlo.

Sosteniendo mi mano dentro de la suya, João me guió por el camino de piedras en el jardín hasta los escalones que conducen a la puerta de su casa. Al llegar allí, me di cuenta de que no había manija en la puerta.

Frunzo el ceño, preguntándome cómo la abría. Mi pregunta fue respondida cuando él puso el pulgar sobre un pequeño círculo al lado del portal, una luz verde se encendió y la empujó hacia adentro, haciéndola girar sobre su eje y abriendo pasajes a ambos lados, creando dos pasillos, uno a cada lado de la hoja de madera, que ahora estaba justo en el centro del espacio delimitado por el portal.

Miro aquello, boquiabierta. Definitivamente, esa es la definición de puerta de rico. Él extiende el brazo para que entre primero, y lo hago, quedándome quieta después de dar solo dos pasos, sorprendida por la belleza del lugar.

Las paredes laterales y el piso claros, junto con enormes ventanas, hacen que el ambiente esté muy iluminado. Me doy cuenta inmediatamente de que no hay divisiones entre los cuartos, salvo por los muebles; las únicas paredes son las que rodean el espacio. Los muebles son sofisticados y enormes. También son claros, y hay algunas pocas piezas de color, como una lámpara y unos taburetes azules en la cocina gris.

A mi derecha, una escalera cuyos peldaños parecen flotar lleva al segundo piso, que se puede ver desde donde estoy, como si fuera un enorme balcón con un barandal de vidrio. Ni siquiera en las telenovelas en las que las familias eran más ricas había visto un lugar como este.

—Ven, quiero mostrarte la casa. —Escucho la voz de João y me obligo a dejar de mirar cada detalle del lugar que mis ojos alcanzan para mirarlo a él, que sonríe. Todavía sin soltar mi mano, me guía por todo el espacio abierto, señalando la sala de estar, el comedor, la sala de TV, haciéndome preguntarme por qué, en este mundo, alguien necesitaría tres salas.

Pero João Pedro no parece notar mi sorpresa, porque sigue caminando hasta que llegamos a una puerta corrediza escondida en la pared, que no había notado. La desliza a un lado, revelando una

habitación grande, que grita comodidad con sus sofás, alfombras, mantas, sillones y estantes de libros.

Sobre algunos muebles hay miniaturas de aviones, y una de las estanterías no tiene libros, solo varios avioncitos.

—Son aeromodelos —comenta, dándose cuenta de hacia dónde va mi mirada.

—¿Todavía juegas con cochecitos? —pregunto, divertida.

—Tal vez.

Su sonrisa parece querer decir algo y me hace levantar una ceja.

—Este es el despacho y la biblioteca.

—Aquí hay paredes.

Observo todo lo que mis ojos alcanzan con curiosidad.

—Es porque me gusta esconderme aquí.

Su voz es suave, natural, haciéndome preguntarme si está hablando en serio.

—Las paredes son importantes para esconderse —digo, porque es lo único que me viene a la cabeza.

—¡Definitivamente!

Lo miro fijamente, frunciendo el ceño.

—¿Cuántas personas viven aquí, João?

—¿Qué? —responde con otra pregunta, imitando mi expresión y frunciendo también el ceño.

—¿Vives con tus padres? ¿Cuántos hermanos tienes? ¿Qué edad tienen? ¿Hay niños por aquí?

Lanzó varias preguntas de una vez, con la curiosidad a flor de piel por todo lo que vi desde que entré en la casa. João da un leve tirón de mi brazo, acercando su cuerpo al mío y rodeando mi cintura con su brazo libre.

Una de sus manos sube a mi rostro y lo sostiene, obligándome a mantener la mirada en la suya. Él no sabe que todo lo que tiene que hacer para lograrlo es mirarme. No sabe que sus ojos, de alguna manera, me atrapan mucho más que sus brazos.

—Eliza, yo vivo solo.

—¿Solo? ¿En esta casa enorme?

—Soy hijo único. Y tú piensas que esta casa es grande porque vivías en un lugar muy, muy pequeño, pero créeme, tiene un tamaño normal.

Él gira la cabeza unos centímetros, acariciando mi piel con la suya. Sus labios rozan los míos, un roce simple, sutil, rápido, pero que me hace querer más, mucho más.

Llevo mi boca a la suya y lo beso. Al principio despacio, pero conforme nuestras lenguas se tocan y se enredan, esa atracción imposible de detener hace que nuestros cuerpos se acerquen cada vez más, hasta que estamos presionándonos el uno contra el otro y nuestras bocas, literalmente, se devoran.

Las manos de João recorren mi cuerpo, y mientras una se coloca en mi cintura, la otra se posa en mi nuca, acariciando, presionando y tirando al mismo tiempo.

Cuando interrumpimos el beso, jadeantes, mantengo los ojos cerrados, disfrutando su presencia el tiempo que puedo, hasta que el recuerdo de que todo esto está muy cerca de terminar me golpea como un rayo, y me aparto tan de golpe que João ni siquiera tiene

tiempo de intentar impedírmelo. Ahora, con los ojos bien abiertos, observo la expresión interrogante en su rostro, pero finjo no notarlo.

No dice nada, solo me extiende la mano y, por primera vez desde que nos encontramos hoy, siento miedo de aceptar el pedido silencioso. Miro su mano y muerdo mi labio inferior, no quiero tomarla, no quiero aferrarme a la sensación que al tomarla despierta en mí.

—Solo quiero mostrarte la razón por la que estás aquí. Puedes conocer el resto de la casa después, si quieres, o no. Puedo dejarte en el lugar al que quieras ir —dice, como si leyera mis pensamientos y mis inseguridades.

Me gustaría saber cómo lo hace, porque siempre acierta. Me doy cuenta de que si no pregunto ahora, probablemente nunca lo descubriré. No habrá tiempo para hacerlo.

—¿Cómo lo haces?

No necesita más explicaciones para saber exactamente de qué estoy hablando.

—Tus ojos —dice con simplicidad, y yo inclino la cabeza hacia un lado, tratando de averiguar si le creo o no a esa respuesta. Una vez más, entendiendo todo lo que no se dice por mi silencio, añade—: son transparentes no solo en el color. Puedo verte completamente a través de tu mirada, Eliza. Eso es raro.

—Eso es peligroso —murmuro, y él sonríe.

—Depende de quién dejas que aprenda a leerte.

—Es peligroso que tú lo hayas aprendido.

Las palabras salen y solo entonces me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta. Él sonríe.

—Probablemente lo sea. ¿Vamos? —repite la invitación y, aún temerosa, tomo su mano.

Él nos conduce hasta el segundo piso por las escaleras. Arriba, un largo pasillo revela cuatro puertas, dos a cada lado. Pasamos por las primeras y, cuando llegamos a las segundas, una frente a la otra, João abre la del lado derecho, haciendo un gesto para que entre primero.

Es un cuarto hermoso. En el centro, una cama enorme, baja y cubierta con sábanas blancas y esponjosas, domina el ambiente rodeada de paredes y muebles claros, con una alfombra enorme y suave en el suelo que combina perfectamente con el cabecero tapizado.

Las enormes cortinas blancas me sugieren lo que encontraré detrás de ellas, probablemente algunas de las ventanas que vi cuando aún estaba afuera de la casa.

—¿Es tu cuarto? —pregunto, absorbiendo cada detalle del lugar, queriendo estirar los dedos y tocar los muebles, las paredes, los objetos, todo para asegurarme de que no estoy en algún tipo de sueño de Cenicienta.

—No, Eliza. Es el tuyo.

Tardo un poco en asegurarme de que he entendido bien y me giro tan rápido hacia João, que sigue parado en la puerta, mientras yo entro sin darme cuenta de que estoy adentrándome cada vez más en la habitación. Casi me siento mareada.

—¿Qué?

Finalmente, él se mueve, separándose del marco de la puerta y caminando hacia el interior del cuarto. João pasa por mi lado y se dirige hacia la pared detrás de la cama, una vez más señalando una puerta que no había visto antes.

Él pasa junto a ella, y yo creo que quiere que haga lo mismo, así que lo sigo. Lo que encuentro al otro lado me deja con la boca abierta: un vestidor lleno de ropa colgada.

Vestidos, faldas, pantalones y blusas están colgados en perchas, y hasta parecen caros. Las perchas parecen caras. Muerdo mi labio, confundida.

—¿De quién eran?

—¿Las ropas? —responde a mi pregunta con otra, atrayendo mi atención hacia su rostro, que tiene una ceja levantada que no entiendo.

—Sí.

Paso mis dedos por un vestido, incapaz de evitarlo.

—Son tuyas, Eliza. Son todas tuyas.

La simplicidad en su voz me hace dudar nuevamente de que haya oído correctamente, pero sus ojos me miran con firmeza, dejándome claro que está hablando en serio.

—No entiendo.

—Las pedí al día siguiente de haberte visitado, y llegaron el fin de semana. Estaban esperando solo tu llamada. Y la arquitecta, que va a decorar el cuarto exactamente como tú quieras, solo está esperando que la llame para decirle que llegaste.

—¿Pero por qué tú harías algo así? —consigo decir, y él sonríe, caminando hacia mí.

—Te lo dije antes de dejarte aquella noche. Porque ya eras mía. Yo lo sabía, tú lo sabías, solo que aún no lo habías admitido, pero era solo cuestión de tiempo. Te dije que lo que necesitaba de ti requeriría tu disponibilidad las veinticuatro horas del día, los siete

días de la semana. No podías seguir viviendo en Paraisópolis, Eliza. Sacarte de ahí siempre fue parte del plan, y además, vas a necesitar acompañarme a almuerzos, cenas, eventos, vas a necesitar ropa adecuada. Estas son solo para las primeras semanas. En cuanto te adaptes, podrás elegir lo que quieras.

Escucho sus palabras, pero me cuesta creer que realmente las estoy entendiendo. *"¿Mudarse siempre fue el plan?" "¿Voy a tener que acompañarlo?"* y *"¿Estas ropas son solo para las primeras semanas?"* ¡Dios mío! ¡Hay más ropa aquí de la que he tenido en toda mi vida! Miro fijamente a João sin saber qué decir, y él lo entiende.

—No quiero que decidas nada ahora, Eliza. Tuviste un día de mierda, estás agotada, con hambre, estoy seguro, y probablemente un poco confundida. Vamos a hacer lo siguiente: vas a tomar un baño, comer y luego acostarte a dormir y descansar. Cuando despiertes, tómate un tiempo para pensar en todo, y luego volvemos a hablar. ¿Qué te parece?

—João, no puedo simplemente quedarme en tu casa, yo... yo...

Busco las palabras, pero como no salen, él vuelve a hablar.

—Puedes y lo harás. Tu preocupación era depender de mí para tener dónde vivir, pero, incluso antes del desalojo, si hubieras aceptado mi propuesta como pensabas, esa ya habría sido tu realidad. No vas a tener tiempo para trabajar en otro lugar, Eliza. Lo que significa que cualquier lugar en el que vivieras dependería del salario que yo te pagaría, y se quedaría vacío, porque el no vivir aquí nunca fue una opción. Pero si aún así quieres una casa para llamar tuya, está bien, usa tu salario y consíguela, aunque no lo recomiendo, ya que estarías tirando tu dinero, pero es tu decisión y no te lo voy a impedir si eso es lo que deseas. Tendrás mucho tiempo para pensar en eso.

—João...

—Eliza, lo dije y lo repito: si quieres irte, yo mismo te llevo a donde sea que quieras, pero antes de decidir nada, esas son mis condiciones: que comas y descanses. Y eso no es...

—Negociable —digo al mismo tiempo que él, lo que nos hace sonreír.

—¡Perfecto! Voy a pedir que traigan algo para que comas. Toma un baño, explora los cajones, hay ropa para dormir en alguno de ellos, y cuando te sientas mejor, volvemos a hablar.

Asiento con la cabeza, él me da un beso suave en los labios y sale del cuarto, dejándome en medio del vestidor, atónita con tanta información, cansada, con hambre y confundida.

Acepto que tiene razón, realmente necesito un baño, comida y cama. Cuando despierte, tal vez todo esto empiece a tener sentido, o peor aún, me dé cuenta de que las cosas son aún más absurdas de lo que pensaba.

24.

JOÃO PEDRO GOVÊA

El líquido ámbar, girando en el vaso, no hace nada para aclarar mis pensamientos. Desde el balcón de mi cuarto, miro hacia la piscina del piso de abajo, pero no la veo.

¡Qué maldito día! Definitivamente, nada de lo que había planeado cuando me desperté esta mañana. Su final fue ese por el cual he estado esperando días. La criatura problemática bajo el mismo techo que yo, lejos de la pocilga en la que vivía. Sí. Pero nada más salió como esperaba.

Para empezar, ella lleva más de seis horas aquí y apenas la he tocado, cuando todo esto debería haber sido para tenerla completamente a disposición de mi verga, y todo esto acaba con mi total incomprensión sobre mi propio comportamiento ante los últimos acontecimientos.

¡El plan era fácil! Llegar, cargarla sobre mis hombros y dejarle claro que huir no era una opción, no habría dificultades, no tenía por qué salir mal. Hasta que ella se lanzó a mi pecho, me abrazó y comenzó a llorar.

¡Pero qué carajo! ¡Puta madre! En un solo trago vacié el resto del contenido del vaso en mi boca. El whisky raspa mi paladar, el sabor fuerte domina mi boca, pero mi mente sigue completamente ocupada por la imagen de una Eliza llorando, avergonzada y disminuida.

Cierro los ojos y llevo los dedos a la nariz, intentando controlar el torrente de emociones que me arrastran.

Quiero matar al maldito casero que la dejó así, pero también quiero matar a todos los vecinos que hicieron la maldita cháchara.

Quiero matar a cualquiera que se acerque a dejarla en ese estado otra vez. Pero, ¿por qué? ¿Por qué coño la fragilidad de esa chica me molesta tanto como para sentirme homicida? No lo sé, no tengo ni idea. Pero es un hecho incontestable. El bienestar de Eliza me está volviendo loco.

Me preocupa que esto esté pasando ahora, cuando apenas nos conocemos desde hace una semana. ¿Qué va a pasar conmigo dentro de meses? Mi mente levanta una placa roja parpadeante con la palabra "peligro" y debajo la pregunta: "¿Por qué mierda estás pensando en MESES?" Pero la verdad es que la advertencia ni siquiera es necesaria. Sé que hay algo muy mal ocurriendo, porque preocuparme tanto por alguien no puede ser algo bueno.

Girando la muñeca, miro el reloj y la hora me hace negar con la cabeza. Ocho y media de la noche y ni rastro de la bella durmiente. O está tan cansada que aún no se ha despertado, o no quiere salir de la habitación. Pero si tuviera que apostar, apostaría por la primera opción.

Eliza no sabe lo que es una cama desde hace meses. Además, existe la gran posibilidad de que haya tenido una noche de mierda entre ayer y hoy. Me imagino que tener la amenaza de un desalojo sobre la cabeza no es el mejor de los somníferos.

Miro el portátil frente a mí, las hojas de cálculo y los documentos abiertos en los que no puedo concentrarme. Como si haber salido del trabajo a mediodía ya no hubiera sido suficiente. Otra pesada exhalación sale de mis pulmones mientras trato, inútilmente, de organizar mis pensamientos, porque ellos están decididos a seguir su propio ritmo y voluntad.

¿Cuándo imaginé que estaría en casa a las dos de la tarde de un miércoles? Nunca, ni sé hace cuánto tiempo algo así no sucedía. Dejar el trabajo de lado por Eliza de vez en cuando no estaría nada mal si ese tiempo fuera gastado con los dos en la misma cama, y no con ella en otra habitación, mientras yo me preocupo por si está lo suficientemente cómoda. ¡Mierda!

Cansado del rumbo de mi debate interno y seguro de que no voy a poder trabajar hoy, tomo el celular sobre la mesa y, después de unos toques en la pantalla, con la llamada ya realizada, lo acerco a mi oído. La perra contesta casi de inmediato.

—¿Me vas a decir que el mundo se acaba mañana? Primero sales del trabajo a medio día, luego me llamas. ¿Qué mierda está pasando con el universo?

La voz de Marcos resuena fuerte y sonrío al escuchar que la María Chismosa ya sabe todo de mi vida.

—¿Y cómo carajo sabes que salí del trabajo a medio día? ¿Me estás vigilando o qué? ¡No tengo esposa, amigo!

—Claramente, amigo. Si tuvieras, estarías haciendo cosas mucho más interesantes por la tarde-noche que analizar contratos.

Mis ojos se desvían inmediatamente hacia la puerta abierta de mi cuarto, por la cual puedo ver la puerta cerrada del cuarto de Eliza.

—Ajá, María Chismosa. ¿Pero cómo sabes tanto de mi vida?

—¿Dónde tienes la cabeza, João Pedro? ¡Yo estaba en una de las reuniones que cancelaste, carajo! Pensé que me habías llamado para hablar de eso.

La respuesta me hace levantar las cejas, porque tiene razón.

Ni siquiera había pensado en la agenda que necesitaba reorganizar, y por lo general, sé todo lo que tengo que hacer durante

el día. Ah, Eliza, más te vale dormir una semana, porque es el tiempo que planeo mantenerte despierta para compensarme por toda esta mierda.

—Tuve unos imprevistos y, en realidad, es sobre eso de lo que quiero hablar contigo. ¿Dónde estás?

—¿Qué? ¿No me digas que te procesaron?

—¡No, mierda! ¡No tiene nada que ver con el Govêa! Necesito distraer la cabeza.

El silencio en la línea se alarga tanto que aparto el teléfono de la oreja para asegurarme de que la llamada no se cortó. Al confirmar que sigue en línea, me veo obligado a llamar nuevamente.

—¿Marcos?

—Perdón, estoy tratando de asegurarme de si entendí bien. ¿Quieres salir a beber? ¡La puta madre! ¡Finalmente me devolvieron a mi amigo! ¿Mandaste a los aliens que te abdujeron hace meses a la mierda? ¡Por favor, dime que sí!

Marcos empieza a reír en cuanto termina de hablar, y yo pongo los ojos en blanco, mirando al vacío.

—A veces parece que nunca saliste de la pubertad, Marcos.

—¡Ah, João! No puedes llamarme para salir a beber un miércoles por la noche, después de rechazar un montón de invitaciones mías porque estabas ocupado hasta los fines de semana, y esperar que lo deje pasar.

—Y no puedo salir, Marcos. Pero si puedes venir hasta aquí, el bar está lleno.

—Sabía que estaba demasiado bueno para ser cierto. ¡No quiero beber, João! ¡Lo que necesito es sexo, mierda!

—Entonces, cuando salgas de ahí, pasa por un putero, carajo.

—¿Siempre fuiste tan sentimental, João? ¿O fue el tiempo con los extraterrestres lo que te dejó sensible? ¿Te hicieron experimentos hormonales? ¿Te subieron el estrógeno y te bajaron la testosterona?

Con ese último comentario, me doy por vencido y cuelgo el teléfono. Menos de un minuto después, el celular vibra en mi mano con la llegada de un nuevo mensaje.

***

—¡La puta madre! —exclama Marcos cuando termino de contarle toda la historia con Eliza, mientras recogemos unas botellas vacías de cerveza en el deck de la piscina.

—Así es.

Resoplo y llevo la botella a mi boca.

—Entonces no era una puta, ni una broma, sino un error. ¡Qué mierda, eh?

Muevo la cabeza en señal de confirmación. Él no tiene ni idea.

—¿Ella está arriba ahora? ¿Entendí bien?

—Perfectamente. Está durmiendo desde las dos de la tarde —murmuro, más para mí que para él, pero Marcos me escucha y levanta una ceja.

—¿Ya la extrañas, João?

—¿Extrañar lo que no vivimos? Si es así, ¡que se vaya a la mierda!

Se ríe con mi respuesta y pasa unos minutos en silencio, bebiendo cerveza y mirando al vacío.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Lo que dije que haría. Contratarla. De hecho, esto es trabajo para ti. Quiero un contrato y un acuerdo de confidencialidad.

Marcos levanta las cejas, mirándome.

—El acuerdo está bien, pero ¿qué debería poner en el contrato? Sabes que esa mierda no tendrá validez legal y que eso puede ser una prueba en tu contra, ¿verdad? Eres una figura pública, João Pedro. Si eso se filtra…

—¿Y no para eso sirve el acuerdo de confidencialidad? —pregunto lo obvio—. Justamente para que no haya posibilidad de que se filtre. Y respecto a lo que poner en el contrato, tienes una buena base, el correo que ella misma me mandó, y que yo te reenvié. Eso es exactamente lo que quiero de ella, asistencia personal, pero haz que suene menos explícito y agrega los términos: vivienda, salario, esas mierdas. Fuiste a la universidad, ¿no? Al menos debiste aprender eso entre fiesta y fiesta, ¿no?

—¡Vete a la mierda, João Pedro! Que yo recuerde, tú también estabas en las mismas fiestas que yo. En fin, no entiendo para qué todo este alboroto.

Con los codos apoyados sobre las rodillas, Marcos imita mi postura. Sentado a mi lado en una de los sillones, tiene los primeros botones de la camisa desabrochados y las mangas dobladas hasta los brazos, además de los cabellos rubios completamente desordenados. Parece que hoy el hijo de puta se acordó de cómo se trabaja.

—¿Por qué no puedes simplemente echarle un polvo a la chica y luego irse cada uno por su lado?

—Porque no puedo echarle un polvo a una mujer que está pasando hambre y luego fingir que no pasó nada hasta la próxima

vez, Marcos. Y Eliza es demasiado orgullosa, no aceptaría mi dinero en otras circunstancias. No aceptaría que la mantuviera mientras esto dure.

—¿Y por qué echarle un polvo a una mujer que está pasando hambre, para empezar? ¿Es algún tipo de asistencia social pervertida? ¿Caridad?

Marcos parece genuinamente curioso y, al intentar formular una respuesta, no puedo evitar sonreír. Porque, hambre o no, esa mujer es una genia como pocas y está buenísima como yo aún no he visto por ahí.

—Porque no hay nadie como Eliza.

Me doy cuenta de que mis palabras sorprenden a Marcos, él mantiene mi mirada por unos segundos, pero cuando habla, no es sobre eso.

—¿Pero por qué traerla a tu casa? ¿Por qué no ponerla en un departamento?

—Tú mismo respondiste a esa pregunta. No tengo hora para dejar de trabajar. Lo último que necesito es estar moviéndome por ahí por una cama asegurada. Si es para ser algo fijo, que sea en mi cama, carajo.

Marcos asiente con la cabeza.

—Al final decidiste conseguir una puta —comenta, apartando la mirada de mí para mirar la piscina, y sus palabras me hacen ver rojo.

—¡No! —respondo serio e inmediatamente—. ¡Ella no es una puta!

Marcos vuelve la cabeza hacia mí y frunce el ceño. Lo miro por varios minutos, pero ninguno de los dos dice nada, hasta que él

levanta las manos en un gesto silencioso de rendición.

—¿Debo poner exclusividad en el contrato?

Después de un rato sin decir nada, lanza la pregunta trampa, de forma despreocupada.

—Por supuesto, quiero que quede muy claro que no puede ni mirar a nadie más.

—Estaba hablando de ti.

—Lo sé, pero no voy a legitimar esa pregunta respondiendo.

Inmediatamente una sonrisa se dibuja en su rostro y suelta un sonido dramático de alivio.

—¡Gracias a Dios! ¡Ya me estaba empezando a preocupar!

—Vete a la mierda, Marcos.

25.

ELIZA PORTO

Tan suave…

Tan cómodo…

No quiero despertar aún… ¡vuelve a dormir, cerebro! ¡Vuelve a dormir!

—Humm…

Una risita. ¿Quién está riendo? Debe ser mi cuerpo, feliz de estar en un lugar tan suave. Pero esa risita, ya he escuchado esa risita. ¿João? Estoy soñando contigo otra vez, ¿verdad?

—¿Dónde estás, João? Deja de reír y ven aquí a hacer lo que tanto nos gusta hacer en los sueños. Humm…

Siento un roce suave sobre mis labios y, como por arte de magia, despierto. Abro los ojos, asustada, para encontrar un par de piedras azules mirándome. Empujo mi cuerpo hacia atrás, alejándome de esa boca rosada, casi fusionándome con el respaldo de la cama.

Llevo mis manos a la boca, cubriéndola, ¡Dios! ¡Acabo de despertar! No me he cepillado los dientes. Pero parece que a João no le importa, porque está sonriendo con una sonrisa enorme.

¡Oh no! Hablé en voz alta, ¿verdad? Cierro los ojos y respiro agitadamente, con el corazón latiendo rápido en el pecho, mientras la vergüenza tiñe mi piel. Cristo, ¡qué forma tan horrible de despertar!

—¡Buenos días, bella durmiente!

Parpadeo, aún acostumbrándome a la sensación de tenerlo tan cerca, de despertar con su boca sobre la mía, aunque haya sido por sorpresa.

—El camisón te queda perfecto —comenta como si hablara del clima.

Solo entonces me doy cuenta de que, en mi agitación por alejarme de su beso, el acolchado que me cubría cayó hasta mi cintura y mi torso, mis pechos y mi barriga quedaron expuestos, dejando al descubierto el camisón hermoso pero absurdamente transparente que elegí para la noche anterior, porque era lo más decente que tenía entre mis ropas de dormir.

Aún con las manos sobre los labios, miro el acolchado, indecisa, y João capta mi mirada.

—Mmm. Es una decisión difícil, ¿la boca o el cuerpo? —pregunta, levantando una ceja, fingiendo una duda inexistente, burlándose de mi vergüenza.

Entrecierro los ojos, mantengo una mano en la boca y con la otra intento cubrirme el pecho, subiendo el acolchado hasta mis pechos, y João hace una cara de decepción.

—Mierda, esperaba que no recordaras que tienes dos manos. —Se queja, haciéndome mover la cabeza en negación, incrédula de su descaro—. ¿Vas a hablar?

Respondo a su pregunta con un bufido detrás de mi propia mano, pero luego decido usar palabras.

—Aún no me he cepillado los dientes.

El sonido sale amortiguado y João levanta una ceja, como diciendo: "¿En serio?". Luego agarra mis dos manos con las suyas.

—Habla —ordena, y yo sacudo la cabeza, negando—. Eliza, te estoy advirtiendo —dice, y yo muevo la cabeza nuevamente, de un lado a otro, y él sonríe—. ¡Ay, Eliza! Tienes mucho que aprender —dice, antes de lanzarse hacia mí y lamer mis labios, dejándome desesperada, aterrada por la posibilidad de que sienta mi mal aliento.

Dios, ¿por qué no puede respetar eso? No es posible que no entienda la situación, todo el mundo despierta con mal aliento, ¿o eso también es algo que él no tiene? ¿Será que solo los pobres tenemos mal aliento al despertar?

Muevo mi cuerpo, tratando de alejarme, pero João agarra con firmeza mis brazos y manos, presionando su cuerpo contra el mío, manteniéndome prácticamente inmovilizada. Gimo bajito, todavía medio dormida, y me veo sin opciones.

—Voy a besarte, Eliza. Puede ser fácil o difícil, tú decides —susurra en mi boca.

Imploro con la mirada para que no lo haga, pero soy completamente ignorada, porque un segundo después él muerde mi labio inferior y lo chupa, luego pasa la lengua sobre el superior antes de chupárselo también. La sensación es tan placentera que, sin darme cuenta, dejo de forzar los labios y su lengua invade mi boca.

Sin pedir permiso, busca la mía, la lame, la chupa, y me rindo, completamente derrotada en una batalla que ni siquiera recuerdo por qué empecé a luchar. Sus manos sueltan las mías, se extienden por mi cuello y cintura, y sus brazos me rodean.

La combinación de caricias, beso y su aroma, sí, tiene un olor delicioso que me aturde y me enfoca al mismo tiempo, haciendo que olvide todo lo que hay a mi alrededor y lo sienta tan intensamente presente, que mi cuerpo se disuelve en sus brazos, ablandándose.

Definitivamente, este es un buen modo de despertar. Me frote contra él, ansiosa por más, siento cómo me humedezco entre las piernas solo con el beso que conquista cada parte de mí, un poco más cada instante, y cuando un gemido bajo se me escapa, es imposible no ver la sonrisa de João en mis labios antes de que dé una última lamida a mis labios y se aleje.

—Nunca me niegues más tus besos, Eliza.

Él mantiene su frente pegada a la mía y, aunque el comentario suena absurdo, lo dice como si fuera una orden que no se puede discutir. Me quedo en silencio, sin intención de hablar hasta que amenaza.

—Si no hablas, te voy a besar otra vez —amenaza y, aún perdida en la niebla del deseo, la idea no me parece tan mala. De hecho, parece buena, excelente, y João, como siempre, me lee y sonríe de oreja a oreja.

—Te gustaría eso, ¿verdad? —pregunta, mientras su dedo recorre mi mandíbula y mis mejillas. Mueve la cabeza de un lado a otro, negando, pero parece disfrutar con el descubrimiento—. Habla conmigo, Eliza.

Suelto un suspiro fuerte y frunzo los labios, disgustada.

—Quería cepillarme los dientes primero —murmuro bajo, esforzándome por abrir la boca lo menos posible, especialmente con él tan cerca.

—Ya sentí tu sabor, Eliza. Y no me importa.

Levanto la vista para encontrar sus ojos.

—¡Eso es asqueroso! Solo pasa en las películas y telenovelas, porque allá no es real.

Su expresión cambia cuando pone su máscara de ironía.

—No era exactamente asco lo que parecías estar sintiendo.

Revuelvo los ojos antes de entrecerrarlos hacia él.

—Sabes lo que quise decir.

—No, no lo sé. Desde el punto de vista higiénico, las personas que se relacionan hacen cosas mucho más cuestionables que un beso sin haberse cepillado los dientes, Eliza. Eso no tiene importancia.

Abro los ojos, preguntándome qué cosas cuestionables serán esas. Al notar mi reacción, João se ríe a carcajadas antes de responderme.

—Nada raro, Eliza. Nada raro.

Respiro aliviada. Él deja que una de sus manos se deslice por la curva de mi cintura, haciéndome dar cuenta de que, una vez más, me zafé del acolchado y quedé expuesta.

Luego baja la mirada, analizando cada detalle de la seda y el encaje negro, y de inmediato siento el rubor recorrer mi pecho, cuello y rostro. Da una risa ahogada.

—No entiendo lo fácil que te sonrojas. Puedes frotarte contra mí sin problema, pero no puedo mirarte —comenta despreocupado, dejándome aún más avergonzada, recordando que, de hecho, me froté contra él.

João ríe un poco más antes de meter los dedos en mi cabello y masajear mi cuero cabelludo. No puedo evitarlo, mis ojos se cierran, y un gemido de satisfacción escapa de mí, arrancando más risitas cínicas de su parte.

—¿Te gusta la camisola, Eliza? —La pregunta me hace abrir los ojos y lo que veo en su mirada me calienta. Asiento con la cabeza, y él sonríe—. A mí también. No puedo esperar para quitártela.

Abro los ojos como platos y se me escapa un gesto de sorpresa. Incapaz de responder, pero sintiendo cómo las palabras se combinan con el daño que el beso hizo en mi punto más sensible, aunque sé que no debería.

—Tengo que ir a trabajar. Dormiste casi veinte horas. No quería despertarte, solo vine a ver si aún estabas viva, ¿sabes?

Con ese comentario, sus ojos sonríen tanto como sus labios. João es guapo, pero cuando sonríe... ¡Madre mía! Es… es… no sé cómo definirlo.

¿Glorioso? Sí, quizás esa palabra le quede bien, glorioso. Y aunque la mayoría de las veces lo haga a costa mía, él sonríe mucho cuando está conmigo.

—No es mi culpa, tu cama es realmente muy buena. Trataba de despertarme, pero me abrazaba, y cuando me daba cuenta, ya me había vuelto a quedar dormida. Ni siquiera soñé —me defiendo, y solo me doy cuenta de que elegí mal las palabras.

—Pero me extrañaste, ¿verdad? Ya me estaba yendo de la habitación, pero tú me llamaste para hacer… ¿cómo fue? Hum… ¿Lo que hacemos tan bien en los sueños? Fue eso. No podía irme en silencio después de una invitación así.

—Estaba dormida, las cosas que decimos mientras dormimos no cuentan.

—¡Sí cuentan! Claro que sí. Especialmente cuando es una invitación tan traviesa y placentera.

João acerca su boca a mi oído y susurra. Luego me vuelve a mirar.

—Pero, lamentablemente para los dos, voy a tener que rechazarla. Tengo que ir a trabajar. Explora la casa, si necesitas algo,

Laura está en la cocina y se quedará aquí hasta que regrese.

—Pero, João —comienzo, lista para hablar sobre que habíamos quedado en que conversaríamos después de que comiera y descansara.

—No es mi culpa que hayas dormido más que la cama. Tengo que ir a la oficina. Ayer salí mucho más temprano de lo que debía. Intentaré no salir tan tarde, pero no prometo nada.

—Pero, João...

—Nada de peros, Eliza. Cuando regrese, hablamos. No te atrevas a irte antes de eso.

Suelto un bufido y hago una mueca, lo que lo hace sonreír.

—¡Ah, Eliza! Me encanta verte enfadada, pero me gusta mucho más verte de otra forma.

João se levanta, y la curiosidad vence mi indignación, porque me veo preguntándome.

—¿De qué forma?

—Gozando.

26.

ELIZA PORTO

Recostada al borde de la piscina con las piernas dentro de ella, miro al cielo vacío de estrellas. Tal vez esta sea la única cosa, además de mi madre, de la que siento falta en São Roque: el cielo.

Es imposible ver las estrellas aquí, y siempre me trajeron esperanza. Hace mucho tiempo descubrí que, en realidad, las estrellas son un retrato del pasado. La luz que vemos brillar en el cielo no es un reflejo instantáneo; lo que vemos es solo una parte del camino que ya recorrieron, porque, aunque viajan a la velocidad de la luz, la distancia entre ellas y nosotros es tan grande que no podemos seguirlas, nuestros ojos solo captan lo que ya sucedió.

El hecho de que, a pesar de toda esa distancia y velocidad, su brillo aún pueda iluminar el cielo sobre nuestras cabezas, siempre me permitió creer en el futuro, en días mejores. Extraño creer en eso.

Extraño hacer planes, hace tanto tiempo que dejé de hacerlo. Al final, hoy fue un buen día.

Recorrí la casa, descubrí todas las habitaciones, excepto la suya, aunque la curiosidad me estaba matando. También descubrí "mi" propia habitación. Las paredes claras, el papel tapiz, los muebles lujosos, el vestidor. ¡Dios! ¡Tengo un vestidor y nunca perdonaré a João Pedro por darme esa sensación, aunque haya sido solo por unas horas!

¿Cómo voy a vivir sin él de ahora en adelante?

Descubrí cada rincón de su cuarto. No solo había ropa, sino también accesorios, zapatos y algunas bisuterías. ¡Sí! Son bisuterías,

y me niego a pensar en ello. Me reí al recordar que me había dicho que eso era "poca cosa".

El hombre está loco, no tiene idea de lo que está diciendo. Estuve en su cuarto durante horas, explorando, mirando cada prenda de ropa colgada o doblada, horrorizada con las etiquetas, buscando las marcas en Google y quedándome impactada con los precios o con una que otra foto de alguna celebridad usando exactamente lo mismo que tenía frente a mis ojos, al alcance de mis manos.

No parecía real. No podía ser real. Me pellizqué, pero todo siguió igual.

Descubrí que ese era mi lugar favorito, el vestidor, que era más grande que mi antigua casa, y no por la ropa, sino porque de alguna manera me sentí conectada con el espacio, una sensación de pertenencia me abrazó en cada metro cuadrado que pisé en esa casa, sin embargo, me niego a sentirla siempre, así que decidí que puedo convivir con ella si creo que está limitada a un espacio más pequeño.

Sentí una enorme y descontrolada nostalgia por mi madre, algo que no había sentido en mucho tiempo, así que hice algo completamente atípico en los últimos meses: la llamé durante la semana.

Pero hoy no mentí cuando le dije que estaba bien, no mentí cuando le conté que había tenido una increíble noche de descanso en una cama nueva, ni cuando le hablé del desayuno sensacional que había tenido, aunque me levanté a las once de la mañana.

Colgué el teléfono sin culpa, sonriendo, con un grano menos en la enorme cantidad de arena que es la nostalgia que siento por mi madre. Esa ligereza me dio el valor para sacar de mis cajas uno de mis viejos libros.

Releí un cuento que me encanta, pero que hacía mucho que no leía, porque habla sobre ser dueño de tu propio destino, y, hace algún tiempo, tanto como no había tocado esa historia, dejé de creer que podría ser la dueña del mío.

La señora Laura, que por cierto es un amor, pasó todo el día preguntándome si necesitaba algo, y cuando probé su comida en la hora del almuerzo, quise llorar por razones obvias.

Vi televisión, dormí más, comí más, leí más, comí un poco más y, ahora aquí estoy, mirando un cielo vacío y dándome cuenta de que, durante años, mi vida ha sido como él, finalmente enfrentando la verdad de que no lo logré.

Dejé mi ciudad natal con mil y un planes, y todos siguen conmigo. Ninguno se ha realizado, ni uno solo para contar como historia. Y, hace mucho más tiempo de lo que me gustaría, dejé de tener tiempo para llevarlos a cabo, repensarlos o crearlos.

La verdad es que la vida adulta me devoró. Sola, en esta jungla de concreto que es la ciudad de São Paulo, tuve que correr y luchar por mi propia existencia. Casa, comida, ropa, dinero, tiempo, todo era urgente, todo era para ayer, pero mis sueños no. Ellos podían esperar.

Y esperaron.

Esperaron hasta que fueran olvidados. Quería tantas cosas. Quería tener mi propia casa, un trabajo en el que pudiera marcar la diferencia. Quería descubrir en qué soy buena. Quería estudiar.

Nunca quise cambiar el mundo, solo quería sentir que era parte de él. Pero, en lugar de abrazarme como siempre pensé que lo haría, el mundo me tumbó, y cada vez que intentaba levantarme, me volvía a tirar al suelo.

Hasta que entendí que ese era el lugar que el mundo creía que debía ocupar. Hace años, ese pensamiento habría sido el combustible que me hubiera empujado a luchar con aún más fuerza y determinación. Hoy solo me hace sentir tristeza. Porque cuando pasas tanto tiempo luchando las mismas batallas, con las mismas armas rotas, eventualmente te cansas y te rindes. Pero cuando esa batalla se llama felicidad, rendirse es incluso peor que ser derrotado constantemente. El día de hoy me hizo darme cuenta de eso.

Porque aquí, rodeada de comodidad y cuidado, me sentí feliz. ¡Dios! Qué nostalgia de esa sensación. Qué nostalgia de ser más que tristeza y soledad.

Todos estos pensamientos me llevaron a un final inevitable. Elegí quedarme. Y, al mismo tiempo que la idea me asusta, me hace sentir increíblemente poderosa, porque, por primera vez en mucho, mucho tiempo, estoy eligiendo qué camino tomar, y no solo dejándome arrastrar en cualquier dirección que la vida, la derrota o el agotamiento quieran.

No creo que vaya a ser fácil, no sé qué quiere João de mí, sé que quiere mi cuerpo. Pero, ¿es eso todo? Y si lo es, ¿no se convertirá eso en un problema? No soy tonta.

Sé que un hombre como él, con la vida que lleva, acostumbrado a tener todo lo que quiere en sus manos, como ya ha dejado claro, no será alguien fácil con quien relacionarme. Mucho menos viviendo bajo el mismo techo.

¿Cómo es ese dicho? "¿Quieres conocer a alguien? Ve a vivir con él".

No sé si estoy lista para conocer a João Pedro. Pero sé que quiero, no por él, sino por mí. Porque he pasado demasiado tiempo sin darme el derecho de desear algo, cualquier cosa. Y no voy a

negarme eso ahora. Aunque todas las partes de mí estén de acuerdo, unánimemente, en que ceder a este deseo es peligroso.

Oigo pasos acercándose, pero no me muevo. Sigo acostada, mirando al cielo, despidiéndome del reconocimiento que veo en él. Es la última vez, cielo. Es la última vez que me siento vacía. Porque no importa a dónde me lleve todo esto con João, de una cosa estoy segura, no voy a volver a la posición frágil en la que estaba cuando él me encontró.

—Sabes que hay reposeras y sillas aquí, ¿verdad? —me pregunta João con tono divertido, mientras veo su rostro cabeza abajo.

—Sí, lo sé, pero no podría mojarme los pies si estuviera sentada en una de ellas.

—¿Y por qué no te mojaste toda? Me hubiera encantado llegar a casa y ver esa vista.

—Tuve ganas, pero no tengo bikini.

—Es verdad, no te lo pedí. ¿Por qué no usaste uno de los tuyos?

—Porque no tengo.

João frunce el ceño y, por cómo lo miro, su expresión se ve graciosa.

—¿No tienes bikini?

—No, el que tenía se rompió hace tiempo, y luego no iba a la playa, así que no tenía sentido gastar dinero en uno nuevo. Y los bikinis no son prendas que se puedan comprar en tiendas de ropa usada. Tienen que ser nuevos.

—Entiendo.

Su voz se baja y su expresión se endurece.

No es la primera vez que noto que mi situación financiera afecta su humor, y, para ser sincera, esa es una de las razones por las que quiero quedarme. Aunque él diga que solo quiere sexo de mí, João se preocupa, y yo ansío cualquier mínima atención que pueda recibir.

Es triste conformarme con poco, pero para quien pasó tanto tiempo sin nada, lo poco parece un tesoro. Y esto no solo aplica para la comida y el dinero, también para el afecto. Eso no significa que esté dispuesta a pasar el resto de mi vida sobreviviendo a base de migajas, es solo que tengo que empezar por algún lado, ¿cierto?

João se mueve, y el sonido de sus zapatos arrastrándose por el suelo, tan cerca de mis oídos, me despierta de mis pensamientos.

—Pareces cansado. O es solo porque te estoy viendo de cabeza para abajo.

—No, tienes razón. Estoy cansado. También de cabeza para arriba.

El comentario me hace sonreír.

—¿Siempre llegas tan tarde?

—En realidad, hoy llegué temprano.

Levanto las cejas, porque son más de las nueve de la noche, definitivamente no es temprano para alguien que salió a trabajar tan temprano como él y que ya es rico.

—¿Sabes, Eliza? Estoy loco por besarte. Entonces, ¿te levantarías para que hablemos un rato? Te convenzo de que trabajes para mí y entonces, finalmente, empieces tu jornada como mi asistente personal.

Las palabras me hacen sonrojar, pero también me hacen reír fuerte, porque es tan seguro de sí mismo. ¡Dios mío! Es demasiado.

Me levanto del suelo, me siento y, con cuidado de no mojar todo, saco las piernas del agua para, finalmente, ponerme de pie. Lo miro desde el ángulo correcto.

Y la verdad es que, sin importar el ángulo o su nivel de cansancio, sigue siendo el hombre más guapo que he visto en mi vida. Me acerco a él y lo rodeo con mis brazos, colocando mis manos alrededor de su cuello. Él hace una expresión curiosa, desconfiada, y yo sonrío más.

—Ya me convenciste —digo en voz baja, y él aparta su rostro de mí, como si quisiera asegurarse de que está viendo bien.

Su desconfianza no desaparece. Niega con la cabeza, pero lentamente envuelve mi cintura con sus brazos. Cuando habla, aún tiene las cejas levantadas en duda.

—¿A quién debo agradecer?

—Al cielo.

Inclino la cabeza, mirando la vasta oscuridad del cielo sobre nosotros.

—¿A Dios? ¿A los santos?

Enfoco mi mirada en la suya.

—Al vacío. Agradece al vacío, João, porque, mirándolo, me di cuenta de que estoy cansada de sentir que él y yo somos lo mismo.

Su expresión se torna seria, y una de sus manos sube hasta mi rostro, acariciándolo.

—No estás vacía.

—No siempre lo fui, y no lo seré más, pero lo estuve, y me cansé.

—No voy a completarte, Eliza. Necesito que sepas que eso no es lo que tengo para ofrecerte.

El comentario hace que mi mente proyecte imágenes que me calientan la piel, y no puedo evitar soltar una carcajada. La confusión se refleja en el rostro de João Pedro, probablemente pensando que estoy loca, porque lo que dijo no tiene nada de gracioso.

—¿En serio? Pensé que la dinámica era como un rompecabezas. Nunca lo hice, pero he visto algunos videos —comento, divertida, y João tarda unos segundos en entender de qué hablo, cuando lo hace, se echa a reír a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás y sacudiendo los hombros.

—¿Viste películas porno? —pregunta, con los labios y los ojos sonrientes.

—Estaba curiosa, ¿qué te parece? —sacudo la cabeza, negando—. No espero que me completes, João. Esa es una responsabilidad solo mía, pero hacía mucho tiempo que la había abandonado. Dijiste que me quieres, y, bueno, yo también te quiero. Y decidí que, si lo quiero, lo voy a tener.

—Eres impresionante. —João me observa con ojos analíticos. Sus dedos trazan círculos en mi mejilla y líneas en mi mentón—. Cada pedacito de ti es una pieza completamente diferente de la otra.

Su mirada, fija en mis ojos, cambia. Empieza a atraerme, a consumirme. Siento un escalofrío recorrer todo mi cuerpo y hago lo que va a concretar mi decisión. Lo beso.

Su sabor es delicioso, su tacto es cálido y su piel prende la mía. El olor de João se infiltra en mi nariz, recorriendo todo mi cuerpo, y la combinación de todo me transforma en una masa que él modela hábilmente.

Su boca se separa de la mía y muerde mi mentón, sus manos presionan mi columna, y yo subo las mías, aferrándome a su cabello y empujando mi cuerpo hacia adelante, frotando mis pechos contra su pecho, buscando más y más contacto, deseando más, mucho más.

Él lame mi piel, y yo gimo, sintiendo mi cuerpo rendirse completamente. Cuando sus labios vuelven a los míos, besando, lamiendo y chupando, respiro entrecortada.

—Vamos, Eliza. Tienes un contrato que firmar —susurra en mi boca, y la promesa contenida en esas palabras es como una flecha de fuego atravesando el centro de mis piernas.

27.

JOÃO PEDRO GOVÊA

—¡Ay, Dios mío! ¡Esto es lo que te envié por correo electrónico! —exclama Eliza, con los ojos bien abiertos, al leer el contrato sobre la mesa frente a ella, y yo sonrío—. ¡Era una broma, João! ¡Una broma! No querrás firmarlo de verdad, ¿no? —Me mira, de pie a su lado, y yo levanto las cejas.

—Claro que quiero. Y no es exactamente igual al que me enviaste. El abogado hizo algunas modificaciones, ¿leíste todo?

—¡No! Paré en la parte en que dice que el objetivo de esto es acordar que la contratada cumpla su rol, asegurando así la satisfacción del contratante, porque fui yo quien escribió esas tonterías.

—Entonces léelo todo, Eliza. Sin prisa, y pregunta lo que necesites. No firmes nada sin aclarar todas tus dudas. La base es tu contrato, sí, pero en realidad este es un contrato legalmente válido de prestación de servicios entre personas físicas. Después de firmarlo, serás oficialmente mi asistente personal. Toda la información sobre tu horario de trabajo, residencia, salario, todo está descrito a lo largo de estas páginas, y el anexo uno es un acuerdo de confidencialidad.

—¿Confidencialidad?

Sus ojos se abren más, lo que me hace fruncir el ceño.

—Sí, Eliza, confidencialidad, soy una figura pública. No creo que quieras ir por ahí divulgando lo que estamos haciendo, pero es algo que exige mi departamento legal —miento, porque no quiero decirle que mi preocupación no es que ella venda la historia, sino lo que las

personas cercanas a ella podrían hacer con esa información si la reciben.

Inclino la cabeza, analizando la evidente incomodidad en sus ojos.

—Habla, Eliza.

—Es que... es que —balbucea, antes de llevarse las manos al rostro, cubriéndolo de mí. Empujo la silla a su lado y me siento. Luego tomo sus manos, impidiéndole que siga escondiéndose.

—¿Qué pasa?

—¡Es que puede ser tarde para esto! —dice rápidamente, haciendo que las palabras salgan atropelladas de su boca y mi ceño se frunce en preocupación.

—¿Cómo que tarde?

—Le conté a Joana.

Eliza cierra los ojos con una expresión de culpa que casi me hace sonreír. Es exactamente por este tipo de actitudes que estoy seguro de que, pase lo que pase, ella nunca le contará esta historia a nadie con la intención de perjudicarme. Aunque la tal Joana...

—Entiendo. ¿Qué exactamente le contaste?

—¡Todo!

—¿Todo?

La revelación me sorprende, no pensaba que Eliza fuera del tipo que comparte detalles sordidos. Ella nota mi sorpresa.

—¡Necesitaba contárselo a alguien o iba a explotar, João! ¡Me estaba volviendo loca! Quería llamarte desde el minuto en que saliste de mi casa, pero al mismo tiempo no quería —empieza a

hablar rápido y, conforme va terminando, su tono de voz cambia, volviéndose más bajo y pausado.

—¿Desde que me fui? —Me divierto con su confesión, y sus hombros se caen cuando ella hace una expresión de cansancio.

—¿En serio? ¿En serio que de todo lo que dije, solo te fijaste en eso?

Sonrío y acerco mi rostro al suyo. Paso mi nariz por su piel y ella cierra los ojos.

—Presté atención a cada palabra, Eliza. Y está bien. Lo que pasó, pasó. Este término solo aplica para lo que suceda de aquí en adelante. —Sus ojos se abren y ella inclina la cabeza hacia atrás, apartando su rostro de mí.

—¿Entonces tengo que mentirle a mi amiga?

—No. Vas a tener que elegir con cuidado qué decir. Puedes contarle que eres mi asistente personal, que vives aquí, porque necesito que estés en un horario poco convencional, y lo que quieras, siempre que no menciones la duplicidad de nuestro contrato.

—¿Siempre que no diga que estamos teniendo sexo? —corrige mis palabras, haciéndome soltar una risa.

—Eso.

—Eso no me parece muy justo —argumenta y yo la observo, atento.

—Explícame.

—No voy a tener a nadie con quien hablar. Yo... puedo tener dudas, puedo simplemente querer desahogarme, no es justo que no

pueda hablar con nadie. —Muevo los labios en un gesto involuntario, pensando en sus palabras.

—Está bien. Si ella firma uno de estos, puedes contarle. —Cedo, pero Eliza no parece satisfecha.

—¡No puedes esperar que le pida a mi amiga que firme un acuerdo de confidencialidad, João Pedro! ¡Eso tampoco sería justo!

—Eso es lo que puedo hacer, Eliza. No voy a compartir detalles de mi vida con alguien que no conozco. Si quieres hablar con ella sobre esto, convéncela de firmar. No va a cambiar su vida en lo absoluto, a menos que se ponga a hablar sobre lo que no debe. Si eso pasa, me debe mucho dinero.

—¿Mucho? ¿Cuánto? —pregunta, y yo desvío la mirada hacia los papeles, indicando que debe leer con atención. Eliza pone los ojos en blanco y resopla, pero vuelve a concentrarse en la lectura, buscando la información que quiere.

—¡La puta madre! ¿Cinco millones de reales? ¡¿Qué?! —grita, al encontrar el valor que buscaba.

—Un chisme así me costaría mucho más que eso, Eliza. ¡Ni te imaginas!

Ella me mira con cara de sorpresa y se queda en silencio, hasta que ya no puede más.

—¡Cinco millones es mucho, mucho, mucho dinero! No tengo idea de cuánto es en realidad.

—Y si ella no rompe el acuerdo, nunca va a necesitar saberlo. Pero la decisión es tuya. Solo avísame qué decides.

Eliza mueve la cabeza, confirmando, antes de volver a mirar el papel, morderse el labio, inclinar la cabeza hacia un lado y finalmente firmarlo. Coloca la hoja debajo de las otras y sigue

leyendo el contrato. Nos quedamos en silencio durante varios minutos, hasta que su grito rompe el silencio.

—¿Veinticinco mil reales?!

Sonrío, porque ya lo esperaba.

—¿Qué te puedo decir? ¡Mis empleados están bien pagados! —digo, medio en broma, porque realmente lo están. Pero ninguna secretaria en todo el grupo Govêa gana ni la mitad de eso. Sin embargo, si consideramos que ellas trabajan ocho horas al día, y Eliza estará a mi disposición veinticuatro horas, el valor me parece justo.

—¡João, esto es un absurdo!

—¡Guau! Estoy impresionado con lo poco que te valoras a ti misma.

Eliza abre la boca para responder, pero la cierra, piensa unos segundos y finalmente habla.

—Yo me valoro. —Levanto una ceja, mirándola. Eliza pone los ojos en blanco, pero lo admite—. Está bien, no tanto como debería, pero aún si lo hiciera, no tengo la formación para un salario tan alto, João.

—Ya te lo dije, estoy pagando por tu tiempo, Eliza. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Estoy, literalmente, comprando tu vida por el tiempo que dure nuestro contrato. No tendrás días libres y, créeme, voy a exigírtelo.

—¿Y qué vas a hacer conmigo durante esas veinticuatro horas? Porque, João, eso es mucho tiempo. Es imposible que realmente uses todo ese tiempo. Puedes decir que lo harás, pero no lo vas a hacer. ¡Tú trabajas!

—Eliza, creo que no estás entendiendo. El tema aquí no es cuánto voy a requerir de tu tiempo, sino que voy a ser dueño de todo ese tiempo. Mientras dure este contrato, no podrás cruzar la calle sin mi conocimiento o permiso. Seré dueño de cada uno de tus pasos, de tus minutos, de tus deseos. Estar a mi disposición significa renunciar por completo al control de tu propia vida. ¿Lo entiendes?

Eliza parpadea varias veces. Finalmente se da cuenta de lo que quiero decir. Luego me mira fijamente, atónita, por un buen rato. Al final, mueve la cabeza, confirmando. Su labio inferior es atrapado por sus dientes, lo muerde y eso me provoca unas ganas enormes de lamerlo. Con el pulgar, empujo su labio hacia afuera, liberándolo, y acaricio suavemente.

—Esto es intenso, João. O sea, yo... no imaginé que sería así.

—¿Quieres rendirte? —pregunto, sabiendo cuál va a ser su respuesta.

—¡No! —responde rápidamente—. Solo es mucho para procesar.

—No estaba bromeando, Eliza. Durante el tiempo que dure este contrato, vas a ser mía, toda y solo mía.

Ella inclina la cabeza, como si estuviera considerando si hacer o no una pregunta.

—Dímelo, Eliza.

—¿Y tú? ¿Vas a ser solo mío?

El rubor cubre rápidamente su cuello, su pecho y su rostro, y eso me hace sonreír. Es el tipo de pregunta obvia que ella haría, pero aún así me sorprende que realmente la haya hecho. Me quedo observándola por un rato, pensando.

¿Lo seré? No creo, pero tampoco puedo prometer lo contrario. Elijo la salida más fácil, rodeando las palabras hasta que me sirvan.

—Mientras nuestro contrato esté en vigor, no veo por qué no sea así.

Ella mueve la cabeza, conforme, y vuelve a leer el contrato hasta que surge la siguiente duda.

—¿Tres meses?

—Sí, un contrato estándar de prueba. Si todo va bien, hablamos de renovarlo.

—Si todo va bien —murmura para sí misma, pero yo la escucho. Decido quedarme en silencio, dejándola con sus pensamientos—. Aquí dice que la ropa, los viajes, todos los gastos necesarios para que yo cumpla mi función y la decoración de mi cuarto serán cubiertos por ti.

—¡Así es! Dentro del sobre encontrarás una tarjeta de débito, de una cuenta que se abrió a tu nombre para el depósito de tu salario, y una tarjeta de crédito. Usa la tarjeta de crédito para cualquier gasto que tengas, ya sea un café, un vestido o un boleto de avión, aunque nuestra agenda estará coordinada por Norma. No tendrás que preocuparte por nada grande. Lo que quieras, cuando quieras, nada está fuera de los límites, Eliza. Solo usa la tarjeta. No gastes tu salario en nada que vayas a usar o consumir mientras estés a mi servicio.

—¿Todo lo que yo quiera? ¿Cuál es el límite de esta cosa? —pregunta con una risa incrédula y yo me suelto a reír.

—No tiene límite, Eliza.

Sus ojos se agrandan, sorprendida.

—¿Cómo que no tiene límite?

—Así es. Puedes comprar lo que quieras con ella. Incluso una casa —comento, divertido.

—¿Por qué harías algo así? ¿Por qué me darías una tarjeta como esa? —suena alarmada, y yo levanto una ceja, pensando "¿En serio?".

—¿Vas a comprar una casa con esa tarjeta, Eliza?

—¡Claro que no! —responde rápido, casi gritando.

—Exactamente. Me atrevo a decir que esa factura será tan insignificante que ni siquiera mi contador la mencionará en mi declaración de impuestos, pero no está de más aclararlo. Aunque estoy casi seguro de que no lo harás, usa la tarjeta, Eliza. Tus gastos, tanto necesarios como superfluos, son parte de nuestro contrato.

Ella niega con la cabeza, como si las palabras no tuvieran sentido para ella.

—Está bien —responde finalmente—. Pero lo del cuarto… está perfecto. ¿Por qué querría cambiar algo?

Eliza mira a su alrededor, como si estuviera confirmando con la mirada lo que acaba de decir.

—No sé. Te gusta leer, ¿no? ¿No sería bueno tener un lugar específico para eso? ¿Una estantería, un diván tal vez?

Sus ojos brillan ante la sugerencia, pero rápidamente niega con la cabeza.

—No es necesario. Esta casa es tan grande y tiene la piscina, las reposeras…

Resoplo, impaciente.

—¿Te gustaría tener una estantería y un lugar adecuado para leer en tu cuarto, Eliza?

—No es necesario.

—¡Eso no fue lo que pregunté!

Es su turno de resoplar. Luego murmura algo que suena a "mandón" lo que me hace sonreír.

—Me gustaría, pero es innecesario.

—Ya lo dije antes, pero tal vez no lo dejé claro. Nada que necesites o desees es innecesario, Eliza. Absolutamente nada. Si lo quieres, lo tendrás.

—Pero es que ni siquiera quiero nada, ¡fuiste tú quien tuvo la idea!

—Por eso necesitas a la arquitecta. Conociéndote, ella te dará varias opciones para mejorar tu espacio.

—Pero…

—Dime, Eliza.

—¿Por qué necesito un cuarto? Digo, no es como si no fuéramos a dormir juntos.

—No vamos a dormir juntos —aclaro, y sus cejas se fruncen.

—¿No?

—No.

—Pero dijiste que…

—Que quiero acostarme contigo. Sí, lo quiero. Pero dormir no es parte de eso.

Ella asiente, comprendiendo lo que quiero decir. Y, de repente, su rostro se ilumina con una pequeña sonrisa, como si hubiera

recordado algo gracioso.

—Y, si hacemos eso, ¿voy a querer tener mi propio cuarto?

Ahora soy yo quien frunce el ceño, sin entender bien lo que quiso decir con eso. Eliza sonríe abiertamente.

—No tienes idea de lo que quiero decir, ¿verdad?

Niego con la cabeza, confirmando.

—Es un fragmento de *Cincuenta sombras de Grey*, cuando Grey le dice a Anastasia que si acepta tener una relación BDSM, querrá tener su propio cuarto.

¿Cincuenta sombras de Grey? ¿Es este el tipo de libro que Eliza lee? Ahora soy yo quien sonríe.

—¿Quieres que te amarre y te golpee, Eliza? —pregunto levantando una ceja, acercando mi cuerpo al suyo y encajando mis piernas entre las tuyas. Pongo una mano en su cintura y la otra en su cuello, forzándola a mirarme. Deslizo mis dedos por su costado, apretándola. Eliza muerde el labio, y yo meto mis dedos entre las raíces de su cabello antes de acercar mi boca a pocos milímetros de la suya—. Porque si quieres, puedo hacerlo.

Ella se sonroja de inmediato, y sin poder controlarse, lame sus labios. Un gemido bajo escapa de su boca, y me vuelvo impaciente para que termine de leer el maldito contrato.

—¿Alguna duda más? —le pregunto, todavía con la boca cerca de la suya, y Eliza tartamudea sus siguientes palabras.

—Yo... aún... no-no... acabé de leerlo...

—Entonces termina, Eliza. Solo termina —le pido, derrotado, pasando mi lengua por sus labios una vez más antes de soltarla y

alejarme un poco—. ¡Termina de leer esta porquería, Eliza! —susurro.

Ella mueve la cabeza, como si intentara aclarar sus pensamientos antes de volver a mirar los papeles que tiene enfrente. Eliza pasa algunos minutos pasando los ojos de un lado al otro de la página hasta que sus cejas se fruncen y fija su mirada en un fragmento durante un tiempo innecesario.

—Pregunta, Eliza.

—Aquí dice que yo no puedo rescindir el contrato, solo tú.

Su mirada se encuentra con la mía.

—Exacto.

—Pero eso no tiene sentido, ¿y si ya no quiero más?

La preocupación es evidente en sus ojos mientras me mira con el ceño fruncido y el cuerpo recto.

—Hablas conmigo, y trataremos de encontrar una forma de resolverlo. Si no hay manera, terminaré nuestro acuerdo. Jamás te obligaría a hacer algo que no quieras.

—No es lo que esa cláusula hace parecer —responde de inmediato, con una expresión de desagrado.

—Eliza, este es un contrato de prestación de servicios con un tiempo limitado, ya lo dije y lo repito, nuestra vida sexual no tiene nada que ver con él. Que no puedas romperlo no significa que solo podrás dejar de acostarte conmigo cuando yo quiera. Es solo que yo soy mucho más experimentado que tú, y puede ser que pase algo que haga que quieras romper el contrato, solo quiero asegurarme de que no sea algo que se pueda resolver con una conversación. Es simple.

—Entonces, ¿por qué aquí dice que me tendrías que cobrar una multa de trescientos mil reales si rompo el contrato de alguna manera? Ya sea trabajando para otra persona, que los dos sabemos lo que significa, o simplemente negándome a cumplirlo hasta el final.

—¿Por qué las mujeres se ponen tan emotivas en su período?

Ella abre la boca y los ojos, sorprendida por mi respuesta, lo que me hace sonreír.

—¡No puedes haber dicho eso en serio!

—Es una broma, Eliza. Es una broma. Esa cláusula está ahí para asegurarse de que, no importa lo que pase, vamos a hablar antes de que esto termine, te prometo que no hay ninguna intención oculta, y en cuanto a no trabajar para nadie más, me alegra que hayas entendido lo que eso significa, porque ¡es exactamente eso! ¡Yo no te comparto, Eliza!

Sus ojos se revuelven.

—¿Quién está siendo repetitivo ahora?

Entrecierro los ojos. ¡Qué atrevida, la maldita!

—¿Ya terminaste, Eliza?

—No sé si me gusta esto. Lo de que seas el único que pueda terminar con esto, quiero decir.

Ella chasquea la lengua y tuerce los labios, mientras alterna su mirada entre mí y los papeles.

—Esa cláusula no es negociable.

—¿Alguna lo es?

—No.

—Eso pensaba —afirma irónicamente, haciéndome desesperar por darle algo más a esa boca deliciosa para que haga, además de provocarme.

—¿Tienes alguna duda más? —pregunto, impaciente, y ella mueve la cabeza, respondiendo silenciosamente que no.

—Entonces firma esta porquería, porque quiero que empieces tu turno.

Ella tiembla ligeramente en la silla y vuelve su cuerpo hacia los papeles, toma el bolígrafo sobre la mesa y firma en la línea punteada.

Yo hago lo mismo y me pongo de pie, tirando de ella para pegar su cuerpo al mío. Su respiración se acelera cuando mi barba roza su rostro, y huelo su fragancia con fuerza.

Recorro mis manos por su cuerpo. Toco sus muslos desnudos, vestida solo con un short de jean corto, e infiltro mis dedos bajo su camiseta. Dejo besos suaves en su cuello, mentón, mandíbula, y lamo el camino hasta su oreja, mordisqueándola antes de susurrar.

—Es oficial, Eliza. Ahora eres toda mía para hacer lo que quiera.

28.

ELIZA PORTO

João me besa.

Su lengua entra en mi boca con una intensidad palpable, sin suavidad ni cuidado, como si fuera una verdadera invasión, y todo mi cuerpo se convierte en su terreno de exploración.

Sus manos recorren mi piel, deslizándose con firmeza, su altura me domina, inclinándose sobre mí, haciéndome sentir como si fuera una muñeca que él manipula con destreza, y yo lo siento.

Siento más de lo que puedo entregar. Siento el calor penetrar cada rincón de mi ser, siento las gotas de sudor formarse pero no deslizarse, siento su gusto, su presencia y su deseo fusionándose en mí. Siento, más que cualquier otra cosa, que necesito más, mucho más.

Dedos largos y firmes se deslizan bajo mi camiseta, tocando la piel desnuda de mi cintura, subiendo, hasta que nuestras bocas se separan momentáneamente y el pedazo de tela vuela lejos de mí. Busco su boca con ansiedad, pero João aparta su rostro y me observa.

Con aprecio, dedicación y una mirada que parece derretir todo a su paso, sus ojos recorren mi piel desnuda, provocándome y haciéndome desear que la sensación aumente.

Sin apartar los ojos de mi cuerpo, sus dedos exploran mi espalda, alcanzando el cierre de mi sujetador.

—Estás increíble —susurra—. Sabía que te verías espectacular con encaje negro, pero lo dejaré para disfrutarlo otro día.

Su mirada está fija en mi cuerpo mientras sus dedos suben por mis hombros, apartando las tiras del sujetador con suavidad, dejándome completamente desnuda de la cintura hacia arriba. Respiro con fuerza, sintiendo que su próximo gesto me hará perder el control.

Él se acerca a mi cuello, toma una profunda inhalación y siente mi aroma. Siento su lengua acariciar el punto exacto entre mi hombro y cuello, y con un toque delicado de sus dedos, la arrastra hacia abajo, descendiendo por mi pecho con lentitud, trazando círculos y dejando su calor en la piel, como si una llama recorriera mi cuerpo.

No puedo evitar gemir, ya que el toque persiste, cruzando entre mis pechos, pero sin detenerse en ellos hasta llegar a mi abdomen, donde deposita un beso y vuelve a deslizar su lengua, esta vez subiendo.

Siento que la vagina me palpita, me duele, e inclino completamente la cabeza hacia atrás, abrumada por las sensaciones de sus manos y su boca en mi cuerpo.

Su lengua toma una ruta diferente, desviándose hacia la derecha, alcanzando la curva de mi pecho y me estremezco mientras continúa su ascenso. Cambio de peso y sus manos me aprietan la cintura, haciendo que me retuerza en ellas.

La boca obstinada de João empieza a alternar lamidas y pequeñas chupadas en mi pecho, que ya está sensible de anticipación. Siento que podría explotar en cualquier momento, solo con su contacto suave, exigente y húmedo.

Y llega hasta mi pezón, duro, rígido, tan excitado que duele. Rompe el roce con mi piel unos milímetros, lo suficiente para que me sienta abandonada, pero al mismo tiempo para poder retorcerme con su aliento caliente soplando sobre mi pezón rosado.

—¡Eres tan sensible, una delicia, Eliza! ¡Carajo! ¡Si sigues gimiendo así, me voy a acabar sin haber eyaculado en ti!

Y ataca mi pezón hinchado, deseoso de su boca. Grito. Fuerte, agudo, desesperado. Devastada por la indescriptible sensación de tener su boca sobre mi piel, lamiendo, chupando, succionando, de una forma tan deliciosa que me saca de mi órbita, me hace olvidar cualquier otra cosa que no sea su insistente y perverso tacto y las sensaciones que provoca.

Es como si un ejército de hormigas hubiera empezado a desfilar por mi cuerpo. Es enloquecedor, completamente enloquecedor. Nunca he sentido nada igual.

Mi cuerpo parece empezar a flotar. Subiendo, subiendo, subiendo. Cada vez más alto, persiguiendo el alivio, la necesidad de más y al mismo tiempo de menos. Creciendo, creciendo, calentándose, hirviendo y explotando. Me rompo en tantos pedazos que estoy segura de que nunca los recuperaré todos. Mi visión se nubla y, durante unos segundos, estoy segura de que estoy muerta, deshecha, desaparecida.

Cuando consigo abrir los ojos de nuevo, me doy cuenta de que João me está sujetando literalmente o me habría caído. Su mirada me devora entera cuando mis ojos se encuentran con los suyos, y por fin recuerdo que tengo brazos útiles. Se los enrosco alrededor del cuello, me pongo de puntillas y lo beso.

Sudorosa, blanda y completamente devastada por el abrumador orgasmo que había tenido sin que ni siquiera me hubiera tocado el clítoris. Le meto la lengua en la boca y él me agarra el culo y la pierna con fuerza, levantándome del suelo.

Le rodeo la cintura con las piernas y siento cómo empieza a andar, y luego me acuesto en la cama. El peso de su cuerpo sobre el

mío es tan delicioso como el beso, y él se mueve, haciéndome sentir su erección rozando mi vientre.

Saco su camisa de los pantalones, desesperada, deseosa de sentir el tacto de su piel sobre la mía, aunque estoy segura de que cuando eso ocurra quemaremos toda la casa. João sale de mi boca y se coloca en el borde de la cama.

Me apoyo en los codos para observarlo mientras se desabrocha la camisa, desabotonando apresuradamente. Con el pecho desnudo, gira los ojos hacia mí: jadeante, meloso, con la piel enrojecida y la huella de su boca aún alrededor de la piel rosada de mi pezón.

Su mano desciende por su cuerpo y se agarra la verga, acariciándola ligeramente por encima del pantalón. Me muerdo el labio y siento un cosquilleo en las manos al tocarlo. Parece tan grande. No sé si me entrará toda, pero Dios, ¡la deseo! La deseo con todas mis fuerzas.

Mi cuerpo responde inmediatamente a mis pensamientos. El latido entre mis piernas se ha convertido en un fiel compañero que no me abandona. Sigue palpitando, palpitando y palpitando.

Y, como atraídos por mis pensamientos, los ojos de João se desvían exactamente hacia allí. Se queda mirando mis piernas abiertas y mis shorts de jean mientras empieza a desabrocharse el cinturón y el botón.

Cuando se los baja, mis ojos se abren de par en par y mis labios se entreabren al ver sus calzoncillos negros llenos, muy llenos por delante, tanto que la cabeza de su miembro empieza a asomar por el elástico.

Rojo, hinchado, brillante. Es sólo un trocito, pero me dan ganas de saber a qué sabe y me relamo los labios. Vuelvo a prestar atención a la cara de João para encontrarlo serio, concentrado, hasta

que por fin empieza a moverse de nuevo y viene hacia mí como un gran felino mortal.

Permanezco inmóvil mientras sus dedos alcanzan la cremallera de mis shorts, abriéndolos. João me separa las piernas, arrastrándome sobre la cama, dejando mis caderas en el borde, y me estremezco anticipando el momento en que me deje desnuda.

Pero eso no es lo que hace, no de inmediato. João hunde su cara entre mis piernas, inhala profundamente mi aroma y hace que me queme el doble, de excitación y de vergüenza. Si no estuviera ya roja por sus caricias, sin duda lo estaría por la vergüenza.

Lo repite tres veces antes de doblar mis piernas sobre el colchón, enganchar los dedos en los laterales de mis jeans y levantarme las caderas para que pueda quitarme los shorts, que se unen al resto de mi ropa en el suelo del dormitorio.

Sus ojos devoran mi vulva con un hambre enloquecedora y, una vez más, João acerca su cara todo lo posible e inhala profundamente.

—Deliciosa. Toda mojada, Eliza. Tu tanga está tan estupendamente mojada —dice con la boca sobre mí y siento su aliento caliente y la vibración de su voz abrir aún más la calentura entre mis piernas, mojándome aún más, poniéndome más ardiente y dolorida.

—¿Te duele, Eliza? ¿Quieres que te toque tan desesperadamente que te duela? —me pregunta, aparentemente conociendo mi cuerpo mejor que yo, y cuando intento responder, lo único que sale de mis labios es un gemido prolongado, anhelando el contacto que él promete pero no me da. ¿Cómo es posible? Acabo de tener otro orgasmo.

Decidido a volverme loca, João estira una de mis piernas y empieza a besarla. Sus dedos recorren lentamente la planta de mis pies y sus labios me besan desde el talón hasta la rodilla, para luego hacer lo mismo con la otra pierna.

Gimo y me retuerzo sobre las sábanas, la fricción hace que la pequeña tanga se deslice entre el canal de mi culo y se hundan cada vez más entre los labios de mi vagina.

—Voy a vestirte con una tanga de perlas, Eliza, y vas a frotarte sobre la cama mientras yo lamo cada parte de tu cuerpo.

La voz ronca, aterciopelada y susurrante me transporta a otro mundo. Uno en el que sólo me siento caliente, descontrolada, desesperada e infinita.

Su boca llega a mi ingle, y yo sólo quiero girar mi cuerpo para que llegue al lugar donde realmente lo deseo. João me lame la ingle de arriba abajo, dejándome oír su respiración profunda y lo mucho que le gusta mi olor. Saber esto es tan poderoso, tan visceral, primitivo.

Sus dedos encajan en los laterales de mi tanga, pero antes de quitármelas, tira de ellas hacia arriba, haciendo que se claven aún más en mi culo y mi vulva, y yo grito, desesperada, él besa los laterales de mi vulva, separadas por la tela, y luego las lame lentamente. Dios, ¡es delicioso! Gimo, socarrona, ansiosa, desesperada, necesitando más, moviendo las caderas para tener más contacto, aunque solo sea con la cama.

El movimiento hace que la tanga roce cada vez más mis nervios sensibles, y el placer que me inunda mientras la lengua de João no me da tregua es imposible de describir, aunque sólo me esté lamiendo superficialmente. Pero entonces se detiene y es como si mi cuerpo quedara suspendido en el aire, camino del cielo.

Con los ojos cerrados, siento que me baja la tanga por las piernas, los dedos de João me abren la vulva, la separa, la expone toda a sus ojos, y me sumerjo en un infierno ardiente cuando su lengua vuelve a lamerme, esta vez por todas partes, de abajo arriba, haciéndome gritar, girar, empujar las caderas hacia arriba, todo al mismo tiempo.

Sus dedos siguen abriéndome y siento su lengua recorrer cada milímetro de mi vulva, es delicioso, delirantemente delicioso.

Hundo la cabeza en el colchón y levanto las caderas, buscando un contacto cada vez mayor. Una de las manos de João se desliza hacia abajo y su dedo rodea mi vulva. Cuando introduce la punta, suelto mi cuerpo sobre el colchón, completamente perdida, rendida y dominada por el placer de su boca y sus dedos sobre mí. No hay nada, absolutamente nada que pueda hacer, sólo sentir vibrar cada centímetro de mí, excitarme y rogarle que no pare, que me dé más, y más, y más.

He llegado tan alto que estoy segura de cuál es el siguiente paso, y cuando la lengua de João azota mi clítoris, caigo estrepitosamente.

Mi conciencia entra en caída libre y mi cuerpo se convulsiona con un orgasmo más alucinante que el primero. El grito que escapa de mis labios es ronco, liberador y liberador, todo al mismo tiempo. Y antes de que mi conciencia vuelva a mi cuerpo, João está encima de mí, su boca está sobre la mía y puedo saborearme en su lengua.

Paso segundos sintiendo su lengua en mi boca y siendo incapaz de responder, solo la siento ahí, moviéndose, explorando, invadiéndome. Cuando abro los ojos, me besa los labios y desliza una de sus manos por mi muslo, en un roce que acaricia pero no calma la piel.

—Bonito —murmura, y yo sigo sin poder hablar.

Solo lo oigo y lo siento, está desnudo. Su verga libre descansa sobre mi vientre, siento el plástico aceitoso que la envuelve, deslizándose sobre mi piel, y mi respiración jadeante se encuentra con la suya entre nuestros rostros. João me lame los labios antes de arrodillarse a mi lado y tenderme la mano.

Todavía un poco perezosa, lo sigo, imitando su postura, antes de arrastrarme por la cama hasta el cabecero, donde me acuesta de nuevo, boca arriba. Sus labios vuelven a atacarme y gimo, sensible.

Vuelve a acostarse sobre mí, sus brazos bajo los míos y sus manos apoyadas en mi espalda, cerca de mis hombros. Esta vez, no siento su verga en mi vientre, sino en mi vulva, frotándose contra mis pliegues, embadurnados de mi excitación y mi flujo.

—Te va a doler —me susurra en los labios y yo asiento con la cabeza, la bruma del orgasmo empieza por fin a disiparse, liberando mis pensamientos y mi visión—. No voy a ir despacio, Eliza. Hacerlo de una vez será más fácil. —Asiento de nuevo.

João se mueve, encajándose en mi entrada. Mi cuerpo se tensa, ansioso, mi mente preocupada por la expectativa de dolor.

—Relájate, Eliza. Va a salir bien, estás mojada —me susurra al oído, lamiéndome la oreja. Las palabras llegan directamente a mi sudoroso clítoris, que se retuerce deseoso de más.

João levanta mi cuerpo, rozando mis pechos contra su cálido pecho, exhalo bruscamente y me relamo.

Cierro los ojos unos segundos y me relajo, sintiendo enseguida la cabeza de su verga entrar, la sensación es deliciosa, diferente, apretada. Muevo las caderas involuntariamente, intentando adaptarme a la sensación de estar tan llena.

—¡Mierda! —murmura por lo bajo y cierra los ojos. Su pesada exhalación me golpea la cara mientras sigue avanzando, despacio, a

diferencia de como dijo que lo haría, y lo siento. Como si fuera un límite, el final.

—¿Ha entrado todo? —pregunto, ansiosa, y la expresión concentrada de João se torna divertida.

—No, Eliza, ni siquiera cerca, pero ahora es la parte que duele.

En cuanto termina de decir la última palabra, empuja con fuerza dentro de mí y grito, viendo estrellas, no de buena manera, de mala manera, muy mala, absurdamente dolorosa.

Siento como si me partieran brutalmente en dos, y las lágrimas se acumulan y se derraman en mis ojos a una velocidad que nunca creería si no lo estuviera experimentando.

Incluso después de que el grito muere en mi garganta, mi boca permanece abierta, controlada por la horrible y devastadora sensación. Siento la boca de João acercarse a la mía, pero no puedo abrir los ojos. Su lengua se desliza por mis labios y gimo, porque incluso con él allí, me sigue doliendo muchísimo.

—Ya pasará —me susurra al oído.

—¿Cuándo? —susurro entre lágrimas.

—Ahora, ahora —dice y empieza a moverse lentamente.

La sensación es incómoda, dolorosa, pero él me besa, su lengua me distrae del dolor mientras lame y chupa la mía. João emite sonidos arrastrados y gruñidos calientes, tan calientes, porque a pesar del dolor, es delicioso saber que soy yo quien le hace esto.

—¡Maldita vulva caliente! —ruge en mi boca y sus palabras me excitan, me hacen sentir poderosa.

Una de sus manos se desprende de mi espalda y comienza a acariciar el costado de mi cuerpo, deteniéndose en mi pecho,

jugando con mi pezón. La sensación es como agua tibia, calentando lentamente mi cuerpo, uniéndose al cúmulo de otras que me hacen comenzar a olvidar la incomodidad y sentir placer.

Su boca desciende por mi piel, me lame el mentón, el cuello, me muerde la oreja, su mano no me alivia y suelto un gemido de placer, la incomodidad sigue ahí, pero ahora hay tantas otras cosas que, cuando vuelve a hundirse en mí, me gusta.

Su lengua baja hasta mi regazo, lamiéndolo, mientras su pecho y su mano aplastan mis pezones sensibles y excitados. Ansiosa por más, empiezo a mover las caderas, lentamente, encontrándome con João a medio camino mientras él entra y sale. Gemimos juntos, yo sin parar, él entre gruñidos y jadeos.

Acelera, haciéndome retorcer bajo su cuerpo pesado y delicioso, mis uñas arañan su espalda y mi boca permanece abierta por los gemidos y la constante necesidad de más aire del que puedo inhalar.

Todo mi cuerpo siente y reconoce el suyo, el sudor hace que nos deslicemos el uno en el otro, nuestros olores, mezclados, el olor a sexo, todo es embriagador y me hace saber que el orgasmo que viene me va a destrozar como no lo hicieron ninguno de los otros dos.

La boca de João vuelve a la mía, robándome de mí misma. Sus embestidas son largas, rápidas y potentes, haciéndome gritar entre gemidos, completamente perdida en una niebla densa y pesada que me hace girar, girar y girar dentro de él.

Su beso sabe a desesperación y necesidad, aprieto la cabeza contra la almohada y su lengua domina mi boca por completo mientras pierdo la capacidad de hacer otra cosa que no sea sentir. Y me derrumbo. Dejo de existir, siento los temblores recorrer mi cuerpo, pero de algún modo es como si ya no estuviera en él. El goce se apodera de mí, me hace sentir como si de repente me

hubiera sumergido en agua caliente y estuviera completamente anestesiada.

—¡Mía! ¡Toda y absolutamente mía!

Oigo la voz de João a lo lejos, aunque sé que no podríamos estar más cerca. Nuestros cuerpos se pegan y él se hunde cada vez más rápido en mí, pero mi mente ha sido lanzada a otra galaxia y aún no está dispuesta a volver.

Con los ojos cerrados, oigo el rugido que suelta al acabar y su cuerpo se desploma sobre el mío.

29.

JOÃO PEDRO GOVÊA

¡Mierda! ¡Qué mujer tan excitante! ¡Perfecta! ¡Terriblemente perfecta!

Ruedo sobre un costado, dejando que mi cuerpo se hunda en el colchón y, con los ojos aún cerrados, saboreo las últimas sensaciones del orgasmo destructor que me ha regalado el polvo con una virgen.

Estoy jodido, literal y figuradamente. Porque el pensamiento que se me pasó por la cabeza varias veces en la última semana, que las atormentadoras ganas de meterle la verga a Eliza se me pasarían una vez supiera lo que se siente al estar dentro de ella, acaba de ser noqueado junto con mi miembro. Porque apenas la he sacado y ya quiero volver.

Abro los ojos, miro fijamente el techo blanco durante unos segundos y luego me centro en Eliza y la descubro dormida. Sonrío, la he agotado y no he hecho más que empezar.

No te preocupes, João, la chica era virgen, se acostumbrará a los orgasmos. ¡Lo hará!

Salgo lentamente de la cama, la cubro con el acolchado, me quito y ato el preservativo usado y, tras recoger mi ropa del suelo, atravieso el pasillo hasta mi propia habitación.

En cuanto enciendo las luces, las paredes familiares me dan la bienvenida y me dirijo directamente al cuarto de baño.

Bajo la ducha, los numerosos chorros de agua caliente, procedentes de distintas direcciones, golpean todo mi cuerpo, cubriendo mi piel y recorriendo mi pelo. Apoyo los brazos en la

pared de enfrente y dejo que el agua resbale por mi cuerpo, ya relajado por el delicioso sexo.

El recuerdo del cuerpo de Eliza bajo el mío mientras gritaba y sufría espasmos, ¡guau! Mi verga empieza a endurecerse, vuelve a la vida, y aunque no quiero tener que masturbarme después de estar en lo más profundo de su vagina, es imposible no reproducir en mi mente su completo abandono mientras se acaba.

—¡Maldita sea!

Eliza se entregó completamente a mí, tan sensible, que se acabó con mi boca en su pecho, explotó con su vulva en mi lengua y se desintegró con mi verga dentro de ella. ¡No hay posibilidad de que me canse pronto de esa sensación!

¡Una virgen, una maldita virgen!

¡Debo estar volviéndome loco!

Gruño, frustrado, porque las imágenes de ella frotándose sobre la cama hasta que su tanga quedó completamente engullida por sus pliegues hacen que mi verga esté lista para otra revolcada y, esta vez, o resuelvo yo mismo mi problema o espero a que se calme.

Y con lo empalmado que estoy, no hay posibilidad de esperar. Llevo la mano a mi firme erección y aprieto, presionando sobre el glande. Aprieto los dientes mientras la deliciosa sensación recorre todo mi cuerpo, y Eliza vuelve a llenar mi mente mientras mi mano se desliza arriba y abajo por mi verga.

Eliza se revolvió debajo de mí, gimiendo y levantando las caderas para encontrarse con las mías. Eliza se acabó en mi lengua, su dulce y delicioso jugo me inundó la boca, su delicioso olor me inundó la nariz.

Aumenté la velocidad, acelerando mi fricción y masturbándome cada vez más rápido, imaginando que estaba dentro de ella, penetrando su apretada y deliciosa vagina, que me succionaba hasta el fondo mientras aquellos ojos azules se perdían cada vez más en el placer.

—¡Maldita bruja!

Eyaculo como si no lo hubiera hecho hace minutos, rápido, fuerte y jodidamente duro. El agua tibia corre por mis dedos, lavándome, pero no hace lo mismo con mis pensamientos, que están completamente dominados por ella.

***

Reunión, Eliza. Contrato, Eliza. Videoconferencia, Eliza. Llamada telefónica, Eliza. Correos electrónicos, Eliza. Así empezó el día, pero ahora es más como: Eliza, algo. Eliza, Eliza, algo. Eliza, Eliza, Eliza, algo más. ¡Qué carajo!

La dejé durmiendo en casa con una nota e instrucciones claras sobre qué hacer hoy; debe ir al ginecólogo, porque seguir usando condón no es una posibilidad. Pero la maldita bruja no tuvo la misma consideración conmigo y se niega a abandonar mis malditos pensamientos.

Una cosita insistente, eso es lo que es.

Miro el teléfono en mi escritorio, diez y cuarenta. Podría pedirle a Luiz que me la trajera. Un polvo rápido en la oficina no estaría mal, pero es muy probable que esté dolorida por lo de anoche, dejarla descansar durante el día probablemente sea una opción más inteligente y luego metérsela toda la noche como mi verga lleva suplicando desde que descubrió lo que se siente dentro de ella.

¡Eso es! Descansa un poco, Eliza. Porque esta noche me devolverás cada maldito minuto que he perdido pensando en ti todo el día.

30.

ELIZA PORTO

Como siempre, mi propio reflejo me asusta, pero esta vez de una manera completamente diferente. Llevo la mano a mi rostro, lo toco, inclino la cabeza, parpadeo, pero nada de eso cambia lo que veo.

Sentada en el suelo del vestidor, sobre la alfombra suave y cómoda con las piernas cruzadas, me quedo mirando el espejo frente a mí sin poder creer que soy yo. Cuando leí las palabras "salón de belleza" en la nota esta mañana, nunca imaginé un resultado como este.

Desperté sola.

Sabía que iba a pasar, pero aun así, una sensación extraña me invadió, y tuve que recordarme que, no importaba lo bien que me hubiera sentido en los brazos de João, tener su cuerpo sobre el mío, sentirlo dentro de mí.

No importaba lo que pensé haber visto en sus ojos, aún fue solo sexo y seguirá siéndolo hasta que deje de serlo, porque habrá terminado.

Sola. Después de todo, desperté sola, y, sin importar cuántas veces estuvo a mi lado, tenía que recordarme que no debía olvidar esto, que seguiría y seguiré estando sola. Me lo repetí varias veces, pero no podía evitar pensar que ni siquiera me habló antes de irse de la casa. Tuve que hacer el papel de conciencia para mí misma otra vez.

Tengo que recordarme que él no tiene ninguna obligación de hacer eso. Empleada, Eliza. ¡Eso es lo que eres! Lo repetí mentalmente, como un loro, y me estaba convenciendo de que no

debía esperar despedidas ni buenos días de João, hasta que me di vuelta en la cama y vi un pedazo de papel sobre la mesita de noche.

Una nota con mi agenda del día, y aunque de alguna manera eso fuera él hablándome, el contenido de sus palabras hizo que sintiera que la realidad quería confirmar mis propias advertencias, diciéndome exactamente lo mismo que acababa de mentalizar hasta el cansancio, aunque apenas me había despertado: ¡empleada, Eliza! ¡Eso es lo que eres!

Leí y releí mis tareas hasta que el papel tenía las marcas de mis dedos y algunos pliegues en los bordes. Todo lo que estaba escrito en la nota me puso nerviosa, porque sabía que tendría que estar en lugares y tratar con personas con las que no estaba acostumbrada.

Personas que intentarían deducir quién y qué era solo con mirarme, que notarían lo fuera de lugar que me sentía en cada uno de esos ambientes, y que me juzgarían por eso. En pocas palabras, João dijo que haría tres cosas: la primera, ir a una consulta ginecológica ya programada y, básicamente, me informó sobre lo que sucedería con mi cuerpo allí.

Exámenes y prescripción de un anticonceptivo. Mi primer pensamiento fue que era un poco absurdo que él eligiera un ginecólogo para mí, programara una cita y me dijera qué pasaría allí, después de todo, estamos hablando de mi cuerpo. Pero me acordé de sus palabras antes de que firmara el contrato.

Mi vida le pertenecería durante el tiempo que durara el contrato. Eso no hizo que dejara de encontrar todo esto indignante, pero me hizo dar cuenta de que exactamente ese tipo de cosas había aceptado, así que no servía de nada lamentarme por lo que ya no podía cambiar.

La consulta fue una prueba de ansiedad desde el momento en que pisé la sala de espera del consultorio, que exudaba lujo. No

hacía falta ser un genio de las matemáticas para deducir que una consulta en ese lugar debía costar lo mismo que las compras de un mes para una familia de cinco personas.

Era exactamente un lugar como ese el que temía estar. Ni siquiera mis ropas nuevas pudieron evitar que recibiera miradas curiosas o de juicio, y al tener que escapar de ellas, dejé que mi mente repasara por milésima vez en el día cada segundo de la noche anterior.

"Las palabras pueden ser tan excitantes como los toques" me dijo João hace algunos días, y ahora no tengo la menor duda de ello, porque apenas me tocó y el calor ya se había extendido por mi cuerpo, incendiando mi piel más que cualquier beso o caricia entre nosotros hasta ese momento. No sé si algún día dejaré de considerarlo el hombre más guapo que he visto en toda mi vida.

El cuerpo de João, tan cerca del mío, su piel rozando la mía en los lugares donde la ropa de ambos lo permitía, el calor de su toque electrificando mi ser, parecía extender bajo mi piel una red de estímulos eléctricos que se activaba cada vez que él hacía un pequeño movimiento, obligándome a parpadear casi de manera involuntaria.

La expectativa por saber cuál sería el siguiente paso era como una danza. Y en ella, yo era completamente guiada. Los escalofríos me dominaron, mis labios se entreabrieron cuando mi cuerpo suplicó por más aire.

Como si eso pudiera ayudarlo de alguna manera. Estaba segura, podría sobrecargarlo de oxígeno en ese momento, y él aún así seguiría con la sensación de no poder respirar.

Sentí todo, quise todo y, al mismo tiempo, no era nada.

La cercanía entre nosotros era tan grande que no quedaba espacio. Los latidos cada vez más violentos de mi corazón retumbaban en mi pecho, pero no me sentía ansiosa, solo entregada.

Como si finalmente hubiera alcanzado una meta después de tanto perseguirla. Me di cuenta de cuán cierta se había vuelto la palabra escrita hace más de una semana en ese currículum falso: lista.

No lo estaba en ese momento, pero era exactamente cómo me sentí la noche pasada, lista para lo que fuera que viniera de esta locura, de este contrato.

Lista para entregarme a João Pedro, aunque sabía que no había nada que pudiera salvarme después de eso.

Lista.

Y cuando estaba completamente tomada por esa conciencia, João me besó.

Fue la llamada de mi nombre lo que me despertó de los pensamientos que habían llevado mi mente lejos de ese consultorio, de su lujo opresivo y de las miradas que me bombardearon.

La doctora era una mujer de mediana edad, con el cabello rubio recogido en un elegante moño y unos ojos azules claros. A diferencia de sus pacientes, que prácticamente me devoraron en la sala de espera, ella me saludó con una sonrisa y se sorprendió cuando le dije que era mi primera consulta ginecológica en toda mi vida.

Después de que me revisó de arriba a abajo, finalmente llegó la parte cómoda de la consulta, en la que hablamos sobre mi ciclo menstrual y agendamos la fecha para la aplicación del anticonceptivo inyectable.

Mi segundo compromiso fue el salón de belleza. En realidad, llamarlo salón no le hace justicia. Era más como un spa, con estilistas, manicuristas, pedicuristas, depiladoras, esteticistas, masajistas, todo lo que uno podría imaginar cuando se habla de estética y apariencia.

Me frotaron, me alisaron, me depilaron con cera, aunque mis vellos eran súper cortos. Me dieron un masaje, mi piel pasó por una limpieza profunda, me cortaron y trataron el cabello, y juraría que lo escuché llorar de emoción.

Me hicieron las uñas, me modelaron las cejas, y salí de allí lista para un baile real, pero mi próximo destino era el lugar en el que me encuentro ahora: el suelo de mi cuarto.

Hace veinte minutos que Luiz me trajo de vuelta y, desde entonces, no puedo hacer nada más que mirarme a mí misma.

Me veo tan bonita.

Mi cabello está lacio, brillante y con rizos gruesos en las puntas. Mis pecas están ocultas bajo un maquillaje ligero, y mis ojos, que siempre pensé que eran pálidos y aguados, se ven tan destacados entre las pestañas y las cejas oscuras que apenas los reconozco.

Es imposible no preguntarme cómo ocurrió todo esto.

Mientras el auto deslizaba por las calles de São Paulo en mis idas y venidas de hoy, pasé por tiendas, restaurantes y cafés.

Tantos lugares en los que, semanas atrás, casi suplicaba trabajar, y hoy podría entrar en cualquiera de ellos y consumir o comprar lo que quisiera. Incluso su inventario entero, si esa fuera mi voluntad. ¿Y por qué? Porque envié un correo electrónico equivocado a la persona correcta.

Sé que el mundo da vueltas, pero para mí siempre había estado detenido en el mismo lugar, hasta ahora. Porque, si después de la noche pasada aún no me sentía diferente, la mujer que me devuelve la mirada en el espejo seguramente se encargaría de sellar esa percepción. Ella no es quien solía ser. Ella no está donde solía estar. Solo no tengo idea de cómo ser ella.

Escucho suaves golpecitos en la puerta del cuarto y me obligo a salir de mi escondite. Es la señora Laura quien me espera en la puerta con una caja de regalo en las manos, lo que me hace fruncir el ceño.

—Señora Eliza, acaba de llegar para usted.

Hay una sonrisa un poco radiante en su rostro. Y no es la primera vez que me pregunto quién o qué cree que soy. ¿Qué le habrá dicho João a sus otros empleados sobre mí? No es que crea que él sea alguien que dé explicaciones a muchas personas.

—Señora Laura, ya le he dicho que mi "señora" está en el cielo. ¡Es solo Eliza! Eliza a secas —reclamo, porque ella es mucho mayor que yo, no tiene sentido que me llame así—. ¿Para mí? —Acabo haciendo una pregunta completamente innecesaria. Pero no estoy acostumbrada a recibir regalos, ni esperaba que João me enviara uno, después de todo, ya me ha dado más cosas de las que voy a necesitar, no sé, en los próximos diez años de mi vida.

Ella se ríe de mi comentario.

—¿Pero usted puede llamarme "señora"?

—Claro que sí. Yo tengo educación, ¡vaya! Es una señal de respeto. Usted ha vivido mucho más que yo. Quiero decir, no la estoy llamando vieja ni nada de eso…

Su risa corta mi frase.

—Señora Eliza, no importa su edad. Usted es mi patrona y, si yo llamo a su João de "señor" tengo que llamarla a usted de "señora". —El comentario me hace fruncir el ceño.

¿Patrona? Necesito preguntarle a João qué fue lo que dijo. El timbre suena, y la señora Laura me extiende la caja.

—Debe ser la arquitecta. ¿Le digo que suba?

—Sí, señora Laura. Pero esto aún no termina, la convenceré. Puede estar segura de eso.

Ella sale sonriendo hacia el primer piso.

Llevo la caja hasta mi cama y, aunque sé que en minutos tendré a alguien aquí, la abro. Lo que encuentro me sorprende de varias formas. Una bikini y una tarjeta.

Me sorprende que João haya recordado lo que le dije momentos antes de venir al cuarto, porque lo mencioné entre cosas mucho más importantes, así que no me esperaba que se acordara de eso.

Me sorprende aún más cuánto me gustan las prendas. Son hermosas, pero no como todo el resto de mi nuevo guardarropa. Son igual de elegantes y, muy probablemente, caras, pero puedo verme en ellas y aún sentirme yo, la que no reconozco en el espejo desde que salí del salón.

Tomo la tarjeta que estaba arropada entre papeles finos y sedosos dentro de la caja:

"Ya no tienes excusas para solo mirar la piscina. Espero encontrarte en ella más tarde. No me esperes para la cena. J.P.G.".

Una sonrisa tonta se dibuja en mi rostro, porque él se acordó. Todo esto es tan confuso, es tan difícil entender qué puedo esperar o no de él. Pero, a pesar de todo, se acordó.

Es sonriendo como me encuentra la mujer en la puerta, sin embargo, tan pronto como percibo su mirada de juicio, la sonrisa desaparece de mis labios.

La mujer ante mí no puede ser descrita de otra manera que no sea deslumbrante. Parpadeo sorprendida. Es increíblemente hermosa. Lleva un traje femenino rosa oscuro que se ajusta a sus curvas, dejándola increíblemente sexy, pero al mismo tiempo sofisticada y profesional.

—¿Eliza? —pregunta, levantando una ceja.

—Sí, soy yo —confirmo con la cabeza, y ella me lanza una mirada tan analítica y molesta que me hace sentir incómoda.

Ok, bonita, pero no agradable, anotado.

—Soy Manuela Galt. João Pedro me pidió que viniera a hablar contigo.

—Sí. Creo que es innecesario, pero cuando él decide algo, no hay santo que lo haga cambiar de idea. ¡Qué hombre tan terco! —me desahogo en voz alta, aún con la nota de João en las manos, y ella baja la mirada hacia la caja abierta sobre mi cama, exponiendo el bikini negro. Cuando sus ojos vuelven a encontrar los míos, hay una crítica tan descarada en ellos que me hace sonrojar y decido que es mejor terminar rápido con esto—. Siéntete libre de mirar el cuarto, dijo que podías darme algunas ideas.

Ella simplemente asiente con la cabeza, entrando en la habitación y comenzando a caminar por ella sin decirme una sola palabra. La observo en silencio, incómoda con su presencia, pero sin saber qué hacer al respecto. Unos minutos que parecieron eternos después, finalmente habla de nuevo.

—Entonces, Eliza —Manuela tarda en decir mi nombre, como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordarlo, cuando no han

pasado ni cinco minutos desde que nos conocimos y, peor aún, cuando ella ya sabía mi nombre al llegar—. ¿Qué tienes en mente? Yo ya había pensado algunas cosas, pero estás lejos de ser lo que esperaba, así que ninguna de ellas servirá.

—Perdón, no creo que haya entendido. —Ella gira sobre sus talones, girando su cuerpo hacia mí. Una sonrisa que no llega a los ojos, y que no parece para nada genuina, se extiende en sus labios antes de que me responda.

—Estaba esperando a una adolescente. Una prima de João Pedro, o algo así. —Nuevamente, recorre todo mi cuerpo con la mirada—. Pero, claramente, no es ese el tipo de relación de la que estamos hablando.

Trago saliva.

—En realidad, no tengo muchas ideas en mente. Como dije, me gusta como está. Esto es mucho más cosa de João que mía. Habló sobre una estantería para libros y un diván, tal vez. Creo que eso sería suficiente.

Hago un gran esfuerzo para no dar importancia a sus insinuaciones, pero su mirada me lanza cuchillos y me hace sentir pequeña. Muy pequeña.

—¿Solo una estantería y un diván? ¿No crees que perdería mi tiempo solo para comprar dos muebles? ¿Verdad?

Abro la boca, sorprendida por lo que acaba de decir, tan incómoda y avergonzada por su tono, mirada y actitud de superioridad, que no logro organizar mis pensamientos en una frase coherente.

—Yo... —Tosí—. Yo...

—¿Tú?

Sus ojos vuelven a recorrerme de arriba abajo y, si en algún momento intentó ocultar el desprecio que claramente siente por mí, ya no lo intenta más, y ni siquiera sé por qué. ¿Qué razones podría tener esta mujer para tratarme así?

—Voy a dejar que me digas en qué pensaste. Algo que valga la pena.

Decido que esa es, probablemente, la forma más rápida de acabar con esto. Dejarla hacer lo que quiera. Ella sonríe, satisfecha consigo misma.

—Perfecto. Así será mucho mejor —dice, mientras abre su bolso y saca un objeto rectangular y pequeño, una tableta—. Voy a tomar algunas medidas y envío el proyecto a João Pedro cuando esté listo.

Solo asiento con la cabeza, aceptando.

El objeto en sus manos es una especie de láser. Apunta hacia la pared, luego lee algo en él, y lo anota en su tableta. Repite la acción hasta que tiene todas las medidas del cuarto y empieza a caminar hacia el clóset.

—¡No!

La palabra sale fuerte y clara de mi boca, casi desesperada, sin que tenga ni siquiera la oportunidad de detenerla, pero al decirla, me doy cuenta de que en realidad no quería haberme detenido.

—¿Perdón?

—No. El clóset, no —digo, con firmeza.

No quiero que esté ahí. No en el lugar donde me siento bien, no en mi refugio. No quiero que lo contamine con su arrogancia y su actitud de superioridad.

—Está bien —dice, claramente a regañadientes—. Entonces, aquí hemos terminado.

—Gracias. Que tengas una buena noche.

Camino hacia la puerta del cuarto y la dejo abierta para que pase. Manuela cruza la puerta y no solo pasa por ella, sino también por mí, caminando delante de mí, bajando las escaleras antes que yo, como si fuera ella quien viviera en la casa y yo, la visitante. Lo que solo hace que quiera que se vaya aún más.

Nos despedimos sin contacto, ni siquiera me extiende la mano. Cierro la puerta y aparece doña Laura, sonriente, preguntando cómo fue. Respondo con un "todo bien" pido permiso y casi corro hacia mi refugio.

Apenas entro al clóset y siento las primeras lágrimas resbalando por mis mejillas.

Las palabras de Josías se quedan fijas en mi mente de inmediato: "vergüenza", "desgracia". Tantas cosas han pasado desde entonces que casi había olvidado esa sensación de ser humillada de esa manera.

No debería haber creído que podría simplemente olvidar. La gente no me va a dejar olvidarlo, lo sé. Y eso, porque João Pedro y yo ni siquiera hemos sido vistos juntos. Ni siquiera quiero imaginar lo que pasará si tengo que conocer a sus amigos y familiares.

31.

JOÃO PEDRO GOVÊA

El cuerpo pequeño flota en la piscina. Eliza tiene los ojos cerrados y el cabello esparcido a su alrededor, como un aura oscura que rodea su rostro de piel clara. Sonrío porque, cuando quiere, sabe ser obediente. El bikini negro resalta en su cuerpo y, aunque estoy a distancia, puedo ver lo perfecto que le queda.

Me acerco a la piscina con pasos cautelosos, y ella sigue en la misma posición. Casi me pregunto si habría sido capaz de quedarse dormida allí, flotando en el agua. Bajo por las escaleras, el agua tibia toca mi piel mientras camino hacia ella.

Ni siquiera los movimientos provocados por mi acercamiento la hacen abrir los ojos. Coloco mis brazos bajo su espalda y la toco. Sus ojos se abren al instante, y el impacto que siento es casi físico.

La pequeña sonrisa que me da ilumina su rostro de pecas delicadas y labios rosados. Bajo la cabeza, incapaz de esperar más para hacer lo que he deseado todo el día: besarla.

Comienza con un toque suave de labios y permanece así por un tiempo. Es la lengua de Eliza la que sale a jugar primero, lamiendo mi boca y haciéndome sonreír. Muero su labio y lo jalo hacia mí.

Su lengua busca la mía, la encuentra, y ambas se entrelazan en un toque delicioso y hambriento, necesitado. Apreto su cuerpo contra el mío, deseando más de ella y menos del agua, queriendo sentirla toda en mis manos.

Sus cabellos mojados se enredan entre mis dedos, y los sujeto con fuerza, inclinando su cabeza hacia atrás mientras meto mi lengua en su boca con una urgencia que, lejos de disminuir, solo

crece. Me falta el aire, pero no quiero dejar de besarla, y Eliza parece tan interesada en parar como yo. Nada en absoluto.

Sus manos jalan mis cabellos, su cuerpo se impulsa contra el mío, y sentir su deseo eleva el mío a la milésima potencia.

El beso termina solo por la necesidad de respirar, pero seguimos con nuestras bocas, frentes y narices pegadas. No decimos nada. Subo mi mano por el agua, deslizándola por su mejilla, acariciándola allí, y Eliza suspira. Sus labios hacen un puchero antes de que el sonido de un beso estampado resuene entre nosotros, y yo sonrío.

—¿Me extrañaste? —pregunto.

Abro los ojos y encuentro los suyos aún cerrados. Una sonrisa pequeña y desconfiada se forma en su rostro antes de que recueste su cabeza en mi pecho. La abrazo largo rato, y esa sensación que comenzó a aparecer desde que la conocí me inunda.

La extrañé.

Santo cielo. Sí, la extrañé, aunque ella no haya salido de mis pensamientos ni por un segundo todo el día.

Beso su cabello mojado, y nos quedamos así un rato, solo disfrutando de la compañía del otro, hasta que ella aparta su rostro de mi pecho y vuelve a mirarme.

—Fue un día raro.

—¿Raro? —pregunto, divertido.

—Nunca irás a un ginecólogo, así que nunca entenderás.

La respuesta me hace soltar una carcajada, y Eliza pone los ojos en blanco.

—¿Y el spa?

—Raro. Nunca me habían frotado y tocado tanto en la vida. —Sus ojos se abren como platos.

—¿Nunca? —bromeo, subiendo y bajando las cejas para ella.

—Nunca. Créeme. Ni te acercaste a hacer lo que esas mujeres hicieron conmigo.

—Ah, Eliza, eso es inaceptable —susurro, chasqueando la lengua —. Tenemos que corregir eso de inmediato.

Deslizo mis manos por su cuerpo, acariciando sus muslos, subiendo hasta su cadera, deslizándolas por sus costados hasta alcanzar sus tetas y hacer un suave cariñito allí, rozando mi pulgar sobre sus pezones y sintiéndola estremecerse en mis brazos.

—¿Y estuvo bien así? —susurro en su oído.

—No —responde con voz suave—. No en serio.

Escuchar su voz lastimera me excita, saber que es mi contacto el que la pone así, perdida, deseando más. Vuelvo a juntar mi frente con la suya y lamo sus labios mientras mis manos recorren cada centímetro de su piel sumergida o no.

Mi verga late, durísima por tenerla tan cerca de mí. Los ojos azules de Eliza se cierran lentamente mientras disfruta la sensación de mis dedos acariciando, palpando su piel, pero lo que comenzó como un juego empieza a ponerse serio a medida que el deseo entre nosotros crece y nos consume, volviéndose tan palpable que podría cortarse con un cuchillo.

—João —murmura, provocando mi impulso de tocar y lamer cada centímetro de su piel.

Aplano mis manos sobre su culo, agarrándola por debajo y levantando sus piernas hasta que las entrelaza en mi cintura. Apreto sus muslos con fuerza. Impulso mis caderas hacia las suyas. Eliza

muerde su propio labio y me lanza una mirada embriagada de deseo, deliciosa, que me hace querer más de ella.

En pocos pasos ya la tengo contra la pared de la piscina. Apoyo su espalda contra los azulejos azules y aprieto mi cuerpo contra el suyo mientras giro las caderas, frotando ese punto dulce entre sus piernas.

Su respiración, ya descontrolada, sopla sobre mi boca, y sus ojos de pupilas dilatadas clavan los suyos en los míos, llenos de deseo, suplicantes, pidiendo mi toque.

—Ah, Eliza, ¡te voy a devorar!

Bajo mi boca hasta la suya y la beso, explorándola con la lengua, saboreando su gusto, frotándome contra sus piernas abiertas y tragándome sus gemidos excitados.

Sus brazos se sueltan de mi cuello y sus manos se deslizan por mi piel húmeda, agarrándome la espalda, los hombros y el pecho.

Le arrastro los dientes por el mentón y la garganta, le muerdo el cuello, y ella gime tan deliciosamente que tengo que cerrar los ojos y respirar hondo cuando la siento darse la vuelta, luchando por mi autocontrol, luchando por no arrancarle las bragas y hundirme dentro de ella de inmediato.

Le lamo el cuello y le chupo la mandíbula hasta que mi boca vuelve a encontrarse con la suya y tomo posesión de ella por completo, besándola profundamente. Mi lengua masajea la suya con una erección y una puta necesidad.

Apoyo su cuerpo contra la pared y alejo mi pecho del suyo lo suficiente para deslizar las manos entre los dos y tirar del lazo que cierra su sujetador. Sus pechos salen, libres, duros, con los pezones apuntando hacia fuera.

Los agarro, ávido de la suavidad de su piel en mis dedos e, incapaz de resistirme, abandono su boca y chupo uno de sus pezones hambrientamente excitados, succionándolo deliciosamente, rodeándolo con mi lengua, mordiendo sus areolas, chupando y lamiendo su piel.

Los gemidos de Eliza pierden su sonido, pero su cuerpo reacciona con desesperación a mis caricias. Se mueve, restregando su vulva caliente contra mí, haciendo que el agua que nos rodea se arremoline y salpique.

Mis manos permanecen firmes en su cintura mientras mi boca se deleita con sus pechos, alternando entre uno y otro, y el recuerdo de su acabada con sólo este roce lo hace todo más intenso, me hace acelerar, chupar más deprisa, más intensamente.

Su reacción sigue, cada vez más violenta, cada vez más entregada, cada vez más deliciosa. La levanto, colocándola en el borde de la piscina, y me mira completamente ebria de placer, con la mirada perdida, fuera de órbita.

Doblo sus rodillas, apoyo sus pies en el borde entre la orilla y la nada, y ella estira los brazos por detrás del cuerpo, inclinándose sobre ellos. Sus labios entreabiertos y su pecho jadeante me vuelven loco de excitación. Las reacciones de Eliza me desestabilizan, me hacen desear más con cada pizca de sí misma que me da.

Extiendo la mano por su vientre y la deslizo hacia arriba hasta agarrar uno de sus pezones y retorcerlo entre el pulgar y el índice. Eliza gime mi nombre, alucinándome.

Mi corazón late tan deprisa que siento que se me va a salir del pecho cuando, con la mano libre, abro el lateral de la braguita de su bikini y la tela se suelta, dejando al descubierto el hueso de su cadera, reclamando mi boca. La beso allí mientras abro el otro lado

de sus bragas y Eliza queda completamente expuesta, boquiabierta ante mis ojos.

Arrastro mi nariz hasta su pequeña, rosada y deliciosa vulva, reluciente, húmeda, completamente empapada. Inhalo su aroma y mi verga prácticamente se sale del short de baño.

Mi boca saliva por volver a saborearla en mi lengua. No me detengo, hundo la cara entre sus piernas y Eliza grita de inmediato.

El sonido que sale de su boca me deleita y, al mismo tiempo, me pone a prueba y me provoca, porque cuanto más tengo de ella, más deseo. Su grito me hace desear sus gemidos y me hace querer oír mi nombre brotar una y otra vez de sus labios, hasta que convulsiona y explota en mi boca.

Hambriento, la devoro sin piedad por sus súplicas desesperadas. Ella levanta las caderas, completamente descontrolada, frotando su caliente clítoris y su melosa vulva contra mi lengua.

Me hundo dentro de ella, hago girar mi lengua en su estrecho canal y mis manos masajean sus deliciosas y redondas tetas. Arrastro la lengua de fuera adentro una y otra vez, mientras Eliza se retuerce debajo de mí y, justo cuando está a punto de llegar al orgasmo, salgo del clítoris y le meto dos dedos.

Es inmediato. Eliza viene gritando mi nombre y convulsionando con total abandono.

Me bebo su orgasmo con la boca y con los ojos, sintiéndome consumido por el placer de verla completamente entregada, totalmente a mi merced, absolutamente mía. Sigo chupándole el clítoris hasta que su cuerpo se desploma en el suelo, exhausto, saciado. De un salto salgo de la piscina.

El agua corre por mi cuerpo y me quito el bañador antes de sentarme a horcajadas sobre sus caderas. Mi verga palpita de

excitación y, aunque está mojada, el líquido preeyaculatorio es evidente en mi gran cabeza.

Con su cuerpo atrapado entre mis piernas, lo aprieto entero entre mis manos y su delicada y cálida piel es como el puto cielo.

Sus ojos se abren hacia mí, tan suaves, aún perdidos en una bruma de placer, y ataco su boca. Dejo que se saboree en mi lengua, y ella me corresponde, explorando cada rincón húmedo de la mía, lamiendo, rodeando, frotando, hasta que ambos nos quedamos sin aliento y el beso termina solo para que nuestras bocas permanezcan abiertas, aspirando todo el oxígeno posible con nuestros rostros aún apretados.

—Quiero saborearte —me susurra en la boca, en un tono atrayente que me lleva lejos del plano físico, tal es la erección que estalla en mis pelotas, dejándome mucho más allá del punto de mira.

—¡Carajo, Eliza! Realmente eres una pequeña puta, ¿no?

Le agarro las raíces del pelo de la nuca y tiro de ellas al mismo tiempo que le muerdo el labio. Empujo mi cuerpo hacia atrás, poniéndome de rodillas en el suelo y moviéndome hasta montarme sobre su cabeza.

—Abre tu boca para mí, pequeña putita.

Hace exactamente lo que le pido, ansiosa, ansiosa, y cuando su boca envuelve mi verga, es la puta perfección. ¡Carajo!

Su calor húmedo se desliza sobre mi piel, y la visión es jodidamente asombrosa: su pelo húmedo echado sobre los hombros y la espalda, su piel blanca completamente desnuda, sus tetas libres, apretados bajo mi cuerpo, sus mejillas sonrosadas, su pecho agitado y su respiración jadeante, mientras me la traga casi por completo.

Aprieto los dientes, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Eliza me la chupa tímida, pero deliciosamente, y de momento soy incapaz de guiarla, completamente embelesado por estar en su boca. Me sube los dedos por los muslos hasta llegar a mi abdomen y sus manos me recorren con suavidad hasta agarrarme firmemente por las caderas.

—Chúpala todo, Eliza.

Prácticamente gruño, completamente descontrolado por la necesidad de que su boca me la trague cada vez más hondo, y ella obedece, abriendo más la boca y tragándose todo lo que le doy.

Empujo mis caderas lentamente y ella empieza a tragarse más de la mitad de mi verga. Puta madre, qué caliente... ¡Qué boca tan caliente!

Me la chupa, traga todo lo que puede y vuelve a la punta, rodeándola con la lengua, chupando lentamente, antes de dejar que mi verga invada de nuevo su boca y su garganta. ¡Jodidamente delicioso!

Controlo mis gemidos, mordiéndome los labios, apretando los dientes, pero cuando oigo un gemido bajo procedente de Eliza, es imposible evitar que se me escape un rugido de placer.

Llevo mis manos a su pelo, sujetando su cabeza y fijando sus ojos en los míos, la abrazo y le penetro la boca salvajemente. Me entrego al momento, los gemidos de Eliza se hacen más fuertes, más provocativos, el fluído de su boca húmeda y caliente se desliza a mi alrededor, salpicándome, volviéndome loco y fuera de control.

—Te voy a llenar de semen, Eliza. ¡Trágatelo todo! —le ordeno, sin darle la oportunidad de echarse atrás, y ella ni siquiera parece pensar en hacerlo de todos modos, ansiosa por beberse mi leche, aunque no más que yo por verla hacerlo.

Siento cómo el orgasmo recorre mi verga hasta que explota fuera de mí. Acabo tan fuerte que todo mi cuerpo vibra con espasmos. Aflojo mi agarre en la nuca de Eliza, dándole una salida de última hora, pero ella se agarra a mis muslos y se bebe mi semen como si fuera agua en el desierto. Aprieto los ojos, sintiendo sus labios, su lengua, toda su boca chupándome hasta que se lo ha bebido todo y desliza mi verga lentamente fuera de su boca.

Mis jadeos y mi pecho agitado me mantienen fuera de órbita durante varios minutos y, cuando mis ojos vuelven a encontrarse con los de Eliza, ella está sonriendo. ¡Ah, tremenda mujer!

—¿Viste que eres una putita?

***

Nuestras carcajadas resuenan alto mientras nuestros cuerpos desnudos y sudados se sacuden por la risa. Acostados en la cama de Eliza, estábamos hablando de su día en el spa, y ninguno de los dos puede contenerse cuando ella describe a una de las mujeres que estaban allí.

Según Eliza, la mujer era igual al pollito Chicken Little.

—Y no era solo su frente, sino la boca, los ojos enormes, ¡te lo juro por Dios, João! ¡Su cabeza era completamente desproporcionada! —dice entre risas, pero al final no puede aguantar y estalla en nuevas carcajadas.

La acompaño, aunque no sé bien de qué me río, si de la situación ridícula que está narrando o de su risa, que es una delicia de escuchar.

—Y luego intentó meterse en una bañera de rosas, y todo lo que pude imaginar fue un pollito dentro de una cáscara de huevo rota. ¡Y su cabello era rubio!

Eliza cierra los ojos, y su cuerpo entero tiembla, completamente descontrolado por sus carcajadas. Sus ojos apretados están llenos de lágrimas, y es una maldita visión. Hermosa. Hermosa como el infierno.

La observo mientras se revuelca en la cama, enredando las sábanas bajo ella, y su cabello oscuro esparcido sobre la almohada blanca parece ocupar toda la cama. Sus ojos se abren y me encuentran mirándola fijamente.

—¿Qué pasa?

—Eres hermosa.

Naturalmente, el rubor se extiende por su piel. Me acerco a su cuerpo y beso su nariz, luego sus labios, antes de levantarme de su cama.

—Buenas noches, Eliza.

La sonrisa se borra de su rostro en cuanto las palabras salen de mi boca, pero parpadea y vuelve a sonreír, esta vez una sonrisa mucho más pequeña, que no llega a sus ojos. Me doy cuenta de que eso me incomoda, pero no me permito pensar en ello. Eliza se muerde el labio, y solo después de soltarlo, responde.

—Buenas noches, João.

Asiento con la cabeza antes de irme a mi cuarto.

32.

ELIZA PORTO

El vestido es diferente a todo lo que he usado antes. El tejido negro de lentejuelas se ajusta a mi cuerpo, no de forma apretada, sino abrazando mis curvas y deteniéndose unos centímetros por debajo de las rodillas.

Una fina franja de cuero, también negra, marca mi cintura, y el resultado es impresionante. El cuerpo, que siempre pensé que era demasiado delgado, ahora parece sensual.

Mi cabello está partido por la mitad y peinado recto, sujeto detrás de las orejas, dejando mi rostro bien expuesto y cubriendo un poco la parte de la espalda desnuda.

Mi maquillaje es ligero, porque después de mucho tiempo probando tutoriales en YouTube, no logré hacer nada muy elaborado, a pesar de la gran cantidad de productos que tengo en mi baño.

Los tacones altos, negros y finos, me elevan unos diez centímetros, y esa misma sensación que experimenté días atrás, cuando me miré al espejo después de volver del spa, me persigue ahora.

Tan bonita, tan diferente a mí… Pero hoy, hay algo más en mi mente. Tal vez no me vea como la persona que solía ser, pero ciertamente me gustaría convertirme en quien parezco ser ahora. Es un avance, ¿no?

Respiro profundamente y parpadeo hacia mi reflejo en el espejo. Coloco el labial líquido sobre mis labios, extendiéndolo con cuidado, temerosa de que mis manos tiemblen y haga un desastre, porque

ponerme labial es lo único que realmente sé hacer cuando se trata de maquillaje.

Lo aprendí de una telenovela mexicana que repitieron muchas veces en la televisión abierta, y la vi un número igual de veces.

Pero en mi estado actual de nervios, es imposible no temer equivocarme, ya que mis manos están lejos de estar firmes. Es la primera vez que João y yo saldremos en público.

Una cena.

Una cena de negocios en la que mi papel será simple, según sus palabras, debo interpretar su asistente personal para que todo sea menos aburrido.

A pesar de que el aire acondicionado está a 16º, siento el sudor en mi nuca y frente, y caminar con tacones, algo que ya sería difícil por no estar acostumbrada, se ha vuelto un verdadero desafío. Podría rogar para no tener que ir a esta cena, pero João dejó claro que esa no es una opción.

En los últimos días, encontramos una rutina. Él no tiene un horario fijo para llegar a casa, ni siquiera los fines de semana, cuando trabaja desde casa o va a la oficina. Pero si hay algo constante en sus días son sus visitas a mi habitación, cuando se libera del trabajo. Nunca hemos estado juntos en la suya.

De hecho, ni siquiera sé cómo es. He pensado en entrar mientras él trabaja solo para saciar mi curiosidad, pero algo siempre me lo impide, no sé qué es, tal vez miedo. Todas las noches, desde mi segundo día en esta casa, él viene.

Esos momentos son, al mismo tiempo, lo que deseaba que fueran, y mucho más de lo que podría haber imaginado.

João es dedicado, cariñoso, cada toque en mi cuerpo me dice cosas que nunca imaginé escuchar.

Sus besos me dicen cuánto me desea, sus dedos me dicen cuánto me adora, su cuerpo me hace sentir venerada cuando está sobre o bajo el mío.

Todas las noches, sin excepción, pasa horas conmigo, y cuando yo estoy agotada y él satisfecho, João se despide y va a dormir en su propia cama.

Sentirme así era exactamente lo que esperaba cuando decidí que decir sí a él era lo que quería, y por lo tanto, lo que haría. Pero, al mismo tiempo, nunca habría imaginado tanta intensidad.

No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que estaba equivocada en mis afirmaciones de que era solo sexo, algunas noches fueron más que suficientes. Porque no es solo eso. Es más.

Es sentirme casi adorada mientras su boca besa cada centímetro de mi piel, sus ojos me devoran y su cuerpo me llena. Nunca podría haber entendido esto, no antes de experimentarlo.

En el momento en que lo vi, supe que todo me quemaría. En el instante en que sentí sus labios sobre los míos por primera vez, supe que ese fuego me dominaría, pero es solo ahora, sabiendo lo que es sentirme suya, que una certeza cada vez más fuerte toma control de mí: él me consumirá.

Pero siempre sale el sol. Y con él, la sensación de abandono y soledad. Porque podría estar equivocada al clasificar lo que sea que esté pasando entre nosotros como solo sexo, pero no me equivoco al recordar que, no importa cuánto tiempo pase con él, seguiré estando sola, y la forma en que João actúa no deja dudas sobre eso.

Es casi como si fuera dos personas diferentes. Una, por la noche, cuando está en la cama conmigo, gruñendo que soy suya, y

dejándome sentir que es mío.

Cuando amanece, me convierto en alguien a quien él le da órdenes, órdenes que le gusta ver cumplidas.

Preparada, salgo del baño y camino hacia el balcón de mi habitación. Me inclino sobre la baranda y observo la luna, hoy llena, hermosa y amarillenta. Exhalo con fuerza, sacando el aire de mis pulmones solo para llenarlos de nuevo con el aire frío de la noche. Paso un buen rato así hasta escuchar unos suaves golpecitos en la puerta, lo que me hace sonreír.

La señora Laura siempre es tan amable. Y, sinceramente, no entiendo su horario de trabajo. A veces siento que se parece mucho al mío, porque tengo la sensación de que siempre está por aquí, aunque sé que no es así, ya que ni siquiera vive aquí.

—Señora Eliza, Luiz la está esperando abajo —dice en cuanto abro la puerta y revuelvo los ojos ante su insistencia en tratarme de "señora".

—Gracias, señora Laura —respondo, haciendo énfasis en la palabra "señora" y escucho su risa antes de que se dé la vuelta y baje las escaleras, moviendo la cabeza en señal de negación.

***

Necesito todo mi autocontrol para que mi mandíbula no se caiga cuando pongo un pie en el restaurante. Una sola palabra define el lugar: dorado.

El restaurante tiene luces amarillas que salen de huecos en las paredes, tiñendo todo de un dorado, como el oro. Es impresionante, y el lujo está en todos lados: en las mesas, las sillas, la vajilla. Y antes de que pueda decir una palabra, la recepcionista ya menciona

mi nombre y empieza a caminar frente a mí, esperando que la siga hasta la mesa donde está João Pedro.

Lo veo mucho antes de alcanzarlo. Hermoso. ¿Cómo es posible que un hombre sea tan absurdamente guapo? No lo vi salir esta mañana, como siempre, yo estaba dormida, agotada, y cuando desperté, él ya se había ido a trabajar hacía un buen rato. Pero nunca me cansaré de verlo con uno de sus trajes, cuando está perfectamente arreglado.

Hoy lleva un impecable traje azul marino con cuadros. Su cabello está peinado hacia atrás, ligeramente despeinado, porque tiene el pésimo hábito de pasarse las manos por el pelo cuando está molesto, cansado o nervioso. Bueno, ¿a quién quiero engañar? Se pasa las manos por el cabello por cualquier cosa.

Ese pensamiento me hace sonreír, y es así como sus ojos me encuentran, cuando aún estoy a unos buenos metros de la mesa.

Me observa fijamente, siguiendo cada paso que doy. Si antes me sentía contraída solo de mirarlo, que él me mire hace que mi ropa interior se humedezca y mi respiración se acelere.

De repente, caminar se vuelve mucho más difícil y tengo que concentrarme realmente para no caer al suelo. Es tan intenso. Después de días en su cama, puedo leer perfectamente el deseo en sus ojos. Aquí y ahora, João me desea.

Finalmente, llego a la mesa redonda, donde hay cinco hombres además de aquel que me quema con la mirada. Él se levanta, y los demás hacen lo mismo al seguirlo.

Entonces me doy cuenta de que no solo es la primera vez que estoy en público con João, sino también la primera vez que lo veo interactuar con otras personas que no sean yo o sus empleados.

Pero, por alguna razón, que todos a su alrededor lo sigan no me sorprende. Después de todo, es exactamente lo que yo hago, ¿no?

—Buenas noches —saludo a todos con una sonrisa amigable, y me responden de la misma manera.

—Señores, ella es Eliza Porto, mi asistente. Como les dije, se unirá a nosotros para la cena —anuncia João, y el siguiente en hablar es un hombre muy guapo, de piel oscura y ojos castaños, en sus cincuenta años. La forma en que me mira no me agrada, sin embargo.

—Esta mesa realmente necesitaba algo bonito e interesante —dice en tono juguetón, aunque sus ojos dejan claro que no está bromeando.

—¿Crees que los contratos que estamos discutiendo son desinteresantes, Heloi? Porque si es así, puedo encontrar otro proveedor y cerrar esta reunión en este momento, de modo que puedas hacer lo que sea que te interese más que cerrar un acuerdo millonario.

El hombre ríe, de manera forzada, antes de responder.

—No seas gruñón, João Pedro. Solo fue un cumplido.

—Te aconsejo que, de ahora en adelante, guardes tus cumplidos para ti, Heloi.

Sin saber cómo comportarme ante la situación que se desarrolla frente a mí, me agarro al vaso de agua como si fuera un salvavidas.

Tomo tragos largos y lentos, como si el agua insípida, incolora e inodora fuera un verdadero néctar de los dioses. Y, con el rabillo del ojo, noto a otro hombre sentado en la mesa, casi frente a mí, que, a diferencia de los demás, no está atento al enfrentamiento que tiene lugar entre João y ese tal Heloi.

No, su atención está completamente puesta en mí. Es guapo, no como João. Después de todo, nadie es como él. Pero el hombre tiene una belleza espectacular.

Su traje color plomo es el único entre los que están sentados en la mesa que tiene tres piezas. Su piel es morena, bronceada, lo que deja claro que pasa mucho tiempo al sol.

Su cabello no está peinado hacia atrás ni arreglado. Son ondas cortas, sueltas y rebeldes que le dan un encanto diferente; la impresión que me da es que es un hombre disfrazado de niño.

¿Y sus ojos? ¡Dios! ¿Qué tienen de tan perfectos esos ojos de los hombres ricos? Cuando se da cuenta de que ha captado mi atención, sonríe de lado y me guiña un ojo.

Mi rostro se calienta, parpadeo varias veces, como si de repente una tormenta de arena me hubiera golpeado, y desvío la mirada de inmediato, dándome cuenta de que, durante mis pensamientos, el enfrentamiento entre João Pedro y el hombre rubio se resolvió.

La conversación en la mesa se retoma, y trato de seguirla, pero es inútil. Por más que lo intente, entiendo muy poco de lo que dicen, casi nada. No me gusta sentirme ignorante.

—¿Cierto, Eliza? —Es solo cuando escucho mi nombre que me doy cuenta de que me hablaban. Miro al moreno de barba ligera a mi lado y sonrío amablemente, tratando desesperadamente de recordar de qué estaban hablando antes de perderme en mis pensamientos. Pero el hombre con aire de niño viene a mi rescate.

—Puedes confesarlo, prometemos protegerte. Trabajar para João Pedro es terrible, ¿verdad? —pregunta, sugiriendo sin que nadie lo note la respuesta que espera de mí.

Pero, antes de que pueda abrir la boca, él vuelve a hablar.

—Si decides que estás cansada de trabajar para él, en cualquier momento, cualquier día, tengo un empleo para ti.

Sonríe y me guiña un ojo, quitándome la necesidad de responder a la pregunta y, al mismo tiempo, avergonzándome a niveles estratosféricos, porque no tiene idea de lo que acaba de sugerir.

Trago en seco y miro a João. Lo que veo exige de mí todo el control que tengo para no desmoronarme ante la mirada fría que me lanza. Esbozo la mejor y más adecuada de mis sonrisas en el rostro antes de hablar.

—No es tan malo como parece y, la mayoría de las veces, es mejor de lo que debería. —Todos alrededor ríen, excepto João y el maldito hombre sentado frente a mí, que insiste en mirarme como si compartiéramos un secreto—. Gracias por tu oferta, pero estoy bien donde estoy —le digo, moviendo la cabeza, cerrando el tema, pero João Pedro parece pensar diferente.

—Parece que no será esta vez, Bruno —comenta y, al mirarlo, noto una sonrisa irónica en su rostro, una que nunca había visto antes.

—Aún no, pero mi oferta sigue en pie, Eliza. Cuando quieras.

—¿Cuándo aprenderás a perder, Bruno? —pregunta João, recostándose en su silla con una postura aparentemente relajada.

Pero yo ya he estado desnuda en los brazos de ese hombre suficientes veces para saber que esa no es su postura relajada.

—El mismo día en que tú lo hagas.

João Pedro ríe. Una risa seca, falsa, que dice mucho más que cualquier palabra que pudiera decir. Sugiere que no sabe perder, porque nunca pierde. Mientras que el otro, Bruno, ya debería haberse acostumbrado a estas alturas.

Afortunadamente para los hombres, el camarero llega con los platos, rompiendo el ambiente tenso al repartir la cena de cada uno, pero no tengo la misma suerte, porque es como si el cuerpo a mi lado me lanzara las dagas que los ojos de João no pueden, por tener que prestar atención en otras cosas además de mí.

No elegí lo que comería, cuando llegué los pedidos ya estaban hechos. João eligió una pasta, gracias a Dios. Todo lo que no necesitaba era algo que me hiciera pasar vergüenza.

Durante la comida, el grupo de hombres vuelve a hablar sobre negocios, y yo me mantengo atenta, fijando en mi mente algunas palabras sobre las que quiero investigar más tarde, y haciendo notas mentales de cosas que quiero preguntarle a João, aunque no sé cómo exactamente me tratará después de esta cena. Porque si algo es claro para mí, es que no será como siempre.

Siento su irritación llegar en oleadas sin que siquiera me mire o hable conmigo. ¿Cómo es posible?

Al terminar mi plato, decido ir al baño antes del postre, si es que habrá uno. Si las otras personas en la mesa están tan incómodas con el ambiente como yo, probablemente saldrán corriendo de aquí en la primera oportunidad.

Para ser sincera, no tengo idea si ya se discutieron todos los temas que se plantearon, lo que solo hace que quiera alejarme aún más de esa sensación sofocante que emana de João hacia mí, aunque sea por unos minutos.

Después de pedir permiso, camino hacia el baño al fondo del restaurante, lo suficientemente lejos de nuestra mesa como para poder respirar profundamente y distraerme con la belleza del lugar mientras avanzo hacia él. Las mesas de diferentes formas están cubiertas con manteles blancos y rodeadas de sillas que parecen más sillones. La luz amarillenta, que se derrama desde las paredes y

cuelga de los candelabros de cristal del techo, refleja los paneles de madera oscura, dándole al lugar un aire acogedor y lujoso.

Definitivamente nunca había visto algo igual, ni siquiera en la televisión, y al entrar al baño me río, porque claro, el baño es otra declaración de lujo y riqueza por sí mismo. Apoyo los brazos estirados sobre el lavabo, inclinando el cuerpo y cerrando los ojos, tratando de aliviar la tensión que se apoderó de mí desde que la mirada fría de João Pedro me alcanzó.

¿Qué quería que hiciera o dijera? Está bien, estaba mirando al tal Bruno, pero él no puede saber eso, después de todo, no lee mentes. *Pero sí lee mis ojos*. Mi conciencia elige este momento para opinar, dejándome nerviosa con la posibilidad de que haya sido eso lo que causó el mal humor y la frialdad repentina de João Pedro, ya que dejó claro que, mientras nuestro contrato dure, no puedo ni siquiera pensar en relacionarme con otra persona. Pero solo estaba mirando, maldita sea. El hombre es guapo y no soy de piedra.

El sonido de la puerta del baño abriéndose me devuelve a la realidad de que estoy atrapada en el baño del restaurante y cualquier persona puede entrar en cualquier momento. Levanto la cabeza y, al abrir los ojos, lo que veo reflejado en el espejo hace que todo mi cuerpo se estremezca.

João Pedro está apoyado en la puerta del baño con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón y su mirada fija en mí a través del reflejo. Parpadeo y mis labios se entreabren cuando mi respiración sale en un solo suspiro.

—¿Qué haces aquí? Este es el baño de mujeres —digo en voz baja, sin saber bien por qué, ya que estoy segura de que somos los únicos presentes.

Él comienza a moverse lentamente hacia mí. Sus ojos nunca me dejan, se mantienen fijos en los míos a través del espejo mientras

da pasos lentos y calculados. Se detiene detrás de mí, tan cerca que su respiración caliente sopla sobre mi mejilla. Su rostro tiene una expresión dura como nunca la había visto, ni siquiera el día de la entrevista, cuando lo veía como un completo desconocido y luego como alguien muy irritado, dispuesto a sacarme de quicio.

João saca una mano del bolsillo y desliza un solo dedo por mi brazo.

—¿Te gusta, Eliza? —Su voz suena falsamente calma, peligrosamente contenida.

—¿Qué cosa? —respondo con otra pregunta, temerosa de lo que pueda decir después.

—Ser el centro de atención. Que Bruno te esté devorando con la mirada todo el maldito tiempo, sonreírle a él. —Su voz finalmente refleja lo que siente, grave, irritada, posesiva, pero su dedo no.

Sigue recorriendo mi piel con una suavidad incoherente con su tono y sus deseos. Mis pupilas se dilatan y trago saliva, sin saber qué responder, no puede estar hablando en serio.

—João, yo...

—¡¿Qué, carajo?! —gruñe en mi oído, dejando el toque suave y metiendo los dedos en mi cabello mientras me rodea con el brazo, pegando mi espalda a su pecho.

—Solo estaba siendo educada —digo con la mayor firmeza que puedo reunir, que es muy poca. Muy, muy poca.

—¿Educada? —Ríe, seco y disgustado—. No estás aquí para ser educada, ¡mierda!

Me arrastra el cabello con fuerza, levantando mi cabeza hacia arriba, apretando mi cintura y un gemido bajo escapa de mis labios sin que pueda evitarlo.

João empuja su pelvis contra mi culo y siento su erección frotándose contra mí. El segundo gemido es mucho menos bajo que el primero. João desliza la punta de su nariz por mi cuello.

—Creo, Eliza, que te olvidaste de quién eres: mi putita —susurra en mi oído y todo mi cuerpo se ablanda.

La sensación de ser dominada por él comienza a esparcirse por mí como aceite caliente, y me muevo, frotando mi culo contra su verga bien dura, sin poder controlarme, queriendo más de lo que me está dando. Su mano sube por mi cuerpo, invade mi escote y aprieta uno de mis pechos. Piel contra piel, roza, presiona y acaricia, haciendo que me arqueé, apretándolo más con la mano, deseando más de su contacto, y él se ríe.

Se ríe.

Se ríe, secamente, en mi oído.

—¡Sí, mi puta! Te frotarás contra mí, gemirás y te acabarás en mi verga.

La voz suena lascivamente ronca y susurrante.

Sé que debería odiar esas palabras, sé que deberían hacerme alejar. Sé que deberían hacerme odiarlo. Pero no es así. Oírlas me excita, me enciende, me vuelve loca, me hace desear más el tacto y las obscenidades, ¡Dios! Estoy perdida. Completa y absolutamente perdida.

La mano de João baja, abandonando mi pecho y dejándome con ganas de más, mientras sus dientes arañan mi cuello, muerden mi oreja y luego su lengua alivia esos mismos lugares.

Sus dedos recorren todo el camino hasta la raja delantera de mi vestido y se cuelan por debajo. Siento cómo recorren mis muslos

con firmeza, y echo la cabeza hacia atrás, dejándola caer por completo sobre su pecho.

Solo entonces su otra mano abandona mi pelo y me agarra el mentón, manteniendo mi cara exactamente en la posición que él quiere, una en la que pueda verlo todo en el espejo que tenemos delante.

Veo su gran cuerpo alzándose sobre mí, nuestras caras ropas arrugándose y frotándose, mientras sus manos se deslizan por mi cuerpo y hacen con él lo que quieren, mientras mi culo se adapta a su enorme verga.

Veo su cara escondida en mi cuello, y sus labios, dientes, lengua y barba atacando mi piel. No puedo apartar la mirada ni cerrar los ojos. El reflejo de los dos me mantiene hipnotizada.

Sus dedos se deslizan hasta mi entrepierna, haciéndome abrir involuntariamente las piernas y empujar las caderas hacia atrás, apretándome aún más contra él. Despacio, bajan y suben, burlándose de mí sin ningún remordimiento, y lo único que quiero es que toquen ahí, donde los necesito, donde está mi pulso, donde me duele.

Pero João Pedro me está torturando, alterna entre los lados de mis muslos, haciéndome retorcer cada vez más, volviéndome loca, arrancando gemidos de mi boca. Sonidos deseosos, desesperados. Es justo cuando creo que no aguanto más con tanta anticipación que lo siento.

Se desliza dentro de mi tanga y me azota el clítoris con un solo dedo, como una puñalada inversa.

Me fuerzo a morderme el labio para contener el grito que sale de mí, pero es inútil, es la mano de João la que contiene mi reacción desesperada tapándome la boca y amortiguando el sonido. Pero

ninguno de los dos puede hacer nada contra el temblor que recorre mi cuerpo.

Desliza dos dedos por toda mi vulva, obligándome por fin a romper el contacto visual con todo lo que estaba ocurriendo. Cierro los ojos, completamente perdida en el placer de sus caricias.

—Toda mojada… —susurra, y sus dedos me penetran con fuerza. Esta vez no me muerdo, dejo que el grito salga libre y sin trabas. João inclina mi cabeza hacia él y asalta mi boca, tragándose mis gemidos y gritos mientras me masturba y me penetra con los dedos.

Su pulgar rodea mi clítoris y sus dedos invaden sin descanso mi vulva completamente empapada. El placer reverbera en mí, perforándome y destrozándome una y otra vez durante segundos y segundos, porque justo cuando estoy a punto de acabar, él detiene sus movimientos y desliza un dedo muy suavemente por mi rejilla, para volver a empezar entonces la agonizante tortura de la penetrada descontrolada.

—João —suplico, desesperada por aliviarme, por llegar al orgasmo.

—¡Pide! —ordena en mi boca.

—¿Me dejas acabar, João? ¿Me dejas? ¿Me permites llegar al orgasmo?

Las palabras me salen sin vergüenza ni necesidad de razonar. Simplemente salen, tal es mi desesperación por él.

—¿Por qué, Eliza? ¿Por qué, Eliza?

—¡Porque soy tu putita! ¡Porque soy tu putita! ¡Solo tuya!

Admito lo que quiere sin ningún pudor, necesitando acabar, mientras mi respiración se vuelve frenética, mi corazón late deprisa en mi pecho y todo mi cuerpo anhela liberarse.

—¡Sí, mi putita! ¡Hazlo!

Sus dedos se enganchan dentro de mí, mientras João rodea mi clítoris con una presión perfecta. En solo dos segundos estallo en un orgasmo alucinante en el baño de un restaurante.

Me convulsiono entera, presa de espasmos de placer que me lanzan al cielo y luego me dejan en caída libre. Es como caer, es como volar. Es incomparable.

Mi cuerpo se desploma sobre el de João y él me sujeta por la cintura. Con los ojos cerrados, siento sus brazos rodeándome y su nariz hundida en mi cuello.

—Quítate la tanga —me susurra en la piel, haciéndome abrir los ojos, aún entumecida por el placer.

—¿Qué? —Mi voz sale baja, susurrada a través de mis labios resecos, y me paso la lengua por ellos.

—Quítate la tanga, Eliza. —Recupero el control de mi propio peso y me suelto de sus brazos, dispuesta a darme la vuelta, pero él me sujeta en el sitio y me mira fijamente en el espejo—. No voy a volver a pedírtelo.

Su voz ronca me electriza todo el cuerpo, aunque no quiero hacer lo que me pide, o más bien lo que me ordena.

Parpadeo un par de veces, intentando devolver la claridad a mi mente, pero a pesar de ello, la petición sigue sonando absurda, y João sigue esperando que le obedezca. Me muerdo el labio y lo miro fijamente. Me devuelve la mirada, impasible, dejando claro que no hay opción para mí.

Exhalo bruscamente y me levanto la falda del vestido, un movimiento que los ojos de João siguen atentamente, incluso después de que sus brazos me hayan soltado. La pequeña tanga

negra de encaje queda al descubierto, y João no la pierde de vista ni un segundo.

Me agacho, sacando el culo y frotándolo contra la erección que me quema la piel. Con los dedos en los laterales de la tanga, la deslizo por las piernas y salgo de ella con cuidado de que no toque el suelo. La tela de encaje está empapada y pesa. Me giro hacia João, que me tiende la mano con gesto serio. Abro mucho los ojos. ¡No! ¡No, no, no!

—No tenemos toda la noche, Eliza.

—João. —Trago saliva y él se limita a arquear las cejas.

Abro la boca, pero la expresión de su cara es muy clara: no va a cambiar de opinión. Le doy mi tanga y João se las lleva inmediatamente a la nariz, aspirando profundamente mi aroma.

La visión tiene un impacto inmediato en mi vulva, me siento explotar, y esta vez no hay barrera entre mi excitación y el mundo.

—Esto te recordará lo puta que eres —dice, y yo pestañeo, completamente sorprendida, mientras le veo doblarse la tanga y guardárselas en el bolsillo interior de la chaqueta, incapaz de creer que realmente espere que salga del baño completamente desnuda bajo el vestido, me siente a una mesa llena de hombres y me quede allí, ¡Dios! ¡No! ¡No puede esperar eso de mí!—. Vamos a pedir el postre.

Cambia de tema, como si no hubiera pasado gran cosa en aquel baño, y se dirige hacia la puerta sin ni siquiera lavarse las manos, dejándome aquí, paralizada, muda y segura de que se está llevando no sólo mi ropa interior, sino también mi olor en los dedos.

Observo sus pasos, su mano desbloqueando la puerta, que solo ahora me doy cuenta que está cerrada, lo que significa que todo

este tiempo, simplemente me ha tenido en sus brazos sin siquiera considerar que alguien podría haber entrado aquí.

Atraviesa la puerta y la cierra.

¿Qué me está pasando?

¿Cómo pude dejar que me tocara así en el baño de un restaurante y ni siquiera yo preguntar si la maldita puerta estaba abierta? Me pregunto, aunque sé la respuesta.

João me aturde, me desestabiliza. Cuando me mira, todo a mi alrededor pierde importancia, cuando me toca, nada más existe, sólo él. Y cuando me besa, me pierdo, y la única parte de mí que queda es mi boca, dominada por la suya.

33.

JOÃO PEDRO GOVÊA

La sonrisa que se extiende en mi rostro mientras regreso a la mesa con la tanga de Eliza en mi bolsillo y el olor de su deliciosa entrepierna en mis manos es, literalmente, un trofeo.

Me abotono el saco, ocultando la erección dolorosa que tengo, porque, a pesar de todo, estoy increíblemente satisfecho. Cuando le dije a Eliza que la quería en la cena para hacer todo menos aburrido, definitivamente no me imaginaba algo así.

Reconozco que en cuanto se detuvo frente a nosotros, con su mirada ansiosa y postura segura, era imposible no apreciar su belleza.

Hasta yo quedé sorprendido en el momento en que mis ojos se encontraron con ella. El vestido negro ceñido a sus curvas y el escote profundo que mostraba lo justo, dejando mucho a la imaginación, me hizo tomar nota mental de enviarle un bono a Carol. El maquillaje suave y esos labios, celestiales e infernales a la vez, pintados de rojo, evocaron inmediatamente la imagen de ellos haciéndome una mamada.

Fue imposible apartar la mirada o evitar que mi miembro cobrara vida solo con verla. Aun así, darme cuenta de que no fui el único en reaccionar me puso furioso.

Cada hombre soltero en el maldito salón siguió su paso con la mirada, e incluso algunos que estaban acompañados hicieron lo mismo. En ese momento, deseé que su belleza fuera solo para mis ojos, y me frustré porque no puedo encerrarla en un calabozo. Desafortunadamente, la ley no lo permite, y, seamos honestos, Eliza me mataría con sus propias manos antes de que eso sucediera.

Así que tendría que vivir con eso. Con las miradas de admiración dirigidas hacia ella, con el conocimiento de que cada hombre en el restaurante deseaba tener su boca para sí mismo y poder tocar su piel suave y clara. Y eso ya era suficiente para volverme loco.

No soportaría las miradas insistentes e indiscretas de Bruno en su dirección durante toda la noche. Era más, mucho más de lo que estaba dispuesto a tolerar.

¿Y la maldita oferta de trabajo? Fue una verdadera prueba de paciencia para santos, y yo no lo soy, así que fracasé miserablemente.

Ese desgraciado siempre quiso lo que es mío, desde que éramos niños. Crecimos juntos, nuestros padres son amigos, trabajaron juntos toda la vida y esperaban que repitiéramos sus caminos, pero limitamos las similitudes a los vínculos laborales, y eso, porque nuestros padres insisten.

Nunca nos llevamos bien, ni siquiera cuando correteábamos desnudos por la casa logramos esa hazaña, y después de esta noche, estoy seguro de que nunca lo lograremos.

Y solo de recordar sus miradas lujuriosas, ¡maldita sea! La forma en que devoró a Eliza con los ojos en cuanto llegó a la mesa, cómo su mirada se hundió en su escote, cómo sonreía de manera nada inocente, esperando captar su atención. ¡No! Definitivamente no tragaría esos sapos.

—Disculpen, señores. La llamada se extendió más de lo esperado —justifico mi ausencia apenas regreso a la mesa, mirando al hijo de puta directamente a los ojos, porque me importa un carajo lo que los demás piensen que estuve haciendo, pero quiero que él lo sepa.

Su ceja arqueada me indica que sospecha algo, pero no es suficiente. Como el buen cabrón que soy, llevo discretamente mis

dedos a la nariz y aspiro el olor de Eliza, manteniendo la mirada fija en Bruno, quien frunce el ceño con disgusto y aparta la mirada. Lo que hace que todo sea aún más satisfactorio para mí.

—No hay problema, João Pedro. Mañana recibirás los contratos firmados y actualizados.

—Perfecto.

La conversación continúa, girando en torno a los temas tratados en la reunión y, unos minutos después, Eliza se une a nosotros. Interrumpo lo que estaba diciendo para mirarla. Su piel, aunque más calmada, sigue ligeramente sonrojada, y su cabello, que antes caía suelto por la espalda, ahora está recogido en un solo lado del cuello.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Está tratando de ocultar la marca que dejé, y eso ya dice mucho a quienes debían recibir el mensaje.

—¿Todo bien con los documentos? —pregunto, apenas ella se sienta, y muestra confusión por unos segundos antes de entender lo que estoy haciendo.

—Sí, logré contactar a Norma, a pesar de la hora. Los documentos serán reescritos y reenviados mañana a primera hora —responde, y tengo que controlarme para no alzar una ceja de sorpresa.

No esperaba una respuesta tan detallada, solo un sí o un no, pero hasta se acordó del nombre de Norma. Interesante.

Entre el postre, el café y la conclusión de todos los temas pendientes, pasamos otra hora y media en el restaurante, y cuando subimos al auto ya pasaban de las once de la noche. Eliza pasó el resto de la noche callada y seria, sin que sus ojos se fijaran en ningún lugar más allá de su plato o taza de café por más de dos segundos.

Parece avergonzada, pero eso no tiene sentido. ¿Por qué se sentiría avergonzada por lo que pasó en el baño a estas alturas de nuestra "relación"?

***

Eliza se sienta en el borde del asiento, apoya la cabeza contra la ventana y deja que su mirada se pierda en la noche mientras el auto comienza a moverse. La observo con el ceño fruncido, pero ella no parece notar mi atención, o simplemente me ignora, no lo sé. Sin embargo, no estoy dispuesto a ser ignorado. Con la ventana separándonos y la parte delantera del auto elevada, lanzo la primera pregunta.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —le pregunto, pero ni siquiera me mira.

Nada.

—Eliza —insisto con tono grave, y finalmente clava sus ojos en los míos, llenos de furia.

Mis cejas se levantan de inmediato. ¿Pero qué demonios...?

—¿No sabes lo que pasó?

Su rostro refleja una expresión dolida que realmente no entiendo.

—No —respondo lo obvio.

—Lo que pasó es que me trataste como lo que dijiste que no sería. ¡Me trataste como a una puta! Y solo han pasado cuatro días, ¡João! ¿Cómo me vas a tratar dentro de un mes?

La palabrota deja en claro cuán enojada está, y extiendo la mano hacia ella, pero Eliza se aparta, negándose a ceder.

—Eliza, si quieres pelear, ya sabes cómo funciona. Es así o no es de ninguna manera, ¿qué prefieres? —Ella resopla, sarcástica. ¡Maldita sea!—. ¡Eliza! —digo con firmeza, perdiendo la paciencia.

Su ceja se eleva y su rostro se transforma en un desafío. Ahí está, parece que esta noche la chica atrevida quiere salir a jugar. Ya estaba tardando. ¿Cuánto dijo que ha pasado? Cuatro días. Sí, tardó bastante.

Me acerco a ella en el asiento, girando mi cuerpo para enfrentarla, y la agarro por la cintura. Eliza se resiste, lo que me saca de quicio.

—¡Maldita sea, Eliza! ¿Puedes cooperar?

—¿Cooperar o hacer lo que tú quieres? Porque siempre es así contigo, ¿no? ¡O es a tu manera, o no es de ninguna forma! —Su tono de voz es alto, enfadado.

—¿Podrías hacer el favor de decirme de qué demonios estamos hablando, Eliza?

—¡Ya te lo dije! ¡De que me trataste como a una puta!

—¿Esto es por hacer que admitieras que eres mi putita, Eliza? Porque si es así, pensé que eso ya estaba resuelto. Y no te quejaste en el momento —comento, sarcástico.

—¡No, maldita sea! —explota, sorprendiendo—. ¡Es por hacerme sentar sin tanga en una mesa rodeada de hombres! ¡Es por haber marcado mi cuello, sabiendo que tendría que volver a la mesa donde todos sabían que unos minutos antes no tenía una marca roja en la piel! —grita, y finalmente entiendo lo que sucedió.

No me lo esperaba, lo confieso. Me lleva unos segundos procesar la información. Ella me mira fijamente, desafiándome a negarlo, pero no puedo, porque realmente lo hice.

—¿Y por qué eso es un problema, Eliza?

—¿Que por qué es un problema? —Su rostro refleja incredulidad ante mi pregunta—. ¿Por qué es un problema? —repite, y su voz se vuelve aguda, llena de ira, mientras sacude la cabeza de un lado a otro—. ¡Es un problema porque me trataste como a cualquiera! ¡Como a cualquiera que puedes exhibir como un animal de circo, como te dé la gana, donde te dé la gana!

—¿Es eso lo que crees que pasó? —Inclino la cabeza, observándola.

—¡Eso fue lo que pasó!

—No, no lo fue. Y si haces lo que te pido, te lo explico.

Eliza suelta una risa sarcástica.

—¡Eres increíble! —me acusa.

—Tal vez lo sea, pero en este caso estoy seguro de mi inocencia.

—¿Inocencia? —Levanta una ceja, incrédula.

—Inocencia. ¿Y bien? ¿Vienes aquí?

—No me voy a sentar en tu regazo, por si lo olvidaste, ¡no llevo tanga! —me susurra, y casi sonrío porque, maldita sea, es deliciosa cuando está enojada.

La agarro por la cintura y la atraigo hacia mí. Eliza se retuerce, pero el espacio reducido está a mi favor, y termina exactamente donde quiero: sentada, con las piernas abiertas a mi alrededor, encajándome entre ellas.

La expresión en su rostro no es nada amistosa, pero ¿acaso no fue esa misma mirada lo que me hizo perder la cabeza por ella desde el principio?

—Eliza, no quise exponerte a esos imbéciles. Sí quería mandar un mensaje, pero no era ese y no era para todos ellos. —Ella no dice nada, solo me observa con esa mirada indignada—. ¡El hijo de puta de Bruno te estaba devorando con los ojos toda la noche, maldita sea! —Ahora soy yo quien se enoja—. Toda. La. Maldita. Noche.

—¿Y qué tiene que ver mi ropa interior con eso?

Eliza no se deja convencer, su expresión sigue siendo la misma, desafiante.

—Necesitaba que él entendiera que tu cuerpo, Eliza, tiene dueño. Y ese dueño soy yo. Y tú, regresando del baño con el rostro enrojecido, el cabello desordenado y el cuello cubierto, justo después de que yo volviera a la mesa, le dejaste eso bien claro.

Parpadea, incrédula, abre la boca solo para cerrarla unos segundos después, respira hondo, como si intentara controlarse, y finalmente habla.

—También podrías haberme orinado. ¿Qué pasa? ¿No se te ocurrió antes? ¡Gracias a Dios! Mi dignidad está por los suelos, pero al menos no apesto a orina, ¿no? —responde, exaltada, tan, pero tan hermosa, ¡maldita sea!

No puedo evitar sonreír, y eso la enfurece aún más. Comienza a moverse en mi regazo, intentando escapar, pero yo rodeo su cintura, manteniéndola pegada a mí.

—¡Eres la maldita mujer más hermosa que he visto, Eliza! ¡La más jodidamente hermosa! —digo con el rostro tan cerca del suyo como ella me lo permite, enfrentando su mirada asesina.

Su pecho sube y baja en una respiración entrecortada, su cuello y rostro están enrojecidos, y sus fosas nasales se ensanchan con cada inhalación.

—¿La mujer o la puta? —pregunta, furiosa, y no es mi culpa que siga diciendo justo lo necesario para hacerme sonreír.

—Pensé que ya habíamos dejado claro eso, Eliza. La mujer... y mi putita. Mi deliciosa putita —susurro junto a sus labios, y su mirada podría perforar mi rostro. Abre la boca e inclina la cabeza, indignada por mi respuesta.

—No vas a disculparte, ¿verdad?

—No, no lo haré. No te faltaría el respeto de esa forma. No me arrepiento, y no voy a mentir solo para que te sientas menos molesta. Lo haría todo de nuevo, Eliza. Y ni siquiera puedo decir que no volveré a hacerlo, sabiendo que eso te enfurece.

Ella abre los ojos con sorpresa y luego los entrecierra, niega con la cabeza y frunce el ceño, para finalmente rendirse en su intento de hablar. Solo vuelve a mirar por la ventana, ignorándome, aunque su vulva desnuda sigue sobre mi verga erecta y excitada por toda su rebeldía.

—Eliza —la llamo, deslizando mis dedos entre su cabello, apartándolo de su cuello y dejando a la vista la marca que le hice.

La sensación es primitiva, deliciosa. Saber que la he marcado solo es superado por el momento en que finalmente pueda ver mi semilla deslizándose entre sus piernas.

Acercando mi rostro a su escote, rozo mi nariz contra su piel, lo que finalmente atrae su atención.

—No entiendo. Está bien que me faltes al respeto haciendo lo que hiciste, pero ¿disculparte no está bien?

—No te falté al respeto, Eliza. Lo aceptaste cuando firmaste el contrato. Eres mía para hacer contigo lo que quiera. Y hoy quise

demostrar que eres mía. No me arrepiento y no me disculparé por ello. Es quien soy.

—¿Tuya para degradarme?

—¿Es eso lo que significa ser mía para ti? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Es lo que hacen sentir actitudes como la que tuviste.

—No fue mi intención. Por eso, me disculpo si te sentiste menos de lo que eres. No sé cuántas maneras más puedo decirte esto, Eliza. No eres una prostituta y, más que eso, no eres alguien que pueda ser menospreciada. Y mientras yo esté aquí, nunca permitiré que eso pase, y tienes que confiar en mí. Si no permitiré que otros lo hagan, tampoco lo haré yo. No importa lo que diga o cómo actúe, nunca será para hacerte sentir menos, pero sí haré cosas que tal vez no te gusten o no entiendas. Eso no significa que estén mal, y no me disculparé por ellas.

Eliza asiente con la cabeza, claramente no satisfecha, pero la furia, que ahora sé que surgía de la sensación de haberla humillado y tratado como a una prostituta, ya no está presente.

—Ahora viene lo mejor, cariño.

Frunce el ceño, preguntándome silenciosamente de qué estoy hablando.

—Después de pelear, tenemos que reconciliarnos.

Sonrío, y ella chasquea la lengua.

—Eso no va a pasar, João.

—¿Es un desafío?

Su expresión pasa de decidida a preocupada.

—No, no lo es —responde con seriedad, y me acerco aún más a ella.

Paso mi pulgar por su mejilla, y sus ojos, todavía dolidos, me miran. Algo dentro de mí se retuerce al saber que fui yo quien la dejó así, pero no voy a disculparme por cuidar lo que es mío, aunque ella no lo entienda.

—No quería lastimarte.

—No querer no es suficiente.

—Es todo lo que puedo ofrecerte.

Eliza asiente y exhala profundamente, asimilando mis palabras. Luego inclina la cabeza a un lado, como si reflexionara sobre ellas, antes de volver a asentir.

Acerco mi rostro al suyo. Su aroma se infiltra en mis sentidos. Me encanta su maldito olor; fue lo único que no dejé que Carol comprara, un perfume, porque el suyo natural es el mejor que existe.

—Déjame recompensarte —susurro, dejando besos suaves en su rostro, y su expresión se torna dividida—. Déjame hacer que te sientas bien —le murmuro al oído, antes de pasar mi lengua por su lóbulo y morderlo suavemente.

Eliza se estremece con la caricia, como una gatita mimada. Y me encanta. Tanto como me encanta verla enojada, me encanta verla perdiéndose en mí, para mí, conmigo. Completamente entregada.

Mi mano agarra con fuerza su cintura, mientras la otra sujeta su cuello y desliza un solo pulgar por su piel blanca y delicada.

—Déjame mostrarte cuánto te adoro a mi manera, Eliza.

Paso mis dientes por su mandíbula hasta que mi boca alcanza la suya, sus ojos claros buscan algo en los míos, parecen tristes por un momento, pero como si una ráfaga de viento se llevara el sentimiento, su expresión cambia de golpe, y me besa.

Sus labios tocan los míos como una invitación, y no la desperdicio. La beso con fuerza, presionando mi boca contra la suya, empujando su cabeza hacia mí, haciendo nuestro intercambio tan intenso que Eliza tiembla en mis brazos.

Mis dedos se expanden por su espalda desnuda, tocando su piel, sintiendo su calor y deleitándome con cada centímetro. Mi erección crece, haciendo que mi pantalón se sienta cada vez más ajustado.

Los senos de Eliza se aplastan contra mi pecho mientras degusto su lengua, saboreando cada gota de saliva robada de su boca deliciosa. Tiro de su labio con los dientes, y ella jadea, sus brazos, que estaban caídos a los lados, finalmente envuelven mi cuello, y empuja su cuerpo hacia mí, entregándose por completo al contacto.

Vibro, encantado. La sensación de su cuerpo caliente en mis brazos es tan placentera que un gemido se me escapa, y no tiene nada de sexual. Ella suelta mi boca y muerde mi mentón, sus dientes atrapan algunos cabellos de mi barba antes de que baje hasta mi cuello y lo lama.

Sus pequeños dedos se enredan en mi cabello y, sin poder o querer contenerme, deslizo mis manos por su cuerpo hasta encontrar el borde de su vestido, meto las manos por debajo, encuentro su culo completamente desnudo y lo aprieto con fuerza.

La suavidad de su carne llenando mis manos es tan increíblemente placentera que mis caderas se mueven hacia arriba, buscando su vagina abierta sin que siquiera lo piense.

Eliza me descontrola. Su aroma, su sabor, la sensación de su piel contra la mía, sus caricias, cada vez más atrevidas y siempre tan entregadas, borran cualquier otra cosa de mi mente que no sea ella.

Los momentos con Eliza en mis brazos se han convertido, cada vez más, en aquellos en los que me siento libre de todo, libre para tomarla por completo, pero también, libre para ser completamente yo. Mientras estamos juntos, todo lo que soy es de ella.

Escucho su profunda inhalación cuando entierra la nariz en mi cuello y respira mi olor.

—Tu aroma es tan delicioso —murmura con una voz sensual como el mismísimo infierno, y sus dedos descienden por mi cuello, recorren mi nuca hasta llegar al frente de mi corbata. Sus manos delicadas deshacen el nudo con la habilidad de una experta, y me pregunto, por un segundo, si ha estado practicando.

—No más que tu boca.

Lamo sus labios rosados y carnosos, todavía intactos, pintados con el labial rojo y ahora hinchados por la intensidad de nuestros besos. Ella sonríe y pasa la corbata, ya suelta, por mi cuello, para luego desabrochar los primeros botones de mi camisa y meter las manos, acariciando mi pecho antes de bajar la cabeza y lamerlo sin pudor alguno.

La lengua caliente y húmeda deslizándose por mi piel me causa un desespero tal que mi erección se vuelve insoportablemente dolorosa. Aprieto sus nalgas, abriéndolas antes de frotar la vulva desnuda de Eliza contra mí. El contacto me hace gruñir, y ella gime, moviéndose con deseo en mi regazo.

—¿Qué te parece hacer eso con mi pene enterrado hasta el fondo en ti? —susurro, con la voz ronca, provocativo, pero sufriendo tanto

como ella con el efecto de mis propias palabras. Sus ojos se clavan en los míos.

La percepción de su entrega me golpea como un rayo, porque saber que realmente logré hacerla olvidar todo lo que la molestaba solo con mis caricias me enloquece como ninguna mujer lo ha hecho antes.

Se pone de rodillas, dándome espacio para moverme. Desabrocho mi cinturón, abro el pantalón y, cuando estoy a punto de sacar mi miembro, las manos de Eliza me detienen y es ella quien lo sujeta, haciendo que mi cuerpo se estremezca al sentir su toque, liberándolo de la ropa interior mientras lo masajea suavemente.

Levanto las caderas para sacar la billetera del bolsillo, pero el movimiento hace que ella me exponga aún más, y aprieto los dientes.

Agarro el condón más rápido de lo que he hecho cualquier otra cosa en mi vida y observo cómo Eliza me lo pone, sin torpeza esta vez, como en las primeras veces. Ella se posiciona sobre mí, alineando mi verga con su entrada, y mis manos se posan sobre sus caderas.

—Baja, Eliza.

Y ella lo hace, deslizándose hacia abajo, engulléndome despacio, gimiendo de placer con cada centímetro que la invade, y no sé qué demonios es más delicioso: si la sensación de su vagina caliente, húmeda y apretada tragándose mi miembro, estrechándolo como un puño cerrado, o su mirada borracha de placer mientras lo hace. Apoyo mi pecho en el de ella y entierro la nariz en su cuello, respirando su aroma.

Los gemidos de Eliza se vuelven más largos cuando llega al fondo y vuelve a subir, antes de bajar otra vez, esta vez moviendo las

caderas en círculos. Dejo que mi lengua se deslice por todo su cuello, mandíbula y mentón, mientras ella echa la cabeza hacia atrás, disfrutando como loca cada embestida.

—¡Qué maldito placer, mierda!

Gruño, cuando aumenta la velocidad y empieza a brincar en mi regazo, creando embestidas rápidas, cortas y precisas. Ataco su boca, meto la lengua en ella y robo sus gemidos, su saliva, bebo su deseo y placer mientras no deja de moverse, con los ojos en blanco.

Siento su clítoris rozándose contra mi pelvis cuando se contonea conmigo completamente enterrado dentro de ella, y la penetro profundamente, con estocadas cortas, haciendo que grite y se retuerza sobre mí.

—¡Acaba para mí, hermosa! ¡Acaba en mi verga!

Gruño contra su piel, y ella obedece, como si la orden fuera justo lo que su cuerpo desesperado por alivio necesitaba.

Ella alcanza el clímax y tiembla en mi regazo, mientras sigo embistiendo rápido en su calor húmedo, perdiéndome en mi propio placer, en el calor, en la humedad, en la sensación de su apretón, hasta estallar dentro de ella con un gruñido seco y mi cuerpo temblando.

Eliza apoya la frente en mi hombro y, todavía dentro de ella, rodeo su cintura con mis brazos. Perdido en la sensación de tenerla así. Completamente mía.

34.

ELIZA PORTO

Cinco días desde aquella fatídica cena.

Cinco días desde que me penetraron en un baño y me gustó.

Cinco días desde que João Pedro me hizo caminar sin ropa interior y sentarme a la mesa con un grupo de hombres, y lo odié.

Cinco días en los que no mostró ni un ápice de arrepentimiento.

Cinco días desde que todos mis tontos sueños de Cenicienta se hicieron pedazos en el suelo de un baño lujoso, y me vi obligada a pisotearlos mientras llegaba al clímax en los dedos de un hombre que lo hacía, no para mi placer ni el suyo, sino solo para demostrar que podía hacerlo.

Cinco días desde que entendí que realmente estoy sola, y que eso no va a cambiar. Si un hombre guapo, atractivo y rico toca a tu puerta ofreciéndote todo lo que necesitas cuando estás viviendo en la miseria, ¿qué haces?

Fantaseas que es un príncipe azul.

No puedo ser juzgada por haberme sentido salvada. Creo que esa sería la reacción normal de cualquiera, de cualquier mujer que llevaba mucho tiempo sin saber lo que era ser cuidada. Entonces, al final, supongo que debería agradecerle a João Pedro. Porque, esta vez, realmente me salvó.

Me salvó de dejar que sentimientos tontos y completamente sin futuro siguieran creciendo libremente dentro de mí.

João Pedro me salvó de ser estúpida y de creer que esto, lo que sea que es, me llevaría a un "felices para siempre". Me salvó de seguir dejándole tratarme como una muñeca de trapo y de permanecer sumisa, sin hacer absolutamente nada al respecto.

Esto se acaba aquí.

Puede tener mi tiempo, mi cuerpo e incluso el control sobre mis decisiones, pero no tendrá mi corazón.

La verdad es que, después de su afirmación categórica de que no se disculparía porque no se arrepentía, finalmente pude pensar con claridad por primera vez desde que sus ojos se cruzaron en mi camino.

João Pedro me ve como una propiedad; los dueños no se preocupan por los sentimientos de sus cosas. Simplemente las usan y manipulan de acuerdo con lo que es mejor para ellos. Nunca me engañó en eso; yo solo elegí verlo todo con lentes color de rosa. Pero, afortunadamente, sus acciones esa noche hicieron pedazos esos lentes sin ninguna piedad.

Soy suya, pero él no es, ni nunca será, mío.

No importa que gruña mi nombre mientras se pierde en mi cuerpo.

He tomado una decisión. He decidido que si mi vida se convierte en un libro, no será en una novela tonta y cliché.

Sentada en el suelo del clóset, el pequeño ejemplar de tapa negra en mis manos casi me sonríe cuando las primeras lágrimas silenciosas se deslizan por mi rostro.

El poema corto, de apenas cuatro versos, me definió tan bien que fue imposible contenerlas.

“Quisiera poder mirarme en el espejo sin desviar la mirada inmediatamente”.

—La cura está en camino II.

Si mi vida tiene que ser un libro, será este que tengo en mis manos. Un libro que compré hace mucho tiempo, pero que hasta hoy no me había atrevido a abrir porque su título me aterraba. Hasta hoy nunca pensé que sería capaz de hacerlo verdad para mí. Hasta hoy.

“La princesa se salva sola en este libro”.

El celular a mi lado empieza a sonar, y sonrío, porque la paz que me da esta llamada ya no me la va a quitar nada.

—Hola, mamá —respondo la llamada.

***

Jadeando, João se deja caer a mi lado en la cama mientras trato de regular mi respiración. Todo mi cuerpo aún siente los efectos del reciente orgasmo, de la deliciosa sensación de tenerlo dentro de mí.

Mi piel sudorosa se adhiere a las sábanas como si fueran pegamento, y mi corazón late acelerado en el pecho, como si acabara de correr una maratón. Pero, decidida a hacer exactamente lo que planeé durante la tarde, me obligo a levantarme, a pesar de la pesadez post-orgásmica, y me dirijo al baño.

Paso allí todo el tiempo que considero necesario, esperando que, al salir, mi cama ya esté vacía. Después de una larga ducha, regreso al cuarto, ya no desnuda o envuelta en una toalla, sino vestida con una bata, y descubro que fue una buena idea, porque encuentro a João Pedro exactamente donde lo dejé, excepto por la postura.

Ahora está sentado con las piernas estiradas frente a él y la espalda apoyada en la cabecera de la cama, gloriosamente desnudo.

Cada centímetro de él, y no puedo evitarlo, incluso después de cuatro rondas de sexo y quién sabe cuántos orgasmos, verlo así me excita. Es una maldita tortura.

—No me mires así, no es posible que quieras más —dice, divertido.

—En realidad, no. Y si tú tampoco quieres, me gustaría dormir ahora, João Pedro. —Inclina la cabeza hacia un lado y sus ojos se entrecierran levemente.

—¿Me estás echando?

—No, te estoy diciendo que estoy bien y, si tú también lo estás, me gustaría dormir.

Él exhala con fuerza y cruza los brazos sobre su pecho. El movimiento hace que los músculos de sus bíceps y tríceps resalten, y la imagen es absurdamente sexy. Si al menos fuera feo o no tuviera tanto atractivo, todo sería mucho más fácil.

—¿Quieres hablar?

—João Pedro, realmente no creo que haya nada de qué hablar, estoy cansada y solo quiero dormir... ¿Te parece bien?

Él se pasa las manos por el cabello, echándolo hacia atrás, y suelta una risa seca, completamente carente de humor.

—Pues yo creo que hay muchas cosas de las que debemos hablar, empezando por el hecho de que llevas días en las nubes o, por ejemplo, el hecho de que de repente soy *João Pedro*.

—¿No es ese tu nombre? —le pregunto, arqueando las cejas.

—Para ti nunca lo fue. Me llamaste João desde la primera vez que dijiste mi nombre. ¿Entonces, qué cambió?

Es mi turno de inclinar la cabeza y mirarlo con cansancio.

—No puedes hacer lo que hiciste, decir que no te arrepientes, que posiblemente lo harías de nuevo, y esperar que eso no tenga consecuencias, João Pedro. —Frunce el ceño.

—¿Todavía estamos hablando de eso?

Sonrío, no porque me haga gracia, sino porque es exactamente el tipo de comentario que esperaba de él. Puedo conocerlo solo desde hace semanas, pero su indiferencia respecto al tema no me sorprende en absoluto.

—No, no estamos hablando de nada. Y, si ya terminaste, realmente quiero dormir ahora.

—¿Así que eso es todo? ¿Me vas a castigar por algo que ya dije que no tenía intención de hacer? No soy un niño, carajo. No puedes castigarme, Eliza. Solo perderemos el tiempo.

Niego con la cabeza y frunzo el ceño.

—No todo gira en torno a ti, João Pedro. ¡El maldito mundo no da vueltas a tu alrededor!

—¿Entonces de quién se trata, Eliza? Porque, hasta donde yo veo, soy yo a quien estás apartando.

Resoplo, indignada por la audacia de este hombre.

—¡Se trata de mí!

Mi tono de voz sale completamente alterado, y siento mi rostro contraerse por la rabia que invade todo mi cuerpo. Mis fosas nasales

se dilatan, y mi cuerpo se pone rígido. Con los brazos pegados al cuerpo, noto cómo las venas de mi cuello sobresalen.

—¡De mí! Porque, intencionalmente o no, João Pedro, la realidad es que lo hiciste, y no voy a darte la oportunidad de hacerlo de nuevo. Si tanto quieres que lo diga en palabras, ¿qué tal estas palabras? Puedes tener todo mi cuerpo cuando quieras, puedes tocarme en baños, en autos, en playas, helicópteros, donde creas que será más placentero, por cualquier razón que consideres suficiente. Mi placer, tu placer, marcar territorio, matar el aburrimiento, ¡me da igual! Pero nunca más tendrás la oportunidad de lastimarme por ello.

—Eliza.

—No. ¡Ni lo pienses! No quiero tener esta conversación y no la voy a tener —digo, firme—. Estoy cansada, y si no sales tú de la habitación, me voy yo.

Él se frota la cara con las manos y exhala con fuerza. Se levanta de la cama, recoge su ropa, esparcida por el suelo en el desorden habitual en que queda mi cuarto todas las noches, y se marcha sin mirar atrás.

35.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Tres semanas.

Veintiún días.

Quinientas cuatro horas desde que Eliza firmó el contrato.

Y si antes creía que ella ocupaba cada uno de mis pensamientos, no tenía idea de lo que esa maldita bruja todavía sería capaz de hacer. En cada minuto de mi día, con cada respiración que doy, cada vez que abro y cierro los ojos, no importa, ella siempre está ahí. El deseo por ella es una maldita adicción que parece no querer solo dominarme, sino consumir.

Y todo esto solo empeoró desde aquella maldita cena. Nunca la habría llevado si hubiera sabido que causaría todo este drama. Desde esa semana, Eliza cambió. Así de simple, como si hubiera girado una llave.

Sigue siendo tan ardiente como el mismísimo paraíso, pero el resto... Nada más está allí, a mi disposición. Todas las noches, cuando llego a casa, ella me espera. Dispuesta, incluso ansiosa, diría yo.

Eliza es un huracán en la cama, y no tengo idea de cómo pudo mantenerse intocable tanto tiempo. Quiero decir, ¿dónde diablos vivía esta mujer que ningún hombre la reclamó antes?

Le encanta aprender y probar cosas nuevas. No le tiene miedo a nada y siempre está dispuesta a todo. Pero desde aquella primera noche en que me echó de su cuarto, eso es todo lo que tengo. Su cuerpo.

No es que quiera dormir abrazados, pero extraño hablar con ella, sus sonrisas, su disposición para escucharme y hablar, y, como por arte de magia, todo eso desapareció.

Bastó una maldita prenda de ropa interior, y empezó a actuar como si todo lo que me importara de ella fuera el sexo.

Ella me usa y se deja usar, como si lo hubiera hecho toda la vida, y eso me ha estado consumiendo, pedazo a pedazo, desde entonces.

Desde esa maldita noche en que salí de su cuarto enfurecido. No quería irme, pero estaba tan molesto que me preocupaba decir algo que no debía, así que decidí que hablaríamos después. Sería lo mejor. Al día siguiente, concluí que no. Que todo pasaría. Lo mejor era dejarlo tranquilo y, en unos días, Eliza volvería a la normalidad.

No podría haber estado más equivocado, porque ella hizo exactamente lo contrario. Se volvió más distante y firme en sus decisiones con cada día que pasaba.

No esperaba estos sentimientos. No esperaba que cada vez que la escuchara llamarme João Pedro, mi corazón se encogiera. No esperaba que la ausencia de nuestras conversaciones me causara insomnio. Y, definitivamente, no esperaba arrepentirme, porque no soy un hombre que se arrepiente... o al menos no solía serlo.

Cuando le dije a Eliza que no me disculparía porque no me arrepentía de lo que había hecho, no mentí. En ese momento, lo último en mi mente era el arrepentimiento; estaba muy satisfecho conmigo mismo, actuando exactamente como siempre lo he hecho.

El problema es que Eliza no es como las mujeres con las que siempre he estado. Ni un solo cabello de esa melena castaño-dorada se acerca a ser común.

Por eso, su reacción a mi actitud no podía haber sido diferente, aunque me tomó completamente desprevenido. Respondió a mi acción banal desatando el infierno sobre mi cabeza. Y la maldita bruja no hizo nada que yo hubiera considerado necesario para hacerme sentir esa quemazón semanas atrás. Simplemente me alejó.

No me negó su boca, su cuerpo, ni el sexo. Solo se negó a entregarse por completo, y eso ha sido mucho peor que tener que arreglármelas solo con mi mano. Porque el sexo, eso puedo remediarlo, pero su ausencia, no.

Se volvió imposible no arrepentirme, porque, como dije, ella no actuó, solo reaccionó, y soy perfectamente capaz de reconocer eso.

Exhalo con fuerza y me paso las manos por el cabello por milésima vez en el día, y todavía no son ni las once de la mañana. La verdad es que concentrarme ha sido un desafío diario, después de todo, todo en lo que mi mente quiere pensar es en Eliza y en una forma de arreglar toda esta mierda, de hacer que las cosas vuelvan a la normalidad, pero, ya sea por falta de costumbre o por pura incapacidad, no se me ocurre nada.

Eliza es demasiado terca para su propio bien, y también decidida. Regalarle algo no haría ninguna diferencia, decir que me arrepiento, tampoco. Ella necesita un gesto, necesita un maldito gesto significativo, y no tengo idea de cuál podría ser.

—Señor Govêa. —Norma entra en mi oficina y espera en la puerta, arrancándome de mis pensamientos con el sonido de su voz.

—Sí, Norma.

—No tiene ninguna reunión en las próximas horas. ¿Podemos hablar?

—Claro. ¿Pasó algo? ¿Está todo bien? —pregunto, alarmado. No necesito otro problema ahora, pero ella sonríe.

—Todo está bien, joven. Pasó algo, sí, pero es algo bueno. —Norma se sienta en la silla frente a mí—. Mi Newton se jubiló, y creo que ha llegado el momento de que yo haga lo mismo.

Parpadeo, atónito.

—¿Qué?

—Soy una mujer vieja —dice, sonriendo—. Ha llegado mi momento. Necesito vivir lo que me queda de vida haciendo algo más que trabajar, joven.

—Norma...

Es todo lo que consigo decir mientras dejo caer mi cuerpo en la silla, haciéndola girar levemente. Me paso las manos por la cara, frotándola rápidamente antes de deslizar los dedos por mi cabello. No estaba preparado para esto.

—Calma, muchacho. No voy a dejarte así de repente. De eso quería hablar contigo.

Asiento con la cabeza para que continúe, sin saber qué decir. Pero la pregunta se enciende en mi mente junto con la preocupación, porque todo esto es demasiado inesperado para ser tan simple.

—¿Por qué ahora, Norma? Quiero decir, podrías haberte jubilado antes. Entiendo que la jubilación de tu esposo sea un factor, pero ¿de verdad es solo eso?

Norma sonríe ampliamente.

—No, no lo es. De hecho, hasta hace poco no creía que alguien pudiera reemplazarme.

Un sonido irónico sale de mi garganta.

—Eso es porque nadie puede, Norma. Llevas más de treinta años en Govêa. Va a ser imposible sustituirte —dejo claro lo obvio, y ella suelta una carcajada.

—Me halagas, chico. Pero nadie es insustituible. Solo era cuestión de encontrar a la persona correcta.

—¿Y quién es esa santa, Norma?

—La jovencita que vino a entrevistarse contigo hace unas semanas. Eliza Porto.

—¿Qué? —Mi pregunta suena más como una exclamación, y abro los ojos de par en par, sin poder creer lo que acabo de escuchar—. Norma, creo que no escuché bien.

Ella inclina la cabeza, condescendiente.

—Sí, escuchaste bien. Me gustaría entrenar a la señorita Eliza para que asuma mi puesto. No tengo prisa. No hay un plazo para dejar Govêa, así que tendré todo el tiempo necesario hasta que considere que está lista.

—Norma... —Paso las manos por mi cabello otra vez, nervioso, sin saber por qué. Después de todo, tener a Eliza cerca todo el tiempo no sería algo malo; de hecho, parece una solución caída del cielo para mis problemas.

Un trabajo real es justo el tipo de gesto que Eliza vería como una señal de paz. Pero el problema es: ¿y cuando todo esto termine? ¿Y si me canso de ella? No puedo tenerla como la reemplazante de Norma, ¡maldita sea!

—João Pedro, no estoy pidiendo nada definitivo. Es solo un entrenamiento. Si no estás satisfecho cuando considere que está

lista, podemos retrasar mi jubilación hasta que encuentre y prepare a otra candidata.

Estoy seguro de que Norma no tiene idea de que lo que realmente me preocupa es quedarme sin una secretaria competente cuando me canse de acostarme con la que ella quiere entrenar.

Pienso en ello durante unos minutos. Definitivamente, es algo que a Eliza le encantaría.

Eliza es inteligente, aunque no tenga estudios universitarios. Es apasionada por los libros y la literatura, lee diarios y está bien informada. Aprende rápido y, cuando todo termine, tendrá experiencia real para poner en su currículum. Incluso podría darle una carta de recomendación.

La idea empieza a tomar forma en mi mente, y me gusta cada vez más. Pero no puedo dejar que Norma piense que ha sido demasiado fácil.

—¿Por qué ella, Norma?

—¿Honestamente? —pregunta, y asiento con la cabeza.

—Soy tu jefe y, si tienes razón, también seré el jefe de ella. La chica no tiene formación académica para ocupar este puesto. Si tienes un motivo, quiero saber cuál es.

—Yo tampoco tengo formación académica para estar donde estoy y, hace menos de cinco minutos, decías lo insustituible que soy —argumenta con las cejas arqueadas—. Pero tuve experiencia y ganas de aprender, por eso adquirí conocimientos. ¿Es razón suficiente para ti? —pregunta, casi frunciendo los labios en una expresión de "Sé que tengo razón, y nada de lo que digas lo cambiará".

—Odio cuando tienes razón —murmuro en voz baja.

—”No importa cómo se vistan, cómo huelan o qué coman, los niños son solo niños y siempre lo serán” —responde con una sonrisa, y yo, contra mi propio buen juicio, pongo los ojos en blanco.

—Está bien, Norma. Pero déjame que sea yo quien hable con ella.

—Como usted prefiera. —Retoma su tono formal—. Podemos empezar el lunes si ella acepta y si Recursos Humanos logra formalizar su contratación para entonces.

—De acuerdo. Te aviso mañana. —Norma sonríe, asiente y se levanta, saliendo de la oficina y dejándome con la cabeza llena de ideas sobre cómo ofrecerle esto a Eliza sin que parezca que quiero comprarla, cuando eso es exactamente lo que quiero hacer.

36.

JOÃO PEDRO GOVÊA

—Pareces sorprendida —digo a Eliza, que me mira con desconfianza.

—Porque lo estoy. Quiero decir, llegas a casa a las cinco de la tarde un martes, cuando no haces eso ni siquiera los domingos, y luego me invitas a cenar. No me avisas, no me ordenas. Me invitas. Eso no se parece mucho a tu Modus Operandi —se justifica, y sonrío.

—Salí temprano del trabajo el día que te traje aquí.

—Y, desde entonces, nunca más.

—¿Me extrañas, Eliza? —pregunto, divertido, y ella se sonroja antes de soltar el aire con fuerza, molesta.

—Bueno, no es como si tuviera mucho que hacer aquí además de esperarte, ¿verdad?

—Es exactamente por eso que quiero llevarte a cenar. Me di cuenta de que no estoy siendo justo contigo. No eres mi prisionera, Eliza. Y en las últimas semanas has estado atrapada en esta casa sin mucho que hacer, más que, como dijiste, esperarme. Tenías razón.

Eliza inclina la cabeza, observándome con los ojos entrecerrados.

—Te estoy tratando como lo que dije que no serías. Me equivoqué, Eliza. Lo que hice la noche de aquella cena no fue justo contigo, y sé que dije que no me arrepentía, y era cierto en ese momento, pero ya no es así. Lo siento.

Ella suelta una risa que suena más como un rasguño en su garganta, antes de abrir la boca y negar con la cabeza.

—¡Eres increíble! ¡Dijiste que no me faltarías al respeto de esa manera! —me grita, enfadada.

—¿Increíble por disculparme? —Finjo no entender, exactamente como lo ensayé todo el día.

Después de que Norma salió de mi oficina, me quebré la cabeza y llegué a tres conclusiones diferentes: el trabajo no sería suficiente, Eliza no aceptaría mis disculpas con facilidad, necesitaría darle algo más, algo que realmente le importara.

—Estás manipulando lo que digo —dice ella, y exhalo con fuerza, fingiendo un cansancio que no siento.

—No, Eliza. No estoy tratando de manipularte.

—Entonces, ¿qué cambió, João Pedro? ¿Qué cambió? Porque me aseguraste que no te arrepentirías y ahora, unas semanas después, aquí estás, diciéndome exactamente lo contrario.

¡Ahí está! La maldita forma en la que pronuncia "João Pedro" que me saca de quicio. Mi maldito nombre completo, dicho por ella, solo subraya la distancia que está poniendo entre nosotros.

—¡Tú, maldita sea!

Pierdo el control que tanto había ensayado y necesito unos segundos para recuperarlo. Eliza me observa con los ojos muy abiertos, atenta, pero no dice ni una sola palabra.

—¡Tú cambiaste! Te alejaste de mí, Eliza, y has hecho esa distancia más grande cada día. Eso me hizo darme cuenta de que, no importa si lo que creo que estoy haciendo es correcto o no, si te hiere de esa manera, entonces no vale la pena. Una cena, Eliza. No te estoy pidiendo nada más. Si, después de la cena, quieres seguir

tratándome como a un gigoló, no diré nada al respecto. Solo quiero intentar arreglar las cosas, y si todo salió mal en una cena, me parece justo intentar corregirlo en otra. Esta vez, de la manera correcta. Como debió haber sido desde el principio. Solo nosotros dos.

—¿Un gigoló? —pregunta, levantando una ceja.

—¿En serio? De todo lo que dije, ¿eso fue lo único en lo que te fijaste?

—Te llamaste a ti mismo gigoló, por supuesto que dejé de prestar atención.

Doy dos pasos hacia adelante, eliminando la distancia entre nosotros, y acorralo a Eliza contra el mostrador de la cocina, justo detrás de ella.

Su respiración cambia de inmediato, y deslizo los dedos hasta las raíces de su cabello en la nuca. Acercó mi rostro al suyo todo lo posible sin besarla.

—Esto es lo único que he tenido de ti en las últimas dos semanas, Eliza. Tu cuerpo, tu deseo. No hablas conmigo y apenas me miras, a menos que esté cogiéndote, enterrado en ti. Así que, sí, me has estado tratando exactamente como a un maldito gigoló, y por esas palabras no me voy a disculpar.

Sus ojos azules se clavan en los míos, su piel ya caliente suplica por mis labios, esa sensación, maldita y deliciosa a la vez, de sentirme atraído por ella, llena el espacio a nuestro alrededor, y dejo que mi frente se apoye en la suya.

Cierro los ojos, disfrutando la sensación de tenerla tan cerca, de tenerla en mis brazos, pero, maldita sea.

—No era mi intención, ¿sabes? —Su voz suena baja, lenta, haciéndome esperar palabras dulces—. Pero no voy a negar que, ahora, sabes exactamente cómo me siento yo.

—Maldita sea, Eliza. ¡Maldita sea! —La suelto, retrocediendo los dos pasos que había dado antes, y paso las manos por mi cabello.

Exhalo, cerrando los ojos por unos segundos, intentando calmarme, porque acaba de echar a perder todo mi plan mental. Una sola frase, una maldita frase, ¡y todo se va al carajo! Palabras dulces, una mierda.

—Ya no sé qué más decir para convencerte de que no te veo de esa manera.

—No se trata de lo que dices, João Pedro. Se trata de lo que haces.

De nuevo, el maldito "João Pedro".

—Entonces, déjame actuar, ¡maldita sea! —exploto, y esta vez me toma más que unos segundos recuperar el control.

Apoyo una mano en la cadera y la otra la llevo al puente de la nariz, apretando ahí.

Cuando vuelvo a mirarla, Eliza tiene los brazos cruzados sobre el pecho, elevándolos, haciéndolos destacar bajo la camiseta azul marino que lleva puesta.

—Una cena, Eliza. Todo lo que te estoy pidiendo es la maldita cena. —Tengo que tragarme el comentario de que al menos una docena de mujeres estaría ansiosa por decirme que sí si simplemente hiciera una llamada, porque sé que eso no sería un argumento, sino una provocación, lo que no ayudaría en absoluto a mi causa, pero, ¡maldita sea! Esta mujer me saca de quicio.

¿Acaso costaba tanto decir el maldito "sí"?

Ella me observa durante varios minutos, dejando que el silencio se prolongue entre nosotros, como si disfrutara torturarme con la espera de su respuesta, y al final, todo lo que dice son dos palabras.

—Está bien.

—¿Está bien? —repito en tono de pregunta, queriendo quejarme de que eso es todo lo que me está dando, pero el sentido común supera mi frustración, y me lamo los labios antes de chupar y morder el inferior, asintiendo con la cabeza—. Salimos en una hora y media, ¿te parece?

—Me parece —confirma con la cabeza antes de despegarse del mostrador y caminar hacia las escaleras, moviendo esas malditas y deliciosas caderas.

37.

ELIZA PORTO

Me equivoqué.

El restaurante de hace unas semanas no era el más lujoso en el que estaría en mi vida; este lo es.

¿Los restaurantes reciben estrellas como los hoteles? Porque, si es así, este debe estar cerca de las veinte estrellas.

El lugar no es grande, probablemente atiende a pocas personas. Las mesas son pequeñas e íntimas, redondas y cuadradas, sin muchas sillas alrededor, pero lo que realmente hace que el lugar sea impresionante es que, a pesar de estar cubierto, parece una terraza suspendida sobre la selva, ya que las paredes de fondo están completamente cubiertas de follaje.

Hay columnas, gruesas y blancas, que sostienen el techo altísimo, dando la impresión de que las hojas están enmarcadas por enormes ventanales.

Es increíble. No puedo dejar de repetir en mi mente que nunca he visto nada tan hermoso en toda mi vida.

—¿Te gustó? —pregunta João Pedro apenas nos acomodamos en una mesa cerca de una de esas enormes falsas ventanas.

La mesa cuadrada para dos está cubierta por un mantel blanco, con un pequeño arreglo de flores coral en el centro.

—Es diferente al otro —murmuro, aún demasiado impresionada como para evitar que mis ojos recorran cada centímetro del lugar, y él sonríe.

—Esa era la idea. Aquel es un restaurante para cenas de negocios, su objetivo es ostentar y mostrar poder. Este es un restaurante para relajarse, y mi intención era que te sintieras cómoda.

Inclino la cabeza, dejando de observar el entorno para concentrarme en el hombre frente a mí.

Hermoso. Peligrosamente hermoso.

João Pedro sostiene mi mirada, y durante varios segundos nos mantenemos en una intensa conexión, hasta que el camarero llega con los menús.

—¿Puedo elegir por ti? —Frunzo el ceño, porque esa no es su forma habitual de comportarse.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Eligiendo la cena?

—No, João Pedro. —Sus fosas nasales se ensanchan al escucharme llamarlo por su nombre completo.

Eso lo enfurece. Semanas atrás, cuando empecé a llamarlo así, noté que lo incomodaba, ya que no solo se dio cuenta, sino que preguntó el porqué. Desde entonces, me he dado cuenta de que no solo lo molesta, sino que lo enfurece de verdad, y por eso me he divertido mucho aprovechando cada oportunidad de usar sus dos nombres.

—Quiero decir, ¿qué estás haciendo con todo esto? Invitándome a cenar, preguntando si puedes elegir por mí. No suena muy a ti. Normalmente prefieres pedir perdón a pedir permiso, o ni siquiera eso —empiezo con la intención de explicar, pero no puedo evitar el comentario sarcástico al final.

—Bueno, realmente no es lo que suelo hacer, pero lo que suelo hacer no parece estar funcionando contigo, así que... —responde, sonando tan honesto que inclino la cabeza, observándolo, buscando cualquier señal de que solo me está diciendo lo que sabe que quiero escuchar.

—Te extraño, Eliza. —Sus palabras me hacen sonreír sin alegría.

—Apenas me conoces, João Pedro.

—Eso no es cierto. Sé muchas cosas sobre ti, y lo que no sé es porque tú te has cerrado.

—Investigarme no significa conocerme.

—No hablo de lo que descubrí cuando te investigué, hablo de lo que descubrí después. Como, por ejemplo, que disfrutas del sexo tanto como yo, y que, curiosamente, estar desnuda frente a mis ojos no te incomoda, pero hablar de ello sí, como ahora, que te estás poniendo roja.

Baja la voz antes de decir sus siguientes palabras.

—Sé que te gusta cuando acaricio tu clítoris, Eliza, y que pierdes el control cuando te chupo y te lamo.

Mi rostro arde con sus palabras, pero él no se detiene, hace una pausa para observar mi reacción y luego continúa.

—Te encanta sentir mis brazos bajo tus manos, pero no tanto como sentir mi pene en ellas. Sé que contienes la respiración justo antes de llegar al orgasmo, y que bebes mi semen como si fuera la bebida más deliciosa que has probado en tu vida. Sé que muerdes tu labio antes de abrir los ojos después de acabar, y que te gusta sentir tu propio sabor en mi boca.

—Eso... eso es solo, solo sexo —balbuceo, y él se ríe. ¡El maldito se ríe!

—¿Solo sexo? —Levanta una ceja—. Esto es mucho más que sexo, Eliza, mucho más. Es el maldito cielo. Pero si no te convence, ¿qué tal esto? Sé que te gusta usar ropa vieja cuando piensas que nadie te está viendo, pero te da vergüenza. Sé que tu color favorito es el lila, y que tienes pequeños objetos de ese color repartidos por todos los lugares donde estás. ¿O crees que no me di cuenta de que, de repente, mi casa tiene objetos pequeños que nunca había visto antes, y todos son del mismo color?

Parpadeo, verdaderamente sorprendida de que se haya dado cuenta.

—Sé que parpadeas tres veces cuando no entiendes algo, y que adoras los olores cítricos, pero detestas los dulces. Sé que no tienes paciencia para cocinar, pero te encanta hacer postres, porque desde que llegaste a mi casa, siempre hay un pastel, galletas o alguna otra cosa en la cocina, y estoy seguro de que no son obra de la señora Laura. Sé que odias no tener nada que hacer y que, por eso, has estado organizando el depósito solo para sentirte activa, porque, aunque tienes una piscina y un gimnasio a tu disposición, prefieres hacer tareas domésticas antes que ejercicio. Sé que prefieres el té al café, y que tu sabor favorito de helado es el de fresa. También sé que no soportas compartir el postre y que eres adicta a los refrescos. Sé muchas otras cosas, pero estas son mis favoritas.

Parpadeo tres veces antes de hablar, y él sonríe.

—¿Co-cómo sabes?

—Porque he estado observándote, Eliza, y me estoy volviendo loco con la distancia que has impuesto entre nosotros.

—No hagas eso —le pido, sintiéndome de repente asustada.

—¿Hacer qué? —Apoya los codos sobre la mesa y se inclina hacia mí tanto como esta lo permite.

—Esto. Hacerme creer que te importa solo para luego decirme, con lo que haces, que no soy nada.

—Eliza, "nada" no se acerca ni remotamente a lo que eres.

—¿Y qué soy, entonces? —pregunto, y mi corazón late con fuerza en el pecho ante la expectativa de la respuesta, porque, por más que no quisiera, las últimas semanas han sido difíciles para mí.

¡Dios, cómo lo he extrañado! Extrañado el calor de su cuerpo, las caricias, los besos y los toques suaves, las conversaciones y las risas en la cama. Extrañado su olor.

Ni siquiera el regreso de Joana y nuestras conversaciones casi diarias por teléfono, aunque no le haya contado todo lo que ha sucedido y sigue sucediendo, han sido capaces de llenar el vacío que la compañía de João me deja.

Teníamos sexo todos los días, muchas veces, de formas muy distintas. Fue bueno, fue delicioso, y no puedo decir que haya sido inmune a la intimidad de esos momentos, pero, en cuanto terminábamos, me escondía en el baño hasta que él se cansaba de esperarme y se iba por la puerta.

Era eso o ceder o discutir, y no tenía energía para ninguna de las dos cosas, porque ambas me dolerían. Por eso ahora las palabras que espero que salgan de su boca son tan importantes.

Porque, de repente, empezó a enviarme señales confusas, y mi estúpido corazón fue rápidamente golpeado. Pero no quiero dudas, no quiero la posibilidad de engañarme, puedo haber renunciado al control de mi presente, pero, con todas mis fuerzas, voy a agarrar las riendas de mi futuro o, al final de este contrato, no quedará nada de mí para vivirlo.

—Eres tú —empieza, pero se detiene y por un milisegundo me permito tener la esperanza de que va a decir algo que me haga

sonreír, cualquier cosa.

Sé que es patético, pero acepto cualquier cosa. Acepto, incluso, que diga que soy su amiga, porque eso significaría que en dos meses y una semana, no tendría que dejarlo atrás. Y, a estas alturas, consideraría eso una gran ganancia.

—Eres tú —concluye, destrozando cualquier esperanza tonta que haya tenido, como una piedra que rompe un techo de vidrio.

Yo soy yo. ¿Qué se supone que significa eso? Sea lo que sea, no es suficiente. Porque siempre he sido yo, y eso nunca ha sido suficiente.

Asiento con la cabeza, pero me mantengo en silencio.

—No era lo que esperabas escuchar —murmura y me encojo de hombros.

—Simplemente no sé qué significa. Siempre he sido yo, João. Siempre. Incluso en los peores momentos, seguía siendo yo, así que no sé qué esperas que entienda cuando dices algo así.

Sus ojos azules parpadean, ahora oscuros como el mar nocturno.

—Eliza, yo… No sé qué decirte.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí, João Pedro?

Sus ojos se cierran y exhala con fuerza, pero, por primera vez, veo algo más allá de determinación o cansancio en su postura, veo incertidumbre, y eso me asusta, porque temo estar inventando cosas solo para sentirme mejor.

—Te extraño. Solo quería mejorar las cosas, Eliza.

—Una cena no va a lograr eso, João Pedro. Ni treinta lo harán.

—No te voy a hacer daño, Eliza. Déjame entrar —me suplica casi, tomando mi mano sobre la mesa.

—No puedes prometerme eso.

—Puedo prometer intentarlo. —Sus ojos están serios, fijos en los míos, la sinceridad está escrita en su rostro, pero él no sabe.

No sabe que para hacerme daño no necesita hacer nada mal, solo tiene que hacer todo bien y luego abandonarme, y eso es inevitable.

—Aún no es suficiente.

—No sé qué quieres de mí, Eliza. Intentarlo es más de lo que jamás he hecho antes. —Sus palabras suenan tan dulces, que parpadeo y mantengo los ojos cerrados por varios segundos, porque dejan claro lo que debo hacer. Pero no quiero. Dios, no quiero—. Es por ti, Eliza, solo tú cuidas de ti misma.

—Tal vez deberíamos… —Las palabras se atascan en mi garganta, y dejo de hablar.

No quiero decirlo, pero necesito hacerlo, ¿cierto? No era mi intención cuando elegí un vestido bonito, me peiné, me maquillé y me puse tacones. Pero esta conversación… Nunca será mío, y eso, por sí solo, me romperá, lo sé.

Los ojos de João se agrandan cuando se da cuenta de que estoy tardando demasiado en hablar, probablemente intuyendo a dónde quiero llegar con mis palabras.

—¿Intentar algo diferente? Estoy de acuerdo —dice de repente, cambiando de postura, y frunzo el ceño, confundida por el cambio inesperado.

—¿Qué? —necesito preguntar.

—Quiero que vengas a trabajar conmigo en Govêa.

—¿Qué? —Ahora lo exclamo, completamente sorprendida por la sugerencia.

—Norma quiere jubilarse, así que ella te entrenaría para ser mi secretaria.

—Estar cerca de ti todo el día no va a mejorar las cosas, João Pedro.

—Tal vez no, pero estoy seguro de que tener una ocupación, además de quedarte en casa esperándome, sí lo hará.

—No quiero que hagas esto solo para mantener nuestro acuerdo.

Frunzo el ceño, mirándolo con seriedad, sintiendo tantas cosas sobre sus últimas actitudes. Y todas son tan, tan contradictorias. Siento irritación y satisfacción; felicidad y frustración; ganas de decir que sí, pero también la necesidad de gritar que no.

—No es por eso —afirma, sin soltar jamás mis manos sobre la mesa. Endereza la postura, que ha estado inclinada en la misma posición por un buen rato, para acercarse más a mí—. De hecho, la idea fue de Norma. Yo solo estuve de acuerdo y decidí hablar contigo yo mismo, en lugar de dejar que el departamento de personal te contactara.

—¿De Norma? —pregunto, desconfiada, mientras aparto un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Sí. Hoy fue a mi oficina a decirme que su esposo se jubiló y que ella también quería hacerlo. Cuando le pregunté por qué ahora, me dijo que no creía que alguien pudiera reemplazarla, hasta que te conoció.

Abro los ojos con sorpresa y paso la lengua sobre mis labios.

—¿Qué? —repito las dos palabras que se han vuelto mis compañeras fieles desde que comenzó esta conversación.

João Pedro sonríe y asiente con la cabeza.

—Exactamente eso. Y cuando le pregunté por qué, tuvo la audacia de decirme que no lo entendería. ¿Puedes creerlo? —Al terminar de hablar, suelta una risa contenida pero genuina—. Me irrité y le insistí. Argumenté, pero ella defendió la idea con uñas y dientes hasta que accedí.

Mi corazón da un vuelco en el pecho y siento mis ojos arder, porque, si eso es verdad, ¡Dios mío! Si es verdad…

—¿Pero por qué haría algo así? —Necesito más detalles, necesito saber que él no me está mintiendo.

—No tengo idea, como te dije, lo único que me dijo fue que no lo entendería, así que, si en el futuro llegas a descubrirlo, por favor, dímelo, porque realmente me encantaría saberlo.

—João Pedro, no lo sé.

—¿No quieres el trabajo? ¿La experiencia? —pregunta, serio.

—¡Sí, claro que quiero! ¡Dios mío! ¡Lo quiero tanto!

—¿Entonces qué es lo que no sabes?

—Yo... —Cierro los ojos e inspiro profundamente antes de volver a abrirlos—. ¿Y cuando se acabe el contrato?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él, Eliza.

Recorro el lugar con la mirada, escapando de su expectativa por una respuesta. Quiero tanto esto, pero al mismo tiempo me aterra que solo sea otra manipulación de João Pedro.

—No estarás inventando todo esto solo para manipularme, ¿verdad? —Aunque sé que podría mentir, tengo que preguntar.

João Pedro levanta una ceja y ladea la cabeza. Mete la mano que no sostiene la mía en el bolsillo, saca su celular y presiona algunas teclas. El sonido de una llamada resuena entre nosotros. Un timbre, dos timbres, tres timbres.

—¿João? ¿Todo bien? —La voz de Norma suena alta en el moderno dispositivo sobre la mesa.

—Hola, Norma. Buenas noches. No te preocupes, todo está bien. Estoy con Eliza, estás en altavoz.

—Hola, hija. Buenas noches. ¿Cómo estás? Espero que hayas aceptado mi propuesta, estoy emocionada por trabajar juntas. —Su voz dulce, casi de abuela, atropella las frases, diciendo todo de golpe, y mi boca se abre.

Es verdad. Es realmente verdad.

No ha dicho nada que pudiera inducirla a mentir. Solo mencionó que estaba conmigo. ¡Oh, Dios! ¡Es verdad! Exhalo por la boca, tratando de recuperar el control de mí misma, mientras los ojos analíticos de João Pedro me observan atentamente. Después de un silencio que parece eterno, finalmente logro hablar.

—Hola, señora Norma. Buenas noches, todo bien, gracias. ¿Y usted? Acepto la propuesta, y estoy muy, muy agradecida por ella, casi no lo puedo creer. —Trato de sonar entusiasmada, pero las últimas palabras salen tan emocionadas como realmente me siento.

—Ay, niña. No me agradezcas antes de empezar a trabajar, o podrías arrepentirte. Yo soy la única que debería estar agradecida, al fin y al cabo, tú eres mi carta de libertad.

—¡Norma!

La voz sorprendida y ligeramente indignada de João Pedro resuena fuerte, y yo me río a carcajadas. Poco después, la risa de

Norma se nos une.

—Está bien, creo que esta conversación ha terminado. A partir del lunes tendrán todo el tiempo del mundo para decir lo que quieran —murmura—. Buenas noches, Norma.

—¡Buenas noches, muchacho! Buenas noches, niña —dice, y es posible sentir la sonrisa en su voz.

—Buenas noches, jefa —bromeo, y ella se ríe antes de colgar el teléfono.

Tan pronto como termina la llamada, la sonrisa permanece en mi rostro y, cuando miro a João Pedro, sus labios reflejan los míos, sonrientes.

—Extrañaba verte sonreír, Eliza. Eres hermosa, pero cuando sonríes... —Bajo la mirada ante su comentario y escucho su risa. No necesito preguntar la razón; se ríe por mi incomodidad con algo tan simple como un cumplido.

—Gracias. —Él solo asiente con la cabeza, aceptando.

—Me gustaría que, la próxima vez, pudieras creer en mí —susurra, y la sonrisa desaparece de mis labios.

Exhalo con fuerza y miro hacia arriba por un momento, antes de decidir ser sincera.

—Tengo miedo de confiar en ti.

—¿Por qué? No tuviste miedo antes.

—Porque hasta esa cena, aún no me había dado cuenta de lo peligroso que sería que rompieras mi confianza.

—No voy a hacerlo.

—Ya hablamos de esto, esa es una promesa que no puedes hacer.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer para que te sientas cómoda?

—No sé nada sobre ti —digo, pero me arrepiento al instante, porque esa es una barrera que sería saludable mantener.

—No es cierto, Eliza. Llevamos semanas viviendo bajo el mismo techo, sabes bastante de mí.

—Sé lo que Google me dijo, sé que eres adicto al trabajo y que nunca descansas lo suficiente. Sé que no tienes amigos, que te gusta mucho el whisky y que cuidas lo que comes, porque en tres semanas no ha entrado ni una rebanada de pizza en esa casa. Sé algunas cosas, pero no lo que realmente importa —sigo diciendo, rogando para que él derribe la muralla, aunque esté aterrada por los estragos que causará su caída. Él sonríe.

—¿No tengo amigos? —pregunta, frunciendo el ceño.

—No, o no te dejarían trabajar tanto y estar siempre solo.

—Los amigos no interrumpirían mi trabajo, Eliza.

—Los amigos te harían entender que eso no es una interrupción. —Él inclina la cabeza, pensativo, antes de morderse el labio inferior y levantar las cejas.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Que hable sobre mí?

—Sería un buen comienzo. —La parte sensata de mí quiere darme una bofetada, porque no debería estar buscando empezar nada.

—Muy bien, entonces. ¿Qué quieres saber?

—Todo. —Él sonríe.

—Todo es mucho.

—Todo lo que quepa en esta cena.

—¿Y podemos tener otras cenas para que pueda contarte lo que falte? —Lo miro, sorprendida.

—¿Harías eso? ¿Me contarías más sobre ti solo para que acepte salir a cenar? —Es su turno de asumir una expresión sorprendida, como si, solo al ponerlo en palabras, se diera cuenta de lo que acaba de proponer.

João Pedro pasa un rato pensando en ello antes de mirarme con una intensidad asfixiante y responderme.

—Estoy descubriendo, Eliza, que hay pocas cosas que no haría para dejar de extrañarte.

38.
JOÃO PEDRO GOVÊA

La risa de Eliza llena el coche mientras conduzco por la Avenida Paulista, y la sensación es casi la misma que cuando cierro un gran contrato, pero es mejor, mucho mejor. ¡La extrañaba, puta madre! ¡Cómo la extrañaba!

Después de la llamada a Norma, Eliza se fue soltando cada vez más, y a medida que contaba cada historia sobre mí, se volvía más abierta a realmente estar ahí, cenando conmigo. No como en las últimas semanas, presente solo en cuerpo pero ausente en alma, sino completamente.

Me enamoré de Eliza mucho antes de acostarme con ella, así que claro, su cuerpo no es todo lo que me importa. La verdad es que su personalidad, su espíritu libre y su buen humor son tan importantes para mí como tenerla en mi cama. Y tuve que perder eso momentáneamente para darme cuenta de que simplemente no hay forma de que yo pueda vivir sin ello.

Y si para tenerla así, tengo que mostrarle mis álbumes familiares con todas las fotos embarazosas que he tomado en mi vida, voy por ellos mañana mismo.

Decido que no estoy listo para terminar la noche, así que paso frente a un hotel cuyo bar en la azotea tiene una de las mejores vistas de São Paulo.

—En una escala del 1 al 10, ¿cuánto quieres irte a casa ahora? —pregunto, y Eliza me mira, aún con una sonrisa enorme en el rostro.

—Huuuum... cero.

—Genial. Quiero mostrarte un lugar.

En pocos minutos estamos en la azotea del edificio con la Paulista abajo, y una São Paulo completamente iluminada ante nosotros. Como una niña con un juguete nuevo, Eliza casi corre hasta la baranda, se inclina sobre ella y deja que sus ojos se pierdan en los puntos brillantes.

—¡Dios mío! ¡Es tan hermoso!

—No tenemos estrellas, pero cuando las extraño, me gusta venir aquí —comento, parado detrás de ella, mientras paso los brazos alrededor de su cintura y clavo mi nariz en su cabello.

Permanecemos en silencio un buen rato, admirando la vista. Eliza observa el paisaje. Yo, a ella. Mientras mis ojos recorren su figura, me doy cuenta de que las sensaciones que me invaden son completamente nuevas, inesperadas, pero no sé si son bienvenidas, porque no sé cuánto tiempo durarán.

Ella se da vuelta en mis brazos y me mira con sus ojos brillantes. Dejo que mi mano suba por su costado hasta llegar a sus mejillas. Mi pulgar juega allí, acariciando su piel suave y tersa.

—Eres tan bonita —digo.

Avergonzada, sonríe, y me acerco a sus labios.

El beso entre nosotros es explosivo. Esperé toda la noche por eso, y finalmente dejo que mi deseo me consuma.

***

Respiro fuerte, con la boca abierta sobre la de Eliza. Sus brazos están sujetos por los míos, arriba de su cabeza, y su cuerpo pequeño respira tan entrecortado como el mío.

Sus curvas se ajustan perfectamente a mí en la posición en la que estamos, abrazados, apoyados contra la pared del pasillo de nuestros cuartos.

No pude controlarme. En cuanto bajamos del coche, la atraje hacia mí, devorando sus labios y su lengua de la misma forma que sentía que me devoraba la necesidad de estar con ella.

Y, después de unos minutos enredados aún en la cochera, entramos a casa tambaleándonos, sin separarnos ni un segundo, completamente envueltos en besos, toques, gemidos y olores, hasta llegar aquí, tan cerca del destino y al mismo tiempo tan lejos de cualquier pensamiento que pudiera alejarnos, aunque sea por un instante.

Aflojo el agarre de sus manos hasta soltarlas por completo, y ella las baja lentamente, deslizándolas por la pared hasta alcanzar la altura de mi rostro y tocarme.

Entro mis dedos entre sus cabellos, se enredan entre mis falanges, acariciando la piel de mis manos.

El pecho de Eliza sube y baja, presionándose contra mí con cada respiración, y me niego a cerrar los ojos, a perderme un segundo de su expresión embriagada, entregada, mía, toda y completamente mía.

Me niego a salir de este lugar que creamos en los últimos minutos, un lugar donde solo existimos nosotros dos.

Sus dedos alcanzan mi barba, se infiltran en ella y acarician mi mandíbula mientras su boca expulsa un aire cálido con cada vez más fuerza.

Dejo que mi mano recorra su cuerpo, alisándola, acariciándola y sintiendo cada uno de sus pelos cortos, cada centímetro de su piel caliente, provocando escalofríos y ligeros temblores en todo su ser.

Sus ojos se abren para encontrar los míos, y la transparencia de ellos es el maldito paraíso.

¡Ah, Eliza! Cómo he extrañado verte así, sin estar enterrado en ti. Cómo he extrañado la certeza de que eres mía todo el tiempo, y no sólo cuando estoy dentro de tu vagina.

Su mirada está envuelta en una intensa bruma de placer, y me pregunto si es como la mía, que va mucho más allá del deleite de tener su cuerpo apretado entre la pared y yo, es ella. Es simplemente ella.

Su presencia, su tacto, su aliento.

Es estar con ella y saber que cada una de mis caricias la levanta del suelo exactamente del mismo modo que las tuyas ponen mi mundo patas arriba. Es su olor, su sabor, su presencia, es toda ella, es tenerla para mí.

Con el cuerpo recuperado de la intensa falta de oxígeno por la que ha pasado, meto la lengua en su boca, buscando lo que estos días parezco necesitar tanto como el aire: sus gemidos.

Me los trago mientras la beso, no con el afecto que intercambiamos durante minutos y minutos en aquella terraza, sino con el hambre que experimentamos cada noche en la cama. Un hambre insaciable.

El delicioso olor de su piel se mezcla con los sonidos que salen de su garganta para volverme loco y aturdirme. El palpitar de mi verga es violento, desesperado por liberarse y más aún por hundirse en la cálida, suave y apretada vagina de Eliza.

—Cada vez estás más buena.

Mi voz sale ronca. Aprieto su cuerpo contra el mío y levanto una de sus piernas, luego la otra, encajando entre ellas.

No importa lo cerca que haya estado de ella así, cada maldita vez la corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo exactamente de la misma manera. Eliza las cruza sobre mis caderas, su vestido se sube, dejando sus esbeltos muslos completamente desnudos, y mis manos los recorren, apretando y manoseando, descubriendo cada centímetro de su sedosa y deliciosa piel.

Le arremango el vestido, desplazándolo por su cuerpo hasta que se lo veo por encima de la cabeza y descubro sus pechos desnudos, con sus pezones rosados completamente endurecidos por la excitación, y una pequeña tanga blanca cubriendo sus partes íntimas.

Arrastro mis dientes por su mentón y su cuello, beso su garganta, su cabeza cuelga hacia atrás, apoyada en la fría pared, mientras continúo mi exploración milímetro a milímetro. Muevo la nariz hacia abajo, acariciando el valle entre sus pechos, y sus gemidos se hacen cada vez más fuertes, entregados y provocativos. Un escalofrío me recorre la espina dorsal, sus movimientos frotando su vulva abierta contra mi erección hacen que mis pelotas pesen y me duelan por la necesidad de poseerla.

—Te voy a meter la verga aquí mismo, Eliza. En el puto pasillo —le susurro al oído, antes de meterle las manos por los lados de la tanga y arrancárselas, porque sencillamente no podía contenerme de tenerla aquí, ahora mismo, tal y como los dos estamos locos por que ocurra.

Eliza, tan ansiosa como yo, me quita las manos del cuello y empieza a desabrocharme el cinturón, le agarro el culo, deslizo las manos por sus bandas, las aprieto y las separo antes de dejar que un dedo se deslice por esa deliciosa entrada, probando su humedad y descubriéndola rezumante.

Con la respiración completamente descontrolada, alzo la cabeza y dejo que mis ojos la devoren, allí de pie, a mi merced,

completamente desnuda, con la piel húmeda de sudor, excitada y temblando de lujuria, perdida.

Incapaz de mantenerme alejado ni un segundo más, lamo y chupo sus labios.

Sus suaves manos finalmente cruzan todas las barreras y me tocan.

—¡Me vas a volver loco!

El gemido que atraviesa mi garganta, y que es tragado en parte por el de Eliza, suena más como un rugido.

Estoy tan caliente que siento cómo esparce su fluído por toda mi verga mientras me frota lentamente.

Tengo que romper el beso, mis dientes rechinan y su lengua masajea mis labios cerrados antes de seguir hacia abajo, lamiendo toda la piel que encuentra, dejando un rastro de fuego por donde pasa, y ese es mi límite.

Necesito estar dentro de ella ahora.

La empujo contra la pared y, con una mano, saco mi verga de su contacto y la encajo en su entrada, dando gracias al cielo de que ya no sea necesario el preservativo. Eliza jadea al contacto, pero no cierra los ojos, me regala con la mirada y gime todo el placer que siente con cada centímetro que me hundo lentamente en ella.

La penetro despacio, porque estoy tan absurdamente excitado que podría eyacular de un solo empujón si lo hiciera deprisa.

El cuerpo de Eliza reaccionó a mi invasión, apretándome como si quisiera sacarme todo el semen, y eso es exactamente lo que ocurriría, me di cuenta, si seguía disfrutando de su placer mientras se dejaba llevar completamente por mí.

Me apodero de sus clavículas, lamo la piel estirada por el hueso, chupo su cuello en una sucesión descoordinada y desesperada, simplemente porque necesito tocarla por todas partes, todo el tiempo.

Eliza gime mi nombre tan fuerte que aprieto los dientes, completamente abrumado por la sensación de estar dentro de ella.

Subo las manos hasta sus pechos, apretándolos y masajeándolos de la forma que sé que la vuelve loca, cuando por fin me hundo completamente dentro de ella.

Con la cara hundida en su cuello, me tomo unos segundos antes de sacarla y penetrarla de nuevo, esta vez con fuerza. Eliza grita, haciendo saltar por los aires mi cordura y cualquier control que intentaba mantener.

Empujo rápido, como un conejo. ¡Qué delicia! Su vagina me aprieta como un puño cerrado, caliente, húmeda, completamente mojada, babeando toda mi verga mientras se desliza dentro y fuera de ella, y soy arrastrado fuera de la realidad, completamente perdido en su cuerpo, su olor, los sonidos de nuestros cuerpos chocando en ella.

—¡João! ¡João! —gime, enloquecida, pisoteando mi juicio.

—¡Mierda, Eliza! —gruño, apretando sus caderas mientras me la cojo a toda velocidad, Eliza clava los dientes en sus propios labios, renunciando a las palabras, es todo gritos, gemidos y sudor, es toda mía, y eso es lo único que importa cuando el éxtasis me recorre la espina dorsal, recorre mi cuerpo en una explosión incontrolable y me hace eyacular dentro de ella, gruñendo y gruñendo, mientras su garganta grita fuerte, agudamente, y ella se estremece entera, dejando caer su cuerpo contra la pared, y yo mismo tengo que apoyarme en el hormigón helado para que ambos podamos permanecer de pie.

Juntos, nos unimos en el orgasmo.

Aprieto los ojos, abrazando su cuerpo con fuerza, sintiendo que él es mi único vínculo con la realidad, necesitándolo para encontrar mi camino de vuelta al aquí y ahora. Él, que sigue siendo tomado por espasmos que siento enteros, mientras Eliza se sacude, aún con mi verga enterrada en su interior.

—Eres el paraíso, Eliza. Eres el puto cielo —le susurro al oído mientras lucho por estabilizar mi respiración, y la única respuesta que obtengo es un gemido socarrón que me hace sonreír.

Me obligo a abrir los ojos para no perder la oportunidad de verla exactamente como está ahora, abandonada en mis brazos.

Aprieto mi nariz contra la suya, respiro hondo sobre la piel sudorosa de su rostro, antes de cubrirlo de besos. Sus mejillas, sus ojos, su frente, todo lo que alcanzan mis labios.

Le rodeo el cuello con los brazos y extiendo las manos sobre su culo antes de apartarla de la pared y empezar a caminar con ella hacia mi dormitorio sin pensármelo siquiera.

Lo único que quiero ahora es meterme en la bañera con el delicioso cuerpo de Eliza acurrucado contra el mío, y eso es lo que estoy haciendo.

Entro por la puerta con ella en brazos, aferrada a mí como un mono, y ese pensamiento me hace sonreír.

En el baño, la siento en el borde de la bañera. Tiene los ojos abiertos y alerta, pero no dice nada.

Abro el grifo y el agua empieza a acumularse rápidamente, busco unas sales que creo que le gustarán y la espuma de baño. Sus ojos observan mis movimientos y, de un momento a otro, se pierden mirando otra cosa.

Su cuerpo desnudo sigue respirando agitadamente y parpadea despacio. Empiezo a desvestirme, lo que llama su atención. Me mira desabrocharme la camisa botón a botón, quitármela de los hombros y dejarla caer al suelo.

—¿Disfrutas del espectáculo, Eliza? —Una sonrisa avergonzada se apodera de su rostro, y yo también sonrío. Porque es deliciosa en muchos sentidos.

Me bajo los pantalones por las piernas, me despojo de ellos, por fin desnudo, y le tiendo la mano en señal de invitación silenciosa. Ella acepta, se levanta y pega su cuerpo desnudo al mío.

No puedo resistirme, paso el pulgar por uno de los pezones rosados, y ella se muerde el labio mientras mi nariz se pasea por su cara, acariciando la piel roja y excitada.

—Qué guapa —murmuro más para mí que para ella, antes de acercarme, olisquear su cuello y plantarle un prolongado beso.

—Tienes una bañera… —Son las primeras palabras que dice desde que llegó, y me río por lo bajo, porque me hace mucha gracia que piense que vale la pena decirlo.

—Sí, tengo una bañera —confirmo con mis labios en su oreja.

—Y es enorme —eso me hace reír—. ¿Cuántas personas caben ahí? —pregunta, ignorando por completo el ataque de risa que me ha provocado.

—Soy espacioso. —Esquivo la pregunta, porque estoy seguro de que la respuesta la hará pensar en cuántas personas han estado en esta habitación, y realmente no necesitamos esta conversación ahora mismo, aunque ninguna otra mujer haya estado aquí—. Vamos a meternos.

39.

ELIZA PORTO

Los brazos de João me rodean la cintura, sus manos acarician mi vientre y mi cabeza descansa sobre su hombro. Es surrealista. Cuando me invitó a cenar, imaginé que intentaba remediar mi nueva postura, pero ni en cien años habría imaginado todo lo que ha hecho.

Sus palabras, la sinceridad en ellas, la admisión de que extraña lo que estábamos construyendo, aunque sólo lo experimentáramos durante tan poco tiempo, y mucho menos una noche como ésta.

Pero lo entiendo. Porque lo extrañé igual cada día de las semanas que me obligué a mantenerme emocionalmente distante. Pero ahora mantiene esa resolución una tarea muy difícil, porque todo lo que mi cuerpo y mi mente quieren es disfrutar de cada segundo de esto, de él, de nosotros dos juntos como pareja.

El pensamiento pasa por mi mente, y me obligo a dejarlo a un lado, porque puede que incluso abandone la postura de la mujer de hielo, pero definitivamente, mientras pueda evitarlo, no volveré a la tonta e ilusa.

—Creo que deberíamos ser amigos —digo, y dejo que mis dedos jueguen con la espuma perfumada que me rodea mientras la conclusión se forma en mi cabeza. Sería una solución a mis problemas, acercarme a João Pedro no me preocuparía. Pero él se ríe, en realidad, da carcajadas ante mis palabras.

—No quiero ser tu amigo, Eliza.

—¿Por qué no? —pregunto, y giro el cuello, moviendo el cuerpo en el agua, intentando mirarlo, pero él me besa el cuello,

devolviéndome a mi posición original, y abraza mi cuerpo con fuerza.

—Porque los amigos no hacen lo que estamos haciendo ahora —me susurra al oído.

—Eso no es cierto —argumento—. Podemos ser… como dicen... Amigos... ¡Amigos con derecho a roce! ¡Eso es!

Siento su sonrisa en mi piel cuando su boca toca mi mejilla.

—No, la verdad es que no.

—¿Por qué no? —Me molesta que haya descartado la idea tan rápidamente.

—Porque quiero lo que tenemos aquí, Eliza. Nada menos.

—Pero lo que tenemos tiene fecha de caducidad, João Pedro. —Se lo recuerdo, y chasquea la lengua.

—Volvemos a João Pedro, ¿no? Ese hombre es un hijo de puta molesto —refunfuña, y me entran ganas de reír, pero me contengo porque quiero hablar de esto en serio.

—Sí. Porque me estás molestando. ¿Por qué no podemos ser amigos? ¿Por qué, João?

—Ya te lo he dicho, porque una amistad es menos de lo que quiero de ti.

Me doy la vuelta en el agua, me suelto de sus brazos y me arrodillo en la bañera para mirarlo.

—¿Y cuando ya no queramos esto? —Inclino la cabeza y me doy cuenta de que la única forma de hacerlo entender es decir las palabras—. Ya no quiero tener miedo de perderte.

Arquea las cejas y, durante unos segundos, se queda mudo. Luego estira los brazos, vuelve a rodearme con ellos y me atrae

hacia él. Cumplo sus órdenes, me siento en su regazo y lo dejo entre mis piernas.

La postura me deja sentada exactamente sobre su miembro y, en cuanto lo siento en mi intimidad, me saltan chispas y me muerdo el labio. Una sonrisa ladeada aparece en su rostro, me besa la punta de la nariz y me suelta el labio de entre los dientes con el pulgar.

—¿Por qué no cruzamos este puente cuando lleguemos a él?

—Porque no sé cómo caminar con este miedo. Dices que no me quieres lejos, pero mantener la distancia es la única forma que conozco de protegerme, João. Esto aquí —digo, señalando con las manos el entorno que nos rodea-—. Esto aquí, estar aquí contigo, todo esto es increíble, es delicioso más allá de lo que pueda decir, así que la idea de permitirme experimentarlo solo para que termine es aterradora —le confieso lo que ha estado martilleando en mi cabeza durante semanas, necesitando que lo entienda.

Sus palabras de esta noche han sido muy sinceras, pero quizá aún no se haya dado cuenta del alcance de mi preocupación.

Mueve la cabeza en señal de acuerdo.

—Me parece bien. Podemos ser amigos, pero tengo una condición.

—¿De qué se trata?

—Solo cuando se acabe lo que tenemos.

—¿Y qué es lo que tenemos?

—Es calentura, es afecto, es anhelo y deseo, es mucho, Eliza. Demasiado para caber dentro de una amistad, incluso con beneficios. Y aún no sé todo lo que hay dentro, porque nunca lo he tenido antes —admite, haciendo que mi corazón dé un vuelco y mi boca se abra ligeramente.

¡Dios mío! Parpadeo tres veces, haciéndole sonreír.

—Yo... Nunca tuve ninguno.

—Lo sé. —Su pulgar acaricia mi mejilla.

—¿Y cuándo termina?

—No tengo ni idea, pero de verdad que no quiero pensar en ello, ni hoy, ni mañana, ni mientras tenga hambre de ti.

Cierro los ojos, asimilando las palabras como un calmante para mi alma. Él también lo siente, no importa lo que sea, él también lo siente. Pero hay una cosa.

—Pero tenemos un contrato, y termina en nueve semanas.

—Tú también cuentas, ¿verdad? —pregunta sonriendo, antes de rozar sus labios con los míos—. Lo renovamos, y otra vez, y otra vez, y otra vez, y otra vez, hasta que todo lo que tenemos es amistad.

—¿Puedes prometérmelo, João?

¡Es patético, Dios! Sé que lo es, pero no puedo evitarlo, necesito esta promesa como necesito el suelo sobre el que me apoyo, o caeré, caeré en picada desde las alturas y no tendré ni idea de lo lejos que está debajo de mí el suelo firme.

—Tienes mi palabra, Eliza —me susurra en la boca y suena tan dulce, tan cuidadoso, que ignoro todo lo que me dice que no tema, que no crea, que no me rinda, y lo beso, desesperada por imprimir esas promesas en nuestros cuerpos.

Es un beso urgente, lleno de preguntas que intentan asentarse en una única respuesta, una única garantía que sé que es falsa, porque por muy grande que sea nuestro deseo, no podemos controlar el mañana. Pero para vivir hoy la necesito.

Necesito esta falsa esperanza, necesito esta mentira disfrazada de verdad. Y envuelvo su lengua alrededor de la mía como alguien que no puede perder más tiempo, porque realmente no puedo.

Llegará el día en que me despierte y me vea obligada a reconocer que era mentira. Eso puede ser bueno o malo, pero no quiero preocuparme por eso ahora, no quiero.

Sólo quiero sentirlo todo y todas las cosas que me rodean, me ahogan y me electrizan como si no hubiera tiempo suficiente en el ahora para sentirlas todas.

Sólo quiero sus cálidos brazos a mi alrededor; su cuerpo húmedo deslizándose sobre el mío; su boca devastadora devorando la mía; su verga ansiosa y hambrienta creciendo debajo mío, diciéndome que la noche está lejos de terminar.

***

—¿Has estado en Río de Janeiro, Eliza? —me pregunta João mientras estoy acostada sobre su cuerpo, con los brazos cruzados bajo la cabeza, apoyando mi mentón para mirarlo directamente.

Desnudos, sobre las sábanas de su cama, hemos pasado las últimas horas besándonos, acariciándonos, tocándonos y cogiendo. A pesar del baño, mi cuerpo ya está pegajoso por el sudor seco de la última ronda.

—No. Ciudad maravillosa. Me muero por conocerla, pero nunca pude.

—¿Qué te parece venir conmigo este fin de semana? —Mis cejas se levantan al instante.

—¿Otra invitación en lugar de una orden? —pregunto, y él sonríe antes de levantar la cabeza y pegarme un beso ruidoso en los labios.

—Hablaba en serio cuando dije que no te trataría más así, claramente no funciona —revuelve los ojos, fingiendo cansancio, y yo me río en voz baja, encogiéndome de hombros.

—Nunca te prometí obediencia ciega. —João chasquea la lengua y me mira con los ojos entrecerrados.

—Qué cosa tan atrevida.

—Tú crees que soy muchas cosas.

—Y lo eres. Una maldita cosita tan pequeña, pero tan rica, atrevida, terca como un carajo, irritante, sensual, ¡puta madre, Eliza! Pareces tener un trastorno de personalidades múltiples.

Resoplo, ofendida. Mis ojos se abren y mi boca se queda sin palabras ante su comentario, pero él enseguida se defiende.

—No es algo malo, me encanta. Me gustan todas. Incluso las que me vuelven loco de rabia. Como la cosita terca y la cosita que siempre tiene la razón.

—¿La que siempre tiene la razón? —pregunto, aún indignada, a pesar de la declaración tierna. Él sonríe.

—¡Sí! La dueña de la verdad. Aparece de vez en cuando, pero cuando lo hace me deja con dolor de cabeza.

Muevo la cabeza en señal de negación y me preparo para levantarme de su cuerpo, pero él me agarra y nos da vuelta, cambiando nuestras posiciones y quedándose sobre mí. Suspiro con fuerza, expandiendo mis fosas nasales, y el maldito sonríe. Sonríe como si alguien acabara de contarle un chiste muy gracioso, y luego me besa.

Me arrebata los labios, metiendo su lengua y lamiendo cada rincón que alcanza. Chupa mi lengua, mis labios, me roba el aire y la

capacidad de pensar, y en un instante me atrapa en un vaivén donde todo lo que existe son sus labios, su lengua y sus dientes.

Suspiro completamente desarmada por el beso cuando termina. Mi cuerpo agotado grita por un descanso necesario, y acaricio el rostro de João sobre el mío.

—Creo que necesito dormir.

—Duerme.

—Vas a tener que salir de encima de mí para que me levante, João —digo lo obvio, y termino riéndome.

—Quédate... —pide con la boca sobre la mía, y no puedo evitar que la sorpresa se refleje en mi rostro.

—¿Quedarme aquí? ¿Dormir aquí? —pregunto, necesitando asegurarme de haber entendido bien, y él asiente con la cabeza.

—Pero, pero dijiste que...

—Ya sé lo que dije —me interrumpe—. Pero ya cambiamos tantas cosas esta noche, ¿por qué no cambiar también esta? Quédate —vuelve a pedir, y yo solo asiento en silencio.

Se aparta de mí, apaga la luz con el interruptor al lado de la cabecera, se recuesta a mi lado y estira el brazo bajo mi cabeza. Mi cuerpo es arrastrado hacia el suyo, y él mete su pierna entre las mías, entrelazándonos en un enredo de miembros. Aún me siento atónita, sorprendida por esta novedad. Quiero celebrarlo, pero al mismo tiempo temo que sea más de lo que puedo manejar, y sus siguientes palabras sellan la duda en mí, transformándola en una preocupación genuina.

—Me has mantenido alejado demasiado tiempo, Eliza. Ahora quiero recuperar cada minuto que perdimos —susurra en la oscuridad. Y creo que me equivoqué, tal vez ni siquiera la mentira

disfrazada de verdad podrá protegerme cuando este tren llamado "esto" descarrile.

40.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Hace calor. Un calor extraño, pero agradable.

Despierto del sueño, y lo primero que me llega es su aroma.

Abro los ojos rápidamente, como si mi mente estuviera ansiosa por confirmar que está despierta, porque, ¡guau!, no sabía lo mucho que deseaba esto hasta anoche, cuando Eliza me dijo que quería salir de mi cama.

Estaba listo para argumentar lo que fuera necesario para convencerla, pero todo lo que Eliza hizo fue mirarme sorprendida por mis palabras, y esa mirada me pegó como un golpe en el estómago.

Ella estaba preocupada por lo que eso podría significar a largo plazo, pero a mí no me importaba, porque lo único que me interesa es el presente y no tengo tiempo para pensar en nada más allá de eso.

¿Qué estás haciendo, João Pedro? Esa pregunta me ronda en la cabeza, desafiándome mientras Eliza sigue dormida a mi lado.

No lo sé. Simplemente no sé. Lo único que sé es que no mentí sobre lo que dije anoche. Quiero a esta mujer con una intensidad que me consume, pero al mismo tiempo, pensar en algo más allá de lo que hemos hablado de lo que tenemos me resulta impensable.

Así que no, no tengo idea de lo que estoy haciendo, acercándome más a su vida y dejando que ella entre cada vez más en mis pensamientos.

Me levanto con cuidado para no despertarla, pero, al dejar la cama, Eliza simplemente se acomoda, aprovechando el espacio extra

en una cama que, aunque grande, le permite moverse con comodidad.

La observo mientras se estira sobre las sábanas, abriendo las piernas y los brazos, desplazándose lentamente, y me doy cuenta de algo nuevo: es una persona que disfruta del espacio.

Al entrar al baño, mis ojos se dirigen automáticamente a la bañera, y no puedo evitar recordar lo que sucedió en ese mismo lugar. Respiro hondo, pero me aseguro de que Eliza sigue dormida, tranquila, completamente ajena a lo que sucede en este momento.

Un buen tipo no perturbaría tu sueño, pero, ¡a la mierda! No soy un buen tipo, nunca lo he sido y no voy a empezar a serlo ahora. Además, me he levantado temprano para hacer ejercicio y estoy a punto de descubrir un entrenamiento mejor que el que hacemos Eliza y yo juntos.

Regreso a la cama y me acerco a Eliza, que está acostada boca abajo. Con suavidad, muevo las sábanas que la cubren, hasta que su cuerpo queda expuesto a mis ojos. La observo durante unos segundos, admirando sus curvas, su piel, y la forma en que su cuerpo se ha transformado durante las últimas semanas.

De rodillas, entre sus piernas, deslizo las manos por sus caderas y acaricio la piel lisa y suave hasta llegar a su culo, extendiendo una mano por cada banda, alisando, manoseando, con la verga ya completamente dura, deseosa de entrar en ella.

Bajo la cabeza y comienzo mi labor de despertarla. Paso mi lengua por su delicioso culo, lamiendo un lado, luego el otro, y ella se retuerce, haciéndome sonreír y aumentando mis ganas de verla despertar sintiendo mi boca en su clítoris.

Meto la nariz en su carne caliente, oliendo su delicioso aroma, y le doy un ligero mordisco en el culo. Eliza se retuerce, se da la vuelta y

se pone boca abajo, lo que me facilita mucho las cosas.

Subo mis manos desde sus tobillos hasta sus muslos, abriéndolos para mí, sintiendo cada centímetro de piel desnuda y deleitándome con ellos. Su pequeña vulva rosada está completamente al descubierto, abierta, deliciosa, y mis labios suplican besarla.

Volví a meter la nariz entre sus piernas, esta vez dando de lleno en el blanco, inhalando su aroma y con la boca salivando de deseo también por su sabor.

No le niego este placer, alargo la mano y hundo la lengua en los cálidos pliegues de Eliza, deslizándola de abajo arriba en un largo y lento lametón. Ella gime suavemente, aún dormida, y yo le planto un beso en el clítoris antes de chuparlo débilmente y arrastrar la lengua por el mismo camino por el que vino.

Eliza intenta cerrar las piernas, pero yo las mantengo abiertas, sujetando sus muslos y lamiendo su pequeña rejilla, que se endurece en mi lengua, provocando mis labios, suplicando ser chupada.

Es deliciosa. Mi verga se estremece y siento que se me hinchan los huevos mientras lamo cada centímetro de la vulva donde hundo la cara, meto la lengua, rodeo los labios mayores y menores, beso su entrada y juego allí, pero sigo sin poder penetrarla. Los gemidos de Eliza se hacen cada vez más constantes, hasta que dice mi nombre.

Levanto los ojos y encuentro los suyos abiertos, todavía borrachos de sueño, pero también llenos de placer.

Vuelvo a saborear su sexo, y ella levanta las caderas, frotándolas contra mi boca. Paso un dedo por su vulva caliente, ya mojada con mi saliva, pero también con su propio jugo dulce, hasta encontrar su entrada. La penetro con un dedo y Eliza grita, tan caliente, tan

astuta, ¡qué guarra! Casi no puedo creer que haya renunciado a esto durante casi un mes entero.

Aumento la intensidad de mis lamidas y le meto otro dedo, empiezo a chuparla y penetrarla, y ella se vuelve loca, levantando las caderas y agarrándome del pelo, empujando mi boca hacia su vagina, gimiendo, gritando, haciéndome explotar de excitación y de ganas de hundirme dentro de ella.

La sensación de su carne caliente chupando y apretando mis dedos sólo sirve para volverme aún más loco, y cuando Eliza estalla en mi boca con un grito agudo, casi doy gracias al cielo.

Me arrastro por la cama, no dispuesto a darle ni un minuto de respiro. Beso su boca con avidez, mezclando los sabores de nuestra saliva con la de su deliciosa vulva, y gimo en su boca al mismo tiempo que me trago sus gemidos perezosos.

La agarro por la nuca y le paso los dedos por el pelo. Sujetándola por la cintura, nos doy la vuelta en la cama, invirtiendo nuestras posiciones y dejándola encima de mí. Su vagina abierta se frota contra mi dura verga, volviéndome loco. Guío sus caderas, levantándola y encajándola sobre mi erección.

—Baja, Eliza

Mi boca permanece pegada a la suya y ella obedece, pero al contrario de lo que pensaba que haría, Eliza no se desliza lentamente, sino que baja de golpe, tragándome entero y haciendo que tenga que interrumpir el beso para apretar los dientes.

—Maldita sea, mujer. Vas a romperme todo.

Su cara aún está somnolienta y afectada por el orgasmo anterior, pero también hay una sonrisa en ella.

Se acuesta encima de mí, se revuelca y frota mi verga contra sus paredes. Sus labios se separan, y aprieto sus caderas, queriendo controlarla, pero ella no está dispuesta a dejarse controlar. Eliza se revuelca encima de mí, moviéndome dentro de ella, cogiéndome sin sacarme y metiéndome dentro de ella, y yo me trago mis gruñidos de placer.

Recuesta su cuerpo sobre el mío, dejando el culo levantado y hundiendo los dedos en mi pelo, pega su frente a la mía y me lame los labios, se da la vuelta de nuevo y hace lo inimaginable, golpea con sus caderas mi pelvis, empujándome más adentro de ella, antes de levantarla y hacerlo una y otra y otra vez, volviéndome completamente loco.

Las palabras han huido de mi mente y todo lo que tengo son gruñidos calientes.

Eliza no para. Se sienta, se levanta y rueda, se sienta, se levanta y rueda, y justo cuando pienso que es imposible ser mejor que eso, vuelve a poner su cuerpo encima de mí y, con los ojos pegados a los míos, rebota.

La desgraciada alcanza el orgasmo en mi verga, y su expresión de placer destroza todo lo que mantenía intacto mi hilo de autocontrol.

—¡Mierda! ¡Te voy a llenar de leche, putita!

Las palabras la descontrolan aún más, se incorpora y se da la vuelta rápidamente y yo cierro los ojos, renunciando a todo lo que creía poder recuperar, me entrego a las sensaciones que la bruja provoca en mí y, cuando la oigo gritar y siento su cuerpo estremecerse contra el mío, mi semen brota en su vagina caliente con la fuerza de mil cohetes, lanzado desde la Tierra directamente a la Luna con un gemido ronco irreconocible.

Se desploma sobre mí, pero durante varios segundos ni siquiera soy capaz de rodearla con mis brazos, aunque lo deseo. Mi pecho sube y baja a un ritmo frenético comandado por mi corazón descontrolado, que late en mi pecho como un tambor de escuela de samba, y no deseo nada más que eso, más que a ella, más que estos momentos.

Exhalo con fuerza, expulsando el aire de mis pulmones, intentando y fracasando miserablemente en mi intento de recuperar el control de mí misma. Eso es lo que me hace esta bruja. Claro que no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo aquí, porque me arranca hasta la última gota de control que circula por mi cuerpo.

Al cabo de un rato, consigo rodear con mis brazos el pequeño cuerpo de Eliza y dejar un beso en su frente sudorosa.

—¡Mierda, Eliza!

Se ríe suavemente, acostada encima de mí, y yo niego con la cabeza.

—Tú empezaste. Despertarme así casi me provoca un infarto. Sólo quería devolverte el favor... —me susurra en la boca y me hace sonreír.

—Eres una cosita terrible.

Eliza se relame los labios y yo no soporto pasar ni un segundo más sin besarlos, la agarro del pelo y empujo su boca hacia la mía para devorarla entera.

—Ayer no me contestaste si querías ir a Río conmigo o no. Va a ser un viaje de negocios, pero prometo reservar algo de tiempo para enseñarte la ciudad —digo, con la boca aún sobre la tuya, cuando el beso termina porque necesitamos respirar.

—Sí, voy —Y me hace sonreír, me doy cuenta de que soy feliz.

—Necesitas comprarte ropa. —Sin ningún pudor, aprovecho este momento de vulnerabilidad para sacar el tema que sé que dará lugar a una discusión.

—¿Qué? —Ella aparta la cara de la mía, pero yo la rodeo con mis brazos, apretando sus pechos desnudos contra mi pecho e impidiendo que se aparte.

—Sí, Eliza. Ropa.

—Mi armario está lleno —dice, dando un pequeño y delicioso pucherito.

—No con ropa para Río de Janeiro. Río, cuarenta grados, ¿recuerdas? Además, necesitarás más de un bikini.

—João, estás exagerando —se burla.

—No, no lo hago. No te has gastado ni un céntimo desde que llegaste, Eliza. Necesitas ropa —siseo las últimas palabras, dejando claro que hablo en serio, y ella pone los ojos en blanco.

—¿No es negociable? —pregunta, aún con los ojos en blanco.

—Por supuesto que no —respondo con una sonrisa en la cara.

41.

ELIZA PORTO

—¡Vaya! ¡Mira nada más! ¡Toda hermosa y finalmente dejaste de evitarme! —fueron las primeras palabras que Joana dijo.

—No te estaba evitando, solo he estado muy ocupada. Mi rutina pasó de cero a cien de un día para otro.

La abrazo con fuerza y miento, porque en realidad, durante la mayor parte de los días desde que volvió de su viaje, en el cual estuve desalojada, no hice más que nada o ocupar mi tiempo con tareas innecesarias, como organizar el depósito de la casa de João Pedro. Aún así, rechacé todas sus invitaciones o sugerencias para visitarme, incluso inventé que João Pedro no permitía visitas en su casa.

Quería verla. Dios sabe cuánto. Hablar con ella se volvió más importante que nunca, y ahora, solo el hecho de verla me da una felicidad inmensa. Pero no tenía idea de cómo mentirle o callar la verdad en su cara. Por teléfono es mucho más fácil, los años de práctica con mi madre lo confirmaron.

Decidí no pedirle a Joana que firme un acuerdo de confidencialidad, no me parecía justo obligarla a eso. Pero, como le recordé a João Pedro hace unas semanas, toda decisión tiene consecuencias. Mi elección fue alejarme, aunque solo fuera físicamente, de mi mejor amiga.

Pero la extrañaba tanto que, cuando me vi obligada a salir de compras un día, supe que esa era la oportunidad perfecta.

No había nadie más en el mundo con quien quisiera hacer esto. Y, con suerte, ella se distraería tanto con la ropa, los zapatos y todo lo

que encontremos en las tiendas, que no se fijaría en hacerme preguntas.

Eso pensaba, pero claramente la subestimé. Joana me mira y gira el cuello, observándome con los ojos entrecerrados.

—Sabes que no tienes que mentirme, ¿verdad? —Me mordí el labio, atrapada.

—¿Y si yo tampoco puedo decirte la verdad? —Me rindo.

—Entonces solo dime que no puedes —me pide.

—No puedo —susurro, y ella mete los labios hacia adentro y luego movió la cabeza lentamente, como asintiendo.

—Solo prométeme que, si alguna vez necesitas algo, sabrás que siempre estaré aquí para ti. —Sonrío.

—¡Siempre!

Joana mueve la cabeza nuevamente y me abraza fuerte. Aprovecho su cariño, respiro profundo y me siento agradecida por su comprensión. Porque, no importa hacia dónde me lleve la montaña rusa llamada João Pedro, sé que tendré un lugar al que ir, y eso ya es suficiente para mí.

Cuando nos alejamos, de repente el rostro de Joana se ilumina con una expresión llena de emoción, como si hubiera encontrado una forma de sacar todas sus preocupaciones.

—¡Dios! ¡Quiero uno de esos!

—Está bien, entonces vamos a comprar. ¿Cuánto puedes gastar? —Sonreí.

—Todo lo que quiera —levanta una ceja y una sonrisa traviesa aparece en sus labios.

—Bueno, hacía tiempo que quería algunos labiales nuevos —Solté una risa.

***

Mis piernas tiemblan por completo frente al avión que tengo delante. ¡Parece tan, pero tan pequeño! ¡Parece de juguete! Nunca he viajado en avión, ¿y mi primera vez tiene que ser en uno como este?

—¿Estás seguro de que esto es real? Mira, João Pedro, creo que te han engañado. Esto no sirve, es de juguete —digo, aterrada por la idea de entrar, y João suelta una carcajada.

—Es un jet, Eliza. Es más pequeño que los aviones convencionales —parado detrás de mí, junto a la escalerilla, me rodea con los brazos y apoya su mentón en mi hombro—. Tienes que subir por las escaleras, cariño. —Su voz suena divertida.

—Yo… um… yo...

—Estás asustada.

—No es miedo. Es que parece tan… pequeño. No parece real —repito, y su risa suave suena en mis oídos.

—Te va a encantar por dentro. Te prometo que es real, ya he volado en él varias veces.

—¿Varias veces? ¿Y eso no es muy caro? ¿Alquilarlo todo el tiempo? —me sorprendo, pero sentí el calor de su sonrisa en mi piel.

—No lo alquilo, Eliza. —Abro la boca, sorprendida, eso tenía más sentido.

—¿Es prestado?

—No, Eliza. Es mío. —Me giro en sus brazos, con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo que es tuyo? ¿Tienes un avión?

—Tengo un jet, Eliza. Es diferente a un avión. —Parpadeo, tratando de procesar la información.

—¡Dios! ¡Eres muy rico, ¿verdad?! —Otra vez, la risa de João llena el aire.

—Un poco. —Sonríe, moviendo la cabeza mientras se giraba hacia la escalerilla del avión.

—¿Por qué no podemos ir en coche? —Claro, esa es la solución perfecta. Pero la risa de João Pedro me deja claro lo ridícula que le parecía mi propuesta. Suspiro, desanimada.

—Te voy a ayudar.

—¿Cómo? —Giro mi rostro para mirarlo, y su sonrisa brilla como una estrella en el cielo nocturno.

—Así —dice, y levanta una de mis piernas, metiendo un brazo debajo de mis rodillas y el otro en mi espalda. En segundos, estoy sobre su regazo.

—Ay, Dios —gimo, y él se ríe antes de besarme el cabello.

Agarro su cuello con ambos brazos, mientras sus largas piernas suben los escalones. Entierro mi rostro en su pecho y cierro los ojos con fuerza.

Contrario a lo que imaginé que haría, João no me sienta en un sillón, se sienta él y me deja allí, acurrucada en su pecho, y me siento muy, muy agradecida por eso.

—Puedes abrir los ojos ahora —susurra en mi oído, y yo muevo la cabeza, indicando que no. Él desliza su pulgar y su índice por mi mejilla—. Vamos, cariño. Te va a gustar lo que vas a ver. Te lo prometo.

Respiro profundamente contra su pecho antes de apartar mi rostro de su seguridad. Levanto los ojos y encuentro a João con una sonrisa de oreja a oreja. Me besa en la punta de la nariz y continúa acariciando lentamente mi rostro.

Los últimos dos días han sido… diferentes. Sí, diferentes.

Desde la cena, las cosas cambiaron de nuevo. Nosotros dos siempre hemos sido una montaña rusa. Estar con João Pedro me llevó de cero a cien en segundos desde la primera vez que nos vimos, pero esta vez, específicamente, me gustaría que el momento que estamos viviendo durara más que unos pocos instantes.

Es una tontería, lo sé, pero eso no hace que deje de desearlo.

Dormimos juntos también anoche, y Dios. Despertar esta mañana fue aún más delicioso que la anterior, porque no fue su boca la que me arrancó del sueño, sino su cuerpo hundiéndose en el mío, y, vaya.

Definitivamente, esa es una buena razón para casarse. Despertar con sexo es el plan perfecto contra el mal humor. Estoy segura de eso. No se puede pasar los primeros minutos en el mundo real con la mente llena de endorfinas y aún así sentirse enojada por cualquier cosa.

Suspiro, mirándolo, tonta con el cariño en sus ojos. Es bueno, muy bueno.

Desde nuestra conversación, no fui la única en romper la barrera de distancia que había impuesto entre nosotros. Él también lo hizo. La postura de "solo es sexo" se desvaneció con el agua que bebimos

antes de las entradas esa noche, probablemente cuando me preguntó, cuando repetí lo que él mismo había dicho el día en que firmamos el contrato, que solo era sexo.

No lo es, descubrí eso en los primeros días, pero no imaginé que él también lo pensara. Por eso, oírlo decir que era el cielo fue el momento en que todo comenzó a cambiar.

Y ahora aquí estamos.

Tan diferentes a hace dos días que es casi chocante. Pero estamos mejor ahora, mucho mejor.

João Pedro toma mi mentón entre su pulgar e índice y gira mi rostro, y es solo porque está siendo sostenido entre sus dedos que mi pobre mentón no cae al suelo.

¡Guau! No estamos sentados en un sillón, sino en un sofá. ¡Un sofá!

—¿Esto es un avión? —Mis ojos se agrandan, muy impresionada.

—No, Eliza. Es un jet privado. —Su risa suave empieza a sonar familiar, de tanto que la he escuchado en la última media hora.

—Pero parece una sala de estar. Estamos sentados en un sofá, João.

Él se ríe a carcajadas, su risa llena el espacio a nuestro alrededor, y su cuerpo tiembla bajo el mío.

—Nunca me cansaré de lo fascinada que puedes parecer con cosas pequeñas —comenta, finalmente recuperado de su ataque de risa, y yo me encojo de hombros, porque no tengo argumento, no hay palabra mejor para describirme en este momento que fascinada —. Te dije que te iba a gustar lo que verías.

—¿Qué hay detrás de las puertas? —pregunto, curiosa.

—Allí está la parte delantera del avión. —Indica con la cabeza—. Ahí está la cabina de mando y una cocina. Al otro lado está la cola, ahí hay un baño común y una pequeña suite.

—¿Una suite? Pensé que eso solo existía en las novelas románticas. ¿En serio hay una suite aquí?

Se ríe otra vez.

—Sí, Eliza. En serio hay una suite, y planeo mostrártela.

—Ni lo pienses —protesto, inmediatamente, al darme cuenta de hacia dónde van sus pensamientos—. No hay ninguna posibilidad. No voy a… ya sabes, contigo a varios metros de altura. Esas imágenes definitivamente se quedarán en tus pensamientos y en mis lecturas.

—Eliza —gruñe, mirándome con las cejas fruncidas.

—¡No! ¡No lo haré! ¡De ninguna manera! —Su expresión decepcionada pone a prueba mi determinación, pero, para su tristeza, es muy fuerte, así que João decide probar otro enfoque.

—¿Estás segura? —susurra en mi oído, mientras hunde los dedos en las raíces de mi cabello. Mi cuerpo responde de inmediato. ¡Traidor!

Escuchamos una tos y, rápidamente, busco el origen del sonido, aliviada, sintiéndome como si me hubieran sacado de una situación en la que estaba a punto de meterme voluntariamente.

Encuentro a una mujer deslumbrante parada frente a nosotros, y, aunque no lleva uniforme, sabría exactamente quién es.

La azafata. Al parecer, no es solo en los libros donde son increíblemente hermosas. Le sonrío amablemente, pero la expresión en su rostro me hace fruncir el ceño, no parece estar contenta. ¿Estará bien?

Ella nos mira, esforzándose por controlar su expresión de desagrado, lo que casi me hace preguntarle si necesita algo, tal vez un medicamento.

João Pedro desliza las manos por mi espalda en una caricia tan natural que ni siquiera sé si se da cuenta de lo que está haciendo.

Él me besa en la mejilla, y la expresión de la mujer se contrae, mostrando irritación. Es rápido, pero como realmente estaba prestando atención, lo noto.

¿Qué está pasando aquí?

Ahora que lo pienso, me parece obvio que no, la mujer no siente dolor, siente ira. Me da curiosidad, porque no soy muy buena para analizar a las personas, si lo estoy notando es porque ella está siendo realmente transparente.

¿Será que no quería venir a trabajar hoy? Pero, ¿sería posible que fuera tan poco profesional? Digo, su irritación es bastante evidente.

Podría estar con hambre. Las personas con hambre tienden a ponerse irascibles. Pero no creo que sea eso, estoy casi segura de que no falta comida en este avión.

Su mirada se desvía hacia la mano de João Pedro en mi pierna, y una idea me ilumina la cabeza como una bombilla.

¿Será que está molesta por mi presencia?

Eso no tiene sentido, no debería hacer diferencia trabajar para una o dos personas, el tiempo de vuelo es el mismo. ¿O será que le incomoda vernos tan cercanos? ¿Por qué eso debería molestarla? No estamos haciendo nada fuera de lo normal.

A menos que… a menos que… Observo su rostro contraerse levemente cuando João Pedro besa mi cuello. ¡Oh no! Me muerdo el

labio, incapaz de disimular el análisis que hago de la mujer bonita, ahora viéndola con otros ojos.

Su boca no me dice nada, pero sus ojos… me fulminan.

—Estamos listos para despegar, señor Govêa.

En un contraste total con los sentimientos que emanaban de ella hace unos segundos, cuando toda su atención estaba en mí, ahora su voz suena melosa, arrastrada, y la comprensión finalmente me golpea, dejándome incómoda.

Nunca he entendido a las mujeres que se minimizan o pelean por un hombre, y saber que ella no me conoce y, aun así, no tuvo problema en mostrarme hostilidad, aunque en silencio, es suficiente para fruncir el ceño.

No es como si la idea de que João Pedro ya haya estado con ella en la misma cama que me ofreció segundos atrás me hiciera saltar de felicidad, pero no puedo culparla por eso. Al final, todos tenemos un pasado, ¿cierto?

Mi lado irracional quiere mirarla mal. ¡Claro que sí! Pero no lo haré, está bien, tal vez solo un poco, porque soy mejor que mis impulsos, pero no tanto como me gustaría.

—Necesito que se sienten y se abrochen los cinturones, por favor.

—Gracias, Pilar —dijo João, pronunciando su nombre, y contra mis propias resoluciones, paso de decidida a no juzgar a irritada.

No porque sepa cómo se llama su empleada, sino por la forma en que ella sonríe al escuchar las dos sílabas de su nombre, su expresión derretida me causa un revoloteo por dentro. ¿Tengo derecho a sentirme irrespetada? No lo sé. Pero me siento así. Y, a pesar de las expectativas que tenía sobre cómo debía comportarme, resoplo.

Dos pares de ojos se giran hacia mí. Oh, Dios.

João Pedro levanta una ceja en mi dirección, y el rostro de la mujer se transforma en una expresión agria.

¿Por qué me estoy reprochando? Fue ella quien comenzó todo esto con sus miradas y sonrisas indiscretas. No yo.

Yo estaba tratando de comportarme como debía, porque sé que debería ser mejor que esto, pero si no lo logré, paciencia. Lo intentaré mañana, y hoy, que ella luche por lo suyo.

Respondo a la ceja levantada de João con un beso suave en sus labios, y él sonríe contra mi boca, acariciando mi cabello. Aunque tengo ganas de hacerlo, no vuelvo a mirar en dirección a Pilar.

No perderé el sueño por mi propia reacción, pero tampoco estoy completamente orgullosa de ella, así que mejor lo dejo pasar.

La escucho alejarse y me pongo de pie, saltando del regazo de João y mirando alrededor.

—¿Dónde vamos a sentarnos? —Hay pocos sillones, pero, solo para nosotros dos, tenemos lugares para escoger.

—Donde quieras. ¿Y qué fue eso? —responde, buscando mis ojos, y yo los desvío por todo el espacio hasta decidirme por el par de asientos que quiero y caminar hasta ellos. Miro el cinturón de seguridad antes de sentarme, y João coloca una mano en mi espalda baja, pidiendo silenciosamente que me siente. Lo hago, y él cierra mi cinturón, la silla no me masajea, pero me abraza, es muy cómoda.

Él se sienta a mi lado y, después de abrocharse el cinturón, vuelve a estudiar mis reacciones.

—¿No me vas a decir qué fue eso?

Frunzo el ceño ante su pregunta, porque me obliga a pensar en una respuesta, aunque me niego a decirla en voz alta.

Fue celos, me sentí celosa. Y darme cuenta de esto es como un vaso de agua fría en mi corazón ardiente, porque entiendo que me he adentrado mucho más en el camino de João Pedro de lo que pensaba hace solo unos minutos.

Pensaba que solo era el hecho de sentirme cuidada y protegida, pero aparentemente también estoy volviéndome posesiva. *Pero no escucharás esto de mis labios.*

—No me hagas preguntas si no estás dispuesto a responder las mías —aviso, y sus cejas se levantan en sorpresa antes de fruncir el ceño.

—¿Y si estoy dispuesto?

—¿Estás seguro, João Pedro? Porque tengo una pregunta muy específica en mi cabeza, y estoy segura de que no me gustará la respuesta, y sé que tú tampoco vas a gustar de que no me guste la respuesta.

La calma en mi voz es engañosa, porque solo de pensar que, si le pregunto a ese hombre si ya estuvo con esa mujer, la respuesta será un rotundo sí, me enfurezco mucho, mucho.

¡Pero él sonríe! ¡El maldito sonríe! Una sonrisa enorme, como la del gato de Alicia, antes de susurrarme al oído.

—Ya respondiste —dije, entrecerrando los ojos y apartando mi rostro de su boca para poder mirarlo. La sonrisa seguía allí, estampada en su rostro, cuando habló.

—Y la respuesta a la pregunta que no hiciste es que no importa. Nunca importó y ahora importa menos que nunca.

Su frente se pega a la mía y me besa los labios. Su contacto sobre mi piel me calienta mucho más que mi propio cuerpo, de una manera mágica que parece calentar mi corazón, y comienzo a preguntarme si fui demasiado optimista al pensar que solo tendría que preocuparme por los posibles sentimientos hacia João Pedro en el futuro. Tal vez, solo tal vez, debería empezar a preocuparme ahora.

Empujo esos pensamientos y preocupaciones al rincón más oscuro de mi mente; en realidad, les doy algunos empujones solo para asegurarme de que no me atormentarán de nuevo tan pronto, y beso la boca dulce que se me ofrece.

42.

ELIZA PORTO

—No me dijiste que tenías una casa aquí. Pensé que nos quedaríamos en un hotel.

Entro por la puerta, tan elegante como la de la casa que dejamos en São Paulo, y no pude evitar comentar. El vuelo rápido hasta Río no duró más de cuarenta minutos, aterrizamos en el centro de la ciudad, que me recordó mucho al de São Paulo, con sus altísimos edificios y las calles desiertas a esa hora de la noche.

El trayecto hasta nuestro destino también fue rápido, quince minutos como máximo.

Me sorprendo en cuanto bajamos del coche, frente a un edificio alto, moderno, hermoso, de al menos treinta pisos, justo en frente de la playa que, según João Pedro, es Copacabana.

No pude evitar dedicar unos minutos a observar la orilla. ¡Dios! ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que vi el mar? Demasiado tiempo, realmente demasiado.

João me espera pacientemente, y cuando finalmente me muevo, entramos al edificio, y la riqueza me sonríe y me da las buenas noches.

Está por todas partes, desde el camino de césped y árboles hasta el vestíbulo, pasando por los sofás, mesas y sillones en las áreas comunes, hasta llegar a nuestro alojamiento para los próximos días, el penthouse del edificio, al que solo se accede poniendo la huella digital en un panel discreto dentro del ascensor.

Presiono mis dedos contra el panel y mi registro fue confirmado. Ahora soy, oficialmente, una visitante, y puedo salir sin preocuparme

de quedar atrapada afuera.

—No es una casa, Eliza. Es un apartamento. Y tengo muchos, en muchos lugares. No me gusta hospedarme en hoteles, a menos que sea necesario.

—¡Esto definitivamente parece una casa para mí! Es enorme —comento mientras hacía lo que ya se había convertido en una rutina en los últimos tiempos: analizar nuevos lugares lujosos.

Camino con pasos cortos y lentos, absorbiendo todo lo que podía: los muebles de lujo; la decoración minimalista y sin demasiados toques personales, muy diferente a la de São Paulo; la iluminación cálida que caía del techo; y el viento fresco que venía de algún lugar, porque no veía aire acondicionado. Pero todo esto no es lo que me deja sin palabras.

Son las enormes puertas de vidrio al fondo de la sala, que comparte espacio con la cocina, también sin división de paredes. Al parecer, João Pedro tiene algo contra las paredes. Aún así, las puertas, casi completamente ocultas por gruesas cortinas blancas, casi me pasan desapercibidas.

Me acerco a ellas, y lo que veo al mover las cortinas me deja sin aliento, como si no lo hubiera visto hacía unos minutos.

El mar. Y basta con verlo nuevamente para entender que el motivo de mi sorpresa es muy simple: no lo miré el tiempo suficiente.

Mirar el mar, por mucho tiempo, fue un sueño por cumplir. En São Roque no tenemos playas, y la más cercana está a más de noventa kilómetros. Fue solo cuando me mudé a la ciudad de São Paulo que pude visitar la costa.

Mi primera vez en el mar fue igualmente divertida y aterradora, pero las veces que la siguieron fueron muy pocas, creo que puedo

contarlas con los dedos de una sola mano.

Las puertas ante mí dan acceso a una enorme terraza. A través de ellas, veo una piscina, sofás elegantes, reposeras y la zona de parrilla más lujosa que jamás haya visto. Aparentemente, hasta una parrillada puede tener un aire sofisticado.

—Es espacioso —responde, lanzándose al sofá—. ¿Quieres comer algo?

—No. Estoy satisfecha con lo que comimos en el avión —murmuro, con la vista completamente perdida en la vastedad azul. Pero el sonido que emite João me llama la atención, haciendo que lo mire.

Su cuerpo está medio sentado, medio caído en el inmenso sofá gris. Sus brazos están completamente relajados a los costados de su cuerpo, y su cabeza cuelga hacia atrás, apoyada en el respaldo. Sus ojos están cerrados, y respira profundamente, una vez tras otra.

Me acerco a él y me siento en su regazo, con mis piernas rodeando las suyas. Él se queda inmóvil, lo que me hace sonreír. Acaricio su rostro algunas veces antes de juntar mis labios con los suyos.

—¿Estás bien?

—Cansado. Es un día largo. Solo necesito unos minutos —murmura, y sonrío.

—¿Unos minutos antes de qué, João?

Sus ojos se abren, y su mirada es una respuesta mucho más explícita que cualquier palabra. Están llenos de deseo, y siento un escalofrío al pensar en qué.

—¿Cómo es posible? Estabas normal hace cinco minutos.

Él se ríe.

—No, Eliza. Nunca estoy normal cuando se trata de ti. Tu cuerpo es una especie de vicio que crece con cada segundo que pasa. Me controlo, he estado controlándome todo el día, pero, especialmente en las últimas horas, con solo tenerte cerca y no poder obtener lo que quiero, estoy loco por estar contigo desde que salí esta mañana. Pero te negaste a darme eso en el avión, así que solo puedo esperar.

—¡Eh! Te llené de besos en el avión —respondo, y él sonríe más, volviendo a cerrar los ojos y tocando mis labios con los suyos.

—Sentir es delicioso, cariño, pero estar contigo, ah, Eliza, eso es incomparable.

Me retuerzo ligeramente, reaccionando a sus palabras y comenzando a sentir el mismo deseo que él.

—Eso te excita, ¿verdad, mi putita? ¿Saber que me encanta penetrar tu vagina caliente? —susurra, y, ¡Dios! ¿Cómo es posible? Parece ser capaz de pulsar un botón en mí que sólo él puede ver, porque de repente estoy ardiendo.

Me encanta, simplemente me encanta, cuando me llama puta, cuando dice que soy su putita.

Esto está muy mal, sé que lo está, pero me aferro a esta certeza y la arrojo al desván de mi cabeza, junto con todos los demás pensamientos y conocimientos que me resultan desagradables y que últimamente he estado ocultando de mí misma.

Lamo mis labios e inhalo profundamente, sintiendo la necesidad de pensar en algo más o no podré controlarme, y él menciona que necesita unos minutos.

—¿Qué vas a hacer mañana? —pregunto, buscando una forma de desviar la atención.

—Reuniones todo el día. Pero por la noche quiero llevarte al teatro.

De inmediato, la niebla de deseo desaparece.

—¿Teatro?

No puedo evitar mostrar mi sorpresa, y João abre los ojos, frunciendo el ceño.

—Sí, ¿no te gusta? Pensé que te gustaría conocer el teatro municipal de aquí, es muy bonito, uno de los más hermosos de Brasil.

—Nunca he ido.

—Lo sé, Eliza, nunca has estado en Río antes, por... —Deja la frase inconclusa, guiña los ojos y mueve la cabeza, mientras un tono rojizo comienza a tomar mi rostro—. ¿Al teatro? ¿Nunca has ido al teatro? ¿A ninguno? —pregunta, claramente sorprendido, lo que me hace sentir aún más avergonzada.

—No hay ninguno en São Roque, y cuando me mudé a São Paulo, primero preferí no gastar el poco dinero que tenía, después no tuve tiempo cuando comencé a trabajar. Y luego no tenía más dinero, aunque trabajaba. No me quedaba dinero para esas cosas.

Él asiente lentamente, pero su rostro refleja una expresión que no puedo entender.

—Quiero una lista —dice con determinación.

—¿Eh? —No entiendo a qué se refiere y ni siquiera puedo formular una respuesta antes de que la palabra salga de mis labios.

—De todas las cosas que nunca has hecho, pero que te gustaría hacer, quiero una lista —explica, y me río, porque son tantas cosas que hacer una lista sería un absurdo—. Te hablo en serio, Eliza —

gruñe, captando mi atención con su mirada, y me detengo de inmediato al darme cuenta de que sí, habla en serio.

Parpadeo varias veces, buscando las palabras en mi mente, pero las encuentro vacías, no hay nada. Así que me quedo en silencio, simplemente devolviendo la seriedad con la que él me observa.

Involuntariamente, mis cejas se fruncen, me gustaría decir algo, me gustaría ser capaz de decir cualquier cosa, pero, al contrario de mi pecho, que de repente se llena de un millón de sentimientos, mis labios permanecen sellados. Acerco mi frente a la suya y cierro los ojos.

Solo permanezco allí, quieta, absorbiendo todo lo que este simple deseo expresado por él causa en mí. Intento manejar la avalancha de emociones que comienza a invadirme, solo por entender que él quiere hacer esto por mí, que alguien, alguien se importa realmente por lo que yo quiero.

—Vamos a hacer todo eso, Eliza. Cada una. Desde las más simples hasta las más locas, quiero darte todo —dice, con sus ojos clavados en los míos, y no puedo evitar que una lágrima se deslice por mi rostro.

La toma con la punta de los dedos y luego besa el lugar exacto donde la seca.

—Quiero darte el mundo.

Sella mi corazón con esas palabras antes de tomar mis labios con los suyos, y los pensamientos que guardo en el rincón más oscuro de mi mente comienzan a rebelarse, agitando mi cabeza, acelerando mi corazón y revueltos en mi estómago, creando una creciente urgencia por la libertad.

43.

ELIZA PORTO

El calor hace que mi piel sude, porque aunque estoy protegida del sol por capas y más capas de protector solar de factor 80 y por un gran parasol junto a la piscina, es imposible evitar el vapor caliente que se extiende por el aire de Río de Janeiro. No estaban bromeando cuando dijeron que Río alcanzaba los cuarenta grados.

Me estoy malacostumbrando, porque cuando puse los pies en la terraza esta tarde al despertar, mi primer pensamiento fue dar gracias a Dios por el aire acondicionado y por la piscina frente a mí.

Esta mañana, João no me despertó. La noche anterior fue, sin duda, la segunda más mágica de toda mi vida. El Teatro Municipal es algo fuera de este mundo y, en lugar de lamentarme por nunca haber podido asistir a una obra en un teatro antes, me sentí feliz, porque mi primera experiencia fue, sin lugar a dudas, inmejorable.

João consiguió los mejores asientos. Estábamos en lo alto, en un ángulo que nos permitía ver el escenario perfectamente, y la orquesta que tocó no parecía interpretar música, sino que parecía producir magia sonora. Era hermoso, emocionante, perfecto. Pero la experiencia de la noche no terminó ahí. Cenamos en un restaurante en la azotea de un hotel. La vista era impresionante, igual pero a la vez muy diferente de la que habíamos disfrutado en São Paulo a principios de semana. Y cuando llegamos a casa...

Cierro los ojos y relajo el cuerpo sobre la reposera, recordando las sensaciones, los besos de João Pedro recorriendo mi cuerpo, sus toques, a veces suaves, a veces firmes, acariciándome, apretando, provocando, siento un deseo entre las piernas, excitada con la simple memoria de su sabor, su cuerpo, él en su totalidad, y sonrío.

Lo extraño en este momento, porque me gustaría que estuviera aquí ahora. Lo extraño, aunque haya estado con él hace pocas horas y sepa que pronto estaré con él nuevamente.

Debo estar volviéndome loca o enamorándome. Mis pensamientos ocultos susurran desde lo más profundo de mi mente y me asusto con la palabra que, por primera vez, cruza mi conciencia.

Dios mío. No. Definitivamente no. Es solo... cariño. Es solo... esa cosa sin nombre que siempre hemos tenido y que, en lugar de disminuir, parece crecer cada día. Eso es todo. No es pasión. No podría ser pasión. No lo es.

Abro los ojos, asustada de mí misma, y respiro profundamente. Mi piel sudada y casi completamente descubierta, vestida solo con el bikini negro, se eriza aún más con los últimos pensamientos que tuve que ver con los anteriores, pero es a ellos a los que regreso, porque son mucho más seguros. Deseo, necesidad, con eso sé cómo lidiar. Con lo que mi mente sugirió, no.

Tomo el celular de la mesita a un lado y hago algo que nunca había hecho: escribo un mensaje para João Pedro.

Eliza: El calor me hace pensar en ti.

João Pedro: Mentira. Estás pensando en mí todo el tiempo.

Eliza: ¿Falta mucho para que vuelvas?

João Pedro: Un poco. ¿Qué estás haciendo?

Leo el mensaje y confirmo que decir que estoy tomando el sol no basta. Me levanto de la reposera y entro a la piscina. Me doy un chapuzón rápido y me acomodo el cabello mojado hacia atrás.

Coloco el teléfono apoyado en el pie de una de las reposeras, activo el temporizador y hago una pose, pero no me gusta, repito el

proceso dos veces más antes de quedar satisfecha con el resultado. Le envío la foto a João.

João Pedro: Maldita sea, Eliza. ¿Quién tomó esta foto?

Eliza: El temporizador de la cámara… ¡Deberías suponerlo!

João Pedro: Me has dejado sin palabras. Ahora tengo una erección en medio de la reunión.

Eliza: ¡Guau! ¿Y cómo es esto mi culpa? ¿Acaso te envié una foto desnuda?

João Pedro: Tú, mojada, en la maldita piscina con ese bikini… ¿Recuerdas el día que estrenamos ese bikini en mi casa, Eliza? Y ahora estás ahí sola. Recordarte desnuda después de quitar cada prenda de tu cuerpo, Eliza... Eso es suficiente para dejarme sin control, ¡Dios!

Eliza: Ay, João, me está dando más calor.

João Pedro: ¿Calor? Ah, cariño, ¿estás volviéndote ardiente y mojada para mí? Estoy yendo para casa.

Eliza: ¿Pero no dijiste que todavía te quedaba un rato?!

João Pedro: ¿Qué? ¿Y quedarme con la erección mientras estoy rodeado de hombres en una mesa, mientras mi mente está contigo? O peor aún, ¿pensando en lo que voy a hacer con ese cuerpito mojado? ¿Imaginando quitar cada prenda de ese bikini y secar tu cuerpo con la lengua?… No, Eliza, ya terminé la reunión. Estoy llegando, no te muevas de ahí.

Eliza: Por favor, hombre, no voy a ningún lado. ¿No era importante tu reunión?

João Pedro: Lo era. Pero ahora ya no hay nada más importante en mi cabeza que meterte la verga hasta el fondo. Eliza, ¿estás lista

para lo que quiero hacer contigo? Ya estás mojada, ¿verdad?

Eliza: Ay, Dios mío, João. Estoy mojada. Ahora te necesito.

João Pedro: ¡Maldita sea!

Siento mi piel caliente y el latir constante entre mis piernas que me vuelve loca. Sí, estoy al borde de la locura. Y pensar que hace poco, lo más cercano a esto era sentirme excitada con algunos de los libros que leía.

Miro la pantalla del celular y decido no seguir con esta conversación, temerosa de lo que pueda escribir si João sigue provocándome.

Inhalo y exhalo profundamente, tratando de calmar los latidos frenéticos de mi corazón, necesitando mejorar, calmarme.

La reunión era en el centro de Río, a menos que se teletransporte, João necesitará un buen tiempo para llegar aquí, y yo debo lidiar con mi propia desesperación hasta ese momento. *Inspira, exhala. Inspira, exhala. Inspira*, y el timbre suena, sacándome de mi concentración y haciéndome fruncir el ceño.

¿Quién será? Quiero decir, João no me dijo que esperaba a alguien.

Aún algo atontada, salgo de la piscina y, tras secarme, me pongo la salida de playa que por alguna razón había traído conmigo del cuarto.

No se me ocurre la brillante idea de mirar por el ojo mágico antes de abrir la puerta, y pago por esta estupidez. La imagen que me recibe me golpea como un puñetazo en el estómago.

Bruno.

Bruno está de pie en la puerta, vistiendo ropa casual. Unos jeans oscuros y una camiseta clara que se ajusta a su torso, contorneando su pecho musculoso.

Tengo que controlarme para mantener los ojos en los suyos en lugar de recorrer su cuerpo. Dios mío, si João Pedro llegara a enterarse de estos pensamientos, tendría un ataque. ¡Pero qué puedo hacer! ¡No soy ciega! No puedo evitar notar que el hombre es atractivo.

Sus ojos recorren mi cuerpo y, cuando terminan de observarme, una sonrisa enorme aparece en su rostro.

—Eliza. Bueno, esta es una recepción mucho mejor de lo que esperaba.

Parpadeo y frunzo el ceño, sin estar segura si entendí bien su comentario.

—¿Perdón?

—Esperaba a un João Pedro de mal humor, lidiando conmigo, abriendo la puerta, verte es un regalo —explica, y no sé qué decir. Trago saliva y ladeo la cabeza.

—¿Y cómo llegaste hasta aquí? No recibí ningún aviso.

—Ah, sí. Estoy registrado como visitante, de vez en cuando mi padre usa este departamento cuando está en Río. Es muy amigo del padre de João Pedro. Así que se intercambian hospedajes cada tanto.

—Entiendo —asiento con la cabeza—. Bueno, lo siento, pero João no está. Tendrás que volver otro día.

—¡Maldición! —responde de inmediato, y tengo la impresión de que es más para sí mismo que para mí, pero aún así me sorprende el cambio repentino en su vocabulario—. Perdón, perdón. Es que

realmente necesitaba hablar con él, me dijeron que ya salió de la empresa, y su agenda aquí en Río está un caos, agendar una reunión será imposible, y realmente tengo urgencia. No esperaba no encontrarlo. —Se explica, pareciendo afligido, y yo muerdo mi labio.

Una idea se forma en mi mente y me preocupa que no sea una de las mejores, pero el hombre parece tan desesperado que decido no pensar demasiado en ello.

—En realidad, él está viniendo para acá. ¿Te gustaría entrar y esperar?

Su expresión pasa de la preocupación al alivio inmediatamente, y sé que tomé la decisión correcta.

—¿No te voy a molestar?

—No. Está… todo bien. João Pedro ya está llegando. Entra, por favor —digo, abriendo espacio entre mí y la entrada del apartamento.

Él pasa por la puerta y observa rápidamente, como si estuviera confirmando algo que ya sabía.

—¿Quieres beber algo?

—Si no te molesta, realmente me gustaría un vaso de agua. Esta ciudad está más caliente que el infierno. —Su comentario me hace reír, porque es exactamente lo que había estado pensando en las últimas horas.

—Sí. Es casi insoportable. São Paulo es cálida, pero no como aquí. Pasé el día pensando exactamente eso. —Camino hacia la cocina en busca de lo que me pidió.

—¿Es tu primera vez?

—Sí —respondí, entregándole el vaso de agua, pero él hizo un movimiento tan brusco al tratar de tomarlo que el vaso terminó volcando sobre su camiseta antes de caer al suelo y romperse en mil pedazos.

—¡Ay, Dios mío! —exclamo, asustada por el ruido.

—¡Maldita sea, Eliza! Perdón. ¡Soy un idiota! —suelta una serie de palabrotas como si fueran parte de su respiración, y me sorprendo pensando que esa era otra cosa que él y João Pedro tenían en común, además de la belleza.

—Está bien. Voy a buscar una escoba para limpiar esto.

—¡No, no! Yo fui el que causó el desastre, déjame al menos intentar arreglarlo.

—No hace falta. ¿Por qué no mejor esperas en la terraza mientras yo resuelvo esto? Aunque hace calor, el sol debería ayudar a que tu camiseta se seque más rápido.

Él parece contrariado, pero termina accediendo a lo que sugiero, dejándome sola mientras pienso en dónde diablos voy a encontrar una escoba en este lugar.

Me toma más tiempo del que esperaría si conociera la casa, pero finalmente encuentro lo que necesito, barro los fragmentos de vidrio y seco el poco agua que cae sobre el suelo. Con un nuevo vaso de agua en la mano, me dirijo hacia la terraza, pero me detengo en la entrada al toparme con una imagen verdaderamente sorprendente.

Bruno está sin camisa, apoyado en la barandilla. Sus anchos hombros están completamente al descubierto, y su espalda musculosa está contraída por la postura, con su piel morena totalmente expuesta.

¡Maldita sea! ¿Qué me está pasando? Quiero decir, ¡no conozco a este hombre! ¡No sé nada de él! ¿Por qué me afecta tanto su belleza?

Me acerco y él se da cuenta de mi presencia. Le extiendo el vaso de agua con una sonrisa tímida, queriendo preguntarle por qué demonios ha decidido que quitarse la camiseta es una buena idea, pero sin atreverme a hacerlo. Aun así, debe ser obvio en mi rostro, porque es lo único que justifica lo que dice.

—La reacción de las mujeres suele ser diferente, ¿sabes?

—¿Qué? —frunzo el ceño.

—Cuando me ven sin camiseta. La mirada que suelo recibir, por lo general, es bastante distinta a la que veo en tu rostro.

Abro la boca, sin palabras, ante la audacia de este hombre, mientras él lleva el vaso a sus labios, sonriendo de manera burlona, muy consciente de que me ha dejado aún más avergonzada con su comentario.

—Es una broma, Eliza. Me la quito porque, a pesar de que este sol infernal es excelente para secar, estar aquí expuesto me está haciendo derretir. —Asiento con la cabeza.

—Entiendo. Hum... Pero tal vez sería mejor que te pongas la camiseta. Solo por si João Pedro llega. ¿Te imaginas cómo reaccionaría si te encuentra así? En su casa.

—¿Quieres decir, así, con su mujer?

Mis ojos se abren, horrorizada por lo que acaba de decir. ¡Dios mío!

No soy la mujer de João Pedro, yo soy... soy... ¡Dios! Busco desesperadamente una palabra que encaje. Reviso mi vocabulario

mental, abriendo cada cajón de cada vocal y consonante, pero no encuentro nada.

Ni sustantivos, ni adjetivos, ni adverbios, todo está vacío de significado respecto a lo que sea que yo soy. ¡No sé qué soy! ¡Pero seguro que no soy su mujer! ¿Verdad?

Abro la boca para responder, lista para decir cualquier palabra y dejar que las demás la sigan, pero antes de que pueda emitir siquiera una sílaba, escucho el sonido de la puerta abriéndose. Ya es demasiado tarde.

44.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir, solo para asegurarme de que no estoy alucinando, pero la maldita imagen sigue igual. Muy diferente a lo que imaginé encontrar en todo el camino, a Eliza nadando desnuda.

En cambio, lo que veo es a Eliza, semidesnuda, cubierta por el maldito vestido transparente que deja su cuerpo completamente a la vista, mientras las partes más importantes están cubiertas solo por el maldito bikini negro... ¡y Bruno! El hijo de puta de Bruno a tres pasos de ella, sin camisa, sonriéndole, devorándola con una mirada lasciva de mierda, en mi maldita casa.

El sonido de la puerta al abrirse hace que ella gire la cabeza en mi dirección. Su rostro está pálido, como si toda la sangre hubiera desaparecido, sus ojos están muy abiertos y parpadea varias veces antes de lamerse los labios, claramente preocupada por mi reacción.

Ah, Eliza... Deberías estar preocupada de verdad. Respiro hondo, enfurecido como la mierda, deseando gritar y rugir, pero buscando un control que no tengo. Me doy la vuelta y cierro los ojos por unos segundos, agarrando con fuerza la manija de la puerta antes de cerrarla lentamente, fingiendo una calma que no existe.

En mi mente, se desarrolla un auténtico cuadro de expectativa versus realidad. ¿Qué quiero? Matar primero, preguntar después. ¿Qué hago? Camino despacio hacia la terraza, y cuando llego, rodeo a Eliza con uno de mis brazos y beso su frente.

Ella se sorprende con mi actitud; yo me sorprendo con mi actitud. Pero, en cuanto me acerqué a ella y la vi ahí, sentí su verdadero pánico sobre cómo reaccionaría, sus ojos me dijeron todo lo que

necesitaba saber en ese momento. Todo lo demás podía esperar, hasta que estuviéramos a solas.

Simplemente lo supe, que no había nada ahí que me hiciera perder la cabeza, aparte del hijo de puta que arruinó mis planes de echarme un polvo con una Eliza húmeda y ardiente, excitada y acalorada, en cuanto llegara a casa.

Me sorprendo a mí mismo al darme cuenta de lo que acaba de pasar. Confié en Eliza. Confié sin pensarlo dos veces, sus ojos me lo dijeron, y yo le creo. Le creo de verdad. ¡Maldita sea!

—¿Todo bien? —susurro en sus labios, mirándola a los ojos, intentando tranquilizarla, pero ella solo asiente con la cabeza, en silencio.

Beso sus labios suavemente antes de dirigir mi atención a Bruno, a quien no le dedico la misma gentileza.

—¿Puedo saber qué carajos haces sin camisa en mi casa?

Él levanta una ceja, aparentemente sorprendido, formando un trío de asombrados con Eliza y yo por el hecho de que no le esté golpeando la cara hasta matarlo, y entonces sonríe.

—Estoy realmente sorprendido. Pensé que te lanzarías sobre mí primero, y preguntarías después.

Es mi turno de sonreír.

—Conozco a mi mujer, Bruno. Lo que sea que te hizo pensar que sería una buena idea quitarte la ropa, no tiene nada que ver con ella.

Las palabras salen de mi boca tan naturalmente, que hasta yo mismo me asusto. *Mi mujer,* ¡maldita sea! Lo dije, ¿no? Pero quizá es hora de aceptar esa mierda. Eliza no va a irse a ninguna parte, ni

hoy, ni en dos meses, así que mientras dure esta situación, eso es lo que ella es: mi mujer. ¡Y más vale que lo sepan!

No miro a Eliza, pero el leve estremecimiento de su cuerpo al escuchar mis palabras no me pasa desapercibido.

—¡Guau! Viví para ver esto. João Pedro Govêa fue puesto bajo control.

—Bruno, realmente estoy empezando a reconsiderar mi enfoque contigo, no porque dude de lo que pasó, sino porque golpear tu cara me parece cada vez más atractivo.

Él levanta las manos en señal de rendición y señala una camiseta colgada en el respaldo de una de las sillas de la terraza. Exhalo con fuerza mientras él la toma y se la pone, y noto una enorme mancha mojada. Las piezas del rompecabezas comienzan a encajar en mi mente, aunque todavía faltan muchas.

—Necesitaba hablar contigo, Eliza dijo que estabas volviendo a casa, me ofreció agua, pero me mojé, el resto es historia.

—¿Historia? ¿Te parece que decidir quitarte la maldita camisa frente a mi mujer es historia?

—Si no lo has notado, João Pedro, ahí, al otro lado de la calle, hay una playa donde la gente está mucho más desnuda de lo que yo estaba. No seas dramático —responde con desprecio, y yo exhalo con fuerza.

Eliza se aprieta contra mí, y casi ruego al cielo por control, porque siento que estoy cerca del límite.

—¿Y qué es eso que necesitabas tanto decirme?

—Eh... Disculpen —interrumpe Eliza antes de que Bruno pueda responder, y desvío mi mirada hacia ella—. Me voy al cuarto.

Pienso en decirle que no, pero verla semidesnuda frente a Bruno no me va a ayudar en nada a no golpear al provocador hijo de puta. Así que asiento con la cabeza antes de decirle que no tardaré y la suelto. Ella se despide de Bruno desde la distancia y sale de la terraza.

Paso mis dedos por el cabello y lo miro.

—En serio, João Pedro, ¿dónde la encontraste? Porque, carajo, ¡yo quiero una así! —comenta, en cuanto Eliza desaparece de mi vista, y yo inclino la cabeza, mirándolo, incrédulo.

Doy unos pasos hacia él antes de detenerme lo suficientemente cerca para que me mire a los ojos antes de darle la oportunidad de repetir la tontería que acaba de decir.

—¿Qué dijiste? Y espero que pienses bien tus próximas palabras, ¡maldita sea! Estás en mi casa, hablando de mi mujer. Y, ¡por el amor de Dios! Dios es testigo de lo controlado que estoy siendo, pero es mejor que no me obligues, ¡carajo! —digo con seriedad, y él sonríe.

—Nada, solo tenía curiosidad.

—¡Métete la curiosidad en el culo! ¿Qué quieres? —espeté, y él suspira.

—Necesito hablar sobre Amplik.

—¿Y eso no podía esperar? ¿Tenías que seguirme hasta Río de Janeiro? ¿Tenías que venir a mi casa?

—No te seguí hasta Río de Janeiro, João Pedro. Sucedió que ambos estábamos aquí cuando recibí la noticia de que otro grupo está interesado en la empresa, queriendo comprarla también. Como era un asunto urgente, llamé a Norma, me dijo dónde estabas, pero cuando llamé a Jordan, descubrí que habías terminado la reunión

antes y te habías venido a tu casa. Así que aquí estoy. Por cierto, ¿por qué terminaste la reunión antes?

—No confundas mi paciencia con otra cosa, Bruno. ¡No es asunto tuyo! ¿Quieres hablar de Amplik? Hablemos de eso. No esperes más de mí, y sé breve.

45.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Encuentro a Eliza nerviosa.

Lleva un vestido suelto que se ajusta ligeramente a su cuerpo y camina de un lado a otro por la habitación, sin notar que abrí la puerta. Solo cuando entro me presta atención. Sus ojos se agrandan, dejándome claro que sigue preocupada por lo que voy a hacer.

—João, puedo explicarlo, él apareció aquí de la nada, yo no...

—Lo sé, Eliza. Lo sé. Lo entendí —la interrumpo antes de que continúe con sus excusas atropelladas, y sus ojos se abren aún más.

—¿Entendiste? —pregunta ansiosa, mientras se pasa la lengua por los labios.

—Entendí. —Camino hacia ella, la alcanzo y rodeo su cintura con mis brazos—. ¿Me gustó llegar a casa ardiendo de ganas, deseando meterte la verga en la terraza, solo para encontrar a Bruno, medio desnudo, a tres pasos de ti?

¡No! ¡Lo odié!

Quise estamparle la cara contra la pared y luego tirarlo por el balcón. Podría haber dicho que fue un accidente, que simplemente se cayó -divago-.

—Pero entendí que no tuviste la culpa. El desgraciado realmente tenía un motivo legítimo para estar aquí, aunque no me gustara encontrarlo en mi casa. Solo tengo una pregunta, Eliza: ¿por qué demonios no te cambiaste de ropa?

—¡No tuve tiempo! Todo pasó muy rápido. Me dijiste que venías a casa y, unos minutos después, sonó el timbre. No pensé que fuera nada importante, no mencionaste ninguna visita. Así que solo me puse la salida de playa encima antes de abrir la puerta. Pero era él, y cuando le dije que no estabas y que tendría que volver otro día, se le notaba tan preocupado que no pude echarlo sabiendo que llegarías en unos minutos. Entonces me pidió agua, el vaso se cayó y se rompió, fui a buscar una escoba, pero no la encontraba y me demoré, y cuando finalmente terminé de limpiar, volví a llevarle otro vaso de agua y lo encontré así, sin camisa, en la terraza. Justo le había pedido que se vistiera cuando tú abriste la puerta. Eso fue todo. No hubo tiempo —suelta las palabras una tras otra, como si estuviera desesperada por sacarlas todas de golpe.

—Sabes que solo te pregunté sobre la ropa, ¿verdad? —Sonrío con un leve gesto, y ella asiente nerviosa.

—Pero quería asegurarme de que supieras todo, solo por si acaso. Es mejor así.

—Eliza, está bien. —La miro a los ojos y tomo sus mejillas entre mis manos.

—¿Por qué? La última vez que Bruno estuvo cerca de nosotros, la situación era mucho menos grave que esta y te volviste loco. Te pusiste posesivo y prácticamente marcaste territorio sobre mí. ¿Cómo es que ahora estás tan tranquilo? O sea, no es que me queje, por favor, no vuelvas a perder la calma, solo que, ¡Dios mío! João, yo estaba tan nerviosa —habla tan rápido que se queda sin aliento al final, apoyando la frente contra mi pecho.

Huelo su cabello aún húmedo y beso la parte superior de su cabeza.

—Las cosas han cambiado, Eliza. Ahora te conozco lo suficiente para saber cómo no reaccionar en ciertas situaciones, aunque mis

puños me pidan lo contrario. —Ella ríe suavemente.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Por confiar en mí.

—Te lo dije antes, Eliza. Puedo ver todo lo que eres a través de tus ojos, solo fui un tonto al no darle suficiente importancia a eso antes. No va a volver a pasar.

Ella muerde su labio y aparta la mirada de la mía. Frunzo el ceño de nuevo y la obligo a mirarme.

—Dime, Eliza.

—Tú… Tú dijiste algo allá en la terraza.

—¿Qué cosa? —pregunto, aunque sé muy bien a qué se refiere, y sonrío porque quiero escucharla decirlo.

Eliza se muerde los labios antes de moverlos nerviosamente de un lado a otro.

—Que yo… que yo soy tu mujer, João Pedro —empieza dudosa, pero luego suelta todas las palabras de golpe, como si fueran una bomba a punto de estallar de la que quiere deshacerse.

—¿Y no lo eres? —Mi voz es calmada, casi divertida.

—¡No sé! —responde como si lo que me acaba de decir fuera algo obvio, haciendo que yo levante las cejas—. Dijiste que no sabías lo que teníamos. Que no sabías lo que yo era... ¿Y ahora esto? ¿Quieres volverme loca, João Pedro? —Parece enfadada, y no puedo evitar sonreír.

—Eres una cosita furiosa, ¿verdad? —Ella me mira entrecerrando los ojos y ladea la cabeza—. Eliza, te lo dije, lo que tenemos es algo

que nunca había tenido antes. Perdóname si no sabía qué nombre darle, pero ahora lo sé y, a menos que tengas algo en contra, es ese. Mi mujer.

—Me confundes —se lamenta—. Y tú, João Pedro, ¿eres mío? ¿Solo mío? —Su expresión seria deja claro lo importante que es la respuesta para ella. Pego mi frente a la suya, porque, si la primera vez que me hizo esa pregunta busqué evasivas, ahora no lo necesito.

—Completamente —susurro en sus labios y ella cierra los ojos.

—Tengo miedo —dice en un susurro.

—Lo sé.

—Es muy pronto, todo ha pasado muy rápido, y tenemos un contrato... Estoy aterrada de que solo estés haciendo esto para que no me aleje y que termines cansándote de mí, João. Que cuando se acabe el tiempo me digas que todo fue una mentira y que se acabó. Estoy muerta de miedo.

—No voy a hacer eso, Eliza. No voy a hacerte daño. Déjame entrar. Por favor —repito la petición que le hice días atrás, pero ahora con un significado mucho más profundo—. No voy a mentirte diciéndote que sé lo que estoy haciendo, porque no lo sé. No tengo idea, nunca lo hice, nunca quise hacerlo y lo negué, negué cuánto me hacías desear esto. Pero ¿para qué? Lo que nosotros tenemos en tan pocas semanas es más real que cualquier otra cosa que haya tenido en toda mi vida, y no creo que esto vaya a disminuir o terminar. Insistí en que sí, porque no quería admitir que tú habías cambiado todo, porque, ¡mierda! Me gustaba cómo eran las cosas. Realmente me gustaban, pero ya no me gustan, Eliza. No sin ti. —Beso sus labios suavemente y respiro hondo, aspirando el aire que ella exhala—. Pero ¡maldita sea!, volví a casa para una noche de sexo, y mira en qué demonios he acabado. ¡Voy a cometer errores,

Eliza! Estoy seguro de que lo haré, pero nunca, nunca de forma intencionada. Y tengo defectos, muchos más de los que ya conoces y, ¡Dios! Van a sacarte de quicio, y quiero que lo hagan, cada uno de ellos, porque me encanta verte enojada, porque me encanta discutir contigo y porque me encanta reconciliarme contigo.

—João... No sé. Ya había aceptado dar pasos más grandes de los que creía que mis piernas soportarían, cuando acepté vivir "esto", pero ¿lo que estás diciendo ahora? ¿Quieres ser mi novio, João Pedro? ¡No sé si podría ser tu novia, realmente no lo sé!

—No, Eliza, no quiero que seas mi novia.

Sus ojos se abren y me miran. Su ceño se frunce, confundida, pero antes de que pueda decir algo, yo mismo lo aclaro.

—Es lo mismo que la amistad, Eliza. Esto que tenemos no encaja en un noviazgo, no necesito otros rótulos. Lo único que necesito saber y que necesito que los demás sepan es que eres mi mujer. Lo que eso significa solo nos importa a nosotros dos. Olvídate del maldito contrato, podemos romperlo si quieres. ¡Al diablo! Ya no quiero solo tu tiempo, Eliza. Te quiero a ti, entera. Por el tiempo que ambos queramos, y espero que sea mucho.

Sus ojos parpadean, el color invade sus mejillas, entreabre los labios y exhala con fuerza, luego, me besa.

Es un beso intenso, apasionado, entregado.

Es un sí. Para lo que sea que demonios estoy proponiendo, Eliza está diciendo sí, y la felicidad que siento llena rincones de mi alma que nunca antes habían visto la luz.

Ahora lo sé, la quiero entera, no solo por dos, seis o doce meses más. La quiero mientras ella esté dispuesta a ser mía, por eso devoro su boca con una hambre insaciable, pero que ahora sé que no necesito saciar, porque ella no se va a ninguna parte.

46.

ELIZA PORTO

Los brazos de João se aprietan alrededor de mi cuerpo, acercándome aún más, y yo me entrego por completo. Esta vez, con cuerpo y alma, soltando mis pensamientos más íntimos y aterradores del oscuro rincón donde los había encerrado, permitiendo que corran libres por mi mente. Pero no me concentro en ninguno de ellos, no ahora.

En este momento, lo único que importa son sus labios devorando los míos, sus manos apretándome y su cuerpo caliente que me atrae cada vez más hacia él, casi fundiéndose conmigo.

João Pedro es lo único que importa. Su olor, su sabor, mi deseo por él y el suyo por mí, la corriente eléctrica recorriendo mi piel y los choques que se propagan por ella.

Deslizo mis manos de su cuello a sus hombros, sobre su chaqueta, bajándolas hasta encontrar las solapas y tirando de ellas para abrirla. Él entiende mi petición y me suelta para deshacerse de la ropa.

Deseo desesperadamente sentir su piel.

Su boca vuelve a tomar la mía mientras mis dedos desabrochan los botones de su camisa, la sacan de su pantalón y la empujan por sus hombros. Mis dedos encuentran la piel cálida de su pecho, y gimo en su boca, deleitada por el contacto, por la sensación.

—Sé que prometí secar tu cuerpo con mi lengua, Eliza. Pero para eso tendríamos que mojarte primero, y realmente no quiero esperar. Ahora te quiero en mi cama —susurra contra mi boca, mi pecho sube y baja, jadeante, necesitando más aire del que logro tomar.

Asiento en una mezcla de gemido y murmullo, deseándolo solo a él, sin importar de qué forma. Seco, mojado, de pie o acostado, en la cama, en el suelo, en la ducha o en el sofá. Ahora, lo único que quiero es a él.

Sus manos recorren los costados de mi cuerpo hasta encontrar el borde de mi vestido, lo suben, arrugando la tela y arrancándomelo, dejándome solo en ropa interior. João aleja su boca de la mía y recorre mi piel con la mirada.

—No me canso de mirarte, de decirte lo hermosa que eres, Eliza. —Su voz ronca y en un tono susurrante provoca mi piel tanto como sus dedos, que nunca dejan de tocarme.

—Yo tampoco me canso de mirarte, de tocarte —Mi tono de voz es igual de bajo y susurrante.

Sintiendo que me ahogo en la necesidad de él, lamo la piel de su cuello y deslizo mi lengua hacia abajo, sobre su pecho fuerte y musculoso, mis manos recorren su abdomen, dejando besos y lamidas por todo su torso.

Él rechina los dientes bajo mis caricias, haciéndome sentir poderosa al provocarle esas reacciones.

Pero se cansa de las provocaciones, y sus dedos se enredan en la base de mi cabello, tirando de mi cabeza hacia arriba, baja su boca sobre la mía y me devora.

Con hambre, urgencia, desesperación, bebe mis gemidos y devora mi lengua, lamiéndola, chupándola, masajeándola con la suya, invadiendo cada rincón de mi boca, explorando, dominando, estableciendo que le pertenezco, que todo en mí es suyo, que soy suya.

Mis pechos desnudos se aplastan contra su pecho, me pongo de puntillas para besarlo, me froto contra su cuerpo, sintiendo la

deliciosa fricción, gimiendo en su boca, palpitando cada vez más entre las piernas con su erección presionando mi abdomen.

Sus manos agarran mi culo, aprietan mi carne y acarician mi piel. Somos un enredo de brazos, una sinfonía de gemidos y un solo cuerpo caliente que dispara ondas de calor a nuestro alrededor.

João comienza a avanzar, obligándome a retroceder hasta que mis piernas chocan con lo que imagino que es el borde de la cama. Me inclina, haciéndome sentar y luego recostarme, dejando mis piernas colgando mientras se inclina sobre mí.

Su lengua lame mis labios, mi mentón, mi cuello; su boca muerde mi garganta y sigue bajando, explorando, mojando, chupando cada centímetro de piel que encuentra.

Llega a mis pechos, lame uno entero, de arriba abajo, pasando por mi pezón duro y excitado, luego hace lo mismo con el otro, antes de succionarlos con gusto. Su lengua es suave y agresiva al mismo tiempo, chupa con fuerza y luego calma la piel sensible con suaves lamidas, una y otra vez.

Me siento descontrolada, cada vez más cerca del borde, cuando João engancha los dedos en los lados de mi ropa interior y la baja por mis piernas. Levanto las caderas para facilitarle el paso, y en segundos, estoy desnuda ante sus ojos. Abro las piernas, quiero que me vea completamente, abierta para sus ojos, su boca, sus manos, su miembro, para lo que él quiera hacer conmigo.

Su mirada lasciva me hace gemir y moverme en la cama, buscando alivio para mi agonía, para mi desesperación. Él desabrocha su cinturón, se baja la cremallera, se quita los zapatos, las medias, y se queda completamente desnudo frente a mí. Mi boca saliva con solo imaginar su sabor; tengo tantas ganas de chupársela, y debe leer ese deseo en mis ojos.

—Después, cariño. Ahora necesito estar dentro de ti. —Gimo, asintiendo, porque aunque lo deseo completo en mi boca, hasta probar su esencia en mi lengua, aún quiero más sentirlo resbalando entre mis piernas—. Súbete más, Eliza —susurra, sin apartar la mirada de la mía. Obedezco, deslizándome en la cama hasta quedar completamente acostada, boca arriba.

Él se recuesta sobre mi cuerpo, y su calor me enloquece. Levanto la cabeza y busco su boca, necesitando la suya en la mía, mientras las manos de João Pedro incendian mi piel como fuego en un campo seco. Cada caricia deja un rastro de calor que me consume entera, desde adentro hacia afuera, desde afuera hacia adentro, todo arde.

Abro más las piernas, dejándolo acomodarse entre ellas, y siento la cabeza de su verga en mi vulva empapada, completamente mojada por mi deseo. Estoy tan húmeda que incluso la entrepierna se siente resbalosa de excitación. Abro la boca sobre la suya, jadeando, desesperada por ese momento, mi pecho sube y baja descontrolado, mi corazón late con fuerza en mi pecho, ansioso, agitado, explotando dentro de mí.

João apoya un codo en la cama y con la otra mano sostiene mi cadera con fuerza; nuestros rostros están tan juntos, nuestros ojos tan próximos, que siento que puede ver dentro de mí. Me penetra, invade, su verga rasga mi sexo, y el aire escapa de mis pulmones mientras un gemido mudo atraviesa mi garganta.

Sus ojos no se apartan de los míos. Me observa mientras sale lentamente de mí y vuelve a entrar. Tan placentero, tan delicioso.

El placer me envuelve, arrastrándome, llevándome lejos de su mirada, pero me niego, me rehúso a ir, porque no quiero perder ni un segundo de este momento. No de este. No hoy. Nuestras bocas no se separan en ningún momento, aunque no estemos besándonos. Cada punto de contacto entre nosotros permanece unido. Nuestras frentes, ojos, labios, pechos, pelvis, y él completamente dentro de

mí, entrando y saliendo, lento, firme, enloqueciéndome con cada embestida. Y esta vez, no me siento simplemente cogida.

Siento algo más y me aterra darle un nombre, pero disfruto cada segundo de su mirada en la mía, de su piel en la mía y de nuestro sudor mezclándose. De mi olor uniéndose al suyo y creando el aroma perfecto de nuestro sexo, solo nuestro.

No hay palabras. Hay gemidos, gruñidos, sollozos y muchos otros sonidos que no dicen nada, pero significan todo. Mis manos raspan su piel con cada nueva embestida. Mis gemidos se vuelven cada vez más largos y fuertes, mientras los de João se vuelven ásperos, guturales. Él susurra mi nombre en mi boca y traga cada vez que murmuro y lloro el suyo. Somos solo nosotros. No hay tiempo, ni habitación, ni cama, ni aire. Solo nosotros, en la danza más antigua del mundo, completamente dominados por el placer que sentimos el uno por el otro. Aquí, ahora, las palabras dichas son verdaderas.

Soy suya, él es mío.

Llego a mi orgasmo. Exploto, me deshago, desaparezco, pero sus ojos se van conmigo a donde sea que seres, cuerpos y almas que se desintegran vayan. Sus ojos nunca me dejan. Nunca.

El cuerpo que dejo atrás se estremece por completo bajo el de João, mientras él sigue embistiéndome tan delicioso, que mi consciencia permanece distante, sin querer encontrar el camino de regreso. Es su orgasmo, fuerte y potente, lo que me atrae de vuelta, porque quiero sentirlo llenándome por completo, quiero sentirlo deshacerse en mí, tal como yo me deshice en él.

Y así como él no apartó la mirada de mis ojos, yo no aparto la mía de los suyos. Veo su rostro completamente consumido por el éxtasis, su cuerpo temblando sobre el mío, escucho el rugido que escapa de su garganta y siento sus embestidas continuar hasta que ha liberado todo el semen que llevaba dentro, llenándome.

En los últimos espasmos de mi propio orgasmo, siento mi vagina apretarlo, y él se desploma sobre mi cuerpo. Nuestros ojos finalmente se desconectan. Cierro los míos, incapaz de creer o entender lo que acaba de suceder, sabiendo solo que todo ha cambiado.

47.

ELIZA PORTO

Otro restaurante lujoso. Ya me di por vencida tratando de clasificarlos en una lista, porque creo que siempre están superándose.

Este es un barco. João dijo que tenía una sorpresa para nuestra última noche en Río. Y, aunque me habría sentido feliz incluso si cenáramos en el suelo del balcón del departamento, me puse el mejor vestido que traje en la maleta, uno rojo oscuro, en realidad casi granate, de corte recto y escote tipo top, con largo hasta la rodilla.

Para llegar al restaurante tuvimos que venir en lancha y ahora estamos cenando a bordo de un barco enorme, lleno de candelabros de cristal colgantes, con mesas cubiertas con manteles blancos y ondeantes, y un conjunto de cuerdas tocando de fondo. Si no fuera por las enormes ventanas que dejan ver la vasta extensión azul que nos rodea, sería imposible saber que estamos en medio del mar.

—¿Qué pasa? —Sonrío, cuando él ya no puede contenerse ante mi mirada deslumbrada.

—Nunca me voy a acostumbrar a todo este lujo —digo, sinceramente—. Quiero decir, hasta hace poco apenas tenía qué comer.

Asiente con la cabeza.

—Eso no volverá a pasar, Eliza.

—Lo sé. Aun así, todo esto parece increíble, como si en cualquier momento fuera a despertar en mi departamento minúsculo, en mi

cama dura hecha de tarimas, y descubrir que, en realidad, todo fue un largo sueño mientras dormía para evitar el hambre.

—¡Maldita sea, Eliza! —Su expresión cambia de inmediato, se vuelve más seria, enojada—. Ese día en que te busqué después de la entrevista, no era la primera vez que hacías eso, ¿verdad? —pregunta, y yo niego con la cabeza.

Exhala con fuerza y cierra los ojos por unos segundos.

—Lo siento mucho, Eliza. Lo siento mucho —dice, cuando los vuelve a abrir.

—Yo no lo siento.

Es verdad. Frunce el ceño sin entender.

Hoy he pensado mucho en eso, después de pasar la tarde y la noche de ayer devorándonos en la cama de una forma completamente distinta a las veces anteriores. Hoy, durante el día, mientras João Pedro estaba fuera trabajando, no dejé de pensar en cómo llegamos a esto.

Hace poco, pero parece que ha pasado toda una vida desde que envié ese correo electrónico. Fue ahí donde comenzó todo, y la verdad es que, si no hubiera estado pasando hambre, no estaría aquí ahora. Y soy feliz de estar exactamente donde estoy.

—Fue eso lo que me trajo hasta aquí, João. Puede que no me haya gustado el camino, pero realmente estoy feliz con el destino.

Él toma mi mano sobre la mesa y la lleva a sus labios, besándola.

—Yo también. —Sonríe, segundos antes de que una expresión preocupada tome su rostro.

—¿Qué pasa?

—Quiero hablar algo contigo.

—Ajá —lo animo a continuar.

—Esta semana se cumple un mes desde que firmaste el contrato.

—Pensé que habíamos acordado que ya no importa —frunzo el ceño, sintiendo que mi corazón se acelera.

—Y no importa. ¡De verdad que no importa! —responde apresurado, como si sintiera el miedo que empieza a recorrer mi espalda.

—¿Pero?

—Pero me gustaría pagarte este primer mes. —Mi boca se abre por la sorpresa.

La desilusión me invade antes que cualquier otro sentimiento.

—Eliza, ¡calma! Escúchame, ¿ok?

—¿Escuchar qué? ¿Que dices que el contrato no importa, pero quieres seguir haciendo lo que lo valida? ¿Pagarme? —lo acuso.

—¡No! No es así, Eliza. —Cierra los ojos brevemente y exhala con fuerza—. Es solo por este primer mes, es justo cuando todo tu tiempo estuvo a mi disposición. Pero es más que eso, Eliza. Te niegas a gastar mi dinero, quiero que tengas el tuyo.

—Seguirá siendo tuyo, João Pedro.

—¡No! ¡No lo será! Lo ganaste, seguiste el contrato que establecimos, es tuyo. Si quieres, podemos calcular el valor proporcional y excluir los días que pasaron desde ayer, que fue cuando decidimos dejarlo de lado. Pero quiero que aceptes el pago del primer mes —termina de hablar, y el silencio se instala entre nosotros como un enorme elefante blanco en la sala.

Al darse cuenta de que no voy a decir nada, decide hacer una nueva propuesta.

—¡Hagamos un trato! —Entorno los ojos.

—¿Qué trato, João Pedro?

—¿Podrías, por favor, dejar de llamarme así?

—¡No! Porque me estás irritando. Y si tú decides cómo serán nuestras peleas, yo puedo decidir cómo llamarte cuando estoy enojada —dejo que las palabras salgan disparadas y él se ríe. ¡El maldito se ríe!

—¡Eres una cosita desafiante! ¿Eh? —Revuelvo los ojos.

—Haz tu propuesta absurda para que pueda decirte que no de una vez y sigamos con nuestra cena como si nada hubiera pasado.

—Aceptas el pago del mes y yo no inflaré tu salario de secretaria en Govêa.

—¿Cómo dices? —pregunto, sorprendida por su descaro. ¡João Pedro no entiende el significado de la palabra límites!

—Es exactamente eso, Eliza. Si no aceptas los veinticinco mil que son tuyos por derecho, voy a inflar tu salario en tu nuevo empleo y te lo pagaré en cuotas. Y lo sabrás, pero no podrás detenerme.

—Claro que puedo. No voy a aceptar ni un centavo más que las otras secretarias.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Y cómo, exactamente, piensas averiguar cuánto ganan las otras secretarias?

—¡Preguntando, por supuesto!

—¿Y qué te hace pensar que ellas te lo dirán, cariño? Recuerda que yo soy su jefe, ¿cierto?

—¡João Pedro! ¡No te atreverías!

—Oh, sí, claro que lo haría. Definitivamente lo haría, así que te sugiero que no me pongas a prueba. Acepta el trato, Eliza, es justo.

—¡Es absurdo! ¡Es falso! Es una falsa sensación de elección cuando, en realidad, obtienes lo que quieres de cualquier manera.

—Es lo mejor que puedo ofrecerte. Te dije que tenía defectos y te advertí que te irritarían.

Lo fulmino con la mirada. ¡Maldito!

Estoy a punto de refutar su afirmación, cuando una voz conocida, pero mucho más melosa de lo que recordaba, nos alcanza.

—João Pedro —exclama la mujer absolutamente hermosa cuando se detiene a su lado y coloca la mano en su hombro—. ¡Vaya! Qué coincidencia encontrarnos aquí, en casa casi no nos vemos y nos topamos en Río. ¡Tal vez sea una señal del universo de que necesitamos cambiar eso!

Veo la escena desarrollarse ante mis ojos sin creer que realmente esté sucediendo. Manuela, la arquitecta, me está ignorando deliberadamente, porque es imposible que no me haya visto aquí.

Es una maldita mesa para dos personas, y yo soy la segunda persona sentada en ella.

Semanas atrás, pensé que la mejor forma de lidiar con el odio gratuito de esa mujer era mantenerla alejada de mí. Estaba tan asustada, tan herida por los recientes acontecimientos que solo quería que me dejaran en paz.

Pero, a pesar del poco tiempo que ha pasado, como concluí hoy mismo, una vida entera ha sucedido, y he aprendido tanto sobre mí, sobre las cosas que quiero, que no quiero. Sobre a dónde quiero ir y a dónde jamás quiero regresar. He cambiado, y sobre todo quiero seguir cambiando.

La prueba de eso es que, ahora, tan cristalino como el agua, me doy cuenta de que su odio hacia mí no tiene nada de gratuito. Tiene nombre y apellido: João Pedro Govêa.

Este descubrimiento me hace recordar la situación en el avión. Pero, ¿qué les pasa a estas mujeres?

No es como si el hombre fuera el premio en alguna especie de competencia. ¿Está bueno? Sí. ¡Está delicioso! Pero, ¿realmente vale todo este desgaste? ¿Y dónde queda la maldita unión y sororidad femenina?

Cierro los ojos con fuerza por unos segundos, molesta con la cara dura de João Pedro, con su propuesta ridícula, y muy molesta con la falta de respeto descarada de Manuela. Pero ella ya me hizo menos una vez, y no reaccioné.

Hoy, definitivamente, dejarla hacer lo que quiera para mantenerme alejada ya no está en mis planes.

Respiro hondo, el aire se hace sonoro, y aún así ella sigue negándose a reconocer mi presencia y se concentra toda en el hombre frente a mí.

Es justamente él quien pone fin a la payasada.

João se levanta y la saluda con un abrazo, lo que me irrita aún más, porque ella aprovecha para besarle la mejilla, y aunque sé que solo fue eso, un beso en la mejilla, el bichito de los celos me muerde con fuerza.

¡Dios! ¡Soy tan celosa! ¿Cómo pude pasar toda mi vida sin saber esto?

—Manuela. Sí. Una gran coincidencia. Pero no veo qué mensaje podría estar mandándonos el universo. —João la despide en tono de broma, cuando se apartan del abrazo y mi ansiedad se calma sutilmente al darme cuenta de que él no está estimulando sus avances. Aún así, ella insiste.

—Ah, João Pedro. Yo sí puedo pensar en algunas —dice también en tono de broma, pero nadie que vea cómo casi se tira sobre él podría dejar de notar lo seria que está hablando.

—¿Te acuerdas de Eliza? —Me quedo esperando el adjetivo.

¿Qué Eliza, João Pedro? Porque para Bruno soy tu mujer, y ahora, ¿quién soy yo? Pero el adjetivo no llega, y, obligada a saludarme, Manuela me lanza una mirada y, afortunadamente, no da ni un paso en mi dirección.

Mejor así, porque estoy descubriendo que puedo ser muy rencorosa. Toda la rabia que no sentí esa noche en mi habitación parece estar girando en espiral por mi columna, subiendo y girando, suplicando ser liberada en un solo estallido.

—Buenas noches, Manuela —digo seria, sin hacer el menor esfuerzo por sonar más educada de lo necesario, y ella pone una expresión falsamente sorprendida, como si recién ahora se diera cuenta de que era yo la que estaba ahí todo el tiempo.

—¡Oh! Buenas noches. Eliza, ¿no? —Sugiere que fue recordada de mi nombre por João, algo que realmente no creo que sea cierto—. Perdón, no envié tu proyecto, ¿verdad? Qué cabeza la mía. Por alguna razón, pensé que ya no sería necesario. ¡Dios mío, qué confusión!

Frunzo el ceño, dándome cuenta solo ahora de que realmente nunca escuché que me dijeran que el proyecto había sido recibido.

Los días que siguieron a eso fueron tan caóticos que lo último en mi cabeza era un proyecto de decoración que ni siquiera quería, para empezar. Pero ahora, ante los hechos, no puedo realmente creer que haya sido un accidente.

—¿Perdón, qué dijiste? —Levanta los ojos, como si fuera a poner los ojos en blanco, pero se acuerda de que no puede.

—Acabé tan ocupada con algunos trabajos que, cuando pude atender tu proyecto, pensé que ya no era necesario, me dio la impresión de que João Pedro me había dicho que para ese momento ya te habrías ido —responde tan despreocupada como si dijera que el cielo es azul.

Es automático, busco a João con la mirada y lo encuentro con el ceño fruncido.

—Definitivamente fue una confusión, Manuela, porque yo nunca dije nada remotamente parecido a eso —afirma con firmeza, y la mujer tiene la decencia de parecer avergonzada, pero después de tanta actuación mal hecha, me cuesta mucho creer en la honestidad de su expresión.

—Lo siento mucho. A más tardar, para la próxima semana, el proyecto estará en manos de ustedes. Será mi prioridad tan pronto regrese a São Paulo.

Junto las cejas y solo asiento positivamente con la cabeza.

El ambiente pesado creado por su comentario no se disipa, y después de unos segundos de silencio, ella finalmente se despide de João, sin perder la oportunidad de tocarlo, y de mí, con la misma distancia con la que me saludó al acercarse a nuestra mesa.

Sus largas y torneadas piernas se alejan de nosotros, pero no puedo apartar los ojos de su figura alta y tan elegantemente vestida.

—Con permiso —digo, ya levantándome de la silla sin darle chance a João de decir nada.

Su mirada me sigue mientras paso a su lado y camino hacia el fondo del salón. Entro al baño y la veo inmediatamente frente al espejo, retocándose el maquillaje. No sé bien qué quiero aquí, para ser sincera, pero ya me cansé de la forma en que me trata, esto tiene que terminar, el respeto es importante y a mí me gusta mucho.

Respiro profundamente, buscando en mi mente la forma de dejar esto claro y me acerco al lavabo con la bolsa en la mano.

Mientras me pongo el labial, observo discretamente para asegurarme de que estamos solas y, para alegría de la parte ansiosa por una pelea que hay en mí, lo estamos.

Calma, Eliza. Eres una mujer civilizada. Si quieres pelear con alguien, pelea con João Pedro. Las peleas de ustedes siempre terminan de una manera que les gusta a los dos.

Invento una excusa y, al acercar el bastón de color a mis labios, su mirada me encuentra a través del espejo. Antes de usar el labial, me canso de buscar justificaciones y decido simplemente preguntar.

—¿De verdad tuviste problemas y retrasaste el envío de mi proyecto? ¿O es cierto que pensaste que ya no sería necesario?

Ella sonríe, un gesto lleno de sarcasmo.

—No, y sí. No tuve problemas, simplemente no lo hice porque pensé que un hombre como João Pedro, a estas alturas, ya habría recuperado el juicio y se habría librado de alguien como tú.

Parpadeo. Honestidad. Eso era lo que buscaba, pero no esperaba encontrarla tan fácil y brutalmente.

—¿Alguien como yo? —me encuentro preguntando, y ella repite lo que hizo semanas atrás. Me observa de arriba abajo antes de responder.

—Las ropas caras no esconden quién eres. De hecho, me parece un pecado desperdiciarlas en ti.

—Guau —respondo, simplemente impresionada de que diga palabras tan venenosas como si estuviera anunciando que la cena está servida. ¡Dios mío—. ¿Y qué soy entonces? —Mis cejas se fruncen y realmente estoy curiosa por su respuesta.

—En el mejor de los casos, un caso de caridad. En el peor, un caso que probablemente está costando mucho más de lo que vale, seguro.

Me paso la lengua por los labios y sacudo la cabeza, confirmando que entendí lo que dijo. Mientras ella pasa las manos por su cabello y lo acomoda sobre los hombros, su desprecio se vuelve tan evidente en el reflejo que debería ser impactante, incómodo.

Definitivamente, esa es su intención: hacer que me sienta pequeña, diminuta, equivocada y sucia. Pero no funciona, no más. Porque, a diferencia de hace semanas, sé exactamente quién soy o quién quiero ser.

Pasé por la puerta ansiosa por una pelea, pero ahora me doy cuenta de que no quiero eso con esta mujer. Puede tomar sus pensamientos prejuiciosos y guardarlos donde le parezca mejor, mientras los mantenga lejos de mí. Sonrío.

—Entiendo —digo, volviendo a levantar el labial que había bajado, y cuando estoy a punto de deslizarlo por mi labio inferior, escucho su voz.

—¿Qué es tan gracioso?

Inclino la cabeza, giro mi cuerpo hacia ella y, por primera vez, realmente la miro, no mediante el espejo frente a nosotras.

—Eres graciosa. ¿Sabes? El día que nos conocimos, lloré cuando te fuiste. Estaba pasando por un momento tan complicado, me sentía tan frágil… Y luego, tú llegaste, tomaste el frágil jarrón que era mi autoestima y lo tiraste al suelo. Sin piedad, simplemente lo destrozaste. No entendí por qué, no importó cuántas veces me lo preguntara, sentada, sola, encogida en el suelo del vestidor en el que no entraste. No pude entenderlo, Manuela. Pero, después de derramar todas las lágrimas que tenía, hice lo único que podía hacer: recogí cada pedazo y lo pegué otra vez, pero ahora con una cola mucho más fuerte que la obligación. Usé amor propio, autoaceptación, un poco de cuidado y mucho, mucho respeto. Ese respeto me lo dio el hombre que tú estás diciendo que me ve como un caso de caridad. O peor aún, aunque no lo dijiste directamente, sugeriste que él me vea como una prostituta, y una que no vale lo que le están pagando.

Sonrío de nuevo porque, ¡Dios! Esto es bueno. ¡Esto es muy bueno! Saber que cada palabra que estoy diciendo no es "solo verdad". Es muy, muy bueno saber que creo en ellas.

—Él no lo ve, Manuela, y lo sé. Lo siento cada vez que me besa como si el mundo fuera a terminar, cada vez que me toca como si nada más importara, cada vez que me dice, con todas las letras, que soy importante, que soy su mujer.

Durante gran parte de lo que digo, Manuela mantiene una expresión de cansancio en el rostro, como si tener que escucharme la estuviera fastidiando, aunque haya sido ella quien preguntó. Sin embargo, al escuchar mi última frase, su expresión se vuelve seria, algo que no había mostrado antes.

—¿Qué dijiste? —me interrumpe, ansiosa. Yo asiento, confirmando mis propias sospechas.

—No entiendo por qué tienes esa necesidad, ¿sabes? Eres tan bonita, no tengo dudas de que eres inteligente y, seguro, competente en tu trabajo, o João nunca te habría contratado. Entonces, realmente no lo entiendo y lo lamento por ti, de verdad. Lo lamento. Pero, independientemente de eso, eres graciosa, Manuela. Porque desde la primera vez que me viste, te creíste en el derecho de echarme un odio y desprecio gratuitos, formar opiniones sin base alguna y obligarme a aceptarlas. Pues bien, eres graciosa porque no importan. Ninguno de esos sentimientos… ni el odio, ni el desprecio, ni las opiniones, ni lo que crees que sabes sobre mí. Estoy segura de quién soy, João está seguro de quién soy, y hasta donde yo sé, somos las únicas personas que importan.

—¡Eres tan bajita! —me acusa, finalmente mirando mi rostro, y mis cejas se levantan, mostrando la genuina sorpresa que siento.

Doy un paso hacia ella.

—¿Por decir la verdad?

—¿Verdad? ¿Qué verdad? ¿Realmente esperas que crea que João Pedro está en una relación con alguien como tú?

Mis labios se entreabren, entendiendo hacia dónde quiere llegar, de nuevo tratando de hacerme sentir mal conmigo misma.

—No espero nada de ti. Absolutamente nada. Y no soy baja. Podría, al igual que tú lo hiciste conmigo, intentar disminuirte. También podría describirte en detalle cómo, hace unas semanas, João Pedro y yo tuvimos sexo en un baño de un restaurante muy parecido a este —digo, mirando alrededor y riendo para mí misma de lo irritada que me pone eso y todo lo que desencadenó.

Vuelvo a fijar la mirada en la mujer frente a mí, que ahora tiene los ojos muy abiertos y la boca ligeramente entreabierta.

—Pero no voy a hacer nada de eso, porque, aunque empiezo a pensar que la humillación puede ser el único idioma que entiendes, simplemente no soy yo. Y, como ya te dije, no tienes poder sobre mí, no más.

Ella parpadea varias veces, aparentemente sorprendida por mi "audacia" al enfrentármela de igual a igual.

Giro mi lápiz labial entre los dedos, lo cierro y lo guardo en mi bolso sin ni siquiera haberlo usado. Me alejo y camino hacia la salida, pero, justo cuando pongo la mano en el picaporte de la puerta, me doy vuelta para mirarla, sigue estática, en el mismo lugar en el que la dejé.

—¡Ah! Y estás despedida. Puede que no me importe lo que pienses o digas, pero no estoy obligada a seguir lidiando contigo. Además, aunque por las razones equivocadas, tenías razón, ya no necesito tus servicios. Me mudé y hasta quiero redecorar nuestra habitación, pero, por supuesto, no quiero que estés ahí. Buenas noches.

Finalmente, ella reacciona.

—¡Esto no va a quedar así! ¡Voy a hablar con João Pedro, fue él quien me contrató!

Sonrío.

—Buena suerte intentando que te atienda.

Salgo por la puerta, y la sonrisa en mi rostro podría iluminar toda la ciudad.

Me siento ligera, tan ligera. Es como si me hubiera quitado un camión de encima. Cuando llego a la mesa, João me mira con el ceño fruncido.

—¿Vas a contarme qué pasó?

—Nada.

—¿Nada? Saliste de aquí molesta. Diez segundos después de que Manuela entró al baño, tú entraste también, y ahora regresas así, sonriendo.

—Ah, ¿eso? Bueno, ¿cómo puedo decirlo? Le hice pis a ella y la despedí —declaro y me sorprendo de que toda la rabia que sentía se haya ido, aparentemente, sin gritos, golpes ni insultos, la charla con Manuela me dejó satisfecha.

—¿Qué hiciste? —exclama.

—¡La despedí!

—Que se joda, ¡no me importa que la hayas despedido, Eliza! Podemos contratar a otro arquitecto si quieres redecorar mi cuarto. —Me sorprende con la sugerencia, porque aunque fue exactamente lo que le dije a la mujer, no era cierto. En ese momento solo quería provocarla—. ¿Qué le dijiste que hiciste conmigo?

—Espera… ¿Redecorar tu cuarto?

Me encuentro preguntando.

—¿No es ahí donde duermes ahora?

Su tono es el mismo que alguien usa para explicar a un niño que uno más uno son dos.

—Sí, pero sigue siendo tu cuarto, ¿por qué lo redecoraría?

—Porque, a partir de mañana, ¡será nuestra habitación! ¿Podemos hablar de lo que importa, Eliza? Dijiste que hiciste ¿qué conmigo?

João Pedro tiene los brazos sobre la mesa y una expresión ansiosa y confundida en su rostro. Su ceño está fruncido, sus labios

entreabiertos, y sus ojos parpadean varias veces, haciendo que sus largas y oscuras pestañas casi toquen sus párpados.

Lo miro como si João fuera una criatura de otro mundo. ¿Cómo que nuestra habitación? Y ¿cómo que eso no es importante? Pero su ansiedad deja claro que él ya dio este asunto como resuelto, como algo que ni siquiera merece discusión. Esto es tan típico de él.

—¡Eliza! —exclama, llamando mi atención para su espera de una respuesta que aún no he dado.

La escena que acaba de suceder en el baño pasa por mis ojos como si fuera una película, y sonrío, porque estoy muy orgullosa de mí.

—¡Ah, sí! ¡La oriné! ¡Le meé encima! Justo como tú lo hiciste conmigo aquella noche fatídica. Claro, todo esto se habría evitado si hubieras puesto un adjetivo después de mi nombre cuando dijiste: "Oye, ¿te acuerdas de Eliza…?". Bueno, casi todo. Su despido no. Eso era inevitable.

Mi tono suena provocador y despreocupado, pero la verdad es que espero su reacción exactamente como los niños esperan la mañana de Navidad.

Uno. Dos. Tres segundos.

João estalla en una risa tan alta e incontrolable que las personas a nuestro alrededor nos miran, y ni eso lo detiene. Sigue riendo tanto que me hace reír también.

—¡Qué carajo, Eliza! —Logra decir después de varios minutos calmando su respiración—. No puedes simplemente decir algo así.

—¿Y por qué no? Fue exactamente lo que tú hiciste y es exactamente lo que hice hoy. La diferencia es que hoy tenía el derecho de hacerlo y no te expuse de ninguna manera. —Me

detengo, pensando en las palabras que acabo de decir—. Quiero decir, tal vez eso no sea completamente cierto.

Él entrecierra los ojos hacia mí.

—¿Qué exactamente le dijiste, Eliza?

Ahora, pasado el momento, no me siento tan cómoda hablando sobre lo que pasó en el baño, y ni siquiera fue exactamente sexo. Aun así, sospecho que esta será la parte favorita de João Pedro de la conversación. Me acerco a la mesa, inclino la cabeza hacia él lo más cerca que puedo, y hago un gesto con el dedo para que se acerque. João obedece.

—Le dije que era graciosa por creerse con el derecho de expresar opiniones sobre mí, que independientemente de lo que pensara o de cómo pensara llamarme, solo importa cómo me llamas: tu mujer. Le dije que me besas como si el mundo fuera a terminar, y que me tocas como si no importara nada más.

Los ojos de João Pedro se abren como platos y su boca se queda abierta en total sorpresa. Continúo.

—Y ella me dijo que yo era "tan bajita"... por querer hacerla creer que tú habías asumido una relación con alguien como yo. Y le respondí que no, que no soy baja. Porque, aunque empezaba a creer que baja es el único idioma que entiende, no describiría cómo fue que, hace unas semanas, nosotros dos cogimos en un baño de restaurante muy parecido al de aquel donde estábamos las dos, porque soy mejor que eso.

Él guarda un largo silencio, parpadea y su expresión cambia entre divertida e incrédula.

—¿Realmente dijiste todo eso? —pregunta mientras toma mis manos sobre la mesa.

—Cada palabra.

—Entonces fue una gran meada.

—Y deliciosa también —susurro con la cara aún muy cerca de la suya, y él lleva mis manos a sus labios, besándolas.

—Ten cuidado, Eliza, porque así no voy a tener otra opción más que amarte.

48.

JOÃO PEDRO GOVÊA

De un lado a otro, de un lado a otro, metiendo y sacando, moviendo su puto culo, curvando su cuerpecito, haciendo cabriolas, poniéndose de pie, moviendo su sabroso culo más y más, y distrayéndome y sacándome de mis casillas, y no dejándome hacer mi puto trabajo.

Parece un infierno, pero sólo es la primera mañana de Eliza en la empresa. Al parecer, Norma tiene una metodología de enseñanza activa.

En lugar de cooperar con mi cordura dejándola sentada en el escritorio de afuera, la anciana está haciendo que Eliza camine por toda la empresa y dondequiera que voy, parece estar ella.

Y ya he perdido la cuenta de cuántas malditas veces ha entrado hoy en mi despacho esa cosita calienta vergas para agarrar documentos, recoger firmas, entregar copias, rellenar el minibar... ¡Mierda! Parece que ha estado aquí más veces hoy que Norma en los últimos siete meses.

Y siempre, siempre con una sonrisa tan feliz en la cara, no sé cuánto tiempo más podré aguantar sin tocarla, le robé besos las primeras veces, pero se enfadó, dijo que la estorbaba y le arrugaba la ropa.

Es increíble creer algo así.

No puedo tocarla, pero tengo que soportar verla constantemente a mi alrededor. ¡Qué carajo! Tomo una decisión drástica. Descuelgo el teléfono y marco el nueve.

—¿Sí, señor Govêa?

La dulce voz me responde y oigo que me llama señor. ¡Maldita sea! Ni siquiera es mi tipo de fantasía, pero tengo que admitir que sonaba jodidamente delicioso. Resoplo, dándome tiempo para encontrar mis propias palabras.

—Señorita Porto.

Sueno mucho más ronco de lo que debería y el suspiro controlado que oigo al otro lado de la línea me dice que Eliza está tan caliente como yo. Esto es culpa suya, no tendríamos por qué estar pasando por algo así si no estuviera tan decidida a joderme la cabeza no dejándome meterle la verga solo porque estamos en horario de trabajo.

Mi deseo es torturarla, hacerla venir a mi despacho una y otra vez, solo para devorarla con la mirada cada vez, dejarla ver mi verga dura y decirle, sin usar una sola palabra, lo que se está perdiendo.

Por desgracia, esto sería un arma de doble filo y en este caso realmente no tengo valentía. Mandaría todo al infierno y penetraría a Eliza contra la puerta en cuanto intentara huir de mí.

—Desearía que no me molestaran hasta la hora de comer —digo, cuando en realidad lo que quería decir era: "¡Desearía que mantuvieras ese puto cuerpo caliente fuera de mi vista para poder hacer algo de este puto trabajo!".

—Está bien, no te preocupes, se hará. —Su voz es demasiado controlada, demasiado falsa.

—Y, señorita Porto...

—¿Sí?

—Tráeme el almuerzo a las doce en punto, por favor.

—¿Tienes alguna preferencia para el menú, señor Govêa?

Exhalo bruscamente y me paso la mano por el pelo. "¡Tú, maldita sea!" es la respuesta que quiero dar, pero estoy seguro de que está en el altavoz.

Controlo mi voluntad, sin poder hacer lo mismo con mi polla, que ya está dura como una roca, alimentada por la imagen de Eliza despatarrada sobre mi escritorio, completamente excitada mientras me sacio de ella.

—No, Eliza. —Lucho por controlar mi respiración y dejo de hablar durante unos segundos—. Voy a confiar en tu elección.

—Ajá. —Casi gime, y estoy seguro de que ahora su cara está roja, de que sus ojos se han cerrado brevemente, y de que si meto un dedo en su vulva, la voy a encontrar melosa. ¡Ah, puta madre!

—Gracias —digo y, sin esperar respuesta, cuelgo la llamada y miro mi monstruosa y dolorida erección. ¿Pero qué mierda...? No podré trabajar así, simplemente no podré. ¡Puta madre, Eliza!

Observo fijamente la puerta del baño, incapaz de creer lo que estoy a punto de hacer. Me muerdo el labio, me levanto y me acerco. Cierro la puerta, negando con la cabeza.

¡Un puto adolescente!

¡En eso me he convertido!

Eso es lo que la maldita cosa me hace. Me vuelve loco. No es una paja por diversión, es para aliviarme de la agonía a la que me ha sometido la bruja.

Las imágenes de Eliza siendo penetrada en todos los rincones de mi oficina avivan mi acción, y me acabo rápido y fuerte. Siento el sudor en la frente y el pecho agitado.

***

Es como si nunca hubiera comido. Miro el reloj, siguiendo el avance de la manecilla, las 11 y 58, y estoy rígido, ansioso, esperando a que entre por la puerta.

Exhalo bruscamente y la mesa vacía frente a mí, lista para mi próxima comida, levanto las cejas en una sugerente broma si tuviera una. Demasiado impaciente para permanecer sentado, me dirijo a la barra en busca de un whisky.

El primer sorbo baja con un gorgoteo, el segundo es delicioso, el tercero pide un cuarto, a pesar de dejar el vaso vacío. Se abre la puerta y sonrío.

—¿Dónde puedo dejar tu almuerzo? —Su voz suena grave, deliciosa, jodidamente deliciosa, y mi erección palpita dentro de mis pantalones.

—En mi mesa. —Todavía de espaldas a ella, me sirvo un segundo trago. Hago girar el líquido ámbar en el vaso, antes de aspirar el olor y bebérmelo de un trago, dándole el tiempo que necesita para hacer lo que le pido, pero cuando me doy la vuelta, Eliza está saliendo de la oficina—. ¿Adónde crees que vas? —Con el labio entre los dientes, las mejillas sonrojadas y los ojos, los ojos encendidos de lujuria, me mira fijamente como si no entendiera lo que quiero decir con mi pregunta.

—Me voy... me voy... a comer —Si su aspecto ansioso y su habla tartamuda no fueran suficientes pistas, su pecho agitado lo sería. Sube y baja rápidamente, como si Eliza acabara de hacer un entrenamiento muy intenso, cuando en realidad sólo está a punto de empezar.

—Creo que no me entiendes, Eliza. Te he dicho que pongas mi almuerzo en mi mesa —respondo y, con las manos en los bolsillos, doy pasos controlados hacia ella, rodeándola como un felino a su presa.

—¡Oh, sí! Yo... lo siento. Era la mesa redonda, ¿verdad? —me pregunta, ya volviendo sobre sus pasos, dispuesta a corregir su error, y yo sonrío, siguiendo con la mirada su andar ondulante.

—Acuéstate encima, Eliza —le ordeno en cuanto llega por fin a la mesa, e inmediatamente levanta la cabeza, sus ojos azules centellean y se relame los labios.

—¿Cómo?

—Lo único que quiero comer eres tú, Eliza. Pues acuéstate en la puta mesa, porque ya he esperado bastante para esto. —Mi voz suena tranquila, controlada, el extremo opuesto de las palabras que he elegido, y Eliza jadea, sus labios se separan y se quedan así, mientras me mira dividida entre ceder a lo que sé que quiere y lo que cree que es correcto.

Camino rápido y en segundos estoy frente a ella.

Le quito la bandeja de las manos y la dejo sobre la mesita. Eliza permanece inmóvil, como si mis palabras la hubieran congelado.

Me detengo detrás de ella, dejando centímetros entre nuestros cuerpos, recojo todo su pelo sobre un hombro, liberando su cuello, pongo mi nariz allí, y Eliza se estremece delante de mí.

—João... Por favor —susurra, poniendo fin a mis planes de ir despacio. La agarro por la cintura y pongo mi cuerpo contra el suyo, frotando mi erección sobre su culo. Y Eliza gime. Paso una de mis manos por su cuerpo, arrastrándola desde su muslo hasta sus pechos, agarro uno de ellos, lo aprieto en mi palma, y la putita arquea la espalda, buscando mi verga.

—¿Por favor qué, Eliza? ¿Por favor, méteme la verga? ¿Por favor, chúpamela como solo tú puedes? ¿Por favor, qué? —Le muerdo la oreja y lamo la zona sensible de detrás.

Eliza gime, perdiendo miserablemente su batalla interna por el autocontrol.

—Ah, mi putita —susurro en su cuello—. ¿Recuerdas lo que dijiste la primera vez que fui a tu casa? —Empujo mis caderas hacia delante, beso la parte inferior de su cuello y, en lugar de una respuesta, lo único que sale de sus labios es un gemido prolongado —. Dijiste que soñaste que teníamos sexo en mi escritorio.

Una lamida en su piel.

—En el sofá...

Un mordisco en el hombro.

—En las ventanas...

Otro beso en su cuello.

—En el suelo...

Una caricia en su muslo.

—En toda esta oficina... ¡Hoy, Eliza, es el día en que voy a hacer realidad tus sueños! —Son mis últimas palabras antes de girarla hacia mí y atacar su boca con toda el hambre que siento, agarrar su nuca y su culo, tirar de su cuerpo hacia el mío, queriendo, necesitando sentirla entera.

Eliza gime en mi boca sin ningún pudor, completamente ajena al hecho de que lo que estamos haciendo va en contra de su código de trabajo y totalmente rendida a mis caricias y besos, gime y se frota contra mí como la puta que es.

Le paso la lengua por el mentón, arrastrándola hasta donde me permite el alto escote de su vestido, pero mis dedos ya están trabajando en la cremallera de su espalda y, cuando se abre del todo, arrastro las dos partes por sus hombros, bajo por su cuerpo y

encuentro los pequeños pechos de Eliza completamente desnudos, deseosos de mi lengua.

—¡Mierda, Eliza! Me encanta que no lleves sujetador. —Hundo mi boca en uno de sus pezones rosados, calientes y duros, y ella echa la cabeza hacia atrás, tan sensible.

La piel lechosa alrededor del pezón está enrojecida, a causa de mis labios y mi barba.

El olor de su piel inunda mi nariz y sus gemidos, que no logra controlar miserablemente, se apoderan de mis oídos, dejándome completamente invadido por ella.

Camino, haciéndola dar pasos hacia atrás hasta que se apoya en la mesa que tiene detrás. La agarro por las caderas y la levanto, colocándola sobre el cristal de la mesa. Da un gritito al sentir el impacto del frío material, y me alejo lo justo para dejar que mis ojos recorran su delicioso cuerpo.

Los ojos de Eliza están completamente llenos de lujuria, y puedo oler su vulva mojada. Sacudo la cabeza de un lado a otro, ¡sin poder creer lo que estoy viendo! ¡Santo cielo!

—Ah, Eliza... ¿Dónde has estado todo este tiempo, eh? —murmuro entre dientes y le toco la piel con las yemas de los dedos, empezando por el hombro, bajando por el lateral de su cuerpo hasta llegar al elástico de su tanga roja de encaje, para volver a subir y sujetar un pezoncito duro entre el pulgar y el índice.

Cierra los ojos, inclina la cabeza y abre la boca. Me acerco, me meto entre sus piernas y extiendo la mano entre sus pechos para que se acueste.

El contacto pleno con el cristal parece hacer que se derrita, y le paso la mano por el vientre hasta llegar a la pelvis; cuando siente mi tacto allí, Eliza se retuerce, astuta, deliciosa.

La aliso por encima de la tanga y su pecho sube y baja cada vez más rápido mientras su respiración se vuelve cada vez más descontrolada.

Deslizo el dedo mayor entre sus pliegues, y su gemido de respuesta me vuelve loco, dejándome imposiblemente duro, dolorido. Continúo con las lentas caricias, torturándola, bebiendo del espectáculo que supera mi imaginación en una escala incalculable, hasta que ella no puede más y pregunta.

—João, por favor... por favor.

—Por favor, ¿qué, mi putita?

—¡Méteme la verga, João! ¡Por favor, méteme la verga!

—Los deseos de mi puta son órdenes para mí —digo, desabrochándome el cinturón y abriéndome el botón del pantalón. Mi erección asoma dura, orgullosa, con la cabeza reluciente de fluído. Eliza se lame los labios al ver la cabeza hinchada—. ¿Quieres chuparla, Eliza? ¿Quieres chuparla, putita? —Se muerde los labios antes de lamérselos, con los ojos totalmente consumidos por la necesidad.

—Sí, quiero. —Sonrío, es la jodida mujer perfecta.

—¡Ven aquí, quiero verte de rodillas para mí!

Se levanta rápidamente de la mesa, ansiosa por devorármela entera.

Como la putita caliente vergas que es, se arrodilla frente a mí y extiende las manos sobre mis muslos. La imagen es terriblemente increíble.

Los pequeños pechos redondos con los pezones rosados completamente libres, la piel blanca y lechosa expuesta, siendo tocada por la luz que invade la habitación a través de las enormes

ventanas del suelo al techo, el pelo oscuro desordenado, esparcido por los hombros y la espalda, los deliciosos labios hinchados por los besos, nunca tuve una oportunidad así. ¿O la tuve?

¡No, nunca!

—¡Chúpate esta, putita! —ordeno, y ella lo hace.

Se traga mi verga con el mismo hambre que devoraba mi boca, lamiendo y chupando cada centímetro que alcanza su lengua, mientras sus pequeñas manos masajean mis huevos. La observo unos instantes, pero la imagen destruye mi autocontrol y recuesto la cabeza en el respaldo de la silla y cierro los ojos.

Disfruto de cada lamida, de cada deliciosa succión, del sonido de su saliva deslizándose sobre mi piel y de la sensación de sus labios a mi alrededor, ¡terriblemente puta!

Eliza se mueve arriba y abajo, pasando la lengua por la cabeza, frotando los labios contra el frenillo, arrancando gruñidos de mi garganta.

El grosor y el tamaño parecen alimentar su gula, se traga todo lo que puede y vuelve a por más y más, chupándomela entera, casi desesperada por el momento en que mi verga inunda su boca.

Extendiendo su lengua sobre mi piel, su saliva sobre las venas que salen de mi verga, chupa, dejando sus mejillas pegadas a mi miembro y le encanta, le encanta cada segundo que pasa conmigo en su boca.

Le paso las manos por el pelo, agarrándolo de las raíces, le sujeto la cabeza y le penetro la boca. Qué boca tan deliciosa.

Su lengua me cubre como un terciopelo cálido, suave y húmedo, y me introduzco en ella hasta que siento que estoy a punto de acabar. Me detengo, y levanto a Eliza por los hombros, poniéndola

de pie frente a mí, y luego la apoyo de espaldas contra la mesa y la siento.

Eliza se deja mover como una muñeca, completamente perdida en la bruma de excitación que nos rodea. Vuelvo a inclinar su cuerpo, haciendo que se acueste, y arrastro la silla con ruedas hasta meterla debajo de la mesa.

Doblo las rodillas de Eliza, apoyo sus pies en el borde del cristal y separo sus muslos, abriéndola completamente para mí.

El aroma de su vulva excitada invade mi nariz y meto la cara entre sus piernas, aspirando profundamente el delicioso olor, sintiendo la humedad en mi piel y saboreándola antes incluso de que mi lengua la haya tocado.

Se retuerce, impaciente, desesperada, deslizo un dedo dentro de la fina tela de su tanga y la penetro con él, sólo para sentir cómo lo aprieta mientras me deslizo dentro de ella con deliciosa facilidad. Gime, caliente, jodidamente caliente mientras muevo el dedo dentro de su vagina, alcanzando ese punto dulce que la levanta del suelo.

Con la mano libre, le quito la tanga de la rejilla y la convierto en mi objetivo, lamiendo su clítoris duro e hinchado con fruición, una, dos, tres veces, al mismo tiempo que la penetro, ahora con tres dedos a la vez, y Eliza enloquece debajo mío, Chupo sus pliegues, meto la lengua por sus pequeños labios vaginales, buscando cada centímetro de su vulva palpitante, caliente y deliciosa, y ella grita, se sacude, levanta las caderas, frota su vulva melosa contra mi cara, dándome más de lo que quiero y recibiendo más de lo que ella quiere.

Chuparla me da tanto placer que siento que estoy a punto de explotar sin ni siquiera tocarme, le chupo el clítoris sin dejar de penetrarla con los dedos y ella se acaba, estremeciéndose y derritiéndose completamente sobre la mesa.

Con el corazón palpitando en mi pecho, me levanto y, sujetando su tanga a un lado, introduzco la cabeza de mi verga en su entrada, que ahora está chorreando mi saliva y su propia excitación.

Eliza sigue jadeando, con los ojos cerrados y la mente ausente. La embisto con fuerza, sin delicadeza, y su canal me aprieta, aún palpitante por el reciente orgasmo, obligándome a bajar el ritmo si no quiero acabar rápidamente.

Salgo de ella despacio y vuelvo a entrar, manteniendo el ritmo lento hasta que los ojos ebrios de Eliza se abren de nuevo y se fijan en mí.

Deslizo mis manos por sus piernas, bajando sus pies de la mesa y poniéndolos alrededor de mi cintura, Eliza los cruza detrás de mi espalda, y yo agarro sus muslos, mirándola fijamente, empujo con fuerza, y ella grita.

Repito, una y otra vez, sin apartar nunca mis ojos de los suyos, el éxtasis extiende sus garras sobre mi cuerpo, arañándolo hasta hacerlo pedazos y produciendo chispas que circulan por mi torrente sanguíneo, pero no me detengo, empujo sin parar dentro de su vagina húmeda, de una Eliza desnuda y completamente alucinada, despatarrada sobre la mesa de mi despacho.

Su pelo, que cuelga del otro lado, cae derramándose sobre todo lo que encuentra a su paso, y sus pechos apuntan hacia arriba con los pezones aún endurecidos, la piel de su cuello, mejillas y nuca se enrojece y sus gemidos se hacen cada vez más prolongados, agotados por el continuo placer.

La siento explotar de nuevo a mi alrededor, empujándome aún más dentro de sí mientras presiona con sus pies mi culo y su vagina me ordeña, robándome el último hilo de control que me mantenía aferrado al orgasmo.

Eyaculo mi semen con fuerza y siento como los chorros invaden todo el cuerpo de Eliza, no paro, empujando más y más fuerte, mientras mi alma parece abandonar mi cuerpo, dejándolo completamente rendido al clímax.

Me desplomo sobre su cuerpo y sus brazos rodean mi cuello, mientras respiro agitadamente sobre su piel. Siento mi camiseta pegada a mí, completamente mojada de sudor y sonrío, porque, ¡mierda! Eso ha estado mejor. Mucho mejor de lo que pensaba, y hoy es sólo el primer día.

49.

MARCOS VALENTE

—¡Sí, Marcos! ¡Eso es! ¡Eso es! —Jaqueline grita entre sus propios gemidos.

Aprieto con fuerza sus caderas y vuelvo a penetrarla, brutalmente. Ella gime, pero rueda sobre mi verga, frotándose contra el frío cristal de la mesa en la que está acostada.

—¿Te gusta, puta?

—¡Quiero más, Marcos! ¡Quiero más! —me pide disimuladamente, y yo se la doy.

La embisto con fuerza en el culo y vuelve a gritar. Su culo aprieta mi verga como un puño cerrado y yo aprieto los dientes, intentando no acabar, todavía no.

Me inclino sobre su cuerpo y muerdo uno de sus pezones desnudos antes de volver a apretarme contra sus piernas abiertas.

Indignada, vuelve a gritar y empiezo a dársela con fuerza y sin parar. Oigo sus gemidos y sus gritos, pero no me importa.

Empujo una y otra vez en busca de mi propio placer, hasta que me saca de mi estado de éxtasis el sonido de la puerta que se abre de repente. Abro los ojos y levanto la cabeza para encontrarme a mi padre de pie en el umbral de la puerta, contemplando una escena cuanto menos indiscreta.

Su hijo está enterrado hasta el fondo en el culo de su secretaria, que está completamente desnuda, acostada sobre el escritorio con las piernas abiertas. No puedo evitarlo y sonrío.

—Hola, papá. ¿Puedes darme un minuto para terminar aquí?

***

—Ya no sé qué hacer contigo... Sinceramente... No sé... —Mi padre me dispara palabras letales por decimoctava vez en los últimos treinta minutos.

Sí, es verdad. Miro su rostro serio y guardo silencio, porque no tiene sentido discutir con él.

Joaquim Valente es un abogado brillante que nunca ha perdido un caso desde que empezó a ejercer. Desde luego, no voy a empezar convenciéndolo de que está bien comerme a mis secretarias.

—Lo que no entiendo, papá, es por qué crees que necesitas hacer algo al respecto... ¿Estamos de acuerdo en que soy demasiado mayor para que me curen? —pregunto, y sus ojos marrones se clavan en mí.

El asco que veo en ellos me molesta, pero no puedo hacer nada. No le da asco lo que soy, sino lo que le gustaría que fuera.

Mi padre es un hombre imponente y respetado en la sociedad paulista. No sólo por su impecable comportamiento profesional, sino por el nombre que lleva.

Los Valente somos adinerados. Dinero que comenzó con los ingenios de azúcar y ahora proviene de todas partes. Pero el poder y el nombre, hoy, están centralizados en Valente & Camil Abogados.

Me lanza su mirada más intimidante, esa que he visto hacer temblar a jueces, pero que en mí no surte ningún efecto. El gran Joaquim Valente siempre ha sido un padre atento y me crió, siendo yo su único hijo, con amor, respeto, y mucha más permisividad de la que le habría gustado.

—No voy a tolerar esto más, Marcos. ¡Es la tercera secretaria en seis meses! —exclama, y yo levanto las cejas.

—Es la tercera porque tú despediste a las otras dos con un cheque gordo y un acuerdo de confidencialidad. Si vamos a pagarles, al menos debería poder disfrutar un poco más. La última apenas llevaba una semana aquí, papá.

Suspira, como si se sintiera derrotado.

—Marcos, soy un hombre viejo. ¡No tengo edad para pasar por estas cosas, hijo mío!

—Deja de ser dramático, don Joaquim. Ni siquiera tienes sesenta y cinco.

—Pues Maurício tiene sesenta y dos y ya está retirado. ¡Libre de preocupaciones mundanas como el trabajo!

Bufo, impaciente. ¿Otra vez este tema?

—Papá, no soy João Pedro, que estaba loco por asumir la presidencia de la empresa familiar desde los doce años. Todo tiene su momento, y el mío aún no llega.

—Deberías ser un poco más como él. Si lo fueras, ¡seguro yo tendría muchos menos cabellos blancos!

Una risa sarcástica se me escapa. Si supiera que su querido ahijado anda firmando contratos de placer con mujeres desconocidas que le mandan correos sexuales, dudo que diría algo así.

Pero, ¿cuál es la novedad? João Pedro fue el niño perfecto, el adolescente perfecto, el joven perfecto y, obviamente, para mi padre, ahora es el adulto perfecto. Aunque casi siempre estuviera metido en las mismas cosas que yo, o frecuentara los mismos

lugares y se acostara con las mismas mujeres. Que se joda, porque creo que el papel de imperfecto me queda muy bien.

—Papá, si quieres tanto a João Pedro como hijo, quizá deberías hablar con él sobre una adopción tardía, porque yo, definitivamente, no tengo intención alguna de ser como él.

Mi padre suspira profundamente, aparta la mirada de la mía, camina lentamente hasta la barra, en la esquina de la sala, y se sirve un trago de whisky.

Bebe el trago de un solo golpe, y yo observo todo en silencio, preguntándome si Jaqueline ya habrá sido despedida o si aún puedo alcanzarla para despedirme rápidamente.

—Quiero retirarme, Marcos.

Las palabras de mi padre me golpean como un puñetazo en el estómago. No esperaba esto.

—¿Qué?

—Eso. Quiero jubilarme, y llevo esperando que llegue tu momento, como tú dijiste, desde hace tiempo. Pero empiezo a dudar de que eso vaya a pasar antes de que me muera. Así que quizás sea hora de empezar a pensar en un plan B.

Frunzo el ceño ante el comentario. Son muchas cosas de golpe. Me paso los dedos por las sienes.

—¿Quieres retirarte?

—Sí.

—¿Desde cuándo, papá? ¿Desde cuándo quieres dejar la Valente?

—No quiero dejar nada, Marcos. Pero ya no soy un muchacho, y si no empiezo a vivir ahora, voy a morir sin haberlo hecho.

—¿Es algún tipo de crisis de la mediana edad, papá? ¿Ya intentaste con terapia? —me burlo, pero su mirada me dice que no está de humor para bromas—. Está bien, viejo. ¿Qué esperas de mí?

—Si comenzaras a comportarte como un adulto responsable de treinta y dos años, ya sería algo bueno. Si asumieras tu responsabilidad como el único heredero del imperio Valente, eso sería realmente increíble.

Bufo.

—¿Algo más, papá? —pregunto, fingiendo un bostezo, y un sonido de disgusto se oye en la sala—. Si no, tengo una reunión con tu ahijado modelo... Y como el profesional modelo que soy, no puedo hacer esperar a un cliente, aunque ese cabrón me haya visto desnudo tantas veces como mi madre.

Mi padre niega con la cabeza antes de responderme.

—Hablo en serio, Marcos. Este es mi último aviso. O actúas como el hombre que eres, o no dudaré en poner a alguien, que sea el hombre que espero al mando de nuestros negocios, en tu lugar.

Asiento y me levanto, abrochando el saco. Antes de darme la vuelta y salir de la sala, le guiño un ojo, porque ambos sabemos que esa es una amenaza vacía.

50.

MARCOS VALENTE

—¡Carajo! ¿Quién es la chica sexy sentada en el escritorio de Norma?

Es lo primero que digo al entrar en la sala de João Pedro. La mujer está de infarto.

Su cuerpo es pequeño y curvilíneo, y el rostro, ¡puta madre! ¡Está preciosa! Sonrío con la imagen que me viene a la mente de ella justo debajo de mí.

João desvía la mirada del ordenador al instante y me observa con los ojos entrecerrados.

—¡Ten cuidado! —me advierte, y mis cejas se levantan.

—¿Qué? ¿Ya abandonaste la estúpida regla de no acostarte con tus empleadas? ¡Ya era hora, hermano! ¡Choca esos cinco![7] —Me acerco a la mesa, extendiendo el brazo para chocar las palmas—. Pero tú nunca fuiste posesivo. Cuando termines, yo quiero. O mejor: ¡un trío! ¡Sería de puta madre! Apura esa mierda, João.

Siento cómo la erección empieza a dar señales con la imagen de la mujer pequeña entre João Pedro y yo. Pero él definitivamente no parece tan emocionado, porque se levanta de la silla tan rápido que casi la derriba, furioso como el infierno.

—¡Te dije que tuvieras cuidado, carajo!

La advertencia sale entre dientes, y solo porque lo conozco sé lo que quiere decir.

—¿Qué mierda pasa, João Pedro? ¿Vas a pegarme por una vagina? —ironizo, y él se deja caer de nuevo en la silla.

João se pasa las manos por el rostro antes de arrastrarlas por el pelo.

—No estoy cogiendo a la secretaria, Marcos. ¡La mujer con la que estoy es ahora mi secretaria!

—¿Y qué diferencia hace eso, João Pedro? ¿No has escuchado que el orden de los factores no altera el producto? Me enseñaron esa mierda en la escuela —respondo sin entender. ¿Por qué mierda cree que eso es importante?

—¡Eliza, Marcos! ¡Esa es Eliza, la puta madre!

João Pedro casi grita, y yo parpadeo, asimilando la información. Abro la boca, pero no sé qué decir, así que la cierro. Giro el cuerpo hacia la puerta y luego miro a João de nuevo.

—¿Qué?

—Lo entendiste, y no voy a repetirlo.

—¿La Eliza? ¿Esa Eliza? ¿La del correo electrónico? ¿La del contrato? —pregunto todo de una vez, necesitando estar seguro de haber entendido bien.

—Esa, esa misma.

—¡La puta madre! ¡Es obvio que te dio una llave de vagina! Porque si por fuera está de puta madre, esa vagina debe ser un manjar. ¡Hasta yo quiero un contrato ahora!

—¡Marcos, cállate la puta boca!

Sonrío.

—¡Ah, amigo! ¡Te enamoraste de la zorra!

Me echo a reír, y él revira los ojos, negando con la cabeza.

—¡Vete a la mierda, Marcos!

Sigo riendo, y João Pedro vuelve a centrarse en su ordenador, ignorándome.

Pero no va a ser así. No, ¡no lo hará!

—Ahora entiendo por qué, en las últimas semanas, nunca estás en la oficina hasta tarde, y te han visto frecuentemente en restaurantes con una mujer impresionante... —comento como quien no quiere la cosa, pero sabiendo que quiero mucho más.

—¿Cómo dices?

—¡Ah, amigo! ¡Tus amigos! ¡Unos chismosos de mierda! Tres ya me dijeron que te vieron en un restaurante con una mujerón. No imaginé que fuera esa tal Eliza —explico mi razonamiento.

Es decir, claro que mi última suposición no habría sido que João Pedro estuviera con la misma mujer en las tres ocasiones que me contaron, y seguro que no habría sido que esa mujer fuera su asistente social pervertida.

—¡Qué hijos de puta! Son maricas sin nada que hacer —refunfuña.

—Pues sí, pero bueno. Lo entiendo. Sin trío entonces. Pero cuando termines, ¿podré usar el mismo contrato que hice para ti? O ¿crees que ella va a subir el precio?

Me burlo del contrato que yo mismo estructuré, lo que solo irrita a João Pedro aún más.

—¿De verdad estás buscando una paliza, no?

—A las mujeres les encanta un ojo morado, amigo. Un ojo hinchado, una historia triste y una cara de víctima. ¡Es el mismo nivel de los perros y los bebés, amigo! ¡El mismo nivel!

—¡Estás enfermo! —me acusa.

—Solías ser exactamente como yo —le devuelvo, y él inclina la cabeza, como pensando rápidamente en mis palabras, lo que me pone alerta.

Mi expresión se endurece cuando un pensamiento cruza por mi mente, pero no. No sería tan estúpido. ¿Lo sería? João Pedro levanta una ceja.

—¡La puta madre! ¡No fue solo un polvo, ¿verdad? ¡Te has enamorado! —suelto las palabras, sin poder creerlas.

Fue lo suficientemente tonto. ¡Mierda, João!

—Tal vez —admite—. Aún no estoy seguro, pero no es imposible.

—¿No estás seguro? ¡Vete a la mierda, João Pedro! ¡Mírate en el espejo, carajo! ¡Tu cara de idiota está ahí para quien quiera verla!

—¿Cara de idiota?

—¡Un idiota encadenado! ¡La puta madre! ¿Y por una puta, João? ¡Caramba, eres más listo que esto, carajo!

Se levanta de la mesa tan furioso y rápido, que esta vez la silla cae. João Pedro extiende los brazos sobre la mesa, dejando el cuerpo inclinado sobre ellos, y me mira con algo que no sé ni cómo nombrar, pero es solo odio.

—¡Repite esa mierda! —susurra, y yo miro a mi amigo de toda la vida, genuinamente sorprendido.

Desvío la mirada, muevo la cabeza, paso la mano por la nuca y, solo entonces, lo miro de nuevo. Pienso en mil cosas que podría decir, pero no creo que realmente sean necesarias.

Esto tiene que ser una broma. Levanto las manos, como señal de rendición, decidiendo ver hacia dónde va esta conversación.

—Ella no es una prostituta, ¡y no quiero escuchar algo remotamente parecido otra vez!

Asiento con la cabeza, aunque a regañadientes. El silencio se alarga entre nosotros por unos segundos, y viendo que no, no va a decir "¡Eh, eh! ¡Era broma!" no puedo tragar las palabras que están atoradas en mi garganta.

—Los veinticinco mil al mes que ella está ganando pueden decir algo sobre eso —ironizo, y João pone una expresión grave, casi herida. Contengo la respiración, mirándolo por casi un minuto entero. Inclino la cabeza, cierro los ojos, preparándome para seguir hablando—. Sé que no la ves de esa manera, João, pero ¿alguna vez se te pasó por la cabeza que esta mujer podría estar aprovechándose de ti? ¿Que todo esto, desde ese correo extraño, podría ser un golpe milimétricamente planeado?

No puedo creer que no haya pensado en todo esto. ¿Quién es este, y qué hicieron con mi amigo? Pero João Pedro se ríe. En realidad, se ríe a carcajadas.

—Solo alguien que no conoce a Eliza podría sugerir algo así, Marcos. ¡Eres un estúpido! La mujer no sería capaz de agredir ni a un animal indefenso. Ella jamás haría algo así. Y, en la situación en la que vivía, sería imposible pensar en todo esto. Te lo dije, Marcos, ¡Eliza ni tenía qué comer!

—Y tal vez ese fuera el plan todo el tiempo. Hacerte creer en eso, encandilarte con la pobre mujer indefensa, hacerte querer ser el

príncipe encantado que salva a la princesa de la miseria.

—Deberías conocerme mejor que eso. No soy un maldito príncipe encantado, y, si hay algo que estoy aprendiendo, es que Eliza no quiere a uno, no es de esas que quiere ser salvada.

Una sonrisa completamente bizarra se le dibuja en el rostro y veo que esta es una batalla perdida. Si quedaba alguna duda, la siguiente frase de João Pedro la disipa.

—¡Ella es la maldita mujer que se salva a sí misma!

—Y tú eres el maldito idiota enamorado que no puede ver las cosas objetivamente.

Resoplo.

—¿Idiota? ¡Claro! ¿Enamorado? Tal vez. ¿Pero no ver las cosas objetivamente? Definitivamente no. La investigué, Marcos. Lo sabes. ¿Cómo podría haber fingido la información en el informe de mi propio investigador?

—De la misma forma en que te cegó, con la vagina.

—¿Quién está siendo el idiota ahora, Marcos?

—¡Mierda, João! Creo que deberías tener más cuidado. Estas cosas no pasan. No estamos en un maldito libro cursi. Estás pagando a esa mujer. Ella no está enamorada de ti, está enamorada de tu dinero.

—Estás equivocado. Equivocado en suponer las dos cosas, porque no, no le estoy pagando a Eliza. Rompimos el contrato hace dos semanas. Una semana después de que decidimos que esto fuera algo más que solo sexo. Y dos, Eliza nunca me dijo que está enamorada. Imagino que lo está. Sus ojos me dicen que lo está, pero nunca me dijo las palabras.

¡Ah, por Dios! Me paso las manos por el rostro, por el cabello, agobiado. ¿Este hijo de puta se está escuchando?

—¿Sus ojos dicen? —lo interrumpo, negando con la cabeza—. ¡Mierda, es peor de lo que pensaba! Ahora hasta te crees poeta. ¿Y el Joãozinho está triste por esto, eh? ¿Querías escuchar de la boca de la farsante que está enamorada?

Doblo el labio inferior en una mueca burlona. No puede estar hablando en serio. ¡Mierda! ¡No es posible!

Solíamos reírnos de los idiotas que se dejaban engañar así, y luego llegaban a Valente & Camil queriendo que los ayudáramos a no perder la mitad de lo que tenían por ser tan estúpidos de casarse sin un acuerdo prenupcial.

¿Cómo es posible que esté hablando con la misma persona que se reía conmigo?

—Marcos, esta conversación se acabó. Claramente, no estás dispuesto a escuchar, así que vamos a trabajar, y olvídate de mi vida personal. Será mejor para los dos, y principalmente, para tu cara.

João empieza a mirar las carpetas sobre su escritorio y yo niego con la cabeza, sin poder creer que realmente no me va a escuchar.

—¡Solo intento advertirte, maldita sea! ¡Claro que la mujer dejó la mensualidad! ¡Encontró una alcancía mucho más gorda! Un idiota enamorado.

João Pedro respira hondo, irritado y, aparentemente, cansado del tema, pero ni de chiste esto va a quedar así.

—Te dije que esta conversación se acabó. Ahora tienes dos opciones: te levantas, te vas y vuelves cuando estés dispuesto a hablar de trabajo, o te quedas aquí, entiendes que ya no voy a

hablar más de esto, y empiezas a hacer lo que viniste a hacer: trabajar. ¿Y entonces? ¿Qué vas a hacer?

Lo miro serio y resoplo antes de mover lentamente la cabeza en señal de acuerdo.

—Vamos a trabajar, entonces.

—¡Genial!

—Pero, después, no digas que no te lo advertí.

—¡Vete a la mierda, Marcos!

51.

ELIZA PORTO

Frunzo el ceño mientras veo al hombre entrar en el ascensor.

Después de mirarme como si fuera capaz de matarme con la mirada, ahora camina hacia la máquina de acero, dándome la espalda. En cuanto las puertas se abren, entra, y al volverse, me mira de nuevo, como si quisiera hacer explotar mi cabeza.

Parpadeo, atónita, mientras él mantiene los ojos bien abiertos y centrados en su evidente deseo de verme muerta, hasta que las puertas se cierran y cortan el contacto visual.

¿Qué demonios fue eso?

Cuando llegó, me miró de arriba abajo de una forma tan lasciva que me sentí avergonzada, ¿y ahora esto? No es que extrañe esa mirada, ¡para nada! ¡Dios me libre! Pero, ¿qué cambió para que pasara de una mirada de interés descarado a una de odio mortal de "te voy a arrancar la cabeza y la voy a clavar en una estaca"?

—¿Eliza? —me llama Norma, sobresaltándome—. ¿Estás bien, hija?

—Sí, Norma. Es solo que tuve la impresión de que el abogado, ese tal Marcos, me quemaría viva si pudiera.

—¡Ay, no! ¡Marcos es un amor! Lo conozco desde que era niño. Él y el Sr. Govêa son amigos de toda la vida. Seguro discutieron sobre algo, y él solo se molestó.

—Entiendo —asiento, aún con el ceño fruncido, porque esa explicación no aclara nada, pero sacudo la cabeza, apartando esos

pensamientos y prestando toda mi atención a la pequeña mujer frente a mí.

—Toma. —Me entrega una pila de carpetas—. A partir de hoy, los análisis de marketing son responsabilidad tuya exclusivamente.

—¿En serio? —Abro los ojos sorprendida y siento que mi corazón late más rápido. Norma sonríe.

—En serio. Me di cuenta de que realmente te gusta hacer esto. Y lo haces muy bien. Eres dedicada, entiendes las propuestas correctamente y siempre tienes excelentes sugerencias. Ya era hora de darte una responsabilidad solo tuya, y creo que esta es perfecta. Y si me permites, tal vez deberías considerar estudiar esto... Marketing.

La sugerencia hace que mis ojos brillen y mi corazón sonría, porque he estado pensando mucho en eso.

Hace solo tres semanas que estoy trabajando en Govêa, pero me encanta todo lo relacionado con el marketing. Me gusta el trabajo en general, pero las reuniones de publicidad, los *briefings*, las presentaciones, todo sobre el análisis de mercado y la producción editorial de ventas me fascina.

Aún creo que es muy pronto para decir que tomé una decisión, pero he investigado siempre que puedo, ya he mirado algunas universidades, planes de estudio, y saber que mi gusto por el tema me está ayudando a producir buenos trabajos me hace muy feliz.

—He estado pensándolo. Pero creo que aún necesito pensarlo más.

—Eso, habla con João Pedro. —Frunzo el ceño.

—¿Por qué debería hablar con el señor Govêa sobre esto, Norma?

Ahora es ella quien levanta una ceja, con una expresión de "¿De verdad estás haciendo esa pregunta?", antes de entrecerrar los ojos hacia mí y mi boca se abre, en shock. Parpadeo, desesperada. Ay, Dios. Si Norma lo notó, entonces… ¿será que alguien más lo ha notado?

—No te preocupes, niña. Solo soy una vieja muy detallista. Pero quien no tiene acceso a los detalles que yo tengo, nunca lo imaginaría.

—¿Detalles? —pregunto, alarmada.

—El hecho de que siempre lleguen y se vayan juntos, que supieras exactamente qué pedir para el almuerzo de él el primer día sin preguntarme, las varias veces que desapareciste en su oficina durante una hora o más... Y estoy casi segura de que ya he oído algunos ruidos.

Muero.

Oficialmente, muero y necesito sentarme para que mi cuerpo no caiga al suelo junto con mi dignidad.

El rojo cubre mi piel avergonzada, completamente humillada, y Norma se ríe. Ella se ríe. Dejándome más que avergonzada, perdida y atónita.

—No escuché nada, Eliza —comenta entre risas—. Sospechaba de lo que pasaba, pero nunca lo escuché, las paredes de la oficina son a prueba de sonido. —Sigue riendo, pero saber que no se oye no hace ni un poco más fácil mi vergüenza.

Quiero morir.

Sí, la muerte me quedaría bien ahora.

No digo nada, no puedo. Dios, si ella sospechaba, ahora está segura de lo que hacemos. Norma. Una señora. De casi sesenta

años. ¡Ay! ¡Dios mío!

—Eliza... está todo bien. Te entiendo, son jóvenes y...

—Norma, ¿podemos, por favor, no hablar de esto? Dios mío, ¿cómo llegamos a hablar de esto? —La interrumpo con la petición, pero inmediatamente el pensamiento se escapa de mis labios y no sé por qué. Ella se ríe más.

—Está bien. Perdona a esta chismosa que no pudo contenerse.

—Ay, Dios, Norma —me quejo y me cubro la cara con las manos, escondiendo mi vergüenza del mundo.

Norma da vuelta en la mesa y se sienta en la silla a mi lado. Luego comienza a revisar sus papeles, dándome tiempo para recuperarme de la situación tan incómoda en la que me encuentro.

En las últimas semanas, he conocido otros aspectos de Norma, además del cariño de abuela con el que me trató el día en que nos conocimos. La verdad es que no es tan mayor como recordaba; en unos meses cumplirá sesenta años y, a pesar de eso, su personalidad es vivaz, alegre y, como ella misma acaba de decir, chismosa.

La mayor parte del tiempo me gusta esto, porque me entero de todo lo que pasa en la empresa. Y cuando digo todo, quiero decir todo. Desde quién fue despedido por haber cometido un error enorme, hasta el lío que Marcinha de recursos humanos está teniendo con Jhonathan, uno de los guardias del edificio. Pero nunca, en ningún momento, se me ocurrió que esta vena tan informada de Norma cruzaría mi camino.

Estoy segura de que no va a contarle a nadie lo que sabe, de hecho, no es de las que anda divulgando chismes. La única persona a la que le cuenta todo lo que sabe soy yo. Por alguna razón, hemos desarrollado una conexión increíble. Norma es una mezcla enorme

de jefa, amiga, madre y abuela, por lo que nuestras conversaciones son naturales, aunque el tema sea la vida de los demás.

Es exigente cuando lo necesita, cariñosa cuando puede y divertida todo el tiempo. Aun así, saber que no va a contarle a nadie lo que sabe no reduce mi vergüenza. Por eso le agradezco que me dé un poco de tiempo para poner mi cabeza en orden, pero el universo tiene otros planes.

—Buenas tardes, Norma. Y... señorita —la segunda parte de la frase se alarga, dejando clara la sorpresa de quien habla con respecto a mi existencia.

Levanto la vista y me encuentro con el padre de João Pedro. Nunca lo había visto en persona, nunca nos habían presentado. Lo conozco solo por fotos, pero al verlo aquí frente a mí, sé que podría no haber visto su rostro antes y aún así sabría quién es, simplemente porque João es su copia exacta, treinta años más joven.

Hoy parece ser el día en que mi capacidad de hablar se apaga, porque nuevamente las palabras se niegan a salir de mi boca.

—¡Maurício! ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí! Te has retirado de verdad. —Sonríe Norma al saludar al hombre, saliendo de detrás de la mesa y abrazándolo, lo que me sorprende, aunque sé que Norma ha trabajado toda su vida adulta para Maurício Govêa.

Sé que él es un hombre mayor, si no me equivoco tiene cincuenta y seis o cincuenta y siete años, y me encuentro pensando que, en comparación con los muchos empresarios que João Pedro recibe para reuniones, su padre se retiró temprano. Pero su apariencia no es la de un viejo. La fuente obvia de la belleza de João Pedro es un monumento de hombre.

Su cabello es corto a los lados y largo en la parte superior, su rostro es cuadrado y cubierto por una barba también gris, su cuerpo es atlético y alto, y lleva un traje gris de corte perfecto. Pero la cereza del pastel es el color de su piel. Es lo único que realmente lo diferencia de João, eso y el color de sus ojos.

Maurício Govêa tiene los ojos verdes y la piel morena, con un tono bronceado, mientras que los ojos de João Pedro son de un azul intenso y su piel es muy clara. Al igual que su hijo, él es injustamente guapo.

—Sí, Norma. Y tú también deberías hacer lo mismo. Llegaste antes que yo, pero te vas a ir después. ¡La vida es más que trabajo, mujer!

—Sí, lo es. Y ya estoy organizando eso. A diferencia de ti, no pasé la vida preparando a quien tomaría mi legado, así que estoy poniendo al día lo que se me pasó. Esta es Eliza, mi futura sustituta —me presenta, y esos ojos verdes se enfocan en mí, lo que me pone nerviosa de inmediato.

Supe que era el padre de João en el momento en que lo miré, pero ahora que esas dos piedras de jade están clavadas en mi rostro, me doy cuenta de lo que eso significa. ¡Dios Santo! ¡Es el padre de João! Contengo la respiración sin que nadie lo note, preparándome para el momento en que tendré que hablar.

—Hola, Eliza. ¡Bienvenida a la familia Govêa! —Su sonrisa es amable, e intento devolverla, pero me temo que parece más una mueca que una sonrisa.

—Gracias. Es un enorme placer —agradezco al cielo por haber sido capaz de hablar sin tartamudear. ¡Gracias, Dios!

—Qué bueno. Valoramos la felicidad de nuestros empleados —responde, y yo sigo con la mueca congelada en mi rostro, sin saber

qué decir después de eso.

Es decir, estoy feliz, muy feliz, pero no creo que deba seguir hablando de eso con este hombre, ¿mi… qué? ¡¿Mi suegro?! ¡Oh, Dios! ¡Alguien sálveme!

—Voy a avisar que estás aquí —dice Norma, y hace que Maurício quite su atención de mí, casi como si hubiera escuchado mi silencioso grito de auxilio.

—Gracias, Norma —responde, y ella hace la llamada para la oficina de João. En instantes el hombre se ha ido, y yo sigo mirando hacia la puerta por donde pasó, hasta que siento el hombro de Norma chocar con el mío.

—¡Conociste a tu suegro, eh!

—¡Norma! —protesto, con los ojos bien abiertos, y ella se echa a reír.

52.

MARCOS VALENTE

Enamorado. El hijo de puta está enamorado. ¡Que me parió, João Pedro!

Después de la reunión más rápida que hemos tenido en toda nuestra historia trabajando juntos, el ambiente está para la mierda. João y yo no hablamos de nada fuera del trabajo.

Salgo de la sala sin poder evitar mirar a la mujer sentada afuera e intentar entender qué diablos puede tener de tan especial para que mi amigo se haya vuelto tan ciego.

Reconozco que está buena. Pero eso no es suficiente para enamorarse. Si lo fuera, la mirada estúpida en la cara de mi amigo ya estaría en la mía desde hace rato. La falta de mujeres atractivas no es precisamente un problema para mí. Entonces, ¿qué?

No lo entiendo. No es que no crea en el amor y esas mierdas, crecer con los padres que tengo y no haberme contaminado con sus creencias, y con la felicidad que les dio, sería imposible.

Pero toda esta situación, como mínimo, da para sospechar. No logro entender cómo mi amigo no lo ve. Doy por terminado el día.

No hay forma de volver al trabajo y mientras manejo por las calles de São Paulo a una velocidad mucho mayor de lo recomendable, no dejo de pensar en cómo probar que tengo razón.

Hay quienes dicen que ese es un defecto mío, la necesidad de probar que estoy en lo correcto, incluso sobre cosas inútiles. Si es cierto o no, no lo sé.

O, tal vez lo sepa y simplemente nunca lo admitiré, pero, en este caso, realmente no puedo imaginarme que esté equivocado.

Y si el maldito señor Darcy no fue juzgado por separar al tal Bingley de la señorita Bennet, ya que su intención desde el principio fue salvar a su amigo de un golpe, yo, seguro, tampoco lo seré.

—¿En serio, Marcos? ¿Orgullo y prejuicio[8]?

Al menos haber tenido que leer esa mierda en la escuela sirvió para algo. ¡Tardó, pero sirvió!

Y el hecho es que, Jane Bennet demostró ser digna del señor Bingley, a pesar de la intervención de Darcy, eso me parece justo. Es mejor pecar por exceso que por falta.

***

—¡Hola, hermosa! —saludo, aún con la toalla envuelta en la cintura y unas gotas de agua cayendo por el cuerpo.

Me sirvo un doble de whisky y me apoyo en el mostrador del bar, en la sala de mi apartamento.

—¿Me está llamando Marcos Valente? Eso sí que no me lo esperaba.

Jaqueline suena genuinamente sorprendida, haciéndome sonreír.

—No soy tan hijo de puta, Jaqueline. Ambos sabíamos lo que pasaría si nos descubrían, pero eso no significa que no me importe. Además, necesito disculparme por cómo ocurrió todo.

Tomo un trago y el sabor amargo de la bebida es, de una forma extraña, reconfortante.

—¡Ay, Dios mío! ¡Marcos Leal Valente tiene un lado dulce, después de todo! Creo que pagarían mucho más por esa información que por la que no puedo divulgar debido al acuerdo de confidencialidad que firmé. ¡Estoy sorprendida!

La mujer al otro lado de la línea se ríe a carcajadas, y yo también.

—¿Y puedo saber, quién exactamente pagaría tanto por esta información inútil y completamente cuestionable?

—Un ejército de socialités que solo necesitan la sombra de una excusa para creerse que pueden atraparte.

Me río fuerte.

—No soy material para marido, Jaqueline.

—Ah, eso lo sé. Ellas también. Pero están deseando creer lo contrario.

—Bueno, en ese caso, no lamento decepcionarlas.

—Seguro que no.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, Marcos. Fui muy bien recompensada por todo el mal rato, y sabía que este momento llegaría. No imaginé que habría tanto drama de por medio, claro. Pero esto no es el tipo de cosa que me haría sentir mal, ya sabes.

—No, no lo es. Y lo voy a extrañar.

Sonrío al recordar algunas de las cagadas arriesgadas que hicimos en los últimos dos meses. Jaqueline no es exactamente una exhibicionista, pero le gusta correr riesgos.

Que mi padre nos haya atrapado in fraganti fue una consecuencia de eso, al fin y al cabo, no cerramos la puerta a propósito. No

esperábamos, ni queríamos que entrara nadie, pero la posibilidad de que eso sucediera hacía las cosas mucho más excitantes.

Ella guarda silencio por casi un minuto entero. Frunzo el ceño, pero antes de que pueda comprobar si la llamada se cortó, escucho su voz.

—Tal vez... no necesites extrañarlo —sugiere, y la incertidumbre en su voz es lo único que me alivia un poco. Ella sabe que eso no va a pasar.

—Sabes que yo no hago esas cosas, Jaque.

—No es un ritual de sangre, Marcos. Es sexo casual fuera de la oficina. Y sí, tú haces eso, y mucho, por cierto —se burla, y a pesar de lo que dice, su tono deja claro que mi negativa no la afectó.

—No con mujeres que conocí en la oficina.

—No queremos que ellas se hagan ideas equivocadas, ¿verdad? —dice ella misma.

—Exacto.

—Solo para que lo sepas, yo no tendría ninguna idea equivocada. Simplemente no estaba lista para despedirme de tu verga, que está muy rica, y sabes cómo comer un culo, lo cual, créeme, es algo raro hoy en día. Pero ya no es asunto mío.

Dejo el vaso de whisky sobre la mesa al lado del sofá y camino hacia las ventanas. Miro alrededor, dejando que mis ojos recorran el amplio espacio de mi departamento. El inicio de la noche brilla a través del vidrio con miles de luces encendidas, cerca o lejos.

—Pero sabes, Marcos... algún día, vas a tener que dejar que alguien entre. No importa de dónde venga esa persona.

—Pensé que habías aceptado que no soy material para eso.

—No, solo acepté que aún no has encontrado a alguien que esté hecho del mismo material que tú. ¡Gracias a Dios, por cierto! El mundo aún no está listo para el impacto que va a ser ese encuentro.

—Creo que ahora eres tú la que quiere creer en cosas imposibles.

Ella se ríe.

—Buenas noches, Marcos.

—Buenas noches, Jaque. Si necesitas algo, tienes mi número.

—Lo mismo para ti.

—Es un trato.

Cuelgo la llamada y guardo el celular en el bolsillo de los pantalones, satisfecho. Las cosas son más simples cuando son honestas. Siempre dejo claro, en cualquier relación que tenga, sea con una empleada o no, que no habrá implicaciones afectivas. Cuando se acaba, se acaba. Nadie sufre, llora o se siente engañado.

No se trata de plazos o reglas, se trata de libertad. Tal vez venga con un defecto de fábrica, pero simplemente no me veo renunciando a eso.

Jaque está equivocada. No se trata de no haber encontrado a alguien hecho del mismo material que yo. Porque alguien que piense igual que yo tampoco estaría dispuesto a renunciar a su propia libertad.

Exhalo con fuerza, sabiendo lo que debo hacer, pero sin gustarme ni un poco. Me muerdo el labio, llevo una mano a la nuca, frotándola, y con la otra saco el celular del bolsillo. En las llamadas recientes, encuentro rápidamente lo que busco y con dos toques, la llamada se contesta.

—Eso fue más rápido de lo que imaginé que sería.

Es el saludo que recibo y me hace bufar.

—Aún no creo que esté equivocado, João.

—Puedo respetar eso, y por eso espero que tú respetes mi certeza de que estoy en lo cierto.

Giro el rostro y muevo los labios involuntariamente. Roto el cuerpo, apoyo la mano en la cintura, pero decir las palabras es más difícil de lo que pensé que sería.

—No es tan difícil como lo estás haciendo parecer, Marcos.

—No confío en ella.

—Y ese es un problema solo tuyo. ¡Pero la vas a respetar, Marcos! Eso no es negociable.

—Jane Bennet ganó la confianza del señor Darcy —gruño despectivamente para mí mismo, pero termina saliendo en voz alta.

—¿Qué?

Las palabras confusas de João Pedro suenan agudas, y casi puedo ver su rostro fruncido frente a mí.

—Olvídalo.

—¿Estás borracho?

—Aún no, pero tengo la intención de estarlo, ¿te animas?

—No, Marcos. No hay forma de que deje a mi mujer sola en casa para embriagarme contigo.

—Mi mujer… —gruño aún más bajo que antes, pero él escucha.

—¡Marcos!

—¿Qué? ¡Ya te pedí disculpas! ¡Eso es todo lo que vas a recibir!

—¡No, no pediste!

—Te llamé, ¿no?

—¡Y eso no tiene el mismo valor que la palabra!

—¡Es solo una palabra, João Pedro!

—¡Es una palabra importante!

—¡Vete a la mierda, João! ¿Esas palabras son importantes para ti?

—Buenas noches, Marcos.

—Adiós.

Cuelgo la llamada con una sensación extraña en el pecho, una que me dice que tal vez me estoy equivocando. Pero decido no pensar en ello. Miro hacia la puerta de mi departamento. No estaba hablando en serio sobre emborracharme, hace mucho tiempo que entendí la importancia de siempre recordar lo que hago. Pero eso no significa que no pueda hacer otras cosas. Decidido, doy media vuelta, listo para vestirme y aprovechar lo que tengo de más valioso: mi libertad.

53.

ELIZA PORTO

—¡No quiero ir! —declaro, justo después de que João Pedro me dé la noticia.

Ha elegido un momento en el que soy vulnerable, después de la milésima ronda de sexo de la noche, cuando sabe que tengo sueño y mi cerebro ya no piensa con claridad, lo que me hace mucho más susceptible de aceptar sin luchar.

Acostada en nuestra cama, su cuerpo sobre el mío es un peso y un calor bienvenidos. Sus manos se deslizan por los costados de mi cuerpo, acariciando mi piel y teniendo un efecto mucho más poderoso que el que podría tener cualquier canción de cuna.

—¡No me hace gracia, João! Yo no sabría comportarme con tu familia y amigos, y además, ese Marcos va a estar allí, ¿no? ¡Yo no le gusto! No sé por qué. Nunca me ha dirigido la palabra, pero después de la mirada que me ha echado hoy, estoy segura. ¡Me odia!

De camino a casa desde el trabajo, le había contado a João todo lo que había pasado con Marcos desde que llegó, hasta el momento en que se cerraron las puertas del ascensor. No se extendió en el tema y pasó rápidamente página, lo que me pareció muy extraño, ¿y ahora qué?

—Te comportas como siempre. Perfecto. —Cubre mis mejillas con las palmas de sus manos y pega su nariz a mi piel—. Y Marcos no te odia, sólo estaba... enfadado. —Tarda un poco en terminar la frase, como si necesitara tiempo para pensar qué decir, y yo entrecierro los ojos.

—No es justo. Has elegido mi momento más vulnerable para hablar de ello a propósito —lo acuso, y él sonríe. —¡Idiota! Por eso me has dado tantos orgasmos hoy, ¿no? Querías agotarme. —Se ríe.

—Cariño, te doy orgasmos porque es un placer darte placer y ver cómo te acabas. No porque quiera agotarte. Si, y es un gran "sí", porque hay una razón para que hoy esté tan hambriento de ti, es el hecho de que apenas te he visto en todo el día.

Las palabras hacen que el corazón me salte en el pecho.

—Te he extrañado —murmura en mi boca—No estoy acostumbrado a comerte toda en un almuerzo. —Acaba con la dulzura del momento con sus groseras palabras, haciéndome reír a carcajadas.

—Eres terrible...

—Es la mejor parte de mi día. Y hoy me la negaste, y luego hasta parecías estar huyendo de mí. Creo que voy a oficializar nuestros encuentros diarios en mi agenda, así, incluso cuando tenga que salir a la hora del almuerzo, como hoy, aún tendré garantizado mi tiempo contigo.

—Eso sería lindo si no tuvieras motivos tan depravados.

—¿Depravados? —pregunta, fingiendo estar ofendido—. ¡Tengo razones legítimas! Recomendaciones médicas —afirma con la cara más descarada del mundo, y me echo a reír.

—¿Recomendaciones médicas?

—Sí. Él médico me dijo que debería usar recursos para aliviar el estrés durante el trabajo.

—Creo que estaba pensando en esas pelotitas anti-estrés cuando dijo eso —comento, divertida.

—¡Pero yo uso mis bolas! Me encanta cuando las lames y chupas, no hay nada más relajante que eso —susurra en mi oído.

—¡Imposible! Eres imposible. Y no cuentes más con eso. Sácate esa idea de "hora de Eliza en la agenda" de la cabeza. ¡Norma sabe sobre nosotros! Descubrí hoy que sabe exactamente lo que hacemos cuando desaparezco en tu oficina a la hora del almuerzo —le cuento, sintiéndome avergonzada solo de recordar la conversación de esta tarde, pero João Pedro levanta una ceja, como si estuviera diciendo algo absurdo—. ¡Es en serio! Ella lo sabe. Me lo dijo hoy.

—Sé que ella lo sabe, Eliza... Es Norma, no hay nada que esa mujer no sepa. De hecho, creo que debería preocuparme más por el tiempo que pasas con ella. Si realmente te enseña todo lo que sabe, eso podría significar problemas para mí, porque estoy casi seguro de que es una bruja, y tú ya eres muy buena con los hechizos sin que una anciana experta te esté enseñando.

—No puedo creer que sabías que ella lo sabía —es lo único que digo, ignorando por completo cualquier tontería que haya dicho sobre la brujería.

—Me sorprende que no lo supieras, en realidad. Me sorprende aún más que creas que eso va a mantenerme alejado de ti en el trabajo, Eliza. Pensé que habíamos dejado eso claro desde tu primer día.

Lame mi oreja antes de susurrar en ella.

—¿Qué pasa? ¿Extrañas que te folle penetre mi escritorio? ¿Las ventanas, los sofás, la silla de presidente y cualquier otro lugar en el que te he cogido en esa oficina últimamente te están aburriendo? ¿Te están haciendo olvidar que eres mía y que penetro esa deliciosa vagina donde me da la gana?

Gimo. Sin poder evitarlo, un gemido prolongado escapa de mi garganta, y siento un calor repentino por las palabras de João.

—¡Mierda, Eliza! Me encanta lo fácil que te excitas. —Lame mi boca y se mueve, frotando su pene, semi erecto, contra mi vientre.

Gimo suavemente, porque me siento agotada, pero mi cuerpo no parece importarle y late dolorosamente, suplicando que João cumpla sus palabras, que soy suya y que me toma donde quiera, haciendo exactamente eso ahora.

—Estoy cansada —me quejo, y él se ríe.

—¿Ya estás pidiendo rendición? Vaya, ¿y este romance ni siquiera lleva tres meses?

—No soy una máquina, maldita sea. —João me besa suavemente en los labios y roza su nariz con la mía, mis ojos pesan, y casi los dejo cerrarse. Casi—. Me estás evadiendo —acuso, de repente consciente de lo que estaba haciendo y bien despierta.

—No tengo idea de qué estás hablando —desvía.

—¡Claro que sí, João Pedro! Me estás evadiendo para no hablar sobre Marcos.

—Ya te hablé de él... Te dije que solo estaba molesto.

—Estás mintiendo.

—¿Cómo lo sabes? —protesta, sorprendido.

—No lo sabía. Ahora lo sé —João entrecierra los ojos hacia mí, y sonrío, orgullosa de mí misma.

—Pequeña traicionera —me acusa antes de bajar sus manos de mi rostro, deslizarlas por mi cuerpo hasta alcanzar mi cintura y detenerlas justo ahí, en una amenaza silenciosa. Abro los ojos con

sorpresa y sacudo la cabeza en una negación muda, casi rogándole con la mirada para que no lo haga, pero noto que eso no será suficiente, así que recurro a las palabras.

—No, João. Por favor, no.

—¿No qué? —pregunta, con una sonrisa torcida, mientras sus dedos recorren la zona sensible, aterrorizándome con la expectativa de que sus caricias suaves se conviertan en algo cruel y desesperado.

Trato de detener sus manos, pero, con el peso de su cuerpo sobre mí, me domina rápidamente, sujetando mis muñecas por encima de mi cabeza, dejándome completamente a su merced, indefensa.

Su sonrisa ahora no tiene nada de sutil. Es amplia, desvergonzada. En mi rostro solo hay desesperación. Humedezco mis labios, y mi pecho, agitado por los movimientos rápidos en nuestra breve e injusta lucha, se mueve, exigiendo cada vez más aire.

—¿Tienes miedo, Eliza?

—Esto no es justo —murmuro.

—Ah, ¿y engañarme es justo?

—Solo quería descubrir la verdad. Tú fuiste quien mintió; si alguien debería ser castigado, eres tú, no yo.

—Tienes razón —dice, pensativo, y yo le lanzo una mirada cansada porque sé que esa aceptación es falsa. Nunca cedería tan fácilmente.

—Si yo fuera un buen tipo, Eliza —continúa, ignorando mi expresión—. Si fuera un buen tipo, me preocuparía por ser justo. ¡Pero no lo soy! —La tortura comienza.

Su mano libre empieza a recorrer el lateral de mi cuerpo en movimientos rápidos que me hacen estallar en carcajadas.

¡Cosquillas!

El desgraciado está asfixiándome de risa, río hasta quedarme sin aire, mucho después de que mi estómago duele y las lágrimas ruedan por mis mejillas, mojando la cama.

Río fuerte, escandalosamente, retorciéndome bajo su cuerpo, y él ríe conmigo, disfrutando de mi desesperación. Su mano es implacable, no me da tregua, mientras la otra sigue sujetando mis dos manos por encima de mi cabeza.

—¡Por favor! —le suplico, entre risas, pero él no me escucha. Solo se detiene cuando parece satisfecho, al dejarme con las mejillas adoloridas y la garganta áspera de tanto reír—. Te odio —declaro, acalorada, pero la respuesta de João a mi declaración es una mirada, una mirada tan intensa y profunda que parece desnudar mi alma.

Me siento verdaderamente expuesta.

Sus ojos me invaden, rebuscando en los rincones más oscuros de mí, liberando todos esos sentimientos guardados, incluso uno que, hasta ese momento, yo desconocía.

—Mentirosa —susurra contra mis labios con seriedad, y aunque sé que no fui honesta, la intensidad de su mirada me hace sentir que, en efecto, soy una mentirosa.

La sensación atraviesa mi cuerpo como una flecha, envolviéndome desde la punta de los pies hasta el último cabello, inundándome con la certeza que acaba de desenterrar con su mirada.

Aunque es nueva y desconocida, la reconozco en cuanto me golpea. Es imposible no entender lo que significa. Como en tantos otros momentos decisivos cuando se trata de João Pedro, lo supe en un segundo.

Lo amo.

Aspiro aire con fuerza porque la revelación me deja sin aliento.

Dios, amo a este hombre. Porque lo sé, simplemente lo sé, y solo sé que esto es amor. Es esa sensación de calidez y felicidad, la certeza de no estar sola y de nunca querer dejarlo.

Es querer cuidar tanto como ser cuidada, es dar porque es placentero ver a alguien recibir, y no porque esperes algo a cambio.

Es silencio y caos, calor y frío, movimiento y pausa, es todo y nada.

Es la alegría de mirar esos ojos que desnudan cada uno de mis secretos y saber que está bien, que es seguro, y que él puede saberlo todo de mí, porque yo quiero saberlo todo de él.

Pero es tan, tan pronto. Hay tantas preguntas. Y no quiero respuestas para ninguna de ellas ahora, así que interrumpo la exploración silenciosa que João hace, y que me obliga a hacer en mí misma, de la única manera posible.

Lo beso. Con labios, lengua y dientes. Me apodero de su boca, permitiéndome, en ausencia de palabras, decir todo lo que aún no estoy lista para decir en voz alta.

Te amo, es demasiado pronto, estoy aterrada, por favor, cuida mi corazón, *te amo, te amo, te amo...*

El beso es largo, dulce, correspondido con tanto cuidado que casi me permito creer que João ha entendido cada una de mis súplicas silenciosas, aceptándolas, diciéndome que sí, sí, sí, sí, está bien, y

yo también. Casi, pero justo cuando estoy a punto de sellar esa creencia en mi corazón, una parte sensata de mí me detiene, diciendo que, si las palabras dichas pueden ser llevadas por el viento, las no dichas pueden, perfectamente, nunca haber sido pensadas.

Y João nunca las ha dicho. Ni siquiera que está enamorado de mí, lo más cercano que llegó fue aquella última noche en Río, cuando dijo que, si yo no tenía cuidado, él podría llegar a amarme.

Yo tampoco lo he dicho, pero tengo miedo. ¿Y si él no siente lo mismo? ¿Y si no quiere lo mismo? ¿Y si es demasiado? ¿Y si, por eso, mis sentimientos se reducen a nada? ¿Y si me dice que no importa? No, ¡no puedo!

No quiero esas palabras en mi mente ni en mi corazón. No quiero el no, así que prefiero la imposibilidad del sí, prefiero la ausencia de certeza, sea cual sea. Entre todas las maneras de saber sus sentimientos, elijo quedarme con los míos intactos, aunque sea en secreto, en la oscuridad.

He estado eligiendo protegerme desde el momento en que descubrí que lo que me atraía hacia él dejó de ser pura atracción física para convertirse en pasión, y así seguiré. Permanezco quieta, bajo él, sintiéndolo más profundamente dentro de mí ahora de lo que lo sentí cuando estaba su verga en mi vagina.

—Él no te odia. Solo necesita tiempo para entender que las cosas han cambiado —Su frente y sus labios están pegados a los míos, y sus palabras me arrancan de los pensamientos y conclusiones que me ahogaban, tanto o más que el sentimiento recién descubierto.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué necesita tiempo?

—Porque Marcos no tiene idea de lo que es el... —Se detiene. Mis ojos se abren de par en par, mi respiración queda en suspenso, esperando lo que iba a decir. ¿Iba a decir *amor*? No... no iba a hacerlo.

Su mirada sigue oculta tras sus párpados cerrados y yo espero, completamente sin palabras, ansiosa, casi desesperada por escuchar su conclusión. Pasa unos segundos en silencio, como si estuviera decidiendo qué decir.

—Despertar y dormir contigo todos los días, cariño —concluye al final. Mi corazón se salta varios latidos, decepcionado, porque no era lo que quería escuchar, pero al mismo tiempo aliviado, ya que no me dejó decir las palabras que tenía en mente. Está claro que él no siente lo mismo.

—Entiendo —murmuro, y él abre los ojos.

—Eliza —comienza, pero lo interrumpo porque ya no quiero seguir hablando.

No estoy enojada, solo asustada de a dónde puedan llevarme mis propios sentimientos. Empecé la noche como tantas otras maravillosas y, de repente, me veo aterrada ante la posibilidad de perder lo que tenemos por querer más.

—Es mejor que nos vayamos a dormir, ya es muy tarde y mañana madrugamos. Hablamos de la reunión mañana.

—Mi amor.

—Estoy cansada, João. Solo... vamos a dormir, ¿de acuerdo? —Vuelve a apoyar su frente contra la mía y, tras un breve silencio, susurra en mis labios.

—Está bien, pero esta conversación no ha terminado. Y no estoy hablando de la fiesta. Ni de Marcos.

No digo nada, porque no quiero tener esa conversación. Definitivamente, no quiero.

54.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Su rostro tranquilo, en paz mientras duerme, no evade preguntas ni me niega una sola respuesta.

—¿De qué tienes tanto miedo, Eliza? —murmuro. Pero mientras ella duerme, el silencio es la única respuesta que recibo. Acaricio su cabello, que se desparrama entre mis dedos, beso la punta de su nariz, aprieto su cuerpo desnudo contra el mío, y ella se acurruca, hundiéndose aún más en mi abrazo. Sonrío.

Amo lo mucho que se entrega a mí. Amor. Esa palabra. Estuve tan cerca de decirla hoy.

Definitivamente, hoy fue un día extraño. La conversación con Marcos tuvo su impacto, la charla con mi padre y el recordatorio de que la fiesta de aniversario de bodas de él y mi madre se acerca también influyeron, y estar alejado de Eliza por mis compromisos hizo el resto.

La extrañé. Extrañé su sonrisa, su presencia y su voz como si no la hubiera visto en días, aunque en realidad despertamos en la misma cama y disfrutamos el uno del otro antes incluso de desayunar juntos, y fuimos a trabajar en el mismo coche.

Marcos me dijo cosas sensatas y comprensibles, pero que, conociendo a Eliza, sonaron tan absurdas que me hicieron reír. En circunstancias normales, desconfiaría, desconfiaría de cualquiera, como llegué a desconfiar de ella antes de conocerla.

Pero ahora, todo eso es simplemente inaceptable. Sin embargo, desconfiar no era lo único en lo que Marcos tenía razón.

Al recordarme la fiesta, lo único en lo que podía pensar era en cómo se sentiría Eliza allí. Combinado con esa nostalgia abrumadora que sentí por esta pequeña mujer, que ahora está en mis brazos, donde pertenece, quedó más claro que nunca que, sin importar cuánto me haya negado a pensarlo, estoy enamorado de Eliza.

Total y completamente enamorado de ella, la mujer que conocí por una extraña jugada del destino, y que me tiene rendido a sus pies en poco más de un mes. ¡Increíble!

Hay algo que hace que Eliza se detenga, y solo quisiera saber qué es.

¿Inseguridad? Tal vez. Nunca tuvo a alguien que se preocupara por ella y lo ha dejado claro muchas veces: no está acostumbrada a ser una prioridad, a que sus deseos se tengan en cuenta o a que sus necesidades se consideren como lo que son, necesidades.

¡Sería tan fácil si simplemente me dijera cuál es el problema, maldita sea! Pero es tan terca como una roca y prefiere dar un paso adelante y dos hacia atrás cuando se trata de sus sentimientos.

Su pregunta sobre cuál era el problema con Marcos me hizo querer ser honesto, decirle que él no entiende porque no sabe lo que es estar enamorado de alguien, no de verdad, no en la vida adulta. Pero al empezar a decirlo, sentí su corazón latir con fuerza contra su pecho, vi sus ojos abrirse de par en par y sus pupilas dilatarse. Miedo, sintió miedo. Se aterrorizó solo con la idea de que yo dijera que estoy enamorado de ella. ¿Por qué?

—¿Por qué, Eliza? —pregunto, y una vez más, su cuerpo entregado al sueño me responde con silencio. Beso su frente y respiro el aroma de su cabello.

Una vez escuché a alguien hablar sobre personas que se sienten inseguras ante las palabras declaradas, porque las han escuchado

tantas veces sin que realmente signifiquen nada.

Personas que odian la expresión "Te amo", porque para ellas se ha vuelto vacía de significado. Por eso, cuando alguien les dice que las ama, en lugar de sentirse especiales, el efecto es exactamente el contrario; se sienten engañadas, decepcionadas, porque esas simples sílabas, cuando se colocan juntas, solo traducen desilusión.

¿Será ese el problema de Eliza?

¿Haber sido dejada de lado o haber recibido tan poco cuidado de personas que decían importarse, que ahora cree que escuchar esas palabras podría arruinar algo con lo que está satisfecha? Porque estoy seguro de esto: Eliza es feliz. Lo veo en sus ojos, en su sonrisa, en sus gestos.

Tal vez, solo tal vez, ella necesite sentir más de lo que necesita oír. Me encuentro llegando a esa conclusión, y parece un buen plan.

55.

MARCOS VALENTE

Lo primero que noto al acercarme a mi oficina es un culo redondo, bien levantado, apoyado sobre el escritorio que debería estar ocupado por mi secretaria.

Camino despacio, no queriendo perder de vista esa imagen divina, olvidándome por un momento de todo lo que no sea ese culo.

—Hola.

La mujer se sobresalta con mi voz, desarmándose sobre la mesa en la que estaba apoyada, lo que hace que su trasero quede aún más elevado.

¡Maldita sea, papá! Sé que hablamos de esto ayer, pero ¿cómo se supone que debo resistirme después de ver algo así? Y Recursos Humanos tampoco me ayuda.

¿Es que todas las empleadas competentes en esta ciudad tienen que ser tan hermosas? ¿Qué pasó con las abuelitas? ¿Se jubilaron todas?

—Perdóname, no quería asustarte.

Me acerco, pero antes de que tenga la oportunidad de tocarla, la mujer se recompone, poniéndose de pie y girándose hacia mí, quedando muy cerca. Su pecho casi roza el mío.

Respira rápido e irregular, todavía afectada por el pequeño susto. Mientras mis ojos recorren su rostro de piel morena y mejillas suavemente redondeadas, los suyos se quedan fijos en mis labios, lo que me hace sonreír.

Es preciosa y, curiosamente, nunca la había visto por aquí. Me acordaría.

Carajo, probablemente, si la hubiera visto antes, ni siquiera trabajaría en Valente. Ya habríamos tenido algo, y ella habría sido despedida con un cheque generoso y un acuerdo de confidencialidad.

—Todavía no sé tu nombre. Y esa era la mesa de Jaqueline. ¿Debería preocuparme por espionaje?

La broma parece despertarla de cualquier pensamiento que tuviera sobre mis labios. Para mi pesar, porque realmente me gustaba que estuviera pensando en ellos.

—Carolina. Carolina Gaspar. Soy tu nueva secretaria.

Su tono es firme. Al igual que su expresión, de repente seria. Retrocede un paso hasta que su culo choca con el borde del escritorio.

Una vez más, Carolina pierde el equilibrio, y, ahora que estoy tan cerca, la sostengo rápidamente. Agarro sus brazos descubiertos, y mis palmas vibran al sentir su piel suave, cálida y desnuda.

No soy el único que se siente afectado por el contacto. Carolina cierra los ojos un instante, como si necesitara esos breves segundos para recuperar el control.

En pocos momentos, su cuerpo me da todas las pruebas de que ella no es lo que mi padre quiere para mí. Pero, para mi entrepierna, bueno, definitivamente está reaccionando a la presencia de esta mujer.

Ella inhala con fuerza, traga saliva, y sus labios se entreabren justo antes de que su lengua los humedezca tímidamente.

Siento un pulso insistente en mis pantalones y sonrío. Hay algo de lo que nunca podrán acusarme: de no dejar claro lo que quiero de una mujer cuando deseo algo.

No oculto mi calentura, tampoco la mido. Si quiero, quiero, y la única cosa que me detiene es que la otra persona no sienta lo mismo, lo que, sinceramente, nunca pasa.

La vida ha sido una sucesión de encuentros exactamente como este desde que puedo recordar.

Una mirada, un roce, un beso, y las mujeres que quiero terminan en mi cama, dispuestas a todo lo que les ofrezco.

Es una forma muy buena de vivir. Tan buena que realmente lamento que mi padre quiera que lleve otro tipo de vida, porque eso no va a pasar.

Carolina abre los ojos, encontrándose con los míos, que no se apartan de ella. No oculto mi hambre. Si me dijera que sí, podría llevarla a mi oficina ahora mismo y hacerle todo lo que me pase por la mente.

Dejo eso claro con cada gesto, importándome un comino el hecho de que acabamos de conocernos o que ella sea mi empleada. No me importa en absoluto. La vida es demasiado corta para preocuparse por esos detalles.

—¡No!

Su palabra corta mis pensamientos, al igual que la postura rígida que adoptan sus hombros y su mirada. Levanto una ceja y doy un paso atrás. Ella suelta la respiración que había contenido tan pronto como se crea un espacio entre nosotros, y sonrío ampliamente.

—¿No qué, Carol?

Metiendo las manos en los bolsillos, inclino la cabeza hacia un lado. Sé exactamente qué es lo que está negando, pero su cuerpo cuenta una historia tan diferente que no puedo evitar preguntarme si podrá hacer que su boca traicione sus deseos por completo.

Carolina traga saliva de nuevo, ahora sin apartar la vista de la mía. Luego, endereza aún más los hombros y cruza las manos frente a su cuerpo, en una postura claramente defensiva.

—Carolina, señor Valente.

—¿Señor Valente?

Levanto una ceja.

—¿Prefieres que te llame señor Leal Valente?

Sonrío, paso la lengua sobre mis labios antes de chupar el inferior, y asiento lentamente.

—"Señor Valente" está perfecto, Carolina. Perfecto. —*Especialmente cuando estés de rodillas entre mis piernas, pienso,* pero no lo digo—. ¿Ya sabes dónde están los contratos, Carolina? —pregunto, dando unos pasos hacia atrás y adoptando una postura completamente profesional.

Los hombros de Carolina se relajan, creyendo que he desistido, pero sus pezones, claramente visibles bajo la blusa delgada que lleva, son toda la confirmación que necesitaba de que lo único que tengo que hacer ahora es una retirada estratégica.

56.

MARCOS VALENTE

—¿Señor Valente?

La voz dulce y algo ronca de Carolina suena por el altavoz del teléfono sobre mi escritorio. Han pasado siete días desde que encontré esa deliciosa vista de su culo dándome la bienvenida, y nuestras interacciones siguen siendo estrictamente profesionales.

Pero puedo notar que, cuanto más tiempo pasa, más Carolina me devora con la mirada. Sé que falta poco para que se rinda a la innegable química que hay entre nosotros. Soy paciente, no me importa esperar.

—¿Sí?

—El señor Joaquim Valente está aquí para verlo.

Me río de la formalidad de anunciar a mi propio padre, pero, siendo sinceros, la última vez que él entró sin avisar fue bastante dramática.

—Está bien, Carolina, lo estoy esperando.

Cuelga la llamada. No he visto ni hablado con mi padre desde el incidente con Jaqueline. Supongo que se tomó un descanso para calmarse. Mi padre nunca ha lidiado conmigo cuando está enojado. Ya fuera por una mala calificación cuando era niño, un error tonto en algún caso durante mi pasantía en la empresa, o por mi cara en la portada de un periódico debido a algún escándalo en mi vida adulta.

—Es bueno encontrar a tu secretaria sentada detrás de su escritorio, en lugar de inclinada sobre el tuyo —dice mi padre mientras se sienta frente a mí, y me río.

—¿Ya estás haciendo bromas sobre el incidente, papá?

Asiento, mostrando mi aprobación.

—No es una broma, Marcos. El consejo no está contento.

Joaquim suspira profundamente.

—Papá...

—No me vengas con "papá". ¿Cómo se supone que debo convencerlos de que eres la mejor opción para socio gerente cuando me retire, si sigues haciendo estas tonterías aquí dentro? ¿Dejando que cuestionen tu competencia? ¿Eh?

Su expresión es grave y yo resoplo. Bien, sin rodeos, entonces. Vamos al grano.

—Mi trabajo debería ser prueba suficiente de mi capacidad, papá. Por el amor de Dios, somos abogados, no curas. Aquí, todo el mundo tiene sexo, y si no lo hacen, deberían. La vida sería mucho más feliz.

—¡Dejar a la empresa expuesta a demandas por acoso no es una prueba de competencia, Marcos, sino de irresponsabilidad, maldita sea! ¿Cuándo vas a entender que esto es tu responsabilidad? ¡Mi legado! ¡Tu futuro legado! ¿Quieres tirarte a toda São Paulo? ¿A todo Brasil? ¿A toda América del Sur, Marcos? ¡Hazlo!

Se levanta y empieza a caminar de un lado a otro en la oficina, su tono de voz se vuelve cada vez más severo, al igual que la expresión en su rostro.

—Dios sabe que tu madre se consumirá de tristeza si no te ve casado, pero ese es otro problema. Lleva a la cama a cuantas mujeres quieras, siempre y cuando no sean tus empleadas. Siempre y cuando no puedan salir al día siguiente y decirle a ese montón de

buitres, esos carroñeros que se hacen pasar por periodistas, que fueron acosadas por ti.

Cuando se detiene frente a mí, mi padre está rojo. No es una orden, ni siquiera una súplica, es un consejo, uno que espera que siga.

—Papá...

—No, Marcos. No has entendido la gravedad de la situación en la que te has metido. Quieren que me jubile antes de tiempo por tus acciones. O mejor dicho, porque sigo haciendo la vista gorda una y otra vez.

Trago saliva, frunciendo el ceño.

—Los dos sabemos que no pueden hacer eso. Que se jodan mis actos. Este es tu despacho. No pueden simplemente jubilarte.

—No me importa, Marcos —exclama mi padre, dejando claro que todo este discurso no tiene nada que ver con su jubilación, sino con sus consecuencias—. No me importa si es en un año o en seis meses. Lo único que me importa es verte al mando de lo que construí para ti.

El cansancio en su voz es evidente, y darme cuenta de que está harto de tratar de hacerme entender sus motivos es realmente una mierda. No es que no quiera hacerme cargo de la empresa, simplemente me gustaría tener más tiempo antes de asumir las responsabilidades que conlleva. Al final, todo se reduce a la libertad. En última instancia, siempre es eso. No estoy listo para renunciar a ella.

—Marcos, si no empiezas a comportarte como alguien que realmente quiere esto, que quiere ser mi sucesor, el consejo te lo va a impedir, y no habrá nada que yo pueda hacer, no más.

Apoyo el codo en el escritorio y me froto la frente con el dedo índice y medio. Mi padre vuelve a sentarse frente a mí, imitando mi postura e incluso mis gestos. Maldita sea.

—Hijo... Sé que te gusta la vida sin muchas responsabilidades que llevas, pero también sé cuánto amas esta carrera. Nunca te obligué a nada. Tú elegiste la abogacía por tu cuenta y, aunque a tu manera algo retorcida, siempre has sido el mejor en todo lo que haces relacionado con tu profesión.

Exhalo con fuerza, entendiendo a dónde quiere llegar.

—Está bien.

—¿Qué significa eso? —me exige un compromiso verbal, y expulso todo el aire de mis pulmones antes de llenarlos de nuevo.

—Que me voy a comportar como el sucesor que tu legado merece, papá. Nada menos que eso. Conozco tu trabajo, admiro y respeto cada paso que diste en tu camino. Sé que no lo hiciste solo por ti. No creo estar listo, pero, sinceramente, no sé si alguna vez lo estaré, así que, está bien. Lo haré.

La sonrisa que se extiende por el rostro de mi padre casi hace que las palabras que acabo de decir no pesen tanto como siento. Casi.

Lo amo, y quiero hacerlo sentir orgulloso. Lo haré, pero este primer paso no va a ser fácil. Aun así, libertad limitada sigue siendo libertad, ¿cierto? Soy un adulto. Puedo manejarlo.

Mi padre extiende sus manos, toma las mías entre las suyas, las lleva a sus labios y las besa con cariño.

—¡Ese es el hombre que yo crié! —declara antes de ponerse de pie. Ya de pie, se gira hacia la puerta, pero antes de alcanzarla, me

mira aún sonriendo—. ¡Estoy orgulloso de ti, hijo! Y llámale a tu madre. Quiere saber cuándo podrás cenar.

Sonrío, esforzándome por esconder el peso que siento en el pecho. Tan pronto la puerta se cierra y me encuentro solo en la oficina, me froto las palmas de las manos en la cara, dejando la cabeza apoyada en ellas con los codos sobre el escritorio. ¡Maldita sea!

Esto no debería ser tan difícil... João Pedro lo logró cuando su padre se jubiló... Y acabó hecho un desastre... ¡Maldita sea! No quiero acabar en la misma situación.

Solo de pensar en todas esas reuniones interminables, en los viajes constantes, en la obligación de lidiar con los casos más aburridos solo para mantener felices a los clientes importantes... Llámenme Peter Pan, pero simplemente no quiero eso para mí, ¡no ahora!

—¿Señor Valente?

Levanto la cabeza, encontrando una visión increíblemente reconfortante. Parada en la puerta, apoyada en el marco, Carolina me mira con ojos brillantes.

Sus rizos largos caen sobre unos hombros estrechos y unos pechos perfectos que se empinan bajo un vestido ajustado que delinea cada curva de su cuerpo.

Su rostro está impecablemente maquillado, con labios carnosos pintados de un rojo seductor, y sus ojos, incluso después de una semana de intensos esfuerzos, todavía no han aprendido a no devorarme cada vez que me encuentran.

Podría perderme en ella ahora mismo. Todo en su actitud me dice que no se opondría, ¡y maldita sea! Es exactamente lo que podría reducir mi estrés a cenizas, aunque solo fuera por un momento.

Pero también fue precisamente ese tipo de actitud la que llevó mis niveles de estrés a puntos casi incontrolables, para ser honestos.

Quiero gemir de frustración mientras observo a la mujer hermosa y disponible que está frente a mí, pero que se volvió completamente inaccesible hace unos minutos, cuando las palabras "me comportaré como el sucesor que tu legado merece" salieron de mi boca. No debí haber sido tan específico, ¿cierto?

Básicamente, he firmado un compromiso de por vida, un maldito matrimonio con Valente & Camil. El pensamiento casi me deja sin aliento, haciendo estallar cualquier medidor de estrés que mi cerebro pudiera tener, pero también trae una idea.

Toda boda tiene una despedida de soltero, ¿verdad? Un leve carraspeo me hace concentrarme en Carolina, ya que mi mirada nunca se desvió de ella.

—¿Necesita algo, señor?

No sé si la pregunta pretendía sonar tan sugerente como me parece o si es solo mi imaginación, afectada por la decisión imprudente que acabo de tomar. Me enderezo y me recuesto en mi silla.

Dejo que mis ojos recorran cada centímetro de Carolina que puedo ver, y estudio su reacción, que se puede percibir incluso por el oído cuando exhala audiblemente ante mi escrutinio.

—De hecho, necesito algo... —respondo, con la mirada fija en la suya. Me levanto, rodeo mi escritorio y me apoyo en él. Unos pocos pasos son la única distancia entre la mujer que me mira con los labios entreabiertos y yo—. Sabes, Carol... Lamentablemente, voy a tener que cambiar algunos hábitos. —Levanto las cejas e inclino ligeramente la cabeza, como si estuviera a punto de contarle un secreto—. Nada de más relaciones con empleadas para mí, Carol —

susurro—. Al parecer, eso no es algo que un socio gerente deba hacer.

Sus ojos se abren de par en par, y se humedece los labios, ansiosa.

—Pero, durante las próximas horas, estoy dispuesto a hacer una excepción. ¿Sabes qué creo, Carol? —pregunto, y la única respuesta que obtengo son las reacciones de su cuerpo. Su piel erizada, su respiración acelerada, el contorno de sus pezones marcándose bajo la tela del vestido—. Creo que este escritorio —le doy un par de golpecitos ligeros a la superficie sobre la que estoy apoyado—, merece una buena despedida. —Chasqueo la lengua y curvo los labios—. Pero no puedo hacerlo solo, Carol.

—¿Q-qué...? —balbucea en respuesta.

—Creo que entiendes perfectamente lo que acabo de decir, Carol. Y no voy a decir nada más ni dar más pasos de los que ya he dado. Entrar, cerrar la puerta y venir aquí es una decisión completamente tuya.

57.

CAROLINA GASPAR

Carol, Carol, Carol... Mi nombre resuena repetidamente en mi cabeza, y no es por culpa de la música de Jorge[9]. ¡No! Es esa voz firme y, a la vez, dulce como la miel. No hay nada en este hombre que no me haga sentir mareada o nerviosa, ni siquiera su maldita voz.

Mi corazón late a un ritmo frenético y, a pesar de mis esfuerzos por controlarla, mi respiración parece cada vez más descontrolada a juzgar por la velocidad con la que mi pecho sube y baja.

Todavía no he podido decidir si esto está sucediendo de verdad. ¿Tenía que ser tan guapo y jodidamente sensual? Su cabello rubio está, como siempre, perfectamente peinado hacia un lado y recogido hacia atrás; su barba tiene la longitud ideal entre lo descuidado y lo sexy, y su boca... ¡Dios mío! ¡La boca!

Hoy, su instrumento de tortura particular es un traje azul de tres piezas en una tela que parece haber sido creada solo para resaltar sus músculos y despertar mi libido.

El saco está sobre el respaldo del sofá, dejando su torso cubierto solo por la camisa blanca bajo el chaleco impecable. Con las mangas arremangadas hasta los codos, sus brazos -la perdición disfrazada de jefe provocador- están al descubierto, mostrando las venas prominentes que me hacen preguntarme: ¿dónde más tendrá Marcos venas tan visibles?

Es cierto que, después de una semana trabajando tan cerca de este hombre, mi creatividad se ha disparado al máximo. Mi imaginación ha creado las situaciones más alocadas para satisfacer

todo el deseo reprimido que siento por él, pero esta, sin duda, es la más loca y emocionante.

¿Me está diciendo que seré la última secretaria que Marcos Valente se cogerá sobre su propia mesa? Esto no es solo la realización de una fantasía, es como el megazord de las fantasías.

No quiero solo decir que sí, quiero gritar que las paredes, los sofás, el suelo y su silla, cada rincón de esta oficina también merecen una despedida.

¡Por favor! Cada rincón, sin dejar ni uno solo. Pero todo lo que hago es seguir mirándolo: muda, estática, permitiendo que mi cuerpo haga solo lo mínimo para mantenerse de pie, vivo y respirando.

Marcos inclina la cabeza, recordándome que, fantasía o no, tengo una decisión que tomar.

Miro hacia atrás, notando el resto de la oficina y el mundo que sigue su día como si yo no estuviera enfrentando un inmenso dilema moral.

El más antiguo del mundo, dicho sea de paso. ¿Hacer lo que debo o lo que quiero? Y es así como sé que no es una fantasía. Porque en mis invenciones no hay espacio para nada más que mi cuerpo desnudo y sudoroso pegado al de mi jefe, y aquí hay mucha gente.

Me doy la vuelta, volviendo a encontrarme con sus ojos azules y penetrantes. Me siento como una presa y descubro que me gusta. Me gusta saber que él me ha deseado tanto en esta última semana como yo lo he deseado a él.

Me gusta saber que aquel momento, cuando nos conocimos oficialmente, no fue solo una fantasía mía, y que cada vez que lo sentí devorarme con la mirada en los últimos siete días, realmente lo hacía.

Y bueno, si el dinero y el desempleo no van a ser un problema, ya que no habrá caso para descubrirnos, ¿qué otra motivación necesito para hacer exactamente lo que quiero?

El pobre hombre merece una despedida digna, ¿no es cierto? ¿Quién soy yo para negarle eso? Y yo, definitivamente, merezco cumplir los deseos que me han atormentado sin descanso desde la primera vez que vi a Marcos.

Ninguna. No necesito ninguna otra motivación más que las que ya tengo. Lo merecemos. Con una profunda inspiración, doy dos pasos hacia adelante, atravesando el umbral, y cierro la puerta.

Marcos sonríe ampliamente, pero no se mueve. Cumpliendo su promesa, deja que yo decida si dar o no los últimos pasos que nos separan, y los doy.

Cada uno, con el miedo de tropezar con mis propias piernas y caerme al suelo en lo que, sin duda alguna, sería el momento más vergonzoso de toda mi vida.

Cuando solo unos centímetros nos separan, un paso apenas, sus cejas se levantan en una pregunta que es, al mismo tiempo, una invitación y una provocación.

Muevo la pierna y sus manos se posan en mi cintura. Tira de mí, pegando mi cuerpo al suyo. Tiemblan mis entrañas con la sensación de su calor, con el contacto rudo de sus manos en mi cintura y con el aliento cálido de su respiración en mi rostro.

Marcos no dice nada, pero sus ojos me invaden de una manera tan lasciva como su aroma llena mis sentidos.

Sin palabras, me dice cuánto ha esperado esto. Sin palabras, me dice que no va a esperar más, y me besa.

Su boca se abalanza sobre la mía con hambre y me consume. El beso me envuelve por completo, dejándome convertida en una masa blanda en sus brazos.

Su lengua es dominante. Lame, succiona y dirige la mía. La masajea, baila con ella mientras sus manos no pierden el tiempo, metiéndose debajo de mi vestido, subiendo la falda, acariciando la piel desnuda y arrancando de mi garganta los gemidos más fáciles que ha sido capaz de producir.

Marcos Valente es un banquete, y yo lo devoro. Arrastro las uñas por sus brazos desnudos, arañando la piel antes de acariciarla suavemente con las palmas de mis manos, subiendo, alcanzando sus hombros, su pecho, su torso, todo. Absolutamente todo lo que puedo tocar.

La necesidad de eliminar las barreras entre nosotros crece a cada instante, y con eso en mente, busco los botones de su chaleco. Los desabrocho y rápidamente deslizo la prenda fuera de su cuerpo.

La corbata sale enseguida, y finalmente empiezo a desabrochar los botones de su camisa. Cuando he desabotonado la mitad, no puedo contenerme y deslizo mis dedos bajo la tela, tocando la piel desnuda y cálida.

La sensación de tocarlo por fin, unida a su olor, a sus manos en mí, colándose en mi ropa interior, y a sus labios en los míos, me hacen gemir y frotarme contra él.

Marcos desliza la palma de una de sus manos por mi cuerpo hasta llegar a la tira de mi vestido y bajarla. En una maniobra perfecta con la tela, expone uno de mis pechos y lo aprieta entre sus dedos, haciendo que mis gemidos sean aún más indecentes.

Algo me dice que debería controlar el volumen, pero no puedo pensar. No puedo recordar la razón o quién me lo aconseja. Entre

manos, bocas, saliva y piel caliente, me vuelvo completamente irracional.

—Ah, Carol. Es una pena que solo nos hayamos encontrado ahora —Marcos lamenta, jadeante, cuando nuestro beso se rompe para que podamos respirar—. Nos habríamos divertido mucho —susurra mientras su boca desciende por mi piel, empapando mi barbilla, cuello y pecho con su saliva, dejando un rastro ardiente por donde pasa.

Me retuerzo, ansiosa ante la amenaza silenciosa de su mano que sigue jugando con el borde de mi ropa interior, mientras la otra tira de mi cabello en la nuca, dejando mi cuello a su merced.

—Pero sé ser agradecido con lo que se me da. —Sus labios alcanzan mi pezón expuesto y su aliento cálido provoca la piel excitada y el bulto ya endurecido—. Así que hagamos que esta despedida sea algo memorable.

Marcos apenas termina de hablar cuando atrapa mi pecho con la boca, al mismo tiempo que uno de sus dedos se desliza dentro de mi ropa interior, pasa por mis pliegues y, con un gruñido, lo introduce dentro de mí.

Un gemido prolongado escapa de mis labios y muerdo el labio inferior en un intento inútil de contenerlo.

—¡Toda mojada, carajo! ¡Toda mojadita!

Marcos gruñe apenas un instante antes de que su lengua vuelva a torturar mi pezón y sus labios succionen sin piedad. Es tan, tan placentero. ¡Maldita sea! ¡Demasiado placentero!

Me muevo sin vergüenza sobre su dedo, balanceando las caderas hacia arriba y abajo, buscando más profundidad. Justo cuando estoy a punto de suplicar, introduce dos dedos más y estoy segura de que grito.

—¡Eso, hermosa! ¡Sigue así! ¡Quiero que estés bien mojada cuando te meta la verga!

Como si mi cuerpo solo esperara su orden, obedezco, cediendo ante un orgasmo intenso que sacude todo mi cuerpo. Marcos reduce el ritmo de sus movimientos, pero no se detiene hasta que todos los temblores me abandonan.

Jadeando, hundo las manos en su cabello, buscando sus labios, atrayéndolo hacia mí, y lo beso. Él toma el control en cuanto su lengua roza mis labios.

Siento cómo la tela de mi vestido se arruga, raspando mi piel mientras sube. El beso se interrumpe solo para que la prenda desaparezca de mi cuerpo.

Ambos respiramos agitadamente, y la mirada encendida de Marcos sobre mí, ahora solo en ropa interior de encaje negro, es casi tan embriagadora como el toque de sus manos. En segundos, desabrocha mi sujetador y mis tetas quedan libres.

Siento envidia de la libertad con la que puede observarme, y me apresuro a desabotonar su camisa. Cuando está completamente abierta, se une al resto de nuestra ropa, esparcida por el suelo a nuestro alrededor.

—Eres preciosa... Suculentamente preciosa, Carol.

Sonrío, porque definitivamente puedo devolverle el cumplido. Pero no me da tiempo.

Dándonos la vuelta, Marcos me coloca de frente a la mesa y curva mi cuerpo sobre ella. El contacto del vidrio frío con mi piel caliente me arranca un gemido agudo y siento una caricia en la parte baja de mi espalda.

Escucho el sonido de la ropa deslizándose, el cinturón desabrochándose, el ruido de un envoltorio al romperse. No puedo evitar mover las caderas, buscando sus piernas para rozarlas. Él se ríe.

—¿Ansiosa, eh, preciosa? —pregunta, frotando su erección contra mi culo, deslizándola de arriba a abajo.

No lo veo, pero el contacto no deja dudas de que es enorme. Gimo sin pudor, frotándome más contra él, queriendo que me llene, porque solo ese roce ya no es suficiente.

Siento la punta provocando mi entrada con movimientos circulares y arqueo más la espalda. Marcos aprieta mi cintura con una mano, manteniéndome en su sitio.

—Tranquila, preciosa. Poco a poco hasta que te acostumbres.

—¡La quiero toda! —protesto, y el maldito se ríe.

Marcos se inclina sobre mí y lame mi columna hasta llegar al cuello. Atrapada entre el vidrio frío frente a mí y su cuerpo caliente a mis espaldas, me vuelvo loca.

—Definitivamente, inolvidable —susurra en mi oído y, finalmente, comienza a penetrarme.

Dejo caer la cabeza hacia adelante, abandonando todo control sobre su peso, apoyando mi frente en la superficie, permitiendo que la sensación de llenura consuma todos mis sentidos.

Es asfixiante. Es incomparable. Es delicioso.

Despacio, entra por completo, y cuando pienso que va a salir, se queda completamente enterrado en mi interior.

El sonido que escapa de mi boca es casi un rugido cuando su miembro expande mis paredes, apretándome más, llenándome de

todas las maneras correctas, mientras sus manos recorren cada centímetro de piel que alcanzan.

Marcos respira con dificultad y murmura palabras que no me importan. Todo lo que puedo sentir son las sensaciones que me asaltan y nublan mi vista.

Lentamente, sale de mí y vuelve a entrar aún más despacio.

Una. Dos. Tres veces.

La cuarta vez que sale, cuando ya estoy acostumbrada al ritmo, Marcos me penetra de golpe, rápido y fuerte, haciéndome gritar sin ningún control.

Su cuerpo se endereza, dejándome huérfana del calor de su piel, y sus embestidas se vuelven cada vez más salvajes. Me rindo ante las sensaciones, los gemidos, sin intentar siquiera entender lo que dice.

Soy solo sensaciones, calor y placer. Siento mi mente elevarse, flotando. Va cada vez más alto y se acerca, demasiado rápido, al punto inevitable de caída.

Otra vez, Marcos se mueve dentro de mí, no solo llevándome al borde, sino empujándome al vacío. El segundo orgasmo es una ola gigante rompiendo sobre mi cuerpo pequeño, desmoronándome en mil espasmos.

Aún no he regresado al mundo real cuando mi cuerpo es movido sobre la mesa y, ahora, mi espalda queda sobre ella.

Marcos levanta mis piernas, las apoya en sus hombros y abraza mis muslos. Esta vez, la primera embestida no tiene nada de lenta, y aunque todavía estoy temblando y satisfecha por el orgasmo, es imposible evitar mis gemidos.

—¡Voy a dártela mucho hoy, Carol! ¡Mucho! —gruñe, y quiero decirle que sí, por favor, ¡mucho! ¡Sin parar! Pero solo gimo y trato, desesperadamente, de moverme, porque mi cuerpo parece decidido a no obedecerme a medida que, una vez más, me lleva a ese punto dulce, tan alto, muy alto.

Siento otro orgasmo acercarse, la sensación es que este va, literalmente, a romperme. Es el movimiento de Marcos, de nuevo, el que me quita el suelo bajo los pies y, esta vez, unas cuantas embestidas después, él viene conmigo.

Abro la boca, respirando con desesperación, necesitando que el oxígeno llene mis pulmones otra vez, que la sangre vuelva a circular en mis venas, que mi corazón vuelva a latir.

Marcos se desploma sobre mí mientras todavía estoy lejos, en la tierra de los orgasmos perfectos. Cierro los ojos, disfrutando la sensación.

Es mejor, mucho mejor de lo que mi mente creativa fue capaz de imaginar. En la sala silenciosa solo suenan dos respiraciones entrecortadas.

Hasta que no más.

Hasta que se escuchan también gritos que no son ni míos, ni de Marcos.

58.

MARCOS VALENTE

El "¡maldito hijo de puta!" gritado es inconfundible. Es mi padre.

Y, a diferencia de la última vez que me sorprendió en una situación como esta, hoy siento vergüenza. No por lo que estoy haciendo, sino porque prometí que no lo haría más y, como un niño inconsciente, me atraparon menos de una hora después.

Puta, que mierda.

Respiro hondo, aunque quiero hacer muchas cosas ahora. Todavía hay una mujer desnuda y asustada frente a mí que necesita ser mínimamente protegida.

—¿Pero qué es esto, Joaquim? —la dueña del grito agudo de antes habla, y cierro los ojos.

Todo acaba de ponerse mucho peor. Conozco esa voz irritante. Marisa Barcelar es la dueña de la mayor empresa de cosméticos del país y estaba a punto de contratarnos para encargarnos de la adquisición de la segunda mayor empresa de cosméticos de Brasil.

No necesito ser ningún genio para saber que acabamos de perder esa oportunidad. No cuando sé que la mujer es una conservadora extremista de mierda.

—Marisa... Yo... Yo...

Mi padre tartamudea. Y es la primera vez en mis treinta y dos años de vida que lo veo sin palabras. Pero, ¿quién podría culparlo?

Llevó a una clienta importantísima a la oficina de su hijo para presentarlo como el abogado competente e indiscutible que se

encargaría del caso, ¿y qué encontraron ambos?

Al supuesto abogado competente con el culo al aire y el miembro enterrado entre un par de piernas.

—Salgamos de aquí, Marisa. Yo... —Joaquim vuelve a decir, poco antes de que la puerta se cierre de golpe.

Salgo de dentro de Carolina y bajo sus piernas. Ella se queda inmóvil, como si hubiera quedado congelada en el lugar.

—Carol... —la llamo en voz baja, y ella parpadea.

—¡Dios! ¡No cerré la puerta!

Carolina despierta con la lamentación en la punta de la lengua, y me desespero porque parece a punto de llorar.

—Está bien, Carol... Ese es el menor de nuestros problemas. Lo hecho, hecho está. ¿Puedes vestirte? —hablo bajo, dejando claro que no estoy siendo un idiota. Es solo que, ahora, esto se volvió realmente necesario—. Necesitamos hablar, ¿de acuerdo?

Ella traga saliva y asiente con la cabeza. Le tiendo la mano, ayudándola a levantarse de la mesa y a plantarse en el suelo.

Recogemos nuestras ropas esparcidas y Carol corre al baño que está en una esquina de la oficina, repentinamente tímida. Desecho el condón y me visto, aprovechando los instantes a solas para intentar medir la magnitud del desastre. No puedo.

Necesito un trago.

En la barra, me sirvo una medida doble de whisky y la tomo de un trago, pero la bebida amarga no calma en nada mi caos interior.

—Perdóname... Yo... Yo...

Carol se enreda con las palabras y me doy la vuelta, encontrándola ya vestida. Hago un gesto hacia uno de los sofás en la sala, y ella camina hasta allí y se sienta en una esquina, como si quisiera desaparecer.

—Soy un idiota, Carol, pero no tanto como para culparte por lo que pasó. Somos adultos y sabíamos lo que estábamos haciendo. Fuimos dos imprudentes. Yo debí haber preguntado si la puerta estaba cerrada, pero no me preocupé.

Exhalo con fuerza, porque ahora viene la parte más difícil. Generalmente, llega antes de que alguien descubra mi relación no profesional con mis secretarias. Pero, como no tenía la intención de convertir a Carol en un caso propiamente dicho, me salté esa parte.

—¿Sabes lo que va a pasar ahora, Carol?

Decido empezar con una pregunta, esperando que los rumores de oficina hayan hecho su trabajo.

—Voy a ser despedida —responde, levantando la cabeza y encontrando mi mirada.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Y lo siento. Debí haberte preguntado antes, pero no pensé que corriéramos ese riesgo. Esa fue mi segunda decisión estúpida hoy.

Su rostro se tensa con mis palabras, y cierro los ojos, entendiendo lo mal que deben haber sonado en sus oídos.

—Perdón. —¡Carajo! Me froto la nuca, buscando las palabras adecuadas. Puta que lo parió—. Acostarme contigo no fue la primera vez. Romper la confianza de mi padre, deliberadamente, sí lo fue. Eso es lo que quise decir. En cuanto a tu despido, encontraremos un acuerdo justo para ti. Solo dile al departamento de Recursos Humanos lo que necesites. ¿Está bien?

—Está bien.

—Lo siento. Realmente lo siento.

—No esperaba que fueras tan...

—¿Decente? —pregunto, levantando una ceja cuando Carol inclina la cabeza, pero no termina de hablar.

—Sí.

Una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios me da un pequeño alivio que no sabía que necesitaba.

—Es lo mínimo, ¿no?

—Claro, pero no imaginé que lo supieras.

Es mi turno de sonreír de lado.

—No se lo digas a nadie, ¿ok? —susurro y le guiño un ojo—. Tengo una reputación que mantener.

Carol sonríe, se levanta y se detiene frente a mí.

—Espero que todo salga bien entre tú y tu padre.

—Yo también. Yo también.

Ella sale de la sala, y dejo que mi cuerpo colapse sobre el sofá. Paso minutos allí, quieto, en silencio, tratando de encontrar respuestas a preguntas que ni siquiera soy capaz de formular.

Perdido, saco el celular del bolsillo y llamo a la única persona capaz de poner orden en este desastre, mi madre.

—¿Por fin vas a venir a cenar conmigo? —pregunta antes de siquiera decir hola.

—No creo que papá quiera mi presencia en la cena hoy, ni el próximo mes, mamá.

Escucho una profunda inspiración antes de que su voz suene acusatoria en mi oído.

—¿Qué hiciste, Marcos?

59.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Le encantó visitar un acuario. Quiso tomarse fotos con todos los peces que encontró adorables -y fueron muchos-, y casi tuve que arrastrarla para que atravesara el túnel submarino del tanque de tiburones. Dijo que la langosta es deliciosa, porque es como comer un camarón infinito, pero ni siquiera se animó a probar el escargot; dijo que le daba asco solo mirarlo y, de una manera que solo su paladar podría justificar, logró encontrarle un sabor amargo al caviar.

Se quedó dormida en la sala VIP del cine y luego me dijo que no fue culpa suya, que era demasiado cómoda como para mantenerse despierta. Incluso añadió una sala igual a esa a su lista.

La lista.
La lista de cosas que siempre quiso hacer pero nunca pudo. De eso estamos hablando. En las últimas tres semanas, me he dedicado a tachar cosas de esa lista. Todavía estamos lejos de terminarla, porque hice que Eliza escribiera cada cosa que alguna vez deseó hacer y, por algún motivo, no pudo. Desde comprar una orquídea hasta hacer un paseo en barco o un crucero. Con mucha insistencia de mi parte, llegamos a trescientos ochenta y seis cosas.

Algunas cosas, como la orquídea o probar la langosta, el caviar y el escargot, son realmente simples. Esas cuatro, por ejemplo, las hicimos en la misma noche. Otras, como llevar a su madre a un día de princesa, hacer un viaje en auto o tener un perro, son un poco más complicadas porque requieren planificación, especialmente el perro.

Dios sabe que será el último elemento de la lista en cumplirse, porque estoy cruzando los dedos para que cambie de opinión antes de que llegue ese momento. Para los próximos días, hay algunas

cosas planeadas: hacer un picnic en el jardín botánico, alojarnos en un hotel, comprar y llevar regalos a un refugio infantil y dar un paseo en helicóptero.

Pero de todo lo que ya hicimos y lo que haremos, bastó ver su expresión al entrar para tener la certeza de que la actividad de hoy será mi favorita de toda la lista: visitar la pastelería más antigua de São Paulo.

Eliza parece una niña con crédito ilimitado suelta en una tienda de dulces. Sus ojos brillan como estrellas en una noche de invierno, y su sonrisa... ¡carajo! Su sonrisa es lo más dulce en toda esta pastelería. Resulta que, durante dos años, Eliza pasaba por aquí todos los días en su camino al trabajo, pero nunca pudo entrar, porque cada centavo contaba.

Solo recordar la situación en la que vivía mi chica me hace apretar los dientes. Nunca más. Ella nunca más sabrá lo que es eso. Nunca más sabrá lo que es desear algo y no poder tenerlo, porque voy a darle el mundo si eso es lo que quiere.

Sentado en una mesa para dos personas, la observo mientras recorre las vitrinas, mirando todo lo que tiene a su disposición, y la sonrisa vuelve a mi rostro. La pastelería es un lugar sencillo, pero bonito, al que normalmente no vendría, pero no puedo negar que es un ambiente agradable.

Con dos pisos y un entrepiso donde está nuestra mesa, justo al lado de grandes ventanas que permiten ver la plaza frente a la confitería, el establecimiento tiene una decoración moderna, a pesar de ser antiguo. Los muebles son nuevos y están bien cuidados, y el edificio, en sí mismo, es hermoso. La fachada es original de 1850, a Eliza le encantó, tomó fotos para enviarlas a su madre, como ha hecho en la mayoría de nuestros paseos. Estoy seguro de que es la primera vez que puede compartir estos momentos con su madre,

momentos que realmente está viviendo, no inventados, como tantas veces hizo antes.

Desde arriba, sigo observando a esa pequeña criatura que puso mi vida patas arriba. Hace tres meses, en una tarde de domingo como esta, yo estaría encerrado en la oficina, ahogado en trabajo, y aquí estoy ahora, y el mundo no dejó de girar solo porque estoy trabajando un poco menos. La empresa tampoco ha empezado a funcionar con menos eficiencia.

Cuando nos conocimos, Eliza me dijo que no tenía amigos, porque si los tuviera, no me dejarían trabajar tanto. En ese momento, le dije que mis amigos no interferirían en mi trabajo, y ella respondió que los amigos me harían entender que eso no es interferir. Tenía razón, y eso solo demuestra una cosa más en la que logró convencerme y salirse con la suya, a pesar de mi negativa. Eliza se convirtió en mi amiga. Una valiosa, preocupada y cariñosa amiga. Y, contra lo que yo creía, no se quedó solo en eso; poco a poco se convirtió en mucho más.

Muerde su labio y se inclina ante una vitrina de tartas, se lame los labios y gira el rostro hacia mí. Es como si me golpearan con un mazo; llego a presionar los pies contra el suelo para asegurarme de que sigo en mi lugar, pero mi cuerpo sigue exactamente donde estaba segundos antes de ser el objetivo de esos ojos transparentes y hermosos.

"Te amo..."

Las palabras aparecen en mi mente de forma tan natural que me asustan, porque bastó ver su rostro feliz, genuinamente feliz, para que quisiera decírselo. ¡Pero qué demonios! Siempre pensé que estas cosas necesitaban un gran momento. Un beso bajo la lluvia o algo por el estilo. Y esta bruja llega y me arranca las palabras simplemente al mirarme sonriente en una tienda de dulces.

No lleva un vestido glamoroso, no tiene el rostro maquillado, ni nada de lo que dicen que importa. Ella es simplemente ella, y nada me da más certeza de la autenticidad de mis sentimientos que eso. Y, si antes tenía la certeza de que este sería mi paseo favorito de todos los que hemos hecho y haremos, ahora esa certeza se ha elevado al máximo, porque fue aquí, en la maldita pastelería más antigua de São Paulo, donde supe que la amaba. Tal vez este lugar solo pierda importancia frente a aquel donde, algún día, pueda decírselo.

60.

ELIZA PORTO

—¿Tienes los ojos cerrados?

—¡João, me vendaste y tus manos están sobre mis ojos cubiertos! ¡Aunque quisiera mucho, no podría mantenerlos abiertos! —respondo, divertida, mientras mantengo los brazos extendidos frente a mí y las manos abiertas, intentando no chocar con nada mientras camino completamente a ciegas por la casa, saliendo de nuestro cuarto—. ¿Falta mucho? ¡João, por favor! Creo que no puedo bajar las escaleras sin ver —aviso, porque si lo intento, probablemente acabaré rodando escaleras abajo.

João se ríe.

—Entonces, vamos a resolver eso...

—¿Resolver qué...? —Mi frase se corta por un jadeo sorprendido cuando siento que mis pies se elevan del suelo, y me echo a reír.

Dios, este hombre... Ya son casi tres meses. Y apenas puedo creer que hayamos llegado hasta aquí desde donde empezamos. João Pedro lleva en mi vida ochenta y dos días, si contamos desde la entrevista, y no cambiaría absolutamente nada de nuestra historia, ni una coma, porque a pesar de toda la turbulencia inicial y de que a veces quiero estrellar su cabeza contra la pared, nunca he sido tan feliz como durante este tiempo.

Camina lentamente, cargándome, y la sonrisa en mi rostro se agranda. Mi corazón late con fuerza en el pecho, porque no importa cuánto tiempo pase o cuántas veces me toque, mi reacción siempre es la misma.

Si aún tomáramos en serio el contrato, en dos semanas terminaría. Antes, pensaba que sufriría cuando ese momento llegara y nuestro acuerdo simplemente terminara; hoy sé que sería mucho más complicado que eso.

João Pedro no es un príncipe, al contrario, está muy lejos de serlo. Es mandón, controlador, odia que lo contradigan y en la cama… ¡Madre mía! Si hay algo que no se puede decir sobre él, es que João es principesco.

No es que yo sepa cómo tienen sexo los príncipes, pero realmente no creo que llamen a las princesas "puta", "putita" y algunas otras cosas... Sin embargo, no necesito un príncipe y, definitivamente, su lenguaje vulgar en la cama es una de las mejores partes de algo que es completamente increíble.

Busco el rostro de João con mis manos, palpándolo, acariciándolo, e inclino la cabeza hacia mi mano para besarlo. Su risa suena fuerte cuando fallo y, en lugar de besarle la mejilla, beso su ojo.

Escucho el suave sonido de una puerta abriéndose y, unos segundos después, siento que mis pies tocan el suelo. Fue rápido. ¿Habremos bajado las escaleras?

Estaba tan perdida en mis propios pensamientos que no presté atención, podríamos estar en la planta baja ahora y simplemente no habría notado el impacto de bajar los escalones.

João se coloca detrás de mí y empieza a desatar la tela negra que cubre mi visión.

—Sigue con los ojos cerrados —pide, y yo sacudo la cabeza, pero pongo los ojos en blanco, aunque los mantengo cerrados. La venda deja mi rostro y me muerdo el labio, ansiosa, deseando saber cuál es la sorpresa.

—¡Está bien! ¡Puedes abrirlos!

No necesito que me lo diga dos veces, abro los ojos de inmediato y dejo que mi mandíbula caiga de sorpresa.

—Ay, Dios mío... —Parpadeo, aturdida. Miro a mi alrededor sin poder creerlo—. ¡Por el amor de Dios, João Pedro! No puedo creer que realmente hayas hecho esto —mi voz suena baja, susurrante, sin fuerza, y mis ojos se llenan de lágrimas.

Las lágrimas no derramadas se acumulan sin que pueda detenerlas. Quiero caminar por la sala oscura, quiero tocar las butacas que parecen increíblemente suaves, quiero acercarme a la enorme máquina de palomitas en una esquina de la sala, quiero descubrir cada centímetro de este lugar de ensueño, pero no puedo moverme. Sigo quieta, estática.

Una sala de cine.

João Pedro montó una sala de cine, y no puedo creer que realmente lo haya hecho solo para mí.

—Dijiste que querías añadir una exactamente igual a esa en la lista, ¿no es cierto? —pregunta detrás de mí, envolviendo mi cuerpo, abrazándome segundos antes de hundir su nariz en mi cabello y apoyar su barbilla en mi hombro.

Dejo que mis ojos recorran la sala una y otra vez, antes de sentirme lista para darle la espalda y mirar el rostro del hombre que realmente hizo esto.

—Era una broma, João. Una broma. Porque me obligaste a escribir mis deseos más absurdos en esa lista, y tener una sala igual a la de un cine público es un absurdo —Miro a mi alrededor y agito las manos, señalando la sala a nuestro alrededor. João Pedro sonríe.

—¿La querías?

—¿De una forma absurda? ¡Sí! Pero...

—¡Nada de peros! Que la quisieras es todo lo que importa —susurra contra mi boca, con los dedos acariciando mis mejillas.

—No puedes simplemente cumplir todos mis deseos —respondo, emocionada, porque no puede, pero el simple hecho de quererlo hace que mi corazón lata tan rápido que ni siquiera puedo contar sus latidos.

—Te lo he dicho muchas veces, cariño. Hay poquísimas cosas que no puedo hacer, y cumplir tus deseos no es una de ellas. ¡Puedo hacerlo y lo haré! Cada uno de los trescientos setenta. Ahora quedan doscientos ochenta y tres.

—¿Y si quiero una estrella? —bromeo.

—¡Te consigo una! —afirma, como si estuviéramos hablando de un pedazo de pizza.

—João, ¡no puedes darme una estrella! —protesto, y él levanta una ceja.

—¿Quieres una estrella, Eliza? —Su voz suena baja, desafiante.

—No —me apresuro a responder—. No quiero una estrella.

—Qué pena, porque me encantaría comprar una para ti. Y pedidos como ese —imita el gesto que hice con los brazos para señalar la sala—son pedidos de verdad. Los demás, como hospedarse en un hotel, hacer un viaje en coche o probar langosta, esos son cosas de niños, Eliza, y la mayoría de lo que pusiste en la lista es algo así.

—¿Cosas de niños? Ni siquiera sé cuándo podría hacer esas cosas, João. Si pudiera... —Sonríe y pasa los dedos por mi mejilla. Me inclino hacia su tacto, plenamente consciente de que me comporto como un gato, pero sin importarme.

Me besa la punta de la nariz y luego la boca.

—Eso era antes de conocerme, Eliza. No hay nada en este mundo que no haga para verte feliz.

Y aquí, exactamente ahora, esa sensación me golpea por milésima vez en los últimos días. Es casi física, pero no lo es. Es caliente, fría, lenta y rápida. Es devastadora y reconfortante, es agobiante. No es solo un deseo, es una necesidad. Las palabras suben por mi garganta y tengo que cerrar la boca para evitar que salgan sin mi permiso, sin estar lista.

Mi corazón golpea mi pecho con latidos fuertes y acelerados, desesperado, pidiendo que deje atrás mis últimos miedos y le confiese a João que lo amo.

Lo amo a pesar de todo y por todo.

Lo amo por su personalidad torcida, por la forma absurda y arrogante en que entró en mi casa hace meses, diciéndome que ya era suya, porque fue la primera vez, en mucho tiempo, que alguien se preocupó lo suficiente por mí para decirme una verdad inaceptable.

Lo amo por sus defectos y manías, por sus virtudes y cuidados.

Lo amo porque me miró de verdad, cuando nadie más lo hacía.

Lo amo, porque me vio, porque fueron sus ojos los que me hicieron recordar quién soy.

Lo amo, porque fue su tacto el que me hizo desear no necesitar su amor para amarme a mí misma, porque ser vista por él hizo que deseara ser vista por mí.

Lo amo por sus palabras dulces y las ácidas también, por sus gestos cariñosos y los rudos.

Lo amo porque no hay nadie como él. Simplemente lo amo. Con todo lo que soy, con absolutamente todo mi corazón, cada

centímetro de mi cuerpo, cada fibra de mis músculos, cada aliento que llena mis pulmones, con mi piel, cuerpo y alma, lo amo.

Lo amo tanto que duele, pero no puedo decirlo, no aún, y negar esto a mí misma me hace sentir que me estiro en dos direcciones opuestas, casi a punto de romperme.

João siempre dijo que podía leerme completamente en mis ojos. Eso me alivia y me aterra al mismo tiempo, porque, aunque me hace feliz pensar que lo sabe, también me da miedo, porque, aunque lo sepa, nunca ha dicho nada, nunca ha dado siquiera una pista de querer declarar lo mismo con palabras.

Sé que los gestos son importantes y los reconozco, cada uno de ellos, desde los más simples, como salir a tomar un helado en la heladería más cara de São Paulo, el tercer ítem de mi lista, hasta los más extravagantes, como construirme una sala de cine privada solo porque dije que quería una como broma.

Los veo. Los valoro y, muchas veces, hasta me gusta pensar que veo amor en ellos, pero tengo miedo, tengo pavor absoluto de estar equivocada, de estar engañándome, de estar solo desesperada por sentirme correspondida, así que me callo.

Y, una vez más, elijo hacer lo que creo que dice todo sin tener que decir nada.

Lo beso, prometiéndome a mí misma que voy a superar esto, que voy a vencer este miedo y que no vamos a empezar el siguiente trimestre juntos sin que yo lo haya dicho. Eso es. Eso es lo que necesito. Un plazo, y a partir de hoy, tengo dos semanas.

—No es justo que me des esto justo hoy, cuando no podemos disfrutarlo por culpa de esa maldita fiesta —resoplo, aún con la boca pegada a la suya, y él se ríe.

—Sabes que vamos a volver a casa, ¿verdad?

—Pero es que ni siquiera quería salir. —Respiro fuerte, sabiendo que argumentar no va a hacer que cambie de idea.

João quiere que vaya a esa fiesta como sea. Ya ofrecí todas las alternativas posibles: que no vaya, y él dijo que no quería ir solo.

Le sugerí que invitara a otra persona, alguien que no quisiera saltar a su cama, obviamente, pero él dijo que no quería estar con nadie más que conmigo, y en ese momento maldije su reciente romanticismo descubierto.

Le propuse que ninguno de los dos fuera y enviáramos un bonito regalo, porque si son sus padres, no deberían importarles esas cosas. Lo único que conseguí con esa sugerencia fue una ceja levantada, ni siquiera se dignó a responderme con palabras.

—Todo va a estar bien, Eliza. ¿Qué tanto miedo tienes?

—¿De tus padres? ¿De tus amigos? ¿De no saber cómo comportarme? ¿De avergonzarte por no saber qué decir en las conversaciones o qué cubiertos usar?

—Hace semanas que estás viendo videos de clases de etiqueta en YouTube, probablemente sepas más de tenedores, cuchillos, copas y vasos que yo a estas alturas. Y no seas condescendiente, Eliza. Sabemos los dos que puedes hablar de cualquier tema, lo único que podría desconectarte sería el tema de Govêa, pero eso fue hace meses, porque, trabajando allí, sabes tanto sobre ella como los invitados que son empleados y más que los que no lo son.

—¿Y si tu madre me odia? ¿Y si a tu padre no le gusta que su hijo esté saliendo con la secretaria?

—Primero, no estoy saliendo con la secretaria, mi mujer trabaja como mi secretaria, es diferente —afirma, y, como siempre, el simple hecho de que diga que soy su mujer hace que todo mi cuerpo se estremezca—. Te gusta que lo diga, ¿verdad? —pregunta, notando

mi reacción, y yo muerdo el labio y asiento, confirmando. Él pega mi frente con la suya, dejando sus ojos peligrosamente cerca de los míos—. Eres mi mujer, Eliza. Y no te voy a esconder del mundo. No lo voy a hacer.

Suspiro, derrotada, porque sé que tiene razón y lo odio. Lo odio porque tiene razón, odio tener que admitir que tiene razón.

—Está bien. Pero tu madre puede seguir odiándome, y tendrás que convivir con eso.

Me besa en la nariz y sonríe.

—Mi mamá te va a amar, estoy seguro. Y te di la sala de cine antes porque quería hacerte feliz. Aunque ahora no podamos aprovecharla.

—Yo soy feliz —digo en un susurro, porque decir eso provoca una grieta en mi muro de miedo y, aunque quiero romperla y hasta me he puesto un plazo, eso no hace que sea más fácil—. Soy muy feliz, João. Tú, tú me mostraste que lo merecía, y todos los días aprendo un poco más sobre lo que me hace feliz, así que siempre puedo estar en busca de eso.

Él sonríe y acaricia mi rostro con el suyo. Llevo mis manos a sus mejillas, sujetando su rostro para que no pueda apartar la mirada de la mía.

—Pero tú, João. Tenerte es una gran parte de lo que me hace feliz.

Y lo amo, lo digo en silencio, deseando con todo mi ser que sea capaz de leerlo como siempre lo ha hecho.

Por varios segundos, nuestros ojos siguen fijados, y cuando pienso que no dirá nada más, dos palabras salen de su boca, luego mi nombre, otras dos y después la frase que hace que mi corazón se

detenga por un milisegundo, solo para empezar a latir con una danza frenética y descontrolada.

—Yo también, Eliza. Yo también. Y, cuando estés lista, me encantará decir las dos palabras que faltan en esa frase.

Lo miro, sin estar segura de si lo entendí bien, queriendo creerlo y, al mismo tiempo, no queriendo, rogándole con la mirada que no espere por mí, necesito escucharlo, necesito.

El tiempo parece detenerse, congelando los segundos que se arrastran y transformándolos en eternidad.

Los ojos azules de João devoran los míos, y, por primera vez, deseo esa invasión, sin temerla, aunque sea solo un poco.

Uno, dos, cuatro, siete, doce, veinte, cuarenta y ocho segundos.

—Te amo —dice, mientras mi mirada se disuelve completamente en la suya, y la primera lágrima resbala por mi rostro antes de que siquiera pueda darme cuenta de su existencia. Cierro los ojos con fuerza, necesitando el contraste de oscuridad y luz para poder creer que esto realmente está pasando, que lo dijo, que escuché su voz y no un susurro de mi imaginación—. Te amo —repite, besando el rastro de mis lágrimas de un lado de mi rostro y luego del otro—. Te amo —dice por tercera vez, besando la punta de mi nariz—. Te amo —dice, con los labios pegados a los míos, y abro los ojos para encontrar los suyos. Es verdad. Es verdad. Y me besa.

El mundo se apaga, pero mis ojos no.

Lo beso con los ojos abiertos y la mirada atrapada en la suya, sin querer perderme ni un segundo de este momento, ni un color ni una luz.

Lo beso, queriendo convertir este instante en mi para siempre.

Lo beso, deseando que la felicidad de este momento dure para siempre.

Lo beso, buscando en su lengua, su sabor y su saliva, la prueba concreta de que no me volví loca, porque no importa cuán real se vea la situación, siempre voy a dudar de que después de tanta tristeza y dificultad realmente pueda tener todo lo que siempre quise. Ser lo que siempre quise. Amada por mí misma y por otra persona.

Su lengua danza dentro de la mía, acariciándome, degustándome, entregándome y robándome al mismo tiempo.

Sus ojos hacen lo mismo, nunca se cierran, nunca me abandonan, casi como una promesa, y yo la acepto. Creyendo en ella, olvido el plazo, el miedo, olvido todo lo que no somos nosotros en este momento. Abro los brazos, doy el último paso y salto, salto de este acantilado llamado amor, creyendo que la caída será eterna, y que nunca voy a sentir el impacto de tocar el suelo.

—Y-y-yo te amo —interrumpo el beso y lo digo, pero mi voz sale tan baja que no me parece justo, así que lo repito, ahora en voz alta y pausada—. Yo-te-amo.

João sonríe enormemente, de verdad.

Sus brazos me aprietan, rodeándome, y nos quedamos ahí por varios minutos, parados, abrazados, envueltos en el olor del otro y en esa sensación de adormecimiento que solo una certeza en el mundo entero puede provocar: el amor.

He idealizado este momento tantas veces. Pensé en decirlo en uno de nuestros paseos, pensaba en decirlo en la cama, pensaba en escribirlo, pensaba en mandar un mensaje, pero esto... esto nunca lo imaginé, y el pensamiento me hace sonreír.

Mi vida entera fue así, ¿verdad? Diferente a lo que quería y planeaba, cuando se trataba de cosas que creía controlar. Entonces, ¿por qué tuve la ilusión de que las cosas saldrían como las imaginé justamente en el amor, en el que nunca dudé que no tuviera control alguno?

61.

MARCOS VALENTE

Me equivoqué en mi predicción.

Mi padre no me evitó durante un mes. Ahora ya han pasado casi dos, y estoy harto de esta mierda. Más tarde tendremos que vernos en la fiesta de aniversario de boda de mis padrinos, y, seamos sinceros, este ambiente de mierda necesita terminar.

Sé que cagué todo al romper su confianza y mandar todo al carajo, incluyendo un contrato de millones de dólares, pero él es mi padre, y esta situación ya es insostenible.

Al menos eso es lo que me repito mentalmente, parado en la escalera que lleva a la puerta de entrada de la casa de mis padres.

Joaquim está en casa. Lo sé. Mi madre me lo dijo. Ella tampoco soporta más esta situación.

Lo único que tengo que hacer es dejar de ser un maldito niño miedoso, entrar y enfrentar esto como un hombre. Algo que no supe hacer antes. Lo reconozco.

Respiro hondo por última vez y entro a la casa donde crecí sin golpear la puerta. Rápidamente, una de las sirvientas viene hacia mí.

Clara trabaja aquí desde mi infancia. Tiene una sonrisa en la cara y me abraza. Yo le correspondo, dándome cuenta solo entonces de lo mucho que necesitaba esto.

—¿Dónde están? —le pregunto a Clara.

Ella me besa la mejilla antes de responder.

—En la sala.

—Gracias.

Con un guiño, voy a encontrarlos.

Las paredes claras, los muebles lujosos, el techo alto y las obras de arte colgadas parecen burlarse de mí mientras doy pasos tan seguros como puedo.

O tal vez, simplemente, sea mi cobardía. Mi madre me ve en cuanto entro a la sala y camina hacia mí. Mi padre no se da cuenta de mi presencia hasta que ella habla.

—¡Hijo!

Sentado en una silla, mi padre resopla cuando su mirada se aleja del periódico que leía y mi madre me abraza.

—Hola, mamá —le digo al oído, justo antes de que ella se aparte.

Las palmas de sus manos se apoyan en mis mejillas y sonríe ligeramente, antes de mover la cabeza en dirección a mi padre, guiñarme un ojo y mover los labios sin emitir sonido, diciendo "¡Puedes hacerlo!".

Después de eso, pasa a mi lado, dejándome solo con mi padre. Camino hasta donde está, me quedo parado unos minutos, y él sigue ignorando mi presencia, así que me siento en el sofá junto a su silla.

El silencio llena el espacio entre nosotros como si fuera una tercera persona en la sala. No lo aguanto.

—¿Me vas a seguir ignorando mucho más?

Ante mi pregunta, Joaquim gira el rostro serio hacia mí, me observa un momento y, con el ceño fruncido, responde.

—¿De verdad vas a tener la osadía de decirme cómo debo comportarme? Por favor, Marcos, ni siquiera eres capaz de tomar tus propias decisiones de manera sensata.

Un golpe en el estómago me habría dolido menos, y jadeo como si, de hecho, mi abdomen hubiera recibido un puñetazo.

—Qué mierda.

—¿Qué mierda qué?

Mi padre finalmente dobla el periódico y lo pone a un lado. Ahora tengo toda su atención, y eso no me hace sentir mejor que antes.

—Yo... —Exhalo, hago un puchero con los labios y cierro los ojos. Al abrirlos, no me siento más valiente que antes, pero sé que no puedo seguir en silencio—. Sé que la cagué, papá, pero ya no soy un niño.

—Ah, no. No eres Marcos. Si lo fueras, aún podría corregirte, pero claramente eres un caso perdido.

—¡Papá!

—¡Me diste tu palabra, Marcos! ¡Me diste tu palabra y no pasó ni una hora para romperla y exponerme a la vergüenza más grande que he vivido en mi vida personal y profesional! ¡No me vengas con papá!

Se levanta, creciendo ante mí, y en ese momento me siento realmente un niño.

—¡Eres un mocoso! ¡Un mocoso arrogante que no valora lo que tiene! ¡Y estoy harto de cerrar los ojos a tus mierdas y justificar tu irresponsabilidad!

Sus brazos se apoyan en la cintura y desvía la mirada de mí.

—¿Sabes? Pasé toda mi vida dando lo mejor de mí para hacer de esa oficina algo de lo que me sintiera orgulloso. Quería ser alguien de quien mi hijo pudiera estar orgulloso. ¿Y para qué, eh, Marcos? ¿Cuál fue el gran objetivo, si no te importa? Todas esas noches sin dormir, todas las peleas con tu madre, todos los eventos importantes a los que no fui... ¿para qué? Para nada.

Joaquim termina de hablar con los ojos fijos en los míos. La decepción en su mirada es insoportable y desvío los ojos.

Durante todos estos años, mi padre me ha mostrado muchas emociones: enfado, irritación, incluso decepción, pero es la primera vez que lo veo herido, y no hay nada que no haría para que sea la última vez.

—¿Qué puedo hacer para cambiar esto? Yo... Yo...

—Nada, Marcos. No puedes hacer nada. A menos que hayas inventado una máquina del tiempo y puedas regresar a ese maldito día en que me di cuenta de que todo lo que hice por ti no vale nada.

Abro la boca, pero la cierro, sabiendo que no hay nada que diga que realmente cambie algo. Maldita sea, arruiné todo.

—Voy a actuar...

—¿Como el heredero que mi legado merece? —Mi padre me interrumpe, escupiendo en mi cara las palabras que le dije con tanta sinceridad, pero que no fui capaz de mantener ni siquiera un maldito día entero—. No te molestes. Prefiero evitar más situaciones incómodas en mis últimos meses de trabajo.

—¿Últimos meses? —pregunto alarmado, y la expresión incrédula de mi padre duele tanto como su silencio o sus palabras.

—¿Qué pensaste que iba a pasar, Marcos? Porque, por si no te diste cuenta, después de toda esa mierda, ¡todavía tienes una

oficina!

Respiro hondo, cerrando los ojos involuntariamente. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Me toco la nariz, apretándola.

—Papá, sé que no es lo ideal, pero te juro que seré el socio gerente que tu legado merece. Sé que ya lo dije antes, pero...

—Marcos, ¿qué te hace pensar que vas a ser socio gerente? —Mi padre pregunta, sonando verdaderamente ofendido, y yo parpadeo —. ¡Estás fuera, Marcos! Y con tu comportamiento, tendrás suerte si logras mantener tu trabajo después de que yo también me vaya.

Abro la boca, no para hablar, sino por reflejo, sorprendido de que está hablando en serio.

—Papá, ¿qué pasa? No puedes dejar que esto llegue tan lejos. Sé que me equivoqué, pero...

Una risa sin humor irrumpe por la garganta de Joaquim y me impide seguir.

—Yo no hice nada, Marcos. Esta no es una decisión mía. Si lo fuera, probablemente creería en ti, y sería lo suficientemente estúpido como para nombrarte. Soy tu padre, después de todo. Estoy genéticamente programado para ver lo mejor de ti siempre. Y es por eso que, ahora, esa decisión le corresponde al consejo. Ellos ya están eligiendo a mi sucesor. Por lo que entendí, están entre Bruno y Murilo.

El sonido que sale de mi garganta es incomprensible, y me dejo caer sobre el sofá, sintiéndome físicamente derrumbado por la noticia. ¡Maldita sea, no!

Busco una solución, cualquier solución. No haber asumido el puesto de mi padre nunca fue una opción real. Esperaba que pudiera

quedarse un poco más, no que se fuera y que otra persona lo reemplazara.

¡Debe haber una manera de convencer a esos malditos del consejo! ¡Debe haberla!

—Debe haber una forma, papá. ¡Algún modo de convencer al consejo! Convoca una reunión, déjame hablar con ellos...

Otra vez, su risa vacía llena la gran sala.

—Y ahora te importa —ironiza, y vuelve a sentarse en el sillón—. Lo que está hecho, está hecho, Marcos. No hay vuelta atrás.

—¡Papá! —protesto—. Somos abogados. No aceptamos nada como definitivo. Disputar es literalmente nuestro trabajo. Y el consejo no puede simplemente negarme el cargo que me corresponde por derecho. ¿Y con base en qué? ¿En la suposición de que mis acciones futuras serán como las del pasado? Necesitan darme al menos la oportunidad de demostrar lo contrario.

—Ah, no, Marcos —dice mi padre, sentado en el sillón a mi lado, con las piernas cruzadas y el torso hacia mí—. Ellos ofrecieron una alternativa, una que ni en un millón de años vas a aceptar. Así que es mejor que lo olvides y sigas adelante.

—¿Una alternativa? ¿Y no pensaste en decírmelo antes?

—No, porque es meramente ilustrativa. Sé que es inviable, ellos saben que es inviable. Sabían que iban a necesitar una alternativa y ni siquiera se esforzaron por crear una que no pareciera absurda.

—¡No importa lo absurda que sea, papá! ¡Estoy dispuesto a todo! ¡A lo que sea! ¿Cuál es la exigencia del consejo?

—¿A lo que sea?

—¡A lo que sea!

Mi padre se ríe. Y no entiendo. No hasta escuchar sus siguientes palabras.

—Quieren que te cases, Marcos —dice serio, y, a pesar de eso, sigo esperando el momento en que me diga que es una broma.

Sigo esperando el momento en que me diga que está jugando con mis nervios como castigo por toda la mierda que he hecho. Pero el momento no llega, y, a cada segundo que lo miro con expectativa, su expresión se vuelve más grave y, nuevamente, decepcionada.

Me doy cuenta de que, por un instante, él creyó que yo realmente haría todo, lo que fuera, como dije que haría, para valorar su legado. Y no puedo hacerle eso, no de nuevo.

No hay nada de sencillo en la decisión que tomo, pero es tan fácil como me resulta.

Marcos Valente se va a casar.

62.

ELIZA PORTO

—Vas a hacer un agujero en el piso del auto —comenta João, divertido, y desvío la mirada de la ventana para llevarla hasta él.

—Estoy ansiosa —protesto.

—Lo sé, Luiz lo sabe, el coche lo sabe, hasta el aire que respiras lo sabe. Pero todo va a estar bien, mi amor. Ellos te van a adorar, todos ellos —En ese instante todas mis dudas y preocupaciones desaparecen y solo sonrío. Grande, honesta y espontáneamente.

—¿Qué fue eso? —Curva la cabeza, interrogante.

—¿Dilo otra vez?

—¿Qué? ¿Que todos te van a adorar? Van a hacerlo, Eliza.

—¡No! Lo otro. —Lo interrumpo.

—¿Qué cosa? —Parece realmente no saber de qué hablo, y mi sonrisa crece aún más.

—Ni te diste cuenta —murmuro, mirándolo y sintiendo mi corazón vibrar dentro de mi pecho. Es una sensación tan agradable, como si me estuvieran abrazando por dentro—. Me llamaste "mi amor"... —Mi voz es baja.

Es raro, todo aún suena tan increíble, como si en cualquier momento fuera a despertar y caer de la cama.

João Pedro inclina la cabeza y arquea una ceja. Estira un brazo hacia mí, y yo muerdo el labio, dividida entre aceptar o mantener intacto mi vestido. ¡Al diablo con el vestido! Acepto su mano

extendida y me arrastro en el asiento hasta sentarme en su regazo, dejándolo entre mis muslos.

—¿Y no es eso lo que eres?

—¿Dices que soy qué? —Le pido, con la frente pegada a la suya.

—Mi amor —Besa la punta de mi nariz, haciéndome sonreír otra vez—. Mi amor —Besa una mejilla—. Mi amor —Besa la otra—. Mi amor —Besa mis labios—. Estuve loco por decirte esto desde hace tiempo.

—¿Y por qué no lo dijiste? —Acaricio su rostro con mis pulgares, sus brazos me rodean la cintura y sus manos deslizan lentamente por mi espalda.

—No sabía cómo ibas a reaccionar. No quería asustarte.

—¿Asustarme? —No entiendo cómo llegó a la conclusión de que eso era una posibilidad, inclino la cabeza y miro sus ojos con atención.

—El día que conociste a Marcos, estábamos en la cama, y cuando estaba por decirte que estaba enamorado, te pusiste fría, los ojos se te abrieron como platos, y tu corazón empezó a latir rápido —murmura, acercando su boca a la mía, pero necesito apartarme un poco, necesito verlo completo. Parpadeo varias veces, procesando la información.

—No era miedo. O sea, sí, pero no de eso. Era miedo de que me dijeras que nunca iba a pasar —Su expresión confundida me obliga a explicar—. Acababa de darme cuenta de que te amaba —admito—. Cuando empezaste a hablar, me asusté con la posibilidad de que ibas a decir algo que me hiciera sentir tonta por haberte permitido amarte.

—Entendí todo mal —murmura, sonriendo—. Pero al final, todo salió bien, mi amor —Hace énfasis en las últimas palabras, obligando a mi rostro a reaccionar de la única manera en que parece capaz desde hoy más temprano, sonriendo.

¿Será así siempre que me llame de esa forma? Suena tan tonto. Pero, ¿quién se importa? Que sea tonta.

—No eres lo que esperaba —repito las palabras que él dijo sobre mí hace tanto tiempo, y es su turno de sonreír ampliamente. João suelta una carcajada y recuesta la cabeza en el asiento detrás de él. Con los ojos cerrados y el rostro lleno de diversión, responde:

—¿Recuerdas...?

—Cada palabra de esa entrevista —Miro hacia arriba, como si las escenas que se desarrollan frente a mis ojos estuvieran siendo proyectadas en el techo del auto y no dentro de mi cabeza.

—¿Recuerdas cómo me volviste loco, Eliza? —Vuelve a pegar su cuerpo al mío y sus labios a los míos.

—Yo no hice nada. —Me defiendo—. Estaba tan desesperada para que te gustara, para que me contrataras. Dios, no tenía idea de lo que estaba pasando.

João se ríe.

—Y eso me volvió loco. Cada respuesta que me dabas me quitaba un poco más de mí. Nunca llegaste ni cerca de ser lo que esperaba, Eliza. —Sus manos rodean mi cuello, y sus ojos atrapan los míos, exactamente como aquella noche, meses atrás—. Eres más, mucho más de lo que merezco, pero te prometo que seré mi mejor versión para ti, ¡siempre!

—Te amo —susurro, antes de besar sus labios.

63.

ELIZA PORTO

—¿Tus padres viven aquí? —pregunto, sin poder creerlo—. No estabas bromeando cuando dijiste que tu casa era pequeña comparada con la de ellos, ¿verdad? —Parpadeo, preguntándome si sería posible que eso fuera una ilusión óptica, un holograma o algo que justificara lo absurdo que parecía una casa de ese tamaño.

Frente a una escalera y a enormes ventanales de vidrio iluminados por una luz amarilla, puedo ver todo lo que hay para ver dentro de la casa. Hay tanto, pero tanto espacio. Y la gente está tan bien vestida que me miro para asegurarme de que estoy adecuada.

El vestido azul oscuro, ajustado en el busto y suelto de la cintura hacia abajo, es bonito por su corte fluido y el tejido liviano. Estaba segura de que era perfecto para la ocasión antes de salir de casa, pero ahora, aquí, hasta eso me lo cuestiono.

—¡Estás preciosa! ¡Y deja de preocuparte por nada! —João, vestido con uno de sus muchos trajes maravillosos, susurra en mi oído y pasa su brazo alrededor de mi cintura, animándome a dar los pasos necesarios para entrar en la casa.

Sin opciones, doy los primeros, luego los segundos, y mucho antes de lo que me gustaría, pasamos por las puertas abiertas.

Es inmediato, nos convertimos en el centro de atención por donde pasamos, haciendo que mis piernas, ya no tan firmes, se vuelvan aún más inestables.

Muchos sonríen, todos saludan a João Pedro, y la entrada a la casa se convierte en una verdadera Vía Crucis, porque me presentan a todas las personas que nos detienen.

En los primeros intentos aún trato de memorizar los nombres, pero cuando me doy cuenta de que esto no tiene fin, simplemente me doy por vencida. No es una reunión íntima. Es una fiesta, hay al menos doscientas personas aquí, y, según João, el evento está ocurriendo en los jardines, en la parte trasera de la mansión, donde aún no hemos llegado.

Parar, sonreír, hablar. Parar, sonreír, hablar. Parar, sonreír, hablar.

Se convierte en mi mantra, mientras me esfuerzo por controlar mi nerviosismo y mi respiración. Algunas personas son muy amables, otras no tanto, y muchas no tienen la menor vergüenza en demostrar curiosidad por mí.

La primera pregunta que escucho en casi todas las conversaciones es sobre mi apellido, y repetidamente tengo que decir que no, no tengo ninguna relación con un tal Lúcio Porto, de la empresa Porto Seguro, solo soy una anónima con un nombre interesante.

Y así, entre besos en la mejilla, apretones de mano, sonrisas ensayadas y asentimientos sobre cosas de las que ni siquiera recuerdo la mitad, pasan los primeros treinta minutos de la fiesta.

Cuando ya creo que no voy a aguantar más, João Pedro da por terminada la ronda de presentaciones y comienza a despedir educadamente a las personas que intentan interrumpir nuestro camino hacia la zona ajardinada en la parte trasera de la casa. ¡Gracias a Dios!

—¡Qué carajo! —No puedo evitar decirlo al llegar.

Contrario a lo que imaginaba, no es un pequeño espacio de césped, es algo similar a un campo de fútbol. ¿Dónde estamos? ¿Dónde en São Paulo hay tanto espacio así disponible para una sola casa?

Enormes carpas blancas están montadas, albergando mesas largas y rectangulares con muchos asientos. Como seis o siete. Sobre ellas, cables con luces colgantes están estirados, creando el efecto de mil luces en el cielo apagado de la jungla de concreto. Es tan bonito como surreal. Siento el toque suave de los dedos de João en mi mentón, y solo entonces me doy cuenta de que he estado con la boca abierta.

—Perdón —digo, avergonzada, y él sonríe, acercándose a mí y besando mis labios con ternura.

—Te amo —dice, en voz baja, y mi corazón, que aún no se acostumbra a esa declaración, si es que algún día lo hará, da un salto en mi pecho. Sonrío.

—Yo también te amo. —Respiro profundamente, llenándome del agradable olor de mi amor, ¡Dios! ¡Mi amor! ¡Sí, mi amor! Su aroma invade mi cuerpo, mente y alma, calmándome. Envuelo mis brazos alrededor de su cuello, cierro los ojos, y él junta nuestras frentes.

—Todo va a estar bien. Es solo una fiesta —repite lo que ha dicho desde antes de salir de casa, y asiento con la cabeza—. ¿Lista para conocer a tus suegros? —Su boca forma una sonrisa de lado, y yo abro los ojos como platos, sintiendo cómo toda la calma recién adquirida se desvanece entre mis dedos, y João se echa a reír—. Sabes que son las mismas personas que estabas encantada de conocer hace cinco segundos, ¿verdad?

—P-pero… ¿y-ellos son tus… padres? …y… ya era difícil así… Ahora me dices que son mis… ¿suegros? —Intento explicarlo, pero tartamudeo, me enredo y finalmente desisto, decidiendo solo quejarme.

Siento los labios de João por todo mi rostro cuando me besa completa.

—Vamos, Eliza, cuanto antes empieces, antes terminará. —Su voz calma y lenta contradice la petición, dejando claro que tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Lo prometes?

—Si todavía quieres irte en una hora, nos vamos. Te lo prometo.

—Te amo más ahora. —Respiro—. Pero no sería justo. Es el aniversario de boda de tus padres. Solo estoy siendo tonta —admito, aunque eso no cambia lo que siento, pero decido enfrentar eso de manera menos pasiva ante las sensaciones que siguen rodeándome.

Me libero de sus brazos, respiro profundamente, cierro los ojos y luego exhalo, sacando el aire de mis pulmones. Los lleno con una falsa valentía y extiendo la mano hacia João.

—¿Vamos? —Él sonríe.

—No sé cuál de tus versiones me vuelve más loco. ¿La frágil, la valiente, la enfadada…?

—No seas tonto. ¡Me amas entera! —Bromeo, y sus ojos se detienen en los míos.

—Te amo —Muerde su labio y me lanza una mirada tan lasciva que mi piel se calienta—. Y también voy a amarte completamente desnuda más tarde. —Toma mi mano extendida.

El comentario deliciosamente indecente me hace negar con la cabeza, pero también me hace sonreír, y sé exactamente lo que está haciendo, cambiando el enfoque de mi atención.

En un agradecimiento silencioso, recuesto mi cabeza en su hombro mientras caminamos. Miro hacia arriba, hacia el vasto y vacío azul, y repito el gesto con los ojos. Agradezco.

No necesitamos caminar mucho, los padres de João nos encuentran algunos pasos después de las grandes puertas de vidrio que dan acceso al césped. Mi corazón acelera y empieza a latir de forma descontrolada.

Contengo la respiración y me paso la lengua por los labios, que de repente están secos. Siento que mi mano es suavemente apretada y busco los ojos de João, que se esfuerzan por transmitirme confianza. Al volver a mirar hacia adelante, veo a su madre, que, haciendo justicia al hijo que trajo al mundo, es simplemente deslumbrante.

Júlia Govêa podría fácilmente pasar por mi hermana, pero en realidad tiene la edad para ser mi madre.

Su cabello rubio está cortado en un estilo Chanel, y su piel de porcelana es suave y brillante. Sus ojos son azules. No tan pálidos como los míos ni tan profundos como los de João, pero son acogedores. Aunque ella todavía está a algunos pasos de distancia, solo con mirarlos, me siento bienvenida.

Y su sonrisa, la que me dedica en el instante en que sus ojos se encuentran con los de su hijo, la reconozco perfectamente, porque es la misma que me saluda todas las mañanas y noches desde hace casi tres meses, y me encanta cada pedazo de ella.

Me sorprendo imitando su sonrisa.

Finalmente, sus ojos me encuentran, haciendo que mi corazón se detenga, pero contra todas mis expectativas, temores y dudas, de repente, su sonrisa parece crecer de manera increíble.

Incluso miro hacia atrás, buscando el motivo de tal felicidad. Frunzo el ceño, confundida, porque no veo nada detrás de nosotros que justifique una sonrisa tan grande. Dios. Mi suegra.

—Está mirando hacia abajo nuestro, no hacia atrás —susurra João en mi oído, al darse cuenta de lo que estoy buscando, y yo cambio la dirección de mis ojos.

No veo nada, excepto nuestras manos entrelazadas, y echo la cabeza hacia un lado, pensativa. No fue eso lo que la hizo sonreír tan ampliamente, ¿verdad? Mi respuesta llega en el momento exacto en que ella y su esposo se acercan, y en lugar de saludar a su hijo, la primera en ser abrazada soy yo.

Me envuelve con los brazos, tomándome completamente por sorpresa, y me lleva unos segundos mover los míos hacia ella, devolviendo el abrazo efusivo e inesperado.

—¡No lo puedo creer! ¡Existís! ¡Ay, Dios mío! ¡Mi descendencia está salvada! ¡Maurício! ¡No vamos a morir sin ver nietos, Maurício! ¡Maurício! —repite el nombre de su marido con tanta euforia como las otras palabras, y me aprieta con tanta fuerza que casi me desarmo, pero no me importa. El alivio que siento es tan grande que ni siquiera puedo medirlo.

Río bajito ante el entusiasmo de la mujer, pero solo hasta que suelta la siguiente frase.

—¡Voy a ser abuela! ¡Abuela! —casi grita, mostrándome que ponerme en una montaña rusa emocional es algo de familia, no solo de su hijo.

Paso de sentirme aliviada y divertida a aterrada y desesperada con la idea de que alguien pueda escuchar lo que está diciendo y pensar que estoy embarazada. Miro a João en busca de ayuda, pero lo encuentro riendo.

No riendo bajito o controladamente. El desgraciado hace un escándalo, convirtiendo mi preocupación en un evento real, porque cuando la gente ve el show que está dando, también aprovechan el

de su madre y escuchan, con todas las letras, que va a ser abuela mientras sus brazos siguen alrededor de mí.

Finalmente me doy cuenta: João Pedro sabía exactamente cuál sería la reacción de su madre y no me lo dijo. El desgraciado no me lo contó.

Vio todo mi nerviosismo y ansiedad y simplemente decidió no prepararme para esto. Voy a hundirle la cabeza en la piscina. Ni siquiera sé dónde está, pero estoy segura de que hay una por aquí, en algún lugar.

Una casa de este tamaño tiene que tener una. ¡Maldito! ¡Hombre maldito! Trago saliva, aún atrapada en el abrazo de… ¡Dios! ¿Cuál es su nombre? Incluso me olvidé. J. Empieza con J. Joelma… No. Claro que no, Eliza. Piensa. Jamile. ¡Dios, cuál es mi problema? Juliana. No. ¡Es Júlia! ¡Eso!

Sigo abrazada a ella, aunque quiero soltarme desesperadamente, pero no sé si eso sería educado. No hubo ni un segundo dedicado a la duración ideal de un abrazo en los videos de etiqueta que vi.

Finalmente me suelta y tengo solo el tiempo suficiente para recuperarme antes de que Maurício me abrace, de una forma mucho más contenida, pero aún sorprendente. Dios, ¿qué le pasa a esta gente con los apretones de mano? Ahora, Júlia abraza a su hijo y le dice cosas aún más absurdas que a mí.

Cuando finalmente estamos los cuatro de pie y separados, siento la necesidad de aclarar.

—No sé qué le dijo João a la señora, pero no estoy embarazada. —João Pedro estalla en una risa aún más fuerte que las anteriores, y las personas que ya se habían distraído con otras cosas y lugares, vuelven a mirarnos. ¡Dios! Quiero un agujero donde esconderme. No

hace falta que sea profundo. Con un pequeño agujero basta. Me cabe en cualquier lugar, soy pequeña.

Lo miro, molesta, y él tiene la decencia de fingir arrepentimiento.

—Espero que no sea por mucho tiempo, ¿cierto? —pregunta Júlia, mostrando una preocupación genuina.

Su vestido negro y largo parece aún más bonito cuando se pone en una pose dramática, con las manos en las caderas. Parpadea, esperando una respuesta. Mi boca se abre, pero no sale nada, y João vuelve a reír.

No sé quién es más increíble, si ella, por decir cosas como esas con tanta naturalidad, o João, por no hacer nada por mí, solo reír.

—No te preocupes por Júlia, ella quiere un nieto desde hace mucho, y hasta hoy João Pedro ni siquiera nos había dado esperanzas de que eso pudiera pasar. Por eso ella está tan… animada —explica Maurício, aunque, más contenido que los otros dos, parece disfrutar tanto como ellos a mi costa.

—Entiendo. Pero realmente, los hijos no están en nuestros planes ahora. —Me preocupa la conmoción que pueda causar la negativa, pero creo que es mejor dejarlo claro.

—Habla por ti, amor —responde João, y lo fulmino con la mirada. Mentiroso. Ni siquiera hablamos de eso. Por el amor de Dios, solo tengo veintidós años. No quiero hijos ahora.

—¡Ay, Dios mío, Maurício! —grita la mujer, y su voz sale más aguda de lo que sería recomendable para cualquier tímpano—. ¡Maurício! ¡Él la llamó "amor"! ¿Lo oíste, Maurício? ¡Amor!

Perdida. Me siento completamente perdida en medio de estas tres personas. ¿Será que esto es en serio? ¿Será que João Pedro contrató

actores para hacerse pasar por sus padres? Me lo pregunto, y de repente, Júlia parece tener la misma duda que yo.

—Espera. Esto no es como en esas películas en las que el hijo contrata a una novia falsa para engañar a sus padres. ¿Verdad? —Su expresión seria, considerando que algo así podría estar ocurriendo, es suficiente.

João es invadido por una nueva crisis de risas mientras Maurício se ríe discretamente de la locura de su esposa, porque no importa cuánto quiera ser amable, no hay otra palabra para describirla: loca. La madre de João Pedro está completamente loca.

—No, mamá. Eliza es real. Nuestra relación es real, mi amor por esta mujer es real —dice João, cuando logra dejar de retorcerse, limpiando las lágrimas que le corren por el borde de los ojos.

—Genial. —Parece aliviada, y yo me siento una verdadera espectadora.

Júlia se gira hacia mí y, recuperando la gran sonrisa de antes, ahora que la preocupación de que yo sea una actriz o cualquier otra cosa ha sido despejada, me avisa.

—Y nada de señora o Júlia. Para ti soy la suegra. ¡Te he esperado mucho tiempo, Eliza! No te atrevas a darme menos de lo que merezco. Y mañana vamos a salir a almorzar.

Abro la boca para responder, pero João es más rápido.

—Lamentablemente, almorzar es imposible, mamá. Todos los almuerzos de Eliza ya están comprometidos esta semana. —Cuando me doy cuenta de lo que está haciendo, quiero golpearlo en la cara, cavar un agujero en el suelo y meterme en él, ya que esperar que se abra uno bajo mis pies no está funcionando. Exactamente en ese orden. Dios, le está diciendo a su madre que no puedo almorzar

porque tenemos que tener sexo, aunque ella no tenga idea de que ese es el "compromiso" en cuestión, es tan vergonzoso...

—Está bien. Mejor aún. Una cena. El lunes por la noche cenaremos.

—Eh... Esto... —Carraspeo, aclarándome la garganta y paso la mano por mi cabello, echándolo todo sobre un solo hombro—. En realidad, no sé cómo está la agenda del lunes, necesito verificar con Norma. —Hace un ruido con los labios.

—No te preocupes. Estoy segura de que a ella no le importará, yo misma hablaré con ella en un rato.

—¿En un rato? —pregunto, alarmada ante la posibilidad de que moleste a Norma un sábado por la noche solo para pedir mi disponibilidad.

—Sí. Ella y su esposo están aquí. Nos encontraremos con ellos después, pero ahora quiero escuchar la historia. Cuéntame, Eliza. ¿Qué fue lo que hiciste para que mi hijo finalmente se diera cuenta de que no va a rejuvenecer?

Abro la boca para responder, Dios sabe qué, porque esa es una pregunta tan capciosa. Pero no tengo oportunidad, porque soy interrumpida por João otra vez.

—Ella me mandó un correo electrónico. —Giro mi rostro en su dirección tan rápido, que podría haberme dislocado y arrojado mi propia cabeza por el jardín.

João, como ha estado haciendo desde que encontré a sus padres, sonríe ampliamente. Dios, lo voy a matar. Juro que lo haré.

—¿Un correo electrónico? —pregunta Júlia, o mejor dicho, mi suegra, curiosa.

—Sí. Me envió un correo electrónico por accidente. Era un currículum. —Me equivoqué. No quería haber desperdiciado mi deseo de morir con la conversación incómoda que tuve con Norma. Aquello no fue nada comparado con esto. Lo deseo ahora. Morir, quiero morir. ¡Necesito!

—¿Un currículum? ¿Y desde cuándo haces entrevistas, João Pedro?

—Exactamente, mamá. No lo hago, pero el currículum de Eliza llegó a mi correo por pura casualidad, era el destino. —Besa mi mejilla antes de olerla suavemente. Su madre parece a punto de vomitar un arcoíris.

—¿Y cómo fue? —pregunta, ansiosa.

—Primero, la entrevisté. Y le fue tan bien en la entrevista —dice, como si estuviera hablando sobre el color del cielo, y me mira de reojo. Voy a matarlo. Lo juro. Juro que cuando estemos fuera de aquí, su vida se acabará. ¿Cuál será la mejor forma de hacerlo sin ser descubierta?—. No tuve más opción que contratarla. —Concluye.

—¿Y para qué puesto? —pregunta Júlia, con las manos juntas frente al cuerpo, como si acabara de escuchar el más hermoso de los cuentos de hadas.

—Asistente personal.

—¡Wow! Ni siquiera sabía que estabas buscando una. ¿Norma estaba sobrecargada?

—No lo estaba, pero el currículum de Eliza fue tan... —Hace una pausa, reteniendo mi respiración junto con sus palabras—. Inesperado. Y su entrevista fue tan… brillante, que no pude evitarlo. No, esto no tenía nada que ver con las funciones de Norma; su idea de jubilación vino mucho después. Simplemente no pude dejar de

pensar en lo eficiente que parecía ser Eliza. Tenerla trabajando para mí se volvió inevitable.

—Bueno, me alegra que no lo hayas evitado. ¡Porque esta chica me dará nietos! —Sonríe, sosteniéndome el mentón entre sus dedos pulgar e índice, y yo me rindo. Lo que sea que diga no hará la menor diferencia para esta mujer.

Dios mío. Fui capaz de imaginar todos los escenarios posibles de interacción entre nosotras dos, excepto este. Imaginé que podría considerarme inapropiada, que podría odiarme por creer que le estoy robando a su hijo, imaginé que podría pensar que soy una cazafortunas, pensé en todo tipo de cosas, menos que se volvería loca por mi existencia y comenzaría a gritar a los cuatro vientos que sería abuela. Dios. ¿En qué me metí?

João Pedro aprieta mi mano, señalando con la cabeza a sus padres, que ya caminan delante de nosotros, y me muevo, siguiéndolos, sin tener idea de por qué. Mientras divagaba, perdí el resto de la conversación.

Nos sentamos a la mesa y me doy cuenta de que los otros invitados empiezan a hacer lo mismo; al parecer, la cena será servida.

—Te dije que ella te amaría. —La voz de João suena divertida y ligera en mi oído, y yo lo fulmino con la mirada, dejando claro que hablaremos sobre esto—. Te amo, no lo olvides, ¿de acuerdo?

64.

ELIZA PORTO

Dejo que mis ojos viajen por la vajilla dispuesta en las mesas, por los arreglos de flores, las mantelerías y las personas. Me fijo en los pequeños carteles frente a cada silla y me doy cuenta de que los lugares están asignados.

La música suave y baja capta mi atención, y busco de dónde proviene, hasta que finalmente noto un escenario, donde ahora hay un DJ.

Júlia parece haberse recuperado del shock de darme cuenta de que soy real y empieza a hablar conmigo de verdad.

En su tono de voz normal y actuando sin toda esa euforia, siento que podría llegar a gustarme mucho. Empezamos a hablar sobre mi trabajo en Govêa, lo que me hace pensar en Norma y en lo mucho que me gustaría encontrarla para conocer al marido del que tanto me habla.

Cuando Júlia se gira para saludar a los invitados que se le acercan a la mesa, dejo que mis ojos deambulen nuevamente por el salón, buscando a Norma. Y entonces noto algo obvio, pero que hasta ese momento no se me había ocurrido.

Norma y yo no somos las únicas empleadas de Govêa presentes. Hay otros, muchos otros, y me atraganto, porque ahora todos saben que João Pedro y yo estamos juntos. Con ese pensamiento flotando sobre mi cabeza, soy saludada por una voz masculina excesivamente alegre.

—Eliza. Qué bueno verte. —Levanto la vista y veo a Bruno, de pie, al otro lado de la mesa. Sonrío educadamente y asiento con la

cabeza, porque de ninguna manera voy a decir que me alegra verlo también, ¿verdad? No después de la agonía que me causó verlo la última vez que nos encontramos.

Él se sienta al otro lado de la mesa, solo una silla a la izquierda de la que está frente a mí, y lamento los lugares asignados.

Busco a Júlia, pero ella está inmersa en una conversación animada con otra mujer, así que dejo que mis ojos vaguen sin rumbo. Cuando el seco "buenas noches" llega a mis oídos, no me preocupo en responder, porque no creo que sea conmigo, hasta que siento la mano de João apretando la mía.

Lo miro y lo descubro ya de pie, abrazando a alguien de espaldas a mí. También me levanto, pensando que es lo que se espera, pero cuando el abrazo se rompe y mis ojos ven de quién se trata, mi estómago se aprieta.

Marcos.

—Buenas noches. —Sonrío, esperando parecer amable cuando él me mira, pero su expresión seria deja claro que no le importa.

Marcos no hace ningún movimiento en mi dirección, ni un abrazo, ni siquiera un apretón de manos.

—Jaqueline, ellos son João Pedro y Eliza. —Presenta a su acompañante, que parece sonreír demasiado a João y me da un besito en la mejilla. Y, para mi desgracia, dan la vuelta a la mesa y se sientan justo frente a nosotros. Dejándome con un Bruno que sonríe demasiado, como siempre, y un Marcos gruñón sentado frente a mí, además, claro, de una Jaqueline lanzando miradas incómodas a João Pedro, sentada justo frente a él.

El almuerzo se sirve y, aunque siento que la comida está deliciosa, no disfruto nada. La remuevo hasta darme cuenta de lo que estoy haciendo y de que es de mala educación, así que empiezo a comer.

Júlia me habla de vez en cuando, y la mano de João nunca deja la mía sola. Debajo de la mesa, me aferro a ella como si fuera mi salvavidas en medio de un mar embravecido.

Cuando retiran los platos de postre, soy capaz de arrodillarme y agradecer por finalmente poder levantarme.

Pido permiso y busco un baño. Camino despacio, sin prisa alguna por regresar a la mesa. Encuentro el lavabo vacío y, aun así, paso el tiempo suficiente allí para justificar la enorme fila que se forma. Me miro al espejo y mi expresión incómoda me irrita.

¿Por qué estoy escondiéndome, después de todo? ¡Demonios! No he hecho nada malo. Enamorarme de João Pedro no fue un error, no cuando él me ama de la misma forma. Levanto los hombros y enderezo la cabeza.

¿Saben qué? ¡Que se jodan! Bruno con su falta de sentido común y Marcos con lo que sea que tenga en mi contra.

Salgo del baño con una postura completamente diferente y, para celebrarlo, encuentro a Norma.

—Norma —le digo al oído mientras abrazo su espalda. Ella sujeta mis brazos sobre el frente de su cuerpo y apoya la cabeza en mi hombro, lo cual solo puede hacer porque las dos somos igual de pequeñas. Sonríe ampliamente.

—¡Hija! ¡Estaba ansiosa por encontrarte aquí! —La suelto, ella se gira y volvemos a abrazarnos, esta vez de la forma correcta.

—Yo también. No sabía que vendrías. No dijiste nada. ¡Hubiera sido mucho más fácil saber que estarías aquí, Norma!

—Ah, dijiste que no querías hablar sobre João Pedro —Hace una mueca como diciendo "no es culpa mía", y yo me echo a reír.

—¿Eres rencorosa, eh?

—Solo un poquito —dice, haciendo un puchero divertido—. ¿Cómo va tu noche?

—¡Exhausta! Acababa de decidir levantar la cabeza.

Ella arquea una ceja.

—¿Y puedo saber por qué la bajaste?

Me río.

—No sé, Norma. No sé. Me sentí sofocada por las miradas, los comentarios, la cantidad de gente. Por todo, ¿sabes?

—No seas tonta, Eliza. Ninguna de esas personas importa. Solo una de ellas.

—Acababa de recordarlo —Sonrío.

—¡Genial, porque ella está viniendo para acá ahora!

Miro por encima del hombro y veo a João caminando hacia nosotras. Nos alcanza y saluda al marido de Norma con un apretón de manos, a quien también soy presentada, dándome cuenta de que había ignorado completamente al pobre hombre.

—Perdón, de verdad. Juro que soy más educada que esto —bromeo.

—Ya me acostumbré. Ella siempre roba todos los focos —dice el hombre y todos reímos. João me rodea con sus brazos.

—Disculpen, gente. Pero voy a robarme a mi mujer un rato. Norma, ya tienes más de ella de lunes a viernes. Dame al menos los fines de semana.

Un escalofrío intenso recorre cada célula de mi cuerpo con esas palabras, y Norma levanta las manos en señal de rendición. João suelta mi cuerpo y toma mi mano. Camino a su lado, sin saber a

dónde vamos, hasta darme cuenta de que nos dirigimos a la pista de baile.

—Espero que tus zapatos sean cómodos —aviso.

—Lo son, ¿por qué? —pregunta, justo cuando entramos en la pista, y él me rodea con un brazo por la cintura mientras yo paso uno por su cuello. La música lenta es agradable y, a nuestro alrededor, varios otros parejas bailan también.

—Porque no sé bailar y, probablemente, voy a pisar…

—¡Ay! —exclama, asustándome y haciendo que abra los ojos de par en par y detenga mis pasos.

—Te iba a avisar. Voy a pisar tu pie. Ay, Dios. Perdón. ¿Te dolió? ¿Está doliendo? ¿Quieres sentarte? —pregunto, preocupada, mirando al suelo, como si realmente pudiera ver a través del cuero negro y descubrir el tamaño del daño hecho por mis pequeños pies.

João tiembla, y al principio creo que es por el dolor. Tardo en darme cuenta de que, en realidad, está otra vez riéndose a mis expensas. Le doy un golpe en el hombro, lejos de la vista de su madre.

—No tiene gracia. Pensé que te había hecho daño, ¡maldita sea!

—Eliza, ¿cuánto pesas? ¿Un cuarto de mi peso? Harían falta unas dos y media de ti para que empezáramos a preocuparnos.

—¿Dos y media?

—Sí, cariño. Definitivamente, al menos dos y media. —Una de sus manos recorre mi cuerpo hasta llegar a mi rostro, y su pulgar lo acaricia. Cierro los ojos, disfrutando del gesto, de su olor, de su presencia, de todo él—. ¿Todo bien? —Abro los ojos y encuentro su rostro a unos pocos milímetros del mío.

—Todo bien.

—Te escapaste.

—Necesitaba aire.

—Marcos estaba siendo un idiota.

—Lo estaba —respondo, pero sin dar mucha importancia al hecho.

—Le dije que si va a comportarse así, lo mejor es que se mantenga alejado de nosotros esta noche, y también de casa, porque no voy a permitir que te trate mal en tu propia casa.

Me río, disgustada.

—Es tu casa, João.

—¡Es nuestra casa!

—Eso no me va a hacer ganar muchos puntos.

—No me importa, Eliza. Tiene que entender que las cosas han cambiado y que no le corresponde decidir si le gusta o no. No es su elección. —Asiento en señal de acuerdo, y João me besa en los labios, suave pero con lentitud. Me siento avergonzada.

—João —murmuro—. La gente nos va a ver.

—Que miren —dice, y toma mi boca. Resisto durante exactamente dos segundos, lucho con mi propia mente, pero su lengua llega suave, pidiendo paso, lamiendo, mojando, tan deliciosa, que me rindo. Abro la boca para dejarla entrar, y tan pronto como se siente libre, me invade, dominando todo lo que toca, saboreando, chupando, sintiendo mi sabor y entregándome el suyo.

Lo beso con la misma entrega con la que soy besada, sin preocuparme de que estamos dando un espectáculo.

Lo beso con deseo, cariño y amor. Tanto amor que no cabe dentro de mí y se desborda. Siento cómo una lágrima se desliza por el rincón de uno de mis ojos, pero no me importa, porque deseé tanto esta felicidad, tanto tiempo, que parece que la estoy sintiendo dos veces en vez de una sola.

—Maldita sea, Eliza. ¡Me voy a casar contigo! —murmura en mi boca, y yo me echo a reír—. ¿Estás dudando, futura señora Govêa? —Aunque en medio de mi risa, siento cómo mi corazón se detiene, porque no, no era una broma.

Parpadeo y muerdo mi labio, mientras me permito ser completamente invadida por esos ojos azules.

—¿Qué dices? Hum... Vamos... vamos a dejar esa decisión para después, ¿te parece? Lo resolveremos cuando llegue el momento adecuado —le pido, porque realmente no sé qué decir sobre esa declaración, ni mi corazón sabe cómo volver a latir después de ella.

Él sonríe y coloca su cabeza en mi cuello, inhala mi aroma profundamente y desliza su nariz lentamente por mi piel hasta que su boca llega a mi oído.

—Mientras sepas que llegaremos a ese momento juntos, para mí está todo bien. Mi Eliza —susurra, y yo soy arrastrada por el viento como arena en el desierto.

Me deshago, me desintegro, dejo de existir y me convierto solo en emoción y sentimiento. Nos quedamos allí, girando por el salón, música tras música, beso tras beso, toque tras toque, y amo cada segundo.

Pero la sed llega, y salimos de la pista de baile para tomar algo. Conversamos, parados junto a una mesa de cócteles, cuando dos parejas se acercan a nosotros. Las habíamos visto antes, fueron de las que nos despidieron educadamente, y ahora descubro que los

hombres son amigos de la infancia de João, igual que Marcos, solo que no tan cercanos a él, sobre todo después de que João tomara el control de la Govêa, ya que pasan unos minutos quejándose de su constante ausencia desde entonces.

Me presentan a Marina y Leonardo, a Joyce y Gabriel, y comenzamos una conversación animada sobre todo y sobre nada.

Esta es la segunda vez en la noche que me siento tonta por haber creado monstruos sobre cómo sería conocer a estas personas.

Primero la facilidad de tratar con Maurício y Júlia, y ahora, los amigos de João Pedro son solo personas como cualquiera, sinceramente no sé qué estaba imaginando.

En medio de este pensamiento, me acuerdo de lo que me hizo temer estas presentaciones cuando Marcos y Jaqueline se unen al grupo.

Su mirada hacia mí sigue siendo la misma, pero la mía hacia él cambia. Lo enfrento, mantengo la cabeza erguida y sostengo su mirada. Esta vez es él quien desvía la vista y luego sacude la cabeza, negando algo en su mente, antes de dejar escapar un susurro casi inaudible, pero que escucho porque estoy atenta.

La conversación sigue animada y un nuevo integrante llega al grupo, Bruno, que aparentemente, salvo João Pedro, es amigo de todos los hombres del grupo, porque también creció con ellos.

La sensación de ahogo que sentí en la mesa de la cena vuelve a afectarme con fuerza, a pesar de mi nueva postura.

Me pregunto si la promesa que João me hizo sobre irnos sigue en pie, aunque yo la haya rechazado de inmediato. Ahora que conozco a sus padres, sé que todo estaría bien. Sin embargo, no tengo la oportunidad de hacer la sugerencia.

—Entonces, Eliza. ¡Cuéntanos! ¿Cómo hiciste para atrapar a este? Pensamos que él sería el último en caer, si caía, ¡y fue el primero! —pregunta Leonardo, y de inmediato miro a su acompañante, que sonríe avergonzada. ¡Dios mío! No puedo creer que haya dicho eso con ella aquí.

—Bueno... Todos ustedes están muy bien acompañados... —comento, como quien no quiere la cosa, pero para quien entienda, basta con una palabra. João se ríe bajito y me besa en la mejilla, entendiendo exactamente lo que quise decir.

—Sí, pero caído como este... Ninguno de nosotros está —responde Gabriel esta vez.

—Y yo no estoy acompañado, por cierto, si tienes una amiga para presentarme, estoy abierto a sugerencias —completa Bruno, y Marcos hace un sonido de desdén al escuchar la sugerencia de que yo presente una amiga.

Jamás haría eso, no conozco a Bruno, pero confío en el juicio de João Pedro, si él no le cae bien, es porque algo está mal. Sin embargo, no entiendo la reacción de Marcos, frunzo el ceño, pero rápidamente me distraigo de mis propios pensamientos cuando mi nombre es dicho una vez más.

—Vamos, Eliza. Cuéntanos. ¿Cómo hiciste para dominar a João Pedro? —Paso la lengua por mis labios, pensando en cómo responder a esa pregunta incómoda.

—¡Ella envió un currículum! —dice Marcos por primera vez desde que llegó al grupo, mirándome.

Me pongo rígida, inmediatamente sorprendida de que realmente haya dicho eso.

Es la segunda vez que mencionan ese currículum esta noche, pero, a diferencia de la primera, cuando me sentí avergonzada por lo

que estaba escrito en el correo, esta vez el tono usado hace que me sienta avergonzada de todo.

Miro asustada a João, y él fulmina a Marcos con la mirada.

Siento mis manos comenzar a temblar. Dios, ¿por qué diría eso aquí? ¿A estas personas? ¿Por qué? Puede que no le guste, pero ¿por qué hacer algo así? Mi corazón se acelera, y mi respiración vacila, ansiosa por descontrolarse.

A mi alrededor, todos se ríen, pensando que es una broma, lo que alivia un poco la situación, pero no la hace aceptable, ni de lejos.

Ahora soy yo quien no gusta de Marcos. Y, en el minuto siguiente a este pensamiento, él deja claro que la sensación es mutua.

João estaba equivocado, no solo tiene que acostumbrarse a la idea, simplemente no está dispuesto a hacerlo.

—Cuéntanos, João Pedro. ¿Qué decía el currículum de Eliza que te dejó dominado?

65.

ELIZA PORTO

Mi cuerpo entero tiembla, y João Pedro aprieta el abrazo a mi alrededor.

Siento cómo la sangre deja de circular por mi rostro y el aire falta en mis pulmones. Paso la lengua por mis labios, que están secos de repente, pero no hacen nada por aliviarlos, porque están tan secos que más bien parecen un papel lija.

Busco la copa en mis manos, desesperada por encontrar aunque sea una gota de líquido que me ayude a respirar otra vez, pero está vacía, completamente vacía.

—¿Cuánto has bebido, Marcos? Tal vez ya sea hora de ir a casa —sugiere João, con la mandíbula tensa, las manos cerradas en puño y la mirada mortal enfocada en su amigo. Pero él sonríe.

—No lo suficiente —dice, lleva su vaso de whisky a la boca y lo vacía de un solo trago—. En realidad... —comenta, sin darle importancia—, creo que todavía tengo una copia de él aquí. Del currículum. —Mete la mano en el bolsillo y saca su celular.

El suelo desaparece debajo de mis pies, y vacilo. Mis piernas, temblorosas, dejan de sostenerme, y no caigo porque João Pedro me sostiene.

Mi cabeza explota en un dolor agudo, mis ojos arden y el desesperación casi me ahoga. Trago, pero la sequedad es tal que duele. Las paredes de mi boca y garganta parecen pegarse con cada movimiento.

Es instantáneo. Estoy completamente dominada por tantas sensaciones que no sé cómo manejarlas.

Quiero gritarle a ese hombre, ¿quién se cree? Pero al mismo tiempo quiero correr, huir, desaparecer y no tener que pasar por esto. Quiero que João Pedro cumpla la promesa que me hizo, de que nunca nadie volvería a hacerme algo así.

Quiero cerrar los ojos, apretarlos, y al abrirlos descubrir que solo fue una pesadilla y que nada de esto realmente ocurrió.

Ya le he dicho a João que no me arrepiento de nuestro camino. Cada vez que reflexiono sobre él, concluyo que no cambiaría ni una coma de nuestra historia, ni siquiera ese correo ni nuestro primer encuentro. Lo haría todo otra vez, exactamente igual. Pero las palabras de Marcos, su tono, su desdén, me transportan a un momento que me gustaría jamás haber vivido.

De repente, soy la niña perdida y sola en la puerta de un minúsculo departamento en Paraisópolis otra vez.

Una niña que mira a su casero con los ojos desorbitados y el corazón pisoteado por sus falsas acusaciones, por esa declaración de lo mucho que su propia madre se avergonzaría de ella, sintiéndose pequeña, sucia, indigna.

Sintiendo lo que nadie jamás debería sentir en ningún momento de la vida, y lo que juré que nunca más volvería a sentir. Lo que juré para mí misma que nunca permitiría que nadie me hiciera sentir así.

Lo juré. Lo recuerdo. Y mi compromiso conmigo misma debería ser más grande que el de cualquier otra persona, ¿no? Incluso el de João, sin importar cuánto me ame. Sí, debería. Sé que debería, pero ¡es tan difícil! Dios, solo quiero no tener que pasar por esto.

Mi mente se convierte en un verdadero campo de batalla. Respiro por la boca, con los labios entreabiertos, el corazón acelerado y los ojos completamente ciegos a todo lo que pasa a mi alrededor en estos segundos en los que mi mente se aleja de aquí.

Una parte de mí quiere reaccionar, gritar, quiere enfrentar la situación y mostrar que mi pasado, mis acciones inocentes, por más que parezcan, nunca más podrán ser usadas en mi contra, porque sé quién fui, quién no seré más y quién quiero ser. Pero también quiero correr, quiero huir.

Todos los sentimientos que me reprimí por tanto tiempo vuelven a mi mente, giran, se retuercen y me ocupan, forzando su paso hacia donde los había expulsado hace meses: mi ser.

¿Qué hacer, qué hacer? Quiero correr, quiero quedarme, quiero pelear y callarme, quiero ser salvada.

Quiero ser quien ya fui y correr en la dirección opuesta de las medias verdades que están siendo gritadas a los cuatro vientos sobre mí, quiero ser quien soy y abrazarlas, completarlas y transformarlas en verdades completas, quiero salvarme.

Como una señal divina, un brillo en el cielo llama mi atención. No es una estrella, pero me hace recordarlas, y esa es toda la fuerza que necesito para decidir qué hacer en medio de la verdadera confusión en la que me he convertido.

Esta noche no será un reflejo del pasado. No voy a actuar como la chica asustada, perdida y sola que me cansé de ser, aunque estoy casi segura de que el proceso me va a lastimar.

Si Marcos quiere exponer quién cree que soy, yo lo haré mejor, dejaré más que claro quién es Eliza Porto. No voy a correr ni esperar a que me salven.

A pesar de los años luz que han pasado en mi cabeza, cuando mis ojos vuelven a enfocarse, la situación sigue siendo exactamente la misma que cuando se desenfocaron.

Marcos tiene un aire de superioridad y una expresión de victoria en su rostro, como si en el aparato en la palma de su mano tuviera

un verdadero tesoro, el que probará al mundo entero que es el dueño de la verdad, pero no sabe que, en este libro, la princesa se salva a sí misma.

—¡No te atrevas, cabrón! —gruñe João Pedro, pero Marcos sigue sonriendo, y mi nerviosismo crece, ansioso por transformarse en un pavor absoluto de que realmente haga lo que está sugiriendo, queriendo rendirme al poder que sé que Marcos tiene.

Mi cuerpo entero amenaza con derrumbarse cuando me doy cuenta de cuál es la única salida. Quitarle el poder de las manos. El problema es que solo hay una forma de hacerlo, y solo pensar en ello me provoca la sensación de que estoy siendo rasgada en dos.

Expiro y enfoco mis ojos en el hombre que cree tener mi dignidad en sus manos. Ni siquiera me desafía ahora, Marcos tiene una certeza tan grande en sus convicciones sobre mí que ni siquiera considera que sus acciones podrían estar lastimándome.

No le voy a dar eso. Definitivamente, no lo haré. Puedo no poder evitar sentir, pero seguro que puedo elegir no ser espectadora de todo esto. Discretamente, respiro hondo, cierro los ojos y, cuando los abro de nuevo, me pongo una máscara de valentía que no siento. Sonrío, esperando que no parezca tan falsa como es.

—En realidad, no hace falta que lo leas. Puedo recitar de memoria lo que decía el correo —expulso las palabras de mi boca, queriendo inmediatamente recuperarlas, aunque sé que no puedo y que no las tomaría de vuelta, aunque pudiera.

Las cejas de Marcos se levantan, sorprendidas por mi reacción, y lo enfrento. João me mira, también sorprendido por mis palabras, por el hecho de que haya recordado cómo hacer algo más que temblar y tener miedo, como, por ejemplo, hablar.

Giro mi rostro y dejo un beso suave en sus labios, diciéndole que todo está bien, aunque no lo esté. Sus ojos exploran los míos el tiempo suficiente para entender cada palabra no dicha, y su brazo, alrededor de mi cuerpo, aprieta mi figura. Es un momento. Pero es todo lo que necesito para saber que tomé la decisión correcta.

Es esa la mujer que quiero ser, la mujer que lucha sus propias batallas. Puedo sangrar, sufrir, e incluso rendirme por agotamiento o para poder luchar mejor en el futuro, pero enfrentar mis propios miedos, aunque sea por un segundo, ya está mucho más cerca de quien quiero ser que huir.

—¿Qué pasa, João Pedro? ¿Tienes miedo de que alguien haga una propuesta mejor que la tuya? ¿Tienes miedo de ser reemplazado? La verdad, creo que es justo que todos tengan su oportunidad de hacer una oferta —Marcos ignora mi comentario y se dirige directamente a João, confrontándolo.

El ambiente relajado que había en el grupo desaparece. Todos siguen el enfrentamiento entre João, Marcos y yo, atentos y al mismo tiempo confundidos, sin saber qué está pasando.

—Marcos, no sé qué fue lo que te dio la impresión de que yo estaba abierta a "nuevas propuestas". —Revuelvo los ojos y hago un gesto de comillas con los dedos al decir las últimas dos palabras—. Pero definitivamente no es el caso, así que puedes decidir si quieres leer el maldito correo, si prefieres que lo recite, porque, como dije, me acuerdo de cada palabra que escribí, o si prefieres terminar con este tema ridículo. ¿Y entonces? ¿Qué va a ser? —pregunto, y el hombre me fulmina con la mirada.

Peleamos en silencio por un tiempo que parece interminable, pero él recula y vuelve a meter el celular en el bolsillo. Internamente, respiro aliviada, porque aunque realmente estaba dispuesta a recitar cada línea que escribí, no tener que hacerlo es un alivio. Dios sabe que lo es.

En medio del silencio, Júlia y Maurício llegan hasta nuestro grupo, que ahora está de repente callado, y los ojos de Marcos brillan, como si hubiera hecho el descubrimiento más grande de la ciencia. Inclino la cabeza, incrédula. No, no sería capaz, ¿verdad? Su mirada me responde. Marcos me mira, y si pensé que la sonrisa en su rostro hace unos minutos era triunfante, la que tiene ahora es la de un campeón invicto desde hace años.

No sentí desesperación antes, no tenía idea de lo que era sentirme desesperada, no hasta ahora. Estaba equivocada al pensar que él tenía el poder en las manos, porque todo lo que tenía era un pequeño palo de madera con el que insistía en golpear el agua, pero ahora Marcos tiene una bazuca en las manos y la está apuntando directamente a mi dignidad.

—No tienen que dejar de hablar solo porque llegamos —bromea mi suegra, pero nadie sonríe, todos parecen aún sumidos en las palabras que se dijeron momentos antes y probablemente todavía tratan de entenderlas.

—Estábamos hablando de cómo Eliza logró atrapar a João Pedro, tía. Pero ellos están escondiendo el juego. —Se burla, y Júlia chasquea la lengua, completamente ajena a la enorme cantidad de veneno contenida en las palabras de Marcos—. Yo sé todo. ¡Ella envió un currículum! ¡Envió un currículum, y João Pedro quedó tan impresionado con él, que decidió crear un puesto solo para que ella pudiera ocuparlo! —Entrega la información con tanta inocencia que no puedo evitar cerrar los ojos.

Dios, esto no puede estar pasando. ¿Qué hago? ¿Qué hago?

Marcos sonríe ampliamente cuando habla, mirándome.

—Sabes, Eliza, cambié de opinión. ¿Por qué no nos recitas exactamente lo que estaba escrito en ese currículum tan fabuloso, que dejó a nuestro amigo João tan impresionado? Después de lo

que tía Júlia dijo, creo que todos están aún más curiosos —Trago en seco y parpadeo, buscando una salida, una forma de escapar de esto, porque estaba dispuesta a realmente recitar cada palabra escrita en ese maldito correo, pero eso fue antes de que los padres de João Pedro se convirtieran en oyentes atentos.

Dios, no puedo hacer esto. Simplemente, no puedo. Miro a Marcos, casi suplicando que se detenga, que retroceda, pero es demasiado tarde. Mi visión periférica capta el momento exacto en que Bruno entiende, porque su sonrisa hacia mí se vuelve indecente, obligándome a mirarlo.

Bruno mueve la cabeza y entrecierra los ojos levemente, como si no pudiera creer lo que acaba de entender.

—¿Espera? ¿Currículum? ¿Oferta? No me digas que… ¡Wow! —exclama, levantando el tono de voz, como si finalmente hubiera entendido algo que lo había estado intranquilizando durante un tiempo—. João Pedro, te pregunté dónde la encontraste —dice con tono recriminatorio, como si tuviera algún derecho a hacerlo, como si fuera una camiseta que le preguntó a João Pedro dónde la compró, y deja el resto en el aire.

João se mueve a mi alrededor. Apreto mi mano con la suya, impidiéndole dar el paso hacia el imbécil que decidió no dejar el tema atrás.

El aire se vuelve demasiado ligero, insuficiente para que respire, y mi lengua pesa en mi boca, completamente seca.

Dios, no. Por favor, ahora no. No con Júlia y Maurício aquí, imploro al cielo, sintiendo que el gigante frente a mí se está volviendo mucho más grande de lo que mi escudo puede manejar.

Muerdo el labio y parpadeo. Más valientes que mi corazón, mis ojos investigan a nuestro alrededor, buscando reacciones ante la

absurda conversación que acabamos de escuchar. Excepto por mis suegros, los demás, después del comentario explícito de Bruno, parecen empezar a entender lo que se dice entre líneas desde que Marcos decidió involucrarse en la conversación.

El cambio en sus actitudes es inmediato. Sus miradas hacia mí dejan de ser curiosas y pasan a ser desconfiadas, pero nadie pregunta, y no sé si es por la presencia de los padres de João o a pesar de ella.

—Bruno, te juro por Dios que si no callas la maldita boca, no respondo por mí —amenaza João, y de inmediato su madre lo reprende.

—¡João Pedro, no te atrevas! —avisa, pero el hombre, aún más incómodo que Marcos, está decidido a no dejarlo pasar, con una enorme sonrisa en el rostro y, estoy segura, sintiéndose protegido por la presencia de Júlia y Maurício, el imbécil vuelve a abrir la boca.

—Ah, no. ¡Vamos, Marcos! Quiero ver ese currículum, y si es bueno, como creo que lo es, quiero saber cuándo termina el contrato de ella contigo, João Pedro, porque quiero entrar en la agenda.

66.

ELIZA PORTO

Un segundo.

Un segundo es el tiempo que tarda el puño de João Pedro en golpear la cara de Bruno.

João se lanza contra el hombre, tan alto como él, con una furia descontrolada, y yo paso unos instantes en shock, estática, parpadeando sin poder creer lo que veo.

La batalla interna dentro de mí comienza de nuevo. Quiero gritarle a João Pedro, detenerlo, acabar con esto, pero también quiero ver la cara de Bruno destrozada, quiero verlo desmayado y completamente incapaz de decir algo más que me avergüence, y, al mismo tiempo, no quiero ver nada, no quiero tener que dar explicaciones a nadie, no quiero pensar en lo que Maurício y Júlia podrían haber entendido, o llegarán a entender, o exigirán que les explique. Solo quiero irme de aquí.

Las personas empiezan a amontonarse a nuestro alrededor, y yo parpadeo, viendo a un João Pedro cada vez más enfurecido, atacando a Bruno como un animal.

Doy algunos pasos hacia atrás y más, sintiéndome asfixiada por el número cada vez mayor de curiosos que observan todo, sintiéndome completamente dominada por la ansiedad, hasta estar casi consumida por ella.

Maurício intenta sujetar a João, pero él se sacude y sigue avanzando contra Bruno, que apenas tiene tiempo de defenderse entre un golpe y otro.

La necesidad de desaparecer me ahoga, y decido que haber ganado solo una de las muchas batallas libradas esa noche puede, sí, considerarse una victoria. Camino más hacia atrás, hasta que ya no puedo ver lo que pasa detrás de la muralla de personas que se cierra alrededor de la confusión.

Mi pecho sube y baja con una respiración acelerada, y parpadeo, necesitando urgentemente entender qué hacer y, al mismo tiempo, sin tener idea de cómo.

Comienza con una presión aplastante sobre mi pecho, luego viene la náusea, y tengo la sensación de que me estoy ahogando. Fuerzo la garganta, pero el nudo que se ha formado en ella se niega a bajar. No sé si es porque, o a pesar de, tener la boca más seca que un desierto. Doy más pasos hacia atrás, ahora completamente descoordinados. Mis espaldas encuentran una superficie fría, y dejo caer mi cuerpo sobre ella.

Escalofríos recorren mi cuerpo, me siento mareada, mi cuerpo entero hormiguea, mi piel suda, aunque me siento completamente fría.

Dios, ¿qué es esto? ¿Qué es esto? No puedo respirar, ¡no puedo!

A mi alrededor, todo desaparece, no veo, no oigo, solo estoy yo, y nada, y nadie, y todo, y cualquier cosa. Dios, ¿qué es esto? Creo que voy a morir.

Respiro, pero el aire no llega. Mis ojos se abren como platos, pero todo está borroso. Jadeo, jadeo y jadeo, pero nada, nada, nada… ¡Dios! Creo que voy a morir.

—¡Eliza! ¡Eliza! —escucho mi nombre gritado, pero eso es todo. Sigo sin ver nada frente a mí.

—Respira, Eliza. Respira —escucho la súplica. No puedo, no puedo. El pánico me consume, sé que voy a morir.

Parpadeo, quiero llorar, quiero llorar antes de morir, pero no puedo, no puedo. No siento nada más que terror.

Siguen hablando conmigo, pero no puedo concentrarme, no puedo entender. ¿Qué, qué está pasando? Dios, me estoy muriendo, no hay aire, no hay aire, no puedo respirar.

—Eliza, mírame, mírame —alguien me pide, pero no puedo. No consigo ver, apenas sigo oyendo algunas palabras sueltas, alguien me dice que respire, pánico, crisis, ataque, boca, pero nada tiene sentido, las palabras siguen flotando en el aire, girando a mi alrededor.

Unas manos tocan mi rostro, sujetándolo en su lugar, y encuentro unos ojos. Fijo los míos en ellos, buscando algo que me sujete, que me ancle, que haga que la sensación de asfixia se calme.

Una boca, una boca aparece, moviéndose, pero todavía no entiendo lo que dice. Dios. Voy a morir, ¡necesito aire! Me concentro en los labios, se mueven lentamente, mientras siento mi cuerpo moverse, sudar, temblar rápidamente, muy rápidamente.

"Por la boca", dicen los labios, "respira por la boca". Leo sus movimientos, y concentrarme en ellos me ayuda. Abro mis propios labios y respiro una cantidad absurda de aire. Recibo mucho menos de lo que quisiera, pero más de lo que venía logrando. Repito, otra vez, una más. Y ahora los ojos y los labios tienen una cara.

Norma. Es Norma frente a mí.

—Eso. —Escucho su voz y sigo concentrada en el movimiento de sus labios—. Cuatro sabores, Eliza. Necesito que me digas cuatro sabores que estás sintiendo. —Su voz sigue sonando distante, pero me concentro, buscando en mi mente esa información, dejando ir todo lo demás que me devora, y buscando las palabras para responder a su petición. Sabores, cuatro sabores.

—Champán, chocolate... queso... y... y... whisky.

—Eso, hija. Eso. Ahora, cuatro olores, Eliza. Cuatro olores que estás sintiendo. —Cierro los ojos y me concentro.

—Perfume... césped... comida... y... alcohol.

—Cuatro sensaciones, Eliza... cuatro sensaciones que estás sintiendo. —Sobre esta no necesito pensar.

—Miedo, frío, náusea y calor.

—Eso, hija. ¡Eso! Ahora, abre los ojos y dime cuatro cosas que estás viendo. —Hago lo que pide y, aún con la respiración irregular, empiezo a ver el mundo a mi alrededor enfocándose de nuevo. Respiro con fuerza por la nariz y expulso el aire por la boca.

—Césped... tú... mesas... personas.

—Eso. Ahora respira. Respira. ¿Puedes caminar? ¿Necesitas sentarte?

—No, Norma. No. —Sacudo la cabeza rápidamente, sintiendo de nuevo la sensación de mareo, pero no quiero sentarme.

Cierro los ojos, me concentro en los sonidos, en los olores, respiro y respiro por la boca, y solo entonces vuelvo a abrirlos.

—Solo necesito... solo necesito... sácame de aquí, Norma. Sá... sá... ca... me de aquí, por favor. Sá... ca... me de aquí.

67.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Rojo es todo lo que veo cuando avanzo contra el hijo de puta.

El primer golpe hace que mi brazo vibre y mi cuerpo entero se tense, pero aún está muy lejos de ser suficiente. Exhalo con fuerza, porque de repente mis pulmones solo quieren expulsar aire.

Lo empujo y golpeo su abdomen. El hijo de puta tambalea y lleva la mano al estómago antes de extender las dos manos hacia mí, pero me da igual, no voy a detenerme.

Le aparto los brazos de un manotazo, quitándolos de mi camino, y otro golpe, un paso más. Vuelve a tambalear, lo golpeo otra vez, ahora con el otro brazo, y cae. Eso es justo lo que quería.

—¡Hijo de puta! —Le doy un puñetazo en la cara a Bruno con toda la rabia que llevo acumulando durante días, ¡meses! Desde esa maldita cena. Siento que unos brazos me sujetan, otra vez, pero me sacudo y me libero, y un golpe me alcanza, ¡al fin! El desgraciado empieza a reaccionar, ¡pensé que sería demasiado cobarde hasta para eso!

El golpe llega, pero el dolor no. Todo lo que tengo en mi cabeza son los ojos aterrorizados de Eliza, su rostro pálido, su cuerpo tembloroso, maldita sea. ¡Hijo de puta!

No veo nada más que a él, no oigo nada más que mi propia respiración, no siento nada más que el deseo incontrolable de acabar con la existencia de este idiota. Rodamos por el suelo, y le clavo la rodilla entre las piernas con fuerza. Grita de dolor, y yo no siento nada, solo más ganas de golpear.

Un golpe, dos golpes, tres golpes, mientras se retuerce bajo mí, con los ojos cerrados, agonizando de dolor. Más brazos me tiran hacia atrás, pero no, no paro, ahora, montado en sus caderas, le golpeo la cara con un odio que no para de crecer.

—¡Vas a aprender a no volver a faltarle el respeto a mi mujer, carajo! —gruño, y es solo al escuchar su nombre que el entorno a mi alrededor vuelve a tener sentido.

—¡Eliza se fue, João! ¡Eliza se fue! ¡João! ¡João Pedro, Eliza se fue! —Los gritos de mi madre empiezan a tener sentido, suelto al desgraciado en el suelo y me dejo arrastrar lejos de él.

—¡Suéltame, carajo! ¡Suéltame! —grito, moviéndome, intentando deshacerme de los brazos que me sujetan—. ¡Suéltame, maldita sea! ¿Dónde está mi mujer? ¡¿Dónde, la puta madre?!

—Tranquilo, João. —Escucho la voz de Marcos, y me sacudo con fuerza hasta que me libero y avanzo hacia él. Me detengo con la cara a milímetros de la suya, señalándolo con el dedo en el pecho.

—¡No te atrevas a abrir la boca para hablarme, maldito! ¡No me mires! ¡Hijo de puta! —Siento las venas del cuello saltar y mi corazón golpearme el pecho con latidos violentos. Porque si quería partirle la cara a Bruno, ahora quiero matar a Marcos.

—João...

—¡João, mis huevos! ¿Cuál es tu maldito problema, eh? —grito, pasándome la mano por el pelo y sacudiendo la cabeza, aún sin poder creer que realmente haya hecho esto.

Me alejo dos pasos.

—Solo no eres el siguiente porque mi mujer es mucho más importante que partirte la cara, hijo de puta.

Le doy la espalda y camino hacia dentro de la casa, empujando a las personas que, en algún momento, se reunieron todas alrededor del caos, y ahora me miran como si fuera el demonio. Dejo a Bruno gimiendo en el suelo y a Marcos atrás cuando logro atravesar la multitud y finalmente entro por las puertas de vidrio.

Subo las escaleras hacia el segundo piso, ya sacando el celular del bolsillo y marcando el número de Eliza.

—¡Maldita sea! —Entro en la primera habitación que encuentro, caminando de un lado a otro mientras la llamada suena una y otra vez, pero va directo al buzón de voz. Escucho pasos acercándose, pero no me molesto en mirar quién es. La llamada cae y vuelvo a intentarlo, una y otra vez, pero no hay respuesta. Ni rastro de que ella atienda el maldito teléfono—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Agarro lo primero que encuentro, un jarrón de vidrio, y lo estrello contra la pared, luego paso las manos por mi cabello—. ¡Maldita sea! ¡Carajo! —grito, sintiendo las manos temblar y el aire faltarme, sin saber dónde está, cómo está, cómo salió de aquí, maldita sea.

Me siento en la cama y vuelvo a arrastrar las manos por los costados de mi cabello, tirando de él, respiro hondo, pero el aire no es suficiente, ni siquiera cerca de serlo.

—Calma, hijo. Calma. —Es mi madre la que me pide, arrodillándose frente a mí, y solo entonces me doy cuenta de su presencia y la de mi padre.

—Ella no tenía cómo salir de aquí, mamá. No puede haberse ido de aquí, ¡maldita sea! Si se fue, no sé dónde está, cómo salió, adónde fue. —Sus manos toman las mías, obligándome a dejar de tirarme del cabello.

—Ya estamos revisando las cámaras, y también pedí que busquen por toda la casa, hijo. Si se fue, descubriremos cómo, y si no, la encontraremos.

—Las cámaras. ¡Puta madre! Las cámaras. —La noticia de que puede haber alguna pista sobre hacia dónde se fue y con quién hace que el aire vuelva a entrar en mis pulmones, me levanto de la cama de inmediato—. ¿Dónde? ¿Dónde están revisando las cámaras?

—Tranquilo, João. Necesitas calmarte, hijo, ni siquiera sabemos si ella realmente salió.

—Mamá, no me pidas que me calme, ¡por favor! Solo dime dónde están viendo las grabaciones, te lo suplico —pido, apretando los dientes, controlándome para no perder los estribos con mi propia madre. Necesito esa información, porque, aunque sea para ver las grabaciones, necesito hacer algo en vez de quedarme parado, esperando.

Ella deja de intentar tranquilizarme.

—En la garitade seguridad. —No espero a escuchar nada más, salgo del cuarto apresurado, arrancándome el saco y la corbata, dejándolos tirados por el camino.

Bajo las escaleras corriendo y me dirijo hacia la garita, sin detenerme. Al llegar, encuentro a dos de los guardias revisando las grabaciones; me miran apenas entro, pero no digo nada. Me quedo congelado viendo las imágenes que se despliegan en la pantalla.

Paso varios minutos observando el vacío, sin ningún movimiento en la entrada o salida de la casa. Luego, algunos autos entran, pero ni rastro de Eliza. La duda sobre si realmente se fue empieza a crecer, revolviéndome el estómago. Todo pasó tan rápido, ¿será que solo fue al baño o se escondió en otro lugar? Miro la hora en la esquina de la grabación, pero no tengo idea de cuándo empezó la confusión. A pesar de las dudas, me mantengo firme, observando, esperando, pero no pasa nada. Durante casi diez minutos, las cámaras no muestran ningún movimiento.

La ansiedad me carcome por dentro, haciéndome sentir inútil, porque no hay nada que pueda hacer. Paso las manos por el cabello, tirando de él, y exhalo con fuerza. Me froto el rostro con las manos y saco el teléfono del bolsillo, intentando llamar de nuevo a Eliza, pero la llamada sigue el mismo camino de todas las anteriores: suena hasta ir a la casilla de voz. ¡Dios! ¡Solo quiero saber si está bien! Es todo lo que necesito. Con la cabeza agachada y los ojos fijos en el suelo, sigo intentando llamar, ya que las cámaras parecen decididas a no mostrar lo que quiero ver.

—Señor. —Uno de los guardias me llama, y levanto la cabeza. En la pantalla, la imagen congelada de un auto me hace fruncir el ceño.

—Es el único auto que salió de aquí. Hace unos veinte minutos.

Aunque nunca había visto ese auto antes, el modelo llamaría mi atención de cualquier manera, porque pocos de los invitados a la fiesta de hoy tendrían uno tan barato. Pero este en particular, lo reconozco, porque lo he visto muchas veces en el estacionamiento de Govêa, conducido por Norma.

¡Mierda, es su auto! El único que salió desde que Eliza desapareció. Eso tiene que significar algo. El alivio es inmediato, porque, aunque no sepa dónde está, reducir un mar de posibilidades a solo dos opciones hace que mi corazón vuelva a latir con fuerza.

O Eliza aún está en la casa, o está con Norma.

Me levanto para salir de la garita, caminando rápidamente hacia la casa de mis padres, ya buscando el contacto de Norma en mi teléfono. Comienzo la llamada y llevo el teléfono al oído. La llamada suena hasta que cae en la casilla de voz, y lo intento tres veces más antes de rendirme. Atravieso los jardines con pasos acelerados, porque, si Eliza realmente no aparece en ningún rincón de la casa, mi próxima parada es la casa de Norma. Ella tiene que estar ahí, necesito creerlo, necesito aferrarme a eso.

Encuentro a mis padres en la sala.

Mi madre, angustiada, camina de un lado a otro, casi perforando el suelo con la mirada fija en el piso, mientras mi padre, sentado en el sofá detrás de ella, se levanta inmediatamente en cuanto entro.

El salón está vacío de invitados ahora; todos se han reunido en el jardín, probablemente comentando el gran escándalo de la noche. Que se jodan. Mi madre se detiene, y solo ahora, con una mínima esperanza que me permite volver a respirar y pensar, noto su rostro realmente afligido.

—¿Y bien?

—Ella no aparece en las grabaciones. Pero un auto pasó por la puerta, y era el de Norma. O Eliza todavía está aquí, o está con ella. —Mi madre asiente con la cabeza, aceptando la información.

—Todo pasó tan rápido. En un momento ella estaba ahí, y al siguiente todo era un caos; los invitados se aglomeraban, queriendo saber qué estaba pasando, y cuando volví a mirar, ella ya no estaba. La mayoría de las personas estaba demasiado concentrada en el espectáculo como para notar hacia dónde fue. Pedí que revisaran cada habitación y baño de esta casa. No está en ninguno de ellos. Voy a pedir que sigan revisando las cámaras; hay una en cada rincón de esta área exterior, alguna debe haber visto hacia dónde fue Eliza.

Inclino la cabeza, reflexionando. Esto tomaría mucho tiempo, hasta que descubrieran qué cámara la captó.

—Estoy casi seguro de que, si Eliza no está aquí, Norma se la llevó. No hay otra explicación, Eliza no podría haber salido de aquí a pie, mucho menos sin ser vista. Tendría que haber salido en un auto, y el único que salió de la casa fue el de Norma. Es eso, ¡tiene que ser! —digo, aunque solo quiero convencerme a mí mismo, porque si

está con Norma, sé que estará bien, que estará siendo cuidada, y eso es todo lo que necesito.

Mi madre baja la cabeza, se recoge el cabello detrás de una oreja, respira aliviada y luego levanta el rostro, entrecerrando los ojos mientras me mira, con las manos en la cintura.

—¡João Pedro Govêa! ¿Qué carajos fue eso? —Levanto las cejas, porque no escucho ese tono desde hace mucho, quizá desde la adolescencia.

—¿Qué? —Es lo único que consigo decir.

—¿Qué? —susurra ella—. ¿Qué? —repite, y ahora la preocupación en sus ojos ha sido completamente reemplazada por exasperación. Agita las manos en el aire y me lanza miradas furiosas—. Decides pelearte con Bruno y rodar en el césped como un verdadero neandertal, gruñendo y proclamando "mi mujer, mi mujer". —Hace un gesto con los brazos en el aire, haciendo su discurso aún más dramático—. ¡¿Como si fueras un cavernícola?! ¡Yo te eduqué mejor que eso, João Pedro! ¡Gasté miles de reales en tu educación para que supieras comunicarte con palabras, no con golpes, patadas, y ni voy a mencionar la patada deshonrosa que le diste al pobre chico! ¡A duras penas pudo levantarse!

—¿Te da lástima, mamá? ¡Entonces adóptalo, a ese hijo de puta! ¡Pero que sepas que si él entra, yo me voy, carajo!

—¡João Pedro! —me advierte mi padre, y paso las manos por mi cabello, les doy la espalda, exhalo con fuerza antes de inhalar igual de intensamente y volver a mirarlos.

—Se merecía cada golpe, y Marcos tuvo suerte de que Eliza se fuera, ¡porque juro que el daño en su cara habría sido mucho peor que en la de Bruno!

—¿Marcos? —pregunta mi madre, y su voz se quiebra, de tan sorprendida que está—. Te vi discutir con él, pero nunca imaginé que llegarían a los golpes. ¿No lo hicieron de niños, lo van a hacer ahora, de adultos?

—¡Sí, ese desgraciado! Toda esta mierda es culpa suya. Todo este maldito desastre. —Decir esas palabras me afecta tanto que no puedo quedarme quieto; abro y cierro las manos, caminando de un lado a otro.

—Cuida tu lenguaje, João Pedro —me reprende mi madre, y la miro de reojo. *¿En serio, en medio de este caos, realmente le preocupa la cantidad de palabrotas que estoy diciendo?*

—¿Qué fue lo que pasó, João? —pregunta mi padre, y pienso en decirle que, con todo respeto, no es asunto suyo. Pero ¿de qué serviría si Gabriel, Leonardo y quienquiera que estuviera cerca escuchó lo sucedido y probablemente lo comentará? Miro al techo y pongo las manos en la cintura, tomando una decisión. Extiendo la mano hacia los sofás de la sala.

—Será mejor que se sienten.

68.

JOÃO PEDRO GOVÊA

El auto avanza por el asfalto, conmigo sentado al lado de Luiz. Estoy demasiado ansioso para quedarme en el asiento trasero; necesito sentir que tengo algo de control, aunque sea mínimo. Me conformo con mirar el velocímetro cada segundo que pasa mientras aún no llegamos.

He tardado demasiado. Entre contar toda la historia a mis padres, limpiar y curar las heridas de mi cara -que ni siquiera había notado hasta ese momento- y vendar los nudillos de mis dedos, completamente destrozados, perdí dos horas antes de poder correr hacia el apartamento donde Norma vive, en la Zona Este.

Desvío la mirada de un lado a otro, golpeo el piso del auto con el pie y me doy palmadas en el muslo. Eliza tiene que estar ahí. Ya no está en la casa de mis padres, así que no hay otra opción. ¡Norma, maldita sea! ¿Cuánto te cuesta contestar el teléfono? Exhalo con fuerza, paso las manos por el cabello y recargo la cabeza contra el asiento, presionándola ahí.

—¡Maldita sea!

—Tranquilo, don João. La señora Eliza estará ahí, ya casi llegamos.

Cierro los ojos con fuerza y llevo una mano al puente de la nariz. Presiono, intentando aliviar de alguna manera la ansiedad que me consume.

Qué noche de mierda. Comenzó perfecta, jodidamente perfecta, y terminó en este caos. Por fin Eliza estaba libre del miedo, libre para

decir las palabras, y yo, finalmente, era libre para decir lo que llevaba semanas queriendo decir.

¡Marcos, hijo de puta! La simple idea de su postura, de sus palabras, me hace ver todo rojo y querer destrozarle la cara, aunque no esté aquí. En este momento, podría matarlo a golpes. No hay ninguna maldita excusa para lo que hizo. Nunca ha sido de beber hasta perder la cabeza, así que me importa un carajo qué lo llevó a ese estado. ¡Hijo de la gran puta! Si algún día Eliza llega a perdonarlo, y yo tengo la oportunidad de hacer lo mismo, podría olvidarlo todo, menos el hecho de que él robó la felicidad que debería haber iluminado el rostro de Eliza esta noche.

Sabía que sus nervios por conocer a mis padres eran injustificados. Ellos la adorarían, es imposible no hacerlo, incluso si mi madre no estuviera tan desesperada por tener nietos. Sabía exactamente cómo reaccionaría mi mamá ante la presencia de Eliza, y pocas cosas me divirtieron más que verla completamente sorprendida por la euforia de Júlia Govêa.

Se suponía que iba a ser una noche perfecta, por dios, a esta hora debería estar dentro de ella, hasta el fondo, escuchándola gritar que me ama. Entonces, ¿cómo demonios terminé en esta situación ridícula, sin siquiera saber dónde está? ¡Marcos, hijo de la gran puta! ¿Cuál es tu maldito problema, carajo? Cuanto más pienso en esto, más ganas me dan de romperle la cara a golpes.

Finalmente, el auto se detiene. Salgo corriendo, atravesando el vestíbulo y subiendo por el ascensor. El portero ya me conoce, así que no me impide subir, a pesar de la hora y mi evidente desesperación. Me mira intrigado e intenta decirme algo, pero las puertas del ascensor se abren y corro para alcanzarlo antes de que tenga la oportunidad de terminar la frase. Dejo mi dedo apretando el timbre de la puerta sin importarme la hora. Norma no contestó ninguna de mis docenas de llamadas. Miro impaciente la puerta,

golpeando el suelo con el pie a una velocidad frenética, y la maldita puerta de madera oscura, que me separa de lo que necesito, sigue cerrada.

Presiono el timbre y lo mantengo apretado, el sonido incesante resuena fuera del apartamento, y la angustia recorre mi columna vertebral, extendiéndose por mi estómago. ¡No, maldita sea! ¡No! Oigo el ascensor llegar, pero no miro hacia atrás. Sigo presionando el maldito botón que se niega a cumplir su función de hacer que alguien abra la puerta.

—Don João —me llama Luiz, obligándome a mirarlo. La expresión en su rostro deja claro que no voy a querer escuchar lo que tiene que decirme. Parpadeo y sacudo la cabeza, negando, porque sé exactamente cuáles serán sus próximas palabras.

—Norma no está en casa, don João. El portero dijo que ella y el señor Newton salieron temprano y no han vuelto.

—¡Maldita sea! —El grito se me escapa sin que pueda evitarlo. Al diablo que los vecinos de Norma estén durmiendo, al diablo todo, ¡carajo! ¿Dónde está mi Eliza?

Dejo caer mi cuerpo contra la puerta del apartamento en el que, hace unos segundos, quería entrar desesperadamente. Inclino la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y respiro hondo. ¿Dónde, maldita sea? ¿Dónde está? ¿Y por qué demonios contestar el teléfono se ha convertido en el reto del siglo?

Una puerta se abre en el pasillo y una mujer, joven y asustada, asoma la cabeza. Me mira frunciendo el ceño ante la escena que se desarrolla frente a ella. Supongo que, para ella, ver a un hombre, a las dos de la mañana, apoyado contra la puerta de su vecina, luciendo desorientado, no es algo que esperaba ver o que pueda considerarse normal.

No me importa, ni siquiera la miro, aunque parece estar esperando eso, porque sigue ahí, en el umbral de su casa, como si esperara alguna explicación.

Y, como si el universo no estuviera satisfecho con mi situación miserable, una segunda puerta se abre. Esta vez, es un viejo el que aparece. El anciano mira entre la mujer, que sigue parada en la puerta de su apartamento, y yo, mueve la cabeza, murmura algo incomprensible, pero que suena mucho a "estos jóvenes de hoy en día siempre están perdiendo a sus mujeres", y luego vuelve a su casa.

Derrotado y resignado, regreso al auto y, esta vez, me dejo caer en el asiento trasero, con el cuerpo totalmente abatido, la cabeza dando vueltas y los pensamientos dispersos en mil direcciones. ¿Dónde, dónde podría estar Eliza? A estas horas de la noche, Dios. ¿Dónde? ¿Dónde está, maldita sea? Sin más opciones, acepto la única alternativa. Saco el celular del bolsillo y, tras unos toques en la pantalla, lo llevo a la oreja.

La llamada se prolonga con varios tonos hasta que finalmente es atendida.

—¿Alguien murió? —pregunta Ruan con voz somnolienta; no hay dudas de que lo desperté.

—No, pero estoy dispuesto a pagarte lo suficiente para que te retires mañana si encuentras a una persona para mí.

El silencio inunda la llamada por unos segundos. He trabajado con Ruan por un tiempo, siempre que necesito investigar a alguien o algo, él es la persona a la que llamo. Fue él, de hecho, quien investigó la vida de Eliza cuando la conocí, pero nunca le había hecho una oferta como esta.

Cuando vuelve a hablar, su voz está más despierta, muy distinta a la que me atendió al teléfono, y un leve alivio, ínfimo comparado con la agonía que me consume, recorre mi cuerpo.

—¿Qué necesitas? ¿Tienes el nombre y el número de identificación?

—Eliza, Ruan. La misma Eliza que investigaste hace meses. No voy a entrar en detalles, pero vivimos juntos y, esta noche, algo pasó y ella se fue. No tengo idea de dónde está, posiblemente esté con Norma, mi secretaria, pero ninguna de las dos contesta el maldito teléfono.

—¿Es solo eso? O sea, ¿hace cuánto pasó?

—¿¡Cómo que solo eso!? ¡Carajo! No sé dónde está, Ruan. No lo sé, maldita sea.

Algo parecido a una risa suena en mis oídos y no lo puedo creer.

—João Pedro...

—No te atrevas. ¡Aceptas el trabajo o busco a otro!

Aprieto el teléfono en la palma de mi mano con fuerza, el aire sale con urgencia por mi nariz y mi corazón late desbocado, porque, a pesar de la amenaza, no voy a encontrar a otra persona que busque a Eliza antes del amanecer. Ruan es mi única esperanza para hacer algo ahora.

—Está bien, João Pedro. Te llamaré en cuanto tenga noticias.

—¡Ni pensarlo! Vas a darme un informe cada hora.

—João Pedro…

—¡Ni hablar, Juan! ¡No es negociable, carajo! Un informe cada hora, aunque sea un maldito mensaje, quiero un informe cada hora.

—Está bien.

Corto la llamada y me paso las manos por la cara, apoyando los codos sobre las rodillas, mantengo las palmas cubriendo mis ojos, mejillas y boca. Inútil. Soy un maldito inútil, porque todo lo que puedo hacer es esperar.

Joana.

El nombre brilla en mis pensamientos, y me maldigo por no tener el número de teléfono de la mejor amiga de Eliza. Tal vez haya ido a verla. Estoy a punto de agarrar el teléfono y llamar de nuevo a Ruan, cuando el auto se detiene.

Miro por la ventana con el ceño fruncido, no me di cuenta de que ya llegábamos, pero lo que veo frente a mi casa hace que mi corazón lata frenéticamente, a punto de estallar en mi pecho. Abro la puerta del coche y corro hacia la entrada, dejándola abierta sin importarme nada más que entrar.

Solo necesito entrar.

Sin embargo, el lector de huella tiene otros planes y se niega a reconocer la mía. Me seco la mano en el pantalón, limpio el maldito sensor y, aun así, no detecta mi dedo. Luiz se detiene detrás de mí y coloca la mano sobre mi hombro, en una silenciosa petición para que me aparte. Luego pone su propio dedo sobre el sensor, y la puerta se abre.

Entro con auténtico desespero y, como el auto de Norma, estacionado en la acera de afuera, ya había señalado, Eliza está aquí. ¡Maldita sea! En casa. Todo este tiempo, ella ha estado aquí. En casa.

Me lanzo hacia ella y, sin importarme la audiencia, le tomo el rostro con las manos y la beso.

Sin lentitud ni delicadeza, porque necesito que ella lo sepa.

Dejo que mi lengua cuente toda la historia mientras recorre su boca.

Dejo que mis labios expresen mi desesperación, mi agonía y mi angustia sin pronunciar ni una palabra, dejo que mi beso pida perdón por haberla dejado sola cuando sintió la necesidad de huir. Porque, aunque haya tenido un excelente motivo para hacerlo, nada, nunca será razón suficiente para justificar que Eliza no sea mi prioridad, ni siquiera destrozarle la cara a un idiota como Bruno.

Disfruté cada segundo de esa pelea, pero si hubiera sabido el desespero que sería perder de vista a Eliza por eso, lo haría todo diferente sin pensarlo dos veces.

69.

ELIZA PORTO

Los labios de João me devoran en una conversación muda, pero que dice tantas, tantas cosas. Su lengua envuelve la mía en caricias profundas, y su sabor domina mi boca. En sus brazos, siendo tocada por sus manos y devorada por su boca, finalmente me siento en casa.

El beso dura una eternidad, y me aferro a ella con todo lo que puedo. Sus labios se apartan de los míos y cubren cada centímetro de mi rostro con besos: mis mejillas, mi mentón, mi nariz, mis ojos; nada queda sin ser besado.

Había estado caminando de un lado a otro en la sala, impaciente, preocupada por lo mucho que él estaba tardando en volver a casa, en volver a mí. Estaba tan distraída que solo cuando la puerta se abrió me di cuenta de que aquello que tanto esperaba por fin había ocurrido: João llegó.

Me giré, buscándolo con la mirada y me sorprendió completamente su estado. La ropa, que antes estaba tan cuidadosamente arreglada, ahora colgaba desordenada sobre su cuerpo. Su cabello era un completo desastre, su labio estaba cortado, un lado de su rostro enrojecido, y los ojos, pequeños y rojos, delataban su cansancio y falta de sueño.

Sin embargo, fue su expresión lo que más me asustó. Desesperación, eso fue lo que vi en ella. Se lanzó hacia mí con un verdadero aire de desesperación.

No esperé, caminé hacia él, encontrándonos a mitad de camino, y lo que sucedió fue tan natural que no podría haberse esperado otra cosa. Nuestros cuerpos supieron exactamente qué hacer: se

envolvieron el uno en el otro, y nuestros labios se encontraron. Nos besamos.

—¡Ah, mi amor! Por Dios, Eliza. —Su voz baja comienza con preocupación, pero tanto el alivio como la angustia son evidentes en su tono.

—Perdóname, perdóname, João. Es solo que... solo necesitaba salir de ahí —me justifico, hundiendo mi rostro en su pecho, rodeando su cintura con mis brazos, apretándolo contra mí y sintiendo cómo mi cuerpo se relaja.

Su nariz se pierde en mi cabello mojado, y aspira mi olor profundamente.

—Quería ser más fuerte, te juro que quería, pero no pude, yo... solo necesitaba salir de ahí.

Sus manos levantan mi rostro, obligando a que nuestros ojos se encuentren.

—¿De qué estás hablando, Eliza? Eres la maldita mujer más fuerte, más increíble que conozco, pero me dejaste desesperado, amor. No sabía dónde estabas, a dónde habías ido.

Cierro los ojos, y su frente se pega a la mía. Exhala con fuerza, dejando salir un aliento cálido sobre mis labios.

—Perdí mi bolso. No sé dónde quedó mi celular. Solo me di cuenta cuando llegué a casa. Y el teléfono de Norma se quedó sin batería.

Su cabeza se mueve lentamente, asintiendo, y sus brazos descienden por mi cuerpo, abrazándome fuerte, apretándome contra él. Llevo mis manos a su rostro, acariciando la piel enrojecida, deslizo mi pulgar sobre el corte en su labio, y él hace una mueca de desdén, diciéndome en silencio que no es nada.

—Él quedó mucho peor.

—Parecías poseído.

—Te prometí que nadie, nunca más, te iba a tratar de una forma que no merezcas, y lamento, Eliza, de verdad lamento no haber podido evitar todo este desastre, pero quedarme callado, eso no lo haría.

—No estabas precisamente conversando. —Alzo las cejas, abriendo mis ojos, haciéndole una mueca obvia.

—Algunos idiotas solo entienden ciertos tipos de lenguaje, Eliza. —Apoyo mi cabeza en su pecho, ignorando el hecho de que su justificación absurda me parece coherente.

—Perdóname, mi amor. Perdóname —me pide, tomándome por sorpresa.

Sus dedos se infiltran en mi cabello, y una vez más levanto el rostro para mirarlo a él. Ahora es él quien pega su frente a la mía, cierra los ojos y, Dios, amo a este hombre, lo amo demasiado.

Un carraspeo fuerte nos recuerda que no estamos solos, y, sin soltarme, João gira el cuello y mira hacia atrás, reconociendo la presencia de Norma y su Newton.

Dejo que mis brazos caigan a los lados de mi cuerpo con la intención de soltarme de João Pedro, pero él no lo permite. Se mueve detrás de mí, pega su pecho a mi espalda y aprieta mi cintura con sus brazos. Debería quejarme de lo inapropiado que está siendo, pero lo único que hago es apoyar la cabeza en su pecho. Cuando miro a Norma, ella está sonriendo.

—Bueno, niños, creo que es hora de que me vaya.

—Gracias, Norma, muchas gracias —digo, queriendo abrazarla, pero completamente atrapada por los brazos de João, que parece decidido a no soltarme. Levanto los brazos hacia ella, mostrando

precisamente eso, y Norma se ríe, divirtiéndose con el repentino y un poco irracional apego de él.

—Gracias por cuidar de ella por mí —dice João, dejando un beso en mi cabello.

—Nos vemos el lunes. —Norma se despide sonriendo, mientras Newton asiente con la cabeza, también con una sonrisa en el rostro. Ambos cruzan la puerta, dejándonos solos.

Exhalo profundamente, disfruto del silencio, de la presencia de João Pedro, de su cuerpo pegado al mío, de la sensación de seguridad, de todo. Sé que debería preguntarle qué pasó después de que me fui, debería preguntarle sobre sus padres y lo que pensaron de todo esto, pero no quiero, no quiero.

—Te amo —susurra en mi oído, envolviéndome aún más en su presencia, en su aroma, en mi hogar.

Me giro en sus brazos, acaricio su rostro y me rindo a su mirada. Dejo que sus ojos hagan lo que mejor han hecho desde la primera vez que me miraron: atraparme. En silencio, nos miramos durante mucho tiempo. Una lágrima se desliza por el borde de uno de mis ojos, pero, a pesar del caos en el que se convirtió esta noche, es de felicidad y nada más.

Felicidad, porque, a pesar de todo lo que ha pasado, todavía estoy aquí.

No era una pesadilla, era la vida, difícil e inconstante, como siempre, pero esta vez no estoy sola para enfrentarla, y eso es tan bueno que es imposible evitar que la emoción se desborde por mis ojos.

Inhalo el aroma de João, el aroma de hogar, el aroma del lugar donde está mi corazón.

—¿Te casas conmigo? —Su voz es baja y lenta, sus ojos permanecen fijos en los míos sin parpadear. La pregunta me sorprende, no por la repentina ruptura del silencio, sino por lo que significa. Rompo el contacto visual por unos segundos y, cuando lo recupero, esos ojos azules siguen enfocados en mí, tan llenos de... tantas cosas que ni siquiera sé por dónde empezar a describirlas. Sorprendida, aparto mi rostro del suyo.

—¿Qué? —Mi voz es débil, casi inaudible, pero él me escucha.

—Cásate conmigo, Eliza. Sé mía, por completo, para siempre. Déjame ser tuyo, por completo, para siempre.

70.

ELIZA PORTO

Abro la boca, completamente atónita, porque no escuché mal.

Me doy cuenta de que este va a ser uno de esos momentos en que las vocales, las consonantes, los adjetivos, verbos y sustantivos desaparecen de mi mente, dejándome sin coherencia y totalmente incapaz de hablar. João Pedro me está pidiendo matrimonio, y mi corazón decidió que ahora es un excelente momento para practicar zapateo. No late, no golpea, no retumba en mi pecho; zapatea, pisoteando cada milímetro de mi interior, provocando pequeños pellizcos e impactos que me hacen preguntarme si estoy teniendo un infarto.

João Pedro me pidió matrimonio. ¡Dios santo! Matrimonio.

Cierro la boca, la vuelvo a abrir y la cierro de nuevo. No sirve de nada, las palabras realmente me han abandonado.

—Voy a seguir pidiéndote todos los días, hasta que aceptes, y quizá incluso después de eso.

Siento las lágrimas arder en mis ojos. Quiero decir que sí, pero sé que debería decir que no. La noche fue terrible, pero eso no es razón suficiente para casarnos. Pasará, todo pasa, ya está pasando.

—Sé lo que estás pensando. —Lee mis ojos, como siempre—. Pero estás equivocada. No lo hago por culpa ni porque tuvimos una mala noche. Lo hago porque nunca sentí tanto miedo en mi vida como cuando no te encontré, Eliza. —Suspira y niega con la cabeza.

La angustia que vi en sus ojos al llegar a casa vuelve a aparecer, dejando claro lo sincero de sus palabras.

—Me aterraba la idea de que hubieras huido de mí, estaba desesperado con solo pensar que podía haberte decepcionado. —Su frente se apoya en la mía, acercando su mirada aún más a la mía, dándome menos espacio para escapar de ella, dejándome consumir por completo.

—Te amo, Eliza. Y, hasta que llegaste, no tenía idea de lo que eso significaba. Pero ahora lo sé. Sé que amar es la felicidad que siento cada día en los últimos dos meses, al despertar, y encontrarte a mi lado. Sé que amar es esa sensación abrumadora que me invade cada vez que te tengo así, en mis brazos. Sé, amor mío, que amar es querer perderme en tus ojos, aunque eso es precisamente lo que hacen conmigo, Eliza, me hacen sentir perdido en medio de todo lo que me dicen y muestran. No soy perfecto, mi amor, ¡carajo! No lo soy. Ya te lo dije una vez y lo repito, voy a cometer errores, como lo hice esta noche, poniendo mi enojo por encima de mi preocupación por ti. Y aunque no me lo reprochas, sé que rompí mi promesa y, en vez de alejarte, confiaste en mí, volviste a nuestra casa, Eliza. Maldita sea, casi enloquezco pensando que habías huido de mí, y el alivio, el alivio que sentí cuando vi el auto de Norma estacionado en la acera, nunca había sentido nada igual, porque nunca quise nada en este mundo tanto como quiero compartir mi vida contigo.

Me quedo en silencio, absorbiendo sus palabras, comprendiendo que está diciendo todo lo correcto. El zapateo en mi pecho se ha intensificado; ahora mi corazón ha decidido hacer gimnasia artística y da saltos y volteretas con cada palabra que escucho, estirándose, alargándose, listo para gritar que sí, acepto, en el mismo instante en que las palabras decidan dejar de huir y regresar a mis labios.

El silencio se prolonga entre nosotros, pero no hago nada por romperlo; no puedo, no soy capaz. Cuando se da cuenta de que no voy a decir nada, él continúa.

—Aceptaría cualquier cosa que me dieras, Eliza. Si esta noche hubiera terminado de otra forma, te habría buscado en cada rincón de este maldito planeta y te daría lo que fuera necesario para que todo estuviera bien. —Sus pulgares acarician mis mejillas, su aliento roza mis labios y, a estas alturas, muchas más lágrimas se han unido a la primera que rodó por el borde de mis ojos—. Si necesitaras espacio, si eso fuera lo que precisaras, ¡de acuerdo! Te lo daría, amor. Dormiría en la ventana de tu habitación, te observaría desde el otro lado de la calle, te miraría de lejos el tiempo que fuera necesario. Te suplicaría que no me pidieras eso, pero si fuera necesario, lo haría.

Su boca está tan cerca, tan cerca que casi siento su sabor cada vez que se abre y se cierra.

—Te lo suplicaría, Eliza. Suplicaría, porque si apenas pude soportar cuando me alejaste antes de que te amara, ahora eso me mataría lentamente, lo sé. —Y sucede, las lágrimas caen, pero no son las mías, son las de João. Él llora.

Nunca, en todo el tiempo que lo conozco, imaginé que vería llorar a João Pedro Govêa y, si en algún arrebato de locura o imaginación la idea hubiera cruzado mi mente, jamás habría soñado que sería por mi causa. Alzo las manos hacia su rostro y seco sus lágrimas.

—Tengo miedo. —Mi voz es casi un susurro—. ¿Y si mañana, dentro de un mes, un año, te arrepientes de esto, si crees que fue una decisión impulsiva? —Él niega con la cabeza, gira el rostro y besa la palma de mi mano, que sostiene su mejilla.

—Sé que no tiene sentido prometer mantener promesas, pero te lo aseguro, Eliza. Voy a cometer errores durante nuestro camino, no tengo dudas, los cometeré. Pero nunca más voy a dejarte sola. Siempre voy a estar aquí. Cásate conmigo, Eliza. Déjame ser tu hogar.

No es una petición, es una súplica, y mientras mi corazón se dedica a practicar una cantidad cada vez mayor de deportes para manejar la carga de emociones que recibe, mi mente se siente como una espectadora, como si todo esto no me estuviera pasando a mí. Simplemente no puedo creer que todo esto se esté diciendo para mí.

—Déjame hacer que mi madre pierda la cabeza y le grite al mundo que serás la madre de sus nietos. Déjame sonreír como un idiota, imaginándote embarazada de mis hijos. Déjame conocer a tu mamá y decirle que crió a la mujer más especial de todo el mundo. Déjame amarte como te mereces y pasar el resto de mi vida intentando ser digno de tu amor. ¿Eh, Eliza? ¿Me dejas? —Acerca su rostro al mío con cada pregunta, terminando con la boca pegada a la mía, esperando mi decisión.

Y entiendo que el amor no es un solo salto, sino una secuencia de ellos.

Entiendo que el amor no es deshacerse del miedo y nunca volver a temer, sino estar seguro de que sentir miedo vale la pena y confiar en que la persona a la que elegiste amar nunca permitirá que ese miedo se haga realidad.

Entiendo que el amor es mucho más que algo que se pueda medir en un vaso, una taza o un balde; el amor desborda y a veces falla.

Entiendo que él es todo, y que el riesgo de quedarme sin nada es mínimo comparado con tenerlo a él. Y salto. Me lanzo con los brazos abiertos, disfrutando la caída, y sabiendo que en algún momento cercano o lejano sentiré el suelo muy cerca, pero que todo estará bien, siempre y cuando sea solo la sensación y nunca el impacto real.

Beso a João Pedro. Beso su boca, completamente entregada. Diciendo sí a cada una de sus peticiones, aceptando todas sus promesas y haciendo las mías propias. Prometo equivocarme,

prometo no huir jamás, prometo elegirlo todos los días, prometo saltar todas las veces que sea necesario, incluso si la próxima caída me aterra.

Prometo ser completamente mía para poder convertirme en suya de verdad.

Prometo amarlo intensamente, viviendo el significado de cada vocal, consonante y sílaba que forman la palabra amor con nada menos que plenitud.

João Pedro me levanta en brazos por segunda vez en menos de veinticuatro horas. Sus pasos son lentos, pero no titubean ni una sola vez mientras se dirige a nuestro cuarto, y su boca no se separa de la mía ni un instante.

Me deposita en el suelo, sus brazos rodean mi cuerpo y me atraen hacia él, yo voy. Deslizo las manos por su rostro, sus hombros, hasta llegar a su pecho y comenzar a desabrochar los botones de su camisa.

Su lengua se mueve dentro de mi boca, saboreando cada rincón por donde pasa, moviéndose junto a la mía y provocándome entera con esa habilidad de siempre, que hoy parece decidida a significar mucho más. Sus manos acarician cada centímetro de mi piel que pueden tocar.

Deslizo la camisa abierta fuera de su cuerpo, dejando su torso desnudo. Toco su piel caliente con mis dedos, los paso por sus hombros, espalda, brazos, hasta alcanzar su pecho firme. Interrumpimos el beso para respirar, y mantengo mi boca abierta junto a la suya, jadeando, necesitada de aire de una forma completamente distinta a la de hace unas horas.

Las manos de João descienden hasta encontrar el borde de mi vestido, lo toman con sus palmas y lo levantan, pasan la tela por mi

cuello, dejándome casi completamente desnuda. Sus ojos me recorren con calor al bajar desde mi rostro, cuello, senos, abdomen, hasta llegar a mi vulva, y luego continúan el recorrido lento, sensual y provocador hasta mis pies, para hacerlo nuevamente en sentido inverso.

—Nunca me cansaré de decirte lo hermosa que eres —empieza a decir cuando sus ojos ascienden por mis piernas y termina cuando se encuentran con los míos—. Quiero oírte decirlo, Eliza.

—¿Que eres el hombre más hermoso del mundo? —pregunto, mientras mis dedos recorren las venas prominentes de sus brazos. João entorna los ojos y hace un puchero increíblemente adorable en un hombre de su tamaño.

—Lo que aún no has dicho en voz alta. Quiero oírlo, Eliza. —Me atrae, aplastando mis senos desnudos contra su pecho, apoyando su frente en la mía, esperando.

—¿Que te amo más de lo que pensé que era posible amar a alguien? —Lamo sus labios, y él succiona mi lengua—. ¿Que nunca fui tan feliz en toda mi vida y que fuiste tú quien me enseñó a llegar hasta aquí? —susurro, acariciando su rostro con la punta de mi nariz —. ¿O que sí, que me caso contigo? —La sonrisa que se dibuja en sus labios ilumina toda la habitación, que aún sigue con las luces apagadas.

Su boca desciende sobre la mía, como si mis palabras hubieran liberado toda su hambre y necesidad. Pero su beso no me hace sentir solo devorada, me hace sentir venerada, adorada, amada por encima de todo. Mi corazón, que ya había dejado de bailar, saltar y agitarse, se hunde en una cantidad tan inmensa de amor que creo que jamás podrá volver a la superficie. Y no hay nada en el mundo que desee más que mantenerlo eternamente sumergido.

El deseo hierve dentro de mí, transformándose en una necesidad intensa, latente, desesperada. En este momento, no quiero simplemente la piel de João bajo mis dedos, su boca en la mía o su cuerpo enterrado en el mío. Necesito todas esas cosas. Mis manos se lanzan automáticamente hacia su cinturón, desabrochándolo, y luego desabotonan sus pantalones, ansiosas por despojarlo de toda ropa, como yo estoy ahora.

Me guía hacia la cama de espaldas, me siento en ella, y, deslizando mis dedos a los costados de su ropa, bajo sus pantalones y ropa interior de una sola vez, agradeciendo que sus zapatos se quedaron olvidados en algún lugar. João se quita lo que no alcanzo a deshacer, eliminando las últimas barreras entre nuestras pieles, incluida mi ropa interior, que es arrancada sin la más mínima calma. Me pongo de pie de nuevo, y ahora, sin nada entre nosotros, el contacto de nuestros cuerpos cálidos resuena en cada parte de mí, electrificando incluso mi sangre, si es que eso es posible.

Siento su erección, dura y firme, rozando mi vientre, y respiro el aroma de su cuello. Sus manos se aferran a mis caderas, levantándome. Cruzo las piernas alrededor de su cintura, lamiendo su pecho firme y definido, tan increíblemente irresistible. Paso mi boca por su piel, lamiendo, succionando, mordiendo, mientras sus manos exploran y aprietan cada rincón de mi cuerpo. Una de ellas se enreda en mi cabello, tirando de él, obligándome a enfrentar su mirada.

No hacen falta palabras. La profundidad azul bajo sus párpados me dice todo lo que necesito saber: jugamos después. Me lanza sobre el colchón suave, y el peso de su cuerpo sobre el mío es tan delicioso como nada en este mundo ha sido jamás. Jadeo con su boca pegada a la mía, João Pedro se mueve, levanta las caderas, y pronto siento su verga dura encajándose en mi entrada. Gimo antes de que ocurra nada más, solo por la anticipación.

Mi pecho, ya agitado, sube y baja pegado al de João, al igual que nuestras frentes, narices y bocas. Con los ojos completamente abiertos, João me penetra de un solo golpe, y yo grito, invadida, llena, completa. Se retira de mi interior y vuelve a entrar con fuerza, arrancando otro grito desde lo más profundo de mi garganta, antes de empezar a moverse lentamente.

Entra y sale de mí, una y otra vez, con un ritmo delicioso, llenándome una y otra vez, sin dejarme sentir ni por un segundo la sensación de vacío.

—Qué delicioso, amor, qué delicioso —gimo en su boca, incapaz de detenerme, y sus ojos, que penetran mi alma mientras su cuerpo me reclama, nunca se cierran, nunca permiten que los míos lo hagan.

—¿Te casas conmigo el próximo mes? —pregunta, y de repente, embiste con fuerza y profundidad, levantándome de la cama y lanzándome al vacío. Grito su nombre, por la sorpresa, por el placer, por todo—. ¿Te casas conmigo el próximo mes? —vuelve a preguntar mientras retoma un ritmo lento y medido, sumiéndome en una agonía indescriptible. Soy solo gemidos desesperados, ansiosos, suplicantes. Sus embestidas no se detienen, João me penetra con un ritmo irregular que me hace delirar. Su miembro se desliza dentro de mí, mojándose con mi excitación, volviéndome loca.

Los sonidos de nuestro sexo llenan la habitación: nuestras respiraciones entrecortadas, su miembro penetrando mi humedad, el choque de nuestras caderas. En el fondo de mi mente, su petición flota, pero, envuelta en tanto placer, soy incapaz de formular cualquier respuesta.

—¿Te casas conmigo el próximo mes, Eliza? —pregunta de nuevo, y ahora se detiene. Se detiene por completo, dejándome colgada de un delgado hilo de placer. Mi mente, nublada por la excitación, me

advierte sobre la locura que representan las palabras que ansían escapar de mis labios, pero sus ojos, esos ojos...

Son ellos los que me dicen que no debo tener miedo. Porque, como una vez me dijeron que me consumiría el deseo, ahora me aseguran que me consumirá el amor.

—Me caso —respondo. Él me besa, me invade, gruñe, y yo me dejo ir, alcanzando el orgasmo.

71.

JOÃO PEDRO GOVÊA

De pie, frente a la cama, hago lo que se ha convertido en una de mis cosas favoritas en el mundo. Observar a Eliza completamente desnuda, extendida sobre las sábanas de nuestra cama, dormida.

Suspiro, casi sin poder creer que ella dijo que sí. Mi esposa, en un mes será mi esposa. La sonrisa debe ser el nuevo estado permanente de mi rostro, porque desde anoche es todo lo que sé hacer.

No pude dormir. Después de mostrarle que hablaba en serio cuando dije que nunca más la dejaría lejos de mí de todas las formas posibles con mi cuerpo, Eliza se quedó dormida, exhausta, y aunque yo también me sentía de la misma manera, mi mente no pudo descansar.

La felicidad que invadió mi pecho no me dio descanso, y todo lo que hice fue pensar en las cosas que necesitaría hacer para que el matrimonio pudiera suceder el mes próximo. La primera de ellas: necesitaba un anillo, y tan pronto como amaneció, empecé a despertar a algunas personas. El dinero tiene sus ventajas, no necesitaba ir a una joyería, ellas vendrían a mí, no importaba si era domingo, a las cinco de la mañana.

¡Maldita sea! No me importaría pasar los próximos veintinueve días despierto, si en el trigésimo, Eliza tuviera mi apellido. Seguro que no. La segunda medida a tomar me dejó un sabor amargo en la boca.

Pensar en los trámites legales necesarios me hizo pensar en Marcos, y la decepción que sentí casi contaminó mi felicidad. Casi, porque aparté esos pensamientos de inmediato y me concentré en

otros aspectos prácticos. La luna de miel, y por allí pasaron casi toda la noche.

Algunos de los deseos en la lista de Eliza son conocer ciertos países, pasé la noche planeando nuestro itinerario de manera que pudiéramos visitar todos ellos. Imaginar su felicidad al descubrir esto hizo que mi corazón casi explotara en mi pecho, y logró mantener alejados todos los pensamientos y sentimientos negativos.

Hasta hace casi una hora, cuando mi celular empezó a sonar desesperadamente.

Tenía frente a mí a la representante de una de las cinco joyerías que recibiría durante la mañana, y pensé que era mi madre llamando. Después de todo, simplemente no le había dado noticias sobre haber encontrado a Eliza. Pero no era ella.

Cuando alcancé el teléfono, la llamada ya se había enviado al buzón de voz y todo lo que quedaba era una llamada perdida de Marcos. Una que siguió a varias otras que fueron debidamente ignoradas, hasta que me cansé de su insistencia y colgué después de llamar a mi madre y descubrir que Luiz le había avisado, aún de madrugada, que todo estaba bien. Él, sin duda, mereció la bonificación que le pagaré este mes.

Después de respirar hondo muchas veces, de nuevo eché a Marcos de mis pensamientos. Trataré con él más adelante, en un año o cinco, tal vez. Porque no, él no va a arruinar mi mañana, y si solo pensar en él me saca de quicio, no hay forma de que hable con él sin que sea a gritos.

La primera joyería no me envió lo que necesitaba.

Diamantes, rubíes, jades… Pero nada de lo que me mostró ella, la segunda, la tercera o la cuarta, merecía ser puesto en el dedo de la mujer de mi vida.

Como si el universo se estuviera divirtiendo con mi ansiedad, fue solo la última representante la que me mostró exactamente lo que estaba buscando.

No era un anillo con un diamante inmenso lo que buscaba, ni algo exótico, raro y extravagante.

No.

Fue en un anillo de oro blanco en el que se encontraba una piedra de aguamarina, rodeada de pequeños diamantes, que vi a mi Eliza. No era la piedra más grande ofrecida, ni la más cara, pero sin duda era la más hermosa, porque tenía exactamente el mismo color que sus ojos. Y, al igual que ellos, encontraba lo extraordinario en lo común. Era perfecto. Era ella.

Ahora, ya libre de la ropa que me puse solo para recibir a los emisarios de las tiendas, usando solo unos boxers, y sosteniendo el anillo entre mis dedos, observo a Eliza moverse, ocupando aún más espacio. Eso siempre me impresiona. ¿Cómo alguien tan pequeña puede abarcar una cama king size?

Con pasos cuidadosos, regreso a la cama y acomodo su cuerpo junto al mío. Con cuidado, agarro su mano derecha y deslizo la joya en su dedo. Llevo su mano hasta mis labios y beso allí, antes de abrazarla por completo. Su piel caliente, desnuda y deliciosa, resbala sobre la mía, y Eliza prácticamente ronronea.

Beso su frente, y el roce de nuestros cuerpos me provoca, despertando mi erección, otra vez. Cuando ella levanta una de sus piernas, colocándola sobre la mía, pegando su vulva a mi muslo desnudo, gimo. Mierda.

La noche de mierda que tuvimos ayer es lo único que me hace controlarme, no la voy a despertar. Deslizo mis dedos suavemente por su brazo, y sus labios se curvan en una sonrisa, aunque sus ojos

sigan cerrados. Sonrío también, porque si ella se despierta sola, no voy a sentirme ni un poco culpable por eso.

Sigo con las caricias lentas, subiendo y bajando los dedos por una extensión cada vez mayor de su piel. Eliza gime bajito y se aprieta aún más contra mí, deleitándome y torturándome al mismo tiempo. Entro mi nariz en su cabello, aspirando su dulce olor y dejando besos sobre sus hilos, bajo mi boca, rozo su frente, su nariz, sus mejillas.

—Tuve un sueño tan bonito —dice bajito, con la voz rasposa por el sueño.

—¿Por casualidad, en él te pedía matrimonio? —pregunto, riendo, con la boca a milímetros de la suya y la nariz pegada a la suya.

Los ojos de Eliza se abren, desmesuradamente, como si las palabras finalmente la hubieran despertado. Ella toma una profunda inspiración, y paso la lengua lentamente sobre sus labios.

Sujeto su mano derecha y lentamente la coloco entre nosotros, a la altura de nuestros rostros. Eliza jadea, y sus ojos, que tanto adoro, se agrandan cuando finalmente se dan cuenta del anillo, ahora en su dedo. Sonrío ampliamente.

—¿Cu-cuándo? —tartamudea la pregunta.

—Mientras dormías.

—¿Cuánto tiempo dormí? —Sus ojos están completamente concentrados en la mano que voltea de un lado a otro, observándola desde todos los ángulos posibles.

—Menos de lo que deberías. Y mucho más de lo que me gustaría. —Muerdo su mano levemente, y ella fija su mirada azul, con lágrimas acumulándose en sus ojos, en mi rostro.

—Es perfecto —dice con la voz quebrada, y la atraigo, aplastándola contra mi pecho. Su brazo deja el espacio entre nosotros para rodear mi cintura, y mi frente se apoya contra la suya.

—Como tú.

—¿Será que puedo explotar? —susurra, con la boca casi pegada a la mía, haciéndome fruncir el ceño—. De felicidad, João. ¿Será que puedo explotar de felicidad? —Termina dándose cuenta de mi confusión y provocando que me eche a reír.

—Espero que no, porque recién estoy comenzando.

—Te amo —susurra sobre mis labios, y yo no respondo con palabras, sino devorando sus labios.

Beso a Eliza hasta que ambos estamos sin aire, y, aun cuando eso pasa, seguimos con los ojos cerrados y las caras pegadas, como si la posibilidad de separarnos fuera dolorosa, y lo es. En ese momento, no quiero nada más, solo estar aquí, estar con ella.

—¿Qué te parece si visitamos a tu mamá el próximo fin de semana? —pregunto, abriendo los ojos después de varios minutos de silencio, respirando el mismo aire que ella. Eliza abre los suyos también y responde casi de inmediato.

—Ella va a pensar que estoy embarazada. —Me río.

—¿Y por qué pensaría eso?

—¡Porque nos vamos a casar dentro de un mes!

—Veintinueve días —corrijo, y ella se derrite en mis brazos.

—Me encanta que estés contando. —Su piel se pone roja otra vez. Paso mi pulgar por su mejilla, acariciando la piel cálida y sensible.

—Me muero de ganas de llamarte esposa. —La sonrisa que me regala es todo lo que necesito para vivir—. ¿La próxima semana, entonces?

—La próxima semana.

—Voy a pedirle a mi secretaria que lo organice todo —bromeo, y ella se ríe antes de morder mi palma, pero de repente Eliza se pone seria.

—Hablando de mamá… Tus padres. ¡Oh, Dios! —Esconde su rostro en mi pecho, recordándolos de repente, y yo trago saliva, ya imaginando lo difícil que va a ser para ella—. Ellos… ellos… —comienza a preguntar, apartando la frente de mi pecho y buscando mis ojos. Dejo que formule la frase, que organice sus pensamientos, que tome su tiempo. —¿Ellos entendieron lo que pasó?

Su mirada ahora es tan distinta a la de hace unos minutos, tan alegre, que me aprieta el estómago. Odio esa mirada en su rostro, y ¡puta madre! ¡Yo mataría a quien haya sido responsable de ponerla ahí! ¡Marcos, hijo de puta!

Eliza interpreta mal mi silencio, y sus ojos se llenan de lágrimas otra vez, pero esas no son de felicidad.

—No, amor. No. No llores, por favor —le pido, secando las lágrimas que caen por su rostro—. Todo está bien. Tuve que hablar con ellos. Se sorprendieron… digamos. Pero te aseguro que mi mamá sigue queriendo que seas la madre de sus nietos tanto esta mañana como ayer por la noche, e incluso me pidió que te dijera que la cena de ustedes dos sigue en pie.

—Ellos no creen que yo sea... —comienza a preguntar, pero desvía la mirada y la cierra. Fijo mis manos en sus mejillas y giro su rostro, devolviendo su mirada a la mía. Sus ojos se abren nuevamente, tristes.

—Ellos están seguros de que eres la mujer de mi vida. Y eso es todo lo que importa para ellos, mi amor.

—¿No me lo estás diciendo solo para calmarme?

—No. Lo estoy diciendo porque es la verdad —reafirmo, y ella respira aliviada—. Aunque, en realidad, hay algo más —Eliza parpadea, y sus ojos se abren mucho, sus labios soplan aire tibio una sola vez. Su respiración queda suspendida, esperando mis siguientes palabras. —Nada más importa, excepto los nietos. Claro. Pero cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él, el mes que viene, probablemente.

—¡João Pedro! —protesta con tono irritado y aliviado al mismo tiempo, y yo me río, satisfecho de haber arrancado de sus ojos la tristeza que nunca quiero volver a ver—. No tiene gracia. Me asustaste. —Se mueve, queriendo alejarse de mí, pero yo soy más rápido y más grande, la envuelvo con mi cuerpo antes de girarnos y posicionarme encima de ella.

—Prefiero verte innecesariamente asustada que verte triste —le digo sinceramente, mientras acaricio su rostro con el mío. Ella inclina la cabeza levemente, como si estuviera considerando lo que le acabo de decir, y luego rodea mi cuello con los brazos, dándose por vencida.

—No voy a embarazarme el mes que viene —declara, y yo me echo a reír otra vez.

—Mmm —murmuro, sin darle un solo gramo de credibilidad a su declaración, acercando mi rostro al suyo.

—¡João Pedro! —protesta, seria, y me río otra vez antes de besarla, pensando que tal vez no sea dentro de un mes. Pero va a pasar. Eso es innegociable.

72.

ELIZA PORTO

Dios, ¿qué hay entre los espejos y yo?

Otra vez, mi propio reflejo me asusta. El cabello, atado en una coleta elaborada, cae sobre uno de mis hombros. El azul de mis ojos parece mucho más profundo con el maquillaje, y hasta mi piel, siempre pálida, parece haber adquirido un brillo que nunca había visto antes. Tal vez haya sido el día en el spa o tal vez solo sea felicidad.

El vestido blanco es simplemente perfecto. El tul bordado cae sobre el forro como una nube brillante y florida. El escote profundo en V está adornado por un cinturón fino que marca mi cintura, y hoy, más que nunca, me siento como una princesa. No puedo creer que lo haya encontrado en tan poco tiempo. En dos semanas, para ser exacta. Sonrío, todo esto es una locura, una locura absoluta y completa.

Voy a casarme. En cinco minutos, me voy a casar con João Pedro Govêa. ¡Dios mío!

Frente a mis ojos, las escenas de todo lo que nos ha llevado hasta aquí se desenrollan. Una conversación tonta por teléfono, un correo estúpido enviado a través de internet robada de mi viejo vecino, la entrevista en Govêa, mi primera cita con João, mi desesperación al darme cuenta de la razón por la que estaba allí, mi fuga, João encontrándome, nuestro primer beso, todo lo que vi en sus ojos incluso en ese segundo día, su toque, y luego lo que cambió todo. El señor Josias, mi desalojo, la mudanza, y aquí estamos.

Unos brazos rodean mi cintura, despertándome de mis propios pensamientos. Enfoco mi mirada en el espejo y veo a mi madre, está

tan hermosa. Su cabello largo y oscuro cae en rizos sobre sus hombros, su rostro tiene un maquillaje ligero, y su vestido azul resalta el color de sus ojos. Le sonrío, y su mentón descansa sobre mi hombro.

—Eres la novia más hermosa que he visto en mi vida.

—Eso es porque eres mi madre.

—No, eso es la verdad. —Inclino la cabeza y la apoyo sobre la de ella—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunta, y sonrío.

—Tanto como estoy segura de que me llamo Eliza. —Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y ella refleja la sonrisa en mi rostro.

—Está bien, lo sabía, pero tenía que preguntar. Te ves tan feliz, hija mía.

—Y lo soy, mamá. Lo soy.

Una lágrima rebelde está lista para caer, pero la seco antes de que suceda, y mi madre hace lo mismo con las suyas, impidiéndolas caer también. Las dos reímos, y Joana entra en la habitación, anunciando que es hora.

Mi madre me suelta, y respiro hondo. Inhalo con fuerza por la nariz y exhalo por la boca, mientras mis ojos se pasean sin rumbo por la habitación del hotel. La suite presidencial, claro.

Y no porque lo haya querido, sino porque João Pedro se negó a quedarse en cualquier otro cuarto. "¡Para mi amor, solo lo mejor!" dijo con firmeza, y todo lo que hice fue rodar los ojos, pero en el fondo, esa atención solo fortaleció aún más mi amor por él.

No es por el costo o el dinero que insiste en que es nuestro. Es por el deseo de cuidarme, expresado en cada palabra que sale de su

boca, en cada toque, gesto o deseo mío que cumple, y para mí, eso lo es todo.

Hace un mes, si alguien me hubiera dicho que hoy estaría aquí, habría gritado "loco de mierda" a todo pulmón. Habría reído, habría burlado, habría hecho todo lo posible por dejar claro lo absurda que me parecía esa idea. Pero ahora no hay ningún otro lugar en el que quiera estar, aunque me asuste. ¡Dios! Voy a hacerlo. Me voy a casar.

Espío por la ventana hacia el césped, hermosamente decorado con flores moradas y blancas. Las sillas ornamentadas están organizadas en un círculo, de manera que todos nuestros pocos invitados se sienten a nuestro alrededor y no detrás de nosotros. En el centro del círculo, hay un pequeño altar donde el juez de paz ya espera.

Busco a João con la mirada, pero no lo encuentro, debe estar listo para hacer su entrada. Mis ojos se encuentran con los de sus amigos, esos amigos, los de aquella que hizo todo lo posible para convertir mi noche en la peor de mi vida, pero terminó siendo la mejor y más hermosa de todas, porque fue cuando le dije que sí a una vida entera de felicidad al lado del hombre de mi vida.

Leonardo y Gabriel están en un círculo con otros hombres, algunos los conozco, otros no. Pero es el rostro de Marcos el que llama mi atención. Está devastado. Parece completamente destruido. Y no es por nuestra boda. Al final de todo, no es una mala persona. Después de insistir mucho, João finalmente dejó que hablara conmigo, se disculpara y se explicara.

Realmente había bebido demasiado esa noche, y peor aún, bebió para olvidar sus propios problemas, lo que solo lo dejó más alterado y propenso a hacer tonterías.

No creo que sea mi mayor fan, y tampoco me dijo eso. Pero creí cuando me dijo cuánto lamentaba toda la situación en la que había puesto a João y a mí.

Lo perdoné. El rencor hace daño a la piel y al corazón. João Pedro ya no mostraba tanta disposición.

Tuve que insistir mucho para que entendiera que no era el momento para hacer berrinches, porque sé que se arrepentiría toda su vida si no tenía a su mejor amigo a su lado justo en nuestro día.

Si quería castigar a Marcos, que lo hiciera después de la boda y de la luna de miel, pero sinceramente creo que toda la situación que está viviendo, para alguien como él, es un castigo suficiente por los pecados de toda su vida. Pero bueno, esa es otra historia, no ahora. Esta es mi historia, este es mi día.

Joana apreta mi mano antes de volverse y salir del cuarto, sosteniendo su ramo de lilas. Mi mamá me entrega mi propio ramo de tulipanes lilas, juntas caminamos hasta el elevador y finalmente llegamos a la puerta detrás de la cual João me espera.

La boda es mucho más grande de lo que pensé que sería, considerando que se planeó en tan poco tiempo. Julia casi se descontrola cuando anunciamos la fecha, entre felicidad y ansiedad, diciendo que no daría tiempo de hacer todo, pero de alguna manera lo logramos. El hotel en la zona montañosa de São Paulo es hermoso, perfecto, y el césped donde se realizará la ceremonia y la fiesta parece haber salido de mis sueños.

Una última vez mis ojos encuentran los de mi mamá, que sostiene mi mano y me entregará a João. Asiento con la cabeza a la ceremonista, ella me sonríe, suena la música, las puertas se abren y entonces lo veo.

Todo desaparece, menos él.

No veo el césped, no veo a los invitados, no veo las sillas, las flores ni la decoración que elegí, solo veo sus ojos. Azules como hoy es mi corazón, todo y completamente suyo.

Una voz melodiosa canta la canción que elegí en cuanto la escuché, porque supe que ninguna otra expresaría tan bien la realidad de este amor. La canción que cuenta nuestra historia, porque cuando lo vi, todo cambió y supe con certeza que era él.

Él, arrogante, mandón, lleno de deseos, que con sus infinitos términos innegociables me dio paz. Él, que, incluso cuando dudé, creyó que podía. Él, que me hizo querer no solo no estar sola, sino también querer amar y ser amada. Y fue este amor, que en medio de tanta gente que no sabía a dónde iba, cuando los dos estábamos perdidos, ignorantes del verdadero significado de la palabra paz, aunque la buscáramos cada día, nos rescató.

Fue este amor que, en un mundo caótico, lleno de personas, problemas, tonterías, miedos y cosas grandes y pequeñas que pueden impedir nuestra felicidad, que pueden evitar que descubramos y agarremos la inmensidad que es la vida, aún así, nos hizo encontrarnos gracias a un correo electrónico estúpido.

Al mirar al hombre que me espera al final del pasillo, al ser absorbida por sus ojos, y en lugar de sentirme más pequeña, me siento más grande, completa, increíble, entregada, y las mismas certezas que tuve la primera vez que los vi me inundan. La certeza de que es él quien me hará arder. De amor y de muchas otras cosas.

EPÍLOGO I

JOÃO PEDRO GOVÊA

—Ana Santos —La voz potente y firme del maestro de ceremonias pronuncia el primer nombre de la lista, y yo miro al escenario con el corazón acelerado, como si fuera yo la que estuviera a punto de subir allí.

El público aplaude a la mujer que camina hacia la mesa larga y comienza a saludar, una por una, a las personas sentadas en ella. El auditorio está lleno, pero me aseguré de que nada me impidiera tener una vista perfecta del escenario.

—Beatriz Augusto —Aplaudo, y un grupo se levanta, abriendo una pancarta, gritando y silbando.

—Carla Andrade —Más aplausos, gritos y silbidos.

—Eliza Govêa —Es mi turno de levantarme. En un salto, me pongo de pie, aplaudiendo, gritando, silbando, viendo a esa mujer hermosa, mi mujer, ¡carajo! Desfilando por el escenario, usando toga y birrete, recibiendo su diploma y sonriendo. ¡Sonriendo tanto que no puedo contenerme!

Una lágrima moja mi rostro, porque sé lo que esto significa para ella, lo que ha deseado y esperado todo este tiempo. A mi lado, mis padres aplauden igualmente felices, y la señora Marília llora, incapaz de contenerse al ver a su hija graduarse.

Eliza nunca le contó toda la verdad. Eligió proteger a su madre del dolor que sintió y de todas las dificultades por las que pasó.

Para la señora Marília, Eliza tardó en graduarse porque cambió de opinión sobre qué carrera estudiar, pero eso no disminuye en nada la

felicidad y el orgullo que siente por su hija, que, sola, logró triunfar en la gran ciudad.

Los nombres siguen siendo llamados, uno por uno, hasta llegar a la letra z. Y cuando la entrega de diplomas termina, el maestro de ceremonias anuncia el discurso de la oradora de la promoción de Publicidad de la USP 2026: Eliza Govêa.

No puedo evitarlo, me levanto, aplaudo de nuevo, silbo y grito todo una vez más, necesitando que el mundo sepa que esa es mi mujer ahí. La oradora de la promoción, la mejor alumna de la clase, graduándose con honores, ¡es mi esposa, carajo!

—Buenas noches —su voz suena firme y profunda por el micrófono, sus hombros rectos y su postura altiva no recuerdan en nada a la niña frágil que conocí hace años, aunque, en nuestra casa, en nuestra intimidad, a veces todavía puedo verla—. Es un honor inmenso estar aquí esta noche representando a esta promoción, a esta familia que formamos a lo largo de los últimos cuatro años. Pensé mucho sobre qué decir, porque no importaba el tema, ninguno de ellos parecía hacer justicia a este gran momento. Así que decidí enfocarme en esto, en el momento, en la verdad, en el tiempo.

Primero pensé en hablar sobre el futuro, pero es tan incierto... Luego pasé al pasado, pensé en hablar sobre todo lo que hemos vivido, sobre todo lo que sacrificamos para llegar hasta este momento, pero decidí que, aunque fue rico y muy especial, el pasado ya no es más importante que el presente. Nada lo es. Y es sobre él de lo que hablaré, sobre el hoy, sobre el ahora, sobre este segundo.

Como todos mis compañeros que están aquí detrás, esperé este momento toda mi vida. Luché mis batallas, algunas más grandes que otras, perdí muchas, gané tantas y llegué, pero hasta que llegué, aprendí cosas que hicieron que este momento fuera aún más especial.

Hace unos años, tuve el privilegio de aprender lo que es el amor. Y, basándome en mis experiencias y mis propias interacciones con ese sentimiento tan contradictorio, en ese entonces lo definí como una sucesión de saltos al abismo. Pero desde entonces, me di cuenta de que estaba equivocada al definirlo así, porque el amor no es una sucesión de saltos al abismo, la vida sí lo es.

Todos los días, al despertar, hacemos una elección: saltar o quedarnos en el mismo lugar. No estamos obligados a avanzar, ni a retroceder, solo a decidir si saltamos o no. Pero, independientemente de lo que decidamos, los desafíos vienen.

La diferencia es que cuando decidimos saltar, podemos pasar por esos momentos sabiendo que hicimos todo lo posible para superarlos, que no nos dejamos paralizar por el miedo ni por las dudas que siempre se nos presentan. Y si tengo que decir algo hoy, queridos compañeros, familiares y amigos, les diría que salten.

Salten, porque la vida es una sola.

Salten, porque vivir el presente sin moverse es nunca alcanzar el futuro.

Salten, porque aunque existe una gran posibilidad de que terminen estrellados en el suelo, esa es solo una posibilidad, mientras que la adrenalina de la caída es una garantía. Al igual que los aprendizajes, el placer y la experiencia en sí.

Salten, porque el mejor momento de su vida no ocurrirá mañana, ni la próxima semana, ni dentro de un mes. Ese momento es ahora.

Saltar, señoras y señores, significa no pasar la vida esperando una oportunidad.

Saltar significa saber que esta es la oportunidad. Mi deseo para nosotros esta noche, cuando terminamos un ciclo y comenzamos otro, es que jamás seamos personas que pasan la vida queriendo

descubrir cuál es su misión, cuál es su objetivo, sin entender nunca que el mayor objetivo de la vida es vivir. Y por eso, pierden su gran oportunidad, esa que se nos da todos los días.

Me tomó tiempo aprender esto, y fue gracias a un grupo increíble de personas que lo logré. Entonces, con su permiso, quiero tomarme unos minutos para agradecerles por eso.

Gracias, mamá. Por darme la oportunidad de aprender a saltar.

Gracias, Joana y Norma, mis amigas de toda la vida, aunque a la segunda la conozca desde hace menos de una década. Gracias por nunca haberme empujado y, en muchas ocasiones, haberme esperado en el borde, mientras yo decidía si ir o quedarme.

Sus ojos me encuentran en la multitud, y el mundo a nuestro alrededor deja de existir en ese instante. Somos solo nosotros. Solo nosotros dos, cuando ella me mira y, con lágrimas corriendo por su rostro, dice mi nombre.

—João. Mi amigo, mi esposo, mi amor. —Eliza toma una respiración profunda, reflejando mi descontrol—. Gracias por enseñarme que no solo tenemos que caer, sino que, cuando aceptamos el viaje, podemos volar. Gracias. —Inspira y expira, yo hago lo mismo, con los ojos ya llenos de emoción y deseando ponerme de pie para correr hasta ella y abrazarla, besarla, decirle que fue ella quien me enseñó a saltar, no al revés. Fue ella quien me enseñó que mi propósito era ser feliz, era hacerla feliz—. Gracias, porque ahora nunca más saltaré sola. Siempre seremos yo, tú y nuestro pequeño o pequeña.

Mi corazón se detiene y abro los ojos como platos, ¿qué? ¿Qué dijo? ¿Nuestro qué? Parpadeo, entrecerrando los ojos antes de volver a abrirlos, creyendo haber entendido mal. Ella, no. Eliza, no. Vuelvo a enfocarme en el escenario, pero ella ya no está allí.

Eliza camina por el pasillo entre las sillas de la audiencia, viniendo hacia mí, y finalmente vuelvo a moverme, salgo de la fila, tropezando con las personas a mi lado sin preocuparme por pedir permiso o disculpas.

Después de lo que parece una eternidad, llego al final y corro. Corro hacia ella, y ella acelera el paso también.

Son segundos, pero parecen años hasta que finalmente envolví su rostro entre mis manos, busco las palabras en mi mente, pero han desaparecido. Quiero preguntarle si es cierto, si entendí bien, quiero preguntarle si, contra todas las posibilidades, logró hacerme más feliz de lo que yo creía que el universo me permitiría, pero ninguna palabra sale. Es su voz la que suena primero.

—¡Felicidades, papá! —susurra y levanta las manos entre nosotros, colocando ante mis ojos un par de zapatitos de bebé, y si antes no encontré palabras, ahora solo dos salen de mí.

—Te amo. Te amo. Te amo. ¡Te amo! —Pego mi frente a la suya, besando sus mejillas mojadas por las lágrimas, sus ojos llenos de emoción, sus labios, besándola entera, porque, ¡puta madre! ¡Soy el hombre más feliz del mundo!

EPÍLOGO II

ELIZA GOVÊA

—Empuja, Eliza. Vamos, empuja. Necesito que empujes —dice mi doctora mientras yo grito del dolor por otra contracción.

En la sala de cirugía, vestida con la ropa del hospital, sostengo la mano de João y me arrepiento, me arrepiento profundamente de haber decidido un parto natural.

¿Quién dijo que esa era una buena idea? ¿Por qué nadie me advirtió que estaba siendo estúpida? ¿Que lo de la conexión natural era una mentira, que esto iba a doler como el infierno? ¿Dónde está la anestesia? ¡La quiero! ¡La quiero ahora, la necesito!

—Vamos, amor. Trae a nuestra niña para nosotros —susurra João en mi oído, y quiero abofetearlo, ¿cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a decirme algo así? ¿Acaso cree que no estoy esforzándome aquí?

Un grito de dolor rasga mi garganta cuando una contracción más fuerte que la anterior atraviesa mi cuerpo. Hago la respiración que la enfermera me enseñó y me concentro, hago todo bien, pero no sirve de nada, ¡todavía duele como el infierno! ¡Como el infierno multiplicado por mil!

—Vamos, Eliza. Ya casi, solo un poco más. Solo un poco más —dice la doctora Sandra, y aprieto la mano de João y empujo, empujo con tanta fuerza que creo que voy a hacer caca. Nunca más. Nunca más parto natural. ¡La puta madre, cómo duele!

—Eso, Eliza, eso. En tres: uno, dos, tres. —Hago fuerza, apretando los dientes, sintiendo cómo mi cuerpo se estira y expulsa algo de mí.

—Eso, casi. Ya casi. —Pero, ¿qué casi es ese que nunca llega, Dios mío? ¡Por el amor de Dios! Ya no aguanto más. No voy a aguantar. No puedo.

—Eres fuerte, amor. Eres la mujer más fuerte del mundo, ya casi termina. Estoy aquí. Estoy aquí.

Pero no quiere cambiar de lugar conmigo, desgraciado. No quiere parir en mi lugar. Fuerza. Más fuerza, más fuerza. Siento la presión en mis piernas y entonces escucho el sonido más hermoso, dulce y feliz del mundo. Escucho a mi hija y sé que nunca, en ningún momento de mi vida, algo superará esto.

El dolor desaparece, la rabia, el miedo, el agotamiento, nada más importa. Y cuando la enfermera la coloca en mis brazos, su cuerpecito pequeño, acurrucado contra el mío, lloro. Lloro porque es perfecta.

Su cabeza está llena de cabellitos oscuros, su piel es blanca, muy clara, como la mía, su boca es igualita a la de João, idéntica a la del papá, pero sus ojitos, esos ojitos tan pequeños, pero ya abiertos, no son ni los de él ni los míos, son los nuestros. Mezclados. Son azules de una manera que nunca vi antes. Son azules a nuestra manera.

—Es perfecta —murmura João en mi oído, y giro la cara, mirándolo, y lo encuentro con los ojos llenos de lágrimas.

—Nuestra bebita, amor. Nuestra bebita —susurro cuando él pega su frente a la mía, y cerramos los ojos, viviendo el momento más mágico de nuestras vidas. Nuestra Aurora.

EPÍLOGO III

ELIZA GOVÊA

UN AÑO DESPUÉS

Desde lejos, observo a João Pedro sacar la lengua, haciendo el mismo ruido que siempre hace que Aurora se ría, y es exactamente lo que pasa. Él acerca su pequeño cuerpito a su rostro y le da un beso en la mejilla gordita.

Aurora mueve la cabeza, rozando su rostro contra los labios de su padre, como si aprobara el cariño. Él sigue empujando la silla mecedora hacia adelante y hacia atrás, porque a ella le encanta el movimiento.

Respiro hondo, sintiendo una paz y una felicidad que nunca creí que pudiera experimentar. Nunca pensé que existiera una sensación así, que fuera posible, pero lo es.

Cuando entré al despacho de João Pedro, hace años, lista para una entrevista de trabajo, y me encontré con el hombre más impresionante que jamás había visto, nunca podría haberme imaginado que estaría así: sentado en una silla mecedora en el jardín, sosteniendo a una bebé en sus brazos, y pareciendo la persona más feliz del mundo por eso.

Igual que tampoco imaginé que contarle a mi esposo, durante mi graduación, con cientos de personas como testigos, que esperaba un hijo, no sería el momento más feliz de mi vida.

En ese momento, parecía que jamás viviría una emoción tan potente como esa. Estaba equivocada.

Vivo emociones más intensas que esa todos los días, en momentos simples, como ahora, observando desde lejos mientras

João está sentado en la silla mecedora, en el jardín de la casa, con Aurora en sus brazos.

El día en que ella nació fue el más feliz de mi vida. Pero verla crecer me mostró un significado completamente distinto para la palabra "vida".

Y, de repente, la obsesión de mi suegra y de mi madre por los nietos cobró mucho más sentido. Mi corazón acelerado y mi estómago revuelto son testigos de ello.

Mis suegros y mi madre nos aman. Y, aunque sé que querían, sí, una niña para mimar, ahora también sé que lo que más querían era que João y yo descubriéramos esa sensación. Que supiéramos lo que ellos sienten por nosotros, sus hijos.

—A veces me gustaría saber pintar, solo para poder grabar algunas imágenes de ustedes dos para toda la eternidad con mis propias manos —digo, decidiendo anunciar mi presencia. João mira por encima del hombro, encontrándome parada en el umbral de la puerta—. Son tan lindos.

—¿Oíste eso, bebé? —le pregunta a Aurora—. Mamá dice que somos lindos.

Aurora se ríe como si su papá le hubiera contado la broma más graciosa del mundo, y ni yo ni João podemos evitarlo. Nos reímos juntos.

Me acerco a ellos e inclino la cabeza. Le beso los labios a João suavemente, luego la frente de Aurora.

—¿Es hora de que la cumpleañera se arregle? —pregunta João, girando a Aurora hacia el jardín, como si ver su fiesta de un año armada en el césped la hiciera entender que ese es su día.

—Casi —respondo, y algo en mi tono debe haberme delatado, porque João gira el rostro hacia mí inmediatamente, como si sintiera mi nerviosismo.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me acerqué? ¿Un minuto? João Pedro siempre sabe. Siempre me descifra en segundos.

—¿Pasó algo, amor? —pregunta, y mi respuesta es levantar la mano, mostrándole un chupete.

Muerdo el labio y él frunce el ceño.

—¿Quieres intentar que lo agarre otra vez?

Aurora no quiere chupetes artificiales. Se niega a tomar chupete o biberón.

Los únicos pezones que acepta son los de mis senos, y João sabe que no me importa. De hecho, hasta me gusta. Me siento elegida, aunque sé que suena tonto.

Dar de amamantar es una experiencia increíble, a pesar de todo el sufrimiento al principio. Es probablemente porque él sabe que pienso así que la arruga en su frente se profundiza.

—No es para ella —digo, sintiendo ya mis ojos húmedos.

João Pedro parpadea, pero al instante está de pie, mirándome alarmado.

—¿Eliza…?

La primera vez quise hacerlo frente a una multitud. Pero cuando el test de embarazo dio positivo, hace dos días, supe que esta vez la revelación sería algo más íntimo, algo solo nuestro.

Muevo la cabeza, asintiendo, y João suelta una carcajada que anima a Aurora y la hace aplaudir con sus manitos.

—¿Voy a ser papá de nuevo?

—Sí —respondo, riendo cuando su brazo libre me rodea la cintura.

—¡Voy a ser papá de nuevo, carajo!

João celebra con un grito que estoy segura de que todo el barrio escucha, y luego me besa: mis labios, mis mejillas, mis ojos y cada parte de mí que su boca alcanza.

—¡Te amo, Eliza! ¡Te amo! ¡Te amo! —declara, haciendo malabares para intentar acariciar mi panza sin dejar de abrazarme, y todavía manteniendo a Aurora en su regazo.

Es mi turno de reírme a carcajadas.

—Yo también te amo, João. Y soy la mujer más feliz del mundo por eso.

FIN

AMOSTRA DO SEGUNDO LIVRO DA SÉRIE



Si te gustó este libro y te quedaste con ganas de saber más sobre el personaje Marcos Valente, no te pierdas el adelanto del segundo libro de la serie: *Contrato de Rendición*.

PRÓLOGO

ANTONELLA MACHADO

RIO DE JANEIRO —CINCO AÑOS ANTES

Miro, hipnotizada, el pequeño palito en mi mano. ¿Cómo es posible que un objeto tan pequeño haga no solo que mis escasos diecisiete años de vida pasen frente a mis ojos, sino también los próximos treinta?

Casi puedo sentir la goma borrando de mi piel, mente y alma, todos los planes de futuro que tracé, los sueños que soñé y los deseos que deseé.

Dos rayitas. Positivo.

Dios, ¿cómo pude ser tan estúpida? No soy madre, no puedo ser madre, pero el universo parece no estar de acuerdo conmigo, porque las dos rayitas siguen firmes ante mis ojos, no solo en el palito en mi mano, sino también en los otros tres sobre la mesada de mármol blanco del baño.

Miro a mi alrededor, capturando cada detalle lujoso que el dinero puede comprar, no porque los haya elegido o haya querido tenerlos, sino porque, según mi madre, nuestro entorno siempre debe ser un reflejo de quiénes somos, y quien sea que viniera a visitarme, los empleados, e incluso yo misma, tenía que estar segura de que Machado Rodrigues es lo más sofisticado de la élite carioca.

Mi madre... Ni siquiera puedo imaginarme lo que será su reacción, su furia y decepción. Mi padre... Mis padres... ¿Qué serán capaces de hacer cuando se enteren? Danilo... ¿Qué será capaz de hacer cuando se lo cuente? Se suponía que solo sería otra vez de tantas.

Dios, ¿cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo no me di cuenta de que el condón se rompió?

¡Mierda, Antonella!

Froté una mano sobre mi rostro, tratando de limpiar el desastre en el que me he convertido, pero no sirve de nada, el problema está dentro de mi cabeza, no fuera. Sé que la culpa no es solo mía, pero la responsabilidad de mi vida es mía y de nadie más. ¡Dios! Los padres de Danilo, ¿qué pensará el ilustre juez Albuquerque de Holanda sobre su hijo de apenas veinte años, embarazando a una niña de diecisiete que ni siquiera es su novia?

¡Mierda, mierda, mierda!

Levanto la mirada y encuentro mi propio reflejo en el espejo. Mi pecho sube y baja como si acabara de correr una maratón, mi rostro y mi pecho están calientes, el desespero tiñe mi piel de rojo.

Mis ojos oscuros parecen haber ganado aún más intensidad, y el marrón se ha vuelto casi negro. El cabello perfectamente teñido de rubio, sujeto con una diadema de perlas, y la ropa bien planchada y alineada, son un completo contraste con el caos que llevo dentro.

¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo les cuento esto a mis padres? ¿A Danilo? ¿Cómo? De nuevo, no es que lo haya hecho sola. No lo hice, pero no tengo la menor duda de que es mi vida, más que la de cualquier otra, la que está a punto de cambiar. ¿Qué voy a hacer después de contarles?

Un bebé. Voy a tener un bebé.

Respiro hondo y cierro los ojos, tratando de calmar los latidos frenéticos de mi corazón. Dejo los ojos cerrados mientras cuento cada vez que el órgano retumba en mi pecho. Siento sudor acumulándose sobre mis labios y los ojos ardiendo por las ganas de llorar. Dios, solo era sexo. El sexo nunca fue problema. ¿Cómo?

¿Cómo pude ser tan estúpida? Solo tengo diecisiete años, no puedo tener un bebé, yo soy un bebé.

No importa cuánta información cruce por mi mente, no logro concentrarme en ninguna, ni siquiera en la peor de las preguntas: ¿cómo contar esto? ¿Cómo voy a decir esto a mis padres?

Y, ya no siendo suficiente toda la situación desfavorable, mi madre entra en mi baño sin avisar. Está diciendo algo y se detiene de golpe al ver mi mirada aterrada en el espejo.

El siguiente destino de sus ojos es el palito en mi mano y luego, los otros tres alineados sobre la mesada. No hay tiempo para esconderlos y, si lo hubiera, honestamente no sé si sabría cómo hacerlo.

Siento un temblor incontrolable. Mi sangre parece haberse congelado y hervido al mismo tiempo. En lo más profundo de mí, nadando desde las profundidades y acercándose cada vez más a la superficie, hay vergüenza.

No por haber tenido sexo, sino por haber sido tan estúpida como para quedar embarazada a los diecisiete años. Soy más inteligente que eso, soy mucho más inteligente que eso. Años estudiando en las mejores escuelas que el dinero puede pagar deberían haberme enseñado lo que son los métodos anticonceptivos eficaces, al menos.

Pero la verdad es que los tenía, o ya me habría encontrado en esta situación mucho antes, ya que, a pesar de mis diecisiete años, el sexo no es exactamente una novedad para mí.

Los años de estudio en colegios caros me habían enseñado mucho más que eso, me habían hecho lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que tenía que mantener esta parte de mi vida oculta a los ojos de mis padres.

No tienen ni idea de lo que dirían de su princesita las paredes del gimnasio o de algunos de los muchos aseos del apreciado Educandario Santa Rosa, si pudieran hablar, claro.

Ellos no tienen idea de que soy lo suficientemente inteligente como para saber que su matrimonio está destruido. Y definitivamente, no es la manera de contarles, porque aquí, parada, con los ojos aterrados, sosteniendo una prueba de embarazo positiva y completamente muda, parezco todo, menos inteligente.

—¿Quién más sabe? —Son las palabras que mi madre elige para romper el silencio.

—Nadie. Aún no he tenido tiempo de contarle a nadie, ni a D...

—No me importa, Antonella, ¡ni va a importar! Porque este es un secreto que va a morir aquí —interrumpe antes de que pueda mencionar el nombre del padre.

—Mamá... —Parpadeo, confundida. Sabía que la reacción de mis padres no sería fácil.

No cuando la imagen es tan importante para ellos, que son capaces de mantener un matrimonio fallido aparentando ser perfecto, sin importar si eso les cuesta la felicidad a los dos o la salud mental de mi madre.

¿Pero en qué está pensando? ¿En esconderme para siempre? ¿En mandarme a un convento? Eso es exagerado, incluso para ellos.

—¿Cómo que va a morir aquí? Mi barriga...

—Tu barriga va a seguir perfectamente lisa, como siempre ha estado. Voy a pedir una cita mañana.

Y con esas palabras, el verdadero significado de su postura imperturbable finalmente me golpea. Abro la boca, horrorizada, completamente en shock con la sugerencia.

—Mamá... —mi voz es un susurro. No puede estar hablando en serio. No soy madre, no quiero ser madre, pero... pero ese niño... no puedo... Dios, no puedo... No puedo ni imaginarme—. Mamá... —es una súplica, un ruego, soy yo suplicando.

—Una Machado Rodrigues no queda embarazada a los diecisiete años, Antonella.

—Puede que ya sea un poco tarde para eso, mamá. Lo que estás sugiriendo...

Un sonido de burla sale de su boca.

—¿De verdad crees que eres la primera heredera irresponsable que abrió las piernas sin pensar? Antonella, ¡no seas aún más estúpida de lo que ya has sido!

Agarro la mesada frente a mí hasta que los nudillos de mis dedos se ponen blancos, sintiéndome de repente tonta por las palabras lanzadas contra mí. No puede haber dicho lo que creo que acaba de decir.

—Ya no eres una niña, entiendes que las acciones tienen consecuencias, y espero, Antonella, de verdad espero que esta sea la última vez que enfrentemos este tipo de consecuencias. ¡Y quita eso de mi vista! —Da la orden señalando los tests de embarazo y se da vuelta para salir del baño.

—¿Y si no quiero? ¿Y si no acepto este tipo de consecuencias? —pregunto mientras las lágrimas mojan mi piel. Mi voz suena temblorosa, contaminada por una mezcla enorme de sentimientos: decepción, frustración, horror y miedo, mucho miedo, pero pequeña, casi invisible, hay una chispa de esperanza, de incredulidad de que mi madre realmente vaya a someterme a algo así en contra de mi voluntad.

Ella nunca fue la más atenta, pero sigue siendo mi madre. Siempre pareció más preocupada por cómo mi imagen afectaba la suya que por mi bienestar o felicidad, pero sigue siendo mi madre.

Se sometió a años de traiciones de parte de mi padre y a la infelicidad de su matrimonio para que, fuera de los portones de la mansión Machado Rodrigues, los periódicos y revistas siguieran pintando nuestra perfecta imagen de familia feliz. Pero sigue siendo mi madre, ¿verdad?

Rosana Machado Rodrigues se detiene, ya con la mano en la manija, y ni siquiera se gira para ver mis lágrimas antes de responder.

—Una Machado Rodrigues no queda embarazada a los diecisiete años, Antonella. —Con eso dicho, sale por la puerta, dejándome completamente sola con una decisión, o al menos con la sombra de ella. Después de todo, una Machado Rodrigues no queda embarazada a los diecisiete años.

1.

MARCOS VALENTE

—Necesito una esposa —digo a la mujer sentada frente a mí en la oficina de mi departamento.

Su rostro, de mejillas redondas y barbilla fina, me observa con los labios ligeramente separados. Sus ojos marrones se abren de par en par al mismo tiempo que sus cejas gruesas se fruncen.

Dejo que mis ojos recorran su cuerpo, casi completamente cubierto por un conjunto amplio y gris, y el movimiento no me dice nada sobre lo que podría estar escondido ahí. Dios, ese uniforme es un desastre.

Si tenía alguna duda de cómo era posible que no hubiera reconocido su presencia en mi casa hasta la semana pasada, cuando descubrí que trabaja para mí desde hace ocho meses, ya no la tengo. Definitivamente, es culpa de ese uniforme. Sería capaz de hacer invisible hasta la mujer más hermosa.

—¿Me está despidiendo? ¿Su esposa va a traer su propio equipo de limpieza? —pregunta, con las pupilas dilatadas, y casi puedo ver su cerebro trazando mil planes detrás de sus párpados. Inclino la cabeza, observando su mirada que, aunque sorprendida, no muestra miedo.

Toda su postura ha cambiado, de preocupada, como supongo que estaba al ser llamada a una reunión conmigo, a determinada. Sus hombros ahora están erguidos, su espalda lejos del respaldo del sillón y su voz grave me dice que este trabajo es importante para ella. Tan importante como imaginé que debía ser para que me hiciera una propuesta como esa. ¡Bien! El maldito consejo no va a saber qué le pasó. Si tanto quieren que tenga una esposa, la tendré.

—No, Antonella. Te están promoviendo, claro, si aceptas mi propuesta.

—¿Promovida? —Su frente se arruga, formando un surco, y nuevamente su rostro cambia. Si antes tenía determinación, ahora hay confusión. No puedo evitar sonreír, solo me limito a sonreír con los labios. Qué inocente. Definitivamente, el tipo de mujer que necesito para resolver mi problema.

Una imagen de mi mejor amigo aparece en mi mente. Tiene una mirada sarcástica y una ceja arqueada, juzgándome en silencio por haber criticado tanto que se metiera en una relación por contrato y ahora estar a punto de hacer lo mismo. El Marcos de mi cabeza le hace un gesto obsceno a mi pensamiento sin ningún pudor.

No es lo mismo. João Pedro hizo toda esa mierda por voluntad propia y aún logró enamorarse en el proceso. ¡El hijo de puta está de luna de miel! ¡De luna de miel! Esto definitivamente no va a pasar aquí.

Sigo con mis pensamientos, entrenando mi mente porque, tan pronto como llegue João Pedro, voy a tener que tener esta conversación con él. Sabemos que no dejará pasar esto sin hacer ruido, no después del enorme desastre que hice. Puede que me haya perdonado, pero un hijo de puta es un hijo de puta. Y todos sabemos que los dos somos unos excelentes hijos de puta.

Mi subconsciente me golpea con todo esto y resoplo.

Antonella levanta una ceja en una pregunta silenciosa y me arrastro fuera de mis pensamientos, obligándome a enfocarme en el presente. Porque, aunque estoy seguro de que aceptará mi propuesta, debo hacerlo bien. Esto es importante.

Podría buscar a otra persona, pero no quiero. La idea de pedirle matrimonio a mi empleada es que sea algo fácil, y además de todo,

enviar un mensaje muy claro. ¡Yo mando en mi vida!

Sonrío. No cualquier sonrisa, sino esa que afecta a las mujeres. El surco en la frente de Antonella se hace aún más profundo, dejando claro lo lejos que está de entender lo que le estoy pidiendo.

—Antonella —digo su nombre despacio. Ella inclina la cabeza y, por primera vez, realmente observo sus ojos.

Son oscuros, marrones, un tono más claro que su cabello. Las pupilas negras sobresalen entre un color que no sabe si ser caramelo o chocolate. Ella carraspea su garganta y tengo ganas de golpearme. ¿Qué diablos? Mi concentración parece haberse ido de vacaciones.

Imito su gesto y el sonido que sale de mi boca llena la oficina que nos rodea.

—Quiero casarme contigo, Antonella. Más específicamente, dentro de cuarenta y dos días.

Se atraganta con su propia saliva y comienza a toser. Me levanto de mi silla, rodeo la mesa y me detengo a su lado. Coloco una mano sobre su espalda y la otra en su rostro. Deslizo mi mano lentamente por su cuerpo mientras levanto su rostro para ayudarla a respirar mejor.

—¡Ey, ey, ey! ¿Estás bien? —le pregunto, pero no hace más que toser una y otra vez. Mierda, ¿debí haber sido menos directo? Así voy a matar a la mujer antes de tener la oportunidad de ponerle el anillo. Respiro hondo, buscando algo de aire.

Froto sus hombros y la sensación que recorre mi cuerpo me hace fruncir el ceño. ¿Qué demonios pasa, Marcos? ¡Ni siquiera has visto lo que hay bajo toda esa ropa gris!

—¿Agua? —pide entre tos y, por segunda vez en minutos, siento ganas de golpearme.

—El premio a la persona más inadecuada del mundo para cuidar de alguien definitivamente va para Marcos Valente. ¿Cómo alguien puede pensar que estoy listo para casarme? Si la necesidad hace al ladrón, el desesperado, definitivamente, no hace un buen marido.

Con pasos largos y apurados, llego al pequeño bar en la esquina de la habitación y saco del refrigerador una botella de agua mineral. Solo cuando se la extiendo a Antonella me doy cuenta de que debí haber traído un vaso también. ¡Qué mierda!

Ella toma el agua y gira la tapa, mostrándome otra cosa que debía haber hecho y no hice, abrir la puta botella. Paso la mano por mi cabello, molesto conmigo mismo, molesto con la situación, molesto con la obviedad que es clara para cualquiera que me conozca. No tengo madera de marido y no deberían obligarme a serlo.

La morena frente a mí toma la agua en pequeños sorbos y luego se limpia los bordes de los ojos, que ahora noto mojados por lágrimas. Probablemente, este fue el peor pedido de matrimonio que alguien haya hecho. Al menos, combina con la situación.

—¿Mejor? —le pregunto, y ella mueve la cabeza, asintiendo.

—Lo siento... yo... —comienza Antonella, haciéndome sonreír, porque no tiene ninguna razón para disculparse y, aún así, aquí estamos.

En lugar de dar la vuelta a la mesa y volver a sentarme al otro lado, recorto la distancia entre nosotros. Muevo la silla hacia su lado, la giro y me siento frente a la lateral de su cuerpo. Ella se mueve, gira el asiento y se coloca frente a mí, con nuestras rodillas casi tocándose.

—Sé que esto es una propuesta inusual.

Antonella inclina la cabeza y levanta una ceja, desafiante. Una sonrisa amplia aparece en mi rostro, y me doy cuenta de que me gusta que sea, al mismo tiempo, inocente y atrevida.

—Usted no me conoce —dice, como si esa fuera toda la razón para hacer su punto. Y tal vez lo sería, si no estuviera tan decidido a conseguir lo que quiero.

—Marcos, Antonella. Estamos discutiendo la posibilidad de un matrimonio, las formalidades no tienen sentido aquí.

Su rostro se contrae en descontento, gira ligeramente el cuello, inclinando la cabeza, y me dan ganas de reír otra vez, porque casi puedo escuchar la vocecita irritante del meme gritando dentro de su cabeza: "¿Alguna vez has mirado a una persona y te has preguntado qué pasa por su cabeza?" Estoy seguro de que eso es lo que Antonella se pregunta ahora mismo: ¿qué está pasando en mi cabeza?

—No es tan absurdo como parece —justifico, y sus cejas casi llegan hasta la raíz del cabello. —Trabajas para mí desde hace meses.

—Y si eso fuera requisito para casarse, los Recursos Humanos de las empresas estarían en guerra —responde rápidamente, y es mi turno de levantar una ceja. Definitivamente, atrevida. Ella mueve la cabeza de un lado a otro, negando. Luego, respira profundo antes de volver a hablar—. Ni siquiera sabías de mi existencia hasta hace una semana, cuando... —titubea.

Volvemos a la timidez, entonces.

—Cuando me salvaste de dormir sobre mi propio vómito, en el estado miserablemente borracho en que estaba —dije por ella.

—Exactamente. —Asiente, apartando la mirada.

Me reclino en el respaldo de la silla y apoyo un tobillo sobre la rodilla. Con el codo sobre el brazo de la silla, llevo la mano al mentón en una posición pensativa. Antonella me observa y, aunque no la conozco, la impresión que tengo es que grita sus pensamientos con los ojos. Es extraño sentirme tan familiarizado con lo que debería ser privado en su mente.

—Es un acuerdo completamente profesional, Antonella —respondo a una de las muchas preguntas que leo en su mirada. Ella dobla el labio inferior hacia dentro de la boca, chupándolo. Esa visión, contra todo mi buen juicio, provoca un escalofrío en mi espalda.

Mis ojos quieren deslizarse otra vez por su piel y tratar de adivinar si lo que hay bajo ese horrible y grueso tejido vale la pena, pero me detengo. Este no es un acuerdo con el que pueda joder, literalmente.

A menos que ella lo pida... susurra mi subconsciente, y no puedo evitar sonreír... porque, bueno, ¿qué tipo de marido sería si rechazara el deseo de mi esposa?

—¿Profesional?

—Totalmente —respondo, a contramano de las imágenes absolutamente nada profesionales que llenan mi mente en los últimos segundos.

—¿Un matrimonio?

—Eso es lo que espero...

—¿Señ… —comienza, pero le lanzo una mirada interrogativa, entonces se interrumpe, respira hondo y continúa—. Marcos —hace una pausa y sonrío, asintiendo con la cabeza. Como si estuviera

esperando mi permiso, luego sigue—, no entiendo lo que me estás proponiendo...

—Es simple, un matrimonio de conveniencia...

—Estamos en 2021. —Su comentario me arranca una carcajada.

—Si fueras abogada, sabrías que esto no es nada raro, incluso en el siglo XXI. —Su rostro pasa de la sorpresa a la incomodidad en un abrir y cerrar de ojos. Antonella traga saliva, gira la cara hacia un lado y, otra vez, sus pensamientos parecen gritar.

Al menos eso hará las cosas más fáciles cuando estemos casados.

—¿Un matrimonio de conveniencia no debería ser conveniente? —expresa con palabras lo que ya leí en sus ojos.

—Y lo es...

—¿Cómo me conviene esto? —desafía, atrevida, y levanto las cejas.

—¿Puedo ser franco?

—¿Y no lo estabas siendo antes?

Sonrío. Me gusta, decido. Esto va a funcionar.

—Estaba. Pero soy abogado, las medias palabras no son lo mío, a menos que sea conveniente —digo, y otra vez noto que al mencionar mi profesión, su expresión cambia. *¿Será que tiene algo contra los abogados?* Niego con la cabeza, volviendo a concentrarme en lo que es importante ahora—. Entonces, seré directo contigo. No creo que limpies mis baños por deporte, Antonella... —comienzo, y su mandíbula se cae con mis palabras. El shock se refleja en su rostro, junto con vergüenza, sus mejillas rosadas me lo dicen. Le doy algunos segundos antes de continuar—. Y un matrimonio conmigo sería conveniente para ti, porque yo me aseguraría de que eso

nunca más fuera necesario, incluso después de que termine nuestro contrato. Tendrías todo el dinero que necesitas, podrías vivir de compras, viajar, hacer lo que quisieras. Siempre y cuando mantuvieras las apariencias.

—¿Vivir de compras? —pregunta, parpadeando varias veces, y me apresuro a aclarar.

—No me malinterpretes, realmente no me importa cómo decidas pasar tu tiempo. De hecho, es exactamente eso lo que necesito, una esposa cuyo único trabajo sea parecer bonita. Eso es justo lo que el maldito consejo adoraría, o casi.

La mujer mueve la cabeza lentamente, como aceptando. Pasa la lengua por su labio inferior y luego lo muerde, otra vez. Cierro los ojos, negándome a enfrentar esa visión. No otra vez. Cuando los abro, me mira con un rostro que no puedo leer.

—Una mujer que solo necesita parecer bonita —susurra para sí misma, pero tan cerca como estamos, es imposible no oírla.

Parece casi... incómoda, pero eso no tendría sentido. ¿Qué más podría querer? Quiero decir, ¿de ama de casa a socialité? No puede mejorar más que eso.

—¿Qué consejo es ese de que hablas tanto?

—Los socios del bufete de abogados de mi familia.

—¿Y por qué les importa con quién te casas?

—No les importa. Para ellos, lo único que importa es que parezca respetable, y una esposa lograría eso.

—¿No pareces respetable ahora? ¿Por qué estás soltero? —me pregunta, y me río, porque, a mi parecer, ese es precisamente el problema que tienen conmigo—. ¿Y por qué dijiste que una mujer que es toda apariencia es casi todo lo que quieren, qué les falta en

la figura de la esposa perfecta que tienen en mente? ¿Cuáles son sus expectativas, Marcos? —Su tono es diferente, no es atrevido, suena... amargo. Pero eso no me impide ser honesto.

—Probablemente, una mujer bien nacida, bien educada, formada, independiente. Alguien cuyo único trabajo no sea solo ser una esposa trofeo, pero tendrán que lidiar con mi elección.

—¿Y crees que yo sería perfecta para ser reducida a eso?

—¿Reducida?

Un sonido de desdén sale de su garganta antes de que reformule.

—Ya sabes... Ser una esposa trofeo.

Hace un gesto con la mano, recordándome uno de esos videos de redes sociales donde la gente mueve las manos y las palabras aparecen en la pantalla.

—Bueno, eres bonita y tendrás mucho tiempo libre.

Ella ríe, pero una risa sin humor.

—Bueno, definitivamente sabes cómo ser franco.

—Pensé que preferías así.

—Prefiero —dice las palabras y sus pensamientos gritan la razón de eso. Es mi turno de sonreír.

—Piensas que soy un imbécil —afirmo, porque no hay dudas sobre eso en sus ojos.

—¿Puedes culparme?

—Oh, no, de ninguna manera. Soy un imbécil, de hecho, soy más que eso, ¡soy un buen hijo de puta! Pero, de nuevo, pensé que preferías mi franqueza, me preguntaste por qué este matrimonio

sería conveniente, solo te estoy dando mis razones. Y, si vamos a hacer esto, es mejor que quede claro quién soy desde el principio.

—¿Si vamos a hacerlo? —Reacciona inmediatamente a mis palabras, plantando una duda entre nosotros—. Yo no he acordado nada de esto...

—Pero aún estás aquí, ¿no?

Su mirada se desvía de la mía y recorre la habitación, pero es evidente que realmente no está prestando atención a nada. Después de ocho meses trabajando aquí, creo que es poco probable que haya algún rincón de esta casa que no conozca mejor que yo.

Sus ojos vagan entre las estanterías llenas de libros y objetos decorativos inútiles, pasan por las paredes oscuras y las sillas de cuero acolchonadas, se fijan en la barra por varios minutos antes de finalmente volver a encontrarme la mirada.

—¿Por qué yo?

—Porque sería fácil.

—Fácil —repite en voz baja antes de mover la cabeza arriba y abajo.

—Escucha, Antonella, no tengo ninguna intención de ofenderte, o, como dijiste tú, "reducirte". —Hago un gesto con las manos, como si estuviera usando comillas al decir la última palabra, y el ceño de la mujer se frunce—. Pero si yo estuviera en tu lugar, mi elección sería obvia. Por eso pensé que sería fácil. Esto no es sobre ti, es sobre la situación...

—¿Y por qué no te casas de verdad?

—Es complicado. —Su cabeza se inclina levemente hacia un lado, en una pregunta silenciosa con la que no puedo hacer más que estar

de acuerdo. Bueno, si vamos a casarnos, es mejor que sepa todo—. No tengo madera de marido, Antonella.

—Tu autoestima es admirable —ironiza, y yo me echo a reír.

—Me gusta que seas atrevida.

—Pero no crees que sea inteligente.

—Nunca dije eso.

—No, solo dijiste que podría vivir de compras y que mi única razón de existir mientras estemos casados sería parecer bonita.

Sé que debería preocuparme por cómo se siente ella sobre lo que dije o cómo lo dije, pero lo que más me llama la atención es el hecho de que usó las palabras "mientras estemos", no "si estamos".

—Nunca dije que no podrías hacer más que eso, solo dije que eso sería todo lo que exigiría de ti. Y reconocer que no soy un hombre hecho para matrimonios reales, no es falta de autoestima, es saber quién soy. No quiero una esposa, Antonella.

—Pero, ¿por qué necesitas una?

—Bueno, digamos que mi padre me sorprendió en situaciones… delicadas… en los últimos meses… tres veces… y la última nos costó un cliente muy importante —explico, haciendo pausas mucho más largas de lo necesario mientras busco palabras honestas, pero que no sean tan reveladoras—. El consejo no está contento con el hecho de que todo esto haya ocurrido dentro de la empresa y bajo la gestión de mi padre, y ahora lo están forzando a retirarse. En teoría, yo debería tomar el cargo de socio gerente, ya que el despacho tiene mi nombre en la puerta, pero, como están las cosas, eso no va a suceder…

—¿Situaciones delicadas?

Levanta una ceja y, extrañamente, me siento incómodo. No soy un hombre que se avergüenza fácilmente, ni que se siente incómodo con sus propios actos, pero hablar del hecho de que mi padre me encontró dos veces, en una semana, cogiendo a mis secretarias sobre la mesa de mi oficina, y que eso nos costó un cliente y los millones que venían con él, por alguna razón, no me parece correcto.

—¿Estabas con mujeres? —Deduce por mi silencio y parece tan incómoda como yo al decirlo. Solo asiento, decidiendo que los detalles no importan. —¿Y ahora quieren que te cases?

—Quieren que me vuelva respetable.

Pongo énfasis en lo absurdo que es esa exigencia y, curiosamente, tengo la impresión de que Antonella está de acuerdo conmigo sobre la total hipocresía de esa visión de la familia, aunque no diga nada.

No es que no crea en la institución. Creo en ella, mis padres fueron increíbles a lo largo de toda mi vida, pero hay miles de personas que no tuvieron la misma experiencia, a pesar de su completa constitución familiar. Los tribunales que frecuento están llenos de casos de violencia doméstica, abandono parental y cosas aún más horribles, aunque no trabaje con ellos.

—Mi padre tiene un plazo para retirarse. Si no me caso y no demuestro que soy un hombre cambiado para entonces, la gerencia del despacho será entregada a un hijo de puta que no soporto.

—Entonces, ¿esto es por la gerencia de la empresa?

—Se podría decir que sí.

—¿Pero tú quieres eso? ¿Ser socio gerente del despacho?

—No tengo muchas opciones en este momento.

—¿Y todo lo que tendría que hacer sería mantener las apariencias? —pregunta, y me controlo para no sonreír. Las cosas finalmente parecen estar encaminándose hacia donde quiero.

—Exactamente.

—¿Solo eso, verdad? ¿Nada más? ¿Nada de nada? —Frunzo el ceño, confundido por la repetición innecesaria de la pregunta y por la forma en que su cuerpo se encoge al hacerla. Es solo cuando desvía la mirada de la mía que me doy cuenta de lo que se dice entre líneas.

—No necesito una esposa para meter mi verga en una vagina, Antonella. Eso lo puedo hacer con cualquiera… —Otra vez su rostro toma la máscara de sorpresa. Abre la boca, y su pecho se infla con la profunda inspiración que toma, pero la cierra sin decir ni una palabra. Indignada. Claro como el agua, veo la indignación por todo su rostro—. ¿Franqueza, recuerdas? —le digo, y ella me mira con los ojos entrecerrados.

—La franqueza y la grosería son cosas completamente diferentes —escupe las palabras y cruza los brazos sobre el pecho, cerrándose.

—¿Eres una cosita delicada, no? —Lo digo más para mí mismo que para ella. Su cuerpo se remueve en la silla, encogiéndose aún más—. Es solo sexo, Antonella. No hace falta todo esto.

—¿Y cómo va a funcionar esto? Porque yo tendría que mantener las apariencias, pero tú no? —Me mira fijamente.

—Puedo ser discreto —respondo, y ella murmura algo que suena mucho a “Tu padre no estaría de acuerdo”.

—¿Y si yo quiero ser discreta? —me pregunta, con una ceja arqueada y una postura de desafío, lo que me hace sonreír por lo bajo.

Me acerco un poco más, dejándome envolver por el aroma de su piel. Es cítrico, agradable, y no debería estar pensando en eso. Me aclaro la garganta y apoyo los codos sobre las rodillas.

—¿Tú?

—Sí, yo.

No puedo evitar la risita que se escapa de mi garganta. Doblo el labio inferior hacia fuera y muevo la cabeza, como diciendo que no lo creo.

—Mientras mantengas las apariencias —digo solo por decir, porque no tengo la menor duda de que eso nunca va a suceder.

Sin embargo, a pesar de que la idea de tener a mi esposa teniendo sexo con otros no me entusiasma, la certeza de que es imposible también me molesta. Me incorporo de nuevo, dejando la distancia necesaria entre nosotros, esperando que el gesto transmita tanto o más que las palabras que digo a continuación.

—Necesito que algo quede muy claro. Este es un matrimonio de conveniencia con fecha de caducidad y nunca será más que eso. Necesito que realmente entiendas que no saldrá nada más de aquí.

Es su turno de leer entre líneas.

—Tienes miedo de que me enamore —dijo Antonella.

—Sería trágico, porque esto —hago un gesto entre los dos—, no es un cuento de hadas moderno. No soy un príncipe encantado que salva a Cenicienta. Soy un hombre con intereses, a los cuales, en este momento, tú sirves. Nada más. ¿Queda claro?

—Más que el agua.

—¡Genial! —Me levanto de la silla y alcanzo un sobre negro sobre la mesa. Se lo extiendo a Antonella, que mira mi mano frunciendo el

ceño—. No espero que me respondas ahora. Te daré dos días libres, cuando regreses, espero que lo hagas como mi prometida. En el sobre está el contrato que estoy proponiendo. Si tienes alguna duda, podemos hablar el miércoles por la mañana. Te espero para el café.

—¿Y si no acepto? ¿Me van a despedir?

—No. A menos que mi futura esposa quiera traer a su propio equipo de limpieza —bromeo con las palabras que me dijo más temprano y recibo un revuelo de ojos.

Ella extiende la mano, toma el sobre y, poco después, se levanta sin calcular lo cerca que quedamos con ese movimiento.

Con ella de pie, solo unos centímetros nos separan, y, siendo más alto, me veo obligado a mirar hacia abajo para verla. Mis ojos buscan sus labios como una reacción natural a la proximidad. Al fin y al cabo, ese es el único propósito de estar tan cerca de una mujer, o al menos lo había sido hasta ahora.

Ella respira profundamente, dejando escapar un soplo de aire cálido sobre mi barbilla.

—Buenas noches, su seño... —interrumpe su propia frase y se aclara la garganta—. Buenas noches, Marcos.

—Buenas noches, Antonella —digo, pero no doy los pasos hacia atrás necesarios para que pase. Un segundo, quizás dos, pero frunzo el ceño con la extraña sensación que me invade y aprieta, diciéndome que tenerla tan cerca no debería sentarme tan bien como lo hace.

2.

MARCOS VALENTE

El olor de ella sigue en la oficina incluso horas después de su partida, al igual que yo. Dejo que mi cabeza se recueste en el respaldo de la silla y cierro los ojos. Situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Y hasta yo soy capaz de reconocer que pedirle matrimonio a mi empleada es una medida desesperada.

Hace una semana, se cumplieron tres meses de los seis que me dieron para presentar al consejo un cambio sustancial en mi comportamiento. Fueron cuatro meses sin decir más palabras que las estrictamente necesarias a mi nueva secretaria, siendo el primero en llegar a la oficina y el último en irme. Fueron cuatro meses captando nuevos clientes con la intención de minimizar los efectos negativos sobre mi imagen tras perder a quien me pilló en el acto.

Fueron cuatro meses siendo lo que le prometí a mi padre que sería, aunque él ya no crea que sea capaz de serlo: el heredero que su legado merece. Y, para ser honesto, no me costó nada, excepto que el cambio en la forma en que la gente me ve o me trata, aunque gradual, no fue tan malo.

Aunque le dije a mi padre que me casaría para satisfacer al consejo, realmente esperaba que después de cuatro meses de una conducta impecable, ellos cambiaran de idea sobre esa absurda propuesta.

Sin embargo, hace siete días llegué a la oficina y encontré a Murillo, uno de los nombres que mi padre me mencionó hace meses como posible sustituto, sonriendo y siendo arrogante, coqueteando con una de las recepcionistas de mi piso y jactándose de que pronto sería el nuevo socio gerente del despacho.

Eso dejó claro que al consejo ya no le importaba mi comportamiento, ellos querían que yo y mi preocupación por el legado de mi padre nos jodiera, pondrían a otro en mi lugar, sin importar cómo me comportara, cuántos nuevos clientes trajera o cuántas horas trabajara.

¿Qué quise hacer al darme cuenta de esto? Convocar una reunión y dar una charla sobre la hipocresía de esa mesa redonda. Después de todo, de los seis, sabía de los trapicheos y los secretos de al menos cuatro, sin haber tenido que buscarlos. En cuanto a los otros dos, no tengo duda de que sería fácil descubrirlos si la persona adecuada mirara en los lugares correctos.

¿Qué hice? Me emborraché en un club de caballeros y regresé a casa a la mañana siguiente, apenas pudiendo caminar de tan ebrio que estaba.

¿El resultado? Vomité por todo el vestíbulo y, como si eso no fuera humillación suficiente, me desmayé sobre mi propio vómito. Fue, sin duda, el momento más miserable de mi vida y, si no hubiera sido por Antonella, podría haber sido el último.

Si ella no hubiera llegado más temprano de lo debido, encontrado mi cuerpo y pedido ayuda, podría haber muerto ahogado con mi propio vómito a los treinta y dos años. ¿Qué tan jodido es eso? Pasé la mayor parte del tiempo inconsciente mientras me atendían, pero en los breves momentos en los que pude abrir los ojos, lo único que vi fueron los suyos.

Ni el cabello lacio, ni la piel clara, ni el uniforme horrible. Todo lo que vi fueron esos ojos oscuros que no saben si son miel o chocolate y que, incluso en mi estado miserable, parecían gritarme cosas.

Al despertar, traté de averiguar quién me había ayudado. Y cuál fue mi sorpresa al descubrir que esa mujer llevaba trabajando en mi casa nada menos que ocho meses, y hasta esa mañana, nunca me

había dado cuenta de su existencia. Antonella había transitado por mis salas y habitaciones durante casi doscientos cuarenta y cinco días y se había vuelto tan notable como un papel tapiz.

Podría tener una esposa si ella se comportara así... pensé, sentado en mi cama, poco después de recibir la explicación y sintiendo mi cabeza tan pesada como una yunque.

Hice una broma sobre la situación, pero recuerdo perfectamente la sensación que hizo que mi cuerpo se pegara al cabecero de la cama cuando me di cuenta de que realmente podría tener una esposa así. Y más que eso, una esposa así era exactamente lo que necesitaba.

El hecho de que ella fuera la respuesta perfecta para la hipocresía del consejo era un bono de puta madre. Después de todo, ellos querían obligarme a casarme por mi relación con las empleadas, algo que esos hijos de puta ya hacían mucho antes de que yo tuviera edad para tener sexo a alguien. Además, estaban listos para poner a un imbécil en mi lugar que hacía lo mismo, solo que no tenía los huevos para dejar que los demás supieran y comentaran libremente.

Entonces, casarme con una empleada mandaría el mensaje que he estado tratando de meterles por la garganta durante casi dos meses, fracasando miserablemente en mi intento de tragar en seco. ¡Nadie controla a Marcos Valente, mierda!

Puedo ser el maldito heredero y ser ascendido a socio gerente con un trabajo impecable, pero nadie tiene ni puta idea de mi vida personal.

Ojos inexpertos podrían ver mi conclusión como la de un loco. Pero mis ojos... Ah, mis ojos ven solo perfección. Y, como si fueran llamados por su nombre, los ojos de Antonella llenan mi mente.

Ojos que gritan. Nunca había visto ni escuchado algo igual. Y, aunque no tengo ni idea de dónde están los verdaderos a estas alturas, los que veo en mi mente me desafían con tal expresión que frunzo el ceño al darme cuenta de las palabras que nunca podrían ser dichas por ellos, pero que puedo escuchar como si salieran de unos labios rosados y voluminosos.

Me interrogan, me preguntan si estoy seguro de que su dueña es lo que necesito. Después de todo, el haber sido invisible no significa necesariamente que ella sea dulce y sumisa, ¿verdad?

Entorno los ojos hacia mis propios pensamientos y dejo que se llenen de recuerdos de mi pequeña reunión con mi futura esposa al principio de la noche. Miradas esquivas constantemente, la cabeza agachada una y otra vez, y los ojos, una vez más, diciéndome cosas que ella no se atrevía a vocalizar, ya sea por vergüenza o cualquier otra razón.

¡Ah, sí! Ella es exactamente lo que necesito. Dulce y sumisa. Un adorno perfecto, le guste o no que la llame así. Ante mí, sobre mi mesa, unas hojas dispersas están de acuerdo conmigo. El contrato de matrimonio.

Sonrío. Nunca pensé que diría esto, pero he encontrado a la mujer ideal.

¡Marca la fecha!

El **13 de junio de 2025**, *Contrato de Rendición* estará disponible en Amazon.

AGRADECIMIENTOS

Sinceramente, no sé por dónde empezar estos agradecimientos. ¡Dios mío! Este proyecto fue tan un golpe en la puerta que me cuesta organizar las ideas. Pero bueno, supongo que siempre es mejor empezar por el principio.

Primero que todo, agradezco a quien creo que es dueño de mi tiempo, mis ideas y mis pasos. ¡Gracias, papá del cielo! Por permitirme vivir una vez más esta vida, sin tener que renunciar a la mía.

Agradezco muchísimo a mis betas, ¡las mejores del mundo! Que compraron mi locura de repente y se embarcaron conmigo en esta aventura alocada, leyendo textos y escenas de madrugada para darme comentarios inmediatos, que fueron mucho más que lectoras críticas, fueron críticas de arte que me ayudaron con el diseño de la portada y la maquetación. Fueron lectoras desquiciadas, dándome impresiones reales de hacia dónde iba la historia, y fueron, por encima de todo, amigas que me tomaron de la mano y me dijeron que podía soñar.

Agradezco a mi esposo. Mi compañero en todas las horas, quien hace mucho más que entender lo que significa perseguir mi sueño, invierte en él. Gracias.

Agradezco a ti, lector/lectora, que llegaste hasta aquí. Gracias, porque esta historia fue escrita para ti.

Espero verte en mi próximo lanzamiento…

---

[1] Macallan 18 años es un whisky escocés de malta reconocido por su sabor complejo y sofisticado, madurado en barricas de roble europeo y americano que antes contenían jerez.

Con notas de frutos secos, especias y caramelo, es un ejemplo clásico de la destilería Macallan, reconocida mundialmente por su excelencia en la producción de whiskies de alta calidad.

[2] MILF es un acrónimo que significa "Mother I'd Like to Fuck", un fetiche sexual con mujeres mayores que tienen edad suficiente para ser las madres de sus parejas. Una MILF suele tener entre 40 y 60 años.

[3] El diseñador de moda y cineasta Tom Ford es conocido por su marca homónima, que combina sofisticación moderna y estilo clásico en ropa de lujo, accesorios y perfumes.

[4] La marca italiana de moda masculina Ermenegildo Zegna es famosa por sus finos tejidos, su impecable confección y su elegancia atemporal, y es sinónimo de lujo y calidad.

[5] Término utilizado en sastrería para referirse a las prendas hechas a medida, personalizadas según las especificaciones del cliente, garantizando un ajuste perfecto y exclusividad.

[6] Kiton, marca italiana especializada en alta costura masculina, es famosa por su dedicación a la calidad artesanal, los tejidos exclusivos y la confección meticulosa.

[7] Gesto de saludo o celebración en el que dos personas levantan una mano cada una y aplauden juntas en el aire, normalmente en honor de un logro o para expresar entusiasmo y camaradería.

[8] La obra literaria de Jane Austen.

[9] Artista brasileña que canta una canción llamada "Carolina".